

PABLO DE JEVENOIS

BIBLIOTECA
DE ALEJANDRÍA

EL ENÍGMA DESVELADO



ESQUILO

BIBLIOTECA
DE ALEJANDRÍA

EL ENIGMA DESVELADO

Título: BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA - EL ENIGMA DESVELADO

Autor: Pablo de Jevenois

Traducción de los textos: Pablo de Jevenois

Traducción del árabe: Samy Mowad Hassan Gharib

Dirección Editorial: Paulo Alexandre Loução

Diseño de la portada: Ana Isabel Vieira

Fotografía de la portada: "Alejandro Magno", Serie "Oniros", 1998.

Autor: Pablo de Jevenois

Maquetación: Cleto Saldanha

Impresión: Peres-Soctip, SA

Distribuidor Central: Logintegral 2000 S. A. U.

Saturnino Calleja, 7 - 1ª, 28002 Madrid

Tel.: 915 85 63 51 - Fax: 915 864 930

E-mail: AMendiola@logintegral.com

1ª Edición: Junio 2009

ISBN: 978-989-8092-55-7

Depósito Legal: 294461/09

Copyright: © **ESQUILO ediciones y multimedia**

y Pablo de Jevenois, 2008



ESQUILO ediciones y multimedia

Calle del Acebo, 25 - 06011 Badajoz - E-mail: multimedia@esquilo.com

www.esquilo.com/es



BIBLIOTECA
DE ALEJANDRÍA
EL ENIGMA DESVELADO

PABLO DE JEVENOIS

CENIZAS

Volaban sobre el mar, las cenizas
dejando un rastro blanquecino
en las aguas misteriosas de Alejandría.
Hundíamos las manos en esa
materia, áspera y grisácea,
contenida en una cajita redonda
que Inés guardaba con entrañable dulzura.
Y en el atardecer de Anfouchi, frente
al mítico Faro, el alma de Terenci
convertido en polvo blanco de estrellas,
se hundía en el viejo puerto
buscando las columnas rotas, las esfinges y los restos
de aquella ciudad soñada.
Se fundió para siempre
bogando en la barca de Ra, en el viaje nocturno
que le llevaba hacia la eternidad,
en pos de la quimera de su pasado añorado.
El muecín cantó a la hora sexta
llenando el aire con lamento melancólico,
voló sobre nosotros, como diciendo,
Adiós amigos, yo siempre os esperaré,
aquí, en Egipto, navegando sempiterno
entre el Gran Verde y el fabuloso Nilo.

A Terenci Moix, en su despedida

Pablo de Jevenois, Cónsul
Alejandría, 18 de diciembre del 2005*

* Fecha en que esparcimos las cenizas de Terenci Moix en el Gran Puerto de Alejandría.

UN TABÚ MISTERIOSO

Una de esas noches mágicas del Cairo, en una terraza sobre el Nilo, una de esas fiestas aburridas en que todos se conocen demasiado, apareció un personaje como sólo en Egipto acontece de vez en cuando. Era un doctor sevillano interesado en medicinas alternativas. Obsesionado con el dios alejandrino *Serapis* desde pequeño, puso a su clínica “*Serapis*” como nombre. No contento con eso, me contó como un día había dejado todo, vendido la clínica y viajado con su mujer al Cairo, magnetizado por aquel divino *Serapis* que le perseguía desde niño. Allí seguía, cerca de su deidad preferida. Esa noche, mirando el río silencioso, nos envolvió ese efluvio de eternidad, que pareciera habitar sinuoso las entrañas de aquella tierra.

Seguimos viéndonos, atrapados los dos por esa fascinación que nos unía al país del Nilo. Un día me dio un breve ensayo que había escrito sobre la destrucción en el s. IV, en Alejandría, del grandioso santuario de *Serapis*, el *Serapeum*, junto con la última parte de la *Gran Biblioteca de Alejandría*, su *Biblioteca Hija*, mostrándose indignado con la falaz leyenda que seguía atribuyendo la destrucción de la *Gran Biblioteca* a los árabes.

Y ahí empezó todo. Años más tarde, cerca de la Abbassiya, un barrio popular del Cairo, encontré en una callejuela desierta un librero de viejo de lo más curioso. A su almacén se entraba pisando literalmente montones de libros tirados por el suelo, que seguían apilándose desparramados por tres estancias sucesivas. Las estanterías de los muros se encorvaban asimismo bajo el peso de los libros. Casi aplastándolo, levanté uno amarillento y sin tapas. Era sobre las excavaciones llevadas a cabo en el *Serapeum* por el eminente arqueólogo Dr. Giuseppe Botti, en que demostraba la completa destrucción del santuario pagano en el s. IV por los cristianos, siglos antes de que llegasen los árabes. De este impresionante y desconocido texto había copiado su ensayo el doctor sevillano. Solamente otra vez, mucho más tarde, encontré el mismo libro en la conocida librería cairota *L'Orientale*. Esta vez en estado impecable, ya que nadie había abierto nunca sus páginas. Curiosamente, en Egipto, nadie lo citaba ni parecía querer leerlo.

Descubrí entonces que un tabú misterioso se cernía sobre todo lo concerniente a la lejana destrucción de la *Biblioteca de Alejandría*. Todo era confusión, silencio y falsas leyendas, adobado de dejes de fundamentalismo religioso, miedos y prejuicios sociales. Salvo un puñado de investigadores, nadie hablaba del tema en Egipto, ni tampoco en Europa. Como si hubiera un mensaje críptico, de no levantar el velo de la historia.

Entretanto publiqué “*La continuidad del mundo antiguo en el arte y la cultura de los Coptos*”, en el libro “*Egipte, Entre el Sol i la Mitja Lluna*”, en que describía el fin de los reyes Ptolomeos, la Alejandría imperial y bizantina, los enfrentamientos entre paganos, judíos y cristianos, las persecuciones de cristianos y paganos, las luchas encarnizadas entre facciones cristianas y el nacimiento, en Egipto, del cristianismo copto, tras feroces disputas teológicas. Descubrí así que fue en este contexto violento de los cinco primeros siglos de la Alejandría romana, muy anteriores a la llegada de los árabes, cuando habían perecido tanto la *Gran Biblioteca de Alejandría* como su *Biblioteca Hija*. Aquella certeza hizo que el tabú me pareciera ya la máscara de un gran engaño.

Fue más tarde cuando publiqué en Madrid mi primer escrito sobre tan apasionante tema, titulado “*La destrucción de la Gran Biblioteca de Alejandría por los árabes: La leyenda imposible*”, que rebatía las tesis al uso. Su publicación me valió silencio, ninguneo y críticas, descubriendo así que el tabú misterioso, como un virus, llegaba también a las mentes occidentales. Había como una voluntad generalizada de pasar por alto aquel acontecimiento catastrófico, y dejar las cosas como estaban, repitiendo incansables hasta el s. XXI el mismo soniquete sobre los árabes. Aquel remoto acontecimiento histórico erizaba aún con fuerza ciertas sensibilidades. Era necesario ocultar la verdad para siempre.

Ante tal cúmulo de incongruencias, el tabú misterioso aparecía como un auténtico desafío. Ahí radicaba precisamente el verdadero misterio. ¿Cómo era posible que un acontecimiento que sucedió hace dos milenios, por muy luctuoso que fuera, siga teniendo la fuerza suficiente para que sociedades cultas y desarrolladas, como las de Occidente, supuestamente imparciales y laicas en el terreno del conocimiento científico, sigan tejiendo sobre él un discurso xenófobo, parcial y torcido? Adentrarse en la historia de la propia leyenda era tanto como adentrarse en el alma misma de nuestras sociedades modernas. Incluso aquellas que se tienen como faros del intelecto pueden aferrarse a ideas irracionales y equivocadas, y presentar ante el espejo colectivo una imagen distorsionada de sí mismas, falseando los orígenes mismos de su cultura.

Estudiando factores históricos y fuentes, descubrí que aquel tabú misterioso enmascaraba un intrincado hilo de Ariadna. Una hidra de mil cabezas. Era como un laberinto desconocido, donde las intrigas parecían parte fundamental de un drama. Se trataba de un libreto plagado de conjuras y secretos. De un sinfín de mentiras, castigos y espesos silencios. Reflejaban imágenes desenfocadas y difusas de un inquietante pasado.

Di una conferencia sobre el tema en la *South African Egyptian Society* y otras sociedades de Ciudad del Cabo, donde vivía, causando también allí cierta extrañeza, entre mentes calvinistas y anglicanas. Como que tampoco a ellos les hiciera gracia que se descorriese el velo de la historia.

Más tarde pedí hacerlo en la recién inaugurada *Bibliotheca Alexandrina*. Hubo ciertas reticencias académicas en Egipto, porque yo expresé públicamente mi asombro por la actitud de los propios historiadores árabes ante aquella falaz leyenda, contra la que parecían resignados, prestos incluso a aceptar que fueron ellos mismos los que la propagaron. Felizmente me invitaron, y así, el 5 de julio del 2005, presentado por el *Instituto Cervantes del Cairo*, pude pronunciar en Alejandría, en el *Auditorium* de la *Bibliotheca Alexandrina*, bañado con la brisa del puerto y el calor del verano, la conferencia titulada “*La leyenda de la destrucción de la Gran Biblioteca de Alejandría por los árabes: Una falsificación histórica*”.

Mi introductor, el afable y malogrado embajador Khalifa, aseguró que era de lo mejor que había escuchado desde que trabajaba en la institución alejandrina. Según comentó, mi disertación llegaba justo a tiempo, pues acababan los egipcios de recibir una nota oficial, escrita por las autoridades de un país tan europeo como Francia, en que estas se quejaban de que los guías egipcios de la nueva *Bibliotheca Alexandrina* no mencionaran a los visitantes que ¡la mítica *Gran Biblioteca* de los Ptolomeos había sido destruida por los árabes!.

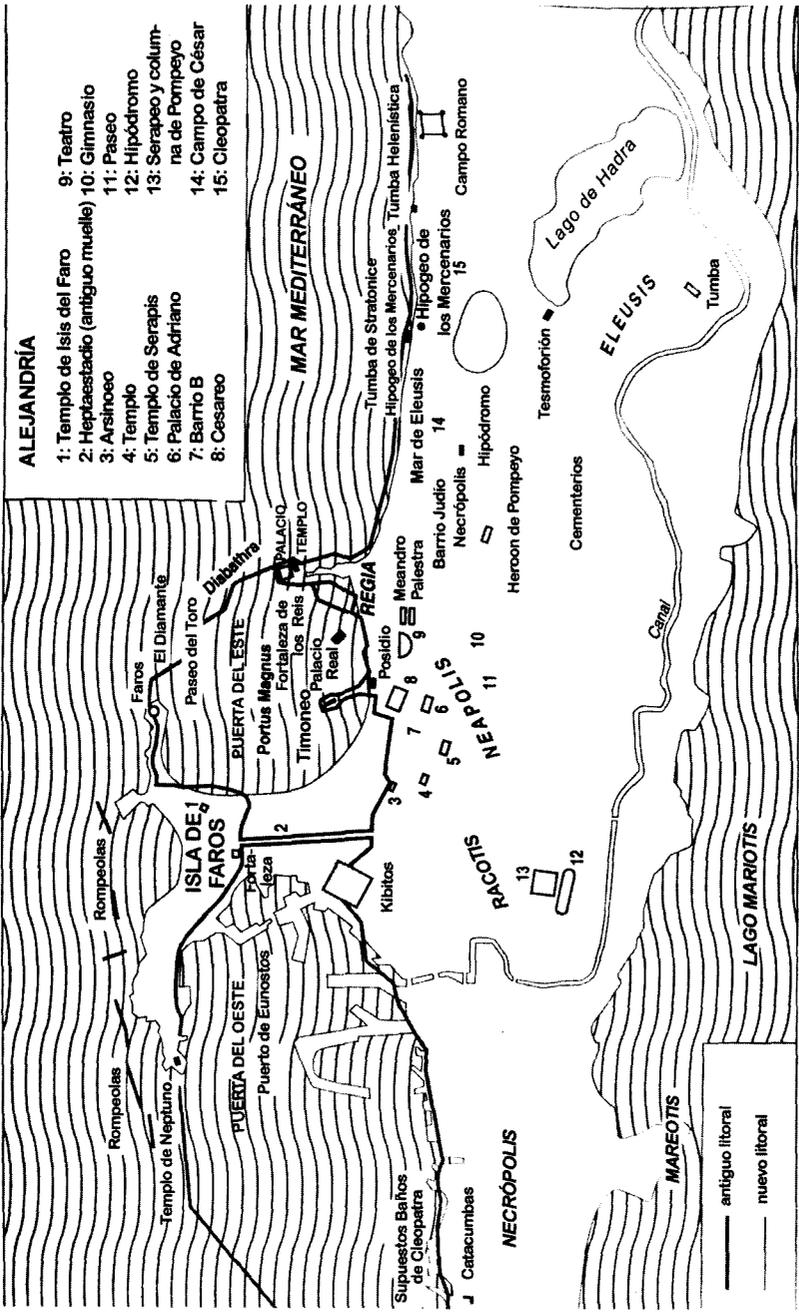
Fueron horas intensas, ante un público entregado, que parecía tremendamente interesado en tratar de conocer más sobre un tema que también a ellos les afectaba como alejandrinos. No en vano, destruir la leyenda sería librar a Alejandría del fardo que la oprime después de tantos siglos. Puesto que, supuestamente, fue allí donde los árabes protagonizaron la mayor barbarie cultural de la historia, por fanatismo religioso.

Este ensayo, un viaje a través del tiempo, esta búsqueda por entre tabúes misteriosos, traza un escenario radicalmente distinto sobre el trágico final de aquel sueño de los Ptolomeos, aquel faro de sabiduría que iluminó los tiempos antiguos. Aunque la leyenda sobre el fin de la *Gran Biblioteca de Alejandría* se refleja en infinidad de facetas, en todas surge la misma respuesta... La

leyenda de que los árabes la incendiaron es, sin género de dudas, una “*falsificación histórica*”. ¡Ni los árabes destruyeron la mítica Biblioteca alejandrina, ni los árabes inventaron la leyenda!

Pablo de Jevenois

Madrid, 25 de marzo del 2009



ALEJANDRIA

- 1: Templo de Isis del Faro
- 2: Heptaestacio (antiguo muelle)
- 3: Arsinoeo
- 4: Templo
- 5: Templo de Serapis
- 6: Palacio de Adriano
- 7: Barrio B
- 8: Cesario
- 9: Teatro
- 10: Gimnasio
- 11: Paseo
- 12: Hipódromo
- 13: Serapeo y columna de Pompeyo
- 14: Campo de César
- 15: Cleopatra

— antiguo litoral
 — nuevo litoral

ÍNDICE

BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA. EL ENIGMA DESVELADO	5
CENIZAS	7
UN TABÚ MISTERIOSO	9
ÍNDICE	15
PRÓLOGO	19
PRIMERA PARTE	21
ACTO PRIMERO. EL DESTINO DE LA GRAN BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA	23
Fundación y esplendor de la Gran Biblioteca	25
La ciudad de las dos Bibliotecas Reales	30
El incendio de la Gran Biblioteca por Julio César	32
Primer ciclo de silencios y tabúes en torno al incendio de la Gran Biblioteca	36
Primeros testimonios velados de la tragedia	40
Primera versión de la auténtica tragedia	46
Desaparición total de la Gran Biblioteca	51
Destrucción del Museo ptolemaico	54
ACTO SEGUNDO. EL DESTINO DEL SERAPEUM Y LA BIBLIOTECA	
HIJA DE RHAKOTIS	59
Expansión y auge de la Biblioteca Hija	61
Un paseo alejandrino	65
Magnificencia del Serapeum y su Biblioteca Hija	67
El Pórtico de Aristóteles	74
La Escuela Catecúmena o Didascalium	79
El fin de la tolerancia religiosa	85

El tsunami destructor de Alejandría	93
Las hogueras de libros	96
Destrucción e incendio del Serapeum y la Biblioteca Hija por Teófilo	98
Desolación en Alejandría	104
Ruinas abandonadas en Rhakotis	108
La Columna de la Victoria	110
Segundo ciclo de tabúes y engaños en torno a la destrucción de la Biblioteca Hija	114
Antes y después del desastre	118
La imposición del silencio	121
Primer testimonio completo de la tragedia	125
Otras curiosas versiones	127
La Segunda Escuela Neoplatónica y asesinato de Hypatia	130
Nacimiento de la Iglesia Copta	138
Filósofos paganos y Philopoi	141
La Escuela Cristiana de Alejandría	144
Supervivencia de la Escuela Neoplatónica de Alejandría	147
El Círculo Monofisita Neoplatónico de Traductores	155
ACTO TERCERO. LA CONQUISTA DE ALEJANDRÍA POR LOS ÁRABES	159
La toma de Alejandría	161
Los Coptos, protegidos de los árabes	166
Silencio absoluto en torno a una supuesta destrucción de la Biblioteca por los árabes	169
Recolección de todos los manuscritos antiguos por los árabes	173
La Mansión de la Sabiduría y la Escuela de Traductores de Bagdad	176
Reacciones cristianas y literatura polémica	181
SEGUNDA PARTE	185
ACTO CUARTO. LAS CRUZADAS Y LA INVENCION DE LA FALSA LEYENDA ACERCA DE LOS ÁRABES	187
Confrontación de culturas	189
Invención de la leyenda por Abulfaragius	193

Consecución de la trama	198
Intrigas en la ciudad de Alepo	201
El supuesto autor de la leyenda, Ibn al-Qifti	203
El caso del texto de 'Abd al Latif	205
La perversa practica de interpolar los textos	208
La "interpolación", solución perfecta en tiempos de Cruzadas	212
Yakut, testigo excepcional	216
Silencio y rechazo en el mundo árabe	219
ACTO QUINTO. LA DIFUSIÓN DE LA LEYENDA	
EN LA EUROPA DEL S. XVII	225
El redescubrimiento de la Gran Biblioteca de Alejandría	227
A la caza de manuscritos árabes	232
La intencionada difusión por Edward Pococke de la leyenda en Europa	236
La publicación de los textos de Abulfaragius y 'Abd Al Latif	241
Los movimientos protestantes reformistas	245
Un monje misterioso	249
La conspiración se completa	254
CAE EL TELÓN. RECHAZO DE LA FALSA LEYENDA	257
Incongruencia de esta falsificación histórica	259
Rechazo de la falsa leyenda	261
Repentina aparición del texto de Al-Qifti	265
Firme negación de la leyenda	269
Aparición de la "Versión árabe de la leyenda"	273
Una perseverante falsedad	276
Impulso oficial de la "Versión árabe de la leyenda".	283
La Crítica de Textos	286
Rehenes de tabúes, mentiras y silencios	290
PERSONAJES MENCIONADOS EN EL TEXTO	295
AUTORES Y OBRAS MENCIONADAS EN EL TEXTO	307
CUADROS CRONOLÓGICOS	321

PRÓLOGO

Como es sabido, los recuerdos de la *Gran Biblioteca de Alejandría* han llegado a nuestros tiempos tan vivaces que son aún motivo de orgullo, un ejemplo de lucidez intelectual sin paralelo en el mundo antiguo. Su brillo fue tan grande, que su súbita y total desaparición hizo que su recuerdo se disolviera en las esferas del mito, reforzado por los enigmas de su dramático final y su ignoto destino, así como el de su sucesora, la *Biblioteca Hija de Rhakotis*, en torno a los que se tejieron toda una serie de confusas leyendas.

Efectivamente, la *Gran Biblioteca* fue destruida durante las *Guerras Alejandrinas*, por una desgraciada maniobra militar de Julio Cesar, a fines del s. I a. C. Su pérdida dio lugar a la primera serie de censuras y tabúes que emborronaron los recuerdos de aquella gran catástrofe. Por su lado, la última parte de la misma, la *Biblioteca Hija*, pereció junto al *Serapeum*, en el s. IV d. C., bajo el puño destructor del obispo Teófilo y sus monjes. Su desaparición generó un opresivo silencio en torno a aquella segunda catástrofe, mezclándose además los dos acontecimientos, haciendo la leyenda más opaca.

Los árabes, que llegaron a Alejandría en el s. VII d. C., no aparecen en la historia conectados, de ningún modo, con las destrucciones de la *Gran Biblioteca* o de la *Biblioteca Hija*, ocurridas muchos siglos antes de su llegada. Y sin embargo, en nuestro imaginario colectivo, fueron los árabes los que quemaron la Biblioteca alejandrina. Una invención literaria, que, a pesar de las abrumadoras pruebas en contra, sigue considerándose historia.

Efectivamente, la más persistente de las leyendas sobre la destrucción de la *Gran Biblioteca de Alejandría*, la que se ha abierto paso con fuerza hasta nuestros días, es la leyenda que señala al general árabe 'Amru, a las ordenes del califa Omar, como culpable del incendio y la completa destrucción de los libros de la *Gran Biblioteca*, cuando los árabes conquistaron Alejandría. El hecho es que se trata de una invención tardía, una "*falsificación histórica*" tejida por un obispo cristiano oriental, Abulfaragius, en el s. XIII d. C., seiscientos años más tarde de la conquista árabe de Egipto, y difundida por Europa

en el s. XVII d. C., por el clérigo orientalista anglicano Pococke, absurda leyenda totalmente ajena a la tradición histórica y a la investigación moderna.

Un estudio minucioso de esta falsa leyenda revela una trama constante llena de silencios, acusaciones interesadas y tabúes aún plenamente vigentes, en la que unos y otros, a través de la historia, se van echando la culpa de la destrucción de la *Gran Biblioteca de Alejandría*, hasta cristalizar en esta versión imposible de la misma, que acusa a los árabes de semejante desastre cultural y humano, cuando está históricamente comprobado que los árabes llegaron a Alejandría siglos después de los acontecimientos.

Cuatro son los protagonistas de "*Biblioteca de Alejandría. El Enigma Desvelado*": Julio César quemó la primera, Teófilo la segunda, Abulfaragius acusó a los árabes tejiendo una tardía y falsa leyenda, y Pococke dio difusión a la misma. Todos ellos componen el armazón de esa trama de tabúes y mentiras que abarca mil setecientos años, el tiempo desmesurado que va de César a Pococke. Los árabes están ausentes. Pero, contra todo pronóstico, en la leyenda que ha llegado hasta nosotros aparecen culpables. ¿Cómo es posible?

Para averiguarlo, trataremos de seguir asombrosos y oscuros vericuetos, dividiendo nuestro libreto en Dos Partes, Cinco Actos y un Final.

PRIMERA PARTE

ACTO PRIMERO

*EL DESTINO DE LA GRAN
BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA*

ACTO PRIMERO.

El destino de la Gran Biblioteca de Alejandría

Fundación y esplendor de la Gran Biblioteca

Estamos en Alejandría, en el rincón oriental del puerto. Desde una balaustrada de columnas y pequeñas arcadas observamos sus aguas, su ovalo perfecto, el azul intenso, tiñendo cielo y mar al mismo tiempo. Inmóvil, parece un lago, o un inmenso estanque, bordeado por la *Corniche*¹, de cinco kilómetros de arco, y delimitado en su lado marítimo por la isla de Faros y una estrecha franja de espigones rocosos. Más allá, el mar abierto está bravío, y los barcos de pescadores se agitan sin descanso. El aire es cálido, tibio, impregnado de aromas orientales, y la brisa cargada de salitre pega en los rostros. En el atardecer, justo enfrente, el sol se ha tornado rojizo, recortándose tras la oscura silueta de Faros. La superficie ondulada muda del añil al dorado. Aquí mismo, a orillas del *Gran Puerto*, junto al agua transparente, las playas interiores y los embarcaderos, se levantaban en otros tiempos los suntuosos palacios de los reyes Ptolomeos, el *Museo* y la *Gran Biblioteca*, y entre sus jardines pasearon los más grandes sabios.

Siguiendo los sueños de Alejandro Magno, fundador venerado de Alejandría, su sucesor el rey Ptolomeo I *Soter*² fue quien, con la ayuda de Demetrio de Falera, Eudoxio de Cnido y el mismo Aristóteles, fundó al mismo tiempo, en su nueva capital egipcia, tanto la *Bibliotheca Alexandrina*, la *Alexandriana*, también llamada *Biblioteca Real*, o *Gran Biblioteca*, la “*Megale Bibliothekē*”, así como el *Museion*, en el 295 a. C. Según nos relata el Padre de la Iglesia S. Ireneo, en su “*Contra los Herejes*”³, asegurando que “*El rey tenía la ambición de enriquecer la biblioteca con los escritos de todas las naciones, con tal de que fueran dignos de interés*”.

1. “*Cornisa*” o paseo marítimo, que en Alejandría se extiende 20 kms. más allá del antiguo puerto.

2. Ptolomeo I *Soter* (305-282 a. C.).

3. S. Ireneo (c. 130-208 d. C.), “*Adversus Haereses*”, III, 21, 2. Se debate si la *Gran Biblioteca* fue fundada por Ptolomeo I o Ptolomeo II, aunque la conexión de Demetrio con Ptolomeo I daría más credenciales a este último.

Medida genial de visión universal, que Vitrubio llamaba con admiración y gratitud en “*Sobre Arquitectura*”⁴, escrita hacia el 25 a. C., “*la memoria de la humanidad*”, que aquellos soberanos macedonios habían preservado, de la sabiduría antigua de las precedentes generaciones de todos los países y tiempos, haciendo de Alejandría el centro más prestigioso de la cultura helenística. En su preámbulo Vitrubio decía que “... *en lugar de asfixiar las cosas bajo un celoso silencio, han sabido trabajar para la posteridad poniendo por escrito toda clase de ideas...*”. Antes de ella, no hubo auténticas bibliotecas, y fue la fascinante creación por los Ptolomeos de la *Gran Biblioteca de Alejandría* el origen de todas ellas.

En la capital egipcia, la *Gran Biblioteca* era su joya más preciada, la que hizo a la ciudad para siempre eterna, siendo un complemento indispensable de la *Mansión de las Musas*, o *Museion*, que se ubicaba contiguo. Bosquecillos y columnatas abrazaban la Biblioteca, erigida cerca de las murallas, en las riberas orientales del *Gran Puerto*, dentro del barrio real o *Basileia*, llamado también *Regia* o *Bruchion*, lleno de jardines, estatuas y palacios. Frente al santuario de *Poseidón*, en el lugar más alejado y tranquilo de aquel recinto real, se levantaría aquella *Gran Biblioteca*.

El edificio de la Biblioteca era considerado con admiración por Tito Livio “*el más hermoso de los monumentos*”, como proclama en “*Historia de Roma*”⁵, con numerosas salas llenas de estantes para almacenar los libros, y otras habitaciones ocupadas exclusivamente por los innumerables “*antiquarii*”, amanuenses o copistas que allí trabajaban sin ser molestados, cobrando por línea copiada. Cientos de personas estaban al servicio de la *Gran Biblioteca*. El geógrafo Hiparco de Rodas, citado por Estrabón⁶, mencionaba además, y por primera vez, sus grandes dimensiones y la cantidad enorme de libros acumulados.

Fanias, gramático griego del s. III a. C., de la Magna Grecia, podría referirse a la *Gran Biblioteca*, en uno de sus “*Epigramas*”⁷, cuando, hablando del escriba Ascondas, que había colgado los bártulos de su oficio para hacerse recaudador de impuestos, decía “*Ascondas... abandonó en la Casa de las Musas los instrumentos de sus penurias: su navaja, la esponja que alquilaba corrientemente para limpiar sus plumas de Cnidia, la regla para trazar los márgenes, el pisapapeles para señalar el lugar, su tintero hecho de cuerno, sus compases con los*

4. Vitrubio, “*De Architectura*”, 7, prefacio, 6, 8.

5. Tito Livio, “*Ab urbe condita*”, CXII.

6. Estrabón, “*Geografía*”, II, 1, 5.

7. Fanias, “*Epigramas*” (“*Antología Palatina*”, VI. 295).

que dibujar círculos, su piedra pómez para suavizar y sus cristales de aumento verde azulados, que dan una luz agradable”.

La *Gran Biblioteca*, con las columnatas de sus salas, sus atrios abiertos, sus fuentes y jardines y sus estatuas de mármol blanco refulgente, estaba abierta hacia el este, para recibir toda la luz de la mañana, la mejor para leer en aquel tiempo de velas y lamparillas de aceite. Era, sin duda, un lugar especial donde el espíritu podría flotar, y la mente inquirir los secretos del universo. Mientras, aquellos sabios del *Museo*, sentados en bancos de piedra bajo los pórticos, los papiros abiertos sobre sus rodillas, sentirían la refrescante brisa del mar encrespado, observando, a lo lejos, la espléndida silueta blanca de la torre de *Faros*.

Estas dos instituciones reales alejandrinas, la *Gran Biblioteca* y el *Museo*, tuvieron su época de oro bajo el primero, segundo y tercero de los reyes Lagidas o Ptolomeos, quienes cultivaron una gran pasión por los libros y una inmensa curiosidad por el mundo exterior. A pesar de que Herodas, a mediados del s. III a. C., sólo nombraba al *Museo* en su breve descripción de las maravillas y placeres de Alejandría, eran dos instituciones independientes, pero complementarias, que estarían erigidas una junto a otra. Un sacerdote de las *Musas* y un rector o director presidían el *Museo*, donde vivían y estudiaban los sabios, con sus comidas en común, sus exedras para descansar, y sus salas de coloquio e investigación, según nos cuenta Ateneo.

Por su parte, un erudito era nombrado para regir la Biblioteca. El *Papiro Kron*⁸ mencionaba incluso la existencia de socios de la Biblioteca. La *Gran Biblioteca*, la Biblioteca “Madre” del *Museo*, estaba principalmente destinada a albergar los originales de toda la cultura griega, a su estudio filológico, traducción, edición y venta. Pero Ptolomeo I también envió al egipcio Manetón, Hecateo de Abdera y otros sabios a recolectar cientos de papiros de todos los santuarios egipcios, como cuenta Diodoro Sículo⁹, que evidenciaban el ansia de saber universal que guió desde el principio la creación del *Museo* y la *Gran Biblioteca*.

Todos los manuscritos de los griegos, así como los de otros muchos países, llegaban constantemente a sus largas estanterías de madera y armarios empotrados o “*armaria*”, miles de rollos de papiros o “*volúmenes*”, escritos con tinta amarilla diluida en mirra, o con carbón y goma arábica. Adquiridos en Atenas, Rodas, Siria o en lejanas tierras, transportados en barcos mercantes,

8. Papiro “*P. Kron. 4.*”

9. Diodoro Sículo, “*Biblioteca histórica*”, I, 46. 8; 87. 1-5; 88. 4.

agrupados y clasificados por los empleados o “*hyperetae*” y estudiados por los hombres más sabios de su tiempo.

Ni más ni menos que con la creación de aquella Biblioteca por antonomasia se introdujo la censura política por los Ptolomeos y la manipulación de los textos. Como relata J. J. Riaño Alonso, “... *Los miembros del Museo manipularon la literatura para satisfacer unas imposiciones reales... para adaptarlos a la nueva situación política de su tiempo, en que el rey era la figura fundamental... La biblioteca de los Lagidas fue un «laboratorio editorial» pero, contaminada por intereses políticos, se convirtió también en una eficaz herramienta para la manipulación de la literatura... una «máquina de propaganda»...*”¹⁰.

Más tarde, en tiempos de Ptolomeo II *Filadelfos*¹¹, fue cuando se desarrollaron definitivamente tanto *Museo* como *Gran Biblioteca*, con la llegada de más sabios y las masivas adquisiciones bibliográficas del soberano. Bajo su reinado el número de papiros atesorados en la Biblioteca puede que llegara a 200.000, como nos cuenta en su “*Carta de Aristeo a su hermano Filocrates*” el autor judío Aristeo¹², de quien poseemos la primera mención conocida de la *Gran Biblioteca*, evocándola como “*Las colecciones de libros reales*”. En su carta añadía que el regidor de la Biblioteca le prometió al soberano que, en poco tiempo, llegarían al medio millón de papiros, conteniendo todo el saber del mundo.

No sabemos si aquella promesa del bibliotecario se haría realidad, pero de su sola mención ha derivado la creencia de que la *Gran Biblioteca* alejandrina pudo llegar a atesorar una fabulosa cantidad de manuscritos. Algunos investigadores modernos dudan de estas enormes acumulaciones de papiros, corroboradas siglos más tarde por otros escritores antiguos. En realidad, puesto que Aristeo no escribió en el s. II a. C. para engañarnos a nosotros, sino recogiendo datos y anécdotas de su tiempo, aquellas cifras, barajadas mientras la Biblioteca alejandrina estaba en funcionamiento, serían en todo caso asumibles por sus contemporáneos, que conocían bien las dimensiones de la misma. También Flavio Josefo corroboraría la cifra de 200.000 rollos.¹³

10. Riaño Alonso, “*Poetas, filósofos, gramáticos y bibliotecarios. Origen y naturaleza de la antigua Biblioteca de Alejandría*”, 2005.

11. Ptolomeo II *Filadelfos* (285-246 a. C.).

12. Aristeo (180-145 a. C.), “*Epistola ad Philocratem*”, II, 9-12. El libro pertenece a la literatura apócrifa judía, porque se supone escrito por un Pseudo-Aristeo entre 127-118 a. C. en griego y en Alejandría. Es también el primer texto que menciona la leyenda de la traducción, a cargo de la *Gran Biblioteca*, del *Pentateuco* del hebreo al griego, la “*Septuaginta*”, leyenda repetida por Josefo, “*Antigüedades judías*”, XII, 2; y Filón, “*Vida de Moisés*”, V.

13. Josefo, “*Antigüedades Judías*”, XII, 13, 1-4.

Se ha calculado que estas cifras equivaldrían hoy día a unos 15-40.000 libros, suma muy considerable teniendo en cuenta que nos encontramos aún al comienzo de la época helenística, que originaría con los siglos, y desde la misma Alejandría, toda una cultura basada en la palabra escrita y la literatura. Aquellos libros sumarían así toda la literatura arcaica y clásica de Grecia que se había podido recopilar hasta aquellos tiempos, ya que la *Gran Biblioteca* estaba especializada exclusivamente en el mundo griego, atesorándose diferentes versiones de las mismas obras.

El catálogo gigantesco de los libros, las “*Tablas*”, que confeccionó en tiempos de Ptolomeo II el poeta griego y conservador de la Biblioteca, Calimaco de Cirene¹⁴, ocupaba 120 rollos de papiro y dividía los fondos en secciones de retórica, derecho, epopeya, tragedia, comedia, poesía lírica, historia, medicina, matemáticas, ciencias naturales, astronomía, etc. Se asegura que Ptolomeo II compró asimismo la Biblioteca de Aristóteles y Teofrasto a sus herederos. Según un texto célebre del filólogo bizantino Johannes Tzétzís, “*Sobre la Comedia*”¹⁵, bajo este rey se acumularon exactamente 400.000 libros múltiples o “*symnigeis*” y 90.000 libros simples o “*amigeis*”, además de 42.800 libros en los depósitos externos, sumando 532.800 rollos, y corroborando así las afirmaciones de Aristeo.

La referencia a unos depósitos externos es muy sugestiva. Implicaría que, como vemos, la acumulación de libros se incrementó rápidamente, haciendo que surgiera un grave problema de almacenamiento y manejo de los legajos, lo que haría pequeña la primitiva Biblioteca, y surgiría la necesidad de ampliarla. Depósitos que, en ningún caso, se podrían confundir con la futura biblioteca del *Serapeion*, pues esta aún no había sido fundada en Alejandría. Pero sí sería eco de la existencia de un depósito de libros fuera.

Ello podría explicar por qué Giorgos Syncello, cronista y apologeta bizantino, en su “*Extracto de Cronología*”¹⁶, da la fecha del 252 a. C. como la de la fundación de la Biblioteca ptolemaica, lo que sabemos que no es cierto, puesto que fue fundada cuatro decenios atrás. Pero sí podría coincidir con la creación, por Ptolomeo II, de un anexo de la *Gran Biblioteca*, otro “almacén de libros”, término sinónimo de “biblioteca” en tiempos de Syncello, lo que

14. Calimaco (c. 310 ~240 a. C.), “*Pinakes*”. Según el “*Suida*”, su título completo era “*Listas de todos los que han destacado en todas las áreas del saber, y sus escritos en 120 volúmenes*”.

15. Tzétzís (c. 1110-c. 1180 d. C.), “*De Comaedia*”, o “*Comicorum Graecorum Fragmenta*”, comentarios recogidos en un escolio de Plauto, “*Scholia in Aristophanem*” y traducidos al latín por un escriba del s. XV.

16. Syncello (m. 810 d. C.), “*Ekloge chronographias*”, 217.

coincidiría con la mención de los depósitos externos por Tzétzézés, en tiempos de Ptolomeo II.

Tal vez depositarían allí los textos de otras culturas, ya que sabemos que el primer Ptolomeo ya había encargado a varios eruditos la recolección de todos los papiros de los templos egipcios. Sus sucesores también se interesaron por los escritos foráneos. Se atribuye a Ptolomeo II o a su sucesor la “*Carta*”, evocada por el obispo Epifanio de Salamina¹⁷, que escribió a “*todos los reyes y gobernadores del mundo*”, pidiéndoles que no dudaran en enviarle las obras de todos los autores posibles, incluyendo “*poetas, prosistas, retóricos y sofistas, doctores y adivinos, historiadores y también todos los demás*”. Así, corroborando lo anterior, Plinio¹⁸ contaba que en la Biblioteca real existía una versión de la obra de Zoroastro, y el obispo S. Juan Crisóstomo¹⁹ les dijo a los habitantes de Antioquía que Ptolomeo II depositó en la *Gran Biblioteca* las copias del “*Antiguo Testamento*”.

La ciudad de las dos Bibliotecas Reales

Fue por todo lo anterior por lo que Ptolomeo III *Evergetes*²⁰ decidió fundar, en la segunda mitad del s. III a. C., en el *Serapeion*, más tarde llamado *Serapeum*, el santuario de *Serapis*, sobre Rhakotis²¹, la segunda Biblioteca real de Alejandría, llamada la *Biblioteca Hija de Rhakotis*, otra de las joyas de la ciudad, y la continuación natural e inseparable de la primera.

El rey alejandrino, aprovechando su ampliación del *Serapeion*, incorporó toda un ala del gran patio cuadrado, rodeado de columnas, que dividía el santuario, dedicándolo a una nueva y espléndida Biblioteca. Con asombrosas vistas sobre toda la ciudad, los dos puertos y el inmenso mar. La *Biblioteca Hija* se especializó, no sólo en acumular una copia de todos los originales griegos, sino también miles de rollos de papiros, legajos y tablillas conteniendo todos los misterios de Egipto, Mesopotamia, Persia, India o Etiopía, además de la sabiduría fenicia, árabe y hebraica. Con ello, la *Gran Biblioteca* se hizo realmente universal. Junto a esta segunda biblioteca real surgió el barrio

17. Epifanio, “*Sobre las medidas y los pesos*”, 256.

18. Plinio, “*Historia Natural*”, 30, 2, 4.

19. Crisóstomo, “*Primera Homilía contra los Judíos*”, 6, 1.

20. Ptolomeo III *Evergetes* (246-222 a. C.).

21. El punto más alto de Alejandría, la colina original, el barrio alejandrino llamado *Karmuz* hoy día.

alejandrino de los libros, anticuarios y copistas, el *Attarin*²² ptolemaico, con sus librerías especializadas, sus agentes y sus ediciones de lujo.

Ptolomeo III, en su pasión bibliófila, fue tan lejos como para confiscar libros para su Biblioteca²³. Efectivamente, en su reinado, ingresaban asimismo en sus estantes los “*libros de navíos*”, como los llamaba el médico C. Galeno²⁴—quien vivió y estudió en Alejandría—, manuscritos originales que llegaban a Alejandría en barcos o equipajes de viajeros y eruditos, obligados a dejarlos en las “*apothekae*” o depósitos de la *Gran Biblioteca*, a cambio de recibir dinero y una copia. También compraba a precio de oro preciados manuscritos de los clásicos griegos. La pasión de los Ptolomeos les llevó a atesorar en poco tiempo todos los textos griegos, “*demasiados para que una sola persona pueda leerlos*”, como decía Séneca el Joven²⁵.

A partir de aquella época, la ciudad cobijó *dos grandes Bibliotecas Reales*, un cuerpo común de conocimiento, una riqueza literaria de la que ninguna otra ciudad podía enorgullecerse. Dándolo por descontado, ningún escritor de la Antigüedad Tardía mencionó este hecho extraordinario, hasta que el escritor cristiano y heterodoxo latino Tertuliano, en su “*Apologético*”, escribiera por fin, a principios del s. III d. C., sobre la existencia de una segunda Biblioteca diciendo que “*las bibliotecas de los Ptolomeos se exhiben hoy día en el Serapeum...*”²⁶. Tuvo que pasar más de un siglo para que, a finales del s. IV d. C., Amiano Marcelino escribiera, a su vez, que, en tiempos pasados, hubo dos diferentes Bibliotecas en Alejandría, diciendo en su “*Historia Romana*” que “*... existieron en la ciudad dos bibliotecas de valor incalculable.*”²⁷

También Epifanio de Salamina, en la misma época, en su “*Libro sobre las medidas y los pesos*”²⁸, nos hablaba de la fundación de la *Gran Biblioteca* y los libros que almacenaba de todos los países conocidos, y nos contaba que existían antaño en Alejandría “*una primera Biblioteca y otra más pequeña, erigida dentro del Serapeum, que llamaban la Biblioteca Hija de la primera*”. Y asimismo el bizantino Tzétzés, en sus “*Prolegómenos de Aristofanes*”²⁹ afirmaba claramente que en Alejandría existieron dos Bibliotecas, una dentro del barrio

22. *Attarin* es el barrio de las antigüedades en Alejandría.

23. Plutarco, “*Vida de los Diez Oradores*”, 841.

24. Galeno (129-207 d. C.), “*Opera omnia*”, “*Obras Completas*”, XVII, 1; “*Comm. In Hippocr. Epidem.*”, “*Comentarios a las “Epidemias” de Hipócrates*”, III. 17a, 239-40, 606,608, IV. 11.

25. Séneca el Joven, “*De Animi Tranquillitate*”, “*Sobre la Tranquilidad del Espíritu*”, IX, 5.

26. Tertuliano (160-222 d. C.), “*Apologeticum*”, 13, 18. 8.

27. Amiano Marcelino, “*Rerum Gestarum*”, XXII, 11, 16, 17.

28. Epifanio (315-402 d. C.), “*Liber de mensuris et ponderibus*”, IX, 12; XII, 11.

29. Tzétzés, “*Prolegomena Aristophanou*”.

real, y otra fuera de su recinto. Todos ellos recalcaron la diferencia entre las dos Bibliotecas alejandrinas, tanto por nombre como por ubicación. Ni su organización ni sus actividades coincidirían, tratándose de dos instituciones complementarias, pero nunca confundidas en una sola. La *Gran Biblioteca* fue siempre la del *Bruchion*.

G. Leroux asegura que las dos Bibliotecas tendrían cometidos diferentes. Mientras “*la Alexandrina debió de ser, primero y principalmente, una Biblioteca de conservación... preservando las antiguas copias, los arquetipos... donde los bibliotecarios estaban atareados en coleccionar y catalogar...*”, la Biblioteca también se dedicaría a “*editar dichos textos y completar nuevas colecciones... ya que las escuelas necesitaban nuevas copias para los estudiantes...*”³⁰, tarea que parece asignar a la Biblioteca exterior, la del *Serapeum*, dedicada a los estudiosos.

El incendio de la Gran Biblioteca por Julio César

La *Gran Biblioteca* continuó expandiéndose, aumentando su riqueza literaria a través de sus siglos de existencia, unos doscientos cincuenta años. El funcionamiento del *Museo* sufrió un gran quebranto con el tumultuoso reinado de Ptolomeo VII *Evergetes II Physcon*³¹, que persiguió a los intelectuales, y provocó una desbandada de sabios, escritores y científicos por todo el Mediterráneo, huyendo de su despotismo³². Teniendo el rey ínfulas literarias, la Biblioteca seguiría intacta, pero a su entera disposición. Lo que sí es cierto es que la institución parece que decayó temporalmente, y ya nunca, salvo gloriosas excepciones, brilló como antaño. Su último director conocido fue Onasandro³³, bajo el rey Ptolomeo VIII *Soter II*³⁴.

En todo caso la colección de libros alejandrinos era inmensa y única en el mundo, acumulando, justo antes de su dramático final, entre 400.000 y 700.000 rollos de papiro, que equivaldrían a 30-50.000 libros modernos, una cantidad abrumadora para su época. Todos desaparecieron para siempre un verano de mediados del s. I a. C. cuando la *Gran Biblioteca* fue incendiada, por accidente, en un acto de guerra.

30. Leroux, “*Damascius and the Collectio Philosophica*”, – “*Damascio y la Collectio Philosophica*” –, pg. 184, en El-Abbadí y otros, “*What Happened to the Ancient Library of Alexandria?*”, “*¿Qué le ocurrió a la Antigua Biblioteca de Alejandría?*”, Brill, Leiden-Boston, 2008.

31. Ptolomeo VII *Evergetes II Physcon* (145-116 a. C.).

32. Polibio, “*Historia de Roma*”, XXXIV, 14, 6.

33. Onasandro (c. 88 a. C.).

34. Ptolomeo VIII *Soter II* (116-107 y 88-80 a. C.).

En aquel verano, el día anterior a la tragedia, Alejandría aún se miraba intacta y confiada en las aguas azules del *Gran Puerto*. A su entrada, la alta torre de mármol de la isla de Faros, el *Pharos*, mostraba en lo alto, con el crepitar del fuego, el peligroso camino a los navegantes, obligados a pasar sobre un estrecho canal submarino a través de los bajíos, rozando con escalofríos la amenazadora mole rocosa del “*Diamante*”, y pensando en todos los barcos que yacían abajo. Para darles la bienvenida, la lengua rocosa que se extendía hacia el mar frente al *Pharos* estaba sembrada de esfinges, monumentos faraónicos y gigantescas estatuas de los primeros reyes Ptolomeos. Del otro lado, sobre una lengua artificial de tierra, sobresalían las estatuas de los sabios.

Una vez dentro del puerto, los navegantes podían ver el panorama de aquella metrópolis maravillosa. Mansiones entre jardines de acacias rojo escarlata y frondosas palmeras, que subían por las suaves pendientes de las cinco colinas sobre las que se asentaba Alejandría, con grandes avenidas y calles abarrotadas. Toda la ciudad refulgía con sus mármoles y alabastros, abrazada por un aire cristalino, suavemente impregnado por la arena dorada del desierto. Más allá de la ciudad alta, del *Gran Teatro*, un abanico de gradas abierto al puerto, y el fastuoso *Gimnasio*, sobresalía la “*Columna de Serapis*”, guía de los marinos, en el *Serapeum*, lo primero que avistaban desde lejos, zarandeados por las olas, los que se acercaban a Alejandría.

A la derecha del *Gran Puerto* se desplegaba el *Heptastadion*, puente de arcadas entre la isla de Faros y tierra firme, con un paso levadizo para llegar al *Eunostos*, el puerto comercial del oeste. Frente a ellos, extensas playas interiores denotaban la actividad de los pescadores, con sus cientos de barcas, junto a muelles, aduanas, astilleros y almacenes, donde pululaba una multitud heterogénea y vibrante. Gruesas murallas cercaban la urbe, a cuyos pies surgían grandes edificios administrativos. En el centro del puerto, cerca de unos islotes, y erigido sobre un saliente rocoso que se internaba en el mismo, el santuario de *Poseidón*, dios de los navegantes, enseñoreaba, en medio de las aguas, todo el espacio.

A su izquierda se adivinaba todo el rincón oriental del puerto, el más alejado de la entrada, y el más apacible y bello, pues tenía todo el atardecer enfrente, tras la isla de Faros. Aquello era el “*Basileia*”, el fastuoso barrio real, los “*Palacios Interiores*”, a modo de “Ciudad Prohibida” oriental. Señalado por un esplendor de verdura, entre cuyos árboles, paseos y fuentes se desplegaban los numerosos palacios reales, uno por soberano, que habían construido con el mayor de los lujos los Ptolomeos. El más importante se alargaba como un barco de mármol blanco sobre la península de Lochias.

A sus pies, el *Puerto Real* se extendía paralelo al “*Basileia*”, con decenas de lujosos barcos anclados en sus muelles. Surgían sobre las murallas miradores

alargados de esbeltas columnatas, pabellones de placer, exquisitas estatuas, palacios de fantasiosas decoraciones, cortinas multicolores al viento. Entre los jardines, no muy lejos de la orilla, y cerca de la muralla interior que, a su vez, separaba el distrito real de la ciudad, destacaba un bellissimo edificio, rodeado de columnas, la *Gran Biblioteca*, donde se custodiaban aquellos miles de manuscritos, y no muy lejos, los edificios del *Museo*.

Pues bien, toda aquella ciudad centenaria, que había sabido llegar prácticamente intacta hasta aquellas fechas, sufriría los devastadores efectos de un huésped inesperado, que la destruyó desde dentro. Efectivamente, y según la versión histórica más aceptada del desastroso incendio de la *Gran Biblioteca*, basada en los relatos de numerosos escritores griegos y romanos, se atribuye la destrucción de la mítica Biblioteca –y parte de la ciudad– al general romano Julio César³⁵.

Efectivamente, tras haber llegado César a la metrópolis egipcia como invitado, se vio envuelto inmediatamente en las luchas fratricidas de la monarquía. Así pues, tratando de ayudar a Cleopatra VII *Philopator*³⁶ en su lucha contra su hermano y esposo Ptolomeo XIII³⁷, comenzó la “*Primera Guerra Alejandrina*”, que explotó a finales de agosto del 48 a. C. (Calendario Gregoriano). Julio Cesar, con sus tropas alojadas en el centro de Alejandría, viéndose rodeado, y en franca minoría, dio una serie de órdenes bélicas que supusieron el incendio de la flota egipcia, y la extensión del fuego por toda la ciudad real, que ardió como un brasero. La *Gran Biblioteca* acabó casi completamente destruida, por accidente, en aquella maldita guerra.

César trató los sucesos inmediatamente anteriores al incendio del recinto real y la *Gran Biblioteca* meramente como un hecho de guerra, asegurando sucintamente en sus “*Comentarios de las Guerras Civiles*” que él, sintiéndose cercado en el distrito real por los soldados egipcios del rey Ptolomeo, al mando del general Achillas, “... tomó la iniciativa: incendió todos los barcos que estaban anclados en el puerto, y los que se encontraban en los astilleros... y urgió a desembarcar sus tropas en la isla de Faros”³⁸. Ahí mismo finalizó César aparentemente el relato, dejando sin acabar la descripción de la batalla. Lo que pasó luego no parece interesarle lo más mínimo.

Curiosamente, César no prosiguió explicando las consecuencias que tuvo el incendio de los numerosos navíos congregados en el *Puerto Real*, posiblemente

35. Julio Cesar (100-44 a. C.).

36. Cleopatra VII *Philopator* (51-30 a. C.).

37. Ptolomeo XIII (51-47 a. C.).

38. Julio César, “*De Bello Civili*”, III, 111.

te más de ciento diez barcos, según el Pseudo-Hirtio, o más de setenta, según Lucano, sobre la propia ciudad, dramático colofón de la batalla alejandrina, cortando su narración y acabando el libro abruptamente, justo segundos antes de que Alejandría y la *Gran Biblioteca* quedaran arrasadas, a causa del inmenso fuego que generaron los navíos, una hoguera infernal atizada por los vientos del verano alejandrino. Suponemos que César quedó inmensamente contrariado por esta gran tragedia, el primer gran golpe que recibía Alejandría desde su nacimiento, en el ocaso de la última dinastía, el mayor desastre cultural de la Antigüedad.

En todo caso, el propio Julio César, historiador consumado y muy puntilloso en los detalles, no mencionó nunca el fin de la *Gran Biblioteca*. Así pues, desde el principio, César, ante la magnitud y las repercusiones políticas del desastre, adoptó una actitud de secretismo y ocultación, decidiendo no revelar ni transmitir a la posteridad la veracidad de la catástrofe que arrancó de un zarpazo a Alejandría uno de sus mayores tesoros y consumó la pérdida de los manuscritos originales de toda la cultura griega. Yéndose en cenizas con el fuego los miles de libros acumulados por los Ptolomeos durante 250 años, un tesoro universal e irremplazable.

Ya Suetonio cita la opinión de C. Asinio Polión³⁹, fundador de la primera biblioteca pública romana bajo Augusto, sobre los “*Comentarios*” de Julio César, diciendo que “ *fueron escritos algo indolentemente y sin estrictos miramientos a la verdad; porque en muchos casos César... alteró los escritos en su propio beneficio, bien conscientemente o por fallos de memoria, aunque pensaba volver a escribirlos o corregirlos*”⁴⁰. Somos así testigos de la voluntad expresa de César por ocultar los hechos desde el primer momento, originando un movimiento de censura literaria y distorsión de la memoria histórica que aún no ha sido completamente rectificado.

Su silencio es tanto más sangrante, cuanto que sabemos que en el momento en que César volvió a Roma quiso abrir las bibliotecas privadas al público⁴¹, encargando hacia el 47-46 a. C. al político, escritor y bibliófilo Marco Varrón el proyecto de creación imperial de una biblioteca pública que se asemejara a la de Alejandría, que acababa de quemar, encargándole que compra y clasificara textos griegos y romanos. Varrón le dedicará al propio César

39. Según el “*Suidas*”, Polión (76 a. C.-4 d. C., activo 39 a. C.) escribió en latín, en 17 libros, una historia de las guerras civiles, incluida la campaña egipcia de César, de las que fue contemporáneo y testigo. Tanto Estrabón, Plutarco, Apiano y otros utilizaron sus textos como fuentes.

40. Suetonio, “*De Vitae Caesarum, Caesar*”, I, LVI, 1-3.

41. Suetonio, “*Julio Cesar*”, XLIV.

su influyente obra “*Sobre las bibliotecas*”⁴². Todo ello probaría que a César no se le olvidó en absoluto el tesoro bibliográfico perdido. Todo lo contrario, se propuso recomponerlo en la propia Roma, donde ya el general Lúculo⁴³, con los despojos de la guerra del Ponto, había organizado una gran biblioteca privada, con la ayuda de Tiranión, famoso bibliotecario y filólogo alejandrino.

A pesar del supuesto consenso moderno en que Julio César se llevó los libros de la *Gran Biblioteca* a Roma, ningún autor antiguo lo certifica. Una cosa es que le encargara a Marco Varrón un proyecto, y otra muy distinta es que Julio César robara a su amante Cleopatra los libros que no había consumido el fuego, en los mismos años en que Cleopatra, con el hijo de ambos, Cesarión, se instaló en Roma, viviendo juntos del 46-44 a. C., y renovando un viejo tratado de amistad entre los dos países. Otra tentativa, esta moderna⁴⁴, de quitar a César el peso de la tragedia. Pero Julio César fue asesinado antes de ver cumplido su designio, por lo que no pudo desvalijar libros de Alejandría, que, en todo caso, no hubieran sido nunca de la *Gran Biblioteca*, por él destruida.

Tras el asesinato de Julio César en el 44 a. C. y la huida de Cleopatra a Alejandría con Cesarión, aparentemente nada cambió, gracias a los encantos de la reina. Así, cuando Asinio Polión puso por fin una biblioteca pública en funcionamiento en Roma, en el *Atrium Libertatis*, hacia el 39 a. C., jamás pudo poner la mano sobre los despojos de la Biblioteca alejandrina. Ya que eran tiempos del *Segundo Triunvirato*⁴⁵, formado por Octaviano, Lépido y Marco Antonio⁴⁶, y la época de los tórridos amores de Cleopatra con Marco Antonio, que se conocieron en el 43 a. C., protector y amante de la reina de Alejandría. Nunca se llevaron los jefes romanos botín de guerra alguno de Alejandría, sino todo lo contrario, las mieles de una relación amorosa con su reina legendaria, madre de sus hijos.

Primer ciclo de silencios y tabúes en torno al incendio de la Gran Biblioteca

Pues bien, para rematar la faena, fue curiosamente un desconocido ayudante de César, que según Suetonio⁴⁷ pudo ser Oppio, o según otros el general

42. Varrón (116-27 a. C.), “*De Bibliothecis*”.

43. Lúculo (110-57 a. C.).

44. Parsons, 1952; Dziatzko, 1958; Canfora, 1989; Riaño, 2005.

45. Segundo Triunvirato Romano (43-33 a. C.).

46. Marco Antonio (83-30 a. C.).

47. Suetonio, “*De Vitae Caesarum, Caesar*”, I, LVI, 1.

Aulio Hirtio, llamado también el Pseudo-Hirtio, quien, ante un final literario tan extrañamente abrupto, que silenciaba precisamente una de las tragedias culturales más conocidas, dramáticas e impactantes de su época, sin duda divulgada rápidamente por todos los rincones del Imperio, se aprestó él mismo a cerrar el capítulo, en beneficio de su adorado César. Contándonos en el panfleto titulado “*Guerras Alejandrinas*”⁴⁸, que puesto que Alejandría estaba construida de mármol, incluso sus techos y vigas, el fuego no se extendió muy lejos del viejo puerto, una distorsión histórica y una mentira que enfatiza, aún más si cabe, la culpabilidad que César debió de sentir ante este dramático hecho de guerra.

El ignorado autor del panfleto, ya desconocido a principios del siglo II d. C., no sólo parece afirmar implícitamente que un incendio, efectivamente, se extendió por la ciudad, lo que ni César se atrevió a decir, sino que se desmascara más tarde a sí mismo, asegurando también en sus “*Guerras Alejandrinas*”⁴⁹, que el pueblo alejandrino, después de haber perdido más de ciento diez barcos en el incendio, tuvo posteriormente que hacer acopio de madera para reconstruir parte de la flota real, veintidós cuatrirremes y cinco quintirremes, arrancando precisamente las vigas de madera de los techos de los más importantes monumentos de Alejandría que aún quedaban intactos. Lo mismo que cuenta el propio Julio César en “*Comentarios de las Guerras Civiles*”, quien refiriéndose a una derrota naval de los egipcios dice que estos “*arrancaron a las columnatas, gimnasios y edificios públicos sus techos, con los que conseguir madera...*”⁵⁰.

El Pseudo Hirtio, autor de aquel panfleto fue, de hecho, uno de los principales y más directos testigos de la batalla alejandrina. Pero, desgraciadamente, fue un autor tan parcial y sin escrúpulos, que distorsionó por primera vez y a conciencia los hechos históricos, en aras de la corrección política, creando dudas acerca de lo que realmente ocurrió en Alejandría. Lo que, sumado al significativo silencio de César, fue la causa y el comienzo de un velo de misterios, malentendidos y censuras. Un primer ciclo de tabúes, que se hilaron a través de los años, en torno a destrucción de la *Gran Biblioteca*, en el s. I a. C., y su desaparición de la historia a partir de entonces. De hecho, el episodio más deshonoroso de toda la carrera militar de Julio Cesar, y el que deshonoraba también, y para siempre, a Roma, con el incendio de todos los libros de la admirada cultura griega.

48. Hirtio, Pseudo, “*Bellum Alexandrinum*”, 1, 3.

49. Hirtio, Pseudo, “*Bell. Alex*”, 12, 13.

50. Julio Cesar, “*De Bell. Civ.*”, IV.

Suetonio asegura que Hirtio también escribió el Libro VIII de los “*Comentarios de las Guerras de las Galias*”, asimismo de Julio César, que dicen que este dejó incompleto, lo que es profundamente extraño, ya que estaríamos ante un historiador y estadista que dejaba sus libros sin acabar, en momentos claves. Puesto que en estos “*Comentarios*” de las Galias, Julio César se habría dejado en el tintero todo el final, nada menos que su propia justificación de por qué se rebeló contra la República romana.

Algunos piensan que no fue exactamente Julio César el que dejó de escribir, aunque adornara los hechos en su favor, si no que fue su sucesor Octavio el que impuso, desde el principio de su reinado una férrea censura, en pro de una imagen mitificada de Julio César, no sólo prohibiendo el acceso a muchos escritos de juventud del propio César⁵¹, si no cortando, borrando y añadiendo los textos que Julio César había escrito. Una censura que se prolongó a través de todo el Imperio romano, y que hizo desaparecer o tergiversó los textos de todos los que clamaban por una vuelta a la República. Lo que explicaría la aparición de aquel solícito Hirtio, tan dispuesto, por órdenes de Octavio, a dejar los libros de César “*políticamente correctos*” para la posteridad.

Después de la destrucción de la *Gran Biblioteca*, nadie volvió a mencionar aquella institución alejandrina nunca más. Un velo de silencio arrinconó la auténtica verdad. Por supuesto, así fue en tiempos de Julio César, cuando el miedo era resentido con fuerza. El ejemplo más notable es el del filósofo romano, literato, estadista y más brillante orador de su época, Marco Tulio Cicerón⁵², defensor de la República y puntual contemporáneo de aquella catástrofe en su madurez, que ni siquiera se atrevió nunca a mencionarla. Efectivamente, Cicerón vivió al final de su vida los dramáticos años de la *Guerra Alejandrina* y de los amores de Julio César, en la cima de su poder, y Cleopatra, muriendo un año después de que César fuera asesinado.

Aunque Cicerón estuviera bajo una fuerte impresión psicológica en su fuero interno, por la desaparición de la Biblioteca misma en que se guardaban los originales de todos los filósofos, poetas y literatos griegos, adoptó un férreo e inquietante silencio, como si nada hubiese pasado. Si no fue miedo, sí fue una gran prudencia. No iba a ser él, un prestigioso ciudadano romano, siempre atento a donde estaba el poder, el que delatara a aquel poderoso y temperamental general en vida, con el que se había condecorado en 53 a. C., incluso aunque no estuviera de acuerdo con la deriva personal de aquel líder

51. Suetonio, “*De Vitae Caesarum, Caesar*”, LVI.

52. Cicerón (106-43 a. C.)

político. Ni tampoco después, cuando su propio hijo adoptivo, Octaviano, formaba parte del *Segundo Triunvirato* que tomó el poder.

Cicerón sólo se atrevió a veladísimas críticas en su “*Carta a Bruto*”, diciendo que Julio César “*escribió unas memorias dignas del mayor encomio; están desnudas en su simplicidad, directas pero a la vez con encanto, despojadas de todo adorno retórico, así como de ornamento; sin embargo, aunque su propósito fuera el de suministrar materiales a otros, en los cuales podrían apoyarse los que quisieran escribir historia, en realidad ha hecho la cosa agradable a los necios, que tratarán de sobrecargar sus narraciones, pero ha dejado a todo hombre sensible sin ningún deseo de escribir sobre el mismo tema*”⁵³. Cicerón, siempre en la cuerda floja, acabó por sucumbir, habiendo perdido el favor de Octaviano, quien mandó ejecutarle como enemigo del Estado.

Pero de hecho nadie se atrevió a romper el silencio hasta el final de la *Dinastía Julio-Claudia*⁵⁴ –de Augusto a Nerón–, por miedo a ser castigados por estos emperadores, sucesores de Julio César, empezando por su inmediato sucesor, Octavio Augusto⁵⁵. Estableciéndose así una auténtica censura política a la versión histórica, que sólo se arriesgaron a romper las clases senatoriales opuestas al sistema imperial que destruyó la República romana, los que consideraban a Julio César como un tirano.

Efectivamente, mientras vivieron estos emperadores, guardaron y protegieron con celo la sagrada imagen de su sublime ancestro, Julio César, por lo que nadie volvió a mencionar nunca más el nombre de la *Gran Biblioteca de Alejandría* ni su desastroso final, hasta más de cien años después, como si se hubiera evaporado subitamente en el viento. Durante todo ese tiempo, pues, funcionó el primer ciclo de censuras, tabúes y miedos que velaron la memoria de aquellos dramáticos acontecimientos.

Siendo así, tampoco se atrevió a mencionarla el geógrafo griego Estrabón, otro contemporáneo de los sucesos y visitante de Egipto poco tiempo después, adoptando el mismo táctico silencio que Cicerón, aunque su época ya fuera la de Augusto. Efectivamente, Estrabón visitó Alejandría entre el 25-20 a. C. En su “*Geografía*”⁵⁶, que ha sobrevivido casi intacta, nos hace una de las descripciones literarias más certeras de la Alejandría de su tiempo, especialmente de los monumentos que rodeaban el *Gran Puerto*. Un lugar donde el impacto de la tragedia y las ruinas ennegrecidas de la famosa institución serí-

53. Cicerón, “*Epistola ad Brutum*”, 262, citada por Suetonio, “*Caesar*”, I, LVI, 2.

54. Dinastía Julio-Claudia (27 a. C.-68 d. C.).

55. Octavio Augusto (30 a. C.-14 d. C.).

56. Estrabón (64 a. C.-19 d. C.), “*Geographica*”, XVII, 1, 6, 8, 9, 16, 17.

an, sin duda aún visibles en su tiempo. Y, sobre todo, serían tema de conversación recurrente entre los numerosos testigos que todavía habitaban Alejandría en la época de su visita, veintisiete años después de la catástrofe.

¿No es sospechoso que Estrabón no haya siquiera mencionado en su descripción del *Gran Puerto* el nombre de la *Gran Biblioteca* o el sitio donde se erigía la institución más admirada de Alejandría, y la más afamada de las bibliotecas de la Antigüedad? ¿Curiosamente cuando él mismo hace una alusión velada al ingente tamaño de dicha institución, en tiempos de Eratóstenes⁵⁷, en un párrafo anterior de su libro, asegurando que “*Eratóstenes... ha leído numerosos archivos... teniendo a su disposición una Biblioteca cuya riqueza atestiguaba el propio Hiparco*”⁵⁸, dando a entender, además, que la *Gran Biblioteca* ya había desaparecido en tiempos del propio Estrabón? ¿Cómo es posible que Estrabón, quien describió uno por uno, todos los monumentos que se levantaban a orillas del puerto, silenciara la *Gran Biblioteca* tan completamente, mencionando solamente el *Museo*, que estaba a su lado? ¿Existe un vacío! Su silencio es prueba de su impotencia para contarnos la verdad. Es casi como un grito. ¡No puedo hablar!

Podemos, en todo caso, comprender la actitud de Estrabón. En Alejandría, el sentimiento de derrota era abrumador en el tiempo que estuvo allí. El viejo Imperio egipcio había perdido su independencia ante los romanos en el 30 a. C, siendo convertido en provincia personal de Augusto. El extraño y cobarde silencio de Estrabón no era más que el reflejo del temor que invadía los corazones de los alejandrinos con respecto al fuego desastroso que había arrasado la *Gran Biblioteca*. Miedo a la libertad de hablar, a contar lo sucedido sin peligro para la hacienda o la misma vida.

Primeros testimonios velados de la tragedia

Sin embargo, no todos los escritores fueron tan prudentes o cobardes como Cicerón o Estrabón con respecto al poder político romano, y gracias a estos otros autores clásicos tenemos algunos testimonios distorsionados y aguados de los sucesos, cada uno copiando directamente del anterior. El más antiguo testimonio literario del desastre nos ha llegado de la mano de otro riguroso contemporáneo de la tragedia y de todos sus actores, del historiador latino Ti-

57. Eratóstenes, director de la *Gran Biblioteca* entre 245 o 230-201 o 195 a. C.

58. Estrabón, “*Geogr.*”, II. 1. 5.

to Livio, bien conocido por sus principios republicanos y su admiración por Pompeyo y los ideales del partido senatorial, y, por tanto, contrario al nuevo régimen político instaurado por Augusto.

A pesar de conocer personalmente a Augusto, Livio no estaba dispuesto a ignorar los terribles episodios que habían sucedido durante las *Guerras Alejandrinas*, que relató en su "*Historia de Roma*"⁵⁹, en 142 volúmenes. De ellos solamente 35 han sobrevivido, habiéndose perdido el Libro CXII, que trataba de toda la estancia de Julio César en Egipto. Para la mayoría de los años que faltan –167-9 a. C.– nos quedan una especie de pequeños Resúmenes o "*Periocha*" donde, por desgracia, no se recoge el testimonio de Livio, sobre el incendio, lo que se ha dado en llamar el "*párrafo perdido*". Por suerte, fue Séneca *el Joven* el que lo citó expresamente, aunque de modo escueto.

Tal vez los inquebrantables principios de Livio, y el hecho de que fuera un ciudadano romano de gran categoría, y no un griego, como Estrabón, le dieron la fuerza necesaria para intentar la arriesgada iniciativa de romper el silencio impuesto sobre tan terribles sucesos, mencionándolos, aunque de algún modo moderando su verdadero impacto. Es así como, incluso aunque sus escritos se basaban en los de César, Pollio y Augusto, aseguró en ellos que el fuego destruyó 40 o 400.000 libros que estaban guardados en la Biblioteca alejandrina.

Livio fue lo suficientemente valiente para hablar de algo que había sucedido en su propio tiempo, cuando él contaba sólo doce años, un niño al que la catástrofe habría dejado una huella anímica perdurable, acrecentada por todo lo que hubo de escuchar acerca del desastre durante todos sus años jóvenes. Livio describió la *Gran Biblioteca* con intensa admiración. Con ello no hacía más que mantener viva la llama de su memoria, contra todos los silencios, incluidos los de Cicerón y Estrabón. Incluso con esa corta alusión al desastre, se distanció radicalmente de la versión de César –el ominoso silencio– y de la del Pseudo-Hirtio –no pudo haber sucedido–, poniendo a los dos escritores en evidencia. Sí, hubo fuego, y quemó valiosísimos manuscritos.

Puesto que solamente tenemos breves *Resúmenes* y no los textos completos de Livio, no podemos saber lo que realmente escribió acerca de la totalidad del desastre. Lo que sí sabemos es que esta tempranísima versión de los hechos rompió un poco el tabú que ya rodeaba tema tan espinoso, siendo así seguido casi palabra por palabra, durante casi un siglo, por todos los escritores que, bajo la *Dinastía Julio-Claudia*, se atrevieron a hablar de ello en sus

59. Tito Livio (59 a. C.-17 d. C.), "*Ab urbe condita*", CXII, 43; "*Periocha*", CXII.

escritos sobre la *Primera Guerra Alejandrina*, todos ellos escritores muy afines a las ideas políticas del propio Livio.

De todos ellos, es del filósofo estoico latino L. Anneo Séneca *el Joven*, de la ilustre familia hispano-romana de los Séneca cordobeses y uno de los escritores más importantes de su tiempo, del que nos ha llegado el más antiguo testimonio literario intacto sobre el desastre, mencionando en su “*Sobre la tranquilidad del espíritu*”⁶⁰, escrito ya con cierta distancia, en el 48 d. C., que 40.000 libros⁶¹ fueron destruidos por el fuego –aunque otros códices parecen aumentar la cifra a 400.000–, contándonos que su fuente de información era Livio.

Sus palabras, las primeras conservadas en que se menciona el incendio de libros en Alejandría, dicen que “40.000 libros se quemaron en Alejandría; dejad que otros canten esta biblioteca como el más noble monumento a la riqueza de los reyes, como hizo Tito Livio, quien asegura que fue el más importante resultado de la elegancia y solicitud de los reyes”⁶².

Séneca *el Joven* fue también, como Livio, un admirador de la antigua República y sus libertades, y estuvo temporadas en Alejandría antes del 40 d. C., donde su tío era prefecto, y donde recopiló información sobre Egipto y el Nilo para sus escritos y se interesó profundamente por la *Escuela de Alejandría*.

En la versión de Séneca *el Joven*, no se habla de lugar, tiempo o César. Pero es obvio que si un incendio de libros ha sido recordado a través de los siglos, ese ha sido el de César en Alejandría. Tito Livio no podía referirse a otro acontecimiento más importante y dramático, que no fuera aquel incendio, que conoció en vida. Y de los escritos de los que también se basaron en su testimonio, se infiere que no existen dudas que fue el incendio de las *Guerras Alejandrinas* el único al que Livio se estaba refiriendo.

Pero fue su sobrino, el poeta latino M. Anneo Lucano, también originario de los Séneca de Córdoba, y asimismo embebido de filosofía estoica, quien dedicó los diez libros de su poema épico-histórico “*Guerras Civiles*” o “*Farsalia*”⁶³, a las luchas entre César y Pompeyo, finalizando con el sitio de Alejandría. En ellos mostraba a César como un villano. No es por tanto casualidad que fuera precisamente Lucano el que amplificara el relato del desas-

60. Séneca *el Joven* (4 a. C.-65 d. C.), “*De Animi Tranquillitate*” o “*De Tranquillitate Animi*”, IX, 5.

61. Cifra que aparece en el “*Manuscrito A*”, de Monte Casino, el mejor de los conservados.

62. Séneca, “*De An. Tranq.*”, IX, 5.

63. Lucano (39-65 d. C.), “*Bellum Civile*” o “*Pharsalia*”.

tre de Alejandría, poniendo el acento en la importancia que tomó el fuego en aquel infausto día y que destruyó gran parte de la capital egipcia, haciendo vanas y vergonzosas la ignorancia, el silencio o la distorsión de los hechos de César y el Pseudo-Hirtio, y la censura de Augusto.

De hecho Lucano nos cuenta en su inacabado Libro X, casi toda la escena de los acontecimientos, afirmando que el general romano, sitiado por el general Achillas en el palacio real de Lochias, ordenó incendiar toda la flota real del monarca egipcio, anclada allí mismo, más de setenta barcos fondeados en el *Gran Puerto* oriental. El fuego se propagó rápidamente por los barcos, que empezaron a hundirse consumidos por el mismo, y las llamas, saltando con furia mucho más allá de las orillas del puerto “*quemaron por accidente los almacenes, con sus 40.000 libros, y los barracones de los muelles, y se extendieron por la ciudad real*”⁶⁴.

Aquí Lucano parece referirse a libros almacenados en los muelles del puerto, tal vez las “*apothekae*” donde se acumulaban los libros antes de su registro. Llegado a este punto, parece que Lucano se contuvo, pero el hecho de que se perdieran quemados aquellos 40.000 libros no quería decir que el fuego desastroso no pudiera llegar hasta la *Gran Biblioteca*; por el contrario, un desastre se sumaría al otro. Parece que Lucano no podía contarnos la historia verdadera en su totalidad sin peligro de toparse con la cólera de las autoridades, pero aún así dejó tras de sí suficientes pistas para reconstruir la tragedia.

Lucano no sólo subrayó que el monstruoso fuego “*se extendió por la ciudad real*” desde el puerto, justo al lado de donde se erigía la *Gran Biblioteca*, sino que añadió el único relato que ha llegado hasta nosotros acerca del desastre que ocasionaron las terribles llamas en la ciudad, describiéndolo con detalles propios de un testigo presencial, diciendo que “*... las casas que estaban cercanas a los muelles prendieron fuego; el viento contribuyó al desastre; las llamas eran arrojadas por el viento furioso como meteoros sobre los tejados. Los soldados egipcios tuvieron que abandonar el sitio de César para tratar de salvar Alejandría de las llamas*”⁶⁵.

Parece evidente que Lucano no podía expresarse más abiertamente. El incendio se extendió por Alejandría desde el *Gran Puerto* hasta sus colinas onduladas, precisamente a través del recinto real, y fue tan devastador que, aún en medio de una batalla decisiva, los egipcios tuvieron que llamar a todos sus soldados, unos 20.000, incluidos los que estaban cercando y conteniendo al

64. Lucano, “*Phars*”, X, 486-505.

65. Lucano, “*Phars*”, X, 486-505.

enemigo, para que corrieran presurosos a ayudar a los horrorizados alejandrinios en la tarea de salvar la ciudad de las llamas devastadoras, atizadas por los fuertes vientos. Muy grande debió ser el peligro para una alarma tan general y la movilización de tan ingente cantidad de soldados.

De hecho, el incendio fue tan desastroso a causa del diseño arquitectónico de la propia Alejandría. La ciudad, expuesta en primavera y verano a los vientos *Etesios* que llegaban constantemente del mar, se refrescaba con ellos del calor, canalizándolos a través de calles paralelas, perpendiculares al *Gran Puerto*. Soplaban desde principios de agosto a principios de octubre, durante cuarenta a sesenta días, desde el noroeste hacia el sudeste, impidiendo la salida de todos los barcos desde Alejandría a Roma. Precisamente Cesar⁶⁶ narra que, cuando llegó a Alejandría en verano, los vientos *Etesios* soplaban sobre la ciudad.

Precisamente aquel día sí hubo una masa de fuego en el *Puerto Real*, donde aquellas decenas de navíos se hundieron envueltos en llamas, a los que se añadirían las mercancías almacenadas en los muelles, los graneros explotando en una lluvia de fuego, las murallas desmoronándose, calcinadas y estallando por el calor intenso, las vigas, cortinas y mobiliario de los palacios reales, mansiones y templos vecinos al mar, miles de manuscritos de la Biblioteca real y las colecciones naturales del *Museo*. De toda la escena, la única cosa que Lucano omitió fue decir que en su voraz camino el fuego efectivamente destruyó la *Gran Biblioteca*. No cuenta nada sobre ello, pero tampoco lo niega. Nos transmite la historia del único modo que podía. ¿Cómo podría ser que ante el avance del gigantesco fuego atizado por un furioso viento, lleno el aire de centenares de llamas y estallidos incandescentes, la *Gran Biblioteca* no hubiera sucumbido a su furor?

La narración de Lucano es tan vibrante que parece el testimonio de alguien que lo vivió, un testigo del año 47 a. C., y no un escritor de un siglo más tarde. Podemos adivinar su posible fuente acercándonos a las descripciones de un sucesor suyo, el historiador y poeta latino Floro, también descendiente de Séneca, quien escribió una historia abreviada de Roma, fundada esencialmente en Livio, su "*Epitome de las Gestas de los Romanos*". En ella se refiere al desastre de Alejandría casi en los mismos términos que Lucano, contándonos que el general romano comenzó el incendio, y que "... *el fuego incendió los edificios que estaban cercanos al puerto, forzando a los soldados a acudir al socorro enseguida*"⁶⁷. Siendo conocido que Floro basó sus escritos en Livio, y que sus palabras son muy parecidas a las de Lucano, ello podría implicar que ambos escritores,

66. Julio Cesar, "*De Bell. Civ.*", III, 107, 1.

67. Floro (activo principios s. II d. C.), "*Epitome de Gestis Romanorum*" o "*Epitome de Titus Livius*", II, 13, 59-60.

descendientes de una misma familia, la de Séneca, basaron sus relatos en un texto común, que no sería otro que el texto perdido de Livio.

W. J. Cherf⁶⁸ asegura que, “*Hasta esta fecha, ningún estudioso se ha fijado en un detalle en el que todos los antiguos testimonios están de acuerdo— la existencia del propio fuego. La presente tesis argumenta simplemente esto: ¿Si se dieron las condiciones necesarias, pudo el fuego provocado intencionadamente en Alejandría en el 48 a. C. haber alcanzado las proporciones de una tormenta de fuego?... ¿Una vez establecida la posibilidad de que dicha tormenta de fuego ocurriera, hasta que punto pudo sobrevivir la Gran Biblioteca a tal brutal tempestad?*”

Cherf asegura que en la desesperada decisión de Cesar, viéndose atrapado, se combinaron todas las condiciones necesarias para que se propagara tal tormenta de fuego sobre Alejandría, con el incendio de ciento diez barcos, graneros y almacenes del puerto oriental, atizado por los furiosos vientos *Etesios*, todo lo largo de un tercio de kilómetro, en los muelles reales. Una cortina de fuego. Un siniestro abrazo. El vórtice creado por la inmensa hoguera, con temperaturas de hasta 2000 grados C, retroalimentaría corrientes de aire de abajo arriba que despedirían las llamas a gran altura por el aire, avanzando como una inextinguible bola de fuego por el recinto real, bajo una lluvia de explosiones y llamas. Estas palabras de M. Foley podrían aplicarse a Alejandría, “*Llovía fuego... los árboles ardían repentinamente... las casas explotaban. La ciudad sufrió una lluvia de ceniza y el cielo se tiñó de ámbar...*”⁶⁹.

Cherf continua diciendo, con no puede ser más prudentes palabras que, “*Fijándonos en el pasaje de Lucano... tenemos que admitir que el fuego alejandrino tuvo lugar y que efectivamente se extendió hacia el interior de la ciudad... Al final, el hecho de si la Gran Biblioteca sobrevivió o no a aquella brutal tempestad de fuego en las Guerras Alejandrinas del 48 a. C. es indemostrable. Sin embargo, de acuerdo con los datos meteorológicos modernos y la analogía histórica comparada,... se ha sugerido que una inintencionada tempestad de fuego natural efectivamente ocurrió entonces. No se conoce la cuestión clave de saber si la Gran Biblioteca y su valiosa colección literaria fue afectada de algún modo. Pero dada la furia potencial de una tal tempestad de fuego, este autor no se mostraría sorprendido si la colección literaria estuvo en peligro o incluso quedó dañada*”⁷⁰.

68. Cherf, “*Earth, Wind and Fire: The Alexandrian Fire-Storm of 48 B. C.*”, –“*Tierra, Viento y Fuego: La Tormenta de Fuego de Alejandría en el 48 a. C.*”, pgs. 56-57, en El-Abbadi y otr. , “*Qué le pasó Bibl. Alej.*”, Brill, Leiden-Boston, 2008.

69. Foley, Declaraciones de testigos atemorizados en los recientes incendios ocurridos en Kinglake (Australia) en 2009, “*El País*”, pgs. 1-2, Madrid, 9 de febrero del 2009.

70. Cherf, “*Tierra, Viento...*”, pgs. 70-73.

Primera versión de la auténtica tragedia

No fue hasta la desaparición de la *Dinastía Julio-Claudia*, con el suicidio de Nerón en el 68 d. C., que la auténtica versión del desastre de Alejandría pudo resurgir de nuevo, siendo claramente voceada por primera vez, pasado más de siglo y medio de los acontecimientos. En aquella nueva época que se abría al Imperio, con la *Dinastía Flavia*⁷¹, inaugurando un periodo de paz y tranquilidad para Alejandría, el férreo control desapareció. Fue el biógrafo, ensayista griego, sacerdote del *Apolo Pythio* de Delfos y filósofo platónico, Plutarco de Queronea, el primero que se atrevió a decirnos toda la verdad, medio siglo más tarde, en un tono conciso y breve, mencionando en "*Vidas comparadas, César*"⁷² que "... *César fue obligado a repeler el peligro prendiendo fuego, (y el incendio) que se extendió desde los almacenes de los muelles, y destruyó la Gran Biblioteca*"⁷³.

Plutarco fue el único autor que mencionó específicamente la "*megale bibliotheke*" como víctima del fuego, una amplificación lógica de los relatos de Livio, Séneca el Joven, Floro y, sobre todo, Lucano. Y además fue el primer escritor que mencionó a César por su nombre, relacionándolo directamente con la destrucción total de la *Gran Biblioteca*. Asimismo, como apunta Cherf⁷⁴, fue el primero en conectar el fuego de los barcos y su extensión hacia el interior de Alejandría, con el incendio de la *Gran Biblioteca*. En Plutarco, la secuencia de los acontecimientos se completa. Pero además afirma, por primera vez, que el incendio destruyó no solamente los almacenes del puerto, sino también la *Gran Biblioteca*, completando el texto de Lucano, y dando el definitivo sentido a todos los textos anteriores. Plutarco no pudo ser más conciso ni claro. Nos da una información corta, completa y vital.

A pesar de todo, Plutarco debió de esperar largos años para tomar su decisión y romper definitivamente el tabú que pesaba sobre el incendio de la *Gran Biblioteca*. Efectivamente, sabemos que Floro aún no había roto el secreto a principios del s. II d. C., y que Plutarco esperó a un momento propicio, al final de su vida, entre el 117-120 d. C., retirado en Queronea, lejos de Roma, para escribir su texto. Ya la *Dinastía Antonina*⁷⁵, de origen hispáni-

71. Dinastía Flavia (69-96 d. C.).

72. Plutarco (46-120 d. C.), "*Vitae, Caesar*", XLV, XLVIII, XLIX.

73. Plutarco, "*Vit. Caesar*", XLIX, 3, 2-3.

74. Cherf, "*Tierra, Viento...*", pg. 71, nota 67.

75. Dinastía Antonina (96-192 d. C.).

co, había tomado el poder. Eran los tiempos de Adriano⁷⁶, monarca culto y enamorado de Grecia y Egipto, a quien no le importaría ya conocer el auténtico final de la mítica Biblioteca.

Las fuentes de Plutarco podrían ser Pollio o el propio Livio otra vez, a quien cita en "*César*"⁷⁷ lo que supondría otra prueba más de que Livio, con toda probabilidad, en su texto perdido, pudo muy bien hacer referencias directas al triste final de la Biblioteca real, lo que sería posteriormente censurado y borrado por los copistas. En todo caso, Plutarco sabía muy bien de lo que estaba hablando, al disponer de otras muchas fuentes de información, ya que vivió en Alejandría múltiples años, donde yacían aún las ruinas ennegrecidas de la Biblioteca abandonada, fácilmente visibles para todos los que pasasen cerca. Allí, con mucha más autoridad que todos los que hablaron del desastre, pudo dedicarse a estudiar la secuencia exacta de los acontecimientos que habían tenido lugar en la ciudad un siglo atrás, sin duda alguna recordados vivamente por los alejandrinos.

Existen algunos que querrían quitar todo valor a la afirmación de Plutarco. Unos cuentan frívolamente que estaba de mal humor el día que lo escribió. Otros, que lo hizo por motivos políticos, apoyando con una calumnia la ideología republicana y senatorial. Otros piensan que fueron monjes copistas medievales los que cometieron errores. Los últimos, aseguran que fue una falsificación deliberada de parte de Plutarco, mera "propaganda alejandrina" con la que se fabricó el mito de la fabulosa Biblioteca de Alejandría. ¡Qué ironía, una acusación tan gratuita, siendo precisamente Plutarco el único escritor que no mencionó dato alguno sobre el número de libros quemados! Ninguna de estas afirmaciones está apoyada por prueba alguna convincente, pero dan fe de la rabia que produce aún el que el ilustre Plutarco haya sido capaz, hace dos mil años, de romper el tabú con sus palabras. Ni siglos ni copistas las alteraron. Su testimonio sigue siendo importantísimo y excepcional.

Por supuesto, el hecho de que Plutarco diera aquel paso en su retiro de Queronea no quiere decir que fuera conocido inmediatamente. Así tenemos los escritos de su contemporáneo, el biógrafo, historiador, alto funcionario y sacerdote romano Cayo Suetonio, del que conocemos escasos datos por las cartas de su amigo Plinio *el Joven*⁷⁸. Escribió durante los reinados de Trajano⁷⁹ y especialmente Adriano, del cual fue secretario privado. Pero cayó en desgracia ante este

76. Adriano (117-138 d. C.).

77. Plutarco, "*Vit. Caesar*", XLVII, 63.

78. Cartas de Plinio *el Joven*, citadas en "*Suidas*", "*Lexicon*".

79. Trajano (98-117 d. C.).

emperador en 122 d. C., y se retiró para consagrarse a su ingente obra literaria. De ella destaca “*Acerca de las Vidas de los Césares*”⁸⁰, en que da la biografía de César, y las de los emperadores de Augusto hasta Domiciano, basándose en documentos y anécdotas de la época, consultando los archivos imperiales y del Senado en tiempos de Adriano. En aquellos documentos oficiales poco podría encontrar referente al incendio, siendo tabú para la casa imperial.

Y así, en su libro sobre Julio César, no mencionó el episodio del incendio, prolongando el tabú y silencio, tan obtuso como el de Cicerón o Estrabón, sin saber que ya alguien muy lejos, Plutarco, se había atrevido a romper el hechizo. En todo caso, lo único que le faltaba a Suetonio era atizar la inquina del emperador hablando de un tabú todavía vigente en su época. Mejor olvidarlo. Amoríos, orgías, intrigas, asesinatos, todo encontró su sitio en Suetonio, todo salvo el incendio de los libros alejandrinos por César, que cayó otra vez en insondable silencio. Bien fuera por su propia voluntad, o porque, como sospechan algunos, la implacable censura imperial desfiguró gran parte de sus escritos. Pero el silencio ya estaba roto.

Efectivamente, aparte de los escritores anteriores, también otros autores escribieron acerca del fuego, basándose casi siempre en las líneas trazadas por aquellos. Uno de ellos es especialmente revelador, el gramático romano Aulo Gelio, quien escribió mucho más tarde que Plutarco, cuando el secreto ya se habría divulgado, añadiendo así detalles muy interesantes a lo que ya todo el mundo sabía a partir de mediados del s. II d. C, es decir, que en tiempos de César se había quemado la *Gran Biblioteca*. Gelio, en su obra “*Noches del Ática*”, fue muy preciso en informarnos que en la *Primera Guerra Alejandrina* la totalidad de la colección de libros reunida por los reyes Ptolomeos, unos 700.000 papiros, se quemó “*no intencionadamente, o por orden de alguien, sino por accidente...*”⁸¹.

Este testimonio es muy importante, puesto que Gelio esta muy bien considerado por su exactitud y escrupulosidad a la hora de reproducir citas o textos de sus fuentes, por lo que sus afirmaciones parecen implicar que el contenido total de la *Gran Biblioteca* ardió aquel día, añadiendo este importante testimonio al de Plutarco, a quien complementa en sus afirmaciones, aumentando sensiblemente, y por primera vez, el número de libros destruidos, basándose, al parecer, en una fuente diferente de la de Livio. Sumando al conciso y definitivo testimonio de Plutarco, una cantidad enorme de papi-

80. Suetonio (c. 71-c. 130 d. C.), “*De Vitae Caesarum, Caesar*”, XXXV, 1; LVI, 1-3.

81. Gelio (123-169 d. C.), “*Noctes Atticae*”, VII, 17, 3.

ros perdidos, que nadie antes que él se había atrevido a contabilizar de una manera tan rotunda.

El historiador y político romano Dion Cassio, en su *“Historia Romana”*, cuyos veinte primeros tomos sólo conocemos por el historiador Zonaras, no menciona expresamente la *Gran Biblioteca*, sino que, retomando el estilo de los seguidores de Séneca *el Joven*, habla del fuego prendido por Cesar en los muelles, que arrasó los graneros y provocó el “... incendio de numerosos y preciosos libros en los almacenes” cercanos al mar, “libros que casualmente estaban en el camino de las llamas”⁸², mencionando la cifra de 400.000 o de 40.000 rollos, dependiendo de los diferentes códices. Almacenes que podían ser parte integral de la *Gran Biblioteca*, tal como se entendía su significado en aquella época, ya que en griego, en aquel tiempo, eran sinónimos “biblioteca” y “depósitos o almacenes de libros”⁸³.

Sin embargo, Cassio no es considerado un historiador de primer orden, ni un crítico de altura, y además de redacción confusa, habiendo sido gobernador de provincias, tendería a ser muy conservador en sus comentarios. Basándose en este confuso y tardío testimonio, eruditos modernos han defendido la idea de que lo único que se quemó fue un lote de libros que esperaba para ser exportado, en los almacenes del puerto, teoría que no tiene fundamento textual alguno. Y que ignora olímpicamente los testimonios de Plutarco y Gelio.

También el historiador romano de origen sirio Amiano Marcelino mencionó el desastre en su *“Historia Romana”*, basándose en Plutarco y Gelio, contándonos que los 700.000 libros que habían sido pacientemente coleccionados por los reyes ptolemaicos perecieron quemados durante el *Saco de Alejandría* por órdenes de César, “siendo esta creencia unánime de los escritores antiguos”⁸⁴. Algunos autores estiman que al hablar Amiano de “*innumerables bibliotecas*” existentes en Alejandría, el número de libros quemados correspondería a todas ellas, y no sólo a la *Gran Biblioteca*. Pero es evidente que un historiador como Amiano sabía distinguir las innumerables bibliotecas privadas que llenaban Alejandría en su época, de la mítica Biblioteca real quemada por César.

Y asimismo Paulo Orosio, eclesiástico de los s. IV-V d. C., se hizo eco en su *“Historia”* de las versiones de Séneca, Lucano, Plutarco, Cassio y Floro, diciendo que “... cuando las llamas se extendieron a parte de Alejandría, fueron destruidos 400.000 libros que estaban almacenados en edificios cercanos –al mar– Así

82. Dion Cassio (155-235 d. C.), *“Historia Romanorum”*, XLII, 32. 8, 38. 2-5.

83. Biblioteca, “*bibliothēke*”, Depósitos de libros, “*apothekai ton biblion*”.

84. Amiano Marcelino (330-395 d. C.), *“Rerum Gestarum”*, XXII, 16, 12-15, 17; XXXI.

pereció aquella maravillosa muestra de la literatura de nuestros antepasados, que habían reunido aquella inmensa y espléndida colección de obras maestras del espíritu”⁸⁵. También Orosio conectó el fuego de Cesar, extendiéndose desde los muelles, con el incendio de la *Gran Biblioteca*.

Como ya vimos, en el s. XII d. C., el filólogo bizantino Tzézés aseguraba que la *Gran Biblioteca* ya contaba con 532.800 rollos de papiro en tiempos del segundo Ptolomeo, por lo que las afirmaciones de Gelio elevando a 700.000 los papiros quemados al final de la dinastía tendría sentido, por lo menos para los bizantinos medievales.

Y por último tenemos al cronista, teólogo y jurista bizantino Johannes Zonaras, también del s. XII d. C., quien, en “*Extractos de Historia*”⁸⁶, una historia desde la creación hasta el 1118 d. C., texto famoso en toda la Edad Media, basado principalmente en Josefo y Cassio, aseguraba también que el incendio de Cesar fue el causante de la destrucción, tanto de los almacenes alejandrinos como de la *Gran Biblioteca*. Curiosamente, en relación con el fin de la *Gran Biblioteca*, Zonaras prefirió retomar el texto de Plutarco. Como él, no mencionó ningún dato sobre los libros quemados, pero siguió relacionando directamente al fuego de Cesar con la total destrucción de la *Gran Biblioteca*.

De hecho, como vemos, después de las afirmaciones de Plutarco, no todos las siguieron, eligiendo más bien, según sus filias o fobias, o según sus fuentes, la versión completa o la atenuada de los hechos. En todo caso, muy pocos escritores silenciaron completamente el fuego que destruyó miles de manuscritos en la *Primera Guerra Alejandrina*, entre ellos César, el Pseudo-Hirtio, Cicerón, Estrabón, Suetonio y el historiador alejandrino Apiano⁸⁷, que adquirió la ciudadanía romana, conocido por sus errores y omisiones. Algunos investigadores estiman que Apiano más bien ocultaría sus sentimientos proegipcios, no deseando que su Alejandría natal se viese vinculada con tan funesto suceso.

Aparte de aquel juego de insinuaciones y silencios, una partida en la cúspide, entre el poder político y la reducida elite intelectual de la época, la pérdida de la *Gran Biblioteca* fue un golpe terrible para Alejandría, aquella metrópolis de medio millón de habitantes. Fue, de hecho, la memoria colectiva de todos ellos, transmitida de padres a hijos, la que conservó indeleble el recuerdo de aquella catástrofe, aflorando incansablemente a través del tiempo, a pe-

85. Orosio, “*Historiarum Adversum Paganos Libri Septem*”, VI, 15. 31-34. 16.

86. Zonaras (fines s. XI-m. mediados s. XII, fl. s. XII), “*Epitome Historiarum*”, X, 10. 3.

87. Apiano (s. II d. C.).

sar de lo que dijeran o no dijeran escritores y políticos. Y en aquel recuerdo popular César aparecía para siempre unido a la destrucción de la *Gran Biblioteca*. Tanto Amiano como Orosio corroboran con sus testimonios que esta fue la versión que afloró a la larga y definitivamente se aceptó.

Desaparición total de la Gran Biblioteca

Tras la guerra y el incendio, la destrucción parcial o total de la *Gran Biblioteca*, en el 48 a. C., acabó con aquella institución alejandrina, desapareciendo completamente de la historia, aunque el *Museo* continuara existiendo por algún tiempo. Los pocos que la recordaron, señalaron reiteradamente su fin por un incendio. A partir de entonces, nadie volvió a mencionar la *Gran Biblioteca* de nuevo como una institución viva e independiente. Cherf afirma que “*Fraser constató que casi todas las referencias a la Biblioteca Alejandrina en época imperial, que no fueran de naturaleza histórica, se referían siempre a la Biblioteca del Serapeum. Fue esta observación la que, de hecho, llevó a Fraser a afirmar abiertamente que «Teniendo en cuenta todo lo que sabemos, estamos justificados en suponer que el contenido de la Biblioteca Real, si no totalmente destruido, fue al menos seriamente mermado con el fuego del 48 a. C.»*”⁸⁸.

Como ya vimos, ni siquiera Estrabón la recordó, al describir los monumentos que quedaban en Alejandría a finales del s. I, mencionando sólo el *Museo*, que seguía formando parte de los palacios reales y cuyo director era ya nombrado por Octavio Augusto. Estrabón implicaría con ello, aunque no lo pudiera decir, que la Biblioteca como ente independiente había dejado de existir, y, consecuentemente, que el rector de la Biblioteca habría desaparecido como oficio.

Pero incluso aunque desapareciera “*de facto*” la *Gran Biblioteca*, tras el incendio de Julio César, como institución independiente, definitivamente incorporada al *Museo*, podríamos inferir los despojos de su oscura existencia hasta el siglo III d. C., por la adopción por Julio César del calendario Juliano, de 365 días, copiado del egipcio. Y de la ayuda versada por Octavio Augusto en el 12 a. C., para tratar de expandir las bibliotecas alejandrinas, aunque bien podrían ser las del *Caesarion* u otros santuarios.

También por la presencia en el *Museo* de sabios como el mismo Estrabón,

88. Fraser, “*Ptolemaic Alexandria*”, –“*Alejandría Ptolemaica*”–, 1:335, 1972, en Cherf, “*Tierra, Viento...*”, pgs. 71-72.

que estudió en sus archivos las crecidas del Nilo. O por la preparación que hizo Didymo,⁸⁹ sabio alejandrino del *Museo* del s. I d. C., para sus “*Comentarios*”, con libros de la antigua Biblioteca, en tiempos de Estrabón, y por tanto después del incendio, de acuerdo con lo que afirma Séneca, lo que implicaría que, aunque el edificio ardiera completamente, algunos libros de la *Gran Biblioteca* se salvaron, pudiendo haberse reunido en el recinto del *Museo*.

Asimismo por la presencia del gramático Trifón o Habrón, contemporáneo de Didymo en tiempos de Tiberio⁹⁰, y el comentarista literario Theón. Por Aristónico, que escribió un libro acerca del *Museo*; por Apión y Herculides. Por los estudios médicos de Heraclides de Tarento y el médico Celso, ó por Galeno, que también estudió en el *Museo*. O por las visitas que hicieron al *Museo* ptolemaico los emperadores Vespasiano y Domiciano, a finales del s. I d. C., y de Adriano y Marco Aurelio, en el s. II d. C., para participar en las discusiones de los sabios alejandrinos.

En todo caso, el destino tanto del *Museo* como de su evanescente *Gran Biblioteca* fue sellado a través de las sucesivas destrucciones que sufrió Alejandría, a partir del s. I hasta el s. III d. C., cuando la megalópolis, aún compitiendo en extensión y belleza con la propia Roma, fue teatro de las múltiples luchas que envolvieron a los nuevos protagonistas del pensamiento político y religioso. Eusebio de Cesarea⁹¹ atribuye la primera destrucción del *Bruchion* a Claudio I⁹², a mediados del s. I d. C.

Alejandría era todavía un centro intelectual sin igual, un lugar de encuentro de gentes de diferentes culturas, pero también la ciudad donde la bandera de un movimiento nacionalista, proveniente del interior de Egipto, apoyado en parte en los viejos credos que desaparecían, y en parte en las nuevas creencias judeo-cristianas, se estaba abriendo camino con extraordinaria virulencia. Y esto era pura dinamita, en una ciudad como Alejandría, donde sus habitantes eran considerados particularmente violentos. No sólo por motivos sociales o políticos, sino por el mar y el viento. Los propios egipcios han tenido a los alejandrinos por los más pendencieros de Egipto. Y ello, dicen, por la violencia de las olas y las descargas de los vientos.

Los judíos se rebelaron en el 116 d. C., bajo Trajano⁹³, destruyendo parte

89. Fraser, “*Alej. Ptolem.*”.

90. Tiberio (14 -37 d. C.).

91. Eusebio, “*Historia Eclesiástica*”.

92. Claudio I (41-54 d. C.).

93. Trajano (98-117 d. C.).

del *Bruchion*⁹⁴, ocasión en que fue arrasada la sinagoga del *Diapleuston*, su centro intelectual. Pero cuando Adriano visitó Alejandría en el 130 d. C., no sólo mandó restaurar la ciudad, sino que fundó una nueva Biblioteca en el *Caesarion*⁹⁵, y el *Hadrianon*, un archivo para documentos oficiales, discutiendo de filosofía en el *Museo* ptolemaico y siendo artífice de un efímero renacimiento de la institución.

También entre el 172-5 d. C. se extendió hasta Alejandría la “*Revuelta de Bucolia*”, en el Delta, donde el sacerdote egipcio Isidoro lideró una salvaje revuelta de campesinos y tomó la ciudad. Inmediatamente después de sofocarla, se rebeló el usurpador Avidio Casio en 175 d. C., proclamándose emperador de Oriente, con apoyo de Alejandría. Los soldados de Marco Aurelio⁹⁶ los vencieron, y el emperador perdonó a la ciudad. Bajo su sucesor Cómodo⁹⁷ los alejandrinos sufrieron de la inquina imperial y nuevas destrucciones.

Fue el retórico y gramático griego, nacido en Egipto, Ateneo de Naucratis, activo a finales del s. II y principios del III d. C., como dice el “*Suidas*”⁹⁸, quien escribió en Roma, en los albores del s. III d. C., “*El Banquete de los Sabios*”⁹⁹, en quince libros, una gran obra de erudición literaria y de anticuario, citando a 800 autores y 2.500 escritos de la Grecia clásica y helenística. En ella rememora la *Gran Biblioteca de Alejandría*, apoyándose en los textos de escritores contemporáneos de los Ptolomeos, cuando la Biblioteca estaba en el cenit de su gloria.

Está claro que Ateneo, aunque en sus tiempos ya floreciera con luz propia la *Academia de Aristóteles*, la *Escuela de Alejandría*, allá en lo alto del *Serapeum*, con su *Biblioteca Hija*, no se refiere a ella, sino a la primera, evocada por los autores griegos de la época helenística. De hecho, debido a su fabulosa capacidad de asociación literaria, Ateneo nos habla de la *Gran Biblioteca* bajo Ptolomeo II. Eso sí, una descripción póstuma.

Algunos creen que los escritos de Ateneo probarían que la *Gran Biblioteca* existía todavía a principios del s. III d. C. Lo que contradeciría el silencio de siglos y las afirmaciones de Plutarco y Gelio, que un siglo antes dieron por

94. Dion Cassio, “*Hist. Rom.*”, LXVIII, 32.

95. Filón, “*Embajada de los Judíos a Gaio*”, XXII.

96. Marco Aurelio (161-180 d. C.).

97. Cómodo (180-192 d. C.).

98. El *Suidas*, *Suda* o *Souda* es una enciclopedia bizantina del s. X, de la que se conserva parte del texto original, y un “*Epítome*” completo de época medieval. Trata del mundo mediterráneo, con 30.000 entradas, basado en Constantino VII, para la historia antigua, y en Hamartolo, o *Giorgos Monachos*, para la era bizantina.

99. Ateneo (activo c. 192-200 d. C.), “*Deipnosophistai*”.

destruida la Biblioteca. Ateneo hablaba del recuerdo de la *Gran Biblioteca* en el momento de su mayor esplendor, bajo los primeros y más cultos de los Ptolomeos, quinientos años antes.

Describió el prototipo y ejemplo de lo que fue la antigua Biblioteca. Una recreación literaria e histórica de aquella gloria de Alejandría. Sus palabras parecen corroborarlo cuando dice “*Y en lo concerniente al número de libros, los anaqueles y la colección en el Salón de las Musas, no necesito decir nada, porque están en la memoria de todos los hombres*”¹⁰⁰, dando por hecho que la *Gran Biblioteca* ya había desaparecido cuando escribía aquello. Así parecen indicarlo las palabras de Ateneo, recordando los libros y estanterías de la Biblioteca y las colecciones del *Museo*, precisamente los elementos más frágiles ante el fuego de César. Poblaban ya la memoria colectiva.

Dstrucción del Museo ptolemaico

El s. III d. C. fue testigo del aumento de la ferocidad con que la antigua capital egipcia fue sistemáticamente saqueada y destruida, carente ya de sus protectores reales. Estas destrucciones fueron especialmente devastadoras en los recintos reales, abandonados por sus antiguos e ilustres moradores, y en todas las partes bajas de la ciudad, cerca del mar. En el s. III d. C. desaparecen definitivamente el *Museo* ptolemaico y su anexionada y menguada *Biblioteca*, así como la casi totalidad del *Bruchion*. Podemos recordar las destrucciones de Alejandría en este siglo, de la mano de sucesivos emperadores romanos, comenzando por la *Dinastía de los Severos*¹⁰¹.

Fue Caracalla quien, en un ataque de furia arrasó la ciudad¹⁰² en el 215 d. C., y en el 216 d. C. suprimió la “*syssitia*” o “*Vestíbulo Común*”¹⁰³ de los sabios, cortando todas las ayudas imperiales y prohibiendo la presencia de extranjeros en su recinto, con lo que decretó la disolución misma del *Museo*, arrastrando con ella cualquier remanente de la antigua Biblioteca, aunque parece que el *Museo* continuó funcionando, pero en plena decadencia.

En 240 d. C., con Gordiano III¹⁰⁴ y en 250 d. C., con Decio¹⁰⁵ se desata-

100. Ateneo, “*Deipnosophistai*”, I. 10. 22 d; IV; V. 203 e.

101. Dinastía de los Severos (193-235 d. C.).

102. Dion Cassio, “*Hist. Rom.*”, LXXVIII, 22.

103. Butler, “*The Arab Conquest...*”, pg. 411.

104. Gordiano III (238-244 d. C.).

105. Decio (249-251 d. C.).

ron las primeras persecuciones contra los cristianos, que incidieron en la ciudad. También la destruyó Valeriano¹⁰⁶, asimismo perseguidor de cristianos, o Galieno¹⁰⁷, quien en el 265 d. C., combatiendo contra su prefecto Emiliano en Alejandría, devastó el *Bruchion* donde aquel se había refugiado, como nos cuenta Dionisio, obispo de Alejandría, sin mencionar para nada la existencia del *Museo*. Tampoco se puede olvidar la desastrosa conquista de la ciudad por la legendaria reina Zenobia de Palmira en el 269 d. C., encantada de poseer la “*Perla rara del mundo, el cenit de la cultura, Egipto*”.

También tenemos la tremenda destrucción ocasionada por Aureliano¹⁰⁸ para expulsar a Zenobia, en el 273 d. C., del barrio real, prácticamente arrasado y demolido, tal como lo relata Amiano, “*Bajo el reinado de Aureliano... las murallas se destruyeron y la ciudad perdió la mayor parte del barrio llamado Brucheion, que durante mucho tiempo fue morada de gentes distinguidas*”¹⁰⁹. Quedando un paisaje de restos y ruinas, desastre al cual casi nada de lo que quedara del *Museo* ni su anexionada *Biblioteca* pudieron haber sobrevivido. De hecho, cuentan que en aquella ocasión los pocos sabios griegos que quedaban, completamente aterrorizados, buscaron refugio en los altos de la *Biblioteca Hija*, puesto que el *Serapeum*¹¹⁰ estaba mucho mejor protegido, y otros emigraron a Bizancio.

Fue precisamente Aureliano quien reglamentó la entrada al *Soma* –donde estaban, no sólo los restos de Alejandro Magno, sino todos los archivos sagrados egipcios– y adoptó nuevas medidas administrativas con respecto a las bibliotecas, destinadas sin duda a la superpoblada *Biblioteca Hija*. Muchos mencionan las destrucciones de Aureliano como las que definitivamente arrasaron el *Museo* y *Biblioteca*, pretendiendo que este fue el verdadero final de la *Gran Biblioteca*. Todo con tal de exonerar a Cesar. Pero Plutarco y Gelio dijeron mucho antes la verdad. Hacía trescientos años que había desaparecido.

Esta teoría sobre Aureliano es defendida, entre otros, por J. Y. Empereur¹¹¹, quien, curiosamente, pone el texto de Amiano como apoyo a su teoría de que la *Gran Biblioteca* se destruyó bajo Aureliano, a finales del s. III d. C., y no

106. Valeriano (252-260 d. C.).

107. Galieno (253-268 d. C.).

108. Aureliano (270-275 d. C.).

109. Amiano, “*Rer. Gest.*”, XXII, 16, 15.

110. Butler, “*The Arab Conquest...*”, pg. 411.

111. Empereur, “*The destruction of the Library of Alexandria. An archaeological viewpoint*”, –“*La destrucción de la Biblioteca de Alejandría. Un punto de vista arqueológico*”–, pgs. 75-88, en El-Abbadí y otr. , “*¿Qué le sucedió a la Bibl. Alej.?*”, Brill, Leiden-Boston, 2008.

con Cesar. Precisamente el mismo autor, Amiano, que dice expresamente que fue el incendio provocado por Cesar en las *Guerras Alejandrinas* el que destruyó el inmenso contenido de la Biblioteca ptolemaica¹¹².

Conocemos que cuando Diocleciano¹¹³, tras sitiar la ciudad durante ocho meses, destruyó la ciudad¹¹⁴, en el 297 d. C., a causa de la rebelión del usurpador L. Domicio Domiciano, y “*la entregó al pasto de las llamas*”¹¹⁵, como nos relata Juan de Nikiu, y cuando, en tanto que perseguidor encarnizado de los cristianos, mandó destruir todas sus iglesias y quemar los libros sagrados cristianos en 303 d. C., arrasando de nuevo la ciudad, tanto los recintos del *Museo* como su anexionada Biblioteca estaban ruinosos y abandonados.

No podría ser de otra manera, puesto que C. Aurelio Serapio dedicó por aquel tiempo una estatua al emperador Diocleciano, apoderándose para ello de un pedestal existente en el *Museo* ptolemaico para ponerla encima, derribando para ello la estatua de Aelio Demetrio¹¹⁶ que sobre aquel pedestal todavía existía, un incidente que indicaría, si realmente necesitáramos de más ejemplos, que el recinto de la famosa institución estaba ya totalmente abandonado a finales del s. III d. C., pues, de lo contrario, no habría podido llevar a cabo semejante afrenta.

Diocleciano, que se interesó por uniformar el pago que debía darse a los copistas en todo el Imperio, ordenó una curiosa medida, a saber, que todos los libros del *Museo* sobre metalurgia, alquimia sobre el oro y la plata¹¹⁷ y ciencias herméticas fuesen quemados, tal vez para impedir que sus enemigos pudieran utilizarlos, más que intranquilo por los conocimientos secretos de los egipcios. Pues bien, era ya en el *Museo* romano del *Serapeum*, en pleno auge como prestigiosa *Academia*, y en su Biblioteca, donde reposaban aquellos libros buscados por Diocleciano. El *Museo* ptolemaico y su antigua *Biblioteca*, ya no existían, en las postrimerías del s. III d. C.

Efectivamente, como aseguraba Amiano, fue en el 273 d. C. cuando fue destruida “*la mayor parte del distrito llamado Bruchion...*”¹¹⁸. Aquel recinto real, que había ocupado un tercio de Alejandría, el lugar mismo donde se eri-

112. Amiano, XXII, 15, 16.

113. Diocleciano (284-305 d. C.).

114. Orosio, “*Historia*”, VII, 25.8; Eutropio, “*Breviarum ab urbe condita*”, –“*Compendio de Historia Romana*”–, IX, 23.

115. Juan de Nikiu, “*Crónica*”.

116. Borti, “*Fouilles 1896*”, pg. 97.

117. Juan de Antioquía, en “*Suida*”.

118. Amiano, “*Hist. Roma*”, XXII, 16, 15.

gieron el *Museo* y la *Biblioteca Alejandrina*, ya ni formaba parte de la ciudad, siendo un cúmulo de arenales, matorros y ruinas sin cuento, azotadas por el ruido del mar. Los sucesivos maremotos y terremotos contribuyeron a destruir las partes bajas cercanas al mar, lamiendo incansables el antiguo *Bruchion*.

Asimismo, el obispo de la chipriota Salamina, de Constanza y Padre de la Iglesia, Epifanio de Salamina lo confirmó más tarde, en el s. IV d. C., con un toque de nostalgia, en su “*Sobre las medidas y los pesos*”, afirmando que “... el lugar de Alejandría donde un día se erigió la Biblioteca, no es ya más que un páramo desierto...”¹¹⁹. Curiosamente Epifanio aseguraba también que la *Gran Biblioteca* desaparecida contaba sólo con 54.800 rollos¹²⁰ en tiempos de Ptolomeo II. Reduciéndola así, con la distancia del tiempo y el olvido, a menos de un décimo de sus auténticas dimensiones, pues le parecería imposible la cantidad tan voluminosa de libros que realmente tuvo la Biblioteca en el s. III a. C., por muy mítica que fuera, o tal vez quisiera rebajar la amplitud de la antigua catástrofe.

Reducción que retomaron más tarde los árabes, que nunca conocieron la famosa Biblioteca ptolemaica. Aunque todavía S. Isidoro de Sevilla, en el 600 d. C., mencionaba en “*Etimologías*” la cantidad de 70.000 libros que atesoró Ptolomeo II¹²¹. Por el contrario Tzétzés, en el 1100 d. C., volvía a evocar los textos de Aristeo, cuando cifraba en 532.800 rollos de papiros el tesoro bibliográfico de Ptolomeo II¹²².

La curiosa exactitud de la cifra aportada por Epifanio, 54.800 manuscritos, cifra que no se parece a ninguna otra barajada por los escritores hasta ese momento; y, al mismo tiempo su semejanza de fondo con la cifra de Tzétzés, 532.800 rollos de papiros, hace pensar que los dos escritores tenían delante los viejos escritos de Aristeo, Calimaco y otros autores que desconocemos. Pero mientras que Tzétzés fue legal, transcribiendo puntualmente las cifras copiadas de las fuentes antiguas, parece claro que Epifanio hizo un apaño. Es decir, una modificación, falseándolas. Ni siquiera se molestó en modificar la primera cifra ni el número final. De 532.800 pasó a 54.800. Esta presunta falsificación podría indicarnos que aún en el s. IV d. C. era moneda corriente en Alejandría aceptar la cifra de medio millón de papiros para el fabuloso contenido de la *Gran Biblioteca*. Cifra que siguió siendo aceptada en Bizancio hasta el s. XII d. C., al menos, según testimonio Tzétzés.

119. Epifanio, “*Sobre med. y pes.*”, IX, 25, 52 b. “*Patrologia Graeca*”, 43, col. 249 C.

120. Epifanio, “*Patrol. Graeca*”, col. 269-270.

121. Isidoro, “*Etimologías*”, 6:3:3.

122. Tzétzés, “*De Comaedia*”.

Si hubiera aún dudas acerca de la destrucción y total desaparición de la *Gran Biblioteca*, el Padre de la Iglesia, el latino S. Jerónimo¹²³, quien vivió en Alejandría del 385 al 388 d. C., dio testimonio del grado de abandono y de ruinas en que se encontraba el *Bruchion* a finales del s. IV d. C., afirmando que formaba un lugar fuera de Alejandría, llamado “*Kourchon*”.

Como vemos, la *Gran Biblioteca de Alejandría* y el *Museo* ptolemaicos habían desaparecido completamente en aquellos días, hecho testificado por múltiples escritores, griegos, romanos y bizantinos. Ni siquiera podían ya verse, en el s. IV d. C., sus ruinas o un montón de tristes piedras en el sitio donde se erigieron un día.

Con ello finalizamos el primer Acto de nuestra historia, donde observamos que los árabes están completamente ausentes de toda la escena, no siendo posible conectarles, de ninguna manera, con el funesto destino, fuego, destrucción y total desaparición de la *Gran Biblioteca de Alejandría*, entre finales del s. I a. C. y finales del s. III d. C. Es decir, entre 688 y 430 años antes de la llegada de los árabes. Si ello es así, y la *Gran Biblioteca* fue destruida completamente de la mano de los romanos, sin el más mínimo concurso de los árabes ¿de qué estamos hablando? ¿Por qué insistimos en involucrarles de una manera tan irracional e injusta en una destrucción de la que no fueron parte, según todos los testimonios históricos y literarios que poseemos? Tratemos de encontrar en el Acto Segundo otras claves en nuestra investigación que nos ayuden a entenderlo.

123. S. Jerónimo (342-420 d. C.).

ACTO SEGUNDO

*EL DESTINO DEL SERAPEUM
Y LA BIBLIOTECA HIJA DE RHAKOTIS*

ACTO SEGUNDO.

El destino del Serapeum y la Biblioteca Hija de Rhakotis

Expansión y auge de la Biblioteca Hija

¿Qué pasó mientras tanto con la *Biblioteca Hija de Rhakotis*? La segunda Biblioteca real de Alejandría, situada lejos del puerto y de los barrios de la ciudad baja, llanos y a ras del mar, donde todas las luchas y destrucciones tenían lugar, estaba prácticamente intacta. Protegida dentro del recinto del *Serapeum*, construido en la colina originaria de la ciudad, sobre una mole rocosa a prueba de terremotos, una estabilidad tectónica que ha permitido a su *Gran Columna* resistir incólume el paso de los siglos.

En todo lo alto de Alejandría, sobre la colina de Rhakotis, en lo que llamaban la *Acrópolis*¹²⁴, se elevaba el santuario oracular de *Serapis*, fundado en el 300 a. C. por Ptolomeo I, según cuenta Tácito en sus "*Anales*"¹²⁵, ampliado por Ptolomeo III, el creador de la *Biblioteca Hija* en su seno, y a su vez ampliado por los emperadores romanos, desde Claudio I a Antonino Pio, hasta dimensiones espectaculares. Llegó a ser el más espléndido de los monumentos del Imperio romano, el *Serapeum*, como le llamaban los romanos, al que sólo sobrepasaba en belleza el *Capitolio* de Roma, según Amiano¹²⁶. Monjes castos habitaban sus edificios sagrados, y hombres cultivados podían estudiar en paz y copiar viejos manuscritos de todas las culturas y lenguas, en su extensa *Biblioteca Hija*.

Habiendo salido intacta esta Biblioteca tras las *Guerras Alejandrinas*, posiblemente se le añadieron las colecciones de papiros saqueadas de la *Biblioteca de Pergamo*, unos 200.000, que Marco Antonio regaló a su amada Cleopatra, justificando así el expolio por un rapto amoroso. Y resarciéndole, en parte, de

124. Políbio, "*Historia*", V, 39; Clemente de Alejandría, "*Protreptico*", IV, 42.

125. Tácito, "*Annales*", IV, escritos en el 117 d. C.

126. Amiano, "*Rerum Gestarum*", - "*Historia de Roma*"-, XXII. 16, 12.

las pérdidas irreparables del fuego de Cesar, según nos cuenta Plutarco, citando el testimonio del cónsul Domitio Calvinio, de quien, por otra parte, no se fiaba mucho¹²⁷. En todo caso, aquella reina legendaria, de una gran cultura, quedaría terriblemente dolida por la pérdida de la joya de Alejandría, la *Gran Biblioteca*, y se interesó grandemente por la única que le quedaba, la *Biblioteca Hija*. Así como por el *Serapeum*, donde en las fastuosas ceremonias sagradas aparecía ataviada con insinuantes velos, danzando en honor a *Isis*.

Esta biblioteca expoliada de Pergamo era la segunda biblioteca helenística en importancia después de la de Alejandría, fundada por los reyes Atálidas Eumenes I y Eumenes II de Misia, en el s. II a. C., emulando a los Ptolomeos. Según los últimos descubrimientos, esta biblioteca era un anexo del templo de *Atenea*. Consistía en cuatro salas, que rodeaban una columnata en forma de U. La mayor de ellas medía 14x16 metros, y estaría destinada a recepciones y conferencias. Las otras tres servirían como depósito de libros, con baldas y armarios, y guardarían los 200.000 libros requisados por Marco Antonio. La biblioteca estaba espléndidamente adornada, con una gran estatua de *Atenea*, y con bustos de Homero, Herodoto y otros genios literarios.

Esto nos recuerda lo que decía Plinio *el Viejo* en su "*Historia Natural*", en el s. I d. C., "... *No debemos pasar por alto una invención relativamente reciente, la de erigir retratos en las bibliotecas, si no de oro o plata, al menos de bronce, de aquellos espíritus inmortales que nos hablan en aquellos lugares. De hecho, incluso se hacen retratos de aquellos cuyos rasgos no fueron nunca modelados, y nuestro sentido de la nostalgia da paso a la creación de rostros que nunca fueron plasmados, como es el caso de Homero*"¹²⁸.

La única biblioteca con sus manuscritos que nos ha llegado desde la Antigüedad es la de la *Villa dei Papiri*¹²⁹, en Herculano (Italia), de principios del s. I a. C. Estaba en una mansión privada de recreo de un ilustre romano, tal vez Piso, suegro de Julio Cesar. Se ubicaba en una única y pequeña sala con bello suelo de mosaicos, y armarios de madera con baldas de taracea y cornisas, donde se apilaban las cajas cilíndricas de corteza que contenían los papiros, con sus etiquetas colgando. Había una mesa de mármol para consultarlos, donde reposarían relojes de sol y clepsidras para medir el tiempo. Estaba decorada además con pequeños bustos en bronce de filósofos, como Epicuro. Los textos latinos se encontraban en la espaciosa sala de los archivos

127. Plutarco, "*Vitae, Antonius*", -"*Vidas, Antonio*"-, 58.

128. Plinio *el Viejo*, "*Historia Natural*", XXXV, 9.

129. Sider, "*The Library of the Villa dei Papiri at Herculaneum*", -"*La Biblioteca de la Villa de los Papiros en Herculano*"-, pgs. 2-10, 18-23, Getty Publ. Los Angeles, 2005.

familiares, el “*tablinum*”. La biblioteca entera albergaba 1.100 rollos, esencialmente de filosofía griega, epicúrea y estoica, junto algunos textos latinos.

La cuestión de la aireación era extremadamente importante para las bibliotecas antiguas, cuyas enemigas eran la humedad y las polillas. Las dos encontradas en la *Villa dei Papiri* estaban particularmente bien aireadas, con más vanos y puertas que las demás habitaciones, para establecer corrientes. O bien no tenían más que tres muros, estando el cuarto hueco, dejando la estancia totalmente expuesta a un patio a cielo abierto. Esta es la disposición de la biblioteca de esta antigua villa, dejando que el máximo de luz y aire barriera sus estantes. Así se abrirían también las sucesivas salas de papiros de la *Biblioteca Hija*, expuestas a la brisa y el sol de sus patios, adornados con columnatas, fuentes y estatuas y plantados de mirtos y otras plantas olorosas.

En cuanto a la *Biblioteca de Celso*¹³⁰, en Efeso (Turquía), la biblioteca privada más lujosa e importante del Imperio, sabemos que su magnífico edificio costó 25.000 denarios, constando de una única y enorme sala de 16 metros de alto, con un suelo de mosaico de colores, relieves en las paredes, y cuatro estatuas adornándola, las de la Bondad, el Pensamiento, el Conocimiento y la Sabiduría. Tenía una capacidad para 12.000 volúmenes. Se da la circunstancia que fue construida mirando al este, para que las salas de lectura aprovecharan mejor la luz matutina. Estuvo en funcionamiento hasta 262 d. C., en que la incendiaron ejércitos invasores, siendo reconstruida en el s. IV d. C. Extrapolando todos estos descubrimientos a Alejandría, se puede suponer que las dos grandes Bibliotecas reales alejandrinas no necesitarían más de treinta a cuarenta estancias cada una, para albergar sus millares de tesoros bibliográficos.

Algunos opinan que los despojos de Pergamo fueron a parar a la *Biblioteca del Caesarion*, más tarde llamado *Sebasteum*, grandioso templo de Alejandría fundado por Cleopatra en honor de Julio Cesar. Hecho nada plausible, ya que este famoso santuario se encontraba contiguo al mar, y, por tanto, no era un sitio considerado seguro para ninguna nueva biblioteca. Asimismo parece altamente improbable, puesto que el filósofo helenístico judío Filón de Alejandría¹³¹, citado por el historiador judío Josefo, describió este templo diciendo “... *El Sebasteum es un monumento incomparable... con una disposición regular de sus diferentes partes, como galerías, bibliotecas, porches, patios, vestíbulos,*

130. *Biblioteca de Celso* (114-120 d. C.).

131. Filón (20 a. C.-50 d. C.), “*Legatio ad Gaium*”, –“*Embajada de los judíos ante Gaio*”.

*avenidas y parajes consagrados...*¹³², no dando una importancia especial a sus bibliotecas, nada comparable con la gran fundación ptolemaica, la *Biblioteca Hija*, vieja ya de doscientos años.

El hecho fue que el culto al *Serapis* ptolemaico entró en decadencia tras el suicidio de Cleopatra y la desaparición de la dinastía reinante de los Ptolomeos, en el 30 a. C. Cuando Egipto fue convertido en provincia romana por Octaviano¹³³, proclamado Octavio Augusto y primer emperador romano en el 27 a. C., que se quedó el país como feudo personal. Pero aunque muchos de sus templos se encontrasen en estado de abandono en tiempos de Augusto, como nos cuenta Estrabón¹³⁴ acerca del *Serapeum* de Saqqara, alejado en el desierto, ello no significa que el *Serapeum* alejandrino corriese la misma suerte, ni que su Biblioteca fuese expoliada ni por Julio cesar, a quien no le dio tiempo, ni por Augusto, pues ningún testimonio lo indica. Como sagaz político, Augusto no querría añadir a la desafortunada acción de Cesar una injusticia.

Si Augusto necesitó libros para sus bibliotecas romanas, no tenía más que mandar copiar los textos que le interesaran. Y le interesarían muchos. Efectivamente, por fin Asinio Polión¹³⁵ fundó la primera biblioteca pública de Roma, en el 39 a. C., en el *Atrium Libertatis*, teniendo en mente la desaparecida Biblioteca alejandrina. Fue Polión quien dividió las bibliotecas romanas en dos secciones, una latina y otra griega, y el que adornó con gran lujo sus interiores, con mosaicos de colores, medallones en estuco con retratos de filósofos y escritores, bustos, hermes y valiosas estatuas de *Minerva* o las *Musas*.

Octavio Augusto, convertido en el primer emperador romano, le sucedió en la tarea, haciendo de las bibliotecas públicas, instituciones estatales. Octavio fundó en Roma, en el 35 a. C., la *Bibliotheca Porticus Octaviae*, la Biblioteca del Campo de *Marte* y más tarde la lujosa *Bibliotheca Templi Apollinis*, la Biblioteca del templo de *Apolo*¹³⁶, llamada la *Palatina*, que llegó a tener 6.000 papiros.

Los emperadores de la *Dinastía Julio-Claudia* continuaron la fundación de bibliotecas por todo el Imperio. Siendo la más grande la *Biblioteca de Trajano*, en las Termas, con 20.000 papiros, famosa por sus "*libri elephantini*"¹³⁷, lujosas ediciones de libros con hojas de marfil. La Biblioteca del *Serapeum*, las de

132. Josefo (37-c. 100 d. C.), "*Embajada de Filón y los judíos alejandrinos ante Calígula*".

133. Octaviano, Octavio Augusto (43 a. C.-14 d. C.).

134. Estrabón, "*Geografía*", XVII, 1, 9, 10.

135. Asinio Polión (activo 39 a. C.).

136. Horacio, "*Odas*", I. 31; Plinio *el Viejo*, "*Historia Natural*", VII. 30.

137. "*Libros de marfil*".

Pergamo y Antioquía, las *Academias* de Atenas o los mercados de Rodas serían los proveedores de las copias griegas que llenarían las secciones homónimas en las bibliotecas imperiales romanas, que nunca tuvieron ni el tamaño ni el prestigio de la *Gran Biblioteca* y la *Biblioteca Hija*.

Todos los emperadores romanos después de Augusto cuidaron y engrandecieron el *Serapeum* y la *Biblioteca Hija de Rhakotis*, cuya riqueza bibliográfica posiblemente superaba a la de la primera Biblioteca. Todos tuvieron a esta segunda Biblioteca alejandrina en gran estima, con mucho la más lujosa y bella de las bibliotecas de la Antigüedad tardía, conectada directamente con el *Museo* romano y sus diversas *Escuelas* alejandrinas.

Los emperadores incrementaron la enorme riqueza literaria que los Ptolomeos habían acumulado allí. Siendo propiedad imperial, no dudarían en enviar libros a la *Biblioteca Hija* durante los cuatro primeros siglos de nuestra era, brillando aún Alejandría como una de las capitales intelectuales del Imperio. Bajo los emperadores se la dotó incluso con modernos sistemas de calefacción para luchar contra la intensa humedad de la ciudad, lo que les permitiría almacenar los papiros más frágiles o valiosos en lugares cerrados.

Un paseo alejandrino

La ciudad había cambiado radicalmente de aspecto. Aunque la transición política no acarreó graves daños a Alejandría, Egipto, convirtiéndose en provincia romana, había perdido su independencia y su motor, la realeza. Los palacios del *Bruchion* pasarían a albergar al prefecto, su séquito y edificios administrativos. Seguirían activos en su seno el dañado *Museo*, los tristes restos de su antigua Biblioteca, cientos de capillas, cuarteles, talleres y archivos. Pero poco a poco los primorosos jardines se irían secando, faltos de la mirada amorosa de los soberanos. Con el paso del tiempo y las destrucciones, el *Bruchion* fue paulatinamente abandonado, ya sin corte ni reyes, convirtiéndose a la postre en un baldío arenoso, sembrado de muros rotos, fustes de columnas y restos de estatuas. Alejandría se replegó lejos del mar, huyendo de la humedad y los vientos, dejando las orillas al albur de sus extensos arenales, las ruinas y las necrópolis.

Alejandría se encaramó a la cumbre de las colinas, y fue allí, en la parte alta, donde se centró la ciudad romana, con la erección de magníficos santuarios, columnatas y mansiones de la nueva aristocracia. Fue allá arriba, alrededor de la *Vía Canópica*, que cruzaba la ciudad de este a oeste, donde Alejandría exhibió su lujo en tiempos romanos. Esta avenida se adornó con las *Puertas del*

Sol y de la *Luna*, en sus dos extremos, unidas por cinco kilómetros de columnatas, bordeadas por el *Gran Teatro*, el espectacular *Gimnasio*, con su fachada de cientos de metros, jardines, tiendas, mansiones y santuarios. Surgieron las lujosas *Termas* y el *Odeón*. La parte baja, más allá del *Bruchion*, seguiría poblada de una población heterogénea, comerciantes y marinos, bailarinas y soldados, toda la muchedumbre de los puertos, fondas, almacenes, barcas y redes, además de algunos templos magníficos, como el *Caesarion*, adornado, frente al mar, con dos obeliscos.

Además, la Alejandría romana se extendió decididamente dentro y fuera de las murallas, hacia el Oriente de Rhakotis, construyendo su segundo *Hipódromo* en los nuevos barrios de *Neapolis*. Los “*paradisos*”, jardines de palmeras, arrayanes de suaves esencias y frutales rodeados de tapias de adobe, surgieron por las campiñas en dirección a Eleusis, la riente región de Canope y las bocas del Nilo. Las mansiones y huertos miraban hacia el interior, hacia el lago Mareotis, que, como un espejismo, abrazaba Alejandría, separándola de Egipto y del desierto. Un mundo reseco de aire inmóvil y dulce, de racimos de palmeras y multitud de viñas, olivos y chumberas.

Hacia Occidente, frente al puerto comercial, la isla de Faros y los extensos cementerios de *Necrópolis*, surgía la gran colina de Rhakotis, la ciudad egipcia, vieja de siglos, apretujada y polvorienta alrededor del *Serapeum* que, como una fortaleza, la coronaba. Era el vórtice simbólico de la ciudad, y hacia allí debían dirigirse los que quisieran consultar la Biblioteca real.

Ya desde la conquista romana, la *Biblioteca Hija* continuaría sirviendo de referencia insoslayable para el decadente *Museo* ptolemaico del *Bruchion*, superviviente de las *Guerras Alejandrinas*. Los sabios acudirían en tropel a lo alto de Rhakotis, al otro lado de la ciudad, para buscar y consultar en la *Biblioteca Hija* las copias, allí depositadas, de todo el tesoro bibliográfico griego, recién perdido por el fuego. Y de paso, todos los millares de manuscritos de los más diversos pueblos.

Los sabios tardarían unas cuantas horas en llegar desde el *Bruchion* hasta el *Serapeum*, con su ansiada *Biblioteca Hija*. Se pondrían en camino en grupos, a pie o en borriquillo, callejeando por Alejandría, con sus sirvientes y escribas esclavos. Después de un placentero paseo por entre palacios ruinosos y umbríos palmerales, saldrían del parque real por las puertas de la muralla del *Bruchion*. Dejarían a un lado el grandioso recinto del *Caesarion*, frente al puerto, y enfilarán por el *Argeus*, la avenida transversal que conectaba con el lago Mareotis, entre ristras de mulas cargadas de fardos, pesadas carretas que venían desde el puerto lacustre, marineros que llegaban alegres de tugurios y burdeles del *Gran Puerto*, vendedores ambulantes, esclavos y músicos.

Subirían las calles rectilíneas y en cuesta hacia la parte alta, girando esquinas de cuando en cuando, en busca de una tienda o aquel rincón delicioso con una fuente. Se arrimarían a los tapias, para encontrar la sombra, bajo lujosos voladizos de todas las formas y colores, desde cuyos ventanales elegantes damas de anchos sombreros de paja y velos multicolores otearían las calles. En los portales abiertos, verían afanarse a los domésticos con las vituallas. Bordeando los graderíos del *Gran Teatro*, los sabios accederían a la gran plaza, adornada con cientos de estatuas, donde se elevaban el mausoleo esplendoroso del *Soma*, con Alejandro a caballo recortándose en lo alto, y las tumbas de los Ptolomeos.

Allí se mezclarían con el gentío bullicioso de la *Vía Canópica*, centelleante de lujosas fachadas helenísticas, frontones con efigies, altares y pavimentos de mármol blanco. Una vez pasado el majestuoso pabellón del *Tetrapilion*, con sus altas columnas sobresaliendo en medio de la avenida y su estatua de oro reflejando el sol del mediodía, la interminable fachada del espléndido *Gimnasio*, adornada con las exquisitas estatuas de atletas, amazonas y efebos desnudos, y los jardines perfumados de las mansiones patricias, cruzarían el *Ágora*, de bellas columnatas y santuarios.

Desde allí ascenderían hasta la frondosa *colina del Pan* dionisiaco, donde harían un alto para contemplar la ciudad a sus pies, el mar añil, el *Pharos* a lo lejos, y las velas blancas de los navíos desplegadas en los dos puertos. Retomando el camino, poco más allá se abrían los anticuarios y todo el mundo de las librerías, editores y copistas. Su periplo se convertiría en una búsqueda de manuscritos antiguos y novedades llegadas en los barcos, los apasionantes tesoros de las trastiendas, donde olvidarían el tiempo.

Después se adentrarían por las empinadas cuestas de Rhakotis, el barrio egipcio, abarrotadas de mercadillos, tabernas y tenderetes de mil olores. Tras un dédalo intrincado, por callejones polvorientos, entre casas destartadas de adobe, madera y paja, con varios pisos que casi se tocaban, aparecería el *Serapeum*, mil columnas resplandecientes mirando al cielo, sobre la *Acrópolis*. ¡Llegados arriba, ya podían descansar y lanzarse sobre los papiros!

La magnificencia del Serapeum y su Biblioteca Hija

Miles de fieles de *Serapis* seguían viviendo en Alejandría, y las imposiciones de su nuevo dueño, Cesar Augusto, eran más por prepotencia que por querer enemistarse con toda la metrópolis en pleno. Los adoradores de *Serapis* siguieron participando en sus misterios, curaciones y ágapes rituales. Fue el

propio Augusto quien ayudó a erigir el gran templo de *Isis*, la paredra de *Serapis*, en su isla de File, por lo que muy bien pudo aportar mejoras en el santuario de *Isis* en el mismo *Serapeum* alejandrino, del que Estrabón no indica que estuviese abandonado a su suerte. Tampoco se sabe de destrucciones en el templo, que volvió a florecer con más esplendor si cabe, inmediatamente después de Augusto.

Ya con Calígula¹³⁸ resurgieron los cultos sincréticos, y los cultos de *Serapis* y de *Isis* comenzaron a extenderse por todo el Imperio. Calígula había visitado Alejandría de niño, y no la olvidó nunca. Filón de Alejandría afirmaba que Calígula “Sentía un amor indescriptible por Alejandría. Cosa que le impulsaba, con toda su fuerza, a visitarla y, una vez allí, quedarse en ella mucho tiempo... Pues Alejandría es una gran ciudad y su ubicación es la mejor del mundo”¹³⁹, proclamaba Calígula, recordando su amada ciudad. Tan entusiasmado estaba Calígula con Alejandría, que estuvo a punto de trasladar allí la capital del Imperio, en enero del 41, según Suetonio, siguiendo los pasos de Julio Cesar y Marco Antonio, y los deseos de su amante alejandrino, Helicón, de quién Filón decía que, “Soñaba con el momento en que él mismo sería colmado de honores por esa ciudad, la más grande y famosa de todas...”¹⁴⁰. Pero no pudo, ya que Calígula fue asesinado en vísperas de su partida a Egipto.

Tras él, ya Claudio I¹⁴¹ comenzó a agrandar el *Serapeum*, fundando allí un nuevo Museo romano, apareciendo por primera vez *Serapis* en las monedas alejandrinas. Con la *Dinastía Flavia*¹⁴² el culto a *Serapis* volvió a ser protegido y ensalzado en el Imperio, y con ello el *Serapeum* se convirtió en el centro religioso e intelectual de Alejandría. Vespasiano¹⁴³ fue proclamado emperador en la metrópolis egipcia, con gran entusiasmo de los alejandrinos. Es famosa la visita que hizo el nuevo emperador Vespasiano al *Serapeum*¹⁴⁴, donde, aunque con dosis de escepticismo, no dejó de hacer milagros en nombre de *Serapis*, imponiendo sus manos a un ciego y a un inválido, a los que curó en el acto. Según las “*Crónicas Alejandrinas*”¹⁴⁵, un manuscrito del s. V d. C., esta

138. Calígula (37-41 d. C.).

139. Filón, “*Legatio ad Gaium*”, –“*Embajada ante Gayo*”–, 338.

140. Winterling, A., “*Calígula*”, pgs. 156-157, Herder Ed., Barcelona, 2006.

141. Claudio I (41-54 d. C.).

142. Dinastía Flavia (69-96 d. C.).

143. Vespasiano (69-79 d. C.).

144. Suetonio, “*Vespasiano*”, 7; Tácito, “*Anales*”, IV, 82; Dion Cassio, “*Hist. Romana*”, LXV, 8, 1; Filostrato, “*Vida de Apolonio de Tyana*”, V, 28.

145. “*Actas Alexandrinorum*”, VIII, col. III, 1, 51-53.

visita impulsó definitivamente el interés imperial por los dioses alejandrinos, asimilándose oficialmente a *Serapis* con *Zeus* y *Júpiter*.

Su hijo Tito¹⁴⁶, que había vivido en Alejandría, participó en los sacrificios del buey *Apis*, la imagen simbólica de *Serapis*, y Domiciano¹⁴⁷ permitió el renacimiento definitivo del culto a *Serapis*, erigiéndose templos de *Serapis* e *Isis* desde la misma Roma hasta los confines del Imperio. Este último emperador, de acuerdo con Suetonio, "*Vida de Domiciano*", ordenó, a finales del s. I, después del incendio de la *Bibliotheca Porticus Octaviae*, en Roma, en el 80 d. C., reconstruir todas las bibliotecas del Imperio que habían sido incendiadas, enviando mensajeros por todo el orbe conocido para recolectar copias de los libros desaparecidos "*que envió a Alejandría para que fueran copiados con esmero y corregidos allí*"¹⁴⁸. Sin duda en la *Biblioteca-Hija*, en pleno florecimiento en los siglos I y II d. C, de la mano de los emperadores romanos, reservando así a Alejandría un papel trascendental en la transmisión de la cultura clásica.

Pero fue en tiempos de la nueva *Dinastía Antonina*¹⁴⁹, a partir del Año 2 de Trajano¹⁵⁰, cuando aparecieron las primeras representaciones del *Serapeum* al envés de las monedas alejandrinas. En ellas aparece el dios *Serapis* de pie, en medio de un templo dístico de estilo griego, con fachada de enorme frontón y dos gruesas columnas de capiteles corintios. Ya en las del Año 15¹⁵¹, se le añaden a este frontón unas decoraciones al más puro estilo egipcio, con el círculo solar de *Ra-Helios* en el centro, solo o acompañado de dos seres alados, lo que representaría una buena simbiosis arquitectónica en un templo que se quería greco-egipcio.

El *Serapeum* siguió siendo representado en tiempos de Adriano¹⁵², pero introduciéndose un importante elemento simbólico en sus monedas. Efectivamente, *Serapis*, de pie, encuadrado por la fachada del templo greco-egipcio, reposa ahora su mano derecha sobre una pequeña estela en forma de templo griego con frontón, cuya fachada tiene tres líneas con filas de puntos que equivaldrían a letras, indicando una inscripción, según afirma S. Bakhoum. Esta estela representaría un pequeño e importante edificio dentro del santuario, relacionado con actividades literarias. Según Bakhoum, "*la estela inscrita*

146. Tito (79-81 d. C.).

147. Domiciano (81-96 d. C.).

148. Suetonio, "*Vitae Domitianus*", XX, 1.

149. Dinastía Antonina (96-192 d. C.).

150. Trajano (98-117 d. C.).

151. Trajano, Año 15 (111-112 d. C.). FG. 1299. 1h; AE; 32 mm-17, 58 g. *AMC* 671, pl. IV, 672, en Bakhoum, pg. 177.

152. Adriano (117-138 d. C.).

simbolizaría... el anexo de la Biblioteca principal del Serapeum previsto para la conservación de los archivos”¹⁵³, es decir, sería el *Hadrianon*, el archivo de documentos oficiales fundado por Adriano en Alejandría.

Sin embargo, puesto que esta estela inscrita aparece ya en monedas de Adriano del Año 6¹⁵⁴ de su reinado, y el emperador no visitó Alejandría hasta el 130 d. C., en el Año 14, fundando entonces el *Hadrianon*, pudiera ser, apurando el razonamiento, que la estela inscrita del Año 6 simbolizara, no el *Hadrianon*, sino a la propia *Biblioteca Hija* del *Serapeum*. Teniendo así un inesperado testimonio numismático de la existencia de este anexo de la *Gran Biblioteca* dentro del santuario de *Serapis*. De hecho, si así fuera, se trataría de la única representación antigua de la *Biblioteca Hija*, y subrayaría la importancia que se le atribuía.

Con Antonino Pio¹⁵⁵ acabó de engrandecerse el *Serapeum*. Amiano lo describió en su “*Historia de Roma*” con estas palabras, “*Existen –en Alejandría– numerosos templos suntuosos, especialmente el de Serapis, que, aunque no existen palabras adecuadas para expresarlo, podemos decir, de acuerdo con sus espléndidas salas apoyadas en columnas, y sus bellísimas estatuas y otros adornos, que está tan soberbiamente decorado que, tras el Capitolio, del que se enorgullece la sempiterna y venerable Roma, no existe nada más maravilloso sobre toda la tierra*”¹⁵⁶. También Sozomen¹⁵⁷ describió la amplitud y nobleza del templo, y Teodoreto¹⁵⁸ aseguraba que el *Serapeum* era famoso en todo el orbe por su belleza.

El *Serapeum* brillaba como una refulgente pirámide de mármol blanco sobre Alejandría, con su magnífica escalera de cien peldaños, creada por Adriano, que conducía a su única entrada monumental, sus tres terrazas escalonadas, sus filas de pórticos, con cientos de columnas, su recinto o *temenos* de 185x92 metros, que incluía el santuario de *Serapis*, con su magnífica estatua de marfil y oro, revestidos sus muros de láminas de cobre, oro y plata, según el gramático y neoplatónico cristiano Macrobio¹⁵⁹, el *Anubion*, el *Iseum*, el *Lavacrum*, la *Biblioteca Hija*, grandes hipogeos y la sagrada *Columna*

153. Bakhoun, “*Dieux égyptiens à Alexandrie sous les Antonins. Recherches numismatiques et historiques*”, –“*Dioses egipcios en Alejandría bajo los Antoninos. Investigaciones numismáticas e históricas*”, pgs. 37-38, 181, CNRS Ed., París, 1999.

154. Adriano, Año 6 (121-122 d. C.), FG 1509. 1 h; AE; 34 mm-20, 95 g. *Cologne* 842, en Bakhoun, pg. 181.

155. Antonino Pio (138-161 d. C.).

156. Amiano, “*Rerum Gestarum*”, XXII, 16,15.

157. Sozomen, “*Historia Ecclesiástica*”, VII, 15.

158. Teodoreto, “*Historia Ecclesiástica*”, V. 22.

159. Macrobio (n. 350, fl. 400), “*Saturnaliorum libri VII.*”, “*Saturnalia*”, I.

de *Serapis-Helios* en su gran patio central, guía-mástil para los navegantes que se acercaban por la mar, que aún vio el Pseudo-Calistenes en el s. III d. C.¹⁶⁰. Atesoraba, además de miles de obras de arte, tesoros en vasos rituales, dones votivos en joyas, piedras preciosas y oro masivo, incunables y 40.000 estatuas, muchas chapadas en oro, “*que parecen estar vivas*”¹⁶¹, según Amiano.

Pero fue precisamente en el s. II d. C. cuando las revueltas virulentas bajo Marco Aurelio¹⁶², lideradas por el monje egipcio Isidoro, causaron daños por el fuego incluso a la colina de Rhakotis y el *Serapeum*, como nos cuenta Syncello¹⁶³ acerca del fuego que estalló en 172 d. C., durante la “*Revuelta de Bucolia*”. Fue la primera vez que aquello sucedía. Modernos investigadores afirman que en tiempos de su sucesor, Cómodo¹⁶⁴, que odiaba a los alejandrinos, se debió de quemar el *Serapeum* en el 181 d. C. Otra búsqueda de una fecha alternativa para la quema de la *Biblioteca Hija*, que no se apoya en ningún testimonio de la época. Si algo se destruyó, posiblemente fue sólo el exterior del santuario, pues la estatua de Bryaxis *el Joven*, de *Serapis*, estaba intacta doscientos años más tarde, y con el fuego se habría fundido.

Tal vez fueran estos incendios a los que se referiría más tarde Clemente de Alejandría, en “*Exhortaciones contra los paganos*”, cuando acusaba a los paganos de los desastres ocurridos a sus santuarios. El *Serapeum* se restauraría inmediatamente a finales del mismo s. II d. C., devolviéndole su antiguo esplendor, como parece apuntar de un modo un tanto confuso Epifanio de Salamina¹⁶⁵.

Respecto a aquellos tiempos revueltos, Dion Cassio, en su “*Historia Romana*”¹⁶⁶, cuenta que el emperador Séptimio Severo¹⁶⁷, con el propósito de impedir a futuros eruditos estudiar los libros sagrados del antiguo Egipto –tal vez pensando que eran el fundamento del espíritu de rebeldía egipcio–, ordenó que todos aquellos papiros egipcios sobre tratados religiosos y mágicos fuesen retirados de las bibliotecas y archivos de los templos –lo que incluiría también a la Biblioteca real del *Serapeum*– y encerrados en la tumba de Alejandro Magno, el *Soma*. Es asombroso el respeto que implica esta orden por parte del emperador. Aunque pudiera considerarlos políticamente perniciosos, no

160. Calistenes, Pseudo, “*Bios Alexandrou*”, “*Vida de Alejandro*”.

161. Amiano, “*Rerum Gestarum*”, XXII, 16, 15.

162. Marco Aurelio (161-180 d. C.).

163. Syncello, “*Chronographias*”, 282.

164. Cómodo (180-192 d. C.).

165. Epifanio, “*Liber de mens. et pond.*”, XI.

166. Dion Cassio, “*Historia Romanum*”.

167. Séptimio Severo (193-211 d. C.).

por ello mandó destruirlos. Consciente del valor de los escritos sagrados de aquella antigua cultura, los mandó conservar en el monumento más excelso de la ciudad, junto a su mítico fundador.

Sin embargo, ello no impidió el aumento de la colección de papiros de la *Biblioteca Hija*. Cuando Caracalla¹⁶⁸ mandó cerrar definitivamente el *Museo* ptolemaico en 216 d. C., los despojos de la desaparecida Biblioteca Madre pasaron sin duda a engrosar los fondos de la *Biblioteca Hija*.

Parece que el recinto de la *Biblioteca Hija* estaba abierto a todo el mundo, y era frecuentada por estudiosos de todas las creencias, ya que es probable que el monje cristiano Rufino se paseara por sus estancias. La biblioteca tendría sus horarios, como los tenía la *Biblioteca de Pantainos*, en el Ágora ateniense, a cuya entrada un cartel en mármol rezaba “*Ningún libro se sacará de aquí, ya que así lo hemos pactado. Las horas de apertura son desde las seis de la mañana hasta el mediodía*”¹⁶⁹.

El heterodoxo latino Tertuliano, quien vivió en aquella época, e hizo la primera referencia a la existencia de una biblioteca dentro del santuario de *Serapis*, aseguraba en su “*Apologético*” que “*las bibliotecas de los Ptolomeos se exhiben hoy día en el Serapeum junto con los escritos hebreos*”¹⁷⁰. Efectivamente, en la Biblioteca del *Serapeum* había encontrado un ejemplar de la *Biblia* en hebreo, relatando que los judíos eran admitidos en su recinto, para escuchar las lecturas de sus antiguos libros. Esta afirmación de Tertuliano es muy interesante, pues parece referirse a la *Biblioteca Hija* como depositaria última y heredera del legado bibliográfico de los Ptolomeos. Pero de alguna forma parece mezclar o confundir las dos Bibliotecas reales en una sola.

Bajo Aureliano, en el 273 d. C., una gran cantidad de manuscritos también pasaría a los fondos de la *Biblioteca Hija*, tras la destrucción del *Sebasteum*, llamado así en honor a Augusto, el antiguo *Caesarion*, junto al devastado *Bruchion*, lo que potenció, según algunos investigadores, el desarrollo definitivo y la fama de la segunda Biblioteca de Alejandría.

Tenemos la fascinante descripción del *Serapeum* y la *Biblioteca Hija de Rhakotis* de Aftonio de Antioquía, quien visitó Alejandría en 315 d. C., y, por tanto, la vio antes de su destrucción, acaecida cuando él vivía. Aunque no mencionaba por su nombre el templo de *Serapis*, se mostraba entusiasta describiendo todo el santuario, un enorme edificio en su cima, que no podía ser otro que el conjunto del *Serapeum* y su *Biblioteca Hija*.

168. Caracalla (211-217 d. C.).

169. Agora Excavations, inv. I 2729, Athens, en Sider, “*The Library of...*”, pg. 43.

170. Tertuliano (160-222 d. C.), “*Apologeticum*”, 13, 18. 8.

Aftonio, en “*Ejercicios de Retórica*”, nos cuenta que en lo alto de la *Acrópolis* fundada por Alejandro, se levantaba aquel templo, al que “*Cuatro columnas inmensas reducían todas las vías de acceso a una entrada única... El patio interior era un peristilo. Estaba rodeado de pórticos de columnas iguales... cada pórtico llegaba a otro pórtico perpendicular... El techo de los pórticos era de oro, los capiteles de las columnas de cobre realzado con oro... El decorado era diferente según los sitios... En medio del patio se elevaba una columna de una altura extraordinaria... Antes de llegar a la mitad del gran patio, se adelantaba un edificio con muchas entradas, dedicadas a los antiguos dioses*”.

Diciéndonos, con respecto a la *Biblioteca Hija*, que al fondo de los extensos pórticos interiores del *Museo* adornado con estatuas de diferentes sabios, existían “*salas construidas entre las columnatas, algunas pertenecientes a la biblioteca, con los «armaria» dedicados a guardar las colecciones de rollos,... que podían ser consultados libremente por aquellos que hubieran dedicado su vida al estudio de libros, siendo aquellas salas las que le valieron a la ciudad la fama de ser excelsa en sabiduría*”¹⁷¹.

A esta descripción podemos añadir los testimonios de finales del s. IV d. C., de Amiano Marcelino, el segundo en asegurar que existían dos Bibliotecas reales en Alejandría, y del obispo Epifanio de Salamina, también contemporáneo de la destrucción de la *Biblioteca Hija*, quien, como ya vimos, preservó para siempre su nombre en el recuerdo histórico, asegurando por vez primera que hubo una segunda Biblioteca, “*...erigida dentro del Serapeum, que llamaban la Biblioteca Hija...*”¹⁷².

O la descripción del teólogo cristiano Rufino de Aquileia *Tyrano* en su “*Historia Eclesiástica*”, quien vivió largos años en Alejandría, a donde llegó en el 372 d. C., y aunque no nombró la Biblioteca, admiraba el *Serapeum*, que frecuentaba, y del que testimonia que era famoso en todo el Imperio, pues nos asegura en su libro, escrito hacia el 402 d. C., que “*todo el mundo ha tenido que oír hablar acerca del Serapeum*”¹⁷³. Rufino nos cuenta como antaño se desplegaban sus edificios magníficos, sus paredes forradas de metales preciosos, la riqueza de la gigantesca estatua criselefantina de *Serapis*, obra maestra de Bryaxis, que tocaba las paredes y el techo del templo, moldeada en marfil, oro y plata¹⁷⁴, y la importancia que tenía el *Museo*, en el recinto del magnífi-

171. Aftonio, “*Progymnasmata*”, 40.

172. Epifanio, “*De Pond. et Mens.*”, XII, 11.

173. Rufino (345 - 411 d. C.), “*Historia Eclesiástica*”, XI, 22-30.

174. Rufino, XI, 23, 10-15.

co *Serapeum*, con sus salas de conferencias y sus veinte *Escuelas* distribuidas bajo sus pórticos.

Es precisamente la existencia de este *Museo* pagano y su *Biblioteca Hija*, y su relación con los filósofos y exegetas cristianos, desde fines del s. II hasta finales del s. IV d. C., la que nos dará la clave para entender los movimientos religiosos, las disputas dogmáticas y las luchas sin cuartel que tuvieron como teatro Alejandría durante aquellos dos largos siglos, y que, a la postre, desencadenarían el desastre y arrasamiento del *Serapeum* y su Biblioteca. Sólo a través de un recorrido por estas páginas de la historia de Alejandría, podremos comprender la secuencia de aquel drama.

El Pórtico de Aristóteles

Porque Alejandría no sólo se dotó de una segunda Biblioteca, sino que los emperadores romanos fundaron un nuevo *Museo*, de donde irradiaron los nuevos filósofos alejandrinos. De acuerdo con Suetonio en "*Vida de Claudio*"¹⁷⁵ el emperador Claudio I¹⁷⁶ fundó en el *Serapeum* un nuevo *Museo* en el 54 d. C., para competir con el dañado *Museo* ptolemaico, donde se estudiaba historia de Roma, Etruria y Cartago. Esto coincidiría con la afirmación de Eusebio, que atribuía la primera destrucción del *Bruchion* a Claudio I, quien aprovecharía la definitiva decadencia del *Museo* ptolemaico, para crear uno nuevo.

Fue, pues, una institución romana que se llamó primero *Claudium*, y más tarde sucesivamente *Trajanum* y *Foro de Alejandría*, que fundía bajo dicho apelativo *Museo*, *Escuelas* y *Biblioteca Hija*. Suetonio aseguraba que Claudio I fundó "*junto al Museo*" su nueva institución. Ya que conocemos que la nueva institución académica se fundó en el recinto del *Serapeum*, la parte más alta de la ciudad, y que el viejo *Museo* seguía funcionando en la otra parte de la ciudad, la más baja, en el ruinoso *Bruchion*, es obvio que "*junto*" no significa lugar. En este contexto "*junto*" significaría "*anexo*", en el sentido de complementario.

Como sabemos, en el mundo romano, hasta la fundación por Vespasiano de un *Museo* en Roma, en 75 d. C., un grandioso edificio anexo al templo de la *Paz*, los estudios superiores de gramática, retórica y filosofía seguían efectuándose en Oriente, ya fuera en Atenas, Antioquía, Alejandría o Rodas. Los *Museos* romanos surgieron también junto a grandes bibliotecas, divididas

175. Suetonio, "*Vitae Claudius*", 42.

176. Claudio I (41-54 d. C.).

siempre en dos secciones separadas, una griega y otra romana, que podían estar en distintos edificios.

En el caso del *Museo* romano del *Serapeum*, la existencia de la *Biblioteca Hija* en el mismo recinto sagrado fue sin duda esencial y la razón por la que Claudio I decidiera instalar su *Museo* junto a ella, no habiéndole de añadir más que la sección romana de la Biblioteca, para que pudiera funcionar como una institución completa, ya a mediados del s. I d. C. Desarrollándose, a partir de Claudio I, famosas *Escuelas* bajo sus auspicios, veinte en total, bajo los pórticos del *Museo* romano, la llamada *Escuela de Alejandría*. Su brillo en conocimientos y filosofía le valieron el sobrenombre del nuevo *Pórtico de Aristóteles*, continuación excelsa de la famosa institución ateniense, como le llamaron los escritores en época medieval.

Botti da una lista de miembros del *Claudium*, entre los que figura Balbillo¹⁷⁷. Este personaje está asociado a la primera mención conocida de este nuevo *Museo* romano junto a su *Biblioteca Alejandrina*, que era como, al parecer, llamaban a la antigua *Biblioteca Hija* en aquella época imperial. Aparece en una tablilla romana de Tiberio Claudio Balbillo¹⁷⁸, un astrólogo griego, de tiempos del emperador Claudio I, que vivió largas temporadas, aunque intermitentemente, en Alejandría, como sumo sacerdote del templo de *Hermes*, rector del *Museo* y prefecto de Egipto, hasta el 59 d. C., en que volvió a Roma. Pues bien, en la tablilla, datada en el 56 d. C., por tanto de su etapa alejandrina, se atribuye a Balbillo el cargo conjunto de “*director del Museo y la adjunta Biblioteca Alejandrina*”¹⁷⁹.

Esta última no sería ya la antigua *Gran Biblioteca*, sino la *Biblioteca Hija* del *Serapeum*, poniéndola en posición subordinada al *Museo*, como si se hubiera fundido con este, formando una sola institución académica¹⁸⁰ bajo un único director, que ya no era un erudito, sino un sacerdote. Balbillo sería su primer director, lo que justificaría esa tablilla conmemorativa. Asimismo se conserva la memoria de un cierto Valerio Diodoro, quien, en el 173 d. C., era “*ex subdirector de la biblioteca y miembro del museo*”¹⁸¹.

Fue a finales del s. II d. C. y principios del s. III d. C. cuando se constata el abandono y la ruina total del *Museo* ptolemaico en el *Bruchion* y, paralela-

177. Botti, “*Fouilles 1896*”, pg. 131.

178. Tiberio Claudio Balbillo (c. 3-c. 79 d. C.).

179. “*supra museum et ab alexandrina bibliotheka*”.

180. Leyh, G., ed. “*Handbuch der Bibliothekswissenschaft*”, –“*Manual de Biblioteconomía*”–, Otto Harrassowitz, Leipzig, 1955.

181. Fraser, “*Alej. Ptolem.*”.

mente, la apoteosis del *Museo* romano en el *Serapeum*, centro de la *Escuela de Alejandría*, de tradición griega. Conjunto de *Escuelas* filosóficas y científicas donde sabios de todos los rincones de la tierra se juntaban, para estudiar, en un ambiente de tolerancia y concordia, las filosofías pitagórica y platónica, bien establecidas en Alejandría, astronomía, física, matemáticas, ciencias de la naturaleza, etc. Allí también se mezclaban todas las creencias, generando como un torbellino todo tipo de ideas. Hasta muchos judíos encontraban paralelos entre la filosofía helenística y los textos místicos hebreos¹⁸². Las *Escuelas* dependían económicamente de la municipalidad y de las aportaciones de los alumnos.

Fue allí donde se desarrolló toda la literatura griega del s. III d. C., en la gran *Escuela de Filosofía de Alejandría*, comenzando por el alejandrino Ammonio Saccas¹⁸³, un filósofo autodidacta, fundador del *Neoplatonismo* en Alejandría, el último de los grandes sistemas filosóficos de la Antigüedad, en que trataba de unir en un todo coherente a Platón y Aristóteles, en una filosofía sincrética. Este extraordinario personaje, del que sabemos un poco por Porfirio¹⁸⁴, era de humilde condición, habiendo sido porteador en el puerto de Alejandría. Cambió de cristiano a pagano estudiando filosofía griega. En sueños y visiones nocturnas concibió una síntesis de todas las filosofías y creencias, en una visión universal, por lo que le llamaron, con admiración, “*El instruido por Dios*”.

La *Escuela Neoplatónica de Alejandría*, que fundó Ammonio Saccas en el 193 d. C., y donde dio clases unos cincuenta años, fue llamada “*Escuela Ecléctica*” porque, como afirmaba el filósofo neoplatónico Hierocles de Alejandría, la doctrina de Ammonio Saccas era un sincretismo entre Platón y Aristóteles, el sistema filosófico de Orfeo, con raíces en la India, las enseñanzas judías, y las creencias egipcias, persas, budistas e hindúes. En ella se estudiaban religiones comparadas y teurgia, utilizando las energías espirituales y mentales del ser humano. Era la esencia de aquel ideal de armonización que fue el distintivo de Alejandría. Ammonio Saccas no dejó escritos, según Longino¹⁸⁵, siguiendo en ello a Sócrates y la vía secreta de los *Pitagóricos*, creando así una escuela de iniciados. Sus enseñanzas fueron recogidas por su alumno

182. Polastron, “*Books on Fire: The Destruction of Libraries throughout History*”, –“*Libros Ardiendo: La Destrucción de Bibliotecas a lo largo de la Historia*”–, VT: Inner Traditions, Rochester, 2007.

183. Ammonio Saccas (c. 175-242 d. C.).

184. Porfirio, “*Vida de Plotino*”, XX.

185. Longino, en Porfirio, “*Vida de Plotino*”, XX.

más famoso, Plotino, en apuntes de clase, garabateados en las tablillas de escribir¹⁸⁶ sobre cera que siempre llevaban los alumnos antiguos.

Muchos filósofos, paganos y cristianos, estudiaron con Ammonio *Saccas*. Entre ellos Herenio y Orígenes, *el Pagano*, un neoplatónico que vivió en Alejandría a principios del s. III d. C., y que divulgó las enseñanzas secretas de su maestro contra su voluntad. Todos eran contemporáneos y condiscípulos de Plotino, Longino y Orígenes *el Cristiano*. Cassio Longino¹⁸⁷, retórico y crítico filosófico sirio, desastroso consejero de la reina Zenobia, a quien le hizo perder el trono, estudió durante largo tiempo en Alejandría, junto con Ammonio *Saccas* y Orígenes *el Pagano*, conociendo allí a Amelio y Plotino. Sus teorías chocaban abiertamente con las de este último. Tal era el saber de Longino que Eunapio de Sardes¹⁸⁸ le llamaba “*una biblioteca viviente*”, o “*un museo ambulante*”.

También los maestros cristianos Clemente de Alejandría y Orígenes *el Cristiano* acudían a las clases de Ammonio *Saccas* en el *Serapeum*, mezclándose allí alumnos paganos y cristianos, cuya interrelación de ideas hizo que el *Neoplatonismo* llegara a ser esencial en el devenir del credo cristiano, influyendo decisivamente en la creación del *Cristianismo Alejandrino*. Es curioso constatar que con ocasión de los ataques de Caracalla a Alejandría, y del cierre traumático del *Museo* ptolemaico, incluso el *Claudium*, el *Museo* del *Serapeum*, donde daba clases Ammonio *Saccas*, dejó de figurar en las inscripciones después del 216 d. C.¹⁸⁹.

Le seguirá a Ammonio *Saccas* su discípulo, el filósofo autodidacto egipcio Plotino, que vivió en Alejandría entre 232 y 242 d. C., y fue el más famoso de los filósofos neoplatónicos alejandrinos, hasta tal punto que al *Neoplatonismo* se le ha llamado, a veces, “*Plotinismo*”. Uniría los pensamientos de Platón y Aristóteles en su obra “*Eneadas*”¹⁹⁰, que se conserva completa, y que editaría su amigo y discípulo Porfirio. Al joven Plotino, deseando estudiar filosofía, le enviaron desde provincias a Alejandría, donde estaban los más afamados maestros del s. III d. C. Allí se desilusionó de todos, hasta que encontró al anciano Ammonio, “*el hombre que estaba buscando*”, y se quedó con él once años.

Plotino fue el último gran filósofo pagano de la Antigüedad, concibiendo todas sus ideas en Alejandría, que seguía siendo campo fértil para el intelecto-

186. Séneca, “*Epístolas morales a Lucilio*”, 108, 6.

187. Longino (213-273 d. C.).

188. Eunapio de Sardes, “*Vida de los Sofistas*”.

189. Botti, “*Fouilles a la colonne Theodosienne, 1896*”, pg. 131.

190. Plotino (205-270 d. C.), “*Eneadas*” o “*Acercas de la Vida de Plotino y del Orden de sus Libros*”.

to. Debía ser un personaje fascinante, abierto a todos los secretos de la naturaleza, puesto que en “*Eneadas*” describe uno de sus desdoblamientos de tipo astral, diciéndonos “*A menudo me desvelo a mí mismo escapando a mi propio cuerpo...*”¹⁹¹. Tras un viaje frustrado hacia Persia e India para aprender su filosofía, siguiendo los ideales de su maestro, Plotino se instaló en Roma en 244 d. C., fundando otra “*Escuela Neoplatónica*”. Tardó veinte años en poner por escrito las ideas de su maestro, ya que era fiel a su carácter iniciático. Otros discípulos de Plotino fueron Amelio¹⁹², quien recogió cien libros de apuntes de clase del maestro y, sobre todo, Porfirio¹⁹³, su editor y amigo en Roma, que estudió con él del 263-68. Alejandro de Lycopolis¹⁹⁴ también estudió en Alejandría en aquellos tiempos.

El filósofo Jámblico, alumno de Porfirio, fue el último gran exponente de la *Escuela de Filosofía de Alejandría*. Jámblico, muy en contra del credo cristiano, reivindicaba las doctrinas pitagóricas y la antigua cultura mágica de Egipto, en “*Acerca de los Misterios Egipcios*”¹⁹⁵. Dejó en pie un sistema neoplatónico lleno de misticismo oriental y teurgia, herencia postrera de aquella tierra milenaria, que se mantuvo vigente los dos siglos y medio siguientes, muy diferente del que se enseñaba en Atenas, de corte más aristotélico.

Tal vez uno de los últimos en beneficiarse de la riqueza almacenada en la *Biblioteca Hija*, de sus archivos y de la información atesorada en ella fue el poeta egipcio Nonno de Panópolis, quien vivió en Alejandría a finales del s. IV d. C., y que casi con seguridad utilizó lo que le ofrecía la *Biblioteca Hija* en su propia ciudad para escribir su inacabada “*Acerca de lo Dionisiaco*”¹⁹⁶, hasta que aquella fue devastada; tras aquel violento desastre, se convirtió al credo cristiano, por miedo o por convicción, dejando aquel manuscrito sobre antiguas leyendas paganas sin terminar.

Fue aquella *Escuela de Alejandría* el mismo *Museo*, *Biblioteca Hija* y *Escuelas* que los coptos¹⁹⁷ y árabes llamaban *Escuela de Aristóteles* o *Pórtico de Aristóteles* en el Medievo. La misma *Escuela* que fue evocada en el s. XII d. C. por Ibn Idrisi, o *Edrisi* en 1153 d. C., que describió las ruinas de un gran monumento alrededor de un patio cuadrado rodeado de cientos de columnas, y por el

191. Plotino, “*Enead.*”, IV. 8.

192. Amelio (220-272 d. C.).

193. Porfirio (234-305 d. C.).

194. Alejandro de Lycopolis (fl. 300).

195. Jámblico (250-330 d. C.), “*De Mysteriis Aegyptiorum*”, título inventado por neo-platónicos renacentistas.

196. Nonno, “*Dionysiaca*”.

197. M S Copto de París, 129, 92, basado en Eusebio.

sabio judío Benjamín de Tudela, en el 1160 d. C., copiando los textos de Aftonio y Rufino.

Rufino contaba que “*En las afueras de la ciudad se encuentra la Escuela de Aristóteles, tutor de Alejandro. Es un gran y bello edificio adornado con columnas de mármol entre cada escuela. Existen cerca de veinte de estas escuelas, a las que acudían gentes venidas de todas partes del mundo, para escuchar la sabiduría de Aristóteles*”¹⁹⁸. Fue la misma que vio en Rhakotis el valenciano Ibn Goubair en el 1183 d. C., después de que llegara en un barco genovés desde Ceuta hasta Alejandría en sólo 31 días, empujado por las corrientes costeras del Africa septentrional. Ibn Goubair describió las magníficas columnas aún en pie, que formaban parte antiguamente, según sus acompañantes alejandrinos, “*de los edificios destinados a los filósofos*”¹⁹⁹.

Y la que fue mencionada por el historiador iraquí ‘Abd al-Latif en su “*Relación de Egipto*”, de principios del s. XIII d. C., diciendo: “*Pienso que este es el lugar del pórtico donde Aristóteles y sus sucesores enseñaron... aquí había un depósito de libros...*”. A Al-Latif le cotejará en el s. XV d. C. Al-Maqrizi, en su “*Relación*”, diciendo “*Algunos piensan que estas columnas sostuvieron el Pórtico de Aristóteles, quien enseñó aquí filosofía: que era una escuela de enseñanza: y que contuvo una biblioteca...*”. Tanto Al-Maqrizi como Suyuti²⁰⁰ describieron un bellissimo templete redondo y columnado, con una cúpula dorada y un techo de un sólo bloque de mármol verde o blanco, que destacaba entre todos los del *Serapeum* por su delicadeza, donde se reunían los sabios.

La Escuela Catecúmena o Didascalium

Haciendo honor a una ciudad tan culta como Alejandría, justo al final del reinado de Cómodo²⁰¹, emperador tolerante con los cristianos, el teólogo cristiano S. Panteno²⁰², un estoico converso al credo cristiano, viajó desde Atenas a Egipto, acompañado de su maestro el filósofo Atenágoras²⁰³, fundando en Alejandría, hacia el final de la década 180-190 d. C., una *Escuela de Cateque-*

198. Rufino, citado por Butler, “*The Arab Conquest...*”, pg. 415 – nota 1; Mckenzie, “*The Place where...*”, pg. 80.

199. Ibn Goubair, “*A través de Oriente*”.

200. Suyuti, “*Husn al Muhadarab*”, pg. 55, en Butler, “*The Arab Conquest...*”, pgs. 386-387 – nota 1.

201. Cómodo (180-192 d. C.).

202. Panteno (m. c. 200 d. C.).

203. Atenágoras (fl. 175-185 d. C.).

sis cristiana, la famosa *Escuela Catecúmena de Alejandría*, llamada el *Didaskallion*, *Didascaleion* o *Didascalium*²⁰⁴.

Entre las razones que les impulsaron a establecerse en Alejandría estarían, según G. Fernández, “la pervivencia de la actividad intelectual de los judíos, la apertura de los alejandrinos a todo tipo de cultos, la herencia filológica y científica de la ciudad, centrada en la Biblioteca del Serapeum y en el Museo, y la necesidad de salvaguardar la ortodoxia frente al auge de los sistemas gnósticos”²⁰⁵. Panteno fue el primer director de esta institución cristiana, que a veces es llamada *Escuela de Alejandría*, creando cierta confusión con la *Escuela pagana*.

Se desconoce su ubicación en la ciudad, aunque se supone que estaría en la parte alta, distribuida entre varias casas y mansiones privadas, no muy lejos de la *Escuela de Alejandría* y la *Biblioteca Hija del Serapeum*, instituciones culturales paganas con las que tendría intensos contactos. El *Didascalium* empezó como una catequesis de catecúmenos, para convertirse en el más importante centro de estudios para sacerdotes y teólogos de todo el orbe cristiano, abierto también a estudiantes paganos. Allí se moldeó el *Cristianismo Alejandrino*, de carácter sincrético y universal.

La tradición copta habla de la creación de una pequeña escuela catecúmena para los judíos cristianos por S. Marcos en Alejandría, aunque hasta el s. III d. C. no se tienen pruebas de comunidades cristianas. En todo caso, el *Didascalium* fue un proyecto que surgió con un nuevo ímpetu. No solamente se enseñaba teología, si no también ciencias, matemáticas y humanidades, para ponerse a la altura de los grandes sabios paganos de la *Escuela de Alejandría*. Pretendía conciliar el estudio de la filosofía griega platónica y las leyes judías con el *Cristianismo*, sentando las bases de una teología cristiana de interpretación alegórica de los textos bíblicos, ya que los cristianos alejandrinos consideraban que la interpretación literal de los textos sagrados era indigna de Dios.

Seguía en ello la senda abierta por el filósofo judío Filón de Alejandría en el s. I d. C., respecto a los textos hebreos, y por los gnósticos. En todo caso, el sesgo que dio Panteno a los estudios teológicos no debió de ser del agrado de todos, pues en 191 d. C. fue enviado de misionero a la India²⁰⁶. Después de Panteno, aparecieron las máximas figuras del *Didascalium* que fueron su discípulo, Clemente y el alumno de este, Orígenes, dos de los más grandes exegetas

204. *Didascaleion*, “lugar de estudio”, en griego. Así se llamaban las secciones de enseñanza superior que tenían las Escuelas griegas.

205. Fernández, G., “*El Didascaleion y la Mártir Catalina de Alejandría*”, Arbil, 110, 2008.

206. Eusebio de Cesarea, “*Historia Eclesiástica*”, V. 10.

del *Cristianismo* primitivo, que dirigieron la institución después de Panteno, y siguieron su labor sincrética de neo-platonización de la Iglesia primitiva.

El apologeta ateniense Clemente de Alejandría, estudioso de Platón y Homero, imbuido del *Platonismo Medio* de Plutarco, la dirigió del 200 al 203 d. C., desarrollando un *Platonismo cristiano*. Encauzó la *Escuela* cristiana hacia el universalismo, y acabó siendo un filósofo que se auto-denominaba ecléctico, porque para él la verdadera filosofía era una selección “*de todo lo bueno de cada una de las escuelas, que nos enseñan acerca de la justicia y la piedad*”²⁰⁷. Clemente acudía tanto a las clases de Panteno como a las de Ammonio *Saccas*, en la *Escuela Neoplatónica* del *Serapeum*, inaugurando con ello un fecundo intercambio entre aquellas dos *Escuelas*, cristiana y pagana, que habían nacido casi al mismo tiempo.

Clemente tuvo que dejar su puesto a la carrera, en 203 d. C., y huir de Alejandría por las persecuciones del emperador Séptimio Severo²⁰⁸. Efectivamente este visitó Egipto, otorgó un senado a Alejandría y prohibió el proselitismo de los cristianos, lo que afectó negativamente a la *Escuela Catequista*, así como su edicto prohibiendo a los romanos abrazar la secta cristiana, que consideraba anti-social y un peligro para el Estado. Hubo refriegas y víctimas, y se cerró temporalmente el *Didascalium*, teniendo su director Clemente que huir perseguido en 203 d. C., para no volver. Se refugió en Capadocia, donde habría de surgir una influyente Escuela neoplatónica cristiana.

Le sucedió a Clemente su alumno, el ascético, gramático alejandrino y Padre de la Iglesia Origenes *Adamantius*²⁰⁹, a quien el obispo Demetrio puso en el cargo, y que dirigió la *Escuela* cristiana durante los siguientes años, del 203 al 231 d. C. Fue uno de los filósofos y teólogos más influyentes del *Cristianismo* primitivo, que escribió unos 6.000 textos²¹⁰, casi todos perdidos o destruidos, entre ellos una nueva versión comparada de todos los textos bíblicos, la “*Hexapla*”, de 6.500 páginas.

Origenes también fue alumno entusiasta del filósofo pagano Ammonio *Saccas*, acudiendo a oírle en la *Escuela de Alejandría* del *Serapeum*, y llamándole en una de sus cartas “*mi profesor de filosofía*”. En sus aulas se encontró con el joven Heraclas, su futuro rival en el puesto directivo, y con Origenes *el Pagano*, por lo que ha sido apodado Origenes *el Cristiano*, para evitar confusiones. Coleccionista de textos filosóficos griegos, Origenes se convirtió en

207. Clemente (150-215 d. C.), “*Stromata*”, – “*Tapices*” –, I, 37.

208. Séptimio Severo (193-211 d. C.).

209. Origenes (185-254 d. C.).

210. Epifanio, “*Contra Haereses*”, I XIV. 63.

un neoplatónico convencido, definiendo un *Neoplatonismo cristiano* en “*Sobre los Primeros Principios*”²¹¹, compuesto entre el 212 y 215 d. C. Su pensamiento elevado impregnó los primeros intentos de crear una teología cristiana compatible con la filosofía pagana, y alejada del *Gnosticismo* imperante, el único sistema teológico cristiano en su época, invadido de magia y esoterismo popular.

Tanto sus escritos como él mismo fueron muy populares en Alejandría, por sus buenas obras, teniendo muchos alumnos. Incluso así, Orígenes, para sobrevivir, tuvo que malvender su biblioteca por una cantidad de dinero que le daba una renta de cuatro óbolos al día. Una miseria con la que vivía. No le importaba. Consiguió que su amigo y mecenas converso por él, Ambrosio de Alejandría, *el Diácono*²¹², se comprometiese a editarle sus libros. A cambio, Orígenes se los dedicó todos. Ambrosio cumplió, financiándole un espléndido taller de escribanía, con siete secretarios para copiar sus dictados, por turnos, otros tantos escribas para preparar las copias escritas y jovencitas para repartirlas. A pesar de ello, S. Jerónimo aseguraba que muchos condenaron a Ambrosio, porque siendo rico, no se acordó en el testamento de su viejo y necesitado amigo Orígenes²¹³.

En 215 d. C. Caracalla no sólo destruyó la ciudad, boicoteó el *Museo* e ignoró el *Claudium*, sino que también cerró el *Didascalium*, y tanto Ambrosio como Orígenes huyeron de Alejandría un tiempo. Ya los cristianos formaban en el s. III d. C., en la época de Orígenes, la “*Megale Ecclesia*”, la “*Gran Asamblea*” del obispo Demetrio²¹⁴, de cristianos greco-parlantes, y aunque no eran gran número en todo el país, pertenecían sus fieles capitolinos a las altas clases sociales y medios ilustrados alejandrinos, codeándose con los filósofos griegos y las *Escuelas* judías y gnósticas, de gran influencia en Alejandría. Desde entonces, la jerarquía de la Iglesia alejandrina fue de cultura helenística.

Sin embargo, por rencillas personales, en 231 d. C. el obispo Demetrio expulsó a Orígenes de la *Escuela*, y de su ciudad natal, Alejandría, acusándolo de hereje. Pero las enseñanzas sincréticas de Orígenes dejaron huella, tras treinta años de enseñanzas, dando lugar en Egipto a un movimiento llamado *Origenismo*, que duró del s. III al VI d. C., en que se encuadraron los neoplatónicos cristianos, y que se extendió a todo el Imperio. El exilado Orígenes dio clases otros veinte años en la *Escuela de Cesarea*, fundada por él, con una

211. Orígenes, “*De Principiis*”.

212. Ambrosio de Alejandría (m. c. 250 d. C.).

213. S. Jerónimo, “*Vidas de Hombres Ilustres*”, 56.

214. Demetrio (189-231 d. C.).

importante biblioteca, de gran influencia neoplatónica, donde se formaron S. Gregorio *Thaumaturgus*, Eusebio de Cesarea y los tres *Capadocios*.

A partir de entonces, se sucedieron una serie de directores del *Didascalium*, muchos de los cuales acabaron siendo patriarcas de Alejandría en el s. III d. C., como el *Abba*²¹⁵ Heraclas, 13avo patriarca²¹⁶, el antiguo compañero de Orígenes en las clases de Ammonio *Saccas*, al que Demetrio puso en el puesto directivo que se vio forzado a dejar Orígenes, y en cuya época comenzaron las primeras persecuciones contra los cristianos, en 240 d. C., con Gordiano III.

Y el *Abba* Dionisio de Alejandría, *el Grande*, 14avo patriarca²¹⁷, el más distinguido alumno de Orígenes, en cuyo tiempo se dieron las persecuciones de Decio. Tras ello, Orígenes murió martirizado, bajo Valeriano, emperador que desterró al patriarca Dionisio temporalmente. Le sucedió en la dirección el filósofo origenista Teognosto²¹⁸. Además enseñaron allí filósofos como el obispo S. Gregorio *Thaumaturgus*²¹⁹, alumno de Orígenes, quien aseguraba que en el *Didascalium* se estudiaban todos los poetas y filósofos paganos, salvo los epicúreos y ateos.

Fue el patriarca Theonas de Alejandría²²⁰ el que, en el 290 d. C., escribió una carta al bibliotecario imperial en Roma, Luciano, en la que asegura “*que la biblioteca es lo más importante de todo. Ningún cristiano debería despreciar la literatura profana, y el bibliotecario debería conocer todo acerca de los libros. Debe ordenarlos con orden metódico y catalogarlos: debe cuidar de que todas las copias sean fiables y veraces: y debe de restaurar los manuscritos o las ilustraciones minias cuando estén gastadas. Finalmente no es esencial que todos los libros sean escritos con oro sobre piel púrpura, a no ser que el emperador así lo pida*”²²¹. Butler añade que “*Esta carta demuestra, al menos, que el arzobispo de Alejandría estaba familiarizado con los trabajos de una gran y espléndida biblioteca...*”.

Luego hubo un paréntesis en el *Didascalium*, coincidente con las persecuciones de Diocleciano²²² contra los monofisitas, que hicieron huir al nuevo director, el filósofo neoplatónico Pierio²²³, a Roma. Pierio, llamado *Orígenes*

215. *Abba*, obispo en copto.

216. Heraclas (232-249 d. C.).

217. Dionisio de Alejandría (249-270 d. C.).

218. Teognosto (270-282 d. C.).

219. Gregorio *Thaumaturgus* (213-275 d. C.).

220. Theonas (282-300 d. C.).

221. Butler, “*The Arab Conquest...*”, pgs. 104-105.

222. Diocleciano (284-305 d. C.).

223. Pierio (fines s. III d. C.).

el Joven, dio clases a Panfilio²²⁴, que continuó la *Escuela y Biblioteca de Cesarea* fundada por Orígenes. Fueron tan crueles las persecuciones de Diocleciano, que los coptos adoptaron una nueva era para su calendario, conocida como la “*Era de los Mártires*”, que comenzó el 284 d. C., el primer año de Diocleciano. Estas persecuciones también se cebaron con la destrucción de todos los textos cristianos²²⁵.

Es bajo su reinado cuando se constata la destrucción de todo un barrio residencial de lujosas villas urbanas con mosaicos en Alejandría, al sur de la *Vía Canópica*, en Kom El-Dikka, que se abandonó completamente, dejando un gran baldío, justo en el centro de la ciudad alta. También se conoce la dedicación por el prefecto, en el 298 d. C., de una columna conmemorativa en honor a Diocleciano, en el recinto del *Serapeum*, que muchos investigadores parecen confundir con la mal llamada “*Columna de Pompeyo*”.

Continuaran la dirección del *Didascalium* el *Abba* Pedro I de Alejandría, 17avo patriarca²²⁶, anti-origenista y mártir bajo Maximino, quien construyó la gran iglesia de Theonas al oeste de Alejandría, reflejo de una creciente construcción de iglesias repartidas por la ciudad. El *Abba* Archeus o Achillas, 18avo patriarca²²⁷, fue quien consagró a Arrio sacerdote y fue acusado por ello. Es curiosa esta preeminencia de altos dignatarios eclesiásticos monofisitas, cuando el *Didascalium* se había convertido ya, en el s. III d. C., tras el paso de Orígenes, en una *Escuela Neoplatónica cristiana*, con fuertes lazos con la *Escuela de Filosofía Neoplatónica de Alejandría* y la *Biblioteca Hija del Serapeum*, que consultarían frecuentemente. Y así seguirá hasta que llegue el patriarca Atanasio, medio siglo más tarde.

Si en algún lugar del Imperio se podía crear una nueva religión sincrética, de signo cristiano, que respetara el formidable legado del pasado, y no supusiese un corte dramático, ese sitio sólo podía ser Alejandría, depositaria en la *Biblioteca Hija* del único archivo universal de todos los textos religiosos, filosóficos y científicos de la Antigüedad. Como decía Amiano, “*En Alejandría... por primera vez, mucho antes que los demás hombres, descubrieron los orígenes, por así decirlo, de las diferentes religiones, y ahora conservan cuidadosamente la memoria de los primeros tiempos de los cultos religiosos, recopilados en escritos secretos*”²²⁸. De ellos beberían los neoplatónicos cristianos su sincretismo.

224. Panfilio (309-310 d. C.).

225. Lactancio, “*Sobre Víctimas de Persecuciones*”, 12; Eusebio, “*Historia Eclesiástica*”, 8, 2. 4.

226. Pedro I de Alejandría (300-311 d. C.).

227. Archeus (311-312 d. C.).

228. Amiano, “*Hist. Roma*”, XXII, 16,20.

El *Didascalium* alejandrino estaba repleto de ellos. Sin duda, muchos de los monjes de los monasterios egipcios y *Abbas* monofisitas, profesores y alumnos que pasaron por el *Didascalium* siguieron siendo neoplatónicos, muy activos a la hora de preservar sus creencias y los libros antiguos. El *Monofisismo* egipcio, el credo cristiano que había cuajado en el valle del Nilo, también necesitaba sincretizar sin demora su simbología con la faraónica y helenística, para intentar atraer a las masas desvalidas por la decadencia de sus antiguos dioses. Himnos, creencias, leyendas, rituales, imágenes, santuarios y fiestas pasaron casi intactas del imaginario egipcio al monofisita o copto²²⁹, y de aquí a todo el mundo cristiano. El arte temprano copto fue absolutamente sincrético, reflejando las corrientes gnósticas y neoplatónicas. No sólo el “*Ank*” faraónico campaba por sus relieves, o la desnuda *Afrodita*, sino también la erótica *Leda* haciéndoselo con su cisne.

En aquella época comenzó la decadencia del griego en Egipto, utilizándose cada vez más el demótico egipcio, la lengua vernácula popular, así como la nueva lengua copta, derivada de dialectos demóticos, con letras griegas, que desarrollaban las pequeñas sectas cristianas en el Alto Egipto. En el s. III d. C. ya aparecieron las primeras versiones coptas de la *Biblia*, afirmando su oposición frontal al helenismo y su distanciamiento de las síntesis alejandrinas. Se ensanchó la diferencia entre los ciudadanos helenizados y las masas egipcias. Alejandría aparecía cada vez más como una torre de marfil, monopolio del saber, el lujo y la riqueza, asociada con las fuerzas ocupantes, rodeada de un campo infinito de campesinos, burguesía rural y desheredados, donde la bandera del nacionalismo se extendía sin parar.

El fin de la tolerancia religiosa

Los tiempos cambiaban muy rápidamente en aquellos días. La confrontación social era continua. Nuevas creencias corrían paralelas a las nuevas corrientes políticas, mientras que los viejos esquemas de las civilizaciones milenarias, como la faraónica, caían deshechos. La antigua sociedad abierta y plural que fue testigo de la edad de oro de Alejandría se estaba desvaneciendo por momentos, dando paso a una sociedad intolerante y uniforme.

El siglo IV d. C. sufrió en Egipto la agitación provocada por los defensores

229. Jevenois, de, “*La continuidad del mundo antiguo en el arte y la cultura de los Coptos*”, pgs. 39-96, en “*Egypte, Entre el Sol y la Media Luna*”, Ambit, Barcelona, 1999.

de la ortodoxia cristiana y los que clamaban contra las practicas y las ciencias paganas. Las querellas arreciaron con la aparición del presbítero alejandrino Arrio²³⁰, quien desde el 318 d. C. propagaba el *Arrianismo* en Alejandría, con enorme éxito. Una herejía cuyo mayor pecado era afirmar, con toda lógica, que el *rabí* Joshua, el Jesús cristiano, era un hombre mortal, nacido como los demás, aunque inspirado por Dios en sus reflexiones. Se entabló una gran batalla dialéctica, llena de victimas mortales, entre aquellas dos interpretaciones opuestas del *Cristianismo*.

Incluso Constantino I²³¹ tuvo que enviar en el 324 d. C. a Osio, el obispo de Córdoba, “*un egipcio de Hispania*”, de acuerdo con el historiador Zosimo de Alejandría²³², para que presidiera un Concilio en Alejandría, con el que apaciguar y canalizar las querellas del patriarca Alejandro de Alejandría²³³ contra los arrianos. Según Eusebio de Cesarea²³⁴, en su misiva el emperador les pide que, como cristianos, se reconcilien y sigan con ello el ejemplo de los filósofos, que, sin dejar de discutir, viven en armonía.

Constantino I, aunque adorador de *Helios*, el Sol, decretó tolerancia para todas las religiones, pero favoreció especialmente la expansión de las sectas cristianas, y, tratando de poner fin a sus luchas, convocó el *Concilio de Nicea*, en el 325 d. C., en que se establecieron los libros canónicos y se creó la ortodoxia cristiana. En aquel Concilio, se decidió que la fecha de la *Pascua* cristiana fuera calculada en Alejandría, ya que el *Museo del Serapeum* era entonces el centro astronómico más importante del Imperio. Tal vez por ello Constantino I, según las crónicas, prohibió las fiestas en honor a *Serapis* y mandó cerrar temporalmente el templo en el 325 d. C., pero no lo mancilló. Poco después, en el 330 d. C., Roma dejó de ser capital imperial, tomando el relevo a partir de entonces Constantinopla, capital de los emperadores cristianos, que inmediatamente supuso un peligro para la preeminencia de Alejandría en Oriente.

Con el “*Edicto*” de Constantino I, en 333 d. C., mandando quemar todos los libros anti-cristianos del filósofo neoplatónico Porfirio, de raíces alejandrinas, y autor de “*Contra los Cristianos*”²³⁵, y los de Arrio, se relanzó la quema pública de libros prohibidos, una vieja practica política romana. Libros que se amontonaron en hogueras en medio de las plazas de miles de ciudades y

230. Arrio (256-336 d. C.).

231. Constantino I (323-337 d. C.).

232. Zosimo, “*Nueva Historia*”, IV.

233. Alejandro de Alejandría (312-326 d. C.).

234. Eusebio, “*Vita Constantini*”, “*Vida de Constantino*”.

235. Porfirio, “*Adversus Christianas*”. Socrates, “*Historia Eclesiástica*”, I, 9. 30-31.

pueblos, auténticos “*Autos de Fe*” del *Cristianismo* bizantino. El “*Edicto*” decretaba que “...*si alguien es detectado escondiendo un libro de Arrio, e inmediatamente no lo saca fuera y lo quema, será condenado a muerte...*”²³⁶. También mandó destruir los libros sagrados de gnósticos y montanistas²³⁷.

A partir de él, todos los emperadores hasta Justiniano decretaron e instigaron la quema de libros prohibidos. Ello dio lugar a que en todo Oriente los aterrorizados poseedores de libros prohibidos, especialmente grimorios mágicos, pero también libros de leyes y literatura, quemaran todas sus colecciones, incluso bibliotecas enteras, según cuenta Amiano²³⁸. El acerbo intelectual de Occidente comenzó a desaparecer aceleradamente.

Según D. C. Sarefield, la quema de libros fue “*una forma prominente de violencia religiosa en el periodo romano tardío... la quema de libros santificaba un lugar proveyéndole con el aura del triunfo del Cristianismo*”²³⁹. A los agentes oficiales imperiales se les unieron enseguida obispos y legiones de monjes ortodoxos en la búsqueda y quema purificadora de libros prohibidos.

Pero fue la adopción del *Cristianismo* como religión de Estado por Constantino I en su lecho de muerte, donde se bautizó bajo el credo arriano, en el 337 d. C., la que dejó una pesada herencia al Imperio romano. Aquella nueva religión impuesta desde arriba, que sólo había abrazado una quinta parte de sus habitantes, desencadenó las más graves distorsiones en el tejido social, ya que, denegando a los otros lo que ellos habían reclamado, los cristianos se revolviéron intolerantes contra las otras religiones, toleradas por el Imperio, combatiéndolas por todos los medios.

Según P. Veyne, las escuelas filosóficas paganas “*diferían de las iglesias y sectas cristianas en un punto capital: no se les ocurre suponer que un día pueda y deba imponerse a la humanidad entera; presumen por el contrario que sólo un puñado de individuos sabrá aceptar sus verdades. No buscan la salvación de la humanidad a su pesar; se dirigen a cualquier hombre, pero se hallan convencidos de antemano de que serán pocos los que escuchen, y se resignan a ello. Su univer-*

236. Socrates de Constantinopla, “*Historia Eclesiástica*”, 1. 9. 30-31.

237. Eusebio, “*Vita Constantini*”, 3, 63-66.

238. Amiano, “*Historia de Roma*”, XXIX. 2. 4.

239. Sarefield, “*Bookburning in the Christian Roman Empire. Transforming a Pagan Rite of Purification*”, –“*La Quema de Libros en el Imperio Romano Cristiano. Transformando un Rito Pagano de Purificación*”–, 2004, pg. 295, en H. A. Drake, “*Violence in Late Antiquity: Perceptions and Practices*”, –“*Violencia en la Antigüedad Tardía: Percepciones y Practicas*”–, pgs. 287-295, Ashgate, U. California, Sta. Barbara, 2006.

*salismo no es imperialista*²⁴⁰. Este punto capital suponía, ni más ni menos, que la libertad de pensamiento, el imperio de la razón, la búsqueda científica y la apertura a mundos espirituales infinitos, avance extraordinario que habían alcanzado ya los filósofos paganos, las bases mismas de la modernidad. Todo ello sucumbió, ante el empuje agresivo de las nuevas sectas.

El proselitismo, la aniquilación de las herejías y el monopolio religioso, con la destrucción de los lugares sagrados del *Paganismo*, fueron las banderas por las que lucharon los cristianos católicos del s. IV d. C. Y asimismo hubo guerras sin cuartel entre los patriarcas de Alejandría y Constantinopla, la nueva capital imperial, por la primacía de los cristianos en Oriente. El papado de Roma apoyó inicialmente a Alejandría en esta lucha.

Siguiendo la pauta abierta por el *Anacoretismo* cristiano de signo monofisita, aparecido en Egipto con S. Pablo, *el Tebano y Primer Ermitaño*²⁴¹, y S. Antonio²⁴², durante el s. III d. C., apareció hacia el 318 d. C. el *Cenobitismo* y *Monasticismo* de S. Pacomio²⁴³, expandiéndose por todo Egipto, Palestina y Siria, con la fundación de numerosos monasterios y eremitorios en los bordes del desierto. Cientos de monjes de ambos sexos los poblaban, gentes humildes y fanáticas, provenientes del campo, zelotes y descontrolados.

Odiaban las ciudades como Alejandría, aislada en su esplendor y riqueza, causando en las urbes reyertas y destrozos continuamente. A principios del s. IV d. C. los cristianos se habían extendido entre los marinos y pescadores del puerto alejandrino, controlando la flota con los envíos de trigo a Constantinopla. En aquel ambiente de enajenado fanatismo religioso, las autoridades religiosas no pudieron controlar los excesos de los monjes y sus acólitos hasta bien entrado el s. V d. C. Y, mientras tanto, a aquellos exaltados se les fue la mano.

En todo caso, los emperadores romanos mandaron cerrar los templos, pero nunca destruirlos. Su pensamiento político se basaba en una transformación paulatina de los usos sociales, adscribiendo los antiguos santuarios a iglesias o instituciones civiles. Incluso algunos tuvieron que dictar órdenes para salvaguardar los templos del celo destructivo de los cristianos. El *Serapeum* estaba en todo su esplendor, manifestándose como la gloria del mundo helénico, en las antípodas de los nuevos credos cristianos.

240. Veyne, "El Imperio Romano", en Ariés, P. y Duby, G., "Historia de la vida privada, Del imperio romano al año mil", pg. 220, Madrid, 1987.

241. Pablo *Primer Ermitaño* (228-343 d. C.).

242. Antonio (251-356 d. C.).

243. Pacomio (292-348 d. C.).

Sin embargo, ya el apologeta S. Agustín²⁴⁴ defendía la coacción como método para conseguir adeptos, y con S. Ambrosio²⁴⁵ pedían abiertamente la destrucción de los cultos paganos a los emperadores. Y estos, con sus decretos imperiales, lo quisieran o no, fueron el desencadenante de una aciaga época de persecución religiosa en todo el Imperio, donde robos, requisamientos y violencia sin cuento, incluidos asesinatos, sembraron el terror por todos los rincones del mundo conocido. Es, de hecho, uno de los primeros ejemplos de persecución estatal a gran escala contra sus propios súbditos, a instigación de una secta religiosa de origen foráneo.

Las destrucciones del patrimonio pagano egipcio comenzaron con Constancio II²⁴⁶, el sucesor de Constantino I y nuevo dueño de Oriente y Egipto, quien apoyaba el *Arrianismo* como religión de la corte bizantina. Fue, pues, con el *Cristianismo* cuando comenzó la destrucción sistemática de los monumentos alejandrinos, que se habían mantenido casi intactos a través de los siglos. Constancio II dictó en el 341 d. C. las “*Constituciones*”, prohibiendo todos los sacrificios paganos y envió el mismo año un ejército a Alejandría, al mando de Eulogio, donde este “*quemó vivos a los paganos, destruyó los templos y se quedó con todas sus posesiones*”²⁴⁷. Estas afirmaciones son exageradas, puesto que el *Serapeum* sobrevivió, con sus tesoros, y otros grandes templos, como el reconstruido *Caesarion*, fueron confiscados en beneficio de los cristianos, quedándose los monofisitas de Atanasio, que lo convirtieron en su catedral en 350-1 d. C.²⁴⁸, bajo la advocación de S. Miguel, y, más tarde, sede del patriarca.

Sin embargo, estos escritos dan noción del ambiente anti-pagano que se respiraba en la Alejandría del s. IV d. C., y el grado de satisfacción que parecía embargar a los exegetas cristianos con las muertes de aquellos paganos, incluso las más espantosas, en aras de la luz del *Cristianismo*. También se pusieron en marcha en Alejandría auténticas escuelas de escribas²⁴⁹, destinadas a crear toda una literatura de vidas apócrifas de mártires, escritas en serie para ser leídas en las iglesias, que poblaron el imaginario copto de santos, milagros, visiones y reliquias. Mientras tanto, el filósofo neoplatónico Temis-

244. Agustín (354-430 d. C.).

245. Ambrosio (c. 339-397 d. C.).

246. Constancio II (337-361 d. C.).

247. H. Hyvernat, “*Actes des Martyrs de l’Egypte*”, –“*Actas de los Martires de Egipto*”–, 1886, en Butler, “*The Arabic conquest of Egypt*”, Prefacio, XXXI, Oxford, 1902.

248. Atanasio, “*Defensa contra Constancio*”, 14-18.

249. De Lacy, O’Leary, “*The Saints of Egypt*”, –“*Los Santos de Egipto*”–, 1937; Kessinger Publ. 2005.

tio, escribía hacia el 357 d. C., en su “*Discurso del Emperador*”²⁵⁰, una apología de las bibliotecas, y la necesidad de su fundación por parte del emperador, para preservar los textos y doctrinas de Platón y Aristóteles.

Con el alejandrino S. Atanasio²⁵¹, obispo de Alejandría²⁵², difusor del ideal monástico, y apodado “*Atanasio contra el mundo*”, se instauró una violencia e intolerancia desconocidas en las querellas religiosas, combatiendo con encarnizamiento al pujante *Arrianismo*, siendo apoyado Atanasio en esta lucha por la Iglesia de Roma. Para combatir el *Arrianismo*, un sistema religioso asimismo sincrético, Atanasio se hizo con la dirección del *Didascalium*, forzando el abandono de la interpretación místico-simbólica de los textos bíblicos, llamada “*alejandrina*”, de sabor neoplatónico, a favor de una interpretación gramático-literal, más acorde con la visión del credo cristiano de aquellos monjes del desierto. Dirigió la institución largos años, periodo en que fue visitada por Padres de la Iglesia de la llamada *Escuela de Capadocia*, como Basilio y Gregorio de Nacianzo, abanderados del movimiento cristiano “*neo-alejandrino*”, que defendía la razón para estudiar los textos religiosos.

E. Watts asegura que “*El programa de Atanasio estaba destinado a desacreditar tanto a los maestros cristianos cercanos a las enseñanzas filosóficas (como Arrio), como a la filosofía misma sobre la que basaban sus doctrinas... amalgamó las enseñanzas cristianas con las prácticas ascéticas. En el centro de todo ello figuraba (su libro) «Vida de Antonio»... que identificaba el ascetismo como un nuevo tipo de sabiduría cristiana... proclamando su superioridad sobre las enseñanzas tradicionales...*

Aunque los teólogos cristianos influidos por las enseñanzas filosóficas, como Evragio Ponticus, continuaron con sus círculos de enseñanza, se encontraron más en comunión con los monasterios y no, como en el pasado, con las Escuelas filosóficas paganas. En todo caso, esto no hizo descender la presencia de estudiantes cristianos en las escuelas paganas...”²⁵³.

Era obvio que, ya en el s. IV d. C., existían dos sistemas de pensamiento dentro de los movimientos cristianos monofisitas de Siria y Egipto. Uno, claramente cercano a lo sincrético y neoplatónico, como Clemente y Orígenes, en Alejandría y los de Capadocia. Y otro, más literal, rígido y ortodoxo, el ideal de Atanasio, en Egipto. El que fomentaba una nueva mitología. La antropización última del sentimiento religioso. Y, sin embargo, tan profunda

250. Temistio, “*Orationes quae supersunt*”.

251. S. Atanasio (295-373 d. C.).

252. S. Atanasio, obispo de Alejandría (326-373 d. C.).

253. Watts, “*City and School in Late Antique Athens and Alexandria*”, –“*Ciudad y Escuela en la Antigüedad Tardía de Atenas y Alejandría*”–, pg. 170, U. California Press, 2006.

era la huella neoplatónica dentro del *Monofisismo* ortodoxo, que, según afirma R. Reizenstein²⁵⁴, el libro “*Vida de Antonio*”, escrito por Atanasio²⁵⁵, está en gran parte basado en la vida de Pitágoras y los filósofos paganos.

A pesar de que todos eran cristianos católicos, y que Alejandría, en aquella época, era apoyada por Roma en su lucha contra Constantinopla, que le quería arrebatar la preeminencia en la Iglesia de Oriente, los movimientos internos proclamaban profundas divisiones entre los católicos de Egipto, entre autóctonos y forasteros, a través de líneas de ruptura nacionalistas. Los autóctonos se proclamaban monofisitas, distanciándose de greco-romanos y bizantinos. A ellos pertenecía Atanasio, con quien se abandonó el espíritu conciliador y sincretista del *Didascalium* cristiano, arrogándose los patriarcas alejandrinos el monopolio en la creación de la nueva teología cristiana, surgiendo así una *Cristología Alejandrina* ortodoxa, de signo monofisita.

En 355 d. C. Atanasio huyó por segunda vez de Alejandría, perseguido por el emperador Constancio II. Antioquía consiguió en su ausencia que el arriano Jorge de Capadocia fuera nombrado obispo de la ciudad²⁵⁶ en 356 d. C., convirtiéndose en el obispo arriano Jorge de Alejandría, a quien Teodoreto llama, por su crueldad, “*un lobo*” entre ovejas²⁵⁷. En 360 d. C. Jorge, con ayuda del prefecto, persiguió con saña a monofisitas y paganos, asesinando a muchos mártires coptos, y destruyendo varios templos alejandrinos, entre ellos posiblemente el antiguo *Caesarion*, el templo más importante de la Alejandría monofisita, y tal vez dañaría el *Serapeum*, como parece contarnos Juliano²⁵⁸. En esas fechas los arrianos se adueñaron de todas las iglesias monofisitas.

Este Jorge de Alejandría tuvo tiempo, mientras tanto, de amasar una gran colección de manuscritos en Alejandría, en un cortísimo periodo de tiempo, entre 356 y 361 d. C. en que fue linchado. Constituyendo una importante colección privada, como aseguraba el emperador Juliano, que quiso hacerse con ella, en una “*Carta a Porfirio*”, diciendo que la colección de libros de Jorge “*era muy grande y completa, y contenía a los filósofos de todas las escuelas, y a muchos historiadores*”²⁵⁹. No en vano, Alejandría era aún la capital mundial de libros y bibliotecas.

254. Reizenstein, R., “*Des Athanasius Werk, über das Leben des Antonius*”, –“*La obra de Atanasio sobre la vida de Antonio*”, 104, Heilderberg, 1914, en J. Alsina Clota, “*El neoplatonismo. Síntesis del espiritualismo antiguo*”, Ed. Anthropos. Barcelona. 1989.

255. Atanasio, “*Vita Antonii*”.

256. Sócrates de Constantinopla, “*Historia Eclesiástica*”, III, 3.

257. Teodoreto, “*Historia Eclesiástica*”, XI, 3.

258. Juliano, “*Cartas, A los Alejandrinos*”.

259. Juliano, “*Cartas, A Porfirio*”, IX, 36.

En estas luchas ínter-cristianas parece apoyarse J. Hannam²⁶⁰ para aventurar la incierta posibilidad de que Jorge hubiera desvalijado la *Biblioteca Hija* para formar la suya privada²⁶¹. Siendo entonces cuando, según él, perecería o se dispersaría, tras un ataque al *Serapeum*, que no está atestiguado fehacientemente, y que, en todo caso, no afectaría al santuario principal de *Serapis*, en que la estatua de marfil, plata y oro del dios continuó en su sitio, y donde los cristianos no pusieron los pies hasta más tarde, según Sócrates de Constantinopla. Todo con tal de intentar demostrar que la destrucción o desmembramiento de la *Biblioteca Hija* fue anterior a la trágica desaparición del *Serapeum*, poco más tarde, descargando así a los cristianos de semejante atrocidad.

En todo caso, aunque Jorge pudo rapiñar en sus años de violencia, ninguna fuente existe que diga que desvalijó la Biblioteca del *Serapeum*. Al fin y al cabo todo eran copias, ya que los originales habrían perecido con la *Gran Biblioteca*. Lo mismo le daría saquear los estantes del *Serapeum* que hurgar en el *Didascalium* o en los cientos de bibliotecas privadas y otras de templos que existían en Alejandría. Al parecer, sólo estaba interesado en filósofos e historiadores griegos, como otros bibliófilos de la época romana.

Si conocemos que la *Biblioteca de Celso*²⁶², la más famosa de las bibliotecas privadas del Imperio, contenía en su espléndido edificio de Efeso unos 12.000 rollos de papiros, la del poeta Persio unos 700 rollos²⁶³ y que ya la de Q. Sereno Sammónico, doctor del s. III d. C., llegó a los 62.000 rollos, podemos colegir, a lo sumo, un número parecido para la de Jorge de Capadocia, nunca los cientos de miles de rollos almacenados en la *Biblioteca Hija*.

Ni con todo su violento poder hubiera podido Jorge desvalijar la inmensa Biblioteca real del *Serapeum* sin que los alejandrinos se sublevaran. Un eclesiástico extranjero llevándose sus tesoros. Pero aún es más difícil imaginar a un particular, por muy obispo que fuera, apoderándose de la colección imperial para su biblioteca personal. Hubiera necesitado cientos de esclavos, mulos y cajas, en una procesión de días hacia el puerto, y el permiso del propio emperador. No existe evidencia alguna de que eso sucediera. El impresionante *Serapeum* y su *Biblioteca Hija* siguieron brillando sobre Alejandría, a pesar de las rapiñas de Jorge “*el Capadocio*”, su apodo entre alejandrinos.

260. Hannam, “*The Foundation and Loss of the Royal Libraries of Alexandria*”, –“*La Fundación y Pérdida de la Bibliotecas Reales de Alejandría*”–, Bede’s Library, Internet, 2003-09.

261. Butler, “*The Arab Conquest...*”, pg. 419.

262. *Biblioteca de Celso* (114-120 d. C.).

263. Lanciani, R “*Ancient Rome in the light of Recent Discoveries*”, –“*La Antigua Roma a la luz de los recientes descubrimientos*”–, Houghton, Boston-New York, 1888.

Coincidiendo con la muerte del emperador Constancio II y la llegada de Juliano²⁶⁴, llamado “*el Apóstata*”, porque intentó la vuelta a los dioses de sus antepasados, rodeándose de filósofos neoplatónicos, Jorge de Alejandría fue linchado por una turba de alejandrinos, el día de Navidad del 361 d. C.²⁶⁵, precisamente después de saquear un mitreo²⁶⁶ abandonado²⁶⁷ o intentar destruir el bello templo de los *Genios* protectores de la ciudad²⁶⁸. Sus libros fueron reclamados inmediatamente y con insistencia por el nuevo emperador Juliano desde Constantinopla, tal vez para su “*Biblioteca Juliana*”, en el templo de Trajano, en Antioquía.

Juliano prohibió la enseñanza a los cristianos, con lo que el *Didascalium* se cerraría en su corto reinado, y los alumnos cristianos acabarían acudiendo a las *Escuelas* filosóficas paganas de Alejandría, como, de hecho, ya hacían muchos. Sin embargo, también permitió a los obispos monofisitas, fieles a Atanasio, recuperar sus iglesias de manos de los arrianos. Tal vez fuera en la época de Juliano cuando se dotó a Alejandría de las magníficas *Termas* imperiales, el *Odeón* y las avenidas columnadas que desembocaban en una inmensa plaza cuadrada, en Kom El-Dikka. Posiblemente se constituyó en el nuevo centro de Alejandría, según Majcherek, potenciando aún más la expansión de la ciudad romana hacia el sur, en la parte alta de la ciudad, ya que el antiguo *Gimnasio* estaría en ruinas.

El tsunami destructor de Alejandría

Su sucesor Joviano²⁶⁹ se apresuró a quemar la “*Biblioteca Juliana*” de Antioquía, con sus tesoros, en el 364 d. C., y devolvió a Atanasio a su sede alejandrina. Justo aquel año, el reputado astrónomo Theón, miembro eminente del *Museo del Serapeum*, predijo en el 364 d. C. los eclipses del sol y de la luna que se pudieron observar en Alejandría. La inquietante sensación producida por un eclipse total del sol al mediodía, cuando todo el cielo se oscure-

264. Juliano (361-363 d. C.).

265. “*Historia Acephala*”, – “*Historia Acéfala*” –, 6. 8., en L. Kaplow, “*Religious and Intercommunal Violence in Alexandria in the 4th and 5th Centuries CE*”, – “*Violencia Religiosa e Intercomunitaria en la Alejandría de los siglos IV y V d. C.*” –, Hirundo, Vol. IV, pgs. 2-26, 2005-2006.

266. Santuario del dios *Mitra*.

267. Sócrates, “*Historia Eclesiástica*”, III, 2.

268. Amiano, “*Historia de Roma*”, XXII, 11, 3-11.

269. Joviano (363-364 d. C.); “*Suidas*”, “*Joviano*”, I, 401.

ce, hay sensación de frío, y un aterrador silencio colma la atmósfera, sería para ellos presagio de algún terrible acontecimiento que estaba aún por venir.

Efectivamente, en verano del siguiente año tuvo lugar un maremoto, que los modernos investigadores han ubicado al oeste de Creta. Según E. Papadimitriou, “*Un terremoto de intensidad M8. 3 golpeó el suroeste del Arco Helénico, cerca de la isla de Creta, en el 365 d. C., generando un tsunami que afectó a casi la totalidad de la región oriental del Mediterráneo*”²⁷⁰. Su fecha, 21 de julio.

El maremoto provocó un tsunami, puesto que, según Amiano, una ola de enorme altura se estrelló contra la capital egipcia, derruyendo edificios y matando a muchos, asegurando que, en aquella dramática ocasión, incluso “*grandes barcos fueron arrojados a la orilla por las ráfagas dementes de las olas, quedando colgados de los techos de las casas, como sucedió en Alejandría*”²⁷¹. Lo mismo sobre los barcos en los tejados fue repetido por Sozomen²⁷². Los alejandrinos le llamaron el “*día del horror*”²⁷³, conmemorándolo anualmente todavía doscientos años más tarde, según un manuscrito copto de finales del s. VI d. C.

Con respecto a este dramático acontecimiento, es curioso constatar como todos los exegetas de Amiano parecen haber deducido de sus escritos que Amiano describió con pelos y señales un tsunami monstruoso que arrasó Alejandría en el 365 d. C., hecho que, además, habría sido corroborado por varios escritores antiguos. Incluso alguno ha sugerido que podría ser otra de las fechas en que se destruyó la Biblioteca alejandrina junto con la ciudad. Sin embargo, todo ello parece una interpretación forzada de los textos, que no coincide con la información que transmiten. Podría tratarse de una apreciación errónea, con lo que la destrucción de Alejandría por el tsunami del 365 d. C. sería sólo un mito moderno.

Amiano se refiere efectivamente a un tsunami, describiéndolo con gran detalle, aparentemente proveniente del oeste de Creta, que afectó en un radio por igual a las costas de Creta, todo el Egeo, el Adriático y norte de Africa, no sólo Alejandría. De hecho, nombra únicamente dos lugares como ejemplos

270. Papadimitriou y otr., “*Rupture model of the Great A. D. 365 Crete earthquake in the southwestern part of the Hellenic Arc*”, –“*Modelo de ruptura del gran terremoto del 365 d. C. en la parte sudoeste del Arco Helénico*”–, Acta Geophysica, Versita, Vol. 56, 2, 2008.

271. Amiano, “*Historia de Roma*”, XXVI, 10. 15-19. Modernos investigadores aseguran que dicho evento se correspondería con el terremoto de Creta de julio del 365 d. C.

272. Sozomen, “*Hist. Ecles.*”, VI, 2.

273. S. C. Stiros, “*The AD 365 Crete earthquake and possible seismic clustering during the fourth to sixth centuries AD in the Eastern Mediterranean: a review of historical and archaeological data*”, 1996, –“*El terremoto de Creta del 365 d. C., y sus posibles consecuencias sísmicas entre los siglos cuarto al sexto d. C. en el Mediterráneo oriental: una revisión de los datos históricos y arqueológicos*”–, Journal of Structural Geology, Vol. 23, 2, pgs. 545-562, Elsevier, 2001.

de los muchos que afectó el tsunami, y están en sitios diametralmente opuestos del Mediterráneo. Uno es Alejandría, donde algunos barcos acabaron en los techos de las casas, pero el otro es Methone, en Grecia, posiblemente la ciudad al suroeste del Peloponeso, donde el tsunami lanzó los barcos laconios dos leguas tierra adentro. Además, Amiano habla de “*enormes montañas y profundos valles*” que quedaron al descubierto al retraerse las aguas por el tsunami, un paisaje submarino que correspondería a la topografía de Creta, las islas Egeas o Grecia, nunca a Egipto, donde la retirada del mar sólo habría dejado a la vista extensas llanuras de arena moteadas de colinas y rocas.

Por su parte, el obispo monofisita egipcio Juan de Nikiu²⁷⁴ también habla del tsunami, pero niega totalmente la destrucción de Alejandría, narrando como “...*aquella ola del océano se elevó frente a Alejandría a tal altura que estuvo a punto de sumergir la ciudad*”. Sigue contando que cuando “*el mar se alzó contra la ciudad de Alejandría y, amenazando una inundación, ya había llegado hasta un lugar llamado Heptastadion*”, la intervención del patriarca Atanasio, que alzó las manos sobre las aguas y gritó, al modo Moisés, salvó la ciudad, haciendo que “*el mar retornase a su lugar*”.

Juan de Nikiu especifica claramente que la gigantesca ola cubrió el *Heptastadion*, la calzada que unía la isla de Faros con tierra firme, que fue donde supuestamente la paró Atanasio. La leyenda hagiográfica podría responder a un fondo de verdad, asumiendo que la gigantesca ola no llegó a la ciudad, al igual que pasó en otro puerto del Adriático, salvado con el mismo milagro por otro obispo cristiano. Evidentemente la ola del tsunami debió de arrasarse la superpoblada isla de Faros, enfrentada al mar abierto, sobre cuyas casas se empotraban los barcos, como cuenta Amiano, pero su fuerza pudo romperse con la isla y los arrecifes que protegen Alejandría, además del propio *Heptastadion*, que harían de freno a las aguas enfurecidas, llegando a la ciudad muy debilitada. Se estrellaría contra sus recias murallas, inundando la parte baja, destruyendo los barrios populares de pescadores. La parte alta quedaría intacta.

Ello coincidiría con los datos tectónicos de J. D. Stanley y T. Jorstad²⁷⁵, quienes aseguran que “*Los estratos de sedimentos en los dos puertos de Alejandría separados por el Heptastadion, (7 estratos datados al radiocarbono en el Puerto Oriental, 65 estratos muy seguidos en el Puerto Occidental) proveen pruebas estratigráfi-*

274. Juan de Nikiu, “*Crónica*”, Índice, LXXXI (LXXXII), 21, 22, 23.

275. Stanley y Jorstad, “*The 365 A.D. Tsunami destruction of Alexandria, Egypt: Erosion, deformation of strata and introduction of allochthonous material*”, —“*La destrucción de Alejandría, Egipto, por el Tsunami del 365 d. C.: Erosión, deformación de estratos e introducción de material alóctono*”—, E- 205 NMNH, Paleo, Smithsonian Institution, Washington, GSA, 2005.

cas, petrológicas y biofacies con que identificar el año 365 y los sucesos que tuvieron lugar... En vez de encontrar depósitos anormales del tsunami, este estudio geológico documenta la importancia de una erosión del fondo de los puertos por arremetidas de olas de gran potencia asociadas con este poderoso acontecimiento”.

Por lo tanto, Stanley y Jorstad no han descubierto choques extremos del tsunami contra la costa, sino el empuje fortísimo de violentas olas sobre el fondo de los dos puertos alejandrinos, erosionándolos como una lima. Pero subrayan en su estudio una diferencia abismal entre uno y otro puerto. Sería el puerto occidental, el *Eunostos*, el que recibiría las grandes embestidas, pues el tsunami venía del noroeste, mientras que el *Gran Puerto* y la ciudad de Alejandría quedarían mucho menos expuestos. Atanasio podría salvarla tranquilamente. El *Pharos*, en primera línea, resistió el embate.

Son Amiano y Juan de Nikiu los únicos escritores que nombraron Alejandría en relación con el tsunami. Ningún otro lo hizo. Ni tampoco los otros dos egipcios, Atanasio y Juan Cassio, que escribieron sobre el tema, quienes silenciaron toda referencia a una supuesta destrucción de Alejandría en aquella época. De hecho, ni la nombraron. Precisamente en una “*Carta*” del patriarca Atanasio se refería a la destrucción de más de cien ciudades por el terremoto²⁷⁶, pero en Creta, sin aludir a Alejandría, que supuestamente él había salvado. Ni tan siquiera sugiere que hubiera que salvarla.

Ni siquiera el obispo egipcio Juan Cassio²⁷⁷, cuando habló de su visita al Delta, ya en el s. V d. C., describiendo aquellas tierras todavía inundadas por el mar tras el tsunami, que agrandarían los lagos que delinear la costa egipcia, mencionó jamás una destrucción de Alejandría en aquella época. Por todo ello se podría deducir, a tenor de los textos, que la pavorosa destrucción de Alejandría en el 365, por un tsunami, posiblemente nunca tuvo lugar. Eso sí, lo que se destruiría en 365-66 sería la isla de Faros, inundándose además los barrios extramuros de Alejandría, los más pobres, y llenos de cristianos, y las tierras bajas de los campesinos.

Las hogueras de libros

Justo aquel año, bajo el emperador arriano Valente²⁷⁸, en el 366 d. C., arrianos y paganos atacaron el antiguo *Caesarion*, para arrebatárselo a los mono-

276. “*Vida de S. Atanasio*”, PG 25, CCX, en S. C. Stiros, “*AD 365 Crete earthq.*”, 1996.

277. Juan Cassio (419-426 d. C.), “*Comentarios*”, XI, 3.

278. Valente (364-378 d. C.).

visitas de Atanasio, destruyéndolo de nuevo, aunque fue reconstruido otra vez. Un año después, Atanasio, al final de su ajetreada vida, en la Pascua del 367 d. C., escribió a las iglesias de Egipto incluyendo en su 39ava “*Carta Festal*” la primera lista conocida en el *Cristianismo* de los 27 libros del *Nuevo Testamento*, excluyendo todos los demás, tildados de heréticos. Consecuentemente condenó a cismáticos y herejes y declaró, siguiendo el espíritu censor de Constantino I, que todos los cientos de libros, considerados no-canónicos, deberían de ser quemados, desatando una oleada inquisitorial por todo Egipto de destrucción de literatura cristiana, sin igual hasta aquella época. En los monasterios monofisitas Teodoro tradujo la carta pastoral al copto, para que sirviera de guía.

Toda la literatura más original y antigua, el testimonio de los primeros pasos del *Cristianismo*, acabó en las llamas, otra vez grandes hogueras de libros en mercados y plazas de ciudades, pueblos y aldeas. La ortodoxia era poco amiga de la historia. Muy pocos textos sobrevivieron a semejante barbarie, que ya habían sufrido los textos hebraicos y paganos. Los monjes de un monasterio gnóstico de Nag Hammadi pudieron esconder, sobrecogidos por tamaño fanatismo, cuarenta y seis textos sagrados dentro de una jarra en el desierto, los llamados *Evangelios Gnósticos*. Aquello prefiguraba lo que estaba por venir, en Alejandría, aquel mismo siglo.

En su lucha contra Arrio, el patriarca Atanasio fue apoyado por su sucesor Didymo *el Ciego*²⁷⁹, que dirigió el *Didascalium*²⁸⁰ durante cincuenta años, con una vida en extremo ascética, hasta el periodo mismo de la destrucción del *Serapeum*, siendo el último director de la *Escuela Catecúmena* antes de su cierre por Teófilo. A pesar de su ceguera, fue un famoso filósofo neoplatónico. Inventó un método para que los ciegos pudieran leer con tablillas de madera. Completamente opuesto al *Arrianismo* y a la Iglesia griega, se reveló un seguidor ferviente de Orígenes, abogando por un universalismo cristiano. El *Neoplatonismo cristiano* resurgió con él de nuevo, inmediatamente después de la desaparición del ortodoxo Atanasio de la dirección del *Didascalium*, y a pesar de que el patriarca siguiera en vida.

En efecto, aquel paréntesis del periodo de Atanasio no consiguió desviar los ideales filosóficos del *Didascalium*, defendidos por los neoplatónicos cristianos. Se volverían a retomar bajo Didymo los estrechos lazos con la *Escuela de Alejandría* y su *Biblioteca Hija* en el *Serapeum*, reanudándose las visitas, las

279. Didymo *el Ciego* (c. 309-399 d. C.).

280. Rufino, “*Historia Eclesiástica*”, XI, 7.

clases y los intercambios de ideas en la *Escuela Neoplatónica* alejandrina. Pero aquel estado de cosas estaba a punto de cambiar dramáticamente.

Los alumnos cristianos más afamados de Didymo fueron el monje Rufino²⁸¹ y S. Jerónimo²⁸². Didymo hizo de Rufino, quien también era alumno del futuro patriarca Teófilo, un ferviente origenista, entre el 372-378 o 373-380 d. C., en que vivió en Egipto y estudió a su lado. Curiosamente entre los textos de Rufino sobre instrucción catequista se encuentra la primera versión completa, en latín, del “Credo” apostólico, lo que evidenciaría que la enseñanza a los catecúmenos en Alejandría estaba teñida del *Neoplatonismo cristiano* origenista. En cuanto a S. Jerónimo, que estudió con Didymo del 385 al 388 d. C., se arrepintió enseguida de sus ideas sincretistas y se volcó en lo ortodoxo.

Como no podía ser menos, Didymo *el Ciego*, considerado un auténtico sabio y exegeta cristiano durante siglos, corrió a la postre una suerte paralela a la de su maestro Orígenes. En el *Segundo y Tercer Concilios de Constantinopla* se condenaron sus obras, siendo muchas destruidas. Fue condenado a la “*damnatio memoriae*”, al olvido, y por lo tanto sus escritos tampoco fueron recopiados durante el Medievo, perdiéndose la mayoría de ellos.

Dstrucción e incendio del Serapeum y la Biblioteca Hija por Teófilo

En todo caso la violencia aumentó entre las diferentes facciones, tanto políticas como religiosas, que estaban redefiniendo profundamente las pautas del Imperio. El *Serapeum*, su *Biblioteca Hija*, el *Museo* y la *Escuela de Filosofía Neoplatónica*, últimos baluartes de la sabiduría antigua y de la religión egipcia, no pudieron sobrevivir a semejante tormenta. De hecho los hados anunciando su destrucción se evidenciaban tan fuertes en el s. IV d. C., que el biógrafo latino de origen griego Eunapio de Sardes menciona en su “*Vida de los Sofistas*”²⁸³, que Antonino²⁸⁴, hijo de la filósofa neoplatónica y mística Sosipatra de Efe-so²⁸⁵, y profeta-advino en el templo de *Serapis e Isis* de Canope “*profetizó... que después de su fallecimiento el templo cesaría de existir, y que incluso los grandiosos*

281. Rufino (345-410 d. C.).

282. S. Jerónimo (c. 347-420 d. C.), “*Epistola*”, 22, 3.

283. Eunapio de Sardes (346-415 d. C.), “*Vitae Sophistarum*”, VI.9.17.

284. Antonino (n. c. 320 d. C.).

285. Sosipatra (primera mitad s. IV d. C.).

y venerados templos de Serapis serían relegados a una obscuridad sin forma y transformados, y... la tristeza se extendería sobre las cosas más bellas de esta tierra”.

El profeta-advino tenía razón. Tras las “Constituciones” de Constancio II, el emperador Valente prohibió adorar a los ídolos y entrar en los templos en el 365 d. C, y en el 371 d. C. mandó quemar libros y bibliotecas en Antioquía, según Amiano²⁸⁶, persiguiendo con la muerte la posesión de libros mágicos. La suerte estaba echada, y en peligro inminente la supervivencia de los cultos faraónicos y greco-romanos todavía vivos en Egipto, donde los templos seguían abiertos a lo largo del valle del Nilo, la “Tierra Santa” de los antiguos. Estos decretos supusieron también un peligro inmediato para la supervivencia de las culturas clásica y pagana de la *Escuela de Alejandría*, que tenían en el *Serapeum* de Alejandría uno de sus centros de irradiación más significativos. La naturaleza atizó aquella sensación de decadencia, con un terremoto que en 372 destruyó parte de los bellos edificios del centro cívico tardío de Kom El-Dikka.

Es en esta época precisa, de finales del s. IV y principios del V d. C., cuando la historiografía constata el pico máximo de destrucciones de monumentos paganos de toda la Antigüedad Tardía²⁸⁷, sucediendo los primeros y más terribles ejemplos en Siria, Palestina y Egipto. Todo ello se acrecentó bajo la férula y leyes anti-paganas del emperador hispano Teodosio I²⁸⁸, que convirtió el *Cristianismo*, en 380 d. C., en la única religión oficial del Estado, con el edicto “*La Fe Católica*”²⁸⁹, que adoptaba el credo niceno, acabando así con el apoyo al *Arrianismo*.

El escritor pagano Libanio de Antioquía, que fue capaz de reprochar al emperador la destrucción de monumentos sagrados, en “*A favor de los Templos*”²⁹⁰, aseguraba que lo hacía presionado por la emperatriz, aconsejada por monjes fanáticos. J. Arce dice con respecto a este periodo que “*queda... otra realidad: el hecho cierto de que muchos templos se destruyeron debido al fanatismo intransigente de algunos cristianos exaltados, de obispos celosos de su misión, de administradores ultramontanos o de monjes irascibles contra el paganismo. Te-*

286. Polastron, L. X., “*Books on Fire*”, 2007.

287. Saradi-Mendelovici, H., “*Christian Attitudes toward Pagan Monuments in Late Antiquity and their Legacy in Later Byzantine Centuries*”, –“*Actitud cristiana hacia los monumentos paganos en la Antigüedad Tardía y su legado en los siglos bizantinos posteriores*”–, en “*The Cambridge History of Christianity, Vol. 2: Constantine to c. 600*”, pgs. 227-255, Ed. A. Casiday, Cambridge U. Press, 2007.

288. Teodosio I (379-395 d. C.).

289. Teodosio I, “*De Fide Catholica*”.

290. Libanio (314-393 d. C.), “*Pro Templis*”, XXX.

*nemos atestiguados estos casos en Oriente... debido en parte, quizás, al desarrollo de un monaquismo oriental mucho más... fanático...*²⁹¹.

Teodosio I envió a su prefecto pretoriano para Oriente, Cinegio²⁹², mandándole cerrar todos los templos y prohibir los sacrificios a los dioses paganos por todo Siria y Egipto. Las destrucciones eran realizadas por monjes y obispos. Sólo los santuarios de *Isis* y *Serapis*, favorecidos por la clase senatorial romana, pudieron continuar oficialmente abiertos. En el 381 d. C. convocó el “*Segundo Concilio Ecuménico de Constantinopla*”, decretando que la sede de Constantinopla era la segunda en importancia después de Roma, relegando así la sede de Alejandría al último lugar.

Pero fue tras el “*Decreto*” o “*Edicto*” de Teodosio I en el año 391 d. C., mandando de nuevo cerrar los templos paganos, cuando, en aquel mismo año, tuvo lugar la violenta destrucción e incendio del *Serapeum* alejandrino y cuando la magnífica *Biblioteca Hija de Rhakotis* pereció para siempre.

De acuerdo con las “*Crónicas Alejandrinas*”, el culpable fue el XXIII Papa de Alejandría y Patriarca de la Sede de S. Marcos, Teófilo²⁹³. Según Paladio de Helenópolis en “*Diálogo sobre la vida de Juan Crisóstomo*”²⁹⁴, Teófilo era considerado entre sus contemporáneos uno de los más grandes teólogos, pero también uno de los hombres más temibles de su época. Su inmenso poder sobre las esferas civil y eclesiástica le habían valido el sobrenombre del “*Faraón*” cristiano. Era conocido por su avidez por el dinero, extrayéndolo de ricos y pobres.

La política de los emperadores romanos después de Constantino I había sido el dejar que los templos paganos se fueran cerrando por falta de adeptos. Estas leyes prudentes habían conseguido preservar los templos de Egipto, cuyas riquezas fabulosas habían quedado casi intactas, y, de hecho, repertoriadas por los prefectos. Fueron aquellas riquezas las que inflamaron la avaricia de Teófilo. Según el escritor griego de fines del s. V d. C., Zósimo de Alejandría, en “*Nueva Historia*”, “*fue el primero en pisotear las leyes de tolerancia contra las practicas paganas tradicionales*”²⁹⁵. La manera en que condujo su particular guerra religiosa muestra como el fanatismo no era ni el único ni el más importante de sus motivos.

Escogía siempre los templos más famosos por su opulencia, como cuenta

291. Arce, “*Fana, Tēpla, Delubra, Destruī, Praecipimus: El Final de los Templos de la Hispania Romana*”, AEA, Vol. 79, pgs. 115-124, 2006.

292. Zósimo, “*Nueva Historia*”, IV. 37.

293. Teófilo (385-412 d. C.).

294. Paladio de Helenópolis (364-430 d. C., fl. 399-400 d. C.), “*Dialogus de vita Ioannis Chrysostomi*”, 21.

295. Zósimo, “*Nova Historia*”, V. 23.

Eunapio de Sardes²⁹⁶. Fue por ello por lo que atacó el *Serapeum*, cuyas riquezas eran inmensas. Según los escritores de su tiempo, Teófilo amasó gran cantidad de estatuas de oro en los sótanos del palacio episcopal, expoliaciones ocultas bajo el velo del entusiasmo religioso. Teófilo las empleaba, en parte para llevar un tren de vida lujoso y en parte para construir suntuosas iglesias. Paladio le acusaba de estar poseído de “*una locura faraónica*”. Un contemporáneo asegura que Teófilo podía llegar hasta la sangre y el asesinato, y otro aseguraba que “*No amó ni favoreció más que a los malvados, guardando la persecución para los justos*”²⁹⁷.

Hasta tal punto era conocido Teófilo por su nefasto fervor en la destrucción de los santuarios paganos y su sed en hacerse con el oro atesorado en dichos templos, que un ermitaño de Nitria, conocido por su santidad, Isidoro de Pelusio, contemporáneo suyo, se lo reprocha en una de sus “*Epístolas*”, diciendo “*Egipto ha vuelto a su iniquidad primera... es lo que ha pasado bajo el báculo de un tal Teófilo, amigo apasionado de las piedras preciosas, pero sobre todo idólatra del oro*”²⁹⁸. A causa de ello, según Paladio²⁹⁹, Teófilo atacó el reverenciado cenobio de Nitria, poblado de viejos ermitaños, al frente de crueles soldados, que destruyeron y quemaron iglesias, libros y pertenencias, excomulgándolos y acusándoles de heréticos.

Vivía en aquella época, tanto en el desierto de Nitria como en Kellia, con S. Macario, un origenista convencido, Evagrio *Ponticus* o *el Solitario*³⁰⁰, de gran influencia entre los monjes, a los que enseñaba, cuyas obras, como las de Orígenes y Didymo, fueron condenadas y destruidas, aunque algunos de sus libros pudieron salvarse, atribuyéndoselos a otros autores cristianos no sospechosos, como S. Nilo o los *Capadocios*.

Teófilo, de tan terrible currículum, fue el culpable de la devastación del *Serapeum* y de todo lo que contenía, incluyendo sus múltiples santuarios, el *Museo*, con sus *Escuelas* y la *Biblioteca Hija*. Efectivamente, Teófilo, gracias a que el “*Decreto*” o “*Edicto*” de Teodosio I, del 24 de febrero del 391 d. C., le autorizaba a ello, decidió atacar en Alejandría los santuarios de los cultos místéricos, rivales de la nueva doctrina cristiana, empezando por los de *Dionisos* y *Mitra*³⁰¹.

296. Eunapio de Sardes, “*Vitae Soph.*”, IV, 59-64.

297. Thierry, A., “*Saint Jean Chrysostome et l’Emperatrice Eudoxie*”, – “*San Juan Crisóstomo y la Emperatriz Eudoxia*” –, pg. 111, Didier Ed., París, 1874.

298. Isidoro de Pelusio, “*Epistoles*”, I, 151.

299. Paladio, “*Diálogo*”, 21, 22, 23 y ss.

300. Evagrio *Ponticus* (345-399 d. C.).

301. Eunapio de Sardes, “*Vitae Soph.*”, VI, 2.

Siendo ayudado por las tropas imperiales al mando del prefecto Évagrio, y el “*comes Aegypti*”, el general Romano, pero sólo después de que Teófilo, a instancias del prefecto, se dirigiera urgentemente a Teodosio I, quién publicó otro *Decreto*³⁰², el 16 de junio del 391 d. C.³⁰³, específico para Egipto, apoyando la destrucción de los templos de Alejandría. Tras ello, el *Serapeum* fue destruido hasta sus cimientos, en el 389 d. C., según Amiano, o el 391 d. C., como aseguraba Prospero, haciéndolo coincidir con el “*Edicto*”. Y con el santuario, las llamas arrasaron allí la última y más fabulosa Biblioteca de la Antigüedad, combinándose así indeleblemente con la primera, con la que compartía el mismo trágico destino.

Su detonante fue, pues, un episodio más de confrontación social, que acabó en hecatombe. Efectivamente, según la sucesión de los hechos, aquella exhibición de poder y prepotencia de Teófilo, atacando el *Mitreo*, provocó la indignación de una muchedumbre de fieles paganos, y los disturbios se propagaron rápidamente por todo Alejandría. Los cristianos atacaron también las casas de los sabios alejandrinos, muchos de los cuales, siguiendo al filósofo neoplatónico Olympio, huyeron hacia el *Serapeum*, junto con cientos de fieles paganos, que temían por sus vidas.

Olympio, conocido por su santidad y dotes adivinatorias, ya había predicho a sus discípulos el fin del *Serapeum*. Se erigió en líder improvisado, teniendo junto a él a los gramáticos paganos de la *Escuela*, Eladio de Alejandría y Ammonio, sacerdotes de *Thoth-Hermes* y de *Ammón-Zeus*, respectivamente, al poeta Palladas y, tal vez, al poeta Claudión. Tras escaramuzas y asesinatos, los fieles de *Serapis*, refugiados tras los muros del inmenso santuario, rechazaron escuchar cualquier término de acomodo, lo que para ellos equivalía a la abolición de sus dioses venerados y la religión milenaria de sus ancestros. Nunca claudicaron.

Los monjes y cristianos enardecidos por el obispo, al que ayudaban ya los “*parabolani*”, gorilas a su servicio, rodearon el recinto de *Serapis*, donde se habían refugiado aquellos cientos de fieles paganos. Teófilo leyó en voz alta el “*Decreto*” de Teodosio I y penetró en el santuario, mandando dar el primer hachazo a la sagrada estatua de *Serapis*. Sus seguidores destruyeron el grandioso santuario y acabaron con la estatua de *Serapis*, quemando todo a su paso, estatuas y libros al unísono, todo el pensamiento clásico y pagano. Las esta-

302. Socrates de Constantinopla, “*Historia Eclesiástica*”, VI, 16.

303. M. Haag, “*The Timeline History of Egypt*”, – “*El Hilo del Tiempo en la Historia de Egipto*”, pg. 167, New York, 2005.

tuas de oro fueron fundidas allí mismo, las de piedra reducidas a trozos que se enterraron, y la cabeza de *Serapis*, arrancada a hachazos de su maravillosa estatua en el corazón del santuario, fue arrastrada por las calles de Alejandría hasta el puerto, desde donde fue arrojada al mar, ante los ojos horrorizados de los alejandrinos, estupefactos ante la profanación y destrucción de su lugar de culto más sublime y sagrado.

Las luchas se extendieron por todo el sacrosanto recinto del *Serapeum*, iluminado por el crepitar voraz de las llamas, cayendo algunos cristianos, como relatará más tarde Eladio de Cesárea. Pero los cristianos extendieron la hecatombe por todos los rincones, tirando columnas y muros, y matando a todos los paganos que encontraban a su paso. En medio del humo, gritos, lamentos y sangre, algunos pudieron escapar de la carnicería, como Eladio y Ammonio, que huyeron de Alejandría hacia Damasco y Constantinopla, según cuenta su alumno el historiador griego cristiano Sócrates de Constantinopla³⁰⁴, mientras que Claudió acabó en Roma. Palladas se quedó en Alejandría, pero le quitaron su salario de empleado municipal por dar clases de literatura griega³⁰⁵.

No es creíble que ante el furor destructivo quedase en pie un monumento tan significativo como la *Gran Columna* del *Serapeum*, bien fuera la que coronaba el dios “pagano” *Serapis-Helios*, bien fuera, como afirman algunos, la supuestamente erigida en honor de Diocleciano, un emperador aborrecido por los cristianos, a quienes persiguió con extremada crueldad. ¿Quién podría creer que los fervorosos seguidores de Teófilo dejaran intacto y en pie un supuesto monumento en honor del mismísimo emperador que había sembrado de mártires monofisitas Alejandría?

Además de la destrucción del santuario y del saqueo de todos sus tesoros, el fuego destruyó completamente la *Biblioteca Hija*, la más antigua del mundo en aquellos tiempos, pues había durado casi seiscientos cincuenta años – más del doble que la *Gran Biblioteca* ha desaparecida–, pudiendo contener en aquella época cientos de miles de rollos de papiros y libros en pergamino, constituida así en el extraordinario recipiente de todo el saber conocido. Nada quedó, ni en sus edificios ennegrecidos ni en sus vastos subterráneos, de toda aquella sabiduría.

¡Qué mayor hoguera purificadora de pensamientos paganos pudo soñar Teófilo que pegando fuego al *Serapeum* y su *Biblioteca Hija*! ¡La Gran Hogue-

304. Sócrates de Constantinopla, “*Historia Ecclesiastica*”, VI, 16.

305. Dzielska, “*Hypatia of Alexandria*”, pgs. 82-83, Harvard U. Press, Massachusetts, London, 1995.

ra! La transmutación del todo a la nada. La pira de libros más enorme que viera nunca el mundo antiguo, llevándose en cenizas la memoria ancestral de los seres humanos. Todo quedó arrasado por el fuego. A Teófilo no parece que le importara mucho. Así completaba con creces la obra de Atanasio. Los pocos bibliotecarios y profesores del *Museo* y la *Biblioteca Hija* que pudieron escapar, huyeron a Constantinopla, Damasco y Persia.

En un manuscrito copto aparece Teófilo, todo orgulloso, subido simbólicamente sobre la *Gran Columna*³⁰⁶, significando el “*Triunfo del Cristianismo*” sobre las ruinas calcinadas del *Serapeum*. Eso sí, algunos escritores cristianos aseguraron que fue aquella la primera ocasión en que los cristianos entraron en el santuario de *Serapis*, y que al ver grabado con profusión en sus muros el “*Ank*”, el sacrosanto signo faraónico de la vida eterna, se apresuraron a imitarlo, copiándolo en sus iglesias y originando así el símbolo cristiano de la cruz³⁰⁷. No hubo reacción de Constantinopla tras el ataque, temerosa, menos por la justicia que por sus remesas de trigo, en manos de los cristianos de los puertos Alejandrinos.

Desolación en Alejandría

Un incómodo testigo de los terribles acontecimientos, el estudioso pagano Eunapio de Antioquía³⁰⁸, el Plutarco de los filósofos Alejandrinos³⁰⁹, nos da en su “*Vida de Edesio*”³¹⁰, el más terrorífico testimonio de cómo los seguidores de Teófilo atacaron el santuario con extraordinaria violencia, incendiándolo y demoliéndolo hasta sus cimientos³¹¹, devastando todo a su paso, excepto los cimientos, que no pudieron arrancar: “*La destrucción del espléndido templo de Serapis en 391 por el violento Teófilo, obispo de Alejandría, tras una sangrienta conquista, anunció la total desaparición del paganismo en Oriente... Hombres que no habían jamás oído hablar de guerras atacaron heroicamente las piedras, las asaltaron en toda regla. Lo único que no pudieron arrancar fueron los cimientos por el tamaño de las piedras que fueron incapaces de mover, pero rompieron y*

306. Manuscrito copto. Kunsthistorisches Museum, Viena.

307. Sócrates de Constantinopla, “*Historia eclesiástica*”, V, 16, 17.

308. Eunapio de Antioquía (m. 420 d. C.).

309. Ampere, J. J., “*Voyage en Egypte et en Nubie*”, – “*Viaje a Egipto y Nubia*”–, París, 1868.

310. Eunapio de Antioquía, “*Vita Aedesii*”, 77-78.

311. Según Gibbon, Eunapio, en “*Las Vidas de Antonio y Edesio*” execra de la rapiña sacrílega de Teófilo (*Mem. Ecles. XIII*), 1776-1787.

destrozaron prácticamente todo... Y entonces, en vez de –la veneración a– los dioses de la sabiduría, se vio como... –otros– crearon un nuevo culto...”.

Fue una enorme tragedia cultural en tiempos bizantinos y una página negra en la historia de la humanidad. Curiosamente Eunapio de Antioquía, siendo un erudito, no menciona la quema de la *Biblioteca Hija* y su tesoro bibliográfico. Posiblemente sí lo mencionaba en el texto original, pero ha podido ser silenciado. La referencia a los dioses de la sabiduría, que ha quedado en el texto, señalaría tal vez una referencia anterior a las *Musas* y los sabios, que habiendo sido destruidos, serían sustituidos por otro credo.

Durante aquellos acontecimientos la destrucción de Alejandría fue de tal calibre que el obispo de Constantinopla y Doctor de la Iglesia S. Juan Crisóstomo³¹², contemporáneo de los acontecimientos, escribió que “... *la desolación y la destrucción son de tal magnitud que no podría saberse dónde estuvo alguna vez el Soma*”³¹³, la famosa tumba de Alejandro Magno, el más emblemático de los monumentos de Alejandría. Lo que añadido a las afirmaciones de su contemporáneo Epifanio de Salamina sobre la completa desaparición de la antigua Biblioteca real en el *Bruchion*, estaría revelando que, por primera vez, la ola de destrucciones había golpeado con todas sus fuerzas tanto las zonas bajas como las cumbres de las colinas alejandrinas, sembrando la ciudad de ruinas desde Rhakotis hasta el mar.

A propósito de la desaparición de la tumba y los restos de Alejandro Magno, a que se refiere Crisóstomo, y los despojos de la *Biblioteca Hija*, dejémonos invadir por el ensueño. El arqueólogo Botti descubrió en el s. XIX d. C. que la entrada a la gran galería subterránea del *Serapeum* debió de quedar bloqueada por las ruinas del santuario durante el incendio; sólo eso explicaría que no hubiera restos de fuego ni cuerpos, que se encontrara en su entrada, casi intacta, la magnífica estatua del buey *Apis* que ofreció Adriano y que sus misteriosos nichos estuvieran vacíos. Estos que, según algunos, formaban los depósitos subterráneos de los libros más preciados de la *Biblioteca-Hija*, fueron vaciados sistemáticamente, sin dejar rastro de destrucción. Su contenido parece que fue, por tanto, rescatado.

Sabemos por Libanio³¹⁴ que los restos mortales de Alejandro aún podían verse en Alejandría, alrededor del 388-391 d. C., última referencia conocida de ellos, justo antes de la hecatombe. Podemos pensar que, en aquellas dra-

312. S. Juan Crisóstomo (347-407 d. C.).

313. Crisóstomo, “*Adversus Judaeos*”, “*Primera Homilía contra los Judíos*”, 12, 26. 5.

314. Libanio, “*Oration*”, “*Oración*”, 49, 12.

máticas horas, manos piadosas pusieron también a salvo el cuerpo de Alejandro de una segura profanación. Era el momento más adecuado, cuando todos los ojos de la ciudad estaban pendientes del *Serapeum*. Algunos valientes paganos pudieron rescatar, a toda prisa, al amparo del silencio y de las sombras, los restos de Alejandro y los tesoros del *Soma*, huyendo por el laberinto misterioso de las cisternas subterráneas. Justo a tiempo, porque aquel magnífico monumento funerario fue asimismo arrasado por los fanáticos en el 391 d. C. Paralelamente otros posiblemente trasladaron también, aquella terrible noche de la destrucción del *Serapeum*, entre el fragor y los gritos, huyendo por túneles secretos, algunos de los fondos más preciados de la *Biblioteca-Hija* a un sitio más seguro, junto a Alejandro.

La existencia, en algún lugar lejano, de una cámara oculta donde aún se halle la urna de cristal en la que reposa el fundador mítico de Alejandría, junto a algunos de los manuscritos del *Serapeum*, escondidos en jarras de barro, suscita la esperanza inmensa de encontrarlos. Tal vez el original mismo de la “*Iliada*” se esconda aún bajo la almohada del legendario conquistador, en una arqueta de plomo herméticamente sellada. Y los antiguos papiros egipcios que Séptimio Severo mandó depositar en su mausoleo.

En su probable huida nocturna, tanto féretro como manuscritos, trasladados en carretas, mulas y burros, de prisa y en condiciones penosas, no pudiendo tomar la vía marítima ni el Nilo, demasiado vigilados, se dirigirían más allá del lago Mareotis, hacia el desierto. Cruzarían el lago al abrigo de la noche, a remo, para que el velamen no les delatara. Volverían de vez en cuando las cabezas, observando aterrorizados, a lo lejos, las llamas que consumían Alejandría por los cuatro costados, bocanadas de fuego elevándose sobre la cima de Rhakotis, el cielo teñido de rojo, el rumor de gritos y explosiones. Al otro lado del lago estarían esperándoles. Los tesoros y despojos sagrados serían enterrados en regiones apartadas, pero no excesivamente lejos de Alejandría, puede que en los oasis del desierto Líbico que conectan con la costa. Tal vez en el más cercano a Alejandría, el de Bahariya, junto al extraño *Santuario de Alejandro*³¹⁵.

Se trata de un pequeño templo ptolemaico con sus relieves preservados en honor al rey macedonio y su padre divino, *Ammón*, sin duda fundado por sacerdotes alejandrinos. Su edificio original se escondió totalmente del exterior, en época romana indeterminada, habiéndolo rodeado de múltiples habi-

315. R. S. Bagnall y otr., “*Egypt, from Alexander to the Early Christians*”, –“*Egipto, desde Alejandro a los Primeros Cristianos*”–, pg. 269, British Museum, London, 2004.

taciones de adobe, unas treinta, en filas separadas por pasillos, que se añadieron al templo sin motivo conocido. Posiblemente monjes tardíos lo habitaron, aunque extrañamente respetuosos no destruyeron las antiguas imágenes ni jeroglíficos, pero su propósito primero pudo no ser un monasterio. Por su curioso trazado, algunos piensan que pudo ser un “*caravanseraï*”, una fonda para caravanas.

El caso es que todo el conjunto recuerda extrañamente a un almacén, bien aireado, por cierto, rodeando el templo. ¿Se escondieron allí temporalmente tanto los despojos de la tumba del héroe alejandrino como algunos papiros de la debacle de la *Biblioteca Hija*, a la vera del único santuario de Alejandro encontrado intacto en Egipto?. El oasis floreció desde los tiempos ptolemaicos hasta bien entrados los árabes, abarcando el periodo romano y sobre todo el bizantino, teniendo un periodo de gran prosperidad los s. V y VI d. C., coincidiendo con el cenit de la expansión cristiana. Sin embargo, una de las grandes incógnitas y paradojas de Bahariya es que no exista ninguna iglesia, como en los otros oasis, pero sí un templo pagano abierto, completamente escondido y secreto, alrededor del cual miles de egipcios se siguieron momificando, como en los viejos tiempos. ¿Un bastión del crypto-paganismo que los *Philoponoi* no pudieron encontrar nunca? ¿Un gobernador venal, que dejó que aquel oasis apartado siguiera sus costumbres ancestrales?

Efectivamente, es curioso como en aquel lejano oasis tantos egipcio-romanos decidieron reposar eternamente, en el *Valle de las Momias de Oro*³¹⁶, por desconocidas razones religiosas. Pero que podrían conducirnos a Alejandro y sus escritos, si lo hicieron por estar más cerca de su héroe mítico. Una práctica milenaria, que se remonta a los albores de Egipto, cuando faraones y nobles se enterraban junto a la tumba de *Osiris*. ¿Pudo mantener aquel templo escondido sus ritos a Alejandro en secreto, para propiciar aquellos restos sagrados que, junto con los papiros, reposarían en una cueva subterránea del inmediato desierto?. No existen pruebas, pero sí curiosas coincidencias.

Así lo creen también el mismo Hawass o N. J. Saunders³¹⁷, cuando dice, “*El Oasis de Bahariya... era el lugar ideal para que los paganos o incluso cristianos bien dispuestos hacia Alejandro pudieran esconder la momia real... En este lugar remoto, lejos de miradas curiosas, los paganos se hicieron cristianos a la sombra de Alejan-*

316. Hawass, Z., “*Valley of the Golden Mummies*”, “*El Valle de las Momias de Oro*”, New York, 2000.

317. Saunders, “*Alexander’s Tomb: The Two Thousand Year Obsession to find the Lost Conqueror*”, –“*La Tumba de Alejandro: La obsesión vieja de dos mil años en busca del Conquistador perdido*”–, pgs. 202-203, London, 2006.

dro... Con seguridad mezclaron las dos religiones como otros estaban haciendo todo lo largo del Imperio Tardío... El Valle de las Momias Doradas... queda sólo a kilómetro y medio del templo de Alejandro. Hawass estaba convencido de que los enterramientos se hicieron allí mismo para estar más cerca de Alejandro...”.

Ruinas abandonadas en Rhakotis

La cumbre de Rhakotis quedó totalmente abandonada, y nadie construyó nada en su lugar. Según las crónicas manipuladas de Juan de Nikiu³¹⁸, el obispo Teófilo convirtió el templo destruido del *Serapeum* en la iglesia de S. Juan Bautista, asegurando también que en tiempos de Teodosio I otro patriarca alejandrino transformó también el *Serapeum* en una iglesia, pero esta vez en honor al príncipe Honorio y a S. Cosme y S. Damián. Asimismo Teófilo erigió otra basílica llamada el *Arcadion*, aunque no antes del 398 d. C., que Sozomen³¹⁹ parece indicar que construyó asimismo sobre el *Serapeum*. Demasiadas iglesias para un mismo sitio. Todo lo cual sabemos por Botti que es falso. Iglesias y monasterios surgieron sólo a prudente distancia del *Serapeum*. Gregoravio, citado por Epifanio³²⁰, habla asimismo de la transformación del *Hadrianon* en iglesia.

Nadie intentó construir en el destrozado *Serapeum* ninguna otra biblioteca ni museo tras el asalto. Era ya un lugar maldito, embrujado por las almas de cientos de cuerpos insepultos o amontonados en fosas. Imposible aguantar el hedor de los cadáveres putrefactos, diseminados o apilados a centenares. Todos ellos quedaron sin entierro, como pudo comprobar Botti, algo totalmente inusual y bárbaro en la Antigüedad. Nubes de buitres y cuervos se abalanzaron durante meses entre agudos graznidos para disputarse los pedazos, mientras los alejandrinos lloraban impotentes a sus deudos insepultos. ¿Quién les prohibió subir a recoger sus despojos? ¿A que se debió tan inhumana decisión? Al parecer los cristianos, nuevos dueños de la situación, no quisieron ni habladurías ni testigos.

Podríamos traer aquí a colación las palabras con que Teodoreto³²¹ reprochó a los arrianos, secuaces de aquel Jorge de Alejandría, su tratamiento de los

318. Juan de Nikiu, “Crón.”, LXXVII (LXXVIII) 45, LXXXII, (LXXXIII), 37, 38.

319. Sozomen, “Hist. Eccl”, V. 15.

320. Epifanio, “Contra Herejes”, XIX, 2.

321. Teodoreto, “Historia Eclesiástica”, II, 11.

cadáveres de los mártires monofisitas alejandrinos pocos años antes, diciendo, “...Incluso se negaron a devolver los cuerpos muertos a sus familiares para ser enterrados, tirándolos fuera sin sepultar, o escondiéndolos donde quisieron, para que pareciera que ellos nada tenían que ver con aquellos crueles hechos, ni siquiera que supieran de ellos. Pero fracasaron en sus absurdas expectativas: puesto que los amigos de los asesinados, mientras se congratulaban de la fe exhibida por los muertos, lamentaban sobremanera la pérdida de los cadáveres, y contaron por todas partes la auténtica versión de las crueldades que habían sido perpetradas...”. ¡Qué pena que el puntilloso Teodoreto no se dignara dirigir las mismas palabras de reproche a su admirado Teófilo, por exactamente el mismo crimen cometido contra los paganos!

Si los alejandrinos todavía conmemoraban en el s. VI d. C. el “*día del horror*” anualmente, por el catastrófico tsunami del s. IV d. C., que destruyó Faros y los barrios populares, ¿Qué no recordarían y por cuantos siglos, las familias desgarradas, los deudos de los mártires paganos insepultos del *Serapeum*? Lo harían en la oscuridad protectora de sus hogares, en el más íntimo secreto, pero los alejandrinos no olvidaron aquel “*día del espanto*” en muchos siglos.

Como vemos, de nuevo el temor y el tabú, a escribir o a hablar, nacían parejos, inmediatamente después de la tragedia, como eficaz medida política para conseguir silencio y ausencia total de información sobre los hechos. Nadie se atrevió ya a remontar la cumbre de un lugar tan terrible y siniestro, salvo en caso de grave peligro, como aquellos que, dicen, se refugiaron allí huyendo de una revuelta un siglo más tarde

Como nos cuenta Sozomen³²², todo el recinto del *Serapeum* quedó bajo el control de los cristianos hasta su propio tiempo, a principios del s. V d. C. Los monjes se instalaron, hacia el 400 d. C., en las ruinas del antiguo convento de los sacerdotes paganos, y sobre ellos se exclama Eunapio indignado, “*En aquellos tiempos, todo les era permitido (a los monjes), siempre que llevaran un vestido negro y que renunciaran en público a todas sus pertenencias*”³²³. Allí, lejos de miradas incómodas, Teófilo se dedicó a su mayor afición, anunciando el descubrimiento de grandes cantidades de oro en sus excavaciones, que sólo podrían provenir de la profanación de las tumbas y de los depósitos secretos del tesoro del templo. Con aquellas riquezas se dedicó a levantar suntuosas iglesias, como la basílica de S. Menas, en los bordes del desierto de Mareotis, que quiso convertir en el nuevo *Serapeum* cristiano.

322. Sozomen, “*Hist. Eccl.*”, V, 15.

323. Eunapio de Antioquía, “*In vita Edesii*”, en Botti, “*Fouilles 1896*”, Nota 2, pg. 37.

La Columna de la Victoria

Y, según Botti³²⁴, fue entonces cuando los cristianos erigieron la llamada “*Columna Teodosiana*”³²⁵, en tiempos de Teodosio I o de Arcadio³²⁶, para conmemorar para siempre el “*Triunfo del Cristianismo*”, sobre la que aparecía triunfante Teófilo en un manuscrito. Sigue aún erguida, como un testigo sin igual de la barbarie. Son curiosos los sucesivos esfuerzos que siguen repitiéndose hasta nuestros días, para quitar esa connotación vindicativa al más famoso de los monumentos alejandrinos, repitiendo a los cuatro vientos que la *Columna* fue erigida en tiempos y en honor a Diocleciano. Ya vimos que en el furor destructivo de los cristianos, la *Columna* no hubiera podido salvarse de la venganza de los monofisitas contra Diocleciano, si esta hubiera sido erigida en honor “*del emperador enemigo de los Cristianos*”³²⁷.

Pero es que, además, la *Columna* se erigió en realidad a finales del s. IV d. C., con trozos de viejos monumentos diferentes, un fuste antiguo y basamento y capitel distintos, que estarían esparcidos entre las ruinas del *Serapeum*. Efectivamente, en la Antigüedad Tardía, cuando se erigió la *Columna*, ya las artes y la arquitectura estaban en plena decadencia, en gran parte por la destrucción sistemática de todo el legado escrito del mundo greco-romano. Ya no eran capaces de emular los grandes monumentos de la Antigüedad, y, en todo caso, la erección de la *Columna* debió hacerse a toda prisa, sobre las humeantes y pestilentes ruinas del *Serapeum*. Y, sin embargo, como decía D. Denón, “*Nada puede igualar la majestad de este monumento; visto desde lejos, se alza sobre la ciudad, y sirve de señal para los navíos*”³²⁸.

Como aseguraba el ciudadano Norry³²⁹, miembro de la “*Expedición a Egipto*” napoleónica, en 1798, “*... es a todas luces evidente que solamente el fuste (de*

324. Botti, “*Fouilles 1896*”, 14-21, 47 y ss., 86, 89, 133- XXIII, XXIV, XXV, 138.

325. Botti, “*Fouilles 1896*”, pg. 138. La llamada hoy día “*Columna de Pompeyo*”, aunque atribuida a Diocleciano.

326. Arcadio (395-408 d. C.).

327. Botti, “*Fouilles 1896*”, pg. 20.

328. Denón, “*Voyage dans la Basse et la Haute Egypte, pendant les campagnes du général Bonaparte*”, –“*Viaje por el Bajo y Alto Egipto, durante las campañas del general Bonaparte*”–, Imprimerie P. Didot, París, 1802.

329. Norry, “*Extrait d'un rapport sur la colonne de Pompée, lu à l'Institut, par le citoyen Norry, le 6 vendémiaire an 7*”, –“*Extracto de un informe sobre la columna de Pompeyo, leído en el Instituto, por el ciudadano Norry, el 6 vendimiario año 7*”–, T. I, pgs. 33-35, La Décade Egyptienne, Imprimerie Nationale, Caire, An VII de la République. Française, 1799. Reimpresión, Librairie Byblos, Beyrouth.

la columna) es antiguo... y ha sido reutilizado... las otras partes son de un gusto mediocre: el capitel es corto... la basa está mal proporcionada; el plinto es demasiado alto, y el pedestal es ridículamente pequeño bajo la columna...". También Saint-Génis declaraba que el fuste es anterior a la época diocleciana y que el pedestal es demasiado corto.

Por su parte Denón decía que "Ni el pedestal ni el capitel son del mismo granito que el fuste... esta masa de mármol descansa sobre dos capas de piedras amalgamadas con plomo...". Y Botti aseguraba que "la basa, demasiado pequeña, no está hecha para el fuste... el pedestal es demasiado corto"³³⁰, declarando asimismo que "El fuste de la Columna Theodosiana es probablemente el mismo que he designado como "Columna de Sarapis". Se podría creer que la basa diocleciana pertenecía a otra columna erigida en honor de otro emperador...".

Efectivamente, el antiguo fuste sería el mismo que el de la antigua "Columna de Serapis", que enseñoreaba el Serapeum. Como dice Botti, "Esperamos haber demostrado fehacientemente que la columna actual ha sucedido a la «columna de Serapis», y que es obra de la dinastía Theodosiana... y la podríamos llamar «Columna de Arcadio»".³³¹ Utilizaron parte del antiguo monumento pagano, practica común en todo sincretismo religioso, seguida también por los cristianos, rastros del antiguo animismo, para absorber y neutralizar su energía y simbolismo, sustituyendo un dios por otro. Los alejandrinos siempre lo tuvieron claro, y siguieron viendo en aquella Columna la antigua que les habían robado.

Pues bien, en el raquíto lado occidental de aquella pequeña basa de la que habla Botti, existe una inscripción a Diocleciano, que dice "Poseidios, prefecto de Egipto, ha erigido la estatua del muy venerado emperador Diocleciano, dios tutelar sempiterno de Alejandría"³³². Es en esta dedicatoria en la que se apoyan los investigadores modernos para asegurar que la Columna se erigió en honor a Diocleciano, y por tanto, mucho antes de que los cristianos saquearan el Serapeum. Así pues, nada que ver con ellos. Pero parece una apreciación totalmente forzada.

En primer lugar, porque como dice Botti, "La inscripción grabada sobre la basa de la columna actual no es suficiente para demostrar que el prefecto Poseidios erigió una columna a Diocleciano, porque el pedestal hubiera sido el sitio más indicado para figurar una dedicatoria de manera que fuera visible. La inscrip-

330. Botti, "Fouilles 1896", pg. 86.

331. Botti, "Fouilles 1896", pg. 142, Conclusion, Alexandrie, 1 abril 1897.

332. Botti, "Fouilles 1896", pg. 19.

*ción Diocleciana sólo se ve claramente desde las once a las doce del mediodía*³³³. Efectivamente, si la *Columna* hubiera sido dedicada al emperador, la inscripción hubiera tenido que estar grabada en grandes letras sobre el pedestal, como en los monumentos imperiales. Sería ridículo poner la dedicatoria en un lado de su basa diminuta, que sólo puede leerse, con buen sol, una hora al mediodía, y aupándose. Sería una dedicatoria secreta, un absurdo que no se conoce en ningún otro gran monumento público del periodo romano.

Precisamente parece tratarse de todo lo contrario. La erección de la *Columna* parece haberse llevado a cabo con un ritual mágico-religioso, no precisamente en honor a Diocleciano, sino en su contra. Efectivamente, el pequeño pedestal que sustenta aquella gran mole de la *Columna*, con sus 28 metros de alto y 2,50 metros de ancho, no está compuesto de un solo y masivo bloque pétreo, sino de un cúmulo de piedras sueltas, unidas con plomo y argamasa. Este sorprendente ingenio era un mecanismo anti-sísmico, empleado ya en las pirámides de Giza, los templos faraónicos y los santuarios greco-helenísticos. Y son precisamente esas piedras sueltas y su emplazamiento las que sugieren un ritual de alta magia para la erección de la *Gran Columna* alejandrina, en que Diocleciano saldría malparado.

Porque lo que pusieron bajo el enorme peso del antiguo fuste de la *Columna* no fue cualquier cosa, sino unos trozos de antiguos monumentos³³⁴ singularmente escogidos. Representan entre ellos todo el pasado de Egipto. Gracias a que el pedestal estaba tan destrozado en siglos pasados, era posible ver incluso las piedras que había dentro a través de los huecos. Entre estos trozos embutidos en el pedestal, tanto a los lados como en su interior, había dos trozos de obeliscos de Seti I, de alabastro y de jaspe, respectivamente, misteriosamente insertos boca abajo³³⁵, una antiquísima practica mágica, ya conocida por los griegos, para neutralizar las energías que despedían aquellos restos. Uno de los obeliscos, además, debió de ser uno de los más bellos y lujosos que nunca viera Egipto, con jaspeados de colores³³⁶. También habían incrustado dentro una pieza de piedra con jeroglíficos, que viera Norden³³⁷. Simbolizarían todo aquel esplendoroso pasado faraónico, execrado como idólatra por los vencedores.

Otro trozo, un plinto de estatua de la reina Arsinoe *Filadelfos*, provenía de

333. Botti, "*Fouilles 1896*", pg. 133-XXIII.

334. Botti, "*Fouilles 1896*", pg. 133-XXIV.

335. Botti, "*Fouilles 1896*", pg. 133-XXV.

336. Saint-Génis, "*Description de l'Egypte*", -"*Descripción de Egipto*"-, V, pg. 514.

337. Norden, "*Voyage*", pg. 16, París, 1795.

un templo, el *Arsineon*, que se levantaba junto al puerto, en honor de la hermana y esposa de Ptolomeo II *Filadelfo*, una de las reinas más veneradas de Alejandría, simbolizando ella el odioso incesto y los lujos de los Ptolomeos. Y, por último, estaría la famosa y estrecha basa, colocada entre el pedestal y el fuste, con la inscripción de Diocleciano, cuyas letras aparecen raspadas y medio borradas³³⁸, especialmente el nombre del emperador y sus atributos divinos y el nombre del prefecto, simbolizando aquella basa todo el mundo pagano y al propio Imperio romano. Como vimos, para fuste habrían utilizado, como afirmaba Botti, el fuste mismo de la antigua "*Columna de Serapis*", el fuste pagano, también con fines simbólicos y mágicos.

Pues bien, el gigantesco fuste de la *Gran Columna* está literalmente aplastando todo aquel pasado. Y al primero que aplasta es al odiado Diocleciano, cuyo nombre dejaron a la vista, para escarnio de su memoria. Todo el pasado faraónico, griego y romano de Egipto yace debajo, acumulado a los pies de la *Gran Columna*, vuelta a erigir por los cristianos. La escena parece componer un ritual de alta magia, de carácter simpático, con el que modular ciertas energías, en que mezclaron ancestrales conocimientos y creencias, para asegurar, en otros planos energéticos, el triunfo del *Cristianismo*.

Como dice Botti, "*Así pues,... en Alejandría, el monumento triunfal por excelencia, el monumento que prueba la victoria de los Cristianos oprimidos, es todavía la Columna...*"³³⁹. La misma que admiraron más tarde los árabes, como cuenta Mas'udi en el s. X d. C., citado por Maqrizi, diciendo "*Había en Alejandría un enorme palacio... y una gran columna, de extraordinaria altura*"³⁴⁰, añadiendo que se movía con el viento. Una elasticidad asombrosa, necesaria para mantenerse en equilibrio desde hace dieciséis siglos, a pesar de mecerse como una hoja en las tormentas y terremotos.

Nadie, ni pagano ni cristiano, volvió ya nunca, en los siglos siguientes, a hablar de la existencia en Alejandría de ninguna Biblioteca real, proveniente de la Antigüedad, ni de ningún libro que sobreviviera las destrucciones de las dos que tuvo la ciudad. Nunca más se volvieron a mencionar como centros vivos ni el *Serapeum* ni la *Biblioteca Hija* en ningún texto posterior. Se puede decir, siguiendo a Rufino, Aftonio y Orosio, que ya no existía ninguna Biblioteca pública, ni ptolemaica ni romana, en Alejandría a fines del s. IV d. C., conclusión defendida también por E. Breccia, conservador del Museo Greco-Romano,

338. Botti, "*Fouilles 1896*", pg. 20.

339. Botti, "*Fouilles 1896*", pg. 20.

340. Butler, "*The Arab Conquest...*", pg. 387.

quien aseguraba que “es difícil y casi imposible admitir la existencia en Alejandría de una gran y auténtica biblioteca pública tras el final del s. IV”³⁴¹.

En todo caso, la vergüenza por la destrucción de la *Biblioteca Hija* constituía un pesado fardo para los vencedores, por lo que mejor silenciarlo para siempre, por miedo o a la fuerza, como pasó tras la destrucción de la *Gran Biblioteca de Alejandría*. La historia se repetía a sí misma. Dos Bibliotecas, dos incendios, dos silencios. El olvido se apoderó del desastre, y la colina de Rhakotis quedó allí, abandonada a la tristeza y la muerte.

Segundo ciclo de tabúes y engaños en torno a la destrucción de la Biblioteca Hija

Tras la destrucción del *Serapeum*, a la vista misma de sus ruinas ennegrecidas y humeantes, y el olor punzante de sus cadáveres, se inició un movimiento cristiano tendente a oscurecer la verdad. Efectivamente, como con la destrucción de la primera Biblioteca alejandrina, también en este caso, y desde el comienzo, un velo de medias verdades y malentendidos envolvió la memoria sobre la auténtica versión de los hechos. Asombrosamente, la historia se repetía, inaugurándose una segunda serie de testimonios falsos o confusos que han rodeado hasta hoy mismo la desaparición del *Serapeum* y la *Biblioteca Hija*.

Tanto el incendio y destrucción de la *Gran Biblioteca* como de la *Biblioteca Hija* fueron auténticos cataclismos culturales, seguidos los dos por la victoria de los causantes. Como ya sabemos, los vencedores siempre revisan la historia en su beneficio, y en este caso, establecieron censura y castigo contra la divulgación de la auténtica verdad. La destrucción y hecatombe del *Serapeum* fue el golpe mortal que acabó con el mundo antiguo. Pero no sólo mataron a sus defensores paganos. Los condenaron a la “*damnatio memoriae*”, pasando a ser los “*olvidados*” de la historia, tantas veces dramática, de Alejandría.

Aparte del autor pagano Eunapio de Antioquía, el monje Rufino o algunos otros, quienes atestiguaron del alcance de las destrucciones en la Alejandría bizantina, y cuyos escritos han sobrevivido a pesar de las adversas circunstancias, comprobamos como se crearon entonces diferentes métodos para difuminar la tragedia del incendio de la *Biblioteca Hija*, entre los diversos autores, tratando de desconectarla de la destrucción misma del *Serapeum*, a pesar de ser uno de los episodios más documentados de la Antigüedad tardía. Las

341. Breccia, “*Alexandria ad Aegyptum*”, –“*Alejandría junto a Egipto*–, Bergamo, 1914.

leyendas comenzaron en aquellos mismos días, de la mano de escritores que fueron contemporáneos de los acontecimientos. Mientras unos escogieron el silencio, otros prefirieron el engaño.

De todas, la versión más sorprendente de los acontecimientos nos llega del escritor y militar sirio pagano Amiano Marcelino, en "*Historia de Roma*"³⁴². A Amiano le gustaba Alejandría. Así exclamaba, "*La corona de todas las ciudades es Alejandría, que se ha hecho famosa por muchas cosas espléndidas... Allí soplan brisas saludables, el aire es calmó y suave... y no pasa casi un solo día sin que sus habitantes vean un sol sin nubes...*"³⁴³. Y, sin embargo, no le importó falsear su historia.

Es curioso que Amiano fuera otro de los poquísimos escritores que sintieran la necesidad de mencionar que dos Bibliotecas reales existieron en Alejandría, justo cuando la segunda acababa de perecer a manos cristianas. Dato que se guarda muy bien de mencionar, aunque el escrito está redactado después de la catástrofe, ya que asume que cuando escribe ya han desaparecido las dos Bibliotecas alejandrinas. Pero, más curioso aún, en Amiano las Bibliotecas aparecen extrañamente confundidas.

En efecto, Amiano parece confundir en su texto el incendio y destrucción de la *Biblioteca Hija*, de la que era riguroso contemporáneo, con la de la *Gran Biblioteca* ¡Acusando a Cesar de ser el culpable de la destrucción de ambas!. Increíblemente, fue esto exactamente lo que escribió Amiano acerca de Alejandría, justo después de la catastrófica destrucción del *Serapeum*, diciendo en "*Historia de Roma*" que, "*Había en esta ciudad dos bibliotecas de valor incalculable, y de acuerdo con testimonios fiables de antiguos escritores... cerca de 700.000 volúmenes que fueron depositados en ellas gracias al tesón de los reyes ptolomaicos, fueron destruidos por el fuego durante la Guerra Alejandrina, cuando la ciudad fue saqueada en tiempos de la dictadura de Cesar*"³⁴⁴. Amiano utiliza el plural "*bibliotheca*", como Tertuliano, obviamente refiriéndose a las dos únicas Bibliotecas reales de la Alejandría ptolomaica.

¿Acaso Amiano había olvidado ya que la famosa *Biblioteca Hija de Rhakotis*, junto al orgulloso *Museo* romano, con sus veinte *Escuelas*, dentro del santuario más bello del Imperio –un conjunto al menos tan espléndido y singular como el Vaticano hoy día–, había sido quemada y destruida violentamente en sus mismos días? ¿Quién podría creerlo? ¿Cómo siendo un historiador riguro-

342. Amiano Marcelino (330-395 d. C.), "*Rerum Gestarum*".

343. Amiano, "*Rerum Gestarum*", XXII, 16, 7.

344. Amiano, "*Rerum Gestarum*", XXII, 16. 12-15, 17.

so, pudo Amiano mezclar siglos, nombres y Bibliotecas? ¿A quien servía aquel lapso mental? ¿O a quien temía Amiano, para ser obligado a falsear y oscurecer su texto?. Efectivamente, estamos ante un testimonio verdaderamente extraño, que nos llega de un escritor considerado en todos los demás casos imparcial y claro, siendo nuestra principal fuente de información para otros episodios de la historia de su época, como los “*Anales*” de Tácito.

Otra sorpresa nos viene de que Amiano parece utilizar dos tiempos verbales diferentes en su descripción del *Serapeum* y la *Biblioteca Hija*. Describe exaltado la magnificencia del santuario en presente, como si lo estuviera visitando antes de su destrucción, pero en cuanto se refiere a las Bibliotecas ptolemaicas emplea el pasado. Es evidente que sólo empleando el pasado podía Amiano unir las dos Bibliotecas en el remoto incendio de Cesar, haciendo parecer que el incendio de la *Biblioteca Hija*, supuestamente destruida por Cesar, no estaba relacionado con la destrucción del *Serapeum*.

Y para rizar más el rizo, Amiano parece confundir asimismo las fechas para la destrucción del conjunto del *Serapeum*, porque insiste en que fue el año 389 d. C., disociándolo así del “*Edicto*” de Teodosio I del 391 d. C. Pero si fue efectivamente destruido en el 391 d. C., tendríamos que concluir que Amiano habría amañado las fechas, simplemente para desconectar al emperador Teodosio I y su “*Edicto*” de la catástrofe, así como ya les había desconectado a él y a Teófilo del incendio de la *Biblioteca Hija*, atribuyéndoselo a Cesar. Pero, en realidad, ahora se piensa que “*Historia de Roma*” fue escrita por Amiano en el 393 d. C., después de la auténtica fecha de la debacle del *Serapeum* y su *Biblioteca Hija*, que pudo ver con sus propios ojos, aunque se negó a escribirlo. Todo un puro engaño.

Amiano fue, pues, el primero en embrollar rápidamente el recuerdo de aquella nueva tragedia alejandrina. Él abrió el camino al tabú, la distorsión y el silencio. Algunos estudiosos suponen que Amiano era secretamente cristiano o que simpatizaba fuertemente con su causa, el único modo de explicar esta increíble equivocación, la primera “*falsificación histórica*” de la violenta destrucción del *Serapeum* y su Biblioteca, con la que Amiano no tuvo inconveniente en acusar al difunto Cesar de un desastre cultural tan clamoroso en su tiempo, perpetrado más de cuatro siglos después de la presencia de Cesar en Alejandría. Pero también pudo hacerlo por temor ante la violencia de los grupos cristianos que se estaban alzando con el poder, como muy bien pudo Nonno abandonar sus escritos paganos de puro pánico.

En todo caso aquella falsificación creó escuela pues, curiosamente y de acuerdo con ciertos estudiosos, la aparente confusión entre las dos Bibliotecas de Alejandría también se encuentra en el “*Codex Parisinus*” del “*Apologético*”,

de Tertuliano³⁴⁵. En efecto, en el texto que ha sobrevivido, absolutamente confuso, en lugar de hablar por separado de las dos Bibliotecas, las confunde aparentemente en una sola y parece asegurar que la Biblioteca de los Ptolomeos era parte del *Serapeum*, confundiendo así la *Gran Biblioteca* con la *Biblioteca Hija*. Lo cierto es que se ha comprobado que el texto de Tertuliano fue alterado a propósito en dicho códice, de una época, la carolingia, entre los s. VIII o IX d. C., muy posterior al original.

Ya que todavía no existía la leyenda contra los árabes, inventada siglos más tarde, cabe preguntarse a quien beneficiaba esta aparente confusión de las dos Bibliotecas, en fecha tan tardía como la carolingia, y justo después de la conquista árabe de Alejandría. Por supuesto, a los cristianos. Esta confusión, la misma que en Amiano, quería hacer creer que en el fuego provocado por Cesar, perecieron todas las Bibliotecas reales de Alejandría. Los cristianos se quitaban otra vez de en medio.

Esta confusión inicial buscaba otro propósito más específico, a saber, hacer que las generaciones siguientes ignoraran de hecho que todos aquellos trágicos acontecimientos sucedieron alguna vez, o incluso que la *Biblioteca Hija* existió realmente en la Antigüedad, o su auténtica importancia y dimensiones en su época. Dicho propósito ha sido un éxito completo. De hecho, aún en nuestros días, la existencia de la *Biblioteca Hija* no se ha mencionado casi nunca, hasta hace bien poco, cuando nos referimos a la *Gran Biblioteca de Alejandría*. Y muchos la han tildado de pequeña biblioteca.

A Amiano le seguiría el obispo Epifanio de Salamina, un auténtico longevo, pues vivió del 315 al 402 d. C. Es otro escritor cristiano que sintió una imperiosa necesidad de mencionar, como Amiano, las dos Bibliotecas reales en Alejandría, e incluso de preservar el nombre de la *Biblioteca Hija*, diciendo que hubo antaño “una primera biblioteca, y otra más pequeña, erigida dentro del *Serapeum*, que llamaban la *Biblioteca Hija de la primera*”³⁴⁶. El testimonio de Epifanio rebate la teoría de que en la Antigüedad las dos Bibliotecas se confundirían en una única institución. Epifanio recalcó, fuera de dudas, que las dos Bibliotecas no sólo se diferenciaban por su nombre, sino por su ubicación.

Este texto también fue escrito después de la desaparición de las dos Bibliotecas reales de Alejandría. Y sin embargo, la fecha supuesta del escrito de Epifanio es para algunos de la mitad a finales de los años 80 del s. IV d. C., justo antes de la destrucción del *Serapeum*. ¿Otro misterio? ¿O como se apresuran

345. Tertuliano (160-222 d. C.), “*Apologético*”, “*Códice de Paris*”, 13, 18. 8.

346. Epifanio, “*Pes. y med.*”, XI, 11.

algunos a decir, eso demostraría que la *Biblioteca Hija* fue quemada, desapareció o se dispersó mucho antes de que llegaran los cristianos al *Serapeum*, por lo que estos no pudieron hacerlo? Esa pudo ser seguramente la intención de Epifanio, si trataba de desvincular tajantemente y de un plumazo a los cristianos de la destrucción de la *Biblioteca Hija*. ¿Y como? Pues alterando su propio texto, que se supone por otros que fue escrito en el 392 o en el 400 d. C. Epifanio sería todo un candidato a estas sutiles modificaciones, ya que le gustaba tanto cambiar los textos. Como ya vimos, Epifanio es sospechoso de alterar las cifras del contenido de la *Gran Biblioteca*³⁴⁷.

Antes y después del desastre

Otros fueron más bien pragmáticos, como Aftonio o Rufino. Como vimos, el retor griego Aftonio de Antioquía, en "*Ejercicios de Retórica*"³⁴⁸, escritos a fines del s. IV d. C., rememoró lo que vio en su día, durante su visita a Alejandría en 315 d. C., cuando el *Serapeum* brillaba en su esplendor. Pero Aftonio puso buen cuidado en emplear el pasado en todo momento de su descripción, lo que implica que, cuando escribía, era consciente de que lo que estaba contando ya no existía. Prefirió narrar su magnificencia que el desastre de su destrucción, del que también era riguroso contemporáneo. Siendo pagano, fue muy prudente, y calló completamente sobre el incendio de su alabado *Serapeum*.

En cuanto al teólogo latino cristiano Rufino *Tyranio* o *de Aquileia*, vivió largos años en Alejandría, entre el 372-378 d. C., tras los que salió expulsado hacia Palestina, en donde se juntó con su exquisita compañera, la rica viuda Melania, para vivir felices. Durante su estancia alejandrina fue alumno de Didymo en el *Didascalium*, y, por tanto, asiduo visitante del *Serapeum*, su *Museo* y la *Biblioteca Hija*, que nos describió con admiración antes de su destrucción. Rufino nos lo cuenta, escribiendo hacia el 399-403, tal vez en 402 d. C., en su "*Historia Eclesiástica*"³⁴⁹, una descuidada traducción, del griego al latín, de la "*Historia Eclesiástica*" de Eusebio de Cesarea, a la que añadió los dos Libros X y XI, para completarla hasta el fallecimiento de Teodosio I en el 395 d. C., "*añadiéndolos a los otros libros, como dos peces a sus panes*"³⁵⁰.

347. Epifanio, "*Pes. y med.*", XI.

348. Aftonio (fl. fines s. IV-m. después del 400 d. C.), "*Progymnasmata*", 40.

349. Rufino (341-410 d. C.), "*Historia Eclesiástica*", XI, 22-30.

350. Rufino, "*Prefacio*" a "*Sobre los Primeros Tiempos de Origenes*".

Rufino nos cuenta asimismo en su “*Apología*” que, además de aquellos seis años en Egipto, en que visitó los monasterios de Nitria, volvió a Egipto tras un intervalo de tiempo, otros dos años más. Siendo esta segunda visita después del desastre del *Serapeum*, no pudo ser nunca en el 385 d. C., como pretenden algunos, sino a partir del 391 d. C., pues aunque por estar en Palestina no fuera testigo del mismo, si lo vio una vez destruido. Efectivamente, describió en detalle el *Serapeum*, aunque siempre en pasado, como Aftonio, pero no se quedó callado, sino que habló seguidamente de su destrucción, pero echando la culpa de la catástrofe a los paganos que incitaron a los soliviantados cristianos. Aunque también aseguraba que fue Teófilo el que incitó a la muchedumbre cristiana a la destrucción del *Serapeum*, cuya pérdida parece que le entristeció, sugiriendo que algunos restos exteriores, como columnatas, sobrevivieron³⁵¹.

Rufino³⁵² nos deja pensar que antes del 400 d. C. todo había sido arrasado en lo alto de la primera terraza, no quedando nada del temenos, destruidos los santuarios, *Museo*, *Biblioteca Hija*, obeliscos y la gran *Columna de Serapis-Helios*, que caería ante la furia destructora. De hecho, el historiador E. Gibbon, en su “*Historia*”, se refiere a Rufino, diciendo que al haber estado “...en Alejandría antes y después de los acontecimientos, podemos aceptar su testimonio como el de un auténtico testigo de los mismos”³⁵³.

El eclesiástico, historiador y teólogo visigodo peninsular Pablo Orosio, pasó por Alejandría poco después del desastre, en el 416 d. C., en el viaje de regreso a su Iberia natal, y escribió acerca de ello en “*Siete Libros de Historia contra los Paganos*”³⁵⁴, dedicados a probar, por consejo de su maestro S. Agustín, que los cristianos no fueron los causantes de la caída de Roma. En un párrafo muy confuso, en medio de un capítulo que describe el incendio por Cesar de 400.000 libros en la *Primera Guerra Alejandrina*, y tras afirmar Orosio que en aquel tiempo no existía ninguna otra Biblioteca real en Alejandría, y que las que le sucedieron se levantaron para emular la recién destruida, declara que:

“En relación con ello he visto los anaqueles vacíos de las bibliotecas de los templos, estantes que como es bien recordado en nuestros tiempos, fueron saqueados y destruidos por nuestras propias gentes, lo cual es verdad; aunque sería más lógico pensar que los cristianos expurgaron los libros de las antiguas bibliotecas... que creer que existió otra biblioteca, biblioteca que se cree existió aparte de los 400.000 volú-

351. Rufino, “*Hist. Eccles.*”, XI, 23.

352. Rufino, “*Hist. Eccles.*”, XI, 27.

353. Gibbon, “*Hist. Imperio Romano*”, III, 28.

354. Orosio (c. 380- m. 418 d. C.), “*Historiarum adversum paganos libri septem*”, VI, 15. 31-33, 16.

menes citados anteriormente –los quemados por Cesar– y que, por ello, escapó –sin daño– del incendio” de Cesar.

Orosio no menciona en absoluto por su nombre la *Biblioteca Hija*, pero se refiere obviamente a ella y al mayor desastre que había sufrido la ciudad por la violencia cristiana, en los años inmediatamente anteriores a su llegada. Es evidente que a Orosio le traicionaban sus propios pensamientos. No sólo sería normal que, con curiosidad morbosa, Orosio estuviese visitando los restos del *Serapeum*, controlado por los cristianos, el mayor desastre acaecido a la ciudad en sus tiempos más recientes, sino que sus divagaciones confusas acabasen haciéndole aceptar que estaba pensando precisamente en aquella “otra biblioteca que existió”, la segunda, la *Biblioteca Hija*, que escapó al fuego de Cesar, cuando se refiere a los “*anaqueles vacíos*” que está viendo, destruidos por los “*nuestros*”, por los “*cristianos*”.

Curiosamente, Orosio tampoco menciona para nada el *Serapeum*, cuya salvaje destrucción por los cristianos era bien conocida. Tal vez se sintiera incómodo, y además santuario y biblioteca formaban un único recinto. Y sí este fue arrasado, ni lo uno ni lo otro quedaría. En todo caso, y tal vez por ello, parece que su discurso se centraba en el destino de la *Biblioteca Hija*, siendo su principal preocupación el que los cristianos pudieran ser acusados de haberla quemado. Así, a pesar de la evidencia, no sólo negaba la existencia de la *Biblioteca Hija*, si no que afirmaba sin ninguna prueba que los cristianos se llevaron los libros antes de quemar estantes vacíos.

Con sus palabras Orosio, escasamente veinticinco años después del desastre, a pesar de no poder por menos que hacerse eco de un recuerdo todavía vivo en su época, se empeñó en renegar e ignorar los testimonios mismos de sus contemporáneos Eunapio de Antioquía, Aftonio, Amiano, Epifanio, Rufino, o de Tertuliano, acerca de la auténtica existencia de la *Biblioteca Hija* en la Antigüedad. Y a pesar de su confuso cinismo, no pudo por menos que revelarnos su existencia, puesto que los anaqueles destruidos y vacíos que vio Orosio en el s. V d. C., y que acababan de ser incendiados en su tiempo, sólo podrían ser los de la antigua *Biblioteca Hija de Rhakotis*, ya que sabemos por Epifanio que desde finales del s. III d. C., de la *Gran Biblioteca*, ni piedras existían. Y otros grandes santuarios con bibliotecas, como el antiguo *Caesaron*, eran ya iglesias cristianas que no fueron destruidas. En todo caso, el testimonio de Orosio prueba, por otro lado, y sin ninguna duda, que a principios del s. V d. C. ya no existía ninguna *Gran Biblioteca* en Alejandría.

Ya durante todo el s. V d. C. apareció otra versión de aquel funesto día, la imposición de un discreto silencio, que más parecía una consigna política. Ello dio un giro a los intentos de Amiano, Epifanio y Orosio de falsear datos y Bibliotecas, involucrando a Cesar. En esta versión nueva simplemente ya no se hablaba de la *Biblioteca Hija*, ignorándola totalmente. La misma opción que adoptó Estrabón con respecto al incendio de la primera Biblioteca. Efectivamente, también otros escritores cristianos dieron testimonio de la completa destrucción del *Serapeum*, en sucintos relatos, pero sin nombrar la *Biblioteca Hija*. Tal vez el primero en la lista fuera Sofronio, un estudioso cristiano, que escribió en el s. IV d. C. “*Sobre el aniquilamiento de Serapis*”³⁵⁵.

Por su parte, el historiador de la Iglesia bizantina, Sócrates de Constantinopla, o Sócrates *Scholasticus*, en su “*Historia eclesiástica*”³⁵⁶, escrita en griego a mediados del s. V d. C., cubriendo los años del 305 al 439 d. C., continuando asimismo la obra de Eusebio³⁵⁷, como su contemporáneo Rufino, afirmaba que, por orden del emperador, Teófilo “*destruyó el Serapeum*” después de haber arrasado el mitreo, fundiendo allí mismo las estatuas y elevando en el lugar una iglesia. Un poco más tarde, basándose en Sócrates y otras fuentes, escribieron Hermias Sozomen³⁵⁸, y Zósimo³⁵⁹ en el mismo sentido.

Asimismo el obispo nestoriano de Cyrrihus, Siria, Teodoreto, en su “*Historia Eclesiástica*”, nos asegura que “*Teófilo era un hombre de gran prudencia e intrepidez. Rescató a la ciudad de Alejandría de los errores de la idolatría. No sólo tiró abajo los templos idólatras... Subió al templo de Serapis, que ha sido descrito por algunos sobrepasando en tamaño y belleza todos los templos del mundo...*”, describiendo con evidente pesar como la estatua de *Serapis* “*fue machacada a pedazos y sus restos arrojados al fuego. Arrastraron su cabeza por toda la ciudad, para que sus fieles la vieran... el templo fue destruido hasta sus cimientos... Y así, a través del mundo entero, los santuarios de los ídolos fueron destruidos...*”³⁶⁰. Zacarías *Scholasticus*, en su “*Vida de Severo*”³⁶¹, de fines del s. V d. C., se refirió a la destrucción del *Serapeum* y la abolición del culto, asegurando que

355. S. Jerónimo, “*Vidas de Hombres Ilustres*”, 134.

356. Sócrates de Constantinopla (380-c. 450 d. C.), “*Historia Ecclesiastica*”, V, 16,17.

357. Eusebio, “*Hist. Ecles.*”

358. Sozomen (m. 443 d. C.), “*Hist. Eccl.*”, VII, 15. 20.

359. Zósimo, “*Nueva Historia*”, V, 23.

360. Teodoreto (393-458 d. C.), “*Historia Ecclesiastica*”, V, 22.

361. Zacarías *Scholasticus*, “*Vita Severi*”.

también se destruyeron los santuarios de *Serapis* e *Isis Medica* en Canope y Menouthis, arrastrando sus estatuas destrozadas por las calles.

Curiosamente, como vemos, ninguno de ellos mencionó el incendio de la *Biblioteca Hija*, sobreentendiendo la tragedia, pero oscureciéndola con el silencio. Al fin y al cabo, para ellos también la destrucción del *Serapeum* significaba el triunfo del *Cristianismo*. Aunque, por supuesto, ninguno de ellos mencionó tampoco las obras maestras que se perdieron, ni la masacre, ni los cadáveres abandonados. ¡Silencio!, nada de crear mártires paganos, que eran monopolio de los cristianos. Cosa de la guerra santa emprendida por los monjes. Aquella hecatombe estaba justificada ante los ojos de su Dios nuevo. Pero la quema de los libros de la *Biblioteca Hija*, eso, eso era distinto. Guardaron silencio, no sólo por las consignas, sino porque preferían olvidar aquel cataclismo. Tal barbarie no podría escribirse nunca con orgullo.

Pero además tenemos otro testimonio esencial, el de un escritor cristiano, a quien ningún investigador nombra. El del obispo monofisita egipcio Juan Madabba, conocido como Juan de Nikiu³⁶², al que, en principio le tenemos como un conspicuo abonado a la tesis del silencio, porque en su larguísima "*Crónica*" no parece hablar para nada de la *Biblioteca Hija*, e incluso la destrucción del *Serapeum* la saca de su contexto histórico. Lo que era llevar la distorsión un poco lejos, cuando su detalladísimo relato histórico, siempre en correcto orden cronológico, aparece aderezado de multitud de nombres y anécdotas puntuales e interesantes³⁶³, como el descubrimiento de un pez en forma de señora en medio del Nilo... que saludaba, además.

Pero el caso es que, fijándonos más atentamente, parece que Juan de Nikiu sí que escribió en su "*Crónica*", y por primera vez, sobre el incendio mismo del *Museo* alejandrino, pero, ¡oh misterio!, el texto no aparece, ni completo ni en su sitio. Efectivamente, sus escritos avanzan lentamente contándonos todos los hechos históricos, siguiendo uno detrás de otro a emperadores bizantinos y patriarcas alejandrinos. Pero cuando les toca el turno al emperador Teodosio I, al obispo Teófilo y la destrucción del *Serapeum*, todo se complica. Hasta cuatro capítulos³⁶⁴ confunden de pronto todas las coordenadas históricas, y desbarran.

Todas son descripciones equivocadas, de las que Juan de Nikiu no sería el autor, sino la víctima de una burda manipulación de sus textos, en aras a se-

362. Juan de Nikiu (activo 690-696 d. C.).

363. Juan de Nikiu, "*Crón.*", XCVI (XCVII).

364. Juan de Nikiu, "*Crón.*", LXXVII, LXXVIII, LXXXII, LXXXIII, 77,78,82,83.

parar de nuevo el “*Edicto*” de Teodosio I de toda conexión con la debacle del *Serapeum*, la misma obsesión de Amiano. Pero también para desligar a Teófilo, a quien sí proclama autor de la destrucción del santuario de *Serapis*, de toda culpa en el incendio del *Museo* y su *Biblioteca Hija*, otra obsesión de muchos escritores cristianos.

Efectivamente Teófilo aparece sólo en los capítulos 77 y 78, totalmente inserto en el reinado de Juliano, y, por tanto, fuera de su contexto histórico, que corresponde al cap. 82. Al final del cap. 77, hablando de los patriarcas de Alejandría, se lee “... y después de Timoteo –vino– Teófilo, que destruyó el templo llamado *Serapis* y lo convirtió en una iglesia... donde depositó el cuerpo y cabeza de S. Juan Bautista”³⁶⁵, cuyos restos encontró Teófilo, precisamente en aquellos días en Alejandría. Todo el capítulo siguiente, el 78, está dedicado íntegramente a la hagiografía de Teófilo. Ya no se vuelve a mencionar más a Teófilo en el texto, quedando así varado en unos capítulos que no son los suyos.

El escrito retoma la dirección correcta, y continua hablando del fin de Juliano, y de sus sucesores los emperadores Joviano y Valente. Pero cuando llega al cap. 82, correspondiente al reinado de Teodosio I, el escrito descarri-la de nuevo y se vuelve confuso. Bajo el reinado de Teodosio I³⁶⁶, el nombre de Teófilo desaparece por completo del relato, aunque debería de ser uno de los protagonistas principales. Ya vimos que lo dejaron en otro lado. Es evidente que este absurdo, la desaparición de uno de los más importantes patriarcas, el XXIII, Teófilo, de su contexto histórico, es imposible, a no ser que alguien haya manipulado el texto.

Y más cuando es su antecesor, el XXII patriarca Timoteo I³⁶⁷, quien le suplantaba a Teófilo en este cap. 82, en una segunda referencia a la toma del *Serapeum*, en tiempos de Teodosio I, con palabras casi calcadas de la primera referencia en el cap. 77, diciendo que “había un templo de *Serapis* en la ciudad, y él –Timoteo I– lo convirtió en una iglesia y la nombró como su hijo pequeño –del emperador– *Honorio*. Pero esta iglesia también fue llamada en honor de los mártires *Cosme* y *Damián*”³⁶⁸. Luego aquí nos quieren hacer creer que Juan de Nikiu confundió a Timoteo I con Teófilo, y encima adelantó la fecha de la destrucción del *Serapeum*, que se cuida de no contar, dando una segunda versión del acontecimiento, sugiriendo una pacífica posesión del santuario paga-

365. Juan de Nikiu, “*Crón.*”, LXXVII(LXXVIII), 45, 46.

366. Juan de Nikiu, “*Crón.*”, LXXXII (LXXXIII).

367. Timoteo I (378-384 d. C.).

368. Juan de Nikiu, “*Crón.*”, LXXXII (LXXXIII), 37, 38.

no por un Timoteo I que, en realidad, nunca atacó ni transformó templos alejandrinos de *Serapis*.

Pero la trama de la manipulación continua, haciendo de estos capítulos falseados un galimatías. Porque más adelante, en el cap. 83, dedicado a Teodosio II, el que aparece después de Timoteo I es Cirilo, el sucesor de Teófilo. Este sigue desaparecido, a pesar de que en el cap. 77 se afirmaba que a Timoteo I le siguió Teófilo. Así leemos con asombro que “*el prudente Cirilo, patriarca de Alejandría, fue nombrado después de Timoteo*”³⁶⁹, lo cual es meridianamente falso, y contradice el propio texto.

Pero ello le sirve precisamente para contarnos que, bajo Cirilo y el emperador Teodosio II, –y no Teófilo y Teodosio I–, pasó que, “*En aquellos días los habitantes ortodoxos de Alejandría se llenaron de celo y amontonaron una gran cantidad de leños, quemando la sede de los filósofos paganos*”³⁷⁰. El párrafo aparece aislado y totalmente fuera de contexto histórico, dejado en ese lugar para separar el incendio del *Museo*, no sólo del desaparecido Teófilo y su destrucción del *Serapeum*, sino también de Teodosio I. El descuidado manipulador tampoco lo puso en conexión alguna con el asesinato de Hypatia, como opinan algunos, que deja para el más alejado final del cap. 83³⁷¹.

Porque lo que está claro es que ese pequeño texto, sobre el incendio de la “*sede de los filósofos*”, que debía de formar parte de un párrafo anterior, mucho más extenso, hecho desaparecer en el cap. 82, –dedicado a las hazañas de Teófilo, bajo Teodosio I–, sólo se podía referir al incendio del *Museo* del *Serapeum*, la *Escuela de Filosofía Neoplatónica de Alejandría*, el único lugar emblemático de enseñanza pagana que ardió en aquellos tiempos a manos cristianas, junto a su Biblioteca. No existe constancia de otro fuego que destruyera la sede misma de los sabios alejandrinos, fuera del ataque de Teófilo. Se trataría de otra descarada manipulación del texto, que en su estado original sí que hablaría del fuego que prendieron los cristianos de Teófilo contra el *Serapeum*, su *Museo* y su Biblioteca, especificando además quienes y como lo hicieron. Un testimonio excepcional de un honrado obispo monofisita que nos ha sido birlado.

Como vemos, las manipulaciones sobre el texto de Juan de Nikiu evidencian de nuevo la misma voluntad medieval de separar a Teodosio I y su “*Decreto*” de la destrucción del *Serapeum* y del *Museo*. En cuanto a Teófilo le hacen desapa-

369. Juan de Nikiu, “*Crón.*”, LXXXIII (LXXXIV), 42.

370. Juan de Nikiu, “*Crón.*”, LXXXIII (LXXXIV), 45.

371. Juan de Nikiu, “*Crón.*”, LXXXIII (LXXXIV), 87-100.

recer de su contexto histórico, y aunque le designan como autor de la ruina del *Serapeum*, es en tiempos del mal de Juliano, lo que da una pátina de justificación a su vandalismo. Pero le exoneran totalmente del incendio del *Museo*, y su Biblioteca, que atribuyen a unos cristianos ortodoxos, sin especificar y sin jefes, incendiarios espontáneos de tiempos de Teodosio II. Todo un tanto burdo.

Primer testimonio completo de la tragedia

Pero las verdades históricas son testarudas. Lo cierto es que las cumbres de la colina de Rhakotis, donde se erigía el *Serapeum*, sufrieron la más absoluta destrucción aquel funesto día, y los pedazos de columnas quemadas y abatidas atraparon a cientos de miserables sacerdotes paganos, filósofos y ciudadanos alejandrinos, que subieron a defender su santuario sacrosanto. Casi todos ellos murieron, muchos en larga agonía, aplastados o asfixiados bajo los cascotes. El ataque al *Serapeum* sobrevino por sorpresa. Es por ello que los defensores no pudieron ni salvarse ellos mismos o el recinto de la destrucción y el fuego, salvo unos pocos que lo consiguieron.

El primero y el último en hablar claramente de estos hechos históricos, en tiempos modernos, fue el italiano Giuseppe Botti, el fundador del *Museo Greco-Romano de Alejandría*, en 1892, y su primer director. Botti fue el primer arqueólogo que efectuó excavaciones científicas en el recinto del antiguo *Serapeum*, publicando entre 1895-97 d. C. unas detalladas Memorias de sus excavaciones arqueológicas en Rhakotis, “*L’Acropole d’Alexandrie et le Serapeum d’après Aphthonius et les fouilles*”, “*Fouilles à la colonne théodosienne, 1896*”, y “*Plan du quartier «Rhacotis» dans l’Alexandrie romaine*”,³⁷². Libros completamente ignorados y olvidados, cuidadosamente silenciados por toda clase de investigadores hasta nuestros días, como si el tabú acerca de la vieja tragedia del *Serapeum*, del que Botti parece ser la última víctima importante, todavía estuviera vigente y muy presente en este siglo en que vivimos.

En su segundo libro, “*Fouilles*”, basado en sus propios descubrimientos durante las excavaciones arqueológicas de 1896 d. C. en la *Columna Teodosiana*³⁷³, Botti parece hacerse eco por primera vez de la descripción de los hechos relatada por Eunapio de Antioquía y Rufino mil quinientos años antes, casi como si

372. Botti, “*La Acrópolis de Alejandría y el Serapeum de acuerdo con Aftonio y las excavaciones*”, 1895; “*Excavaciones en la columna teodosiana, 1896*”, 1897; “*Plano del barrio de “Rhacotis” en la Alejandría romana*”, 1897, Société Archaeologique d’Alexandrie, Alexandrie.

373. La llamada popular e impropia “*Columna de Pompeyo*”.

él también hubiera sido un testigo ocular de aquel aciago día. Como si una máquina del tiempo le hubiera propulsado en medio de la catástrofe, que surgió ante sus ojos en el s. XIX d. C. tan nítida que parecía que la veía.

Es así como Botti nos dejó escrito en “*Fouilles*”, con estremecedora claridad, lo que descubrió bajo los *Propylaia* del templo, en su “*Cap. IV. Notas extraídas del «Diario de la Excavación». Descubrimiento de esqueletos sobre la segunda terraza del Este (Propileos)*”, diciendo: “...*Todavía tiemblo ante el horror de los muertos que he encontrado en las excavaciones alrededor de la Columna, y especialmente hacia el Este en la segunda terraza. He contado esqueletos casi a centenares, bajo los cascotes de muros y los bloques rotos de granito que fueron arrojados desde arriba. Hacia la derecha, habían excavado una larga trinchera; y la habían llenado hasta arriba con cadáveres, apilados unos sobre otros, no teniendo por piedra tumbal más que las losas de calcárea del pavimento del edificio. A la izquierda y descendiendo el flanco de la colina, el lugar tenía el aspecto de un «ustrinum». La Muerte había pasado por allí; el incendio se había extendido grandemente. La tierra, en aquella zona, era negruzca, pegajosa, llena de huesos quemados y de carbones, de fragmentos de cerámicas romanas, de lámparas. Igualmente también hacia el Oeste, a setenta metros de la Columna, los esqueletos estaban apilados entre las ruinas de una columnata y en los cimientos de un edificio del suroeste.*

Tan lúgubre descubrimiento se distinguía por la total ausencia de vestigios de tiempos bizantinos o árabes. Las trazas evidentes de cremación... sólo pueden datarse en época posterior a Teodosio... En el subsuelo de Alejandría yo he contado por centenares, por millares los esqueletos, a partir de los Lagidas hasta el declinar de la dominación bizantina. Pero nunca vi nada parecido a este caos en la muerte... Podíamos ver allí una escena de la carnicería que se produjo con el descalabro final de los fieles de Serapis y el saco del Serapeum. Siendo así, todo ello era como si de alguna manera nosotros hubiéramos sido también testigos de la escena de la captura del baluarte de los fieles de Serapis. Y la conmoción es todavía más brutal, ya que pensamos que fue el dogma de Serapis, simplificando la teología nacional, el que le abrió el camino al Cristianismo. Podemos afirmarlo sin miedo a ser contradecidos: si el Cristianismo no hubiera triunfado, el Gran Pontífice de Serapis tendría hoy su sede frente al Quirinal...³⁷⁴.

Este asombroso relato, víctima del tabú pacato que aún rodea la destrucción del *Serapeum*, parece surgido de una escena que esperó enterrada dieciséis siglos, para aparecer de nuevo en toda su crueldad, gritando a los cuatro

374. Botti, “*Fouilles á la colonne théodosienne, 1896*”, pgs. 78-79, Société Archaeologique d’Alexandrie, Alexandrie, 1897.

vientos la verdad. Este relato, ignorado, silenciado y marginado por todos los que siguen estudiando la historia de Alejandría, como si ocultarlo sirviera para algo, nos cuenta algo mucho más lastimoso y certero que todos los que han creado, con sus engaños y omisiones, este vergonzoso tabú a través de los siglos, para ocultarnos sin más un trozo de la historia. El espectáculo dantesco que llegó intacto a los ojos asombrados de los arqueólogos del s. XIX d. C. reveló, sin lugar a dudas, que aquel lúgubre y terrible lugar fue el final indigno de la milenaria cultura faraónica.

Como descubrimos por este extraordinario testimonio arqueológico, todo en el *Serapeum* fue reducido a escombros y cenizas, y aún hoy día algunos trozos de columnas quemadas y rotas siguen allí tiradas, como testigos fantasmales de una de las mayores catástrofes de la Antigüedad, de una hecatombe sin igual. Tras el asalto la *Biblioteca Hija* también desapareció para siempre, víctima del incendio, consumida por las llamas voraces que la arrasaron. Sus anaqueles ennegrecidos quedaron por los siglos como mudos testigos de otros tiempos. Tras el ataque, sólo algunos paños de paredes derruidas, cascotes humeantes y cadáveres destripados, rodeados de altas columnas vacilantes, daban fe del sacrosanto templo. Las cenizas de los papiros volarían densas, empujadas en negros remolinos por el viento. Otros millares quedarían fundidos, formando masas informes contra los muros.

Curiosamente Botti obvió pronunciarse sobre la destrucción de la *Biblioteca Hija*, un tema sensible en el Egipto de su época, dejando caer que pudo haber desaparecido años antes. Pero su estratagema se cae de su peso, porque es evidente que pretende confundir la destrucción de la *Biblioteca de Antioquía*, por Joviano, en el 364 d. C., con la del *Serapeum*³⁷⁵, en el 391 d. C. Desliz inimaginable en un historiador de su calibre. Para compensar su silencio, Botti se limitó a describir lo que vio. Ello era suficiente. Pues lo que vio fue una hecatombe de violencia y destrucción salvaje, que arrasó a sangre y fuego todo el *Serapeum*. Nada más necesitaba añadir.

Otras curiosas versiones

El primero de la saga es el historiador inglés E. Gibbon³⁷⁶, quien en 1776 se inventó toda una secuencia histórica sin ningún fundamento, salvo la de

375. Botti, "Fouilles 1896", pgs. 132-133, 138-141; Butler, "The Arab Conquest...", pg. 414.

376. Gibbon, "The History of the Decline and Fall of the Roman Empire", -"Historia de la Decadencia y Caída del Imperio Romano"-, III. 28, "Destrucción del Paganismo", London, 1776-1787.

dulcificar la tragedia, diciendo, mucho antes de los descubrimientos de Botti, lo siguiente “... *los infortunados paganos, cuya furia dio paso a la consternación* –al conocer el “*Edicto*” de Teodosio I– *se retiraron con pasos apresurados y silenciosos, y eludieron, por su huida o escondite, el resentimiento de sus enemigos (cristianos). Teófilo procedió a demoler el templo de Serapis, sin mayores dificultades...*

La valiosa biblioteca de Alejandría fue pillada o destruida... Las creaciones del antiguo genio, de las que tantas han perecido para siempre, puede que casi con seguridad fueran exceptuadas de la destrucción de la idolatría, para el divertimento e instrucción de sucesivas generaciones...”. En base a estas palabras, se le atribuye a Gibbon la invención misma de la leyenda que atribuye a los cristianos la destrucción de la *Biblioteca Hija*, cuando arrasaron el *Serapeum*, insistiéndose en que no tiene ninguna consistencia histórica.

Una versión más atenuada de los acontecimientos aparece reflejada con J. Matter³⁷⁷, quien aseguraba en 1840 que “... *para conseguir la destrucción completa del Serapeum, habrían de haber sido destruidos también sus vastos anexos, los patios, pórticos, estancias y la biblioteca, que llevaba establecida allí más de seis siglos...*”. Concluyendo que las destrucciones de esos anexos fueron menores y pronto se repararon, por lo que el *Serapeum* volvió a florecer como el antiguo *Museo*, “*por lo que cuando llegaron los árabes todavía conservaba una vasta biblioteca*”.

Por su parte el Reverendo Padre J. Mason Neale³⁷⁸ cuenta, en 1847, que los insurgentes abandonaron el *Serapeum* antes de que el obispo Teófilo y sus fervientes monjes tomaran por asalto el recinto, añadiendo que “*está comprobado que la victoria de los cristianos no se manchó con sangre de ninguna clase; puesto que incluso a Eladio, el Sacerdote de Júpiter, que había... asesinado a nueve personas (cristianos) en la revuelta, le fue permitido escapar a Damasco...*”.

Otros adornaron la historieta atreviéndose a contarnos que los asaltantes, tan cuidadosos, no sólo no asesinaron a nadie, sino que desmontaron parte del santuario para levantar con sus piedras iglesias en su cima. A. Butler³⁷⁹ incluso aseguraba, en 1902, olvidándose de los descubrimientos de su contem-

377. Matter, “*Histoire de l'École d'Alexandrie, comparée aux principales écoles contemporaines*”, –“*Historia de la Escuela de Alejandría, comparada con las principales escuelas contemporáneas*”–, t. I, pg. 321, 2da. Ed., París, 1840-44.

378. Mason Neale, “*History of the Holy Eastern Church, the Patriarchate of Alexandria*”, –“*Historia de la Santa Iglesia Oriental, el Patriarcado de Alejandría*”–, pg. 212, Joseph Masters, London, 1847.

379. Butler, “*The Arab conquest of Egypt and the last 30 years of Roman dominion*”, –“*La conquista árabe de Egipto y los 30 últimos años de dominio romano*”–, pg. 413, The Clarendon Press, Oxford, 1902.

poráneo y admirado Botti, que “*El Edicto de Teodosio... fue leído en voz alta... y mientras los devotos de los viejos dioses egipcios huyeron, los cristianos con su obispo Teófilo al frente, dismantelaron y demolieron el gran templo de Serapis. Esto sucedió en el 391, y es un hecho incontrovertible*”. Es asombroso el absoluto silencio sobre los horribles hallazgos de Botti, seis años antes, que echan por tierra sus afirmaciones.

También A. M. de Zogheb³⁸⁰ dice, en 1910, que los manuscritos que se salvaron fueron reunidos de nuevo en el *Serapeum*, a partir del s. V d. C., en “*un gran pórtico con salas de lectura donde se habría reunido una biblioteca considerable, formada de los restos de las antiguas, donde debieron encontrarse también los antiguos manuscritos reunidos por los Cristianos de Alejandría*”.

En 1932, H. Munier³⁸¹, ofrece otra inverosímil versión en que solamente la estatua de Bryaxis sufrió del vandalismo cristiano, pudiendo escapar indemnes todos los sitiados paganos, respetándose también los templos. Cuenta que “*Teodosio... envió a Egipto a Cynégius para ejecutar las ordenes de acabar con el culto pagano... Las provocaciones del patriarca de Alejandría Teófilo hicieron estallar una gran revuelta. El patriarca se puso a la cabeza de una banda de cristianos y asaltó la célebre Acrópolis alejandrina. Guiados por el filósofo Olympio, los paganos pudieron huir sin ser molestados. Teófilo respetó los templos que estaban ya ruinosos; se contentó con romper el ídolo de Serapis, obra maestra del famoso escultor Bryaxis, haciendo exhibir sus restos por la ciudad...*

La destrucción del Serapeum (389) no fue más que un episodio corriente en la lucha del cristianismo contra el paganismo, pero tuvo un extraordinario eco por la participación del patriarca Teófilo quien, según los escritos de muchos de sus contemporáneos, provocó él mismo los acontecimientos, en connivencia con el prefecto de Egipto Évagrio, estando protegido por el edicto imperial de Teodosio. Sobre las ruinas edificó dos iglesias... allí se libró el combate más memorable y significativo entre el paganismo y el cristianismo...”.

J. Pollaud³⁸², en 2006, se adhiere a la idílica versión de Munier sobre el asalto al *Serapeum*, diciéndonos además, sobre la destrucción de la *Biblioteca Hi-*

380. Zogheb, “*Etudes sur l’Ancienne Alexandrie*”, –“*Estudios sobre la Antigua Alejandría*”–, Ste. Archaeol. d’Alexandrie, pgs. 151-174, París, 1910.

381. Munier, “*L’Egypte byzantine, de Dioclecien á la Conquete Arabe*”, –“*Egipto bizantino, de Diocleciano a la Conquista Árabe*”–, pg. 36, 37, en Zaky, “*Resumen de la Historia de Egipto*”, IFAO, Caire, 1932.

382. Pollaud y H. Reid, “*The Rise and Fall of Alexandria: Birthplace of the Modern Mind*”, –“*El Surgimiento y la Caída de Alejandría: El Lugar de Nacimiento de la Mente Moderna*”–, pgs. 264-265, Viking Penguin Ed., New York, 2006.

ja, de una manera un tanto ambigua lo siguiente, “Podría ser que la colección de libros se hubiera trasladado con anterioridad, aunque si ello fuera así, no tenemos ninguna prueba de a donde fueron. Todo lo que contenían los rollos manuscritos... no tenía cabida en la nueva Alejandría cristiana... Debemos de creer que la biblioteca del Serapeum fue destruida. Una cosa es cierta: Bien si todavía estaba allí, o guardada en otra parte, no se volvió a hablar jamás de la Biblioteca Hija”.

La Segunda Escuela de Filosofía Neoplatónica y asesinato de Hypatia

Sin embargo el pensamiento pagano no fue suprimido por los emperadores, a pesar del poder de presión de los cristianos. Continuaron la enseñanza de la filosofía y la literatura paganas, y la *Escuela Neoplatónica de Atenas*, rival intelectual de la de Alejandría, continuó todo el s. V d. C. sin ser amenazada, aunque hubo alguna quema de libros neoplatónicos. Majcherek asegura que, “En la Antigüedad Tardía... la naturaleza de la enseñanza superior permaneció sin cambio alguno. Los estudiantes seguían leyendo a Homero y Cicerón, no sólo la Biblia, y la educación retórica siguió estando en el centro del sistema educativo”³⁸³.

Tras el ataque cristiano al Museo, solamente algunas Escuelas sobrevivieron en Alejandría, Escuelas que se rehicieron después de la hecatombe y se refugiaron a los pies de las ruinas, en alguna mansión privada, tal como era costumbre en la Antigüedad tardía³⁸⁴. Así Amiano, escribiendo en el 393 d. C., aseguraba que “incluso en estos días el estudio en sus diferentes ramas no se ha extinguido en esta ciudad... todavía los médicos que aseguran haber estudiado en Alejandría son contratados inmediatamente”³⁸⁵.

Conocemos que la filósofa neoplatónica Hypatia daba clases en su escuela neoplatónica privada, ubicada en su propia casa, a finales de los años 80 del s. IV d. C., o sea, antes de la destrucción del Serapeum Y que también dio clases inmediatamente después de su destrucción. Lo que implicaría que esta valerosa mujer, aún cuando su padre y sus amigos habían huido o acababan de ser masacrados por los cristianos, tuvo el coraje de reanudar sus clases en casa, a pesar del evidente peligro, para que la vacilante luz de la Antigüedad no se perdiera.

383. Majcherek, “Academic Life of Late Antique Alexandria”, – “Vida Académica en la Antigua Alejandría Tardía” –, pg. 195, en El-Abbadí y otr., “Qué le pasó Bibliot. Alejandría”, Brill, 2008.

384. Eunapio de Sardes, “Vitae Soph.”, VI.

385. Amiano, “Rerum Gestarum”, XXII, 16, 17-18.

Como dice M. Dzielska³⁸⁶ con respecto a Hypatia y su padre Theón, “su triunfo... fue su tentativa de mantener viva y transmitir... la gran tradición matemática y astronómica de Alejandría. En la época de la destrucción del Serapeum y del cierre del Mouseion (que estuvo probablemente conectado con la demolición del gran Templo Alejandrino), padre e hija asumieron que mantener viva la herencia científica y cultural del Helenismo era una tarea primordial que estaban obligados a emprender...”.

Sabemos que Sinesio de Cirene, un alumno de Hypatia, estuvo en Alejandría entre el 390-393 y 395-396 d. C., y dio clases con Hypatia del 393 al 395 d. C.³⁸⁷, lo que quiere decir que dio clases con su venerada maestra justo después de la destrucción del *Serapeum*. En muy poco tiempo, otros sabios siguieron su ejemplo y se reagruparon de nuevo en un pequeño *Museo*, un renovado y postrer santuario de las *Musas*, reuniendo allí de nuevo las *Escuelas* supervivientes de filosofía o medicina. Un nuevo *Museo* reconstruido tras el desastre, más modesto pero resuelto a no dejar que el antiguo pensamiento desapareciera, en su dura lucha con el *Cristianismo* triunfante.

En todo caso, lo hicieron deprisa. Ya a principios del s. V d. C., Sinesio, que escribía *Cartas*³⁸⁸ a Hypatia pidiéndole consejo y dándole recuerdos para sus antiguos compañeros de clase, nos describe el renovado *Museo* con estatuas de filósofos adornando sus estancias. Sería el tercero de su índole en Alejandría, esta última vez impulsado por la iniciativa privada de unos sabios apasionados.

Sinesio no clarifica donde se ubicaba, pero no fue ni en el *Serapeum*, calcinado y destruido, ni en el *Bruchion*, un mar de ruinas. Tampoco en Kom El-Dikka, junto al *Odeón*, como apuntan algunos, puesto que los auditorios cristianos recién descubiertos, de los que hablaremos luego, datan de fines del s. V y s. VI d. C., y no formaban ningún edificio con estatuas y estancias. Además, Sinesio no habla de ningún teatro reformado, y, en todo caso, unos eruditos paganos no hubieran destrozado un teatro, elemento esencial de su cultura, para sus actividades.

Los sabios alejandrinos se instalarían en lo que constituía la ciudad alta, la Alejandría romana y bizantina, que seguía siendo “una inmensa y populosa

386. Dzielska, “*Learned Women in the Alexandrian Scholarship and Society of Late Hellenism*”, – “*Mujeres Ilustradas en las Escuelas Alejandrinas y la Sociedad del Helenismo Tardío*”, pg. 132, en “¿Qué le sucedió Bibl. Alex.?”, Brill, 2008.

387. Blázquez, J. M., “*Sinesio de Cirene, intelectual. La escuela de Hypatia en Alejandría*”, pg. 404, *Gerión*, 22-1, 2004.

388. Sinesio, “*Epístolas*”.

ciudad”, según Teodoreto³⁸⁹. Adornaron su nueva sede con las estatuas que pudieron encontrar de sus amados filósofos, tiradas a trozos por las calles, o vendidas como valiosas obras de arte en el floreciente negocio de joyas y antigüedades, que abrieron los cristianos con todo lo expoliado de los antiguos santuarios, con las que adornarían sus mansiones los nuevos patricios cristianos alejandrinos.

En aquel edificio del renacido *Museo* se cobijaría la *Segunda Escuela de Filosofía Neoplatónica de Alejandría*, que fue fundada por Olimpiodoro *el Viejo*³⁹⁰, filósofo peripatético y alquimista egipcio, del que se sabe que fue profesor de Proclo. Este *Museo* tendría su correspondiente biblioteca, seguramente ya muy especializada, con todos los manuscritos y apuntes de clase que pudieron aportar maestros y discípulos neoplatónicos de sus bibliotecas privadas. Una vez desaparecida la última Biblioteca real, la del *Serapeum*, la biblioteca de este tercer *Museo* sería la más importante de la Alejandría pagana del s. V d. C., proveyendo de copias de sus escritos a la *Segunda Escuela Neoplatónica de Alejandría*, llena de filósofos y estudiantes en aquel brillante oca-so del saber pagano.

Seguiría dependiendo financieramente del municipio alejandrino, que continuaba respetando sobremanera la labor de aquellos sabios, y de las aportaciones de los alumnos. La presencia en la *Escuela* de Nemesio y del cristiano converso Sinesio prueba que desde su origen, ya paganos y cristianos se mezclaron en sus salas, no sin que estallaran tensiones, reflejo de las luchas políticas del momento.

Esta *Escuela Neoplatónica* fue continuada por la filósofa y mártir pagana Hypatia³⁹¹, nacida en Alejandría, hija del último miembro activo del *Museo* romano, el astrónomo y matemático alejandrino Theón³⁹², quien tuvo que huir a Constantinopla cuando los cristianos destruyeron el *Serapeum*. Hypatia, mujer excepcional y filósofa neoplatónica brillante, matemática, astrónoma y experta en artes mágicas, fue enormemente popular entre las clases cultivadas de Alejandría, y en todo el Imperio, interviniendo incluso en política³⁹³. Daba también conferencias en plazas públicas “*en medio de la ciudad*”³⁹⁴, por lo que también era respetada y conocida por el pueblo alejandrino. Según Damascio

389. Teodoreto, “*Historia Eclesiástica*”, I, 1.

390. Olimpiodoro *el Viejo* (c. 390-460 d. C.).

391. Hypatia (370-415 d. C.).

392. Theón (c. 364-380 d. C.).

393. Socrates, “*Hist. Ecl.*”, VII. 15.

394. Damascio, *PH*, fr. 43 A.

“la ciudad entera simplemente la amaba y la tenía en la más grande estima”³⁹⁵.

Una mujer libre, culta, bella y excepcional, una auténtica heroína popular.

Su sistema abarcaba las enseñanzas de Platón, Aristóteles, Plotino, Porfirio y Jámblico. Se la tiene como la última directora de aquel tercer *Museo* de Alejandría, aunque, de hecho, la *Escuela Neoplatónica de Alejandría* siguió su camino mucho más tiempo. Era una escuela ecléctica, con un grupo muy selecto de iniciados, a los que daba lecciones secretas de geometría sagrada, prácticas mágicas, astrología y astronomía esotérica. En una de sus cartas a Herculiano, Sinesio le decía, “A ti y a mí nos ha sido dado experimentar cosas maravillosas, cuya sola mención ha acabado por parecer imposible”³⁹⁶. Asimismo Sinesio, en “*Sobre la Providencia*”, ponía de manifiesto que fue con Hypatia como se inició en el conocimiento hermético, que incluía la interpretación de los sueños, la adivinación y la hidromancia.

Pero Hypatia era esencialmente la “*filósofa*”, como la llamaba su padre, que se ponía el manto blanco de los filósofos, además de una matemática eminente y una astrónoma, que superó incluso a su padre, con el que se asoció para comentar a Ptolomeo y otros grandes sabios. Era capaz de construir sofisticados aparatos científicos, como astrolabios e higroscopios.

Hypatia, como ya vimos, daba clases en su propia casa, incluso antes de rehacerse el *Museo*, a multitud de alumnos, tanto paganos, judíos como cristianos. Sinesio nombra a muchos en sus “*Cartas*”. Entre ellos al gobernador Hesiquio *el Hebreo* y su hermano Enoptio, o al prefecto romano Orestes, del que corrían rumores de que era amante de Hypatia. También a Herculiano, quien entre 393 y 399 d. C. estaba en Alejandría, y era amigo íntimo y condiscípulo de Sinesio en las clases de Hypatia. Asimismo estaban Isión y Siro, amigos de Sinesio y Herculiano.

Entre los alumnos cristianos se encontraban Atanasio, Gaio, Teodosio y Teotecnio, tal vez sacerdote monofisita, y Pedro, amigo de Sinesio. También estudiaría con ellos Nemesio³⁹⁷, uno de los Padres de la Iglesia griegos, que defendía un sincretismo neoplatónico cristiano. Sinesio aseguraba en una “*Carta*”³⁹⁸ que todos los discípulos de Hypatia debían formar una comunidad y tratarse como miembros de una misma familia, lo que es clave para entender los fraternales lazos que unían en Alejandría a todos los filósofos neoplatónicos, ya fueran los defensores paganos del unitarismo o los sincretistas cristianos.

395. Damascio, *PH*, 43 E, p. 130.

396. Sinesio, “*Epistola 137*”.

397. Nemesio (c. 400 d. C.).

398. Sinesio de Cirene, “*Carta a Hesiquio*”, 93, en Blázquez Martínez, “*Sinesio de Cirene*”, pg. 415.

Pero el alumno preferido de Hypatia era aquel Sinesio de Cirene³⁹⁹, un intelectual y aristócrata gnóstico y neoplatónico que se convirtió al credo cristiano, llegando a obispo en 410 d. C., y que vivió en Alejandría en aquellos dramáticos años, dando clases con Hypatia, a quien le tenía un gran cariño, del 393 al 395 d. C. Eso supone que Sinesio tal vez estuvo en Alejandría el año de la catástrofe del *Serapeum*, quedándose los años siguientes, seguramente protegiendo a sus amigos paganos escondidos. Posiblemente ayudó a Hypatia a rehacer sus clases. Es inaudito que Sinesio, un gran observador y enamorado de Alejandría, no haya dejado ninguna carta contando los pormenores de la tragedia y su significado. El hecho de ser converso cristiano posiblemente le incitaría a no transcribirlo. También lo pudo silenciar para no enemistarse con su colega eclesiástico Teófilo, a quien solía pedirle favores para sus amigos.

Pero en alguno de sus textos no puede dejar de “*censurar a los portadores de capas negras, –los monjes– (Epistola 154; Dion 4-11), considera a los monjes «bárbaros», fanáticos tejedores de cestos –que en Egipto equivalía a campesinos–, destructores de la cultura, que odian el Helenismo*”⁴⁰⁰. Esto dejaría más claro el supuesto silencio de Sinesio. Porque aquella explosión de rabia de Sinesio, contra los monjes de capas negras, los mismos que destruyeron el *Serapeum* ante sus ojos, evidencia que pudo existir una carta en que hablara claramente del desastre. Posiblemente su relato haya desaparecido.

El obispo Teófilo, embarcado en seguir destruyendo templos paganos, como el magnífico y sacrosanto *Serapeum* de Canope⁴⁰¹, y de perseguir a los cristianos neoplatónicos, dejó tranquila a Hypatia, protegida por Sinesio, que pudo seguir sus clases hasta 412 d. C. Desde Cirene le enviaba Sinesio “*Cartas*”⁴⁰² con textos para que los leyera su maestra Hypatia, pidiéndole su aprobación antes de publicarlos, y confiándole que algunos textos los escribía al alba, inspirado por sus sueños. Hasta el final de su vida la visitó Sinesio frecuentemente, pues estuvo varias veces en Alejandría, entre el 401 y 412 d. C., aunque la amistad entre ambos acabó enfriándose un poco.

Pero sus enemigos no perdonaron a Hypatia. En cuanto falleció Teófilo, las cosas cambiaron. Bajo su sucesor y sobrino, el patriarca S. Cirilo⁴⁰³, que se paseaba con 500 monjes por la ciudad, los “*parabolani*”, auténticos guardaespaldas descontrolados y fanáticos del obispo, se desató una ola de terror y violen-

399. Sinesio de Cirene (370-413 d. C.).

400. Dzielska, “*Hypatia*”, pg. 61.

401. Rufino, “*Historia Eclesiástica*”, XI, 26.

402. Sinesio de Cirene, “*Cartas a Hypatia*”.

403. S. Cirilo (412-444 d. C.).

cia que asoló Egipto. Fue entonces cuando Hypatia fue cruelmente asesinada en el 415 d. C. en Alejandría, como nos cuentan Socrates⁴⁰⁴, con evidente pena, Damascio, el “Suidas”⁴⁰⁵ o el obispo copto Juan de Nikiu⁴⁰⁶.

Malalas cuenta que “Cirilo dio a los Alejandrinos (probablemente los Parabolani) libertad de acción contra una famosa y absolutamente respetada mujer de edad avanzada”⁴⁰⁷. Todos estos autores narran como una turba de cristianos fanatizados la encontraron en sus clases, o volviendo a casa en su carruaje, como la arrastraron por las calles, vejándola hasta el interior del *Caesarion*, donde la desnudaron entre golpes e insultos, y cogiendo trozos afilados de cerámicas y ladrillos, le arrancaron la piel y la carne a tiras, reventándole los ojos⁴⁰⁸, mientras agonizaba, para después lanzarse a despedazarla y desmembrarla, cortando su cuerpo a trozos, aún viva, y quemándolos en un estercolero.

Aquel horrible asesinato, de cuya instigación culparon directamente y desde el principio a Cirilo, repercutió como un escándalo por todo el Imperio, coincidente con las prohibiciones imperiales de las asociaciones religiosas y los colegios sacerdotales paganos. Según algunos historiadores, marcaría el auténtico final de la gloriosa Antigüedad. Para J. M. Blázquez Martínez, “El asesinato de Hypatia es uno de los más repugnantes crímenes cometidos por la Iglesia de la Tarda Antigüedad, que los alejandrinos tardaron en olvidar”⁴⁰⁹. Según Dzielska, “fueron los «parabolani» los que mataron a Hypatia”⁴¹⁰, a los que Damascio llamaba “bestias, no seres humanos”⁴¹¹.

Después de estos acontecimientos “los alejandrinos continuaron acudiendo a las clases del filósofo Isidoro, aclamándole, «a pesar del pánico que este tenía». Solamente el amigo de Isidoro y el hijo del dueño de su finca se atrevieron a salir a la calle (frag. 34, p. 33 Zintzen). Por ello los sucesores de Hypatia se distanciaron de la política, reclusándose en las lecciones privadas de filosofía en sus propias casas”⁴¹².

Según Dzielska, “No es sorprendente que las fuentes sobre Hypatia sean tan escasas... y casi siempre tan sesgadas... La razón más importante es que ya en el s. IV los historiadores cristianos han conseguido la hegemonía, y probablemente se

404. Socrates, “Hist. Eccl.”, VII, 15.

405. Suidas, “Hypatia”.

406. Juan de Nikiu, “Crón.”, LXXXIII (LXXXIV), 87-100.

407. Dzielska, “Hypatia”, pg. 98.

408. Damascio, *P H*, fr. 43 A.

409. Damascio, *P H*, fr. 102, p. 81. 7-10 Zintzen, en Blázquez Martínez, “Sinesio de Cirene, intelectual. La escuela de Hypatia en Alejandría”, pg. 419, “Gerión”, 22, I, 2004.

410. Dzielska, “Hypatia”, pg. 46.

411. Damascio, *P H*, fr. 102.

412. Dzielska, “Hypatia”, pgs. 147-148, Nota 135.

sentirían avergonzados de escribir acerca de su cruel destino (de Hypatia). A pesar de que Damascio, uno de los pocos escritores paganos que quedaban, expresa su horror... otros (escritores cristianos) no se mostraron inclinados a informar a la posteridad de este luctuoso acontecimiento en la historia de Alejandría y de la Iglesia Alejandrina. Fue orquestada una campaña de ocultación para proteger a los culpables, asociados con la iglesia, que asesinaron a una persona tan bien dispuesta hacia los cristianos. Nos rebelamos contra ese silencio...”⁴¹³.

Cirilo, a quien después del asesinato los cristianos ortodoxos llamaron con admiración el “Nuevo Teófilo”, por destruir todo lo que quedaba del *Paganismo* en la capital egipcia⁴¹⁴, y que heredó todas las ingentes riquezas acumuladas por su tío, también cerró sinagogas y expulsó a los judíos de Alejandría, con el pretexto de que acudían a representaciones teatrales los domingos. Entre el 420-430 d. C. Cirilo escribió un texto específico contra los paganos, que llamó “*Contra Juliano*”⁴¹⁵, y se cebó contra otros filósofos paganos neoplatónicos, miembros de la *Escuela* alejandrina. Como Hierocles de Alejandría⁴¹⁶, que daba clases allí a Teosebio y otros, y coincidió con Proclo en ella, y que luego huyó a Atenas. Igual que Siriano de Alejandría⁴¹⁷, que sería maestro de Proclo también en Atenas, y director de la *Escuela* ateniense.

Tras aquellos golpes mortales, los templos fueron destruidos, cerrados o transformados, y sus cultos prohibidos, consiguiendo que ya en 423 d. C. toda traza visible de *Paganismo* hubiera desaparecido en Oriente Medio. Fue entonces, por el edicto del 425 d. C., cuando Teodosio II⁴¹⁸ decidió fundar la llamada “*Universidad*” de Constantinopla, re-fundando la *Escuela Superior Cristiana de Constantinopla* en la *Escuela Imperial*, al estilo de los *Museos* romanos, estudiándose, en griego y latín, retórica, gramática, filosofía y jurisprudencia.

En Alejandría, ya no se volvió a nombrar el *Museo* a partir de principios del s. V d. C., aunque algunas *Escuelas* siguieran abiertas, como la *Segunda Escuela Neoplatónica de Alejandría*. Sin embargo, a pesar de este silencio, se sabe que en el s. V d. C. los filósofos neoplatónicos de Alejandría mantenían intensos contactos con la *Escuela de Atenas*, sobreviviendo las dos entre toda la marea cristiana. A partir de un cierto momento, además de un intercambio, también se nota un auténtico éxodo desde Alejandría a Atenas de filóso-

413. Dzielska, “*Hypatia*”, pgs. 99-100.

414. Juan de Nikiu, “*Crón.*”, LXXXIII (LXXXIV), 103.

415. Cirilo, “*Contra Julianum*”.

416. Hierocles de Alejandría (fl. 420-430 d. C.).

417. Siriano de Alejandría (fl. c. 450 d. C.).

418. Teodosio II (408-450 d. C.).

fos neoplatónicos, que ya no volverán a la capital egipcia. La presión fundamentalista cristiana era intensa en Egipto.

En todo caso, ya Olimpiodoro *el Viejo*, retomando su docencia, daba clases a Proclo hacia el 430 d. C., después del asesinato de Hypatia. Proclo⁴¹⁹, maestro neoplatónico seguidor de Plotino, a quien también dio clases el gramático Orion, tuvo como discípulos en Alejandría a Ammonio de Hermia, Heliodoro y Hierocles de Alejandría, antes del 430 d. C., fecha en que se fue a Grecia y dirigió la *Escuela Neoplatónica de Atenas*. También fue miembro de la *Escuela alejandrina*, y contemporáneo de Hypatia, Asclepiodoto de Alejandría⁴²⁰, discípulo de Proclo y profesor de Isidoro, interesado en medicina y magia, y líder de las tendencias eruditas de la *Escuela Neoplatónica de Alejandría*.

Majcherek⁴²¹ asegura que “*No existe ninguna duda de que la ciudad vivía un verdadero renacimiento de sus enseñanzas, ya iniciado a finales del s. V d. C... Junto a Atenas, Alejandría era el centro más importante de la vida académica en la Antigüedad Tardía*”. Tanto el filósofo Hermeia de Alejandría, como sus hijos Ammonio de Hermia y su hermano Heliodoro de Alejandría, estudiaron en Atenas con Siriano, a donde les acompañó su madre Aedesia, filósofa ella misma de la *Escuela Neoplatónica*, muy conocida por su belleza y sus buenas obras. Ammonio de Hermia⁴²² fue comentarista de Aristóteles, discípulo de Proclo y maestro del filósofo y matemático Eutiquio, el médico Gesio, el gramático Harpocras y los filósofos cristianos Simplicio, Philoponus y Asclepio de Tralles.

En Egipto, toda aquella orgía de destrucciones, persecuciones y asesinatos fue un golpe mortal para la decaída cultura faraónica, que calló para siempre entre el 394 d. C., fecha del último texto jeroglífico conocido, y el 452 d. C., con el último texto en demótico, los dos en el templo de *Isis* de File. Asimismo las “*Casas de la Vida*” o las bibliotecas sagradas se habían cerrado y los escribas y sabios diezmados. Muchos pasaron a la clandestinidad, escondiendo lo que quedaba, pasando a engrosar la legión de ocultistas, que con sus grimorios, dieron fama en la Baja Antigüedad a Alejandría como la capital de las ciencias ocultas, convirtiéndose Egipto en el país de los magos.

Estos decían estar en posesión de los antiquísimos “*Libros de Thoth*”, el Hermes Trimegisto helenístico, cuyo origen remontaban a la Prehistoria, con

419. Proclo (412-485 d. C.).

420. Asclepiodoto de Alejandría (fl 450 d. C.).

421. Majcherek “*Los Auditorios Romanos Tardíos de Alejandría*”, pgs. 47-48, en Derda y otr., “*Alexandria, Auditoria of Kom El-Dikka*”, Warsaw, 2007.

422. Ammonio de Hermia (m. 517 d. C.).

los que podían “resucitar a los muertos y actuar a distancia”. Referencias a ellos aparecerán en el “*Corpus Hermeticum*” de los gnósticos alejandrinos, guía de toda la literatura hermética y alquímica. Incluso los miembros de una secta gnóstica, los *Lampetianos*, de Juan de Apamea, vinieron desde el monasterio de S. Simeón, en Siria, para instruirse con los magos alejandrinos.

Todavía en el s. V d. C., el gramático neoplatónico Horapolón⁴²³, maestro en el “*Museo*” o “*Academia*” de Alejandría, según un papiro, escribió “*Jeroglíficos*”⁴²⁴, sobre el sentido de los jeroglíficos egipcios, ya que escaseaban los escribas que pudieran leerlos, aunque dándoles un significado místico. Aún en dicho siglo encontramos a sus hijos, Asclepiades y Heraisco. Al escriba Asclepiades, quien enseñó toda su vida en Alejandría, entre otros a Isidoro, y escribió sobre religión y dioses egipcios y sobre la Prehistoria de Egipto. Y a su hermano, el místico pagano Heraisco, profesor de filosofía en Alejandría, quien, cuando murió, se apareció a su hermano Asclepiades bajo la figura del dios *Dionisos-Baco*, y cuyos despojos mortales, llenos de luz interior, imprimieron la silueta de su cuerpo en la mortaja que le envolvía.

Nacimiento de la Iglesia Copta

La pavorosa destrucción del *Serapeum* tuvo repercusiones inmediatas sobre el *Didascalium*, con la que mantenía lazos tan estrechos. El asesinato y huida de los maestros y alumnos paganos, compañeros de los cristianos, y la destrucción de sus aulas y su magnífica Biblioteca fue un duro golpe para los neoplatónicos cristianos. Pero, es que, de hecho, el *Didascalium* fue asimismo cerrado poco después de la destrucción del *Serapeum* y del fallecimiento del venerado Didymo en el 399 d. C. Efectivamente, en su lucha ciega, Teófilo mandó clausurar la *Escuela de Catequesis* cristiana de Alejandría, el *Didascalium*, a la vista de su inextinguible sesgo neoplatónico.

Además, el patriarca Teófilo persiguió con saña a los cristianos neoplatónicos que aún seguían a Orígenes y Didymo en el *Didascalium* de finales del s. IV d. C. Después de condenar los escritos de Orígenes en el 401 d. C., en su “*Contra Orígenes*”, y tras haber cerrado el *Didascalium*, se lanzó contra los origenistas alejandrinos Ammón, Dioscoro, Eusebio y Eutimo. Su lucha dió fru-

423. J. Masperó, “*Horapollon et la fin du paganisme égyptien*”, – “*Horapolón y el fin del paganismo egipcio*”, t. XI, pg. 163-195, IFAO, Caire, 1914.

424. Horapolón, “*Hieroglyphica*”.

tos. Hacia el 412 d. C., cuando falleció Teófilo, ya había unas veinte iglesias de las que se conocen sus nombres en Alejandría.

El sucesor de Teófilo, el patriarca Cirilo, persiguió asimismo a los neoplatónicos cristianos, y acusó en el 431 d. C. a Nestorio, patriarca de Constantinopla, de hereje, porque también defendía la idea de que Jesús era un hombre, y no un dios encarnado. Sería después del 432 d. C. cuando aparecería por Alejandría el propio Nestorio, camino del exilio en el lejano *Gran Oasis* del desierto Líbico. A donde le había condenado el obispo Rábula de Edesa, cerrando su *Escuela Catequista de Edesa*, donde ya se traducían al siríaco obras de Aristóteles y otros filósofos griegos, y mandando quemar todos sus libros así como los de sus seguidores. Incluso en el exilio, Nestorio consiguió publicar un libro bajo pseudónimo, el "*Bazar de Heracleides*", que, cuando fue descubierto, no sólo fue prohibido leerlo y copiarlo, si no que debía ser buscado para quemarlo. Poco después, otro decreto de Teodosio II, del 435 d. C., condenó todos los libros de Nestorio por herejía, renovando también la prohibición de sacrificios en los templos paganos, añadiendo "...si alguno de estos existe todavía".

En torno al 444 d. C., tras la desaparición de Teófilo y Cirilo, grandes perseguidores de neoplatónicos, fueran cristianos o paganos, sería cuando el *Didascalium* volvería a abrirse, posiblemente siguiendo los esfuerzos de reestructuración de la *Escuela Neoplatónica de Alejandría* por sus amigos paganos. No duraría mucho.

Fue a partir de aquellas fechas cuando se intensificó el filtro por el que toda la literatura pagana sería destruida a manos cristianas, en las famosas y siniestras hogueras, desapareciendo de repente, continuando en solitario y triunfante, a partir del s. V d. C., la monocorde literatura religiosa cristiana, como si los escritores paganos se hubiesen esfumado. Por suerte, algunos restos dejaron. En otros casos, se prohibieron a los copistas volverlos a copiar, bajo severas penas, con lo que los textos paganos se perdieron en pocas generaciones. Aquella censura silenció a todos los que aún escribían contra aquel estado de cosas, un mundo de opresión, rapiña y violencia.

Como ejemplo de ello, entre el 444 y 449 d. C., el *Abba Dioscoro* de Alejandría⁴²⁵ escribió una carta al reformador monástico monofisita Shenoute de Atripe, en el Alto Egipto, y a tres obispos, conminándoles a saquear los libros de un sacerdote hereje⁴²⁶, por lo que, según Hypatio⁴²⁷ "*el mal afamado She-*

425. Dioscoro de Alejandría (444-454 d. C.).

426. D.C. Sarefield, "*Burning Knowledge: Studies of Bookburning in Ancient Rome*", - "*Quemando Sabiduría: Estudios sobre la Quema de Libros en la Antigua Roma*"-, Ohio State U., History, 2004.

427. Hypatio, "*Callinicus*", - "*Calinico*"-, 43. 1-8.

noute... robó y destruyó los textos sagrados de un notable local pagano y los de un grupo sospechoso de ser gnósticos cristianos que se reunían en un santuario abandonado de un pueblo cercano”.

Paralelamente, Teodosio II volvió a mandar quemar en 448 d. C. los libros anti-cristianos de Porfirio, más de cien años después de que Constantino I lo hubiese intentado también, sin mucho éxito, ya que las gentes los habrían escondido, transmitiéndoselos de padres a hijos, como tesoros. La misma suerte en la hoguera corrieron más tarde los libros de Celso y los del emperador pagano Juliano, Eutropio o Libanio.

El inmenso poder acumulado por los monofisitas ortodoxos egipcios hizo que ya en el *Concilio de Efeso* del 449 d. C., el patriarca Dioscoro y los alejandrinos ortodoxos consiguieran que se reconociera el *Monofisismo* como el credo oficial del *Cristianismo*. No cuajó. Sobrevinieron más anatemas, luchas y disputas. Fue poco más tarde, en 451 d. C., fecha del *Concilio de Calcedonia*, convocado por el emperador Marciano⁴²⁸, cuando la Iglesia de Oriente se dividió para siempre entre calcedonianos y monofisitas, naciendo la *Iglesia Copta* de Egipto.

Efectivamente, los cristianos egipcios y sirios proclamaron su independencia de Constantinopla, adoptando el *Monofisismo*, y se opusieron a la dominación bizantina. Lo que fue causa de más revueltas y muertes, y de la imposición de dos obispados diferentes y enemistados, el de la Iglesia *Copta*, nacionalista e independiente, la de los egipcios *coptos* o autóctonos y la Iglesia *Melquita*, la de los bizantinos *melquitas*, católicos imperiales apoyados por el poder de Bizancio. Ello dio lugar a violentas revueltas en Alejandría, entre cristianos, refugiándose ese mismo año unos magistrados, huyendo de una caterva de exaltados, en el “*viejo Serapeum*”, según palabras de Evragio *Scholasticus*⁴²⁹, sin duda los restos de las columnatas exteriores de la vieja *Acrópolis*.

Marciano, aliado con el papa de Roma para quebrar la supremacía alejandrina, expulsó en el 451 d. C. al patriarca monofisita Dioscoro de Alejandría, enviando en su lugar al sacerdote alejandrino Proterio⁴³⁰ como primer patriarca melquita de Alejandría, rodeado de dos mil soldados para protegerle. El decreto de Marciano en 455 d. C., prohibiendo los libros que criticaran el *Concilio de Calcedonia* y mandando quemar todos los libros monofisitas, no sirvió de nada, aumentando el distanciamiento. A partir de entonces, las dos

428. Marciano (450-457 d. C.).

429. Evragio, “*Historia Ecclesiástica*”, II, 5.

430. Proterio (451-457 d. C.).

Iglesias cristianas en Egipto tuvieron sus respectivos patriarcas en Alejandría, que se odiaban. Se turnaron en la sede alejandrina hasta el 538 d. C. Las luchas entre estas dos facciones religiosas cristianas tiñeron de sangre y mártires Alejandría hasta la llegada de los árabes. En cuanto Marciano murió, Proterio fue asesinado en las calles alejandrinas por fanáticos monofisitas, bajo el emperador León I⁴³¹.

A la postre, los emperadores ordenaron cerrar definitivamente el tambaleante *Didascalium*, un centro del *Monofisismo* más cercano a los neoplatónicos, consumándose su derrota frente a la ortodoxia. Así, trasladaron la *Escuela Catecúmena* alejandrina y su biblioteca a Constantinopla, tal vez a finales de la segunda mitad del s. V d. C. Esto hizo que los cristianos neoplatónicos alejandrinos quedasen desamparados, pasando muchos a una semi-clandestinidad dentro de las filas cristianas, hasta aparecer enmarcados de nuevo en la *Escuela de Alejandría* pagana, donde buscarán refugio a sus ideas.

Filósofos paganos y Philoponoi

A finales del s. V d. C., el panorama de Alejandría demuestra una gran actividad académica, junto a grandes tensiones provocadas por el avance del *Cristianismo*. En el 482 d. C. el emperador Zenón⁴³² impuso a las distintas facciones cristianas un texto, el "*Henoticon*", que trataba de acercar las posiciones de calcedonianos y monofisitas, lo que fue aceptado por el patriarca Pedro III Monge⁴³³, trayendo así la paz social a Alejandría por un tiempo, entre los cristianos, sucediéndose en su sede exclusivamente patriarcas monofisitas.

En la *Escuela Neoplatónica*, Ammonio de Hermia y Heliodoro serán los maestros de filosofía en Alejandría del rétor Damascio de Siria⁴³⁴, quien estudió de joven en Alejandría, siendo también discípulo del rétor Theón⁴³⁵ y del filósofo Isidoro. Damascio escribió "*Vida de Isidoro*", con descripciones de la vida intelectual de la época en Alejandría, donde vivió once años. Hacia el 483 d. C. se fue a Atenas, siendo el último director de la *Escuela Neoplatónica* ateniense. Según Leroux, fue posiblemente Damascio quien recopiló en Alejandría, antes de partir hacia Atenas, una importantísima colección de libros, de

431. León I (457-474 d. C.).

432. Zenón (474-491 d. C.).

433. Pedro III Monge (480-488 d. C.).

434. Damascio (n. c. 460-m. después 532 d. C.), "*Vita Isidori*".

435. Theón (fl. 464 d. C.).

tendencia platónica y neoplatónica, llamada la "*Collectio Philosophica*"⁴³⁶, con textos de Platón, Plotino, Proclo, Simplicio y Damascio. Este seleccionaría y haría copiar los libros en la biblioteca de la *Escuela Neoplatónica* alejandrina, la única que a finales del s. V d. C. podría proveerle de buenas copias, que se llevaría consigo a Atenas, herramienta imprescindible para sus enseñanzas.

Con Ammonio de Hermia estudió, en 485 d. C., el cristiano Zacarías *Scholasticus*, obispo de Mitilene, que escribió "*Ammonio*" o "*La creación del mundo*"⁴³⁷, lo que revelaría que los sabios neoplatónicos paganos de Alejandría, al contrario de los de Atenas, mantenían una actitud más conciliatoria con los cristianos, siguiendo el ejemplo de la primera *Escuela Neoplatónica de Alejandría*. Hasta tal punto, empero, que a fines del s. V, Ammonio de Hermia, bajo la presión, es cierto, de las persecuciones cristianas, acordó con el patriarca Atanasio II⁴³⁸ que la renacida *Escuela de Filosofía* alejandrina renunciaba a algunas ideas de la filosofía pagana, incompatibles con el simbolismo cristiano. Lo que provocó las iras de Damascio y un enfrentamiento entre las dos Escuelas neoplatónicas.

Fue en aquella época cuando aparecieron en Alejandría unos grupos de celosos catecúmenos llamados *Philoponoi*, "los que aman el trabajo", especie de cofradías de voluntariado social laico cercanas a la Iglesia. Estos neófitos se dedicaban a hacer un proselitismo sin violencia entre sus compañeros paganos o crypto-paganos, aún indecisos entre el mundo clásico y el cristiano, haciendo especial hincapié en arrancar a aquellos indecisos uno de sus grandes secretos: donde guardaban los libros sagrados de adivinación y mágicos, para poder quemarlos. Zacarías *Scholasticus* aseguraba que los *Philoponoi* estaban compuestos esencialmente por estudiantes, y que eran temidos por los paganos⁴³⁹. Se dedicaban a cosas como ayudar a enfermos, tomar notas en los sermones o rezar en la iglesia toda la noche. Sus actividades se centrarían en los auditorios de Kom El-Dikka.

Zacarías *Scholasticus* estaría muy cercano a aquellos *Philoponoi*, cuando estudió retórica alrededor del 485 d. C., en Alejandría, junto a su amigo, el joven pagano Severo, que más tarde sería obispo monofisita en Antioquía⁴⁴⁰. Zacarías los describió en su "*Vida de Severo*", que relata la vida estudiantil de aquel tiempo en Alejandría. A "*donde acudían a estudiar retórica jóvenes aris-*

436. "*Colección Filosófica*".

437. Zacarías *Scholasticus*, "*Ammonius*", 92-99.

438. Atanasio II (c. 489-496 d. C.).

439. Zacarías *Scholasticus*, "*Vita Severi*", 24.

440. Severo, obispo de Antioquía (512-518 d. C.).

tócratas de todas las ciudades de Oriente”, como nos cuenta R. Teja⁴⁴¹. Entre ellos se habían agrupado por entonces “los denominados «philoponoi», jóvenes estudiantes que se sentían atraídos por la fe y las doctrinas cristianas y que formaban una especie de asociación religiosa con fines asistenciales... Aunque muchos eran simples catecúmenos, demostraban un gran celo en atraer a la nueva religión a sus colegas paganos...”

Junto a los medios violentos, los estudiantes cristianos utilizaban la persuasión... también en estos ambientes universitarios y urbanos el paso último hacia la «conversión» se presenta precedido de la quema de libros de magia...”⁴⁴². Así pues, continúa, “los principales protagonistas en la guerra contra la magia no fueron el poder imperial y los obispos, sino... monjes y estudiantes. El instrumento más importante del que se sirvieron fue la búsqueda y quema de los «libros sagrados» de la magia...”⁴⁴³. Y también el descubrimiento de sus lugares ocultos de culto, que algunos paganos podían todavía conservar sobornando a las autoridades locales.

Es por esto último por lo que miembros de la *Escuela de Alejandría* se podían acercar aún a orar al sagrado santuario de *Isis Medica*, en Menouthis, cerca de la metrópolis. Lo que hizo que un neófito converso cristiano, Paralio, lo denunciara a los *Philoponoi*, y acompañado por monjes, y apoyado por el patriarca Pedro III Monge, fuera hacia el 484 o 488 d. C. hasta aquel santuario isíaco, y lo destruyera completamente, torturando y matando a sus sacerdotes⁴⁴⁴, como nos cuenta Zacarías *Scholasticus*, en “*Vida de Severo*”.

Zacarías asegura que sus estatuas sagradas se llevaron “hasta el centro de la ciudad”⁴⁴⁵ de Alejandría, y fueron quemadas en una hoguera frente a un lugar “llamado *Tychaion*”, el templo de la diosa *Fortuna*⁴⁴⁶ de la ciudad, uno de los lugares más respetados de Alejandría, pues sobrevivió intacto durante siglos, frente por frente del “*Temenos de las Musas*”. Después de haberse destruido los ídolos, a Paralio no dejaron de atormentarle los dioses destronados que “le llenaban de pavor durante la noche”⁴⁴⁷. Aconsejado por su maestro Zacarías, sólo quemando los libros mágicos y de conjuros se libró de ellos.

441. Teja, “*La Quema de Libros de Magia como forma de represión religiosa y política en el Imperio Cristiano*”, pgs. 73-99, en M. Marcos y R. Teja, “*Tolerancia e intolerancia religiosa en el Mediterráneo Antiguo: Temas y Problemas*”, E. Trotta, Bandue, II, 2008.

442. Teja, pg. 84.

443. Teja, pg. 96.

444. Rassias, V. G., “*Christian Persecutions against the Hellenes*”, –“*Persecuciones cristianas contra los Helenos*”–, Anoithti Poli Ed., Athens, 2000.

445. Zacarías *Scholasticus*, “*Vita Severi*”, “*Patrologia Orientalis*”, II, 33-35.

446. La diosa griega *Tyché* era la romana *Fortuna*, diosas tutelares de la ciudad.

447. Zacarías *Scholasticus*, “*Vita Severi*”, 37-38.

En el 488 d. C. el emperador Zenón desencadenó una feroz persecución contra los intelectuales de Alejandría⁴⁴⁸. El monje sofista Esteban tomó parte en la persecución contra los paganos. El rétor Zósimo de Gaza fue ejecutado por los cristianos. Agapio arrestado, como también Flavio Horapolon. El filósofo y místico Heraisco fue interrogado y torturado, y tuvo que esconderse en casa del médico Gesio, donde murió. Al gramático Harpocras le salvó del arresto un soplo de su amigo el filósofo Isidoro. Este último, para escapar, se fue con Damascio de viaje por todo el Mediterráneo oriental, visitando a numerosos filósofos neoplatónicos. Se constata en esta época la destrucción del *Lageion*, el primer hipódromo y circo de Alejandría, junto al *Serapeum*.

Por su parte, en el Oriente cristiano, tras la clausura definitiva de la *Escuela de Edesa* en el 489 d. C., por el emperador Zenón, favorable a los monofisitas, los profesores y alumnos cristianos siríaco parlantes, seguidores de Nestorio, huyeron hacia el *Imperio Sasánida* de Persia perseguidos por los cristianos ortodoxos greco parlantes, originándose otro cisma dentro de las filas cristianas orientales. Los cristianos que huyeron a Persia fueron llamados herejes *Nestorianos*. Estos, que se fueron con multitud de libros y bibliotecas, para que no las quemaran los ortodoxos, crearon inmediatamente una *Escuela de Traductores* en Nisibe y una *Academia Hipocrática* en Jundishapur, volcando los textos griegos al iranio, e impulsando una extraordinaria renovación cultural. Ya a finales del s. V d. C. se tradujeron obras de Platón al árabe y persa.

La Escuela Cristiana de Alejandría

Fue a finales del s. V y principios del s. VI d. C., tiempo después de cerrarse el *Didascalium*, cuando se desarrolló la que se ha dado en llamar *Escuela Cristiana de Alejandría*, con la fundación de una segunda *Escuela* y biblioteca cristianas en Alejandría, ya bajo la férrea égida de los patriarcas ortodoxos de Alejandría, que habían concentrado todo el poder de la nueva Iglesia *Copta*. Albergaría esencialmente libros de estudios bíblicos y cristianos ortodoxos. Se pensaba hasta ahora, a falta de restos arqueológicos, que esta *Escuela* de pensamiento cristiano no formaba ninguna institución propiamente dicha, como el antiguo *Didascalium*, sino que se trataba de un movimiento de

448. Szabat, E. "Teachers in the Eastern Roman Empire (Fifth-Seventh Centuries). A Historical Study and Procopography", - "Maestros en el Imperio Romano Oriental (Quinto-Séptimo Siglos). Un Estudio Histórico y Procopográfico", pgs. 177-345, en Derda y otr., "Alejandría, Auditorios de Kom El-Dikka", Warsaw, 2007.

adoctrinamiento y teología eclesiástica, muy activo en Alejandría, albergado en iglesias y casas.

A su seno se adjudican los nombres de Atanasio, Teófilo, Cirilo y Apolinario, lo que hace suponer dos cosas. Una, que estas nuevas *Escuela* y biblioteca cristianas ya se atribuyen a la Iglesia *Copta*, que aunque aún no existiera oficialmente en el s. IV d. C., época de Atanasio, ya existía como movimiento religioso egipcio, defensor del *Monofisismo* ortodoxo, que tomó ese nombre bajo Cirilo. La otra, que los escritos de estos patriarcas monofisitas se insertan en dicha *Escuela*, aún cuando en época de Atanasio y Teófilo el *Didascalium* todavía existiera. Es evidente que ya los monofisitas ortodoxos egipcios tenían en el s. IV d. C. sus lugares de adoctrinamiento y sus bibliotecas religiosas antes de que el *Didascalium* desapareciera. Serán los que triunfen a la larga, y de ellos surgirá esta nueva *Escuela Cristiana de Alejandría* en el s. VI d. C.

Se podría suponer que los restos de auditorios proclamados como pertenecientes a la *Gran Biblioteca*, descubiertos en 2004 d. C. por las excavaciones egipcio-polacas dirigidas por el Prof. G. Majcherek, en Kom El-Dikka, en el centro de la Alejandría bizantina, datados de fines del s. V y todo el s. VI d. C., estaban conectados con esta segunda *Escuela Cristiana*. Majcherek los describe en "*The Late Roman Auditoria of Alexandria: An Archaeological Overview*", y en "*Academic Life of Late Antique Alexandria. A View from the Field*",⁴⁴⁹. A pesar de lo que se ha anunciado en los medios, esos restos no pudieron pertenecer nunca a las Bibliotecas reales de Alejandría, no coincidiendo con ellas, ni por su ubicación ni por su época.

En realidad, se trata de una serie de pequeños auditorios, para 20-30 personas cada uno, en forma de herradura, dotados de bancos corridos en forma de gradas, con un sillón principal para el maestro y un pequeño podio para los alumnos en el centro. Seguían modelos arquitectónicos anteriores, en forma de herradura, con gradas y sitial, y salas separadas para cada maestro, donde desde antiguo impartían sus enseñanzas profesores y filósofos paganos, como Hypatia⁴⁵⁰. Lanciani⁴⁵¹ subraya la fuerza de la tradición arquitectónica en épo-

449. Majcherek, "*Los Auditorios Romanos Tardíos de Alejandría: Una Aproximación Arqueológica*", pgs. 11-50, en T. Derda, "*Alejandría, Auditorios de Kom El-Dikka y la Educación en la Antigüedad Tardía*", Warsaw, 2007; "*Vida Académica de la Antigua Alejandría Tardía. Una Aproximación desde el Trabajo de Campo*", pgs. 191-206, en El-Abbadi y otr., "*¿Que le ocurrió Bibl. Alex.?*", Brill, Leiden-Boston, 2008.

450. Libanio, "*Chriae*", III. 7; Juan de Nikiu, LXXXIII (LXXXIV), 101; *Decreto* del 425 de Teodosio II; Elías, Pseudo "*In Porphyrii Isagogen commentarium*", 21. 30, mencionados por Majcherek en los dos textos.

451. Lanciani "*Ancient Rome in the Light of Recent Discoveries*", 1888.

ca romana, que hacía que se copiaran minuciosamente los ejemplos de edificios anteriores, como se ha constatado en las bibliotecas cristianas de Roma.

Estos auditorios estaban repartidos entre los muros del antiguo *Odeón* o *Pequeño Teatro* romano de Alejandría y las *Termas*, junto a un enorme vertedero, que formaba una gigantesca colina justo al lado de los auditorios, una de las decenas de monstruosas colinas de desperdicios que surgieron en el decadente paisaje urbano de la Alejandría bizantina del s. V d. C., abandonada a su suerte, enferma de ruinas y exhausta de luchas intestinas. Los auditorios se disponían en grupos separados, construidos al albur de las necesidades, sin plan general ordenado, todos dando directamente a la calle, como las tiendas, algunos enfrente de unos urinarios públicos, por lo que no formaban parte de ningún monumento. Se distribuyeron como pequeñas escuelas todo lo largo de una manzana, en el centro más concurrido de la ciudad, frente a una avenida del *Ágora*, adornada con elegantes columnatas. Entre todas podrían llegar a acomodar a unas 500-600 personas⁴⁵², distribuidas en quince o veinte pequeños auditorios, posiblemente para declamación u oratoria.

Datan todos los auditorios de la época bizantina, a partir de muy finales del s. V y de principios del s. VI hasta el VII d. C. Precisamente cuando, como ya hemos visto, el *Museo* y las dos Bibliotecas reales habían sido destruidas sin remedio, y una nueva creencia había triunfado en el Imperio. No sólo se cerraban templos, sino que la labor esencial de los cristianos en aquella metrópolis pagana, era, sin duda, la de adoctrinar sin descanso a sus habitantes y conseguir conversos. Su construcción se habría visto favorecida por la actitud del emperador Atanasio⁴⁵³, que se inclinó abiertamente a favor del *Monofisismo*, mayoritario en Siria y Egipto, exhibiendo un notable interés por la metrópolis egipcia, reparando incluso el *Faro de Alejandría*.

El hecho es que dichos auditorios no son exactamente construcciones, sino elementos intrusivos que alteraron sustancialmente la fisonomía del *Pequeño Teatro*, destruyendo su escena y cambiando radicalmente la función del antiguo edificio, dotándolo en su última época de una cúpula de estilo bizantino, y convirtiéndolo, con toda probabilidad, en lugar de catequesis para las nuevas hornadas de cristianos alejandrinos. Tal vez con exageración Majcherek ha calificado su hallazgo como “*la universidad más antigua jamás encontrada*”. Porque, si no universidad, posiblemente sí que fuera la sede de la *Es-*

452. Majcherek, “*Auditorios Romanos Tardíos de Alejandría*”, pgs. 11-50, en Derda y otr., “*Alejandría. Auditorios de Kom El-Dikka*”, Warsaw, 2007.

453. Atanasio (491-518 d. C.).

cuela Cristiana de Alejandría, utilizando para ello uno de los más bellos monumentos de la ciudad romana.

Efectivamente, estos auditorios y la transformación del *Pequeño Teatro* serían el resultado de un nuevo programa urbano, de acuerdo con las circunstancias políticas. Reflejaría el acaparamiento y la transformación de todos los grandes monumentos paganos, en aras del nuevo orden cristiano. Sin duda el antiguo *Odeón* romano era idóneo como centro de adoctrinamiento de las masas populares, quedando los auditorios para enseñanzas más selectas. Pudo constituirse en el gran centro de adoctrinamiento cristiano en Alejandría, más que una novísima universidad.

Aquellos auditorios se construyeron en los bordes mismos de la Alejandría bizantina, junto a los páramos abandonados de lo que fue el *Bruchion* o barrio real, junto a la gran plaza, que seguía constituyendo el corazón neurálgico de la ciudad. Por aquellas escuelas de catequistas, centros de propagación religiosa, pasarían todos los catecúmenos posibles, empeño de proselitismo que acabó un siglo más tarde, cuando los bizantinos tuvieron que abandonar Alejandría ante la conquista árabe.

Mientras, en estos auditorios, legiones de monjes y *Philoponoi* desarrollaron una intensa actividad teológica, destinada a la expansión de la doctrina cristiana y el combate de todas las herejías, tan peligrosas como la persistencia del *Paganismo*. A pesar del celo desplegado por los *Philoponoi*, estos convivirán durante todo el s. VI d. C. con las *Escuelas* paganas. En todo caso, según Watts, ya entrado el s. VI d. C., “este movimiento (*philoponoi*), aunque presente en las escuelas, no tuvo un apoyo importante entre los estudiantes... luchaban para que los estudiantes cristianos no se convirtieran al paganismo... un cambio en el sistema de enseñanza filosófica, como parecían proponer los *philoponoi*, era muy difícil...”⁴⁵⁴.

Supervivencia de la Escuela Neoplatónica de Alejandría

Porque efectivamente, todavía en el s. VI d. C., subsisten aún en Alejandría diversas *Escuelas* paganas, prestigiosas y activas, como la *Escuela de Filosofía*, abarcando la gramática, astronomía, óptica, física y matemáticas, y la *Escuela de Medicina*. Siguen conviviendo en la *Escuela de Filosofía Neoplatónica de*

454. Watts, “*City and School in Late Antique Athens and Alexandria*”, 8, pgs. 204-257, U. California Press, 2006.

Alejandro, alumnos cristianos y paganos neoplatónicos, que comparten tantas ideas acerca de sus creencias sincréticas. Entre los más importantes se sucedieron los filósofos paganos Ammonio de Hermia, del que se sabe que todavía daba clases en el 515 d. C., su hermano Heliodoro de Alejandro, u Olimpiodoro *el Joven*, y los cristianos Philoponus, Elías y David *el Armenio*.

Zacarías *Scholasticus* parece descubrir esta *Escuela Neoplatónica* en el centro de Alejandro, cuando, en el 518 d. C., se refiere al “*Temenos de las Musas, donde los poetas y rétores y los hijos de los estudiosos pasean y dan sus conferencias*”⁴⁵⁵. Con este bello nombre, de asociaciones paganas, el *Temenos de las Musas* sólo podría referirse a las *Escuelas del Museo* que aún sobrevivían, en un recinto consagrado al antiguo conocimiento, el *Santuario de las Musas*. Este nunca sería el conjunto irregular de los auditorios del Kom El-Dikka, como parecen apuntar algunos, sino el tercer *Museo* alejandrino, del que hablara Sinesio de Cirene, que aún un siglo más tarde, a principios del s. VI d. C., seguía vivo, con la *Escuela Neoplatónica* y la de *Medicina* en su seno.

El relato de Zacarías aporta además nueva luz sobre su ubicación en Alejandro. Era, al parecer, un recinto sagrado que estaba frente por frente con el monumento pagano más respetado de la ciudad, el santuario de la diosa *Tyché*, el *Tychaion*, un grandioso edificio en el centro de la capital egipcia, coronado con la magnífica “*Cúpula Verde*”, mencionada en textos árabes⁴⁵⁶, con las estatuas de todos los soberanos desde Alejandro y las tablas de bronce con las leyes, que sobrevivió intacto hasta el 602 d. C.

El *Museo* refundado por Olimpiodoro *el Viejo* sería el *Temenos de las Musas* para los alejandrinos. Estaría en una plaza principal, en lo alto de la ciudad romana, donde se celebrarían las principales festividades cívico-religiosas en honor de la ciudad, sus orígenes y nobleza. El *Temenos de las Musas* pagano, frente al *Tychaion*, seguiría teniendo un lugar de honor dentro del tejido urbano de la Alejandro Tardía. La llama del saber antiguo aún no se había apagado.

Por aquellos años, en palabras de Watts, “*La situación religiosa de Alejandro era confusa... después del deceso del patriarca Anastasio en el 518, se enfrentaron las dos corrientes anti-calcedonianas en Alejandro. El patriarca Timoteo tenía muy poco control sobre las partes en conflicto que dividían las filas de la Iglesia*”⁴⁵⁷

455. Zacarías *Scholasticus*, “*Ammonius*”, 1064 A, en J. S. Mckenzie, “*The Place where Alchemist and Scholars sit (...) was like stairs*”, –“*El Lugar donde Alquimistas y Sabios se sentaban (...) era como escaleras*”–, pg. 79, en Derda y otr., “*Alejandro. Auditorios de Kom El-Dikka*”, Warsaw, 2007.

456. Ibn Rusta (fl. 903), en Mckenzie, “*Place Where Alchemist...*”, 2007.

457. Watts, “*City and School*”, pg. 246.

monofisita, entre los partidarios del mencionado obispo Severo de Antioquía, y Juliano de Halicarnaso por una cuestión tan bizantina como la incorruptibilidad del cuerpo de Cristo. Las luchas entre los monofisitas ortodoxos fueron enconadas.

En aquella época, el emperador Justiniano⁴⁵⁸ desató una serie de persecuciones contra los filósofos paganos, que fueron paseados en público y sus libros quemados, ocasión en la que el propio Olimpiodoro *el Joven* logró sobrevivir a la persecución, gracias a la ayuda de Philoponus. El emperador abolió todas las *Escuelas* paganas por el “Decreto del 529 d. C.”, cerrando la *Escuela Neoplatónica de Atenas*, la más politizada, cuyo director era Damascio, destruyendo así el último legado del patrimonio antiguo en Occidente. Tal vez en aquella época fue trasladada la biblioteca filosófica de Damascio, de origen alejandrino, desde Atenas a Constantinopla, donde sólo cuatrocientos años más tarde, en el s. IX d. C. un estudioso bizantino tradujo los textos.

Pero, asombrosamente, en el 529 d. C., la *Escuela Neoplatónica de Alejandría* se salvó. Fue gracias al esfuerzo y los escritos del filósofo alejandrino, neoplatónico y cristiano converso del credo pagano Johannes Philoponus, *Philoponus*, *Filopono* o *Juan el Gramático*⁴⁵⁹, por lo que la *Escuela de Alejandría* no fue cerrada. Philoponus era un famoso teólogo monofisita y filósofo alejandrino del s. VI d. C., comentar de Aristóteles, miembro docente de la *Escuela*, alumno de Ammonio de Hermia y Romano y condiscípulo de Asclepio de Tralles. No se sabe si Philoponus pertenecía a los *Philoponoi*, aunque el mote que le pusieron lo delata, siendo Elías el primero en mencionarlo⁴⁶⁰. Watts dice que “*Su identificación con los philoponoi no ha de cuestionarse*”⁴⁶¹. Según L. MacCoull, “*fue la primera y probablemente la única mente universal del Egipto Cristiano*”⁴⁶².

Efectivamente, el mismo año 529 d. C., el del infausto “Decreto” de Justiniano, Philoponus se apresuró a publicar su obra “*Contra Proclo*”⁴⁶³, que ya habría comenzado años antes, prometiendo en ella la redacción de otra obra

458. Justiniano (527-565 d. C.), “Decreto del 529 d. C.”.

459. Nicéforo Callisto (490-570, fl. 530-547 d. C.), “*Historia Eclesiástica*”, XVIII. 45, afirma la identidad entre Juan el Gramático y Philoponus.

460. Elías, “*Sobre las «Categorías» de Aristóteles*”, 246. 14.

461. Watts, “*City and School*”, pg. 243.

462. MacCoull, “*The historical Context of John Philoponus in Byzantine-Coptic Egypt*”, –“*El contexto histórico de Juan Philoponus en el Egipto Bizantino-Copto*”–, *Journal of Ancient Christianity*, 2006.

463. Philoponus (c. 490-575 d. C.), “*De aeternitate mundi adversus Proclum*” o “*Contra Proclais*”, –“*Sobre la eternidad del mundo contra Proclo y sus dieciocho argumentos*”–.

aún más polémica, “*Contra Aristóteles*”, criticando así la doctrina de Aristóteles, lo que agradó al emperador, que había prohibido parcialmente su enseñanza en el Imperio, y dio por resultado el que Justiniano no aplicara en Alejandría la prohibición del 529 d. C., a los paganos, de ejercer la docencia. Y fue así como la *Escuela Neoplatónica de Alejandría*, dos veces centenaria, pudo seguir abierta en Oriente, como única institución pagana desde donde el *Neoplatonismo* seguía irradiando. Se constituyó en el último bastión de la gran cultura pagana.

Este increíble gesto de Philoponus, un cristiano neoplatónico salvando la existencia de la *Escuela de Alejandría* pagana, prueba que grado de unión había en los círculos intelectuales paganos y cristianos neoplatónicos en Alejandría. Habiendo sido cerrado el *Didascalium* hacía ochenta años, los neoplatónicos cristianos alejandrinos se habían refugiado en el seno de aquel centro de sabiduría, separándose de las corrientes más ortodoxas de los monjes monofisitas del desierto.

No se sabe todavía porqué Philoponus redactó aquellos escritos, que iban directamente contra las ideas de su maestro Ammonio de Hermia, y que rompían un consenso sobre la enseñanza filosófica en Alejandría, donde el legado conjunto de Platón y Aristóteles era intocable⁴⁶⁴. En todo caso, su gesto le valió un sinfín de enemigos entre los cristianos alejandrinos monofisitas, y entre los calcedonianos, llegando a llamarle “*Falso cristiano*” el nestoriano Cosme *Indicopleustes*⁴⁶⁵. A la postre, sus escritos serían anatemizados. Con respecto al cambio de criterio, según Watts, “*todo hace suponer que fue por razones filosóficas y personales*”⁴⁶⁶.

En 531, con ocasión de todas estas persecuciones a paganos, un grupo de los últimos seis filósofos neoplatónicos del Imperio se refugió breves años en Persia, donde el rey Khushraw Anushiwan I⁴⁶⁷, el *Chosroés* de los griegos, les acogió, defendiéndoles de Justiniano. La presencia de aquellos filósofos neoplatónicos dejó huella, entre ellos Damascio, cuya presencia es atestada en 532 d. C. en Persia. Ya en el s. VI d. C. los árabes de Damasco buscaban obras de Platón y del neoplatónico Damascio⁴⁶⁸.

464. P. Hoffmann, “*Philoponus and the Rejection of Aristotelian Science*”, –“*Philoponus y el Rechazo de la Ciencia Aristotélica*”–, Ed. R. Sorabji, pgs. 57-83, London, 1987.

465. Cosme *Indicopleustes*, “*Topographica Christiana*”, –“*Topografía Cristiana*”–, 1. 2. 1-12.

466. Watts, “*City and School*”, pg. 250.

467. Khushraw I (531-578 d. C.).

468. C. Prince, “*The Historical Context of Arabic Translation, Learning, and the Libraries of Medieval Andalusia*”, –“*El Contexto Histórico de la Traducción Árabe, Aprendizaje y Bibliotecas de la Andalucía Medieval*”–, *Library History*, Vol. 18, 2, pgs. 73-87, 2002.

Con la *Escuela Neoplatónica* pagana abierta, pudieron continuar enseñando en el s. VI d. C. los hermanos Heliodoro de Alejandría, ejerciendo de gramático y astrónomo, y Ammonio de Hermia sus enseñanzas aristotélicas. En cuanto a este, como a su excelso antecesor Ammonio *Saccas*, tampoco “*le gustaba escribir*”, por lo que se conservaron muchas de sus enseñanzas sólo gracias a los apuntes de clase de sus discípulos Asclepio de Tralles y Philoponus, las notas “*tomadas de viva voz*”⁴⁶⁹, como se las llamaba entonces.

La existencia de una corriente neoplatónica dentro del *Monofisismo* alejandrino seguía siendo singularmente profunda, incluso entre sectores del clero egipcio. Tanta era su influencia, que en el 533 d. C. pudieron presentarse en Constantinopla para un debate religioso⁴⁷⁰ seis monofisitas moderados, los *Severianos*, liderados por Severo de Antioquía, reivindicando contra seis calcedonianos bizantinos o melquitas, liderados por Hypatio, obispo de Efeso, los escritos apócrifos de Dionisio *el Areopagita*⁴⁷¹, supuesto primer obispo de Atenas. Textos que eran, de hecho, unos extraordinarios escritos cristianos sincréticos, profundamente neoplatónicos, que trataban de unir las posiciones de melquitas y monofisitas neoplatónicos. Pudieran haber sido escritos en Siria, al final del s. V d. C., por un pagano neoplatónico, seguidor de Proclo, convertido en monofisita. Sus escritos estaban destinados a los catecúmenos y nuevos bautizados⁴⁷², y eran textos sincréticos que trataban de desarrollar el espíritu del “*Henoticon*” del emperador Zenón.

Hypatio rechazó los textos de Dionisio como espurios, ya que Cirilo de Alejandría los desconocía, y nunca los vio en los almacenes de libros alejandrinos. Aunque, como dice J. Stiglmayr, “*En todo caso, las referencias a los archivos de Alejandría pesaban poco en su ánimo (de Hypatio), puesto que sabía que Alejandría, con sus bibliotecas, hacía tiempo que estaba en manos de los herejes (monofisitas)*”⁴⁷³.

Así pues, la reivindicación de los escritos sincréticos neoplatónicos de Dionisio fue compartida sólo por monofisitas moderados, nestorianos y monotelitas. Entre los monofisitas estaban Temistio, diácono en Alejandría hacia el

469. S. Pérez Cortés, “*Palabras de filósofos*», *oralidad, escritura y memoria en la filosofía antigua*”.

470. Inocencio, obispo de Maronia, “*Crónica*” (Hardouin, II, 1159 sq).

471. Dionisio *el Areopagita*, Pseudo (mediados s. I d. C.), “*Los Nombres Divinos*”, “*Teología Mística*”, “*Jerarquía Celestial*”, “*Jerarquía Eclesiástica*”.

472. Dionisio (D. D. N., III, 2).

473. Stiglmayr, “*Dionysius the Pseudo-Areopagita*”, –“*Dionisio el Pseudo-Areopagita*”–, en “*The Catholic Encyclopedia*”, Vol. 5, Appleton, New York, 1909.

537 d. C., Coluto de Alejandría, Philoponus⁴⁷⁴ y Eulogio, patriarca de Alejandría⁴⁷⁵. Y entre los monotelitas, Ciro, patriarca de Alejandría⁴⁷⁶.

Justiniano no distinguió corrientes, sino doctrinas, y en el 538 d. C. impuso un patriarca melquita independiente, único con residencia en Alejandría, expulsando al patriarca copto de la ciudad. Asimismo expulsó a los coptos de sus iglesias, como el *Caesarion*, y las entregó a los melquitas. Curiosamente, la principal iglesia copta de la época, que luego sería la catedral monofisita de Alejandría, llamada *Angelion*, se erigió a los pies de la escalinata que subía al *Serapeum*. Extraño lugar, que evidencia más aún la maldición que sobrevolaba lo alto de la colina profanada, en donde ni siquiera los victoriosos cristianos se atrevieron nunca a levantar nada.

Además, a causa de los excesos de los origenistas cristianos, que atribuían a Orígenes postulados extremos que nunca defendió, se declararon sus textos “*anatema*” en 545 y 553 d. C., con ocasión del *V Concilio Ecu­ménico de Constantinopla*, convocado por Justiniano. Inmediatamente, los libros de Orígenes fueron proscritos de la Iglesia católica, siendo destruidos o falseados sus textos. Esto hizo que los neoplatónicos cristianos monofisitas se volvieran aún más discretos, y más que nunca pasaron a integrarse en la *Escuela pagana alejandrina*.

El último gran pensador pagano de la *Escuela Neoplatónica de Alejandría* fue Olimpiodoro *el Joven*⁴⁷⁷, filósofo y astrólogo, comentarista de Platón y Aristóteles, interesado en Jámblico, y discípulo de Ammonio de Hermia. Como tampoco escribía, fueron sus alumnos cristianos Elías, Esteban y David *el Armenio* los que tomaron notas. Defendía en sus “*Comentarios*” tesis muy opuestas al credo cristiano, siguiendo al maestro neoplatónico Plotino.

Olimpiodoro *el Joven* fue testigo, muy a su pesar, de como en el 550 d. C., Teodora, la esposa del emperador Justiniano, mandó incendiar Alejandría por no aceptar los alejandrinos como patriarca a su protegido Teodosio. En el 554 d. C. el filósofo salió a la calle junto a miles de alejandrinos atemorizados por unas débiles sacudidas telúricas que, según Agatias, no eran frecuentes “*en la gran metrópolis de Alejandría sobre el Nilo*”⁴⁷⁸. También Olimpiodoro *el Joven* aludió en sus “*Comentarios*” a terremotos en la costa egipcia antes de aquella

474. Philoponus (fl. 546-549 d. C.)

475. Eulogio de Alejandría (580-607 d. C.).

476. Ciro de Alejandría (630-643 d. C.).

477. Olimpiodoro *el Joven* (495-570 d. C.).

478. Agatias (fl. mediados s. VI d. C.), “*Agathias*”, II. 15, 1-2, mencionado por Majcherek en “*Auditorios Rom. Tard.*”, Warsaw, 2007.

época, muy cerca de Alejandría, aunque siguiera sin mencionar, ni él ni su maestro Ammonio de Hermia, destrucción alguna por maremotos o tsunamis en Alejandría.

Efectivamente, recordemos la curiosa "*Lettre á M. Jomard*" escrita por Raulhac⁴⁷⁹, diciendo que "*Olimpiodoro*⁴⁸⁰ *menciona un movimiento en las aguas del mar muy considerable ocurrido en los alrededores de Canope y de Heraclea, y cuenta, apoyado en el testimonio del filósofo Ammonio, que las tierras vecinas a estas dos ciudades, hasta una distancia de cinco estadios, fueron inundadas de tal forma que aún podían verse, mucho tiempo después, edificios y restos de casas en medio de las aguas... el mismo Olimpiodoro cita una invasión del mar en Achaia (Grecia), acompañada de un temblor de tierra...*"⁴⁸¹. En el verano del 564 d. C. Olimpiodoro *el Joven* dio una serie de conferencias en Alejandría sobre astrología. Fue el último director pagano de la *Escuela*.

Poco después, alrededor del 565 d. C., visitó Alejandría Antonino *Mártir*, peregrino a Palestina, escribiendo entusiasmado que "*Alejandría es una ciudad magnífica*"⁴⁸². Tras el deceso del filósofo Olimpiodoro *el Joven* en el 570 d. C., la religión faraónica se extinguió, tras casi tres mil quinientos años de existencia, al cerrarse en el 577 d. C., en tiempos de Justino II⁴⁸³, el templo de la sagrada *Isis*, que seguía abierto en la isla nilótica de File, en las fronteras de Nubia, al sur de Egipto.

Después del fallecimiento de Olimpiodoro *el Joven*, la *Escuela Neoplatónica de Alejandría* sufrió una gran transformación, convirtiéndose, de hecho, en una segunda *Escuela* de neoplatónicos cristianos de corte aristotélico, pues

479. Raulhac, "*Lettre a M. Jomard, Membre de l'Institut et Commissaire du Gouvernement près la Commission d'Egypte, sur la Signification du Nom d'Hercule et sur la Nature de ce Dieu*", -"Carta al Sr. Jomard, Miembro del Instituto y Comisario del Gobierno en la Comisión de Egipto, sobre el significado del Nombre de Hércules y sobre la Naturaleza de este Dios", Nota A, pgs. 15-16, Chez Merlin, Libraire, A Paris, 1818.

480. Olimpiodoro, "*In meteora Aristotelis Commentari, interprete Joanne Baptista Camotio, folio 31*", -"Comentarios sobre los "*Meteoros*" de Aristóteles, traducido por Juan Bautista Camotio, folio 31"-.

481. Los mismos restos que viera Sonnini a finales del s. XVIII, descritos en "*Travels*", en cuyos grabados aparecen enormes estatuas de diosas griegas, varadas en las playas como si fueran sirenas. Los pescadores de la bahía de Abukir, donde acabaron de hundirse las ciudades de Canope y Heraclea, a 8-10 metros de profundidad, siempre llamaron a aquella parte del mar que cubría los restos, el "*Mar Muerto*", porque sus aguas no se movían, a pesar de estar en mar abierto. Estas ruinas subacuáticas están siendo rescatadas por F. Goddio, "*Tesoros sumergidos de Egipto*", Madrid, 2008.

482. Antonino *Mártir*, Palestine Pilgrims Text Society, Vol. II, pg. 35, en Butler, "*The Arab Conquest...*", pg. 371.

estos eran mayoría entre sus alumnos, y colaboraban intensamente en sus tareas. De hecho, la sorprendente presencia entre sus puestos directivos de filósofos neoplatónicos de nombres cristianos a fines del s. VI d. C., hizo dudar a muchos investigadores de que hubieran siquiera existido, especialmente Elías, al que han llegado a llamar Pseudo-Elías.

El cristiano Elías, de fines del s. VI d. C., comentarista de obras de Aristóteles y Porfirio, profesor de filosofía y tal vez de medicina, fue discípulo de Olimpiodoro y le sucedió en el puesto directivo. De su obra "*Antes de la Analítica*" parece deducirse que, antes de viajar a Alejandría para dedicarse a la filosofía neoplatónica, el único sitio del Imperio en que todavía se enseñaba, posiblemente fue prefecto imperial⁴⁸⁴. En la "*Introducción a las 'Categorías' de Aristóteles*"⁴⁸⁵, escribió bellísimas páginas sobre como tenían que ejercitar su arte los comentaristas de textos. A partir de entonces la *Escuela Neoplatónica de Alejandría* fue copada ya por cristianos neoplatónicos, aunque siguiera habiendo alumnos y maestros paganos. Entre sus sucesores se encuentran David *el Armenio* y Esteban de Alejandría.

Se da la circunstancia de que David *el Armenio*, de fines del s. VI y comienzos del s. VII d. C., fue supuestamente uno de los jóvenes enviados por el patriarca de su patria hacia Edesa, Alejandría, Atenas y Constantinopla, para estudiar el griego, recoger las obras de los Padres de la Iglesia y de los filósofos paganos, y para reunir una colección de manuscritos que permitieran traducir la "*Biblia*" al armenio. De paso, David, siendo alumno de Olimpiodoro *el Joven* y condiscípulo de Elías, e imbuido de las ideas neoplatónicas, tradujo la mayor parte de las obras de Platón, Aristóteles y Porfirio⁴⁸⁶. La tradición armenia de los s. VIII-XIII d. C. lo ha conectado con David *Anbaght*, o el *Invencible*.

Algunos investigadores piensan que, al final del s. VI d. C., la *Escuela de Alejandría* era foco de resistencia a las ideas neoplatónicas. Efectivamente, allí el *Neoplatonismo* pagano fue sustituido, en gran parte, por un *Neoplatonismo cristiano*, refugiado a la sombra de la institución pagana. Pero todavía resuenan una serie de estudiosos vinculados con la centenaria *Escuela de Alejandría*, como Asclepio *el Joven*, Esculapio, Simplicio y Juan Lido. Como dice Majcherek, "*La galería de celebridades, tanto discípulos como maestros, es muy vasta... El panorama de la vida académica e intelectual de la época deja pocas*

483. Justino II (565-578 d. C.).

484. Westerink, L. G., "*Elias on the Prior Analytics*", *Mnemosyne*, 14: 126-139.

485. Elías, "*Sobre Categorías*", CAG 18. 1, pg. 122f, en Wilson N. G., "*Scholars of Byzantium*", —"*Estudiosos de Bizancio*"—, pg. 47, London, 1983.

486. "*Diccionario histórico, o Biografía Universal Compendiada*", 1831.

dudas: Alejandría, en la Antigüedad Tardía, continuó siendo uno de los grandes centros de la educación en los campos de la filosofía, derecho y sobre todo medicina, atrayendo estudiantes y profesores de todos los rincones del mundo antiguo⁴⁸⁷.

El Círculo Monofisita Neoplatónico de Traductores

Fue en el seno de aquella *Escuela Neoplatónica* alejandrina del s. VI d. C. donde los cristianos monofisitas, el médico y filósofo Sergio de Res Aina, o *de Teodosiópolis*, y el filósofo Juan de Apamea, posiblemente origenistas, iniciaron una serie de traducciones al siríaco y arameo, de los textos de filosofía y medicina griegos y helenísticos, que se conservaban en aquella *Escuela* y en otras bibliotecas de la metrópolis.

Constituyéndose, de hecho, en un *Círculo Monofisita Neoplatónico de Traductores de Alejandría*, al amparo protector de *Escuela Neoplatónica* cristiano-pagana alejandrina, de enorme importancia para la conservación de los textos clásicos todavía existentes en el orbe cristiano, donde estaban siendo anatemizados, corregidos o destruidos. La filosofía griega y los avances de la ciencia helenística estaban siendo rechazados en el Imperio bizantino, tanto las teorías sobre los átomos, la esfericidad de la tierra o el movimiento de los astros, como los avances en física y mecánica, dando paso a un mundo plano, inmóvil y geocéntrico, regido por el dogma ortodoxo y la fe en la nueva mitología cristiana, que seguía creándose en aquellos tiempos.

Con las quemas constantes de libros, aquellos siglos fueron esquilmando poco a poco la tradición científica y filosófica greco-helenística, desapareciendo de Occidente, puesto que la cultura romana no la heredó nunca. Según L. X. Polastron⁴⁸⁸, “Durante los tiempos más oscuros de la Baja Edad Media, entre el 550-750 d. C., los libros clásicos casi dejaron de copiarse en Occidente y casi desaparecieron... Por lo que sólo una fracción del corpus de literatura clásica sobrevivió, incorporándose a la producción masiva de literatura patrística, bíblica, litúrgica y otros escritos cristianos que componían los fondos de las bibliotecas medievales”.

El saber se desplazó hacia Oriente, de la mano de los que huían, traducándose al siríaco a partir del s. IV d. C. El siríaco fue la lengua literaria común de todo Asia Occidental, del s. II al VIII d. C., llegando desde Siria y Arabia

487. Majcherek, “*Auditorios Rom. Tard. Alejandría*”, pg. 48, en Derda, “*Alejandría, Auditorios de Kom El-Dikka*”, Warsaw, 2007.

488. Polastron, “*Books on Fire*”, 2007.

hasta China. Era el medio de comunicación cultural de todos los árabes, e incluso de los persas. Fue precisamente a través de aquellas traducciones alejandrinas, junto con las de Edesa y Nisibe, como los textos de Platón, Aristóteles y los neoplatónicos llegaron a los árabes a partir del s. IV al VI d. C. Pronto conocerían todos los “*Comentarios a Aristóteles*”, de Philoponus, muy populares entre los árabes.

La influencia de estos textos traducidos del griego al siríaco sería enorme. Incluso aunque fueran apócrifos. Efectivamente, un resumen apócrifo de las “*Eneadas*” de Plotino se llamaba en el mundo islámico “*Teología de Aristóteles*”. Pues bien, esta falsificación atribuida a Aristóteles ayudó a la difusión conjunta y fusión del *Aristotelismo* con el *Neoplatonismo*, típicos de la filosofía árabe. El traductor anónimo de este resumen habría estado en contacto tanto con los traductores monofisitas origenistas alejandrinos como con otros traductores cristianos de fuera de Alejandría.

Esta asombrosa evolución y continuidad de las *Escuelas* paganas de la Alejandría Tardía, hizo de ellas el único reducto vivo de la antigua sabiduría, donde seguirían explicando, copiando y editando aquellos viejos manuscritos, que demostraban como la razón había conseguido descifrar el mundo. En cuanto a la hipotética existencia de la *Gran Biblioteca* en alguna parte de Alejandría, aún en aquella época, finales del s. VI y primera mitad del s. VII d. C., tenemos el testimonio negativo de dos íntimos amigos viajeros.

Efectivamente, el ermitaño cristiano sirio, Juan Moschos⁴⁸⁹ y su amigo y discípulo damasceno, el monje y apologeta S. Sofronio⁴⁹⁰, que se hizo monje en Egipto en 580 d. C., y era llamado “*El sofista, el defensor de la fe, el de la lengua de miel*”, más tarde patriarca de Jerusalén, vivieron en Alejandría entre 581-584 d. C., siendo alumnos del filósofo Esteban de Alejandría, visitándola también más tarde, a principios del s. VII d. C., durante unos diez años. Los escritos de ambos probarían que no existían ni restos de las antiguas Bibliotecas reales en Alejandría en su época, o sea, pocos años antes de la llegada de los árabes.

Los dos amigos inseparables pasearon con deleite por Alejandría, que Moschos describe diciendo que “*hay “paradisos”(bellos jardines) dentro de la ciudad en los parques de las grandes mansiones*”⁴⁹¹, y se dedicaron a viajar por encargo eclesiástico, leyeron y escribieron abundantemente, y visitaron numerosas

489. Moschos (m. 619 d. C.).

490. S. Sofronio (560-638 d. C.; patriarca de Jerusalén, 634-638 d. C.), Butler, “*The Arab Conquest ...*”, pgs. 96-101.

491. Moschos, “*Pratum Spirituale*”, cap. 207.

bibliotecas y monasterios del Alto Egipto, además de ayudar al patriarca monofisita Anastasio⁴⁹² a combatir el *Monotelismo*, la herejía que profesaba el patriarca melquita de Alejandría Juan *el Limosnero*⁴⁹³. Fue en Alejandría donde Moschos escribió "*Prados Espirituales*"⁴⁹⁴, que le dio a su amigo Sofronio en su lecho de muerte, para que lo publicara, lo que este hizo en 620 d. C.

En Alejandría, a través de todos aquellos años, Moschos y Sofronio frecuentaron a Cosme, *el Estudioso*, un apologeta cristiano conocido por tener la mejor biblioteca privada de todo Alejandría, y al filósofo y monje ascético Teodoro, con su bagaje de unos cuantos libros. También visitaban a Zoilo el *Lector*, asimismo instruido pero pobre, aunque se dedicaba a miniar delicadamente los textos cristianos en lujosos volúmenes destinados al emperador⁴⁹⁵, práctica por la que Alejandría era famosa también. Pero ni Moschos ni Sofronio hablaron jamás en sus numerosos escritos de la famosa Biblioteca alejandrina, ni dieron prueba alguna de que existiera en su época. Las que sí existían eran numerosas bibliotecas privadas, mayormente cristianas, más escondidas las paganas, por toda la urbe.

Como lo prueba la de Cosme, y antes que él, la del obispo sirio de Amida, Moro Bar Kustant⁴⁹⁶, de la primera mitad del s. VI d. C., exilado en Alejandría y especialista en griego, que coleccionó allí una valiosa biblioteca. Lo que demostraría que Alejandría, aún sin sus maravillosas Bibliotecas reales, era el sueño de cualquier bibliófilo, una ciudad inundada de libros y papiros, escondidos en bibliotecas privadas, o vendidos en los mercadillos. Seguía siendo la capital de la enseñanza secular en todo el Imperio bizantino, como antes lo había sido en el romano.

Aún hasta el s. VII d. C., enseñaba en la *Escuela de Alejandría* el filósofo neoplatónico y sofista pagano, comentarista de Aristóteles, matemático, alquimista y astrólogo Esteban de Alejandría, el último pensador enciclopédico de la Antigüedad, a quien llamaban el "*Filósofo Universal*", que, antes del 617 d. C., se fue a Constantinopla, a instancias del emperador Heraclio⁴⁹⁷, dando clases en la *Escuela Imperial*. Algunos investigadores modernos han sugerido que Esteban se habría llevado en su viaje a Constantinopla la colección completa de la biblioteca de la *Escuela Neoplatónica* alejandrina. Ello parece poco probable,

492. Anastasio (604-616 d. C.).

493. Juan *el Limosnero* (609-617 d. C.).

494. Moschos, "*Pratum Spirituale*".

495. Butler, "*The Arab Conquest...*", pg. 98.

496. Butler, pg. 101.

497. Heraclio (610-641 d. C.).

ya que la *Escuela* sobrevivió aún más de cien años, y porque en Alejandría, Esteban podría haber mandado copiar todos los textos neoplatónicos que quisiera, sin necesidad de dismantelar su propia *Escuela*.

Poco después, en 619 d. C., se inició la “*Conquista Persa*” de Egipto, que duró diez años, arrebatándose al emperador Heraclio. Alejandría fue arrasada de nuevo, aunque aún contaba 600.000 habitantes, la segunda ciudad del Imperio, después de Roma. Según Munier, “*Los Persas recorrieron entonces todo Egipto... hasta Nubia: todas las ciudades fueron saqueadas y principalmente los conventos e iglesias que escondían grandes riquezas... El autor árabe de la Historia de los Patriarcas afirma que los monjes de los seiscientos monasterios que rodeaban Alejandría fueron pasados a cuchillo... Los jefes religiosos... huyeron fuera de Egipto o se escondieron en tumbas abandonadas...*”

*Después de estas crueldades... los Persas parecieron adoptar la tolerancia... Gracias a una larga tolerancia, los monofisitas pudieron apreciar las ventajas de la ocupación persa y compararlas con las medidas opresoras de los bizantinos; una lección que no olvidarían con ocasión de la conquista árabe*⁴⁹⁸.

En vista de ello, los persas no clausuraron los auditorios de catecúmenos de Kom El-Dikka, con lo que la *Escuela Cristiana* siguió abierta, y mantuvieron en su sede al patriarca copto Andronico⁴⁹⁹, quien, abusando de su posición de dominio, se apresuró a ordenar en el 620 d. C. otra demolición de templos paganos, continuando la destrucción del pasado de todo Egipto. Pero todavía existían bolsas de crypto-paganos entre la población egipcia, diseminados por el valle del Nilo y Fayum, cuya antigua fe faraónica seguía viva, invocando a *Isis* y el divino *Horus*, que resistieron hasta al menos un siglo más tarde, testimoniando que no todo Egipto era cristiano, todavía en el s. VII d. C.

Así pues, como en la primera parte de esta historia, comprobamos como los pueblos árabes son completamente ajenos a las escenas descritas, no teniendo a su vez nada que ver con la destrucción e incendio de la segunda Biblioteca real de Alejandría, la *Biblioteca Hija*. Los árabes, pues, no estuvieron jamás presentes en Alejandría cuando las dos únicas Bibliotecas reales que cobijó la metrópolis fueron completamente destruidas y olvidadas. Ni estaban en el s. I a. C., ni estaban en el s. IV d. C. ¿Por qué entonces seguimos insistiendo en que ellos fueron culpables? Con este enigma, entremos en el tercer Acto de este estudio, y veamos si somos capaces de obtener una respuesta.

498. Munier, “*El Egipto Bizantino, de Diocleciano a la Conquista Árabe*”, en Zaky, “*Resum. Hist. Egipto*”, pg. 67, IFAO, Caire, 1932.

499. Andronico (616-623 d. C.).

ACTO TERCERO

*LA CONQUISTA DE ALEJANDRÍA
POR LOS ÁRABES*

Acto Tercero

La conquista de Alejandría por los árabes

La toma de Alejandría

Aquellos no fueron los últimos actos de barbarie y violencia que destruyeron la ciudad de Alejandría en tiempos bizantinos. El tormentoso panorama religioso no amainó y las luchas se sucedieron. Cuando Bizancio recuperó la capital egipcia en el 629, bajo Heraclio, inaugurando los últimos diez años de dominio bizantino, hasta el 639, Alejandría siguió siendo, durante aquellos tiempos, lugar de graves enfrentamientos entre las diferentes sectas cristianas, que lucharon entre ellas con extremado encarnizamiento. La guerra civil entre cristianos calcedonianos-melquitas contra los monofisitas llenó las páginas de los mártires coptos.

En aquel preciso momento los árabes, una fuerza nueva en el panorama internacional, bajo la égida del segundo Califa del Islam, el reverenciado 'Umar Ibn Al-Khattab⁵⁰⁰, *Omar*, comenzaron la conquista de Egipto en el invierno del 639-40, con un ejército árabe al mando del general 'Amru Ibn Al-'As al-Quraishi⁵⁰¹. Este sitió la fortaleza de Babilonia, a orillas del Nilo, la "*Puerta del Sol*", junto a la antigua Heliópolis, y tras un largo asedio, pero sin lucha, los bizantinos, con el gobernador civil y patriarca melquita Ciro de Alejandría al frente, capitularon en el 641, como nos cuenta Juan de Nikiu en su "*Crónica*"⁵⁰².

Inmediatamente el XXXVIII patriarca copto Benjamín I⁵⁰³ predicó desde el desierto de Wadi al-Natrum, donde estaba exilado, la ayuda y reconocimiento a los árabes por parte de los autóctonos egipcios, a cambio de la devolución de sus iglesias, confiscadas por los melquitas, y la libertad de cultos, lo que fue otorgado inmediatamente por los árabes. Esta fue la razón por la que

500. Omar (591-644, califa 641-644).

501. 'Amru (594-663).

502. Juan de Nikiu, "*Chronique*", CXVI, CXX, CXXI.

503. Benjamín I (623-662).

los coptos ayudaron al ejército de ‘Amru a conquistar Egipto. También Sanutio y los monofisitas del Alto Egipto abrazaron la causa egipcia.

Ante el avance árabe, los bizantinos, al mando del general Teodoro, y los melquitas se replegaron tras las murallas de Alejandría, y allí resistieron el asedio de ‘Amru de cinco a once meses. Al final, los coptos les abrieron a los árabes las puertas mismas de Alejandría, penetrando el general ‘Amru en Alejandría sin destruirla ni pillarla. Sus habitantes se obligaron, por consejo del califa Omar, a pagar tributos a cambio de salvar vidas y haciendas, consiguiendo además, por el “*Tratado de Alejandría*” casi un año de plazo para que los bizantinos abandonaran Alejandría, once meses exactamente. Fue así como un año más tarde, en el 642, y tras la partida de la flota imperial bizantina, de más de 300 barcos, con el tesoro real, la aristocracia local y muchos cristianos melquitas, se consagró, a la vez, la conquista árabe y el triunfo de los monofisitas en Egipto. Sus enemigos comunes, los bizantinos melquitas, habían huido para siempre del país.

Según Juan de Nikiu⁵⁰⁴ y el cronista Yehia Ibn Ayoub, ‘Amru entró pacíficamente en Alejandría, y se opuso a la esclavitud de los alejandrinos vencidos, exigiéndoles en cambio un tributo, como a los demás egipcios. Allí recibió solemnemente al patriarca Benjamín I, reponiéndole inmediatamente en su sede alejandrina, reconociéndole como único representante de los cristianos egipcios, a los que los árabes llamaron *Coptos*⁵⁰⁵. Juan de Nikiu aseguraba que Benjamín I dijo, “*La expulsión (de los bizantinos) y la victoria de los árabes fue debida a la maldad del emperador Heraclio y su persecución contra los ortodoxos (monofisitas) a través del patriarca Ciro. Esta fue la causa de la derrota de los rumi (bizantinos) y el sometimiento de Egipto a los árabes*”⁵⁰⁶.

El general ‘Amru, que venía de los desiertos y de las jaimas, se quedó admirado ante la visión de aquella vasta metrópolis y sus riquísimos mercados, y así se lo expuso en una famosa “*Carta al califa Omar*”⁵⁰⁷, de la que se hará amplio eco Eutyquios, relatándole que había encontrado en Alejandría 4.000 palacios, 4.000 baños, 400 teatros, 12.000 tiendas de verduras y una numerosa colonia de judíos comerciantes que podrían pagar tributos. En la carta ‘Amru le escribió también al califa sobre las grandes riquezas que ya no se

504. Juan de Nikiu, CXX, 72.

505. Jevenois, de, “*Continuidad del mundo antiguo*”: “*La denominación, Copto, viene del egipcio Kwt-ka-Prab, que significa “El santuario de la fuerza vital de Prab*”, pg. 39, Ambit, Barcelona, 1999.

506. Juan de Nikiu, “*Crónica*”, CXXI, 1.

507. ‘Amru, “*Carta al califa Omar*”.

embarcarían desde Alejandría a Constantinopla, diciéndole: “*Os voy a enviar a Medina una caravana de camellos tan larga, que cuando el primer camello llegue ante vos el último todavía estará conmigo*”⁵⁰⁸.

Fue tras la reconquista de Alejandría por el general bizantino Manuel, cuatro años más tarde, con la ayuda de los griegos que aún habitaban la ciudad, cuando ‘Amru volvió a la carga y reconquistó la ciudad por segunda vez, en el 646, en nombre del califa Uthman ibn Affan, esta vez a sangre y fuego, derribando sus potentes murallas. Fue nombrado gobernador de la misma, siendo respetado por igual tanto por cristianos como por musulmanes. El emperador Constante II⁵⁰⁹ intentó otro desembarco en Alejandría, en el 655, con una numerosa flota, pero fue fallido, pues en la llamada “*Batalla de los Mástiles*”, los árabes y alejandrinos ganaron.

Sería en aquellas circunstancias cuando se cerró definitivamente la *Escuela Cristiana de Alejandría*, con la clausura de los auditorios de catequesis en Kom El-Dikka, que ya a mediados o fines del s. VII se utilizaron como cementerio musulmán. El mantener abierto aquel foco de adoctrinamiento cristiano sería percibido como un serio peligro político, a pesar de que no había posibilidad alguna de que los egipcios coptos se aliaran, siquiera tácitamente, con los odiados melquitas de Constantinopla. Sin embargo, la *Escuela Neoplatónica* siguió abierta, lo que indica el respeto de los árabes ante la labor de los filósofos neoplatónicos, únicos capaces de transmitirles la sabiduría antigua, que ya conocían por las traducciones siríacas. Como dice M. Meyerhof, “*En Alejandría, la escuela continuó felizmente abierta incluso entrada la época del Islam*”⁵¹⁰.

Se constata, a partir del s. VII, un intercambio de manuscritos cristianos entre la sede papal de Roma, que ya tenía un archivo-biblioteca desde el s. V, con todos los textos canónicos, y las iglesias de Alejandría. Estas, habiéndose clausurado el centro educacional de Kom El-Dikka, con su biblioteca y copistas, necesitarían incesantemente copias nuevas para distribuir por todo Egipto, Nubia y Etiopía. Aparte de libros sagrados, muchos con exquisitas miniaturas, Roma también exportaba estampitas, modelos de imágenes sacras y cuadros religiosos.

Los árabes llegaron a una Alejandría que yacía dividida, arruinada y exhaus-

508. O’Shea, “*Sea of Faith*”, pg. 52, New York, 2006.

509. Constante II Heraclio *Pogonato* (641-668).

510. Meyerhof, “*Von Alexandria nach Bagdad*”, –“*Desde Alejandría hasta Bagdad*”–, SPAW, 1930, en Grillmeier. A. y otr., “*Christ in Christian Tradition*”, –“*Cristo en la Tradición Cristiana*”–, Vol. 2, Pt. 4, pg. 108, Continuum Int. Publ. Group, 1996.

ta por siglos de luchas civiles. Eran los despojos maltrechos de la antigua metrópolis. Pero era todavía esplendorosa. Una urbe con 600.000 habitantes a principios del s. VII, tan grande que era difícil cruzarla en un solo día, como contaba el obispo y peregrino galo Arculfo⁵¹¹, que la visitó en el 670. Los árabes entraron en una ciudad que les cegaba, el reflejo del sol sobre el mármol blanco, de fachadas, columnatas y aceras. Corrieron a cubrir las calles y los mercados con telas, refugiándose de aquella luminosidad radiante. Todavía abundaban los teatros, los baños, palacios, jardines y santuarios desafectados.

Como exclamaba Istakhri, “*La ciudad es blanca y luminosa tanto de día como de noche*”⁵¹². Por su parte As Suyuti decía en su “*Crónica*” que, “*A causa de los muros y pavimentos de mármol blanco, la gente solía vestir con ropajes negros o rojos... Asimismo era molesto salir fuera por la noche: Puesto que la luz de la luna reflejándose sobre el mármol blanco hacía a la ciudad tan luminosa que un sastre podía enhebrar su aguja sin una lámpara. Nadie entraba en la ciudad sin cubrirse sus ojos para protegerse del intenso brillo de los estucos y el mármol*”⁵¹³.

También Mas’udi, en el s. X, afirmaba que “*telas de seda verde se colgaban sobre las calles para amortiguar el hiriente reflejo del mármol*”⁵¹⁴. Al Hakam decía que Alejandría “*se componía de tres ciudades, una al lado de la otra, cada una con su propia muralla, y el todo cercado por otra muralla*”⁵¹⁵, y Abd-allah ibn Zarif declaraba que “*había siete fuertes y siete colinas*”⁵¹⁶. Sobre las cisternas subterráneas de Alejandría, As Suyuti decía maravillado “*Alejandría es una ciudad encima de otra ciudad; no existe nada igual en toda la tierra, (esos subterráneos) están llenos con las columnas más esbeltas y altas de cuantas puedan verse en cualquier otro lugar*”⁵¹⁷. Y Abulfeda aseguraba que “*Alejandría es la ciudad más bella, y habiendo sido construida en forma de tablero de ajedrez, esta conformación de sus calles hace imposible que un forastero pueda perderse en la ciudad*”⁵¹⁸.

Pero Alejandría era también un mar de ruinas, especialmente las partes más antiguas, las ptolemaicas, como lo alto de Rhakotis y el *Bruchion*. Terremotos desastrosos hundieron trozos de costa unos ocho metros, llevándose al fondo

511. Arculfo, “*De Locis Sanctiis*”, “*Sobre los Lugares Santos*”, II, 28.

512. Istakhri, “*Bibliot. Geog. Arab.*”, ed. Goeje, I, pg. 51, en Butler, “*The Arab Conquest...*”, pg. 369.

513. Suyuti, “*Husn al Mubadarah*”, en Butler, pg. 369.

514. Mas’udi, en Butler, pg. 369.

515. Al Hakam, en Butler, pg. 370.

516. Zarif, en Butler, pg. 370.

517. Suyuti, en Butler, pg. 370.

518. Abulfeda, “*Historia Universal*”, en Mckenzie, “*The Place where...*”, pg. 56.

todo el frente marítimo de la antigua ciudad real. El *Gran Puerto* quedó literalmente cubierto de restos hundidos, haciendo muy peligroso el atraque, ya que los barcos veían sus amarras cortadas por columnas rotas, y sus cascos arrojados contra los muelles⁵¹⁹.

La Alejandría árabe se retrajo más allá de los campos de ruinas, y se apretó hacia Occidente, con nuevas murallas que abrazaron la parte alta y dejaron fuera de su perímetro la colina abandonada del *Serapeum*, con su orgullosa "*Columna de la Luz o de los Pilares*"⁵²⁰, todavía guía indispensable para los navegantes. También quedaron fuera los recintos reales, el antiguo *Bruchion*, y la *Neapolis* romana, que estaban abandonados, sus caminos polvorientos, los que conducían a la urbe, sembrados de trozos de paredes, columnas y estatuas, por entre colinas peladas, palmeras y zarzas.

La ciudad se desparramó bajando las colinas hacia el puerto de *Eunostos*, más seguro, donde se concentraron los almacenes y comerciantes, y las orillas del Mareotis, a donde se bajaba atravesando la "*Puerta del Árbol*", al sur de las murallas. Barrios extramuros de casas populares, pescadores con sus barcas y redes, se fueron construyendo sobre los arenales que cubrían parte del *Heptastadion*, la calzada que unía la isla de Faros con la metrópolis. El *Pharos* aún se elevaba sobre las aguas. Las más antiguas mezquitas y morabitos florecieron dentro y fuera de las murallas. Filósofos y santones árabes escogieron siempre parajes frente al mar azul y la brisa, sobre las dunas que jalonaban el antiguo puerto y las necrópolis de Alejandría.

'Amru entró en una ciudad destrozada, como lo estaban el *Serapeum* y la última Biblioteca real de Alejandría, la *Biblioteca Hija*, destruida exactamente 250 años antes y casi completamente olvidada. Sin duda 'Amru subió allá arriba, a Rhakotis, un punto estratégico sin igual, pero no para destruir bibliotecas que no existían, si no para controlar la ciudad. Y de paso constatar el horrible estado del lugar. Allí no había nada. Si en realidad quedaron atrás valiosos manuscritos griegos, hebreos y paganos en las bibliotecas privadas que aún existieran en Alejandría cuando llegaron los árabes, fueron los que dejaron abandonados los propios bizantinos, durante los meses en que recogieron sus riquezas. Ya que consideraban heréticos aquellos manuscritos y, por tanto, condenados a la destrucción y el olvido.

Ni en su tiempo ni posteriormente tuvieron los árabes ganas de aproximar-

519. Sonnini, S. C., "*Travels in Upper and Lower Egypt*", —"*Viajes por el Alto y Bajo Egipto*"—, Debbrett, London, 1800.

520. "*Aammoud-es-Saouari*", como la llamaron siempre en árabe los alejandrinos.

se e instalarse en la colina maldita de Rhakotis, repleta de *jinns* inquietos y de restos de cadáveres expuestos al sol. El silencio se cernió sobre el destino de aquel lugar desde su destrucción, no siendo turbado por la conquista árabe. La arena no había cubierto aún los miles de esqueletos que descubrió Botti bajo tierra, dando al lugar un espeluznante aire de tragedia. Se andaba literalmente pisando huesos y calaveras.

No fue si no hasta el s. XI, cuando comenzaron los solitarios curiosos y los viajeros a remontar la colina, y los restos del *Serapeum* se abrieron como cantera. Aquel santuario era el mismo palacio arruinado al que se refiere un "*Manuscrito árabe*" del 1067, que describía Alejandría, declarando que "*un autor anterior*" aseguraba que en el s. XI el *Serapeum* estaba en ruinas, "*no quedando nada más que las columnas o pilares, que están todas de pie, no habiendo caído ninguna*"⁵²¹, y la gran puerta monumental. El lugar en lo alto de la colina de Rhakotis que los alejandrinos no han dejado nunca de llamar "*Aammoud-es-Saouari*", "*El sitio de los Fustes de Columnas*", hasta nuestros días.

Cuando Edrisi visitó Egipto en 1136, habló de las 116 columnas que todavía estaban en pie en el antiguo *Serapeum*. Según Botti, fue en 1167 cuando se destruyó definitivamente lo que quedaba en pie del gigantesco edificio, para servir de cantera a las gentes del barrio durante siete siglos. Thofat al Albab vio en ese mismo año más de 300 columnas rotas alrededor de la *Gran Columna*; también Ibn Goubair se preguntó por las que quedaban, en 1183, impresionado por su altura. Más tarde el emir Karakoush, bajo el reinado del hijo de Saladino, El Malek el Aziz⁵²², reforzó las defensas costaneras alejandrinas con muchas de ellas. En el s. XIII, 'Abd al Latif, visitando Alejandría hacia 1200, contó aún 400 columnas rotas.

Los Coptos, protegidos por los árabes

Es obvio que las conquistas árabes acarrearón en sus comienzos destrucciones y muertes en Medio Oriente. Pero en Egipto la conquista no motivó casi luchas ni múltiples batallas. Los Coptos monofisitas fueron respetados por los árabes desde el principio. Eran los "*dimmies*", o los "*Ahl Zemma*", los "protegidos", como llamaban a los seguidores de las religiones protegidas y tolera-

521. "*Descripción de Alejandría*", MS Árabe 580, del 1067, de la Biblioteca Real de París, en Botti, "*Fouilles 1896*", pgs. 1-2, 1897.

522. El Aziz (1193-1198).

das por los musulmanes, que podían practicar su culto y eran bastante autónomos, siempre que pagaran un impuesto especial, llamado “*gezya*”. Tras la conquista árabe, aparte de algunos episodios de revueltas coptas, en 725 y 815, especialmente, a propósito de los impuestos, los coptos egipcios conocieron uno de los periodos más pacíficos y prósperos de su historia.

Según R. Fletcher “*Para los cristianos monofisitas de Siria y Egipto, los musulmanes pudieron aparecer como libertadores... Las Iglesias cristianas bajo el poder islámico –Monofisita o Copta, Siríaca y otras sectas– han sido designadas frecuentemente como las Iglesias “cautivas”. Ninguna descripción podría ser más engañosa. Liberadas del sometimiento a las persecuciones bizantinas, florecieron como nunca jamás, generando con ello una rica literatura espiritual con himnos, plegarias, sermones y libros devocionales... Las Iglesias de Nubia... y Etiopía... consiguieron mantener contactos intermitentes con sus patriarcas en Alejandría...*”⁵²³.

Ya el Profeta Muhammad, que tenía una esposa egipcia, había declarado que “*Cuando conquistéis Egipto, ciudad de los Coptos, puesto que son nuestros protegidos y de nuestro propio linaje*”. Aunque muchos suponen que estas declaraciones fueron inventadas por historiadores egipcios monofisitas para conseguir simpatía de los conquistadores, no es menos cierto que el *Corán* dice “*No os disputéis con los “Pueblos del Libro”*”⁵²⁴ –es decir, con los judíos y cristianos seguidores de la *Biblia*– *salvo de la manera más afable, menos con aquellos que cometieran delito...*”.

De hecho, la conquista árabe fue anunciada, a los ojos cristianos orientales, por una serie de prodigios misteriosos, en la Palestina del 640. Como una leyenda local contaba, “*hubo un terremoto en Palestina, y un signo llamado “aparición”, que se hizo visible en los cielos, hacia el sur, prediciendo la conquista árabe. Quedó treinta días alargada del sur al norte, y tenía la apariencia de una espada*”. Posiblemente gases escapados de fallas tectónicas abiertas, reflejadas en un firmamento arenoso, pero en todo caso sugestivas y dramáticas señales, justificando una ayuda divina a los nuevos conquistadores.

C. Wells cita la leyenda, añadiendo que “*En 640 el poder bizantino en Siria, Palestina y Mesopotamia quedó arrasado. A mediados de los 640, el Egipto bizantino también cayó en manos árabes, con su gloriosa ciudad de Alejandría, centro vital de estudio para la antigua cultura griega. En todos estos lugares muchas de sus gentes eran cristianas monofisitas, a quienes los bizantinos habían persegui-*

523. Fletcher, “*The Cross and the Crescent. The Dramatic Story of the Earliest Encounters between Christians and Muslims*”, –“*La Cruz y la Media Luna. La dramática historia de los choques más tempranos entre cristianos y musulmanes*”–, pg. 40, Penguin, London, 2005.

524. “*Ahl al-Kitab*”, en árabe.

do como herejes. Con frecuencia estos dieron la bienvenida a los árabes como liberadores... Las autoridades cristiano-ortodoxas persiguieron tanto a nestorianos como a monofisitas, así en Siria como en Egipto y otros lugares...”⁵²⁵.

El monofisita armenio Sabeos también escribió en el 661, en plenas conquistas musulmanas de Oriente, que los árabes gozaban del favor divino contra los bizantinos⁵²⁶. Un Obispo nestoriano del mismo s. VII aseguraba que “... los árabes... son ahora nuestros amos; pero ellos no combaten en absoluto la religión cristiana; más bien, protegen nuestra fe, respetan nuestros sacerdotes y hombres santos y hacen donaciones para nuestras iglesias y conventos”. Y en el s. IX, el cronista monofisita Pseudo Dionisio de Tel-Mahre, también aseguraba en su “Crónica de Zuqnin” que “... los bizantinos... cometían toda clase de delitos contra nuestro pueblo y nuestras iglesias, llevando a nuestra confesión al borde de la extinción. Dios levantó a los hijos de Ismael y les hizo venir desde sus tierras del sur... fue por tratar con ellos como nosotros conseguimos nuestra liberación...”⁵²⁷.

El obispo copto Severo de Al’Ashmmunein (Hermópolis), *Ibn al Muqaffa*⁵²⁸, en su “Historia de los Patriarcas de la Iglesia Copta de Alejandría”, escribió, a finales del s. X, lo siguiente, con respecto a la conquista de Alejandría, “Amr... escribió una carta a las provincias de Egipto, en la que decía: «He otorgado protección y seguridad sobre el lugar donde se encuentra Benjamín, el patriarca de los cristianos Coptos, que la paz de Dios sea con él; en consecuencia, dejad que se acerque (a Alejandría) con toda seguridad y tranquilo, para que pueda administrar los asuntos de su Iglesia, y gobernar sobre su nación»... (una vez llegado) Amr se volvió hacia él y le dijo: «Retoma el gobierno de todas tus iglesias y tus gentes, y administra sus asuntos. Y si quieres rezar por mí... yo te daré todo lo que me pidas». Y así pues, el reverendo Benjamín rezó por él...”.

Todavía al final del s. XII, Miguel el Sirio, patriarca de Antioquía, describe en su “Crónica” la destrucción por los cristianos del *Serapeum*, diciendo “El ídolo fue hecho pedazos; lo arrojaron al fuego, y pasaron su cabeza por las calles”. Miguel, que se unió al discreto silencio de los escritores cristianos del s. V sobre el destino de su Biblioteca, daba fe de la tolerancia musulmana respecto

525. Wells, “Sailing from Byzantium. How a Lost Empire Shaped the World”, –“Navegando desde Bizancio. Como un Imperio Perdido Modeló el Mundo”–, pg. 126, Delta, New York, 2007.

526. Palmer, A., y otr., “The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles”, –“El Siglo Séptimo en las Crónicas Sirias Medio-orientales”–, Liverpool Un. Press, Liverpool, 1993.

527. Dionisio de Tel-Mahre, Pseudo (final s. VIII-principios s. IX), “Chronica”.

528. Severo *Muqaffa* (915-principios s. XI; fl. finales s. X), “Historia Patriarcharum Alexandrinorum Jacobitarum”, “History of the Patriarchs of the Coptic Church of Alexandria, Benjamin I”, 1904.

al cristianismo copto, en términos muy parecidos a Dionisio, diciendo que “no fue poca cosa para nosotros el haber sido librados de la crueldad de los bizantinos, de su maldad, de su cólera, de su celo cruel contra nosotros, pudiendo ahora vivir en paz”⁵²⁹.

Según J. Tolan, “Para algunos autores cristianos, los invasores árabes eran... un castigo divino... Pero para otros, la situación no parecía tan sombría... (puesto que) las iglesias rivales (monofisitas) parecían tomar un respiro de alivio colectivo. Lejos de las presiones (y de las persecuciones intermitentes de Constantinopla) consiguieron libertades religiosas más amplias de los nuevos soberanos musulmanes... cronistas del s. VII pintaron el Islam en términos positivos... las invasiones (árabes) podían percibirse diferentemente... (como) un monofisita feliz de ser liberado de la opresión bizantina...”⁵³⁰.

Nunca hubo persecuciones de cristianos en los países musulmanes, y las torres de sus iglesias y monasterios siguieron poblando sus paisajes. La leyenda casa mal con este espíritu árabe de conciliación y respeto por el *Cristianismo*. Adoptaron a Jesús como uno de sus grandes profetas, y veneraron a María. Pensaban en Platón y Aristóteles como los padres de la filosofía. ¿Cómo iban a querer quemar sus libros por motivos religiosos? Efectivamente, ni siquiera en relación con las bibliotecas cristianas alejandrinas fundadas entre los s. V y VI, nadie mencionó tampoco ninguna destrucción por los árabes, siendo además parte del patrimonio sagrado de sus protegidos, los coptos monofisitas.

Silencio absoluto en torno a una supuesta destrucción de la Biblioteca por los árabes

Por ello nadie relacionó nunca a los árabes con la destrucción de ninguna biblioteca en Alejandría, en los siglos posteriores a su conquista, un cerrado silencio compartido por todos los que escribieron acerca de la conquista árabe de Alejandría, bien fueran árabes, coptos o bizantinos. Esta rotunda unanimidad y este absoluto silencio, más allá de las creencias religiosas, significaban que aquella vez no se trataba de otro abanico de forzados tabúes o silencios, sino de que simplemente la cuestión ya no existía. Puesto que, como hemos visto, las famosas Bibliotecas reales se habían evaporado en la época en que

529. Miguel *el Sirio* (1166-1199), “*Chronica*”.

530. Tolan, “*Sarracens. Islam in the Medieval European Imagination*”, Columbia Un. Press, 2002; “*Sarracenos. El Islam en la imaginación medieval europea*”, pgs. 74-75, Un. de Valencia, Valencia, 2007.

los árabes llegaron a Alejandría, completamente arruinadas y medio olvidadas. Además, todo el mundo conocía quienes las habían destruido, por lo que no había modo de inventar leyendas.

El supuesto episodio de la quema de la Biblioteca de Alejandría por los árabes no fue jamás mencionado por el obispo monofisita Juan Madabba, conocido como Juan de Nikiu, egipcio contemporáneo de los eventos, quien no hizo mención de destrucción alguna en su "*Crónica*", relato en griego y copto sobre la conquista de Alejandría, asegurando, al contrario, que "*Amr se atuvo a los impuestos pactados, y no tomó nada de las iglesias, ni fue causante de ningún episodio de pillaje o expolio, defendiéndoles durante todo su gobierno*"⁵³¹, lo que contradice radicalmente la falsa leyenda.

Juan de Nikiu, por ser una autoridad eclesiástica, es el testimonio clave para refutar la leyenda, ya que es un importante testigo cristiano. Esta "*Crónica*" la tradujo al árabe, en 1602, Gabriel *el Egipcio*, a instancias de la reina abisinia. Esta versión árabe ha desaparecido. Se conservan dos traducciones del árabe al etiópico, que reflejan los sentimientos anti-musulmanes de los traductores abisinios coptos. A pesar del tufillo partidista de las traducciones, la falsa leyenda no aparece por ninguna parte.

Y ya vimos que en los textos manipulados de Juan de Nikiu se esforzaron en falsear todo lo referente al incendio del *Serapeum* y el *Museo*, incendiados por los cristianos, tratando de apartar de su recuerdo a Teodosio I y a Teófilo, los auténticos culpables del desastre, pero ni atisbo existe de que aquellos manipuladores del s. VII conocieran la leyenda contra los árabes. Obviamente, eran anteriores al s. XIII, en que se inventó la misma.

Pero no sólo Juan de Nikiu, sino tampoco ningún otro escritor bizantino se hizo eco de la leyenda. En cuanto a los autores árabes, aunque comenzaron a escribir más tardíamente que los cristianos, tampoco mencionaron nunca una leyenda que, por supuesto, desconocían. Así pues, tampoco hablaron de ella los escritores tempranos Hunayn ibn Ishaq⁵³² y El-Wakidi⁵³³, cadi de Bagdad, que escribió sobre la conquista de Egipto, el Pseudo Wakideo, en "*El Libro de la Conquista de Egipto*"⁵³⁴, Al-Kindi, *Alchindus*⁵³⁵, llamado el

531. Juan de Nikiu (act. 690-696), "*Chronica*", CXX. El MS más antiguo es el de la "*Bibliothèque Nationale*", del s. XVII. El segundo, es el MS del "*British Museum*", del s. XVIII, encontrado en la antigua biblioteca del emperador etíope Teodoro, en Magdala.

532. Hunayn ibn Ishaq (n. 808).

533. El-Wakidi (747-823).

534. Pseudo Wakideo, "*Kitab Futuh Misr*".

535. Al Kindi (c. 850).

“*Filósofo de los Árabes*”, Ibn ‘Abd-el-Hakam, en su “*Conquista de Egipto*”⁵³⁶, o Al Baladhuri, en “*La Conquista de los Países*”⁵³⁷, escrito c. 868, una de las fuentes más valiosas para la conquista árabe de Egipto, todos ellos del s. IX, que relataron la conquista de Egipto.

Como ya vimos, la falsificación de los textos de Tertuliano entre los s. VIII y IX ignora completamente la leyenda contra los árabes, y se decanta por confundir las Bibliotecas y señalar a Cesar, culpándole de todo, como ya había hecho Ammiano, para exonerar a los cristianos. Tal parecería que fue la tesis habitual que manejaron los cristianos para quitarse aquella incómoda acusación de en medio, en la Alta Edad Media. Ello probaría por sí solo que en los siglos posteriores a la conquista árabe de Alejandría, ni a los cristianos se les ocurrió acusar a los árabes de la quema de la *Gran Biblioteca*. Hubiera sido una estúpida ocurrencia, ya que todos sabían que era falsa. Ellos se emperraban en acusar a Cesar, que estaba más lejos en el tiempo, con contornos más diluidos.

Ni tampoco lo contó nunca el patriarca melquita de Alejandría, Said ben Batricy, llamado *Eutyquios* por los latinos, quien, nacido en el Cairo en el 876, volcó sus energías en combatir doctrinalmente el *Monofisismo* copto. Eutyquios, siendo también una autoridad eclesiástica, es otro de los testimonios cristianos que refutan la leyenda. En efecto, en “*El Collar de las Perlas Preciosas*”⁵³⁸, análisis histórico que llegaba hasta el año 937, y que describía extensamente la conquista de Alejandría por los árabes, nunca mencionó la leyenda del incendio y destrucción de una legendaria e inexistente Biblioteca por el general ‘Amru.

Lo que sí mencionó Eutyquios en su libro fue precisamente la “*epístola*” o carta que escribió ‘Amru al califa Omar⁵³⁹, dándole cuenta de las cuantiosas maravillas que había encontrado en la ciudad recién conquistada, a saber, los 4.000 palacios, 4.000 baños, 400 teatros y 12.000 tiendas de verduras, omitiendo en su inventario toda mención al *Serapeum* y a ninguna Biblioteca, lo que pone en evidencia la falsedad de la leyenda.

De estos inventarios y de la carta misma hablaron también los escritores árabes Ibrahim El Balaoui, quien aludió a 400 lugares de diversión de sus reyes, refiriéndose a los teatros, Ibn ‘Abd al Hakam, Yehia Ibn Daoud, Abu Kabil, Hani Ibn El Metouakkel, o Mohamed Ibn Said El Mashimi, sin mencionar tampoco ninguna Biblioteca ni su destrucción inmediata por los ára-

536. Ibn el-Hakam (m. 870), “*Futuh Misr*”.

537. Al Baladhuri (806-892), “*Futuh al Buldan*”.

538. Eutyquios (patriarca 933-940), “*Nothm El Gauhar*”.

539. ‘Amru, “*Carta al califa Omar*”.

bes, dato que no hubieran dejado de consignar, siendo como supuestamente era una orden del propio califa Omar.

Ibn Obeid se detiene especialmente en los “*Hammanas*” o baños públicos de Alejandría, asegurando, como lo harán también Abu Kabil y Maqrizi⁵⁴⁰, que entre ellos –4.000 según ‘Amru– existían baños con enormes vestíbulos para sentarse, lo que elevaría su cabida a muchos miles de personas, sólo en estos magníficos baños. Siendo 200.000 los varones griegos de Alejandría en el momento de la conquista, más de la mitad de ellos, sino todos, podrían disfrutar de los 4.000 baños de la ciudad al mismo tiempo.

Tampoco fue mencionada la leyenda por Ibn an-Nadim, del s. X, escritor particularmente interesante para nuestra búsqueda, ya que insertó en “*El Libro de los Índices*”⁵⁴¹, datado en el 987, todo un apartado sobre Yiagia al Nahawi, que se cree podría ser Philoponus, el filósofo cristiano neoplatónico, muy conocido entre los árabes, que vivió entre 490 y 570, poniéndole en relación de amistad con el general ‘Amru, cuando este conquistó Alejandría en el 641, o sea, casi un siglo más tarde.

Mera justificación para hablar de la antigua ciudad, recurso literario en forma de diálogos utilizado también en otras fuentes árabes, que adscribieron asimismo a ‘Amru otros diálogos que habría mantenido durante sus campañas militares con figuras históricas conocidas. En el diálogo hablaba An-Nadim, entre otras cosas, del esplendor de Alejandría y de la fundación y desarrollo de la Biblioteca alejandrina, en donde, decía, se atesoraron “54.120 libros” en tiempos de los Ptolomeos. Atribuyéndole la paternidad del relato al monje Isacco, cuando en realidad estaba sacado en último termino de Aristeo y más concretamente de Epifanio de Salamina, que daba la extraña cifra de 54.800 rollos de papiro para la antigua Biblioteca. A pesar de sus disquisiciones sobre la *Gran Biblioteca*, An-Nadim no mencionó nunca su supuesto final a manos de los árabes.

Es particularmente interesante el testimonio de Severo *al Muqaffa*, el obispo copto de fines del s. X, que en “*Historia de los Patriarcas*”⁵⁴², basada en gran parte en Eusebio, no menciona en absoluto, ni la destrucción del *Serapeum* por Teófilo, aunque indirectamente habla del saqueo y expolio de sus ruinas, ni ningún incendio de bibliotecas por parte de ‘Amru. A pesar de que, eso sí, hace un largo y detallado relato de la conquista árabe de Alejandría, mencionando incluso la carta auténtica que le escribió ‘Amru a Omar. Este silencio es

540. Butler, “*The Arab Conquest...*”, pg. 368, Nota 1.

541. An-Nadim (vivió en Bagdad entre 936-c. 995-998), “*Kitab al-Fibris*”.

542. Severo *Muqaffa*, “*History of the Patriarchs, Teófilo, Benjamin I*”, XI, XXVI.

tanto más importante cuanto que se suma al de su contemporáneo, Eutyquios, el patriarca melquita de Alejandría, su gran enemigo ideológico.

Ninguno de los dos obispos egipcios, ni Eutyquios ni Severo, sabían nada de la destrucción de biblioteca alguna por los árabes. Entre los dos, abarcaban toda la comunidad cristiana de Egipto, en el s X, tanto coptos como melquitas. Así pues, en los mentideros cristianos de Alejandría, absolutamente nadie conocía la leyenda, como tampoco en todo el resto de Egipto. En el Medioevo, ninguna leyenda popular egipcia, ni árabe ni cristiana, la recogía.

Ni tampoco mencionaron la leyenda en sus relatos sobre la conquista de Alejandría el escritor persa Et-Tabari⁵⁴³, considerado el Tito Livio de los árabes, que terminó su "*Historia General*" en 914, ni Al-Mas'udi⁵⁴⁴, del mismo s. X, ni tampoco Abu Salih, ni ningún otro escritor ni musulmán ni cristiano. Un clamoroso silencio, en todo caso. Nadie conocía todavía la leyenda. Y nadie conocía la antigua Biblioteca, hacía tiempo desaparecida.

Recolección de todos los manuscritos antiguos por los árabes

Se dice que el Profeta Muhammad declaró que "*La tinta del erudito es tan preciosa como la sangre de los mártires*". A pesar de que, según Ibn Khaldun, en su "*Introducción a la historia*", en los primeros tiempos "*Los musulmanes eran árabes iletrados que no sabían ni escribir ni nada sobre libros. Para encargarse de los libros emplean a judíos, cristianos o a ciertos clientes no árabes que sí los conocen*"⁵⁴⁵, los árabes comenzaron, desde el mismo momento de su expansión, a recolectar todos los libros clásicos que pudieron, y a traducirlos al árabe, actitud que no encaja con la supuesta destrucción de bibliotecas y libros por los árabes cuando conquistaron Egipto, sino más bien todo lo contrario.

Ya de principios del s. VII (600) data la primera colección de literatura árabe conocida. Y es sintomático que la versión original del tratado de Theón, el padre de Hypatia, "*Sobre el pequeño Astrolabio*"⁵⁴⁶, del s. IV, sólo se conozca por autores árabes del s. VII. Obviamente lo debieron de encontrar en Alejandría, en la *Escuela Neoplatónica* que seguía viva, con el beneplácito de los conquistadores. Ello testimonia el respeto que tuvieron los árabes con el legado bibliográfico que aún atesoraba Alejandría.

543. Et-Tabari (838-923).

544. Mas'udi (fl. c. 960).

545. Ibn Khaldun (1332-1406), "*al-Muqaddimah*".

546. Dzielska, "*Hypatia of Alexandria*", pg. 73.

Sabemos que Alejandría estaba llena de libros después de la conquista árabe, por la visita que hizo en 680 el obispo nestoriano, Jacobo o Jaime de Edesa, experto en griego y en las *Escrituras*, para perfeccionar su griego en Alejandría, visitando numerosas bibliotecas de la capital egipcia. Jaime de Edesa sería destacado miembro de la *Escuela Neoplatónica* alejandrina, aún abierta. Ya en esa década, del 680-690, tan pocos años después de la conquista de Alejandría, los textos griegos y coptos se traducían al árabe.

Precisamente, en el 693 apareció en Egipto el primer papiro bilingüe greco-árabe, celeridad que no hubiera tenido sentido si hubieran quemado todos los libros griegos. Más bien, al contrario, demuestra una necesidad imperiosa y un gran interés por conocer en árabe el contenido de aquellos libros misteriosos que encontraron en Alejandría. Y, por tanto, la existencia de una curiosidad intelectual entre las élites árabes por descubrir las maravillas escondidas en los libros griegos. Ningún jefe árabe hubiera ordenado quemar unos libros que eran para ellos más importantes que tesoros. Los avances más espectaculares de la ciencia mecánica, matemáticas, astronomía, física o filosofía estaban dentro.

El papiro bilingüe también demostraría la existencia, conocida desde antiguo, de diccionarios bilingües, siendo eco de la presencia activa en Alejandría, tras la conquista árabe, de aquellos *Origenistas*, el *Círculo de Traductores* neoplatónicos monofisitas, versados en copto, griego, arameo y siríaco, que continuaban integrando el grupo de estudiosos cristianos dentro de la aún sobreviviente *Escuela Neoplatónica de Filosofía*, que llegó al s. VII, a pesar de los muchos avatares. En la que destacaron en Alejandría los médicos y eruditos cristianos Aarón y Pablo de Egina, quien estudió y practicó en Alejandría, y pudo ser testigo de la conquista árabe. Su tratado "*Materia médica*"⁵⁴⁷ fue muy apreciado por los árabes. También enseñó el médico y sofista Juan de Alejandría⁵⁴⁸, testigo también de la toma de la ciudad, cuyas enseñanzas médicas sobre Hipócrates y Galeno ejercieron gran influjo en los primeros estudios árabes.

Asimismo destacaron el filósofo, matemático y astrónomo Severo Seboth⁵⁴⁹, su discípulo Atanasio de Balad, el obispo Gregorio de Hauran y Jacobo de Edesa, todos los cuales divulgaron en arameo un "*helenismo cristiano*"⁵⁵⁰. Aquellos traductores fueron un puente precioso por el que, no sólo se salvaron mu-

547. Pablo de Egina (Primera mitad s. VII), "*De re medica*", "*Suidas*", II 808.

548. Juan de Alejandría (Primera mitad s. VII).

549. Severo Seboth (c. 662).

550. Meyerhof, "*Von Alexandrie nach Bagdad*", pgs. 389-429, SPAW, 1930, en "*Christ in Christian Tradition*", Vol. 2, Pt. 4.

chos textos clásicos, sino que sus traducciones al siríaco pudieron llegar precisamente desde Alejandría, a través de Siria, a todo el mundo árabe. Así pues, Alejandría no era una ciudad desconocida para las tribus árabes, y estos ya sabían cuando llegaron que uno de sus grandes tesoros eran los libros.

Mientras que en el Occidente cristiano la acusación airada de herejía condenó como heréticos los libros de Aristóteles y las ciencias clásicas hasta el s. XIII inclusive, la *Dinastía Omeya*⁵⁵¹, de Damasco, que originó la rama Sunni, ya reunió libros de medicina en copto y griego, traduciéndolos al árabe por un grupo de filósofos griegos que habitaban precisamente en Egipto –a todas luces los traductores de la *Escuela Neoplatónica de Alejandría*– como nos cuenta An-Nadim en “*Índices*”.

Según este autor, quien impulsó en Egipto las traducciones del copto fue Jalid b. Yazid, quien “*deseoso de conocer los secretos de la alquimia, contrató a un grupo de sabios egipcios expertos en copto, griego y árabe*”⁵⁵², siendo consideradas dichas traducciones como los originales del *Agatodemon* y *Hermes Trimegisto*. El primer papiro enteramente en árabe data del 709, y el último papiro bilingüe greco-árabe del 719.

Fue precisamente en el 718 cuando el califa Omar II⁵⁵³ ordenó el primer traslado de la “*Academia de Alejandría*” y su biblioteca a Antioquía, cerca de Damasco, la capital omeya. Todo ello sería el origen de una serie de traducciones del pensamiento clásico al árabe a partir de entonces, como las traducciones aristotélicas y neoplatónicas de los *Califas Abasidas*⁵⁵⁴ de Bagdad. Bajo ellos, la antigua *Escuela* alejandrina y su tesoro en traductores y libros fue trasladada de nuevo a Marw, Harran, cerca de Samarra, la capital abasí.

Fue en el s. VIII cuando se introdujo el papel, proveniente de China, en el mundo árabe, incrementando la producción de libros. La sed de saber se extendió por todo el mundo árabe, alentando la búsqueda, conservación en bibliotecas y traducción de miles de manuscritos antiguos por soberanos, aristócratas y sabios. Las *Escuelas* de enseñanza griega y los traductores de Siria, Irak y Persia fueron claves para la transmisión de la cultura secular griega a los árabes, especialmente la filosofía y los escritos científicos. Descendientes de las *Escuelas* alejandrinas, eran los centros del *Helenismo* en los tiempos de su ocaso.

551. Dinastía Omeya (661-750).

552. Yazid (708), en An-Nadim, “*Índices*”.

553. Omar II (718).

554. Califas Abasidas (750-870).

Según Ibn Khaldun, en su “*Introducción*”⁵⁵⁵, el califa Al Mansour⁵⁵⁶ pidió al emperador bizantino el envío de libros de matemáticas, física y filosofía, traduciendo libros del griego, pahlevi, latín y siríaco. A fines del s. VIII ya existían numerosos textos de filosofía griega traducidos al árabe, así como los relativos a las ciencias exactas, que eran primados por los califas.

B. Lewis asegura que “*Algunos de estos primeros traductores también produjeron obras propias, generalmente resúmenes e interpretaciones de originales griegos... La influencia griega fue fundamental en todas las ciencias... El inmenso esfuerzo de traducción de libros griegos, bien directamente del original o de versiones siríacas, produjeron un nuevo incremento de erudición en los s. IX y X. El movimiento de traducción comenzó bajo los Omeyyas, al ser traducidas algunas obras sobre química, griegas y coptas. Bajo Omar II, un judío de Basra, Masaryawaih, tradujo libros médicos siríacos al árabe. Los traductores eran generalmente cristianos y judíos, especialmente sirios. Bajo los Omeyyas la traducción fue esporádica e individual. Pero bajo los Abasíes fue organizada y alentada oficialmente. El periodo más espléndido fue el s. IX, especialmente el reinado de Mámoun...*”⁵⁵⁷.

La Mansión de la Sabiduría y la Escuela de Traductores de Bagdad

En efecto, el califa Al-Mámoun⁵⁵⁸ fundó en Bagdad la “*Bayt Al-Hikma*”, la “Mansión de la Sabiduría”, en el 813, una importantísima *Escuela de Traductores*, con su Biblioteca, copiada directamente de las escuelas de traductores dependientes de la *Gran Biblioteca* de Alejandría. A la vez centro de traducción e investigación, comparable con las antiguas instituciones Alejandrinas, que impulsó la traducción al árabe de los más importantes textos griegos, sirios, hindúes y pahlevi, incluyendo los libros de Aristóteles, efectuándose en su seno grandes avances científicos en matemáticas y astronomía. Atrajo a sabios eminentes, como Al Kindi, el primero de los filósofos árabes, que fue miembro del “*Bayt Al-Hikma*”.

El eminente traductor, médico y bibliófilo, Hunayn ibn Ishaq *Johannitius*, viajó desde Bagdad a Alejandría, a mediados del s. IX, con el único propósito de aprender griego en sus aulas, lo que indica que su enseñanza seguía viva en

555. Ibn Khaldun, “*al-Muqaddimah*”

556. Al Mansour (754-775).

557. Lewis, “*The Arabs in History*”, 1950; New Edition, Oxford, 1993; “*Los Árabes en la Historia*”, pg. 169, Madrid, 1956.

558. Al-Mámoun (813-833).

Alejandro, a pesar del traslado de la *Escuela Neoplatónica* a Antioquía y Harran. Ishaq, en "*Ideas únicas de los filósofos*", al evocar la formación literaria de la "*Bayt Al-Hikma*", recordaba el Museo y la antigua *Gran Biblioteca* alejandrina, cuando decía "*Las reuniones de los filósofos tuvieron su origen en... los griegos... Les construyeron casas de oro que estaban adornadas con numerosas pinturas...*"⁵⁵⁹.

Según Saunders, "*El número de manuscritos que sobrevivieron de aquella época es enorme. La Biblioteca Nacional de Viena atesoraba 22.000 en griego, 11.000 en copto y 50.000 en árabe, siendo sólo la punta del iceberg de los intercambios multilingües entre nativos egipcios greco-parlantes y los conquistadores árabes*"⁵⁶⁰.

Aquella pasión por los libros hizo que Al-Ma'moun atesorara numerosos manuscritos, ya que enviaba "*Cartas*" junto a valiosos regalos al emperador bizantino, con embajadas a Constantinopla que pedían la remisión de libros griegos de filosofía y otras obras escogidas de las bibliotecas de Bizancio, como cuenta An-Nadim. Aquel intercambio de cartas entre monarcas árabes y cristianos, constatadas a partir del s. IX, quedó como una tradición literaria, que sería utilizada por los autores árabes posteriores como marco de sus relatos.

En otras ocasiones les exigió los manuscritos griegos como indemnizaciones de guerra. Es así como sabemos que no todos los libros de Aristóteles formaron parte de los tesoros que se llevaron los bizantinos de Alejandría, como cuenta An-Nadim en "*Índices*", diciendo que "*Aristóteles se apareció en sueños al califa Al Ma'moun instándole a traducir sus libros al árabe. El califa... envió entonces mensajeros a Rum, la corte bizantina, pidiendo al emperador el envío de ciertos libros de Aristóteles, a lo que el rey cristiano contestó asegurando que no poseía ni copias de los mismos*"⁵⁶¹.

Sólo más tarde fueron encontrados con muchos otros libros en un convento abandonado de Chipre o Bizancio, donde habían sido encerrados en un depósito "*bajo numerosas llaves*" en tiempos de Constantino I, siendo llevados inmediatamente a Bagdad. Tanto An-Nadim como Ibn Nubata atestiguan la premura de los monjes en deshacerse de aquellos libros clásicos escondidos e inaccesibles ya a sabios y eruditos, y enviárselos cuanto antes a los califas árabes, por miedo a que "*las ciencias antiguas*" o "*ciencias de la razón*" contaminaran "*los fundamentos de las creencias religiosas*" en el Imperio bizantino.

Sin embargo, fue bajo el califa Al-Ma'moun, iniciador de este esplendoroso periodo de traducciones del pensamiento griego al árabe, y del floreci-

559. Ishaq, "*Nawadir al-falasifa*".

560. Saunders, "*Alexander's Tomb*".

561. An-Nadim, "*Kitab al-Fihrist*".

miento de los filósofos más racionalistas, cuando se sembró la semilla de su futura disolución. Al califa no se le ocurrió mejor política, sin duda aislado en el esplendor intelectual de su corte, que tratar de imponer desde arriba a todo el mundo musulmán un pensamiento racionalista griego sobre las creencias religiosas. Llamó a esta doctrina *Mutazilismo*, equipada con duros censores, la “*Mihna*”, que podían llegar a la tortura para tratar de imponer sus puntos de vista filosóficos sobre el Islam.

Oponiéndose a ello, una ola de misticismo y dogma recorrió la columna vertebral del mundo musulmán. Ya desde los primeros tiempos, hubo voces en el mundo árabe en contra de este movimiento de traducción de todo el legado griego. Ya a partir del s. IX, las “ciencias racionales” se oponían a las “ciencias religiosas” entre los medios más fundamentalistas. La razón, unida a la herencia griega, fue marginalizada a partir del s. XII a costa de la fe, lo que había pasado en la Europa medieval hasta aquellas fechas también. Poco a poco el movimiento de filósofos y traductores fue puesto en entredicho, tachándoles de extranjeros y anti-islámicos. Con ello decayeron también las ciencias islámicas, y su luz se fue apagando, a la par que surgía en Europa.

En todo caso, a la pasión del soberano Abasida se sumaron numerosos mecenas árabes, que coleccionaron en sus bibliotecas y mandaron traducir miles de manuscritos griegos sobre filosofía, música, geometría, aritmética, medicina, mecánica, astronomía o astrología. Ello dio lugar a un renacimiento sin precedentes en la corte Abasida y el mundo árabe, la *Edad de Oro del Islam*, entre los s. IX y XII, una de las eras más gloriosas del pensamiento humano, que siglos más tarde iluminaría Occidente, con nombres como Ibn Sina, *Avicena*⁵⁶², como prueba, por poner un ejemplo, del avance de la medicina árabe, que se adelantó a la occidental diez largos siglos, o sabios como el cordobés Ibn Rushd, *Averroes*⁵⁶³, el más influyente de los filósofos árabes sobre el pensamiento occidental, origen directo de la *Escolástica* cristiana.

Todo ello hizo surgir un destello sin igual de la cultura árabe, que se puso de moda entre las jóvenes generaciones de Europa. Ya lo proclamaba a mediados del s. IX el converso hispano-andalusí, erudito bíblico, teólogo y poeta mozárabe Paulo Alvarus *Cordubense* o Álvaro Paulo, cuando aseguraba con pena en su “*Pequeño índice luminoso*”, escrito en 854, que “*Mis camaradas cristianos se complacen en los poemas y los romances de los árabes; estudian las obras de los teólogos y filósofos mahometanos, no para refutarlos, sino para adquirir un uso correc-*

562. Avicena (c. 1037).

563. Averroes (1126-1198).

to y elegante del estilo árabe... los jóvenes cristianos... no conocen otra lengua o literatura que no sea la árabe; leen y estudian con avidez libros árabes; amasan bibliotecas enteras de ellos a muy alto precio, y por todas partes cantan alabanzas de la cultura árabe”⁵⁶⁴.

En s. IX, un califa Tulunida, posiblemente Ibn Toulum⁵⁶⁵ fundó una Biblioteca en Alejandría, más modesta que la de Bagdad, a la par que reparó el Faro, las murallas y el Canal Alejandrino. Curiosamente ‘Amr ibn Bahr, conocido como Al-Yahiz, en su ensayo “*En alabanza de los comerciantes*”, aseguraba en ese mismo siglo que era un mal negocio comerciar con “*libros científicos, pedidos por eruditos, que en todo caso son pocos y pobres...*”⁵⁶⁶. Hacia el 900 ya se empezó a fabricar papel en Alejandría, desde donde saltaría más tarde a *Al-Andalus* y a Europa.

Un nuevo traslado de la *Escuela Neoplatónica* alejandrina, junto con su valiosa biblioteca, tuvo lugar a principios del s. X. Efectivamente, el nestoriano Yuhanna b. Haylan la trasladó de Harran hasta Bagdad en 908, donde fue acogida por la corte Abasida del califa Al Muktadir⁵⁶⁷, integrándose en la *Escuela de Traductores* fundada por Al-Ma'moun. Ya, a mediados del s. X, floreció en Bagdad una importante *Escuela* de aquellos filósofos cristianos considerados heréticos, los *Nestorianos*, presidida por Abu Bisr Matta b. Yunus⁵⁶⁸. Algunos suponen que él y su discípulo, el filósofo turco Mohamed al-Farabi, *Alfarabius*⁵⁶⁹ fueron los últimos ecos de la *Escuela Neoplatónica de Alejandría*.

A fines del s. X, el obispo copto, teólogo e historiador Severo, *al-Muqaffa*, escribió en “*Vidas de los Patriarcas*”⁵⁷⁰, como tenía que acudir, en Alejandría, a la ayuda de algunos eruditos coptos para traducir al árabe los manuscritos griegos y coptos, puesto que ya en el s. X, la mayoría de los cristianos egipcios no entendían aquellas antiguas lenguas.

Según Ibn Yulyul, historiador, médico y helenista cordobés del s. X, Romano, emperador de Constantinopla —o tal vez Constantino VII—, envió al califa cordobés Abd al-Rahman III al Nasir⁵⁷¹, alrededor del 948, una carta con grandes presentes, entre ellos el tratado médico ilustrado, en griego, “*Materia médica*” de Dioscorides, añadiendo que, “*Este envío contenía también la «His-*

564. Paulo Alvarus (c. 800-861), “*Indiculus luminosus*”.

565. Ibn Toulum (870-884).

566. Al Yahiz (c. 869).

567. Al Muktadir (908-932).

568. Bin Yunus (m. 940).

569. Al-Farabi (870-950).

570. M S Copto de París, Alejandría, s. XI.

571. Abd al-Rahman III al Nasir (912-961).

toria» de Orosio relativa a los hechos pretéritos, a los antiguos reyes y a los acontecimientos importantes. El emperador Romano decía en su carta a al-Nasir: “El libro de Dioscorides no te servirá de nada a no ser que puedas encontrar un hombre que entienda los términos griegos y conozca las propiedades de las medicinas que describe. Si alguien es capaz de hacerlo en tu país, su Majestad sacará provecho de este libro. En lo que se refiere al libro de Orosio tienes en tus estados gentes latinas que pueden leerlo en su lengua original; si se lo entregas lo traducirán al árabe”⁵⁷².

Al parecer, nadie en Córdoba pudo traducir los libros, hasta que Romano, a petición de al-Nasir, envió a Córdoba al monje Nicolás, en el 951, para formar traductores en griego y latín en la corte de *Al-Andalus*. Fue así como al año siguiente, en 952, la “*Historia*”, de Orosio, fue traducida al árabe⁵⁷³, dicen que por el *cadi* Kassim b. Asbag y el juez de los cristianos Walid b. Jayzuran.

Fue tal la pasión de los árabes por los libros, que acabaron siendo los más grandes coleccionistas de manuscritos de la historia, llegando a reunir el califa Al-Hakam II⁵⁷⁴ más de 400.000 libros en su “*Biblioteca Omeya de Córdoba*”⁵⁷⁵, que ocupaban un “*Catálogo*” de 48 libros, con agentes en El Cairo, Bagdad, Damasco o Alejandría, para comprar o copiar todo manuscrito que encontraran, y legiones de copistas, encuadernadores, traductores y miniaturistas en su palacio. Existían además 70 bibliotecas en la Córdoba omeya, y se copiaban 70.000 libros al año. Llegaba a dos millones la Biblioteca fatimí del Cairo, y a tres millones la Biblioteca de Trípoli⁵⁷⁶.

Mientras en el mundo cristiano, tanto en el Bizancio ortodoxo como en la Europa católica medieval, los libros eran muy caros y difíciles de encontrar. Las bibliotecas contaban, a veces, con sólo cinco o diez libros en los palacios, mientras que las de los monasterios de Cluny o Canterbury guardaban treinta o cuarenta volúmenes. S. Isidoro tenía la biblioteca más grande de Occidente, con 14 “*armaria*” y unos 140 libros. En el s. X, la biblioteca del monasterio de Ripoll contaba 192 libros, mientras que las más grandes biblio-

572. Ibn Yulyul (fl. 976-1009), en el *Prólogo* de su libro “*Tafsir Kitab Diyusquridus*” o “*Libro de la explicación de los nombres de los medicamentos tomados del libro de Dioscorides*”, transmitido por Ibn Abi Usaybi’a (m. 1270) en “*Uyun al-anba fi tabaqat al-attiba*”, o “*Noticias sobre las generaciones de médicos*”.

573. Traducción al árabe de Orosio conocida como “*Kitab Hurushiyush*”.

574. Al-Hakam II (961-976).

575. Dozy, R., “*Historia de los Musulmanes en España*”, T. III, V, pgs. 97-98, Ed. Turner, Madrid, 1984.

576. Citada por Gibbon, e incendiada por el cruzado Conde de St. Giles.

tecas de Europa, las de Avignon y La Sorbona, llegaban a 2.000 volúmenes en el 1150.

Hasta más allá del s. XIII no existían auténticas bibliotecas en Europa, ni se conocían habitaciones especiales para ellas. Los libros y pergaminos se seguían guardando en nichos, baúles o armarios con baldas. Es por ello por lo que, en el Medievo, las librerías se llamaban “*armaria*”, mientras que “*biblioteca*” quería decir un baúl de libros. Todavía en 1338 la biblioteca de La Sorbona, en París, tenía unos 1.400 libros, de los que sólo 388 se podían consultar, encadenados a sus pupitres.

Por todo ello, los árabes eran conscientes de su papel fundamental en la conservación y transmisión de los textos clásicos a Occidente, que ya comenzaron a estudiarse, gracias a ellos, en Chartres, Bolonia, Oxford y París. En realidad, muchos textos inéditos y versiones de autores clásicos han sobrevivido exclusivamente en traducciones árabes. Pues, como afirma H. Innis, “*Nunca en toda la historia de la humanidad, tan ingente cantidad de literatura (la clásica pagana) fue tan radicalmente destruida...*”⁵⁷⁷, en la Europa de aquellos siglos sin precedentes, haciendo desaparecer aquellos copistas cristianos casi toda la literatura pagana de la Antigüedad. Fue por ello por lo que los árabes fueron considerados con admiración en Occidente, durante la Edad Media, como los auténticos “*filósofos*”, herederos de todo el pensamiento griego rescatado por ellos, así como de parte de sus ciencias, como las matemáticas o la astronomía.

Reacciones cristianas y literatura polémica

Desde los primeros años de la conquista árabe, los cristianos de Occidente y los ortodoxos melquitas reaccionaron de forma ambigua. Aunque para ellos el auténtico peligro provenía de los llamados cristianos “heréticos”, como los monofisitas, repartidos por todo Oriente Medio, ante las conquistas árabes guardaron una ambivalente actitud de admiración y reproche. Admiración ante sus ciudades admirables, como Bagdad, sus conquistas prodigiosas, el alcance de su saber y el refinamiento de su cultura. Todo parecía un don divino, frente a la debilidad y decadencia de Occidente, como proclamaban Teofanes, en el 815, en su “*Cronografía*”⁵⁷⁸ o Ricoldo de Monte Croce, en su “*Quinta Epistola*”⁵⁷⁹, de 1291.

577. Innis, “*The Bias of Communication*”, –“*Al Filo de la Comunicación*”, 1991.

578. Teofanes, *Chronographia*.

579. Monte Croce, “*Epistole V de perditione Acconis*”.

Pero al mismo tiempo, a causa de las conversiones masivas de cristianos a musulmanes en todo Oriente Medio y norte de Africa, incluida España, los escritos reflejaban una hostilidad creciente⁵⁸⁰ hacia lo que consideraban un credo equivocado. Como explica Tolan⁵⁸¹, ya los escritores primitivos cristianos apologetas, que habían creado una urdidumbre teológica para enfrentarse al llamado *Paganismo*, al *Judaísmo*, del que provenían las sectas cristianas, y al *Neoplatonismo*, hicieron lo propio frente a la nueva teología del Islam.

Paralelamente, siguieron los intentos de borrar el pasado por parte de los cristianos. A pesar de la conquista árabe, el indeleble recuerdo de Hypatia, aquella mártir pagana, vinculada con el *Museo* alejandrino, no decayó con el tiempo. Ante su persistencia, surgió un movimiento en la Iglesia griega tendente a desenfocar aquel recuerdo, aprovechando la lejanía del tiempo y la confusión de aquellas tierras ya inalcanzables de Egipto, por haber sido conquistadas por los árabes. Su memoria hubo de ser sincretizada en aquella época en que se buscaba una heroína cristiana para los nuevos adeptos, con la creación en el santoral de una nueva mártir, Sta. Catalina de Alejandría, que sería la sosías de Hypatia.

Desconocida totalmente los siglos siguientes a su supuesta existencia en el s. IV, el recuerdo de Sta. Catalina apareció de repente en el "*Menologium Basilianum*", del s. IX, del emperador Basilio y en Simeón Metafrastes, del s. X, fabricada de pies a cabeza como una nueva Hypatia⁵⁸², esta vez cristiana. De nuevo el engaño. Supuestamente fue gran sabia, nada menos que sobrina de Constantino I y reina imaginaria de un nebuloso Egipto, que sufrió martirio a manos de los malvados paganos alejandrinos. Al remoto convento del Sinaí, que había quedado en manos de la Iglesia griega, le dieron el nombre de la nueva santa, cuya hipotética leyenda los cruzados llevarían a Europa en el s. XI, con un éxito inmediato. Aquella nueva santa borraría la otra, pensarían. No midieron bien la gloria de Hypatia, que quedó para siempre como prototipo de la mujer recta y sabia, a la par que libre y bella. La otra, Catalina, fue desechada, pobre, tal que moneda falsa, siglos más tarde.

Desde el punto de vista doctrinal proliferaron los escritos contrarios a la expansión musulmana, una literatura apologética de los cristianos orientales,

580. Said, E. W., "*Orientalism*", - "*Orientalismo*"-, pgs. 59 y ss., Vintage Books Ed., New York, 1979.

581. Tolan, "*Sarracens*", Columbia Un. Press, 2002; "*Sarracenos. El Islam ...*", pgs. 70-85, Un. Valencia, 2007.

582. Davis, H. T., "*Alexandria: The Golden City*", - "*Alejandría: La Ciudad Dorada*", Evanston III, Principia Press of Illinois, 1957; Dzielska, M., "*Hypatia of Alexandria*", - "*Hipatia de Alejandría*", pgs. 21-22.

que entre los s. VIII y XII fue importada, primero a la península Ibérica, asimismo conquistada por los árabes, pasando de allí hacia Europa. Estos escritos, muchos en árabe, fueron traducidos al latín, difundiéndose ampliamente. Fue solamente hacia el final de las *Cruzadas*, cuando los saberes rescatados por los árabes de la Antigüedad empezaron a ser conocidos en las recién estrenadas universidades europeas, especialmente París y Oxford, a partir del s. XII.

Generando un movimiento de autoafirmación colectiva en Occidente, que alejándose de la supremacía cultural árabe, generaría su propio resurgimiento intelectual. Sólo entonces la confrontación teológica dio paso a un rechazo cultural. Los lazos entre Bizancio e Italia en los siglos siguientes, y la llegada desde Constantinopla de los textos clásicos griegos, tras la conquista, devastación y saqueo de la Constantinopla cristiana por los cruzados, independizó a Occidente de su dependencia de las fuentes árabes, y desarrolló un fuerte movimiento intelectual.

Sin embargo, y a pesar de ello, durante todos aquellos siglos después de la conquista de Alejandría, a nadie se le ocurrió decir de aquella magnífica cultura árabe que había salvaguardado para la posteridad los escritos antiguos, que rebosaba de filósofos y sabios, y que era tolerante con pueblos y cultos, pudiera haber sido ni remotamente responsable del incendio y desaparición de las Bibliotecas reales de Alejandría, destruidas mucho tiempo antes de su llegada a Egipto. Como vemos, la leyenda contra los árabes era absolutamente desconocida hasta finales del s. XII, tanto por árabes como por cristianos.

Así pues, hemos de concluir, a la vista de lo expuesto en los tres primeros Actos, que cuando había Bibliotecas, no había árabes en Alejandría. Y cuando llegaron los árabes, no existían Bibliotecas. Parece un trabalenguas, pero es afirmación que, además de simple, parece correcta. Ergo, los árabes no pudieron quemar ni una, ni otra, ni ninguna de las Bibliotecas reales de Alejandría. Motivo: ya no existían. ¿Por qué entonces la leyenda?

SEGUNDA PARTE

ACTO CUARTO

*LAS CRUZADAS
Y LA INVENCION DE LA FALSA LEYENDA
ACERCA DE LOS ARABES*

ACTO CUARTO.

Las Cruzadas y la invención de la falsa leyenda acerca de los árabes

Confrontación de culturas

Para encontrar la respuesta, hemos de fijarnos en los avatares políticos que estaban sucediendo en Oriente Medio, con un escenario internacional muy complejo y extremado. Nos encontramos en el s. XII –siglos después de la conquista de Alejandría por los árabes–, cuando la invasión y conquista de Oriente Medio por los ejércitos europeos *francos* en sucesivas oleadas –las *passagium generale*, más tarde llamadas *Cruzadas*– estaba tornándose en su contra.

La prolongada estancia de los francos en Alejandría, en 1167, cuando el rey de Jerusalén, Amalarico I, *Amaury*, se alió con el califa fatimita de Egipto, el chiíta El Adid⁵⁸³, en contra del conquistador sunni Sirkuh, habría provocado un renovado interés en Occidente acerca de Alejandría y el destino de su famosa Biblioteca. En aquella fecha, ocupando Alejandría como aliados durante un año, los soldados francos tuvieron tiempo, antes de ser expulsados por Sirkuh y Saladino, de hacer excavaciones entre los cuerpos y restos que rodeaban la *Gran Columna*, buscando, sin duda, el tesoro que supuestamente creían que escondía.

¿Sería en la época de El Adid cuando los *Templarios* se acercaron al Cairo, entrando en contacto con los sabios de la universidad de *Al-Azar*? ¿O cuando, paseando por los dédalos de callejuelas que rodeaban los *Dos Palacios* reales, descubrieron a sus puertas aquel sarcófago de un verde cristalino encontrado en la Gran Pirámide, en tiempos de Al-Ma'moun, que ellos creyeron tallado en esmeralda? ¿Se acercaron los *Templarios* a Alejandría? ¿Fueron ellos los que rebuscaron en la *Gran Columna*, tesoros o restos de manuscritos?

En todo caso es conocido el enorme interés de los cruzados por los restos del *Serapeum*. Efectivamente, con ocasión de su estancia en Alejandría, teji-

583. El Adid (1163-1169).

ron inmediatamente dos leyendas relacionadas con aquella tragedia, totalmente desprovistas de cualquier fundamento histórico, puro engaño. La primera atribuyendo precisamente la erección de la *Gran Columna*, símbolo de la victoria cristiana, a Pompeyo, volviendo a retomar la mistificación de Amiano, mezclando la destrucción del *Serapeum* con los romanos, y llamándola así la “*Columna de Pompeyo*”. Fabulación jamás aceptada por los alejandrinos, para quienes fue siempre “*Aammoud-es-Saouari*”, la “*Columna de la Luz*” o “*de los Pilares*”, en recuerdo de la antigua “*Columna de Serapis*”.

La segunda leyenda acusaba a ‘Amru de haber fundido los restos de oro y plata que aún quedaban de la estatua de *Serapis*, después de quinientos años, para hacer monedas, contradiciendo toda lógica de pillaje, e ignorando las afirmaciones de Eunapio, Amiano, Rufino, Socrates, Sozomen, Zósimo, Teodoreto, Zacarías, Isidoro de Pelusio o Paladio de Helenópolis. ¡Aquellos cruzados incultos no conocían la querencia por el oro de Teófilo!

Prestemos atención a estas dos leyendas inventadas por los cruzados en la propia Alejandría, la ciudad misma donde la sombra del pavoroso incendio del *Serapeum* todavía planeaba bajo. Todos lo recordaban, formaba parte inextricable de su pasado. La primera leyenda, como hemos visto, seguía la conocida estrategia medieval de los cristianos de echarle la culpa a Cesar, emborronando las pistas. Pompeyo, que fue asesinado en la costa egipcia días antes de que Cesar llegase a Alejandría, aparece de repente vinculado con el *Serapeum*, cuando no lo pisó jamás ni tuvo monumento alguno en el santuario, habiéndole erigido Cesar un cenotafio en la costa, en Cassium⁵⁸⁴.

La segunda leyenda cruzada tiene ya un fondo y contenido diferentes. En ella se atribuía la definitiva destrucción del antiguo *Serapeum* a ‘Amru y los árabes, pillando el oro, en una tentativa de vincularles, por primera vez, con la desaparición del *Serapeum*. La leyenda trataba de involucrar a los árabes, si no en la destrucción misma, sí en la de sus restos. Se trataba de una burda intentona de involucrar a los árabes a cualquier precio, que ya evidenciaba una desleal campaña de intoxicación, no dudando en recurrir a la fantasía y el engaño para tejer libelos. Tan absurda leyenda estaba destinada al fracaso, pero ya desvelaba una nueva actitud y nuevas directrices de confrontación con los árabes. Tardarán todavía un siglo hasta encontrar la acusación definitiva.

Lo más interesante de esta leyenda es que aquellos cruzados del s. XII no nombraban ni incendios ni bibliotecas. A ‘Amru le pusieron en escena recogiendo trozos de estatuas. Nada de libros y fuego. Nadie conocía aquella

584. Amiano, “*Rerum Gestarum*”, XXII, 16, 3.

leyenda sobre incendios y árabes. Ni los egipcios musulmanes que poblaban Alejandría, ni los egipcios cristianos coptos que la paseaban presurosos. Y por ello, no fueron los cruzados portavoces, de vuelta a Europa, de la leyenda sobre el incendio de la Biblioteca por los árabes. Puesto que aún no existía, no pudieron difundirla. Tardará aún quinientos años en ser conocida por los europeos. En todo caso aquellos cruzados, con su silencio, certificaron, más que nadie, que aquella leyenda sobre los árabes quemando bibliotecas no existía en el s. XII en Alejandría.

Tras las victorias del sultán ayubita Salah ad-Din, *Saladino*⁵⁸⁵ en el s. XII, entramos en el s. XIII, último siglo de presencia europea en Levante, cuando Egipto fue teatro de las operaciones bélicas. El siglo en que los venecianos atacaron Alejandría en 1202, y en que los francos tomaron Damietta en 1218, bajo el sultán ayubita El Melek el Adl⁵⁸⁶, el mismo que habría mandado destruir en Alejandría la antigua iglesia de S. Marcos, sede del Patriarcado copto, llamada *El Qamcha*, generando grandes sentimientos de rechazo contra la dinastía Ayubita fundada por Saladino.

Asimismo la época en que de nuevo los francos, comandados por el rey Luis IX de Francia, conquistaron brevemente Damietta otra vez y parte del Delta en la *séptima Cruzada*, para perderlos poco después (1249-50), y cuando la derrota de los ejércitos cristianos ante el sultán mameluco Baibars I en 1260, hizo previsible el fracaso de la última *octava Cruzada*.

También fue el siglo en que en Alejandría florecieron las escuelas sufíes, con los maestros españoles de *Al Andalus* establecidos allí. El primero de ellos, el maestro sufí, con fama de taumaturgo, Abu Bakr el-Tartoushi, o el-Tartoussi⁵⁸⁷, originario de Tortosa, quien, en el s. XI, había recalado primero en Roseta, y luego cerca del puerto de mercancías, más allá de Anfouchi, donde fundó una escuela muy conocida, y en donde dejó muchos discípulos. Su mezquita alberga un pozo milagroso donde beben y hacen abluciones peregrinos piadosos.

Le siguió un valenciano, educado o nacido en Játiva, el *sheik* Ibn Goubair, Ibn Yubayr, reverenciado en Alejandría como *Sidi Gaber*, que sirvió en la corte de Granada, fue poeta, viajero y escritor, con su "*A través de Oriente*"⁵⁸⁸. Ya famoso como profesor islámico de tendencias sufíes, llegó a Alejandría a principios del s. XIII. Acabó siendo venerado en una espléndida mezquita,

585. Saladino (1172-1193).

586. El Adl (1200-1218).

587. El Tartoussi (998-1067).

588. Goubair (1145-1217), "*Rihla*".

frente al mar, en lo que otrora eran sólo dunas del litoral y posiblemente una aldea de pescadores, y que ha dado nombre también a un floreciente barrio del litoral alejandrino.

Poco más tarde, apareció por Alejandría otro valenciano, Sidi Mohamed el Shatby⁵⁸⁹, otro filósofo sufí que provenía asimismo de Játiva, y que dio su nombre, Shatby o Chatby –Játiva en árabe–, a todo un barrio, antaño extramuros de la ciudad, hacia Oriente, donde está su tumba.

Y por último llegó el que acabaría siendo el santo patrón de Alejandría, Abou'l Abbas El Moursi⁵⁹⁰, el “Murciano”, santón y filósofo sufí, que emigró de su tierra de Murcia en el mismo siglo, empujado por las luchas de Reconquista, asentándose en Anfouchi, el barrio de los pescadores de Alejandría, a orillas del *Gran Puerto*. El Shatby fue su maestro. Su fama de conocimiento y santidad fue tal, que es venerado hoy día como el patrón de Alejandría. La imponente mezquita donde está enterrado, en la plaza de las *Siete Mezquitas*, con sus altos minaretes y las cúpulas de los morabitos, dan un aire intensamente oriental a la costanera, reflejándose en el mar.

Toda la belleza y el profundo atractivo de Alejandría fue expresado más tarde por Ibn Dukmak⁵⁹¹, de fines del s. XIV, con deje poético y sentimiento religioso, asegurando que, “*Abd al Malik ibn Juraij dijo: «De acuerdo con la ley de Moisés, si un hombre hace el peregrinaje alrededor de Alejandría por la mañana, Dios le trenzará una corona dorada incrustada de perlas, perfumada con almizcle y alcanfor, brillando de Este a Oeste»*”.

En todo caso, en Oriente Medio, con el panorama de unas Cruzadas en franca decadencia ante nuestros ojos, es decir, con un sueño cristiano rompiéndose en pedazos, paralelo a los victoriosos esfuerzos árabes por liberar las tierras invadidas, todas las cartas estaban sobre la mesa y el juego sucio era pan de cada día. Fue precisamente en aquel periodo de la historia medieval tardía, en medio de aquella confrontación entre los mayores poderes políticos de su época, y el enfrentamiento de dos religiones y dos culturas, ya mediados del s. XIII, cuando fue inventada la leyenda de la destrucción de la *Gran Biblioteca de Alejandría* por los árabes.

Traicionando una línea de propaganda político-religiosa que, tras un silencio de seiscientos años, en que estaba asumida la autoría de aquel desastre por los cristianos o, en todo caso, acusando de ello, de vez en cuando, a Julio Ce-

589. El Shatby (1193-1273).

590. El Moursi (1219-1289).

591. Dukmak, V, pg. 117, en Butler, “*The Arab Conquest...*”, pg. 369.

sar, intercambió de pronto a los romanos por los árabes en su papel de hipotéticos culpables. Fue una leyenda propagada de repente, como caída del cielo, sin que hubiera mención alguna anterior de ese episodio, sin ninguna prueba ni documental ni histórica para sustentarla. Fue diseñada como un instrumento más de propaganda, con antecedentes un siglo antes, acusando al bando enemigo, en este caso los árabes, de ser culpables de un desastre que ocurrió mucho antes de su tiempo, y además fue perpetrado por otros.

Invencción de la leyenda por Abulfaragius

Esta tardía y explosiva acusación fue una “*falsificación histórica*”, muy en la línea de las confusiones acerca de las dos antiguas Bibliotecas de Alejandría, versiones que, como hemos visto, comenzaron en el s. IV con Ammiano y continuaban en tiempos carolingios. Pero esta vez, en vez de escoger a Cesar como autor del incendio y destrucción de las dos Bibliotecas alejandrinas, como era la imposible versión popular de la falsificación previa a aquel tiempo, en el s. XIII escogieron a otra víctima del enredo, y así los árabes resultaron ser esta vez los culpables, una versión aún más imposible de justificar que la primera.

Todo parece llevar a la conclusión de que la persona que inventó y propagó la leyenda pudo ser un enciclopedista armenio copto, de origen judío, cuyo padre se convirtió al monofisismo, llamado Abu'l Farag bin Harun al-Malati, también Bar-Ebraya o Ibn Al-Ibri, conocido en Occidente como *Gregorius Abulfaragius*, *Abulfarax* o *Bar-Hebraeus*, que vivió del 1226 al 1286. Este último apodo significa literalmente “*Hijo de Hebreo*” en árabe. Algunos investigadores modernos niegan esta traducción, prefiriendo la de “*Oriundo de Ebra*”, una ciudad siria cercana a Malatya. Pero eso es olvidar que los propios árabes le llamaban ya al-Malati, “*Oriundo de Malatya*”, y con este apodo se hubiera quedado, si no hubieran querido ampliar el significado. Lo políticamente correcto parece justificar esta curiosa interpretación moderna.

Abulfaragius fue monje en Antioquía, obispo de Gubos cuando contaba 20 años, y de Lacabene a los 21, y más tarde, en 1252, también obispo de Alepo, todo ello en la Siria musulmana. Desde 1264 fue nombrado “*Maphrian*” o patriarca primado de la comunidad monofisita de Oriente, conservando dicho patriarcado hasta su fallecimiento. Pero aunque con sede en Mosul (Irak), Abulfaragius acabó habitando Persia, en las capitales de los emperadores mongoles Tabriz y Maragha. Dando así un giro completo a su vida, ya que si la primera parte de su existencia consagró su meteórica carrera eclesiástica en Siria, al amparo de los musulmanes, la segunda parte se fue a vivir en Persia con los

invasores de Siria y enemigos de los árabes. Un notable cambio de lealtades.

Conocido como autor cristiano sirio, fue muy prolífico, apodado “*El Fénix del Siglo*” por sus vastos conocimientos de griego, siríaco y árabe, escribiendo numerosas obras sobre teología, medicina, ciencia, historia y filosofía. Viajó constantemente consultando bibliotecas y eruditos en Siria. Escribió numerosos textos en siríaco, aunque algunos en árabe. La mayoría no han sido nunca traducidos ni publicados en Europa.

La falsa leyenda no aparece insertada dentro de su obra más famosa, la “*Crónica*”⁵⁹², escrita en siríaco, dividida a su vez en “*Crónica Siríaca*” y “*Crónica Eclesiástica*”⁵⁹³. La “*Crónica Siríaca*”⁵⁹⁴ era una historia universal desde Adán hasta su tiempo. La leyenda no apareció en este primer texto original de la obra, mucho más largo, sino en una traducción de parte de la “*Crónica Siríaca*” al árabe, que el propio Abulfaragius tradujo más tarde, al final de su vida, por razones no aclaradas. Efectivamente, abrevió la parte donde se narra la conquista de Alejandría por los árabes, y la publicó en forma de separata a la que puso el nombre de “*Espécimen de la Historia de los Árabes*”⁵⁹⁵, y en donde aparece por primera vez la leyenda con todos sus detalles.

Abulfaragius fue muy cauto, y al contrario de lo que era la practica habitual, no citó las fuentes de donde presumiblemente sacó su detallado relato⁵⁹⁶. No pudiéndose así verificar la cadena de copistas que nos llevarían a su autor original, algo absolutamente esencial para la transmisión de textos en la bibliografía árabe, y que ningún autor serio dejaba de consignar. Abulfaragius deja caer que recogió la leyenda paseando y conversando por los barrios populares de Alejandría. ¿A qué barrios se referiría, teniendo en cuenta que tanto cristianos como árabes ignoraban completamente la leyenda en el s. X, como nos lo demuestran los testimonios de Eutyquios y Severo, siendo asimismo ignorada hasta el s. XII, cuando estuvieron los cruzados?

Su silencio es tanto más sorprendente, cuanto que su mención hubiera dado peso a sus insólitas afirmaciones. Porque los hechos, vistos “*a posteriori*” parecerían indicar que, supuestamente, la leyenda ha de estar basada en los dos únicos historiadores árabes que, aparentemente, escribieron del tema, contemporáneos suyos, aunque biográficamente anteriores, ‘Abd al Latif e Ibn al-Qifti. Concretamente, fue de este último de quien Abulfaragius habría

592. Abulfaragius, “*Makhtbha-nuth Zabhne*”, en siríaco.

593. Abulfaragius, “*Chronicon Syriacum*” y “*Chronicon Ecclesiasticum*”.

594. Abulfaragius, “*Chronicon Syriacum*”. Su título original en siríaco era “*Mukh-tasar fi-d-duwal*”.

595. Abulfaragius, “*Specimen Historiae Arabum*”.

596. Butler, “*The Arab Conquest...*”, pg. 402.

ingenuamente copiado casi toda la leyenda, pues a Al Latif sólo se le ocurrió una breve frase sobre el tema.

El argumento de esta leyenda gira en torno a un supuesto e imposible diálogo en torno a los restos de la mítica Biblioteca, que aparece en el texto de Abulfaragius, entre el filósofo Philoponus y el general 'Amru, acerca de la *Gran Biblioteca* y la destrucción de sus libros por los árabes, por órdenes de Omar. Abulfaragius no tiene inconveniente en poner a aquellos personajes juntos, aunque en realidad los dos vivieran en épocas distintas. Seguía en esto a An-Nadim⁵⁹⁷, el primero en crear un ficticio diálogo entre estos personajes históricos, que vivieron en siglos diferentes. Así pues, los argumentos de Abulfaragius se basaban, de entrada, en un diálogo falso, que nunca existió, pues Philoponus murió en el 566 y 'Amru conquistó Alejandría en el 641.

Como ya vimos, la escueta versión de An-Nadim evocaba Alejandría y su antigua Biblioteca, pero nunca mencionó el diálogo de 'Amru y Philoponus sobre la Biblioteca, ni el intercambio de cartas apócrifas entre 'Amru y Omar, ni, por supuesto, la destrucción de la Biblioteca por los árabes. Al texto de An-Nadim añadió Abulfaragius de su propia cosecha todo el sorprendente final del relato, que contiene el núcleo de la falsa leyenda. A lo que mezcló el lejano eco del testimonio de Orosio acerca de los "*armaria*" quemados, para darle más verosimilitud al invento.

De acuerdo con el escrito de Abulfaragius, Philoponus supuestamente le pidió a su amigo el general árabe 'Amru que le diera los cofres de los archivos reales conteniendo los miles de libros de la *Gran Biblioteca* de Ptolomeo I. Con todo ello, Philoponus trataba de salvar ciertos originales de Aristóteles y otros libros famosos, alegando su nula utilidad para el conquistador de Alejandría. Según Philoponus, estaban escondidos en algún lugar de la ciudad, y sumaban 54.120 libros –los mismos que citaba An-Nadim–, supuestamente todo el contenido de aquella antigua Biblioteca, que habría sobrevivido hasta aquella época, guardados con celo hasta entonces. 'Amru se mostró prudente ante las extrañas explicaciones de Philoponus, dirigiéndose a su señor, el califa Omar, en busca de consejo, con una supuesta carta⁵⁹⁸.

Sólo más tarde, sigue contando Abulfaragius, 'Amru descubrió la engañosa versión de Philoponus, pues un oficial griego le contó que todo el antiguo tesoro ptolemaico en libros fue incendiado y destruido en el gran "*Fuego de Alejandría*", iniciado por el primero de los emperadores romanos mucho antes

597. An-Nadim, "*El Libro de los Índices*".

598. 'Amru, Pseudo, "*Carta apócrifa al califa Omar*".

del nacimiento del Profeta, pudiendo incluso verse algunos de sus estantes quemados en los archivos de algunos templos alejandrinos. Evocando así directamente el texto de Orosio, aunque sin decir, por supuesto, que este mismo escritor cristiano ya aseguraba, en el s. V, que fueron los cristianos los que quemaron la segunda Biblioteca, la del *Serapeum*, que era en la que quedaban los armarios ennegrecidos.

Según Abulfaragius, tras el pertinente reproche, Philoponus pidió a 'Amru subir a la colina de Rhakotis, al lugar desolado del destruido *Serapeum* para inspeccionar los restos de los *armaria librorum*, la *Biblioteca Hija*, explicándole que el fuego destruyó todos sus manuscritos. Allí le describió también, de pasada, la destrucción accidental por Cesar, durante la *Primera Guerra Alejandrina*, de los depósitos de libros del puerto, donde se quemaron 40.000 libros que no formaban parte de las colecciones reales. Insistiendo en la fusión de los dos incendios en un aparentemente único episodio, retomando la línea de falseamiento de Amiano Marcelino y acusando a Cesar. Acto seguido, siguió afirmando la posibilidad de la existencia intacta de estas mismas colecciones bibliográficas, escondidas en almacenes olvidados de Alejandría, en tiempos de la conquista árabe, en contra de la evidencia histórica de su desaparición casi total en el s. I a. C, y definitiva a finales del s. IV.

Abulfaragius no sólo evocó el diálogo entre Philoponus y 'Amru copiando de las fuentes árabes, sino que añadió un final árabe para la *Gran Biblioteca*, falseando aún más épocas y acontecimientos. En consecuencia, y según su propia versión, el cuento acaba acusando a 'Amru de haber mandado quemar aquellos libros pertenecientes a la famosa Biblioteca, obedeciendo las ordenes del califa Omar, quien supuestamente envió al general árabe una "*Carta*", con la famosa respuesta⁵⁹⁹:

"Si esos libros no contienen nada diferente del Corán, son inútiles, puesto que el libro de Alá es más que suficiente. Si, por el contrario, contienen pensamientos diferentes, no es necesario preservarlos, pudiendo quemarlos".

Fue pues así como, en la imaginación de Abulfaragius, 'Amru destruyó los supuestos libros de la elusiva *Gran Biblioteca de Alejandría*, a causa de la carencia de interés religioso de su contenido, salvándose solamente los manuscritos de Aristóteles. Y aquellos libros "*servieron para calentar los baños públicos de la ciudad durante seis meses*", afirmaba melodramáticamente Abulfaragius, terminando con esta hipérbole su relato, tratando de enfatizar, aun más

599. Omar, Pseudo, "*Carta apócrifa a 'Amru*".

si cabe, la supuesta tragedia. Acabando el párrafo con un sutil consejo: “*Escuchad y maravillaos de las cosas que pasan*”.

Al parecer, en su apresuramiento, Abulfaragius ni siquiera hizo unos simples cálculos antes de escribir semejante despropósito final. Puesto que si existían 4.000 baños en Alejandría, capaces para 100 o 200 mil personas al mismo tiempo, de acuerdo con las descripciones de Ibn Obeid, y los libros a quemar eran 54.120, tocaron a unos 14 libros por baño, es decir, diez minutos de brillante fuego, y a medio o un cuarto de libro por persona, poco bagaje para caldear calderas y cuerpos varoniles durante seis meses, según las estrambóticas afirmaciones de Abulfaragius.

El investigador Hamza Farouzi ha calculado catorce millones cuatrocientos mil los libros necesarios para que la afirmación de Abulfaragius pudiera ser cierta. También tenemos el ejemplo del incendio de la Biblioteca de la Universidad de Lyon, que en seis días consumió con el fuego 280.000 volúmenes⁶⁰⁰. Según ello, en seis meses se habrían consumido poco más de cinco millones de libros, por lo que, en el caso que nos ocupa, no tardarían ni dos días en consumirse los libros mencionados por Abulfaragius. Lo cual dice todo sobre el fantasioso texto de Abulfaragius y su carta apócrifa de Omar. Que, sin embargo, ha sido todo un éxito literario en Occidente, habiendo sido repetida “*ad nauseam*”, tanto por los que lo defienden como por los que estiman que todo es falso. Curioso modo de reivindicar la verdad.

En todo caso, para unas tropas en guerra no parecería lo más urgente leer y destruir manuscritos clásicos que sólo entendían unos pocos eruditos, conscientes además de la prohibición coránica de quemar libros santos. Los rollos hallados en los palacios alejandrinos ardieron, sin duda, en muchos casos, junto a miles de muebles astillados, inútiles para aquellos hombres del desierto, pero que daban un fuego más duradero a los vapores de sus baños que los débiles papiros de los libros, aunque fuesen muchos.

Pero estos libros, si se quemaron, no pertenecían ni a la *Gran Biblioteca* ni a la *Biblioteca Hija de Rhakotis*, puesto que estas habían sido destruidas a fines de los s. I a. C. y IV d. C, respectivamente. Ni tampoco pertenecían a ninguna otra Biblioteca real de la Antigüedad egipcia, ya que aquellas fueron las últimas de Egipto, y desaparecieron, como ya hemos visto, definitivamente a finales del s. IV, según todos los expertos. La leyenda es, pues, una fábula inventada, un engaño imposible que no resiste ni un somero análisis crítico.

600. Empereur, “*La destruc. Bibl. Alex.*”, pg. 88, en “*¿Qué le ocurr. Bibliot. Alej.?*”, Brill, 2008. El incendio de la Biblioteca de la Universidad de Lyon ocurrió en 1999.

Abulfaragius sabía muy bien, como hoy lo sabemos nosotros, que los árabes nunca incendiaron la *Gran Biblioteca de Alejandría*. Sencillamente porque, cuando llegaron, ya no existía.

Consecución de la trama

¿Pero como se las ingenió Abulfaragius para poner en circulación su falsa leyenda, y hacerla aparecer al mismo tiempo como supuesta copia de dos anteriores, que él mismo escribió, aunque aparecieron en libros de otros autores? Sólo un atento estudio de las fechas y las circunstancias en que se desarrollaron los acontecimientos puede darnos un atisbo de lo que sucedió realmente.

Como no podía ser menos, Abulfaragius hizo que las cosas casaran, no pudiendo permitirse medias tintas en la elaboración de su leyenda. Necesitaba desesperadamente basar su fantasioso relato en alguna versión anterior de la leyenda, que precediera su texto, para que diera carácter de autenticidad y sentido a su patraña, demostrando lo indemostrable. Y, por supuesto, necesitaba versiones escritas por autores árabes, para probar que, sin ninguna duda, los árabes conocían los hechos y escribieron acerca de ellos, acusándose a sí mismos. Pero, al mismo tiempo, era consciente de que aquellos textos no existían.

Abulfaragius no se amilanó ante ello. Aunque para conseguir hacer realidad los inexistentes textos tenía ante sí algunas dificultades. Primero estaba la época de la versión buscada. Por supuesto, no podía buscar muy lejos en el tiempo, porque ya se sabía que todos los escritores árabes, desde el s. VII hasta el XII, habían guardado absoluto silencio sobre el supuesto evento, y se conocían sus textos. Por ello, tendría que escoger entre contemporáneos suyos, y probar suerte, a ver si alguno escribía precisamente sobre aquel tema, rompiendo el persistente silencio de seiscientos años, y quería acusar a los árabes de ello. Pero además estaba la distancia. Necesitaba conocer de cerca a los que escribieran, para saber que así lo hacían y obtener aquellos desconocidos y extraordinarios textos cuanto antes.

Abulfaragius, sorprendentemente, y a pesar de tamañas dificultades, encontró enseguida los originales que buscaba, de los que copió supuestamente su texto. Lo tenía fácil, porque precisamente los que se decidieron a escribir, ¡oh sorpresa!, fueron escritores árabes, no sólo contemporáneos, sino convecinos suyos. Todos del s. XIII y vecinos de Alepo, en Siria. Como si se hubieran puesto de acuerdo.

Estos autores árabes, tan dispuestos a desvelar al mundo un secreto guardado durante seiscientos años en silencio, y dispuestos a hacerlo en plenas *Cru-*

zadas, dañando así la imagen y el prestigio de los árabes, fueron dos autores bien conocidos y apreciados. Se llamaban ‘Abd al Latif, que, aparentemente, dio la primera y escueta noticia de que los libros de la Biblioteca fueron quemados “*por Amru, a las ordenes del califa Omar*”⁶⁰¹, como anunciando lo que venía, y, especialmente, Ibn al-Qifti, quien supuestamente, quince años después, se decidió a escribir un largo y detallado relato de cómo pasó todo, que parece un calco del de Abulfaragius, aunque más corto.

Efectivamente, y con asombro, es un autor árabe, riguroso contemporáneo de Abulfaragius, el famoso erudito e historiador egipcio, Gamal el Din Abi Al Hassan Ali Ben Yusuf Al-Qifti⁶⁰² o Ibn al-Qifti, conocido también como *Gemaleddinus* en Occidente, el que aparece como el escritor árabe del que copió Abulfaragius su famoso diálogo, puesto que los textos de los dos autores son casi idénticos, y el de Al Qifti es anterior a Abulfaragius. Asombrosamente porque en medio de las *Cruzadas*, no podemos imaginar a un escritor árabe tan serio como Al-Qifti, amigo de Saladino, escribir mentiras sobre la historia de su propio país y de la captura de Alejandría, de sobra por todos conocida, mentiras que además sólo podrían beneficiar a los francos.

Difamando al mismo tiempo al califa Omar, a un líder carismático y querido por los egipcios, como era ‘Amru, famoso no sólo por sus conquistas, sino también por sus fundaciones humanitarias y culturales en el valle del Nilo, todos ellos sunnitas, como él mismo y, por último, a todo el mundo y la cultura árabe. Añadiendo como guinda la ridícula historia de los libros quemados en los baños, que da por sí misma la medida de todo el imaginario relato. Indigna, en todo caso, de los escritos de un historiador de la talla de Al-Qifti.

Al-Qifti fue consejero de Saladino en Jerusalén y después vivió en Alepo, desde 1201, donde fue *cadi* y visir. Escribió 26 libros, de los que solamente conocemos dos. Fue al final de su vida, en el 647 de la Hégira, 1246, cuando Al Qifti escribió uno de ellos, “*Las Escuelas de los Hombres Sabios*”⁶⁰³, biografía de más de cuatrocientos artículos por orden alfabético, sobre físicos, astrónomos y filósofos con apuntes de autores griegos, cuyos originales se han perdido, libro que supuestamente fue copiado por Abulfaragius. El original se ha perdido –no sabemos cuando ni donde– y tenemos que contentarnos con un resumen o epítome de Al Zawzani, escrito en 1249 o 1250, llamado “*Las más selectas citas del Tarik Al-Hukama*”, 349-354, estructurado, como el original de Al Qifti, en biografías de autores griegos, por orden alfabético.

601. Al Latif, “*Relación de Egipto*”.

602. Al-Qifti (1172 Qift- 1248 Alepo).

603. Al-Qifti, “*Tarik Al-Hukama*”.

Al-Qifti proclamaba en su libro que fue a través de Alejandro y Aristóteles como la filosofía llegó al mundo árabe. Es difícil de creer que un autor que afirma esto, pueda afirmar un poco después que los árabes se dedicaron a destruir precisamente los libros de los sabios griegos en Alejandría, teniendo en cuenta que la tradición filosófica árabe había comenzado ya desde el s. VI al VII, y que la destrucción de aquellos tesoros literarios constituiría para ellos una auténtica desgracia.

El autor también alababa Egipto en aquel libro, su país de origen, la antigua tierra del conocimiento, patria de incontables eruditos, y glorificaba Alejandría, describiéndola como un lugar muy bello y saludable. Asimismo proclamaba que en Egipto existió en tiempos pasados una *Gran Biblioteca*, llamada la “*Mansión del Conocimiento*”. Añadiendo en este preciso párrafo la más que dudosa afirmación de que dicha Biblioteca “*existió hasta la llegada de los musulmanes*”. Dudosa porque Al Qifti era no sólo egipcio, sino un afamado hombre de letras, que conocía muy bien la historia de su propio país, y sabía que dicha afirmación era mentira, entre otras cosas porque conocería los textos de Orosio traducidos al árabe, que afirmaban lo contrario.

Después de esta introducción, podemos leer en el “*Epitome*”⁶⁰⁴ como al-Qifti se lanzó a un extraño y desafortunado invento literario, que incluye todo el episodio que ya conocemos por Abulfaragius del diálogo entre al Nahawi y ‘Amru, finalizando con la respuesta en la “*carta*” del califa Omar a ‘Amru⁶⁰⁵ y la destrucción de los libros que existían de la antigua Biblioteca, quemándolos en los baños. Supuestamente esta sería la primera y única versión árabe del desdichado episodio, del que Abulfaragius pretendidamente copió su propia versión, claramente agrandada, en todo caso, puesto que el texto de Al-Qifti es sensiblemente más corto que el de Abulfaragius, y de diferente estilo, y no recoge ni el paseo por el diezmado *Serapeum* ni la narración sobre el incendio de Cesar.

Todo parece fruto de una elucubración mental, sin ningún atisbo de verdad histórica, carta y baños incluidas. Una absurda frivolidad, podríamos pensar, si no tuviera un propósito escondido. ¿Puede este retrato casar con el recto *ca-di*, egipcio y musulmán por más señas, que era el venerable historiador Ibn al-Qifti? Obviamente la respuesta es negativa. ¿Por qué motivos se hubiera atrevido a insertar semejante adefesio literario en una obra erudita, que narraba la historia de su propio pueblo? ¿Le habría empujado una vanidad mal entendi-

604. Al Zawzani, “*Epitome sobre las más selectas citas del Tarik Al-Hukama*”, 354.

605. Omar, Pseudo, “*Carta apócrifa a ‘Amru*”.

da, al final de su vida, a escribir este vano y hueco relato, una falsedad con la que hundía la imagen de los suyos? No parece razonable creerlo.

Intrigas en la ciudad de Alepo

Todas las conclusiones apuntan en dirección contraria, hacia otro palacio, en distinta callejuela de la intrincada y amurallada ciudad de Alepo, la capital del norte de Siria en época medieval. Allí donde habitaba otro literato e historiador versado además en medicina, ya famoso por sus creaciones literarias, quien, tal vez por más joven más osado, fue capaz de crear un relato ingenioso, totalmente inventado, fútil y fantasioso, pero creíble, lo que no era fácil. Un hombre erudito y con buena biblioteca, al que no importaban las consecuencias negativas del escrito y que estaba dispuesto a arriesgarse en pos de la causa que se había propuesto. Ese personaje no sería otro que el joven Abulfaragius, vecino y colega de Al-Qifti por unos años.

Es conocido que Alepo fue una ciudad fortificada que nunca conquistaron los francos, por lo que se convirtió en una ciudad muy segura, y punto de encuentro para innumerables viajeros y eruditos árabes. Alepo estaba dominada por una alta colina, donde surgía una fortaleza inexpugnable, que contenía una auténtica ciudad palaciega en su interior. Bajo ella se extendía una industriosa ciudad, centro crucial de la “*Ruta de la Seda*”, con un dédalo de calles techadas con maderas y lienzos, que albergaban sus riquísimos “*souks*” o mercados, con sus tiendas-armarios, sus numerosos “*khans*” o albergues para las caravanas, y la recién estrenada mezquita de mediados del s. XII, fundada por Nur al-Din, con su famosa “*madrassa*” o escuela religiosa sunni.

Allí hubo un importante grupo intelectual, conocido como “*Los Eruditos de Alepo*”, cuyos principales componentes fueron Al Farabi, Al Qifti y Al-Adim. Allí aposentaría sus reales o pasaría largas temporadas Abulfaragius, atraído por su seguridad, comodidades y brillo intelectual, quien poco más tarde conseguiría hacerse nominar obispo monofisita de la ciudad.

Teniendo en cuenta el panorama general del s. XIII, la guerra, el choque de culturas, los aspectos religiosos, el fanatismo, lo agrio del envite, podemos fácilmente imaginar lo que sucedió en dicho contexto. Muy sospechosamente fue Al-Qifti, un contemporáneo de Abulfaragius, y su vecino en Alepo, y no otro, quien supuestamente se decidió a escribir el infame y fantasioso diálogo. Aparece así en la única versión conocida del libro, la del epitome de Al Zawzani.

El libro lo escribió Al-Qifti en 1246, cuando era ya muy mayor, 74 años. Todo lo contrario del joven Abulfaragius, que en ese año cumplió 20 años y

fue nombrado obispo de Gubos. Además de haber llegado tan joven y pronto a dirigir una extensa y poderosa comunidad cristiana en Oriente Medio, Abulfaragius era también un maestro en medicina, filosofía, griego y lenguas orientales, especialmente árabe y siríaco. Su elevada posición y curiosidad intelectual le llevarían a instalarse largas temporadas en Alepo, la bulliciosa capital llena de sabios y bibliotecas.

Allí, en Alepo, el joven obispo monofisita Abulfaragius disfrutaría de toda la confianza y la ayuda que los árabes habían otorgado a aquella rama de la Cristiandad. Siendo asimismo un prolífico autor y un historiador, sin duda gozaría de una amistad fraterna y especial con el mucho más mayor *cadi*, visir e historiador Al-Qifti, gozando los dos de posiciones prominentes de autoridad, y compartiendo igual pasión por la historia de la humanidad. Es razonable pensar que Al-Qifti, anciano y al final de su vejez, escribiendo un libro con citas de sabios griegos, buscara la ayuda de Abulfaragius para leer con más exactitud los originales griegos de donde sacaría su información.

En aquellos tiempos, cuando el autor de un texto producía su primer manuscrito, el llamado "*autógrafo*", el de su propia mano, hacía inmediatamente unas cuantas copias, dictando al mismo tiempo a unos cuantos escribas, y las distribuía entre sus conocidos, consagrando así el acta de publicación del libro. Después, los libreros hacían las copias necesarias para sus clientes, con una legión de escribas. Si fallecía el escritor antes de publicarlo, y no había dejado el manuscrito a un amigo para que se encargara de su publicación y difusión, cosa frecuente, había que buscar copias entre miembros de su familia⁶⁰⁶. Los libros eran evidentemente escasos y muy caros, en manos de muy pocos. Los copistas tardaban de uno a dos años en copiar un texto, y se calcula que un manuscrito tardaba una media de cincuenta a doscientos años en difundirse y ser ampliamente conocido.

Tan mayor era Ibn al-Qifti cuando escribió su último libro que falleció enseguida tras acabarlo, sólo dos años después, en 1248. Por tanto, con muy pocas posibilidades de que su último texto pudiera haber sido ampliamente conocido. ¿Qué sucedió en Alepo después del deceso de Al-Qifti? ¿Qué sucedió en aquellos cruciales años que van del 1248 al 1249-50, en que un escritor que pasó por la ciudad, Al Zawzani, se tomó la molestia de hacer su propio resumen del último texto de Al-Qifti, en vez de llevarse una copia del mismo?

606. El filósofo neoplatónico Porfirio (234-305) cuenta en "*Vita Plotini*", "*Vida de Plotino*", que él era el mejor amigo de su maestro Plotino, y que este le encargó la edición de sus escritos tras su fallecimiento.

¿Qué pasó con los textos originales de Al-Qifti? ¿Estaban los textos de Al-Qifti en manos de Abulfaragius, quien muy posiblemente disfrutara de la entera confianza de su colega historiador y amigo? ¿Podría Al-Qifti haberle entregado el texto original y sus escasas copias, si alguna, a Abulfaragius para que lo hiciera conocer tras su fallecimiento? ¿Los llegó a ver alguna vez Al Zawzani? Como vemos, toda la historia gira en torno a la ciudad de Alepo, donde nuestros principales protagonistas vivían al mismo tiempo, tanto Al-Qifti como Abulfaragius.

El supuesto autor de la leyenda, Ibn al-Qifti

Lo cierto es que el joven obispo Abulfaragius sobrevivió al anciano Al-Qifti en la misma ciudad, Alepo, durante el s. XIII, y pudo fácilmente, con un poco de astucias y artimañas, insertar una “*interpolación*” que hiciera que el escritor árabe apareciera, contra su voluntad y después de su muerte, como el teórico autor del infame diálogo, en el que dos personajes que no vivieron en la misma época, hablaron sobre el supuesto incendio de una Biblioteca que no existía, en la supuesta época del supuesto diálogo.

¿Por qué necesitó publicar Abulfaragius una segunda versión abreviada, precisamente en árabe, de su “*Crónica Siriaca*”, a la que llamó “*Espécimen de la historia de los árabes*”⁶⁰⁷, donde esta falsa leyenda apareció por primera vez, estando ausente en el texto previo de la “*Crónica*”? ¿La publicó Abulfaragius una vez interpolados los textos de Al-Qifti? Tendría que ser así, puesto que publicó su “*Espécimen*” al final de su vida. Todo parecería indicar que el fallecimiento de Al-Qifti pudo darle a Abulfaragius la extraordinaria oportunidad que estaba esperando, de poner en practica y sobre el papel algo que ya tenía pensado hacía tiempo. Le dio poco más de un año de tiempo para recopiar y añadir rápidamente a los textos del venerable escritor egipcio lo que era solamente una fantasía literaria del joven Abulfaragius.

Nada más fácil para Abulfaragius, el “*Fénix del siglo*”, que gozaba de omnímodo poder político y religioso en Oriente Medio, que era una autoridad en Alepo y, sin duda alguna, un conocido de Al-Qifti. Esta practica se llama “*interpolación*”, y fue practica muy usual para falsificar o modificar textos desde los primeros siglos del cristianismo hasta el Medievo. Es de sobra conocido que esta practica salvaje fue utilizada ampliamente, como una burda y des-

607. Abulfaragius, “*Specimen Historia Arabum*”.

leal manera de propagar y apoyar ciertas corrientes de pensamiento político y religioso. De esta forma Abulfaragius pudo fácilmente falsificar algunos de los últimos escritos de Al-Qifti, curiosamente su contemporáneo, y no otro anterior, cuyos escritos hubieran sido ya conocidos.

Pudo así interpolar lo que quiso, en este caso todo un largo y minucioso párrafo, que le obligaría a desencuadernar y encuadernar de nuevo los libros —no existían las imprentas y las copias a mano necesitaban un mínimo de uno o dos años para su confección—, poniéndolos otra vez en circulación. Seguramente no tuvo tiempo de recopiar todo el texto, para hacerlo pasar por original, pues copiar la forma personal de la letra de Al-Qifti sería una labor extremadamente difícil. Sólo introduciría, con una letra parecida, el párrafo interpolado, lo que llevaría menos tiempo. No tuvo mucho, en todo caso, justo antes de que fuera leído y resumido por Al Zawzani, un año más tarde, cuando este último pasó por Alepo. Al estar francamente interesado por el legado literario de Al-Qifti, se entrevistaría con Abulfaragius, no sólo por ser este un escritor famoso, sino tal vez por ser el depositario de los últimos textos de Al-Qifti.

Pero aún existe otro problema sin dilucidar. El caso es que el texto de Al-Qifti es mucho más corto y de diferente estilo que el de Abulfaragius, quien supuestamente lo copió de aquél. El de Abulfaragius es más largo, y narra cosas que no existen en Al-Qifti. Curiosamente, nadie ha considerado importante conocer de donde copió Abulfaragius el texto sobrante. ¿De qué fuentes recogió esas otras informaciones, que se han revelado como falseamientos descarados de la propia historia? ¿Del propio e ignorado texto de Al-Qifti, como pretenden los que acatan la leyenda? ¿De una tercera fuente ignorada por todos, un tercer escritor árabe desconocido? ¿O fue un raptó de megalomanía del “*Fénix del Siglo*”?

Parecería que Abulfaragius, en un exceso de creatividad, se sintió en la necesidad de añadir aún más hojarasca pseudo-histórica a su invención literaria, y alargó así lo presuntamente escrito por Al-Qifti, saliéndole una mentira más larga. Tal vez sería la explicación más sencilla, otra nueva estratagema. No sabemos por qué Al Zawzani hizo un resumen, practica que, por otro lado, era común entre copistas de Oriente Medio. Podría ser que Abulfaragius le hubiera dado directamente la copia ya resumida y modificada a Al Zawzani, dejándole que la firmara como suya, o que este sólo viera una copia ya falseada. Si fue Abulfaragius quien le dio el resumen ya hecho a Al Zawzani, quedaría el falsario en plena libertad de alargar a voluntad el supuesto texto de Al-Qifti. Nadie conocería el texto original.

En relación con ello, una última pregunta sin contestar. Si el escenario descrito, en que se materializó la copia interpolada del original de Al-Qifti por

Abulfaragius es correcto, el manuscrito “*autógrafo*” no habría sido visto más que por un restringido círculo de amigos de Al-Qifti. ¿Si el original fue guardado por Abulfaragius, que hizo éste con él? ¿Fue capaz de destruirlo, en su ansia por borrar todas las huellas? Nada más sencillo, dado la falta de escrúpulos éticos en que se desarrolla la historia. De hecho, el texto original de Al-Qifti no se conoce, ha desaparecido. Casualmente sólo se conservan el resumen de Al Zawzani y la ampliación de Abulfaragius. ¿Qué pasó con el texto y las pocas copias originales de Al-Qifti? ¿Existirá algún ejemplar no interpolado, aún escondido en alguna recóndita biblioteca de Alepo?

El caso del texto de ‘Abd al Latif

Pero aún existe un tercer escritor, conectado con Alepo, y con la saga de la falsa leyenda acerca de los árabes. No otro que ‘Abd al Latif al-Bagdadi⁶⁰⁸, historiador, médico, egiptólogo y viajero iraquí, del que hemos hablado, otro conocido de Saladino, y profesor de medicina y filosofía en El Cairo y también en Alepo, y, por lo tanto, contemporáneo y casi vecino de los otros dos. De hecho, se conoce la estrecha relación de amistad que unió a ‘Abd al Latif y Al-Qifti. Curiosamente, también parece que ‘Abd al Latif mencionó en sus escritos, como hemos visto, una escueta mención del incendio de los libros de la Biblioteca por los árabes por ordenes de Omar, mucho antes incluso que el propio Al-Qifti –supuestamente el primero que inventó la leyenda en toda su extensión–, puesto que ‘Abd al Latif falleció en 1231 y Al-Qifti escribió su libro en 1246, exactamente 15 años más tarde.

Efectivamente ‘Abd al Latif, en su famosa “*Relación de Egipto*”⁶⁰⁹, cuenta que durante su visita a Alejandría, alrededor del 1200, visitó el lugar de la *Gran Columna*, rodeada de múltiples columnas rotas, escribiendo que “*Pienso que este es el lugar del pórtico donde Aristóteles y sus sucesores enseñaron... aquí había un depósito de libros que fueron incendiados...*”. Hasta este punto, todo es correcto. ‘Abd al Latif está hablando claramente del *Serapeum*, con su *Academia de Aristóteles*, como se llamaba en tiempos medievales al *Museo* romano, y asimismo testimonia correctamente acerca del incendio que destruyó la *Biblioteca Hija*.

Pero repentinamente el texto descarrila, y se le añade al final una corta frase, más que dudosa, afirmando que “*...aquí había un depósito de libros que fueron*

608. Al Latif (1162-1231).

609. Al Latif, “*Al-Ifada wal I'tibar*”. “*Khitat*”, I, pg. 159, en Butler, “*The Arab Conquest...*”, pg. 403.

incendiados por 'Amru, a las ordenes del califa Omar". Esta extraña afirmación "*avant la lettre*", no sólo es anterior a la versión de Al-Qifti, supuestamente la primera y más detallada versión. E insistiendo sobre lo mismo, no sólo se hace otra vez eco del incendio de la Biblioteca del *Serapeum*, la *Biblioteca Hija*, sino que a la vez acusa sin ningún escrúpulo a los árabes, desmintiendo también el testimonio de Orosio.

No dando tampoco, como Abulfaragius, referencia alguna sobre el origen de la inopinada y escueta acusación, salvo que lo ha oído en la calle. Rumores alejandrinos, parece que son sus fuentes literarias. ¿En todo caso, de donde recogió Al Latif esta leyenda, si sabemos por Severo *al Muqaffa* y Eutyquios que la leyenda era absolutamente desconocida en Egipto a finales del s. X, y que todavía en el s. XII ninguna conseja popular hablaba de la leyenda en Alejandría?. Tenemos, por tanto, otro escritor árabe que se decidió a favorecer a los francos en tiempos de guerra.

¿Podríamos percibir también aquí la larga mano de Abulfaragius? Por supuesto, podemos percibir que Abulfaragius es también aquí la mano invisible, quien para reforzar sus largas interpolaciones de los textos de Al-Qifti, añadió un escueto párrafo de dos frases, cortas pero claves, en el libro de este otro escritor árabe, Al Latif, al que nunca conoció personalmente por su mayor edad. Pero un autor que también vivió en el s. XIII, y también en Alepo. Cuanto menos sospechoso, teniendo otra vez a Abulfaragius como vecino. Los escritos de Al Latif, aunque ya más conocidos, estarían fácilmente al alcance de su mano.

Precisamente, en aquel convulso siglo, los mongoles de Hülegü Khan, aliados con cristianos nestorianos, se apoderaron de Alepo en 1260, matando a miles de musulmanes y judíos, pero respetando a los cristianos, a cuya cabeza estaba Abulfaragius, que les recibieron con vítores de alegría, a pesar de que les consideraban herejes. Las negociaciones entabladas por Abulfaragius con los invasores consiguieron el respeto a la vida y patrimonio de los monofisitas, lo que, sin duda, fue causa de su elevación a la santidad en los medios locales. Tejiendo además una sólida amistad con los invasores mongoles, pues terminó habitando la capital del imperio mongol en Persia. Pero, además, aquellas masacres de Alepo dejaron cientos de tesoros bibliográficos desprotegidos y abandonados. ¿Aprovechó Abulfaragius aquellas infaustas circunstancias para hacerse con todos los manuscritos posibles de 'Abd al-Latif?

En el caso de 'Abd al-Latif, la tarea era infinitamente más fácil que en el caso de Al-Qifti. Sólo se trataba de añadir al texto original del escritor árabe, o a las copias que cayeran en sus manos, una sola frase, y no muy larga, por cierto. Como hemos dicho, lo más confuso es que 'Abd al Latif murió antes

de que Al-Qifti supuestamente se inventara de repente todo aquella acusación contra sus propios compatriotas y cultura.

Por lo que otra vez aparece otro escritor árabe del s. XIII en el entramado de la falsa leyenda. Un afamado historiador, 'Abd al Latif, quien, cuando llegó a Egipto, llevaba cartas de Saladino para visitar al gran Musa ibn Maymun, Rabí Moisés el Egipcio o Maimónides⁶¹⁰, el mayor sabio y filósofo judío y el mejor médico de su tiempo, el "*Águila de los Médicos*", que vivió en 1165 en Alejandría, pero que entonces vivía en El Fustat, como médico de Saladino. Un historiador iraquí que estuvo tan mal informado y fue lo suficientemente ingenuo para añadir a su documentado libro sobre Egipto un error garrafal que iba en contra del prestigio de los árabes, en medio de las guerras de Oriente Medio.

Demasiadas coincidencias, parecen. Demasiados escritores árabes conocidos dados a la ingenuidad o fáciles de engañar, todos ellos del s. XIII, todos amigos de Saladino, el famoso príncipe victorioso, todos viviendo y escribiendo en la amurallada Alepo, todos contando mentiras que beneficiaban a los francos y acusaban a su propio pueblo de una tragedia que nunca cometieron.

Es curioso que el profesor de Florencia G. Furlani⁶¹¹ salve la escueta versión de Al Latif, como ya hiciera Gibbon⁶¹², dándola por auténtica, sin más explicaciones que haciéndola derivar de ciertas tradiciones locales que continuarían repitiendo las consejas de Alejandría, tradiciones orales de las que nadie se hizo eco en seiscientos años. Pero que por pura chiripa, antes de que fueran totalmente olvidadas, supuestamente pudo recoger Al Latif en la calle, en su corta estancia en Egipto, aceptándola como buena, sin apoyo de ninguna fuente escrita anterior. Extraño proceder para un historiador reputado.

Con lo cual, aunque el propio Furlani tacha toda la supuesta narración de Al-Qifti, y, por ende, también la de Abulfaragius, como pura invención literaria, incluida la carta de Omar, se contradice a sí mismo salvando el escueto párrafo de Al Latif. Pues con ello alcanza el colmo de la ambigüedad, dejando la acusación intacta, aunque reducida a un solo autor árabe, Al Latif, supuestamente el primero y origen de la corta saga. Así pues, efectivamente 'Amru habría quemado los libros de la Biblioteca, por ordenes del califa Omar, según aparentemente afirmaba de pronto, a comienzos del s. XIII, y por primera y única vez en toda la literatura árabe medieval, 'Abd al Latif.

610. Maimónides (Córdoba 1135- El Fustat-Cairo 1204).

611. Furlani, G., "*Giovanni il Filopono e l'incendio della Biblioteca de Alessandria*", - "*Juan Filopono y el incendio de la Biblioteca de Alejandría*"-, 21, pgs. 59-68, Ste. Archaeol. d'Alexandrie, 1925.

612. Gibbon, "*Decadencia Imperio Romano*".

G. Wiet se refiere a este supuesto añadido de 'Abd al Latif diciendo "Este texto preciso, que ha sido utilizado en Occidente con fines de polémica... ha provocado la indignación entre los círculos musulmanes... para componer la historia de los países musulmanes tenemos muy pocos textos viejos... Pero, precisamente, para este episodio de la conquista de Egipto, contamos con numerosos relatos bastante antiguos, como los de Ibn 'Abd al-Hakam, de Baladhuri, de Tabari, de Mas'udi, de Kindi. Y bien, en ninguno de ellos se hace la menor alusión a este incendio, y sería frívolo creer en su historicidad basados solamente en el testimonio de 'Abd al Latif, seiscientos años más tarde"⁶¹³.

La perversa práctica de interpolar textos

En todo caso, Abulfaragius tenía una sólida y larga tradición en la que apoyarse para sus manejos. Como ya vimos, en tiempos de la *Gran Biblioteca*, los Ptolomeos manejaron la censura y modificación de textos a su antojo, por motivos políticos. Pero no todos aceptaron las manipulaciones alejandrinas, rechazando los textos modificados, e incitando a buscar los manuscritos antiguos para saber que escribieron Homero y otros genios. Fue así como Dionisio de Halicarnaso escribió un tratado sobre el orador Dinarco, del s. IV a. C., quejándose de las falsedades que aparecían en los catálogos de las bibliotecas de Alejandría y Pergamo, diciendo que "Se atribuían a Dinarco discursos que en absoluto cuadraban con él y al mismo tiempo decían que eran de otro los escritos de este..."⁶¹⁴.

Asimismo Galeno, en el s. II, afirmaba "Pues antes de que a los reyes de Alejandría y Pergamo les diera por aficionarse a la compra de libros antiguos, nunca hasta entonces se había puesto un título falso a una obra. Pero cuando se comenzó a dar dinero a los que les llevaban obras de algún antiguo, así ya llevaban muchas con títulos falsificados..."⁶¹⁵.

También en el Imperio romano, según J. A. Rodríguez Valcárcel, los bibliotecarios de las bibliotecas públicas imperiales, que aparecieron con Julio Cesar y la *Dinastía Julio-Claudia*, no sólo se dedicaban a comprar y clasificar libros para las numerosas bibliotecas fundadas por estos emperadores, si no

613. Wiet y otr., "L'Egypte Musulmane de la Conquête Arabe á la Conquête Ottomane", -"Egipto Musulmán, de la Conquista Árabe a la Conquista Otomana"-, pgs. 109-153, Cairo, 1932.

614. Dionisio de Halicarnaso (60 a. C.-7 d. C.), "Sobre Dinarco", 1.

615. Galeno, "Comment. In Hippocratis De natura hominis", "Comentarios sobre Hipócrates y la naturaleza humana", 1, 127.

que también estaban obligados a expurgarlos, ya fuera por motivos políticos o técnicos, diciendo que “*En relación con los autores y las bibliotecas –en el Imperio romano– es de destacar la función «política» de estas, ya que los escritores que eran anatemizados con condenas políticas o literarias sufrían una especie de «damnatio memoriae»⁶¹⁶, lo cual implicaba también un control cultural por parte del régimen...*”⁶¹⁷.

Perversas prácticas que adoptaron los nacientes cristianos. Ya desde la aparición de los primeros escritos cristianos, pertenecientes a distintas sectas enfrentadas, aflora el fenómeno de la *interpolación*, modificación o falseamiento de los textos originales por los diversos copistas quienes, hasta la aparición de la imprenta, fueron los encargados de recopiar y difundir los textos. Las acusaciones entre unos y otros se repitieron durante siglos. Las principales razones de las interpolaciones eran casi siempre religiosas.

Ya S. Ireneo acusaba al filósofo y teólogo gnóstico Marción, del mismo siglo II, de alterar y suprimir parte de los textos de las *Epístolas* de S. Pablo. Asimismo Dionisio, obispo de Corinto, se quejaba de que sus propios escritos habían sido alterados por motivos teológicos “... *suprimiendo ciertas partes y añadiendo otras...*”. Eusebio de Cesarea, en su “*Historia Eclesiástica*”⁶¹⁸, sugiere que ya Orígenes, en el s. III, dudaba de la autenticidad de todos los escritos de S. Pablo, que según él, solamente escribió algunas líneas, y no a todas las comunidades que conoció.

Corroborándolo, el mismo Orígenes se hizo eco, con su obra enciclopédica “*Hexapla*”, de la infinidad de arreglos, interpolaciones y diferencias existentes en los textos bíblicos, diciendo, “*Las diferencias entre las diversas copias de las Escrituras se han incrementado sobremanera, a veces por la negligencia de los copistas, pero otras por la audacia perversa de algunos... hacen adiciones a los textos o suprimen parte de ellos, a su entera conveniencia*”.

También el escritor pagano Celso, en el s. III, citado por Orígenes en “*Contra Celso*”, acusaba a los cristianos de esta perniciosa práctica, proclamando que “*Algunos creyentes cristianos... llegan tan lejos como para alterar tres, cuatro o más veces los textos, cambiando su significado*”⁶¹⁹. El Papa Dámaso, asimismo en el s. III, mencionaba dicho problema, refiriéndose a las distintas versiones de los manuscritos latinos de las *Escrituras*.

616. “*Condena al olvido*”.

617. Rodríguez Valcárcel, “*Procurator Bibliothecae Augusti: Los bibliotecarios del emperador en los inicios de las bibliotecas públicas en Roma*”, 2004.

618. Eusebio, “*Historia Eclesiástica*”, VI, 25.7.

619. Orígenes, “*Contra Celsus*”, 2. 27.

Toda la literatura cristiana de los primeros siglos está llena de ejemplos parecidos, que continuará también en el Medievo, practica en que los copistas copiaban los textos adaptándolos a sus propias convicciones religiosas. Curiosamente fue en Alejandría, cuna de la crítica literaria, donde los copistas fueron más honrados y cambiaron menos los textos. La poderosa influencia de la *Gran Biblioteca*, centro sin igual de traducciones y ediciones literarias, hizo de ellos unos profesionales, por encima de sus ideologías personales.

Hasta tal punto constituyeron siempre las modificaciones un grave problema para los escritores cristianos, que existen textos conteniendo imprecaciones y amenazas divinas para quien altere conscientemente los textos, como un texto primitivo cristiano que advertía que, “*Si alguien añadiera algo a este texto profético... o si alguien suprimiera parte de sus palabras...*”, será por Dios castigado. También Rufino, en el s. V, en su “*Prefacio*” al texto sobre Orígenes, llamado “*Prefacio a los Comentarios de Orígenes sobre la Epístola a los Romanos*” en quince libros, asegura tener muchas dificultades para traducirlos al latín, ya que “*los libros mismos han sido interpolados*” y profería amenazas del mismo género contra los copistas advirtiendo que “*... no ha de añadir nada a lo escrito ni suprimir nada, ni hacer inserciones ni alteraciones en dicho texto...*”.

Rufino llegó incluso a escribir el libro “*Acerca de las adulteraciones de los libros de Orígenes*”, sobre las falsificaciones de los textos del sabio alejandrino, incluso cuando aún vivía, asegurando que muchas de las críticas a las enseñanzas de Orígenes eran debidas a interpolaciones y falsificaciones de los textos originales. Y, sin embargo, las traducciones que hizo el mismo Rufino de los textos de Orígenes al latín estaban llenas de modificaciones al original, pues, según él mismo contaba, “*he de añadir cosas para compensar lo que falta y he abreviado lo que era demasiado largo*”⁶²⁰.

A finales del s. V o principios del s. VI tuvo lugar la completa falsificación de unos “*Escritos y cartas de S. Dionisio Areopagita*”⁶²¹, según G. Fernandez, supuestamente del s. I, que evocaron en el *Concilio de Constantinopla*, del 533, Severo de Antioquía y los monofisitas moderados neoplatónicos, para defender sus tesis frente a los calcedonianos. Su aparición provocó escándalo desde el principio, ya que estos escritos del Pseudo-Dionisio surgieron de repente, sin haberlos conocido nadie en cinco siglos. Como ya vimos, posiblemente fueron escritos por un pagano neoplatónico sirio, convertido en monofisita.

620. Rufino, “*De adulteratione librorum Origenis*”, apéndice de la traducción de la “*Apología*” de Panfilo.

621. Fernandez, “*La cristianización de la Filosofía antigua en Atenas y Alejandría*”, Arbil, 112, 2008.

Sin embargo, estos textos fueron un éxito en el Occidente cristiano. No fueron contestados hasta los s. XV y XVI, siendo desechados definitivamente a fines del s. XIX, después de 1.400 años. Como vemos, estos falsos escritos cristianos tuvieron un recorrido muy similar al de la falsa leyenda sobre los árabes. Falsos, pero todo un éxito entre los píos creyentes. Asimismo, en el s. VIII se falsificaron enteramente ni más ni menos que las “*Donaciones de Constantino*”, falsificación que no se descubrió hasta el s. XV, y cuyo propósito era justificar el poder temporal del Papa de Roma.

Incluso en el s. XIII, después de la conquista de Damietta, a orillas del Nilo, en 1219, durante la quinta *Cruzada*, circularon por los campamentos cristianos diversos escritos proféticos, como el famoso “*Libro de Clemente*”, o “*Las revelaciones del apóstol Pedro editadas en un solo volumen por su discípulo Clemente*”, que se tenía por muy antiguo, pero que, de hecho, era una burda falsificación de aquel mismo siglo, en que se profetizaba incluso la caída de Alejandría en manos de los cruzados.

Es evidente que una practica tan socorrida, y que planteaba aparentemente pocos escrúpulos de conciencia, siguió practicándose durante el Medievo, como hemos visto con el *codex* carolingio de Tertuliano. Hasta entonces, solamente los textos hebreos y los paganos habían sido interpolados para servir a la causa de la propaganda cristiana. No debiendo olvidarse que el *Concilio de París* (1210) y el papa Gregorio IX⁶²¹ siguieron condenando como heréticos los libros de Aristóteles y las ciencias clásicas, prohibiendo su estudio, y que el mismo Gregorio IX, proclamando que “*La ignorancia es madre de la piedad*”, mandó quemar la biblioteca fundada en Palestina por Augusto, destruyendo asimismo la mayor parte de los escritos de Tito Livio, precisamente el primero que reveló el incendio de la *Gran Biblioteca* por Cesar. Curioso ese encarnizamiento con Tito Livio. ¿Qué testimonios se querían borrar con ello?

En el Imperio bizantino, heredero de todo el legado griego, la Iglesia ortodoxa imponía el mismo desprecio por los antiguos textos. Tuvo que llegar, a fines del s. XIII, un esclarecido estadista y mecenas griego, Teodoro Metochites, fundador del último *Renacimiento Bizantino* o “*Paleólogo*”, y de la mejor biblioteca de Constantinopla, abierta al público hacia 1321 en el monasterio de Chora, para dar el grito de alarma y defender la conservación de los manuscritos laicos, especialmente toda la literatura griega. En una “*Carta*” a los monjes les exhorta diciendo, “*Conservad los almacenes en las mejores condiciones, y sobremanera los inestimables libros, para preservar a salvo estos exquisitos objetos y tesoros, y que no*

622. Gregorio IX (1231).

*se pierdan, porque serán codiciados por todos los hombres de las generaciones futuras*⁶²³. Esfuerzo efímero, ya que el sentimiento en contra de los libros clásicos paganos no desapareció nunca de la cultura cristiana de Bizancio.

En todo caso, a partir del s. XIII una nueva conciencia se abrió paso en Occidente, fomentándose el enfrentamiento ideológico con el mundo islámico, en plenas *Cruzadas*. La *interpolación* de textos árabes se añadió a la larga lista de las interpolaciones anteriores, como medio consumado de propaganda política e ideológica. Uno de sus frutos más evidentes y duraderos ha sido la que proclama que la *Biblioteca de Alejandría* fue quemada por los árabes en el s. VII. Se trata de una “*falsificación histórica*” que no hizo sino añadirse a esta larga tradición de “*interpolaciones*” o supresiones a los textos originarios.

También se conoce el mismo fenómeno de interpolaciones o cambios fraudulentos en textos dentro de la cultura hebrea, nada menos que en el “*Pentateuco*”. Viene de muy antiguo. Comenzó cuando se tradujeron los libros sagrados hebreos al griego, la llamada “*Septuaginta*”, por los sabios judíos que habitaban Alejandría, entre los s. III-I a. C., en colaboración con la *Gran Biblioteca* y el *Museo*. Se cambió el orden de los libros, se añadieron otros, y se distorsionó el sentido de palabras y frases, dándoles un significado distinto. No fueron todos errores de copistas.

Un ejemplo extremo lo tenemos en el texto medieval de Maimónides, llamado el “*Código de Maimónides*”⁶²⁴, que sufrió tal cantidad de correcciones de parte de los copistas y del mismo Maimónides, y tantos cortes por la censura, que hoy en día es imposible conocer el texto original.⁶²⁵

La “interpolación”, solución perfecta en tiempos de Cruzadas

De hecho no era la primera vez que se inventaron los apologistas cristianos orientales “*cartas*” de los califas musulmanes como armas de propaganda. Como aquella que atribuyó el cronista armenio Ghevond, del s. X, al califa Omar II⁶²⁶, supuestamente dirigida al emperador bizantino León III⁶²⁷. Asimismo el intercambio de cartas que aparece en “*Mensajes de El Kindi*”⁶²⁸ (cita-

623. Teodoro Metochites (1270-1332), “*Cartas*”.

624. Maimónides, “*Mishneh Torah*”.

625. Kraemer, J. L., “*Maimónides*”, pgs. 168 y ss., New York, 2008.

626. Omar II (717-720).

627. León III (717-741).

628. Al-Biruni, “*Risalat al-Kindi*”.

do por Al-Biruni) entre dos miembros prominentes de la corte Abasida, uno musulmán y otro cristiano, para tratar de convertir al contrario. De hecho, parece haber sido escrito en su totalidad por un mismo monje apologeta cristiano oriental, pues es un texto totalmente contrario al Islam.

Precisamente, estos textos de apologetas cristianos orientales llenos de “*cartas*” inventadas, que habían copiado de la tradición literaria árabe, se tradujeron con el tiempo al latín, y se difundieron con profusión por Occidente, entre los s. X y XII. Como más tarde ocurrirá con la carta apócrifa de Omar a ‘Amru⁶²⁹, que siguen citando entera, como un mantra, incluso los que atacan carta y leyenda como falsas. Sin embargo, hasta el s. XII, el silencio acerca de la leyenda inventada por Abulfaragius en el siglo siguiente es estruendoso entre aquellos apologetas cristianos orientales.

Siendo todos ellos anteriores a Abulfaragius, ninguno podía aún conocer la leyenda. Lo menos que podían hacer era embarcarse en abstractas y pueriles discusiones teológicas, antes que tocar la historia, y tener que hablar de la hecatombe, humana y cultural, del *Serapeum* alejandrino. Si la leyenda hubiera sido cierta, que actitud tan diferente hubieran tomado aquellos apologetas cristianos. No se les ocurrió durante aquellos quinientos años. Abulfaragius no había aún nacido ni sembrado la polémica.

Seguramente, el hecho de que Abulfaragius fuera monofisita no es ajeno a su audacia y su intenso interés en inventarse la leyenda, que exoneraba precisamente a los monjes egipcios, antecesores de los monofisitas, de ser los autores del desastre, una de sus páginas más negras. Se inventó una página inédita en la historia de Egipto, con el propósito de arrancar la página auténtica y arrojarla a los pozos del olvido. Como vemos, aquí se mezclaban motivos, tanto políticos como religiosos.

La *Iglesia Copta* o *Jacobita* habría pasado, precisamente en el s. XIII, por una durísima crisis interna, al quedar sin Patriarca entre 1215 y 1235, debido a los enfrentamientos que opusieron a los Patriarcas coptos de Alejandría y de Antioquía. Abulfaragius, nacido en 1226, habría vivido inmerso en dichas querellas religiosas. Como hijo de converso, su militancia sería más profunda y apasionada. No en vano llegó a ser obispo a los veinte años, poco después de que terminara aquella querella. Tal vez pensó que la invención de aquella leyenda serviría para cicatrizar heridas entre los coptos, enfrentándose unidos contra el auténtico rival.

Y, en efecto, así fue, pues los coptos la adoptaron enseguida, asumiendo la

629. Omar, Pseudo, “*Carta apócrifa a ‘Amru*”.

leyenda como verídica hasta nuestros días, todo un éxito para Abulfaragius. Aunque conscientes de que ciertas partes eran fruto de la exageración, la modificaron posteriormente por su cuenta, afirmando, con curiosa precisión, que ¡fueron setenta días, y no seis meses, lo que tardaron los libros en quemarse en los baños de Alejandría!⁶³⁰.

Asimismo, en el s. XIII, la Iglesia Copta egipcia tuvo un rival inesperado. Efectivamente, al calor de las conquistas de la cuarta *Cruzada*⁶³¹, que había devastado a traición, sangre y fuego por dos veces la capital bizantina de Constantinopla en 1204, el Papa Inocencio III⁶³², promotor de la *Cruzada*, habiéndose desembarazado de sus acérrimos enemigos, los cristianos orientales, creó el *Patriarcado Latino de Constantinopla* en el recién creado *Imperio Latino de Oriente* de los cruzados (1204), que había unificado a la fuerza la Iglesia católica con la griega.

En 1215, en el *IV Concilio de Letrán*, preparando la siguiente *Cruzada*, la Quinta, y previendo tal vez la caída inminente de Egipto en manos católicas, Inocencio III decidió crear el *Patriarcado Latino de Alejandría* con los mismos propósitos. Su sucesor en el Papado, Honorio III⁶³³, quien organizó finalmente la quinta *Cruzada*⁶³⁴ que, en 1218, tomó Damietta, cerca de Alejandría, y otros pueblos del norte de Egipto, fue el que apresuradamente nombró a Atanasio Claromontano como primer Patriarca Latino de Alejandría en 1219, cuando aún los cruzados retenían Damietta, de donde no les desalojaron los egipcios hasta 1221.

Este movimiento logístico de un Papado romano teocrático, intolerante, tremendamente beligerante y con pretensiones de soberanía universal, que acababa de arrasar por la espada a los considerados herejes albigenses y valdenses, debió de inquietar sobremanera a los coptos, vistos como cismáticos por los católicos. Pues la dictadura papal, en un país sometido al yugo feroz de los cruzados católicos, los francos, era una perspectiva muy poco halagüeña para aquellos egipcios, a los que recordaría los tiempos bizantinos y las persecuciones contra los monofisitas por parte de los católicos melquitas.

Ahora más que nunca debían los coptos estar unidos y blanquear en lo posible todo su pasado, para no perder adeptos en las filas de sus futuros e hipotéticos invasores francos, que a buen seguro, aparte del filo de la espada,

630. Butler, "The Arab conquest of Egypt", pg. 403.

631. *Cuarta Cruzada* (1202-1204).

632. Inocencio III (1198-1216).

633. Honorio III (1216-1227).

634. *Quinta Cruzada* (1217-1220).

utilizarían el arma de la devastación del *Serapeum* y su Biblioteca, en contra de la venerada memoria de sus santos y prelados coptos.

En realidad Abulfaragius era sirio, y su vida se movió siempre por Oriente Medio, donde tuvo poder y autoridad. No estaba interesado en las querellas de aquellos francos que habían invadido las tierras levantinas, súbditos del Papado romano, y, por tanto, enemigos acérrimos de los monofisitas coptos. Su mundo estaba vinculado a Oriente Medio y su campo de batalla intelectual fue siempre Oriente, y no Europa. Los textos interpolados y la leyenda por él inventada estaban escritos en árabe. Estaban dirigidos a un público que hablaba árabe, no latín.

De hecho, fue su texto el que inauguró la auténtica aparición de la leyenda en la literatura árabe. Fue inaudito lo arriesgado de su proyecto, contaminar con un falso texto escrito en árabe la propia historia del pueblo árabe que, en Siria, le rodeaba por todas partes. Pero incluso así, Abulfaragius se sumó también a aquel clima del ocaso de las *Cruzadas*, en que se generalizó en Europa aquella literatura apologética y reaccionaria, contraria al Islam y la cultura musulmana.

Extraña la ambigüedad de Abulfaragius. Tejió una falsa leyenda para denigrar a los mismos que protegían sus iglesias. El reconocimiento del culto monofisita y su protección fue general en el mundo islámico, al contrario que en el mundo cristiano, donde era considerado una herejía a extirpar. Es evidente que el fragor de las *Cruzadas* causó estragos en el tejido social de Oriente Medio, y se exacerbaron las inquinas religiosas. Sólo en este contexto se podría entender la conducta de Abulfaragius, convertido en un falsario por motivos políticos y religiosos. ¿Cuáles fueron los resortes últimos que motivaron su acción, tan dañina para los árabes?.

Efectivamente, esta injustificada y vilipendiosa leyenda de Abulfaragius supuso la expansión por Oriente Medio del falso relato, que afirmaba que el incendio de la *Biblioteca de Alejandría* había sido provocado por los más encanados enemigos de aquella época, los árabes y su religión rival monoteísta, que llegaba triunfante del fondo del desierto Árabe. Como vimos, los monofisitas de Oriente Medio asumieron la leyenda como verídica.

Es curioso que, mientras el texto de Al Qifti ha desaparecido ya en esa época, pues nadie parece conocerlo ni aludir a él, ni al epitome de Al-Zawzani, el texto de Abulfaragius se difundió rápidamente. Siendo la larga y detallada versión de Abulfaragius la única conocida en el Medievo islámico, teniendo como único apoyo la escueta frase de Al Latif, que asimismo se difundió con rapidez. Curiosa, esa extraña desaparición de Al-Qifti, después de todas las molestias que se había tomado. Al no aflorar el texto de Al-Qifti a la

vez que el de Abulfaragius, que le hubiera dado a este una buena coartada en la que poder apoyarse, las afirmaciones de Abulfaragius sólo se sostuvieron contra sus críticos árabes, por la existencia de un único y brevísimo pasaje de Al Latif. ¿Cómo es posible que un monje tan listo dejara escapar la coartada que él mismo había montado?

Yakut, testigo excepcional

Porque, en todo caso, sólo un paréntesis de dos autores árabes del s. XIII, contemporáneos de Abulfaragius, y vecinos de Alepo, parecen marcar la escueta lista de los árabes dispuestos a hablar de la falsa leyenda. Y el texto de uno de ellos, incluso desconocido. El paréntesis acaba con la vida del propio Abulfaragius en 1286. Ni siquiera la menciona otro vecino de Alepo, del mismo s. XIII, el siglo en que se inventó la infausta leyenda, el librero, escritor y viajero Yakut⁶³⁵, quien visitó Alejandría dos veces, en 1213 y 1225, acabando en Alepo en 1227, donde el propio Al-Qifti le alojó en su casa, ya que venía huyendo de los mongoles, y le ayudó enormemente a compilar su espléndido “*Diccionario Geográfico*”. Por cierto, que fue Yakut el que se hizo eco de la postración en que estaba ya la antigua metrópolis que vieran maravillados los primeros árabes, diciendo “*Cuando visité Alejandría, fui por toda la ciudad y no encontré nada admirable ni bello, salvo una columna llamada Amud as Sawari, junto a la puerta llamada Bab ash Shajarah*”⁶³⁶.

Esta era la “*Puerta del Desierto*”, desde donde se descendía a las extensiones de dunas blancas que se perdían a la vista, hacia Poniente, formando playas infinitas de aguas color turquesa, moteadas por racimos de palmeras, chumberas de Berbería y un rosario de torres de vigía. Desde lo alto de aquella salida de Alejandría, en la calima, lo primero que se divisaba a lo lejos era la torre-vigía de Abusir, una copia en miniatura del *Pharos* alejandrino. La “*Torre de los Árabes*”, que le llamaban los marinos, viniendo de Malta y Argel, hito que les anunciaba ya la proximidad del ansiado puerto de Alejandría, tras jornadas bogando frente a monótonos arenales y traicioneros bajíos.

Yakut es un testigo excepcional, y forma parte de la cadena de viajeros árabes que en el corto espacio de poco más de medio siglo visitaron Alejandría, subieron al antiguo *Serapeum* y localizaron acertadamente allí arriba los res-

635. Yakut (1178-1228), “*Diccionario Geográfico*”.

636. Butler, “*The Arab Conquest...*”, pg. 388.

tos del sublime *Museo*, la *Escuela de Aristóteles*, describiendo con detalle lo que quedaba de las antiguas *Escuelas de Alejandría*. Efectivamente Benjamín de Tudela visitó Alejandría en el 1160 o 1165-71, Al Latif en el 1200 y Yakut en 1213 y 1225. Sólo el del medio, Al Latif, mencionará la leyenda. Por esas casualidades de la vida, los dos últimos, Al Latif y Yakut, se reencontrarían de nuevo en Alepo, ni más ni menos que en casa de Al-Qifti. ¡Qué increíble coincidencia! Yakut acabó siendo amigo y conviviendo el último año de su vida con los dos únicos autores árabes que supuestamente inventaron la leyenda contra los árabes. El testigo perfecto. Y, sin embargo, absolutamente mudo.

Curiosamente Yakut, riguroso contemporáneo de Al Latif y Al-Qifti, que vivió con este en Alepo un año, 1227-28, en que redactó su obra, no mencionó para nada la leyenda, cuando describió sus paseos por Alejandría, hablando del antiguo *Museo* del *Serapeum*, del que contaba que era “*un lugar donde los estudiosos y alquimistas se sentaban. El lugar de sus encuentros estaba compuesto de gradas, donde se sentaban divididos por clases*”⁶³⁷. Obviamente estaba refiriéndose a las *Escuelas* paganas neoplatónicas, donde la teurgia era bienvenida por los filósofos, a la vez, comentaristas apasionados de Platón y Aristóteles. La referencia es inconfundible, y su descripción coincide con las de otras escuelas paganas. El empeño de Mckenzie de querer confundirlas con los restos de las escuelas de Kom El-Dikka es totalmente incomprensible.

Es Benjamín de Tudela el que nos describe la posición del antiguo *Serapeum* en la Alejandría árabe del s. XII, diciendo “*Fuera de la ciudad está la Escuela de Aristóteles, tutor de Alejandro. Es un enorme y bello edificio, adornado con columnas de mármol entre cada escuela. Existen unas veinte de estas escuelas...*”⁶³⁸. Como sabemos, Benjamín se lo copió de pe a pa al teólogo cristiano Rufino, que escribió el texto hacia el 402, después de haber vivido tiempo en Alejandría. Si ya a principios del s. V parece que Rhakotis ha sido abandonado y se sitúa en las afueras de la ciudad, como sería en el s. XIII, cuando la Alejandría árabe se había reducido detrás de unas murallas mucho más pequeñas. Benjamín sigue asegurando que las *Escuelas* que él está describiendo están “*fuera de la ciudad*”, y allí se estudia filosofía pagana y ciencias ocultas.

Así pues, no existe confusión posible. Pero además está la topografía de la propia Alejandría. Puesto que las ruinas descritas por Benjamín de Tudela, Al Latif y Yakut estaban fuera de la ciudad, los esforzados viajeros tuvieron que salir de las murallas por la “*Puerta del Desierto*”, como puntualiza Yakut, para

637. Mckenzie, J., “*The Place where...*”, pgs. 79-81.

638. Benjamín de Tudela, “*Itinerario*”, pgs. 74-75. Mckenzie, “*The Place where...*”, pg. 80.

alcanzarlas. Girando a la izquierda, tuvieron que caminar bajo el sol y el polvo a través de ruinas informes, muros, filas de columnas, antiguos edificios invadidos de zarzas. Con gran dificultad ascenderían por las colinas de deshechos, montañas de piedras sueltas, trozos de calzadas, mármoles rasgados, pórticos milagrosamente en pie, cabañas de pastores, rebaños. Trabajosamente llegarían hasta la cumbre de Rhakotis. Tras aquella penosa e incómoda caminata, tanto Benjamín de Tudela como Al Latif y Yakut se detendrían largas horas entre aquellos tristes restos del *Serapeum*, que todavía dejaban adivinar su antigua estructura.

No sólo todos describieron con gran detalle precisamente el *Museo*, *Escuelas* y *Biblioteca Hija*, el conjunto llamado la “*Escuela de Aristóteles*”, con descripciones que son totalmente complementarias, corroborando además los relatos de Rufino, sino que Yakut se quedó embobado ante la belleza de la *Gran Columna*. Precisamente todo aquel largo paseo hace imposible pensar que aquellos autores y avezados viajeros, con una memoria visual inmejorable, pudieran ni remotamente confundir las *Escuelas* del *Serapeum* con las del Kom El-Dikka, como insiste Mckenzie. Kom El-Dikka estaba dentro de la Alejandría árabe, en su centro, y los restos de las escuelas cristianas estaban cubiertos de basuras, sepulturas y viviendas. Para llegar allí en el s. XIII no se necesitaba salir de la ciudad, ni ascender colinas, ya que la parte alta de Alejandría era plana, llegándose allí con un descansado paseo recorriendo la antigua Vía Canópica, principal arteria de la ciudad. Ni Benjamín ni Al Latif ni Yakut confundieron jamás el centro con la periferia de Alejandría. Sabían muy bien de que estaban hablando.

Pues bien, resulta que Yakut, dos años después de su última visita a Alejandría, en 1225, se refugiará en Alepo, en casa de su amigo egipcio Al-Qifti, en 1227, un año antes de morir. Tenía 49 años. Al-Qifti tenía 55, y su convecino Al Latif 65. En ese año le dio tiempo a acabar su “*Diccionario Geográfico*”, con la ayuda infatigable de su amigo Al-Qifti. Sería imposible de explicar que Yakut y Al-Qifti, viviendo y trabajando juntos bajo el mismo techo, volcados en los mismos intereses literarios, no hubieran hablado largamente de Alejandría, que los dos acabarían describiendo en sus respectivos textos. Así como lo haría también su común amigo Al Latif.

Es evidente que los tres amigos se verían muchas veces en Alepo, dos porque vivían juntos y el otro porque les visitaría. ¿Es posible que en sus encuentros no hablasen de Alejandría, que los tres conocían? Los tres se intercambiarían toda clase de informaciones y referencias, ya que estaban interesados, tanto en Egipto, como en la rememoración nostálgica de la antigua “*Escuela de Aristóteles*” en Alejandría. ¿Les contó Al Latif a sus amigos sus sospechas sobre los árabes? ¿Les dejó leer sus escritos antes de publicarlos? ¿Les contó de

donde había sacado la conseja? ¿Cómo es que a Yakut, en sus numerosas visitas a Alejandría, poco después del paso de Al Latif por allí, nadie le hubiera contado la misma leyenda contra los árabes que aquel recogió en las calles alejandrinas? ¿Discutirían sobre su autenticidad?

¿Y Al-Qifti, en las veladas después de la cena, subidos a la terraza, bien arrellanados sobre cojines y alfombras, contemplando las estrellas y los tejados de la Alepo dormida, no le contaría a Yakut acerca de una oscura leyenda, que corroboraría lo que decía el viejo Al Latif, y que él pensaba sacar a la luz? Pues no, parece que entre ellos nunca hablaron de Alejandría, y que tanto Al Latif como Al-Qifti guardaron para sí mismos sus indagaciones y proyectos.

¿Porqué Yakut guardó absoluto silencio sobre la leyenda? Extraño para un hombre de letras. Ni sus amigos parecían fiarse de él, ni él se enteraba de los nuevos libros que escribían. Total, que a pesar de su absoluta cercanía con los dos únicos protagonistas árabes de la leyenda, Yakut no dijo nada. Ni se hizo eco de lo que supuestamente sabían sus dos amigos, ni se escandalizó ante afirmaciones tan peregrinas. Obviamente no conocía la leyenda. Los muy pillines de Al Latif y Al-Qifti no se la habían contado.

Evidentemente, Yakut acaba siendo esencial en nuestras pesquisas. Un testigo, en el lugar mismo de los hechos, Alepo, y en la época misma en que estos se estaban fraguando. Incluso conviviendo con uno de los sospechosos, y conociendo al otro. Perfecto. Pues nada, ni se le ocurrió escribir sobre ello. Su silencio desbarata por completo la posibilidad de que tanto Al Latif como Al-Qifti escribieran nunca la leyenda. La ausencia total de confidencias entre los tres amigos y colegas, de una información tan sorprendente y escandalosa, prueba por sí sola, que ninguno de ellos la conocía entonces, entre el 1227-28, en pleno s. XIII, ni ninguno parecía proyectar inventársela. Obviamente la inventarían siempre después del deceso de Yakut, en 1228, ya que este nunca supo nada. A Al Latif sólo le quedaban tres años para decidirse, antes de fallecer. A Al-Qifti un poco más, veinte.

Silencio y rechazo en el mundo árabe

Tampoco mencionó la leyenda otro contemporáneo del s. XIII, Abu Zakir ibn Butrus al-Rahib, *Petrus Rahib* o *Petri Rahebi*, quien en su "*Crónica oriental*"⁶³⁹, de 1238, trata toda la historia de los Patriarcas de Alejandría hasta su

639. Petri Rahebi, "*Chronicon orientale*".

época. Justo al final de la vida de Abulfaragius, otro monje copto, un cairota, pero residente en Siria gran parte de su vida, Girgis al-Makin o Ibn al 'Amid, *Elmacin*, hijo de un monje copto que fue secretario de Saladino, escribió en árabe, entre 1262 y 1268 su gran crónica mundial "*La buena fortuna del loco*"⁶⁴⁰, o "*Crónica*" cuya segunda parte abarcaba desde los tiempos del Profeta hasta 1260, basándose esencialmente en Et-Tabari y en Eutyquios, en donde nada se dice de la falsa leyenda, mencionando, eso sí, la auténtica carta de 'Amru a Omar. No pudiendo ya engrosar la lista de los adeptos de aquel siglo a desvelar secretos contra los árabes, a pesar de que aparentemente dos conocidos historiadores, inmediatamente antecesores suyos, lo habrían mencionado.

Ni tampoco lo hizo el príncipe ayubita, consejero del sultán de Granada e historiador sirio Abul'l Fida, Abu-l-Fida, conocido en Occidente como *Abulfeda*, nacido a finales del mismo s. XIII, pero que siendo aún chiquillo cuando Abulfaragius era ya un anciano, aunque contemporáneo, no pudo tampoco figurar en dicha lista de adeptos a desvelar secretos. No apareciendo en su fidedigna "*Historia Universal*", o "*Geografía*"⁶⁴¹, una fuente histórica importantísima para todo el Cercano Oriente, mención alguna del supuesto incendio. Como dice Gibbon, "*El destino de la Biblioteca Alejandrina, que fue descrito por vez primera por Abulfaragius... (es) un informe solitario... (que) está contrabalanceado por el silencio... de Abulfeda, Murtadi y una multitud de (escritores) musulmanes...*"⁶⁴². No la mencionó tampoco Ibn Hajar al Askalani⁶⁴³, quien vivió en El Cairo, y en su "*Diccionario Bibliográfico*" relataba la vida de 'Amru durante la conquista.

Es interesantísimo el caso del historiador y ensayista político tunecino Ibn Khaldun⁶⁴⁴, quien, en "*Introducción a la Historia*"⁶⁴⁵, relata, por vez primera y única en la historia, y setecientos años después de la época del califa Omar, que este habría dado órdenes al comandante que conquistó Persia, Sa'd bin Ali Waqqas, de arrojar al río una gran biblioteca que habría encontrado en el país conquistado, con estas palabras: "*Arrójalos al agua. Si lo que contienen es una guía correcta, Dios nos ha otorgado una guía mejor. Si son errores, Dios nos*

640. Al-Makin (1205-1274), "*al-Magnun 'al-mubarak*".

641. Abulfeda (1273-1331), "*Tarikhul 'l-muktassar fi Akbar albacher*". Publicada en latín por Gagnier, en Londres, en 1732.

642. Gibbon, V, LI, Part VII, nota 117.

643. Askalani (1374-1448).

644. Citado por Haji Khalfah, en J. B. Bury, "*History of the Later Roman Empire*", V, pg. 454, 1923. (Butler, pg. 403).

645. Ibn Khaldun (1332-1405), "*Muqaddimah*".

*ha protegido contra ello*⁶⁴⁶. Un ejemplo, según Khaldun, de intolerancia religiosa, entre otros muchos a través de la historia.

Pues bien, Khaldun, aunque menciona este relato, tan parecido a la leyenda alejandrina, no menciona en absoluto la supuesta destrucción de la Biblioteca alejandrina por órdenes de Omar cuando habla de la conquista de Egipto, ignorando completamente la leyenda alejandrina expuesta por Abulfaragius. Khaldun, por su parte, pudo recoger la leyenda entre gentes de la propia Persia, allí mismo o a través de los numerosos viajeros persas que viajaban en las caravanas de la *Ruta de la Seda*. Esta insólita leyenda, que apareció también de pronto y fue efímera en la historia, ha intrigado a los investigadores, sembrando las dudas. ¿De donde salió esta leyenda persa?

Posiblemente del propio Abulfaragius, que no pudo reprimirse y lo intentó de nuevo, extendiendo esta segunda versión de la leyenda en Persia, a finales del s. XIII, en el país donde precisamente habitó permanentemente al final de su vida, acogido por los emperadores mongoles, a quienes conociera en Alepo. Allí lejos, fuera del alcance de sus antiguos protectores árabes, cuya confianza había traicionado, Abulfaragius pudo idear otra vez un golpe de intoxicación propagandística, que apoyara sus infundadas acusaciones contra Omar.

Con poco éxito, ya que pasaron solamente al folklore local, de donde las recogería Ibn Khaldun medio siglo más tarde, en el s. XIV, siendo ignoradas por los eruditos. Nadie volvió a mencionar dicha leyenda que, por otra parte, era un calco de la falsa leyenda alejandrina, señalándonos cual era su auténtico origen y su autor, aunque trate de esconderse detrás de supuestos autores árabes.

Pero la evocación de la leyenda descrita por Ibn Khaldun en Persia puede llevarnos también a sorprendentes conclusiones. A la posibilidad de que Abulfaragius publicara el "*Epítome*", o breve separata árabe de su "*Crónica Siria*", conteniendo la leyenda alejandrina, en la misma Persia, porque lo escribió al final de su vida, y sabemos que desde 1264 cambió de bando, y se fue a vivir a la corte de los invasores mongoles y sus nuevos amigos nestorianos más de veinte años. Sería allí, en Persia, lejos de posibles tensiones con sus antiguos conciudadanos musulmanes de Siria, cuando hubiera podido finalizar con toda libertad su proyecto, redactando, no una, si no dos leyendas, una alejandrina y otra persa. En cuanto a la alejandrina, sin duda la más importante, reforzaba la falsificación de los textos de Al Latif y Al-Qifti, que había dejado atrás, en Alepo.

La publicación de aquel resumen de Abulfaragius con la infausta leyenda

646. Omar, Pseudo, "*Carta apócrifa a Ali Waqqas*".

encontró una fuerte oposición en el mundo árabe desde el principio, originando inmediatamente una airada controversia entre los autores árabes, según nos cuenta el historiador cairota Al Maqrizi, en "*Las mezclas del comerciante de drogas medicinales*"⁶⁴⁷, autores que negaron desde el principio la veracidad del texto de Abulfaragius. Conociendo, entre otros, el texto de la "*Historia*", de Orosio, traducido al árabe desde mediados del s. X, texto que precisamente se hacía eco de las dos Bibliotecas de Alejandría, y de la desaparición violenta de la última por los cristianos a fines del s. IV.

En relación con la leyenda es muy significativo el que Al Maqrizi citara solamente el texto de 'Abd al Latif, sin ahondar, es verdad, en ninguna clase de crítica del texto, como si quisiera quitarle toda importancia, ignorando el texto adulterado de Al-Qifti, que aparentemente no conocía. Pero señalara, en todo caso, que fue el libro de Abulfaragius y sus afirmaciones las que encontraron una fuerte oposición en el mundo árabe, lo que quiere decir que era el texto de Abulfaragius el que era considerado la causa y el comienzo de la falsificación. Así pues, las tretas de Abulfaragius fueron descubiertas enseguida en el mundo árabe, siendo consideradas sus interpolaciones como falsas e inaceptables.

No la citó tampoco Ibn Dukmak⁶⁴⁸, un tipógrafo y arqueólogo egipcio, en "*Descripción de Egipto*", llena de historias sobre los monumentos antiguos de Fustat y Alejandría. Es sintomático que otro historiador cairota, Abu'l Mahasin⁶⁴⁹, discípulo de Al Maqrizi y estrechamente conectado con Alepo, pues fue gobernador de Alepo y después de Damasco, no mencione ya la leyenda, ni siquiera de pasada. Tampoco otro historiador cairota, As Suyuti, en "*Las espléndidas conferencias sobre la crónica de Egipto y El Cairo*"⁶⁵⁰, mayormente basado en Maqrizi, aunque recopilando de muchas fuentes árabes, se hace ya eco de dicha leyenda.

Sin embargo, la trama montada por Abulfaragius tuvo un efecto colateral funesto. Sabemos que aquel silencio que Abulfaragius mantuvo sobre sus fuentes árabes fue extraño y significativo. Tendría un propósito, al menos. Efectivamente, Abulfaragius lanzó su libelo solitario en la corriente, conociendo perfectamente el choque y malestar que provocaría. Su rechazo entre los árabes, por supuesto. Pero cuando casi a la vez fue conocido el texto de Al Latif, los árabes no pudieron más que quedar perplejos. Tal vez ello explicaría la reac-

647. Maqrizi (1364-1442), "*Al Khitat wal Athar*", I, p. 159.

648. Ibn Dukmak (m. 1406), "*Descripción de Egipto*", Texto arabe, Ed. D. K. Vollers, El Cairo, 1893.

649. Al Mahasin (1409-1469).

650. Suyuti (1445-1505), "*Husn al-muhadarah fi akhbar Misr wal Qahira*".

ción de Maqrizi y de algún otro historiador árabe. Para justificar semejante afirmación de uno de los suyos, los eruditos árabes, a la vez que rechazaban la leyenda, tuvieron que guardar silencio o aceptar la posibilidad de que un respetado historiador árabe hubiera escrito dicho libelo.

Con ello, Abulfaragius se quitaba discretamente de en medio, por obra y gracia de los propios árabes. Abulfaragius tiró la piedra y retiró la mano. Si la leyenda no era cierta, al menos era un árabe del s. XIII el culpable de su invento y divulgación. Y esta parece haber sido la línea adoptada por algunos exegetas árabes de nuestros días, sin aportar tampoco dato convincente alguno que apoye dicha teoría, que en la actualidad parece tener mucho más de conveniencia política que de veracidad histórica. En realidad, ni los árabes destruyeron la Biblioteca, ni los árabes inventaron la leyenda.

Así la falsa leyenda inventada por el copto Abulfaragius se desplegó exclusivamente por Oriente Medio, tratando de distorsionar la imagen de los árabes. En Europa muy pocos o nadie conocía su existencia, por lo que ni sabios ni viajeros europeos se refirieron a ella antes del s. XVII. El hecho de que una leyenda con tanto potencial político y visual, como los árabes quemando la *Gran Biblioteca*, no fuera uno de los temas estrella de la plástica europea de la Contrarreforma, no habiendo sido plasmada por ningún gran artista europeo, evidencia, por sí sola, la absoluta ignorancia del tema en Europa.

De hecho, algunos ignoraban la existencia misma de una segunda Biblioteca en Alejandría, como el obispo católico de Durham, R. De Bury, el primer bibliófilo de Inglaterra, quien en "*El que ama los libros*"⁶⁵¹, publicado en 1473, evoca con desgarradoras palabras el fuego que en tiempos de Cesar destruyó toda la *Biblioteca Madre*, siguiendo a Gelio, sin mencionar nada sobre los árabes ni sobre la segunda biblioteca.

Tampoco lo hicieron los viajeros que sí conocieron la existencia de aquella segunda Biblioteca. Así el español Mármol, soldado de Carlos V cautivo en el norte de Africa, quien visitó Alejandría en el 1546, y en su "*Descripción de Africa*"⁶⁵², 1599, cuenta, a propósito de la *Biblioteca Hija*, que "*duró hasta la época de los cristianos quienes, bajo el reinado del emperador Teodosio, arruinaron el templo de Serapis y quemaron la biblioteca cuyos libros no servían más que para dar crédito a la superstición*".

Puesto que la leyenda no se difundió por Europa hasta el s. XVII, podemos suponer que Mármol, aunque un tanto militante, simplemente no conocía la

651. De Bury (1286-1345), "*Philobiblon*".

652. Mármol, "*Descripción de Africa*", II.

leyenda en el s. XVI, y repetía lo que en su tiempo se seguía afirmando en Egipto y en Alejandría acerca del fin de la Biblioteca alejandrina, habiendo rechazado los árabes para siempre la versión de Abulfaragius. Y ello, a pesar de que los cristianos coptos sí habían adoptado la leyenda como buena, y así podrían habérselo relatado a Mármol. En todo caso, la versión de Mármol concuerda perfectamente con lo que sucedió realmente en Alejandría.

Mármol describió así, con meridiana claridad, toda la extensión de la tragedia, cuando *Serapeum* y *Biblioteca Hija* perecieron por le fuego en tiempos de Teodosio. Y justifica la quema de los libros por fanatismo religioso cristiano, lo mismo precisamente de lo que acusaban falsamente a los árabes. Y, sin embargo, no existe en su relato ni rastro de la falsa leyenda contra los árabes, ya olvidada en Oriente en el s. XVI. Lo hizo justo a tiempo. Justo antes de que la falsa leyenda saltara inopinadamente hacia Europa, de la mano de esforzados clérigos, cuatro siglos después de haber sido inventada por Abulfaragius en Alepo, y haber caído en el olvido.

En efecto, escasamente unos cuantos años después de la publicación del libro de Mármol, ya estaba en marcha la operación de rescate de la falsa leyenda de las brumas del olvido. Apareció otra nueva etapa de esta saga de intrigas, en que una vuelta de tuerca oscurecerá todo de nuevo, en aras de aquel tabú omnipresente e insidioso, que no se resignaba a morir. La manipulación de la historia debía prevalecer. Si no Cesar, al fin y al cabo un respetado romano y héroe de la cultura occidental, los árabes seguían sirviendo.

La renovación de la leyenda contra los árabes aparecía ya en aquel entonces teñida por un marcado interés político e ideológico, además de religioso. En vísperas de una nueva era de colonialismo europeo, y la división subsiguiente del mundo en países dueños y pueblos sometidos, la leyenda pasaba a formar parte y estar al servicio de la remodelación del orbe. Vinculada con el ascenso del mundo blanco, protestante y anglosajón, que se estaba diseñando en aquellos tiempos, de marcado carácter elitista y racista, adobado con tintes de fundamentalismo religioso cristiano.

Como vemos, los árabes siguen sin aparecer como protagonistas de este encuentro, en este Acto Cuarto Aunque sí que aparecen ya como víctimas de una leyenda apócrifa, inventada en el s. XIII. Una leyenda de alcance oriental, sin mayor relevancia para la Europa convulsa y cosmopolita de la época. Y, sin embargo, la leyenda persistió y saltó a Europa. ¿Por qué se tuvo tanto interés en distorsionar de nuevo la historia, divulgando en Occidente la falsa leyenda sobre los árabes, sin ningún análisis crítico, al comienzo de la Era Moderna? Pasemos al Acto Quinto, para encontrar enigmas y respuestas.

ACTO QUINTO

*LA DIFUSIÓN DE LA LEYENDA
EN LA EUROPA DEL S. XVII*

ACTO QUINTO.

La difusión de la leyenda en la Europa del s. XVII

El redescubrimiento de la Gran Biblioteca de Alejandría

En Europa, a partir del s. XVI, el enfrentamiento entre católicos y protestantes hizo de las Iglesias cristianas orientales un campo de batalla inesperado, intentando utilizarlas unos y otros para sus propios intereses. Por un lado, parte de la *Iglesia Anglicana* proponía una unión con la *Iglesia de Constantinopla*, o sea, los ortodoxos melquitas griegos, o con otras Iglesias orientales, como los coptos, eso sí, bajo la presidencia de los anglicanos, para tener más apoyo frente a los católicos. Esto estimuló el estudio de la cultura copta entre los protestantes del norte.

Por otro lado, Roma centró toda su atención en la *Iglesia de Alejandría*, intentando, a través de esforzados misioneros católicos, la unión de Roma y Alejandría, por supuesto con la supremacía romana. Intentos mal encaminados, que no llegaron a ningún sitio. Pero también fomentó el interés de los católicos de la Europa barroca por los coptos, sus costumbres, ritos y creencias monofisitas. Se extendió la idea de que aquellos coptos egipcios eran depositarios de la antigua sabiduría faraónica y de los arcanos herméticos. Su inherente misterio impulsó, aún más, la curiosidad por Egipto, los cristianos coptos y la historia de Alejandría.

Todo ello hizo que, a partir del s. XVI, y durante los s. XVII y XVIII, se asista a un interés sin igual en Europa por conocer la historia de la antigua Alejandría, y sobre todo, el brillante desarrollo y trágico final de la *Gran Biblioteca* y el *Museo*, cuyo fulgor se había mantenido intacto a través de los siglos. Aquella portentosa idea de los Ptolomeos, aquella acumulación de un saber colectivo, seguía fulgurante, a pesar de la desaparición total de sus restos. Brillaba en los reinos de la Utopía. Se evocaban continuamente Alejandría y sus excelsos monumentos, y la misteriosa desaparición de su Biblioteca multiplicaba las preguntas sobre su incierto destino.

Al mismo tiempo, el latín comenzaba a ser sustituido por las lenguas vernáculas como instrumento de conocimientos, con lo que el rígido monopo-

lio del latín comenzaba a resquebrajarse, así como el de la Iglesia, tanto sobre las ciencias como sobre las diferentes versiones de la historia. Alejandría estaba de moda en Europa, y cada vez capas más amplias de la población se preguntaban por aquella legendaria ciudad.

Ya en 1539, G. Postel, diplomático y erudito francés, se convirtió en el primer orientalista europeo, escribiendo una "*Gramática Árabe*"⁶⁵³, como apoyo a los que se interesaban por el árabe como instrumento para comprender mejor el hebreo bíblico. R. Estienne evocó la Biblioteca alejandrina en su edición del "*Código Regio*"⁶⁵⁴, de 1544, en que insertó, por primera vez en Occidente, la "*Historia Eclesiástica*", de Socrates de Constantinopla, donde este describía detalladamente la destrucción por los cristianos del *Serapeum*. Por su parte, tanto en 1545 C. Gessner, en "*Biblioteca Universal*"⁶⁵⁵ como en 1554, A. Thevet, en su "*Cosmografía de Levante*", hablaban de la institución alejandrina.

También L. Le Roy, quien hacia el 1575 fue el primer humanista europeo que se refirió al fuego de la *Gran Biblioteca*, inaugurando una extravagante cadena intelectual que hacía de aquella catástrofe un ejemplo a seguir, para desembarazarse del peso del pasado. En su visita a Egipto, en 1576-77, el viajero Filippo Pigafetta⁶⁵⁶ hizo una acertada descripción de Alejandría, en la que contaba que "*la mayor parte de la ciudad está en ruinas y en un estado deplorable*", pero, hablando de las leyendas tejidas por los cruzados, dejó claro que los alejandrinos seguían llamando a la *Gran Columna* del *Serapeum*, "*Aammoud-es-Saouari*". Asimismo J. Dalechamps tradujo al latín en 1583 el texto de Ateneo "*El Banquete de los Sabios*", que incluía una de las principales referencias históricas a la Biblioteca alejandrina. Y en 1599, como ya vimos, Mármol publicó su "*Descripción de África*".

En aquel preciso momento, aparecieron por Europa, a finales del s. XVI, unos pocos viajeros orientales coptos, hombres ciertamente exóticos para aquel tiempo, de los cuales el más famoso fue Yusuf ibn Abu Dhaqan, *Joseph Barbatius, José, el Padre de la Barba* o *Abudacnus*, un "*copto de Egipto*", un cairota nacido hacia 1570 y adornado con toda la simpatía de un egipcio. Sonriente, cariñoso, conversador y dialogante. Según él mismo, sólo tenía rudimentos de

653. Postel, "*Gramatica Arabica*".

654. Estienne, "*Codex Regius*".

655. Gessner, "*Bibliotheca universalis*".

656. Pigafetta, "*Viaggio da Creta in Egitto ed al Sinai, 1576-77*", -"*Viaje desde Creta a Egipto y el Sinai*"-, Vicenza, 1984, en A. Hamilton, "*The Copts and the West, 1439-1822. The European Discovery of the Egyptian Church*", -"*Los Coptos y Occidente 1439-1822. El Descubrimiento Europeo de la Iglesia Egipcia*"-, Warburg Studies, Oxford U. Press, Oxford, 2006.

enseñanza primaria⁶⁵⁷. Posiblemente quiso ser monje, puesto que hacia 1590 estaba en estrecho contacto con Ya'qub, el "qummu" o prior del monasterio de S. Antonio, junto al mar Rojo.

A Abudacnus le envió a Roma en 1595 el patriarca de Alejandría, el *Baba* copto Gabriel VII, con cartas de recomendación para el Papa Clemente VIII, cuyo antecesor había fomentado el estudio del árabe y la cultura islámica, como armas para esforzados misioneros, inaugurándose en Roma un *Colegio de Neófitos* para musulmanes y judíos, a donde acudió Abudacnus. Allí aprendió numerosas lenguas clásicas. Presuntamente convertido al catolicismo, lo que le valió respeto, manutención y alojamiento, Abudacnus ingresó en 1605 en los *Carmelitas Descalzos*, bajo el nombre de Fra Macario, conversión que el prior carmelita tuvo a gala relatarle a Ya'qub. Curiosamente, Abudacnus no mencionó nunca en sus cartas su conversión al catolicismo, no conociendo, tal vez, que el prior le había delatado.

En todo caso Abudacnus lo tenía muy claro, y en 1607 abandonó Roma y los *Carmelitas*, y consiguió pasearse por toda Europa, católica y protestante, entre 1595 y 1630 al menos, entrando de lleno en la llamada *Republica de las Letras*⁶⁵⁸. Roma, Paris, Leiden, Londres, Oxford, Amberes, Lovaina, Praga, Munich, etc. Era un personaje educado, cortés y atractivo, armas con las que desarmó tanto a los altivos católicos como a los secos protestantes. Aunque causó algún que otro escándalo, porque como buen monje copto, no renunció al sexo ni a la carne, buscándose compañera, lo que causó recelos entre los castos clérigos cristianos.

Además de simpático, era astuto y pragmático. Obtuvo todo tipo de favores y prebendas, de reyes, prelados y rectores, haciéndose pasar por profesor de árabe clásico, que no sabía, salvo el suyo vernáculo, el árabe coloquial de Egipto. Como buen egipcio, era un buen políglota, que conocía el turco, griego, latín e idiomas europeos. Tenía un método propio para aprender idiomas que parecía dar resultado, en el que largas conversaciones debieron ser parte importante del aprendizaje. Vivió en Inglaterra de 1610 a 1613. Más que alumnos, tuvo amigos que le quisieron. Fue un prolífico escritor, el más

657. Según carta de 1608 de Abudacnus a Scaliger, citada por A. Hamilton en *The Copts and the West 1439-1822. The European Discovery of the Egyptian Church*, pg. 37, Oxford U. Press, Oxford, 2006.

658. "*Republica Literarum*", en A. Hamilton, "*A Traveller in the Republic of Letters: Josephus Barbatus or Abudacnus the Copt*", - "*Un Viajero en la República de las Letras: Josephus Barbatus o el Copto Abudacnus*"-, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, Vol. 57, pgs. 123-150, Oxford 1994.

importante del mundo copto, y dejó tal estela, que, a la postre, fue la causa directa de la aparición del *Arabismo* en Europa.

Coincidiendo con la estancia de Abudacnus en Roma, J. Lipsius, en 1602, publicó "*Sobre Bibliotecas*"⁶⁵⁹, donde escribió un influyente texto sobre las bibliotecas de la Antigüedad, comenzando por la historia de la *Gran Biblioteca de Alejandría*. La publicación por I. Casaubon, en 1612, del "*Banquete*" de Ateneo, y la traducción al latín de la obra de Sócrates de Constantinopla, por J. Christopherson, avivaron aún más el interés por aquella mítica Biblioteca. E. Breewood, en 1614, publicó ya un libro sobre los Coptos.

En 1625 T. Erpenius publicó la "*Crónica*" del escritor copto al-Makin, del s. XIII. En 1647, al vicecónsul francés en Alejandría, A. du Ryer, no se le ocurrió otra cosa que traducir el "*Corán*" al francés, la primera traducción a una lengua vernácula, con la que se atrajo la hostilidad y el ninguneo. En 1649, E. Pococke publicó la "*Historia árabe de Bar-Hebraeus*"⁶⁶⁰, o sea, el "*Espécimen*" de Abulfaragius, asimismo del s. XIII, que contenía la falsa leyenda sobre los árabes.

En 1652, J. Selden publicó un breve extracto del "*Collar*" de Eutyquios, del s. X, que acabará publicando entero en 1658, con la ayuda de Pococke. En 1653 el propagandista maronita I. al-Haqilani, *Abraham Echellensis*, enfrenado a las teorías de Selden, editó la "*Crónica oriental*", de Petri Rahebi, otro contemporáneo de al-Makin y Abulfaragius. También en 1653, el mayor arabista holandés, J. Golius, publicó un diccionario árabe-latín. Y en 1663 E. Pococke publicó "*Historia de las Dinastías*"⁶⁶¹, con toda la "*Crónica Siríaca*" de Abulfaragius. En 1664 el viajero y políglota francés J. de Thévenot publicó su "*Viaje por Levante*"⁶⁶² a través de Egipto y Oriente.

Por su lado, el autor alemán F. W. Von Ramshausen publicó en 1666 uno de los primeros escritos monográficos sobre la Iglesia de Egipto. En 1667 Gronovius se interesó por el Museo y la Biblioteca alejandrinos refiriéndose a Vitruvio. Y ese mismo año D'Ablancourt tradujo al francés la "*Descripción de África*" de Mármol. En 1673 C. Perrault tradujo el libro de Vitrubio⁶⁶³ al francés, lo que avivó en los medios cultivados la memoria intacta de la antigua Alejandría y el trágico fin de su Biblioteca y Museo. Y en 1675 apareció misteriosamente en Oxford la "*Historia de los Jacobitas o Coptos*"⁶⁶⁴, de Abudacnus.

659. Lipsius, "*De Bibliothecis sintagma*".

660. E. Pococke, "*Historia Arabe de Bar-Hebraeus*".

661. E. Pococke, "*Compendio de la Historia de las Dinastías de Gregorio Abulfaragius*".

662. De Thévenot, "*Relation d'un voyage fait au Levant*".

663. Vitrubio, "*Sobre Arquitectura*".

664. Abudacnus, "*Historia Jacobitarum seu Coptorum*".

En 1713 E. Renaudot publicó su gran “*Historia de los Patriarcas de Alejandría*”⁶⁶⁵, basada en Severus, historiador copto del s. X. En 1721 J. B. Fischer von Erlach publicó su famoso grabado del Faro de Alejandría y el Gran Puerto, una imagen poderosa, que da cuenta del interés que levantaba Alejandría en los medios intelectuales europeos. Y en 1736 P. N. Bonamy, en su “*Disertación histórica sobre la Biblioteca de Alejandría*”, publicó un mapa de Alejandría en que aparecían el Museo y la Biblioteca dentro y cerca de las murallas, como la describieron los escritores antiguos.

A su vez, en 1743-45, el obispo anglicano R. Pococke, nieto del anterior E. Pococke, escribió extensamente sobre Egipto y Alejandría en su “*Descripción del Oriente y algunos otros países*”⁶⁶⁶, publicando otro mapa de Alejandría en que, curiosamente, aparece la Biblioteca alejandrina totalmente desplazada, junto al mar, en los bordes de la ciudad, fuera de las murallas. En 1746 apareció la publicación de “*Relación de Egipto*” de ‘Abd al Latif, también un autor del s. XIII, editado por E. Pococke, hijo.

En 1755 F. Norden, enviado por el rey de Florencia a Egipto, para que le dibujara sus paisajes mientras bogaba en una *dahabiya*⁶⁶⁷ por el Nilo, publicó en su “*Viaje de Egipto y de Nubia*”⁶⁶⁸ numerosas vistas de una Alejandría llena de minarettes. En 1777 el polemista dominico J. M. Wansleben publicó la mejor historia sobre los Coptos, con “*Historia de la Iglesia de Alejandría*”. Y en 1790 el Barón Munchausen relataba a los niños sus “*Aventuras en África*”, y la vez en que, estando en Egipto, se cayó en una estancia subterránea llena de “*innumerables volúmenes y manuscritos de antiguos conocimientos, todas las ciencias del mundo antediluviano, deduciendo que había encontrado... ¡La Biblioteca perdida de Alejandría!*”. En 1800, White publicó en Oxford las segundas ediciones del “*Espécimen*”, de Abulfaragius, por E. Pococke y la “*Relación*”, de Abd al Latif, por E. Pococke, hijo.

Aunque la anécdota más fascinante sobre el recuerdo de la *Biblioteca de Alejandría* la protagonizó el zoólogo francés E. G. Saint-Hilaire, reseñada por I. G. Saint-Hilaire⁶⁶⁹. Fue al final de la desastrosa “*Expedición de Egipto*” napoleónica, en 1801, cuando los ingleses exigieron en Alejandría, como botín de

665. Renaudot, E. “*Historia Patriarcharum Alexandrinorum Jacobitarum a. D. Marco usque ad finem saeculi XIII*”.

666. R. Pococke, “*A Description of the East and some other countries*”.

667. Barco de vela, con salones y camarotes, que se utilizaba para viajar por el Nilo.

668. Norden, “*Voyage d’Egypte et de Nubie*”.

669. Saint-Hilaire, I. G. “*Vie, travaux et doctrine de E. Geoffroy Saint-Hilaire*”, –“*Vida, trabajos y doctrina de E. Geoffroy Saint-Hilaire*”–, París, 1847.

guerra, que los “*savants*” o científicos que habían seguido a Napoleón a Egipto abandonasen todas las colecciones de Historia Natural, botánicas, geológicas y especímenes vivos que los sabios franceses habían recolectado pacientemente durante la ocupación.

Los científicos se negaron a entregar sus colecciones a los ingleses y amenazaron con quemarlas. En aquellos momentos Saint-Hilaire, como imantado, les gritó a los británicos “*¡Sí, lo haremos! ¡Buscáis la fama! ¡Pues bien, tened presente la memoria de la historia: También vosotros habréis quemado una biblioteca en Alejandría!*”. Ante semejante responsabilidad y la perspectiva de llevar un sambenito durante siglos, los ingleses cejaron en su empeño. ¿En quienes estaba pensando Saint-Hilaire al hablar de la quema de la Biblioteca de Alejandría? ¿En Cesar, en Teófilo, o en la falsa leyenda acerca de los árabes, ya divulgada en Europa por los Pococke?

A la caza de manuscritos árabes

Durante el s. XVII asistimos a una auténtica y frenética caza para comprar o copiar antiguos manuscritos árabes, que se atesoraban a cientos en las bibliotecas dispersas por todo el mundo árabe. Tanto desde Holanda como desde Inglaterra se generó un inusitado interés por coleccionar todos los manuscritos medievales árabes que cayeran a mano. Una nueva oleada de estudiosos y eruditos eclesiásticos se lanzaron, como sus antecesores medievales, a atesorar en sus bibliotecas cientos de manuscritos árabes, entre 1620 y 1640, esencialmente. Incluso el rey Carlos I de Inglaterra⁶⁷⁰ coleccionaba manuscritos árabes y persas. Pero esta vez se tuvieron que dirigir directamente a Oriente Medio para encontrarlos.

Los instigadores de aquel expolio cultural estaban estrechamente conectados con las Universidades de Leiden y Oxford. Todos ellos eran importantes y famosos prelados y profesores protestantes, la mayoría reformistas, y con ímpetus misioneros hacia el resto del mundo, y concretamente hacia el mundo árabe. Consiguieron, a través de esforzados viajeros, y de agentes árabes, judíos y coptos, miles de manuscritos árabes. El primero en lanzar la idea fue J. J. Scaliger⁶⁷¹, orientalista y profesor de Leiden desde 1592. Fue el primero que fomentó la compra de manuscritos medievales árabes, desaconsejando

670. Carlos I de Inglaterra (1625-1649).

671. Scaliger (1540-1609).

estudiar el árabe para complementar el hebreo, y ayudando a crear en 1599 la cátedra de árabe en Leiden. Donde le siguió su alumno más brillante T. Erpenius, el primer arabista de Europa, profesor en Leiden, a su vez, seguido por su alumno J. Golius, otro gran arabista.

Un subproducto de esta búsqueda de manuscritos obedeció, sin duda, a motivos políticos. Tras la *Reforma* de Lutero, Europa había quedado dividida entre católicos y protestantes, y los países se alineaban en distintas alianzas para conseguir la hegemonía. La búsqueda frenética de manuscritos árabes sobre geografía en el s. XVII fue motivada por una alianza política de corta duración entre Inglaterra y Marruecos para atacar la católica España. Los mapas árabes eran valiosísimos para la guerra, y fueron atesorados en Oxford.

El radio de acción de aquellos cazadores se extendió principalmente sobre Estambul y Alepo, precisamente las depositarias de importantísimas bibliotecas nunca expoliadas. Allí estaba Alepo de nuevo, la ciudad de las intrigas de Abulfaragius. En su codicia no dudaron en robar manuscritos, incluso de la biblioteca imperial del Serrallo, del palacio Tokapi, en Estambul, donde aún se atesoraba la antigua biblioteca de los emperadores bizantinos. Así consiguió Greaves sacar de allí un maravilloso texto ilustrado del "*Almagesto*", de Ptolomeo, que se llevó a su casa.

Los motivos de semejante frenesí coleccionista tenían dos vertientes bien distintas. Por un lado, el hecho de estar cerradas a cal y canto las bibliotecas de los monasterios ortodoxos de Grecia, a los que estaba prohibido siquiera enseñar ninguno de sus manuscritos antiguos a los latinos, bajo anatema eclesiástico de los Patriarcas, motivó que un grupo muy concreto de clérigos y eruditos ingleses y holandeses se dirigieran directamente hacia Oriente Medio. Donde aún yacían escondidos infinitos tesoros griegos perdidos, traducidos al árabe, y desconocidos en Occidente. Entre ellos, toda la ciencia, medicina, álgebra, física o astronomía, en que sobresalieron los árabes.

Por otro lado, existía una indudable motivación religiosa. Ante todo, según G. J. Toomer⁶⁷², los clérigos llamados *Hebraístas cristianos*, que estudiaban el árabe como instrumento para conocer mejor el hebreo y los textos bíblicos originarios, cuya tradición había comenzado Postel, y también para combatir el catolicismo⁶⁷³. Asimismo estaban los que seguían las tradiciones pole-

672. Toomer, "*Eastern Wisdom and Learning: The Study of Arabic in Seventeenth-Century England*", - "*Sabiduría Oriental y Enseñanza: El Estudio del Árabe en la Inglaterra del Siglo XVII*"-, pgs. 53-93, Oxford U. Oxford 1996.

673. Tyacke, N., "*Seventeenth-century Oxford*", - "*Oxford en el siglo XVII*"-, pgs. 479-480, Vol. 4, Oxford U. Press, Oxford, 1997.

mistas, enfrentados de plano con el hecho religioso musulmán, quienes necesitaban acceder a los originales árabes para estudiar su religión y teología de primera mano, y así poder refutarla con más peso en argumentos.

Pero surgieron también importantes movimientos reformistas protestantes, como los *Unionistas* ingleses, próximos a los *Socianitas* polacos y los *Arminianistas* holandeses, que se creían sucesores del auténtico cristianismo primitivo y que expresaron viva simpatía y apoyo por la religión islámica, según ellos mucho más cercana a las raíces originales del *Cristianismo* que el *Catolicismo* romano. No sólo rechazaban imposiciones teológicas papistas, como la Trinidad y el poder episcopal, sino que fomentaban una relectura racional de la *Biblia*, y un acercamiento a las reformas religiosas de Muhammad. El dictador O. Cromwell⁶⁷⁴ y sus *Puritanos* también estaban muy cercanos a estas ideas. Los peligros que este acercamiento reformista hacia el Islam suponía para los sectores más integristas cristianos eran evidentes.

Un claro ejemplo de este acercamiento al Islam lo tenemos en P. Bayle, pionero inglés del “*Siglo de las Luces*”, que, en 1697, alababa a las naciones musulmanas por su tolerancia religiosa, asegurando que “*Los Sarracenos pronto abandonaron la violencia... mientras que los Cristianos destruyen, a sangre y fuego, a todos los que no son de su religión... las Iglesias griegas, tanto las ortodoxas como las cismáticas (monofisitas), continúan existiendo hasta nuestros días bajo el yugo de Mahoma. Tienen sus Patriarcas, sus Metropolitas, sus Sínodos, sus reglas, sus monjes. Puede afirmarse como cierto que si los príncipes occidentales se hubieran adueñado de Asia, en lugar de los Sarracenos y Turcos, no existiría ahora vestigio alguno de la Iglesia griega, y no hubieran tolerado la religión musulmana, del modo en que los Infieles han tolerado el Cristianismo*”⁶⁷⁵.

Fue en este contexto de coleccionismo frenético de manuscritos árabes, durante el s. XVII, movido esencialmente por motivos religiosos, pero también intelectuales y políticos, cuando la falsa leyenda sobre los árabes afloró de nuevo. En medio de toda esa vorágine de tensiones religiosas y un renacimiento inusitado del interés por la religión y cultura islámicas, apareció otra vez Alejandría. Sin duda, en ciertos sectores protestantes se sintieron alarmados por el modo con que se extendían las noticias sobre aquella ciudad mítica y su famosa Biblioteca. Teófilo y Cesar volvían al primer plano, a comienzos de la Era Moderna.

674. Cromwell (1599-1658). Plowden, A., “*In a «Free Republic» Life in Cromwell’s England*”, Sutton Pub. Phoenix Mill, United Kingdom, 2006.

675. Bayle (1647-1706), “*Historical and Critical Dictionary*”, “*Diccionario histórico y crítico*”, 1697.

Ciertos estamentos eclesiásticos, en el norte de Europa, parece que no pudieron tolerar que se divulgaran ciertas verdades históricas, que distorsionaban la imagen idílica de los orígenes del *Cristianismo* transmitida hasta entonces, dentro de los intensos estudios sobre la Iglesia primitiva. Y decidieron cortar por lo sano.

Así pues, aparentemente un pequeño grupo de reformistas eclesiásticos protestantes decidió por sí solo cambiar de nuevo la historia. Difuminar otra vez aquella verdad incómoda, que afloraba en cuanto nos acercábamos a Oriente. La tragedia alejandrina debería olvidarse de nuevo. Occidente no estaba aún capacitado para mirarse a sí mismo en las pautas de su historia, pues seguía siendo una cultura hipotecada, al albur de los paternos y férreos cuidados de los jerarcas eclesiásticos.

Decidieron ocultarla de nuevo, y lanzar otra vez el anatema contra los árabes. Como en los viejos tiempos. No era una idea original, pero funcionaría de nuevo. Con una audacia inaudita, aquellos pequeños grupos de políticos y clérigos se arrogaron el derecho a falsearnos otra vez la historia, utilizando las viejas armas de los polemistas medievales orientales.

Efectivamente, aquellos grupos de clérigos protestantes polemistas se dispusieron a salvar el mundo en pro de sus idearios de supremacía occidental y cristiana, tanto moral como religiosa, sobre el resto del mundo. La tragedia alejandrina era un bache doloroso, no encajaba en absoluto con la escena en que se exaltaba un credo sobre los otros. Por ello, y ante todo, necesitaban una respuesta urgente y distinta a las preguntas sobre la antigua Alejandría. Y en esto, parece que fueron los círculos de *Hebraístas u Orientalistas cristianos* protestantes, las más de las veces reformistas, ávidos coleccionistas de manuscritos medievales árabes, los que encontraron la respuesta.

De la mano de aquel brillante y conocido escritor, asentado en tierras sirias en el s. XIII, Abulfaragius. Rescataron sus textos en Alepo, los compraron, los sacaron del olvido y los difundieron alegremente. Gracias a Abulfaragius, de nuevo ya no era Cesar, ni por supuesto los cristianos, sino los árabes, los culpables, con lo que el sentimiento de culpa colectivo de Occidente se evaporaba con la ensoñación del autoengaño.

Quedaban otra vez ocultos los comienzos violentos de las sectas cristianas, imponiéndose de nuevo una visión deformada de nuestra historia. Desde aquel momento, el pueblo árabe aparecería en Occidente como responsable ante la historia de aquella catástrofe cultural y humana, dando lugar, de nuevo, a una capciosa e intencionada reedición de esta imposible leyenda en el s. XVII.

La intencionada difusión por Pococke de la leyenda en Europa

Efectivamente, la falsa leyenda tomó vuelo y fue conocida en Europa sólo a partir del s. XVII, de la mano de un clérigo protestante inglés, el mayor arabista de su tiempo, especializado también en estudios bíblicos y hebraicos, Edward Pococke. Parecería como si este misterioso personaje hubiera dedicado su vida y energías a un programa específico, el de rescatar la leyenda inventada por Abulfaragius y difundirla en Europa.

Edward Pococke⁶⁷⁶, o Pocock, nacido en Oxford, hijo de clérigo, era teólogo, erudito y especialista en estudios bíblicos, hebreos y orientales. Brillante estudiante, fue admitido en Oxford a los dieciséis años, graduándose a los dieciocho. Considerado un importante *Hebraísta cristiano*, puesto que su principal interés era el estudio de los textos originales bíblicos en hebreo, con el tiempo se convertiría en el primer y mayor arabista de su época, junto con los holandeses Erpenius y Golius.

Estudió con el arabista alemán M. Pasor⁶⁷⁷, entre 1624-27, cuando este pasó por Oxford, quien defendía el estudio del árabe y siríaco, para mejor conocer la "*Biblia*" original y así combatir los errores católicos. También estudió con W. Bedwell⁶⁷⁸, el padre del arabismo inglés, vicario, y famoso como matemático, anticuario y orientalista. Totalmente hostil al Islam, publicó en 1615 un libro polémico contra el Profeta y el "*Corán*". Pero, por el contrario, tenía una gran curiosidad por los cristianos orientales. Paradójicamente, también Pococke, que sentía un rechazo instintivo hacia el Islam, tenía un interés muy especial por los cristianos orientales y un fuerte espíritu misionero. Fue Bedwell el primer profesor de árabe del holandés T. Erpenius⁶⁷⁹, el primer gran arabista de Europa, en 1606. Fue asimismo en casa de Bedwell donde Pococke conoció a J. Selden, su futuro protector.

Pococke fue ordenado sacerdote en 1629. Poco después, al año siguiente, 1630, conoció a G. J. Vossius⁶⁸⁰, un famoso filólogo holandés, profesor de Leiden, amigo del reformista arminiano Grotius, vinculado también con los *Hebraístas cristianos*, y con una extensa librería, que llegó a Oxford invitado por W. Laud⁶⁸¹. Este, a la sazón obispo de Londres y rector de la universidad de

676. E. Pococke (1604-1691).

677. Pasor (1599-1658).

678. Bedwell (1563-1632).

679. Erpenius (1584-1625).

680. Vossius (1577-1649).

681. Laud (1573-1645).

Oxford, simpatizaba con los *Arminianistas* holandeses. Pococke sostuvo largas y numerosas conversaciones con Vossius, quien tenía en alta estima los estudios árabes, y que, ávido coleccionista de manuscritos árabes, estaba impresionado aún por la recientísima hazaña de J. Golius⁶⁸², el mejor alumno de Erpenius, quien, desde Alepo, donde había residido del 1627 al 1629, y Estambul, en 1628, había vuelto cargado a Leiden con valiosísimos manuscritos.

Fue justo después de aquellas conversaciones con Vossius cuando Pococke⁶⁸³ se decidió a pedir la plaza de capellán que había quedado vacante en Alepo. Sin duda, Vossius le alentó para que se fuera. Existe un intercambio de “*cartas*” de 1630 entre ambos, en que Pococke le escribió y Vossius le contestó enseguida, el mismo año. El viaje, el perfeccionamiento del árabe y un tesoro en manuscritos merecían la pena. Y le lanzó a la vorágine de la caza de manuscritos árabes en tierras orientales. Y ello, a pesar de que Pococke declaró siempre que no le atraían ni viajes ni exploraciones.

¿Porqué se decidió a hacerlos, invirtiendo muchos años de su vida y dinero en ellos? ¿Qué es lo que le contó Vossius al joven Pococke para convencerlo? ¿Fue él quien le envió a Alepo para comprar manuscritos? ¿Indiscriminadamente, o le dio órdenes precisas para buscar algunos en concreto? ¿Conocían los círculos de *Hebraístas cristianos* holandeses los textos de Abulfaragius? ¿O buscaban los de monjes coptos, sirios, y del s. XIII, sin conocer exactamente el nombre?

El hecho es que Pococke, tras publicar sus primeras dos obras bíblicas en la universidad reformista de Leiden (Países Bajos), con la ayuda de su amigo Vossius, se embarcó en aquel viaje de cinco meses que le llevaría a Alepo, a fines de 1630. Allí residió como capellán de la *Compañía del Levante* inglesa hasta 1635, siendo el más famoso de sus capellanes, y viviendo en casa del cónsul inglés, por recomendación de su protector y patrón J. Selden. Este era jurista, parlamentario, historiador, gran orientalista por su obra “*Sobre los Dioses Sirios*”⁶⁸⁴, anticuario y coleccionista de manuscritos en árabe y hebreo, también considerado *Hebraísta cristiano*, por sus estudios de la ley rabínica. Simpatizaba con los *Puritanos* por su oposición a la jerarquía de los obispos.

¿Fue por casualidad por lo que Pococke se embarcó hacia Alepo, la ciudad centro de las intrigas de Abulfaragius, o viajó a aquella ciudad siria sabiendo perfectamente cual era su propósito y lo que tenía que buscar? ¿Le envió al-

682. J. Golius (1596-1667).

683. Irwin, R., “*Dangerous Knowledge. Orientalism and its Discontents*”, –“*Sabiduría Peligrosa. El Orientalismo y sus Descontentos*”–, pgs. 93 y ss. , The Overlook Press, New York, 2008.

684. Selden (1584-1654), “*De Diis Syriis*”, 1617.

guien, tal vez Vossius, o fue iniciativa propia? En todo caso, cumplió su propósito, puesto que se dedicó a recolectar todos los valiosos manuscritos árabes y orientales que pudo encontrar, uno de los propósitos principales de su viaje, y estudió árabe, hebreo, siríaco, samaritano y etíope, para poder descifrarlos. Conoció a judíos, sirios y cristianos orientales. Contrató los servicios de profesores, comerciantes y escribas para su caza de manuscritos árabes, que continuó toda su vida.

Durante aquellos intensos años en Alepo, le ayudaron en su búsqueda ‘al-Darwish Ahmad, copista y comerciante de manuscritos, –que también proveía a J. Golius–, su profesor de árabe clásico, el Sheik Fathallah, y la familia del obispo greco-ortodoxo Thaljah, así como algunos comerciantes ingleses. Incluso hubo una gran competencia en la compra de manuscritos entre Pococke y P. Golius, hermano menor de Golius, quien, convertido al catolicismo, llegó a Alepo de carmelita misionero, pero se puso a coleccionar manuscritos árabes como un poseso. Pococke intensificó sus esfuerzos, pues el obispo Laud le convirtió también en su agente en la compra de manuscritos y antiguas monedas griegas.

El hecho es que Pococke encontró los manuscritos de Abulfaragius, entre los cientos de libros que pudo atesorar. ¿Se los encontró Pococke de improviso? No sería difícil, no sólo porque Abulfaragius viviera largos años en Alepo, sino porque la memoria y escritos de Abulfaragius se habían conservado entre la comunidad monofisita, que le rendía culto como santo local. ¿O le envió Vossius a Pococke a Alepo, para que encontrara precisamente los textos de Abulfaragius y de todos los autores árabes vinculados con la falsa leyenda? Curiosamente encontró también los textos de ‘Abd al Latif, haciéndose con los dos testimonios más importantes de la falsa leyenda contra los árabes conocidos hasta aquellas fechas.

El vínculo estrecho entre Vossius y Pococke con aquel viaje a Alepo se hizo patente cuando, a su vuelta, Pococke le envió a Vossius un detallado informe del mismo, al que tenía todo el derecho, según Pococke⁶⁸⁵. Fue precisamente en aquella importantísima “carta” de 1636 cuando Pococke informó a Vossius de su intención de editar los textos de Abulfaragius, cuyos manuscritos había encontrado en Alepo. ¿Fue una idea que concibió Pococke en Alepo, leyendo aquellos textos de improviso, o Vossius le había indicado el camino? ¿Conocía algo Vossius sobre las afirmaciones de Abulfaragius acerca de la Biblioteca de Alejandría y los árabes? Curiosamente, siendo una carta privada, Pococke omi-

685. Pococke, “*Cartas*”, “*Epistolae*, 5-12-1636”.

tió el nombre de Abulfaragius en la misiva, aunque lo identificaba claramente ¿Por qué? ¿No quería que nadie lo supiera? ¿Era un plan en el que sólo algunos estaban en el secreto? ¿Qué más comunicó Pococke a su amigo de forma velada?

Retornó Pococke a Inglaterra en 1636, y buscó la ayuda de su amigo, entonces arzobispo de Canterbury, el famoso W. Laud⁶⁸⁶, hombre intolerante y brutal, martillo de puritanos, que apoyaba el estudio del árabe y simpatizaba con el *Arminianismo* holandés. Si Pococke ya tenía el proyecto de publicar a Abulfaragius, hablaría sin duda a Laud. Este no dudó en apoyarlo inmediatamente, creando la primera e importantísima cátedra de Árabe, en Oxford⁶⁸⁷, que le instó a aceptar, y que le asignó a perpetuidad, de 1636-91.

Así Pococke tendría un medio de vida, con el que navegó por las convulsas aguas políticas de su tiempo, manteniéndose financieramente contra viento y marea toda su vida, con lo que pudo acabar su proyecto misionero. En él, parece que la difusión de la falsa leyenda contra los árabes era prioritaria. Y muchos, todo un grupo de reformistas cristianos, de distintos signos políticos, le apoyaron en ello. Como si fuera un proyecto que evidenciaba más de alta política, que de querrela religiosa. Al parecer, eran pocos los iniciados.

Una vez asegurado su futuro material, Pococke se volvió a ir en 1637, esta vez hacia Estambul⁶⁸⁸, a la capital del imperio otomano, enviado por el propio Laud, con el único propósito de recolectar más manuscritos para el arzobispo anglicano y para él mismo, y para perfeccionar el árabe. Se quedó desde 1637 a 1640. Allí le acompañó su amigo J. Greaves⁶⁸⁹, famoso matemático y astrónomo, arabista, alumno y amigo de Golius en Leiden, que también compraba manuscritos a Laud.

Vivían en casa del embajador británico, en Gálata, por recomendación de Laud, y conoció a muchos judíos, a los que contrató para comprar y copiar libros, entre ellos al estudioso Jacob Romano. Se especula con que tal vez allí le sobrevino a Pococke un vivo interés por la cultura hebrea. También fue ayudado en la búsqueda de manuscritos por agentes venecianos. Mientras Greaves se marchó en 1638 hacia Alejandría y El Cairo para buscar más manuscritos, y de paso medir la Gran Pirámide, Pococke se quedó en Estambul, donde le daría tiempo para conocer al monje egipcio Abudacnus, quien vivió en Estambul entre 1633 y 1643, empleado en la embajada austriaca.

686. Laud, arzobispo de Canterbury (1633-1645).

687. Tyacke, "*Seventeenth-century Oxford*", pg. 481.

688. Hamilton, "*Abudacnus*", pg. 134.

689. Greaves (1602-1652).

En 1640, antes de regresar a su patria, Pococke se paró en París⁶⁹⁰, para reunirse con un amigo de Vossius, el jurista y polemista H. Grotius, máximo exponente del *Arminianismo* holandés, considerado herejía por los calvinistas, a la sazón exilado y embajador de Suecia en Francia, y con el maronita G. Sionita, instalado en París desde 1614, los dos con grandes intereses orientalistas.

Grotius era un viejo amigo. En 1627 se había convertido en el primer polemista protestante con su obra "*Sobre la Verdadera Religión Cristiana*"⁶⁹¹, seis tomos en latín. Trataba de un incipiente racionalismo al estudiar la autoría y el contenido de los "*Evangelios*", y establecía los rudimentos de la religión comparada, estudiando las religiones pagana, judaica y musulmana. Fue un libro inmensamente popular, y sus principios teológicos fueron adoptados tanto por arminianos como por metodistas.

Fue precisamente Pococke quien se interesó en traducir aquella extensa obra del latín al inglés, persa y chino, y también al árabe, con el único proyecto de convertir musulmanes, pudiendo así utilizarla en sus empeños misioneros por Oriente Medio. Y lo consiguió en 1660, gracias a la ayuda financiera del químico irlandés R. Boyle⁶⁹², uno de los fundadores de la *Royal Society*, la sociedad científica más antigua del mundo, quien, apasionado de la teología y con ínfulas misioneras, fue simpatizante de los disidentes, financiando también a Pococke la traducción de los "*Evangelios*" al malayo y el turco.

Está claro que entre Grotius y Pococke había una estrechísima relación, y que se conocían desde hacía tiempo. Se sabe que con Grotius ultimó sus planes para cristianizar Medio Oriente. Llevaba consigo el arma perfecta de contra propaganda. La había rescatado en viejos legajos medievales, encontrados precisamente en Alepo. Es seguro que Pococke le hablaría a Grotius en 1640 de sus intenciones de publicar los textos de Abulfaragius, entre otras cosas porque ya se lo habría contado su amigo Vossius, y del descubrimiento del texto de 'Abd el-Latif, íntimamente ligado a la falsa leyenda inventada por Abulfaragius.

Así, parece que 1640 y 1641 fueron también claves para el desarrollo del proyecto. Se estableció un intenso intercambio de sugerencias, órdenes e ideas, entre un pequeño, poderoso e influyente grupo de arabistas protestantes, ingleses y holandeses, a saber, Pococke, Vossius, Grotius y Laud. Así pues, tras aquella entrevista con Grotius en 1640, Pococke se instaló definitivamente en

690. Toomer, "*Eastern Wisdom*", pgs. 145-147.

691. Grotius (1583-1645), "*De Veritate Religionis Christianae*".

692. Boyle (1627-1691).

Inglaterra en 1641, y lo primero que hizo fue visitar a Laud, que estaba prisionero en la Torre de Londres. Y en aquel mismo año 1641, Pococke recibió una “carta” de Vossius, a la que contestó en 1642, y en la que se refiere a la obra de Grotius “*Sobre la Verdadera Religión*”, que quería traducir, y su intención, también con ánimos misioneros, de traducir el “*Catecismo Anglicano*” para instruir a sus amigos sirios, lo que conseguiría en 1671. ¿Qué otras ideas se intercambiaron veladamente?

La publicación de los textos de Abulfaragius y ‘Abd al Latif

Tras aquellos poderosos apoyos, Pococke se casó en 1646, procreando nueve hijos, y pudo así comenzar la tarea que se había propuesto o le habían asignado, la propagación de la falsa leyenda en Occidente, cosa que, como vimos, Abulfaragius no consiguió o no se propuso nunca. Lo hizo en medio de la guerra civil en las Islas Británicas, con muchos sinsabores, tiempos en los que fue intensamente ayudado por amigos suyos parlamentarios, esencialmente Selden y J. Owen⁶⁹³, llamado el “*Príncipe de los Puritanos*”, el gran teólogo reformador bíblico, líder no conformista, que giró del calvinismo ortodoxo hacia los independentistas o *Congregacionistas*, siendo enemigo declarado del *Arminianismo* holandés y de las ideas jurídicas de Grotius.

Para ayudarse, en 1648 Pococke obtuvo también una cátedra en Hebreo, manteniéndola, con ayuda de Selden y Owen, del 1648 al 1691. Y fue justamente al año siguiente, 1649, cuando publicó por primera vez, en latín, dedicándosela a Selden, y llamándola la “*Historia Árabe de Bar-Hebraeus*”⁶⁹⁴, es decir, el texto de Bar-Hebraeus o Abulfaragius, “*Espécimen de la Historia de los Árabes*”⁶⁹⁵, aumentado con notas de cerca de un centenar de manuscritos árabes como fuentes, publicando también su texto en árabe, siendo el segundo libro impreso en tipología árabe en la universidad de Oxford. Precisamente el texto abreviado que contenía la falsa leyenda sobre los árabes y la Biblioteca alejandrina, y que había publicado Abulfaragius como una separata en árabe de “*Crónica Siríaca*”, parte de su gran obra, “*Crónica*”.

Pococke tardó nada menos que trece años en cumplir su propósito de publicar a Abulfaragius, y, después de tanto tiempo, sólo se decidió a publicar el

693. Owen (1616-1683).

694. Pococke, “*Historiae Arabeum a Bar-Hebraeo*”.

695. Abulfaragius, “*Specimen Historiae Arabum*”. Toomer, “*Eastern Wisdom*”, pgs. 160-162.

“*Espécimen*”, una separata sobre los árabes, y no la obra principal, “*Crónica*”, de aquel Abulfaragius que tanto le interesaba. Es curioso que escogiera aquel texto, que no tenía mayor interés ni por su escasa historicidad ni por su relevancia, y que la universidad de Oxford le apoyara, hasta el punto de que, no contentándose con su traducción al latín, financiaron su impresión en árabe, una lujosa edición, para que no hubiese ninguna duda sobre la realidad del texto. Que, en su aparente insignificancia, contenía dinamita. ¡Precisamente contaba como los árabes habían quemado la *Gran Biblioteca de Alejandría*!

Este texto consagró a Pococke como el mayor arabista de su tiempo, y de este texto se sirvieron como fuente todos los arabistas que le sucedieron, por más de cincuenta años. Abulfaragius, y más tarde ‘Abd al Latif fueron centro de los estudios de todos los arabistas posteriores. Incluso así su segunda edición sólo apareció en 1800, publicada en Oxford por el profesor J. White. Como resalta J. Champion, “*el hecho de que Pococke lo volcara al latín, con cantidad de notas eruditas y explicatorias, dió lugar a una curiosidad desinteresada, pero también a una polémica manipulación de la historia del Islam*”⁶⁹⁶.

Lo que no señala Champion es que Pococke tradujo precisamente aquel texto al latín, y no otro, con un propósito bien preciso, alejado totalmente de los intereses de un erudito. Por su causa, la falsa leyenda, con su corrosivo veneno, fue penetrando en los círculos cultivados de Occidente, se fue extendiendo entre los intelectuales europeos y las universidades. De ahí, no fue difícil que anclase definitivamente entre el gran público. Sólo había que seguir repitiéndolo. Y así, repetida, acabó siendo verdad.

No contento con ello, catorce años más tarde, en 1663, Pococke se decidió a publicar la obra principal de su vida, otra vez sobre Abulfaragius, traduciendo por primera vez también, del siríaco al latín, la edición completa de la voluminosa “*Crónica*”, llamándola “*Compendio de la Historia de las Dinastías de Gregorio Abulfaragius*”⁶⁹⁷, publicando su texto en árabe y su traducción. Es decir, la obra más famosa de Abulfaragius, rescatada asimismo por Pococke en Alepo, como le contó a Vossius en su carta de 1636. Obra que hubo de esperar guardada nada menos que veintisiete años hasta que Pococke se decidió a sacarla a la luz.

A esta extensa traducción al latín, que tuvo una fría acogida⁶⁹⁸, Pococke tuvo

696. Champion, “*The Pillars of Priestcraft Shaken: The Church of England and its Enemies, 1660-1730*”, –“*Los Pilares del Sacerdocio Convulsionados: La Iglesia Anglicana y sus Enemigos, 1660-1730*”, Cambridge Studies, Cambridge U. Press, Cambridge, 1992.

697. Pococke, “*Historia Compendiosa Dynastiarum a Gregorio Abulpharagio*”.

698. Tyacke, “*Seventeenth-century Oxford*”, pg. 498.

la curiosa idea de añadir un texto adicional con una “*Historia de los árabes*” compuesta por él mismo. Extraña decisión la suya, duplicándose a sí mismo, triplicándose incluso, pareciendo estar obsesionado con la historia de los árabes. Como vemos, Pococke volcó gran parte de los esfuerzos de su vida a expandir los textos de Abulfaragius que relataban la falsa leyenda. Extraño propósito para un clérigo de su talla. ¿Qué había tras esta fijación de por vida?

En realidad, la “*Crónica*” era un texto sin importancia ninguna para los intensos debates religiosos de aquella época, por ser un texto de vocabulario farragoso, ideas anticuadas y con poco valor histórico para los apologistas cristianos de la época, que buscaban otros textos más elevados como guías, especialmente Maimónides. Abulfaragius no era ningún filósofo o pensador de altura. No es de extrañar que la obra tuviera tan poco éxito, viendo su segunda edición en 1806, también de la mano de White, que la tradujo al inglés en Oxford. Ese fracaso fue sólo aparente. De hecho, Pococke consiguió rescatar así completa la obra más trascendental de Abulfaragius, volcándola al latín. Ahí quedó, con su falsa leyenda, y ya volcada al inglés, se convertiría con el tiempo en un axioma inmensamente popular. Un artículo de fe que ya nadie cuestionaría seriamente.

En cuanto a la obra de ‘Abd al Latif, la historia de su traducción es un tanto rocambolesca. Como sabemos, Pococke encontró el texto de su “*Relación de Egipto*” en Alepo, y se dispuso a traducirlo enseguida al latín, puesto que era esencial para dar veracidad a lo relatado en el “*Espécimen*” de Abulfaragius. Así pues, se puso manos a la obra. Y en 1665, cuando ya llevaba impresas noventa y seis páginas en latín en la imprenta de la universidad de Oxford, el obispo Fell le paralizó el trabajo, llevándose el alfabeto latino, lo que humilló tanto a Pococke que abandonó aquella traducción para siempre, programa o no programa secreto. ¡También Pococke tenía su corazoncito! Y aún así, hacia 1680 publicó el texto de Al Latif en árabe.

Retomó la fallida traducción su hijo mayor, E. Pococke *el Joven*, que continuó la saga de arabistas en la familia, publicando una somera traducción de parte del texto de Al Latif al latín en 1746, remachando así la leyenda. White publicó por primera vez el texto completo en latín en Oxford, en 1800, coincidiendo con su publicación de la segunda edición del “*Espécimen*” de Abulfaragius, dando a conocer los dos textos en el mismo año, para refrescar las memorias de los estudiosos, uniéndose así a la trama de los que habían decidido dar a conocer en Europa la leyenda contra los árabes. Y ello a pesar de que ya dos grandes historiadores, Renaudot y Gibbon la habían rechazado como apócrifa en el s. XVIII, como veremos.

Pococke encontró precisamente el manuscrito de ‘Abd al Latif en Alepo, sin

duda uno de los que buscó con más ahínco, con la breve apostilla sobre la quema por los árabes de la *Biblioteca Hija de Alejandría*, que intentó publicar cuanto antes, olvidándose de los interesantísimos escritos de ‘Abd al Latif sobre medicina, autopsias, crecimiento de los huesos y diabetes, infinitamente más importantes para la ciencia de su época. Pero no, aquel clérigo anglicano no buscaba nuevas fuentes de conocimiento, sino cumplir un designio político, con trasfondo religioso. Y con ello las pruebas de que Abulfaragius no mentía y que los propios árabes se echaban la culpa del lejano desastre de Alejandría.

¿Casual descubrimiento el de Pococke? ¿Cómo es que Pococke, tan diligente a la hora de desvelar los dos textos que le interesaban, no descubrió también, dándolos a conocer a Occidente, los numerosos textos de los escritores árabes que rechazaron desde el principio la veracidad de la versión de Abulfaragius, y los que no mencionaron jamás ni baños, incendios ni libros en la toma de Alejandría, textos mucho más antiguos que los de Abulfaragius?

No en vano, R. Irwin asegura que, “*A pesar de que el interés de Pococke por el Islam era enteramente hostil, la suya era un tipo de hostilidad que aparecía académica, pues estaba muy interesado en desacreditar las leyendas occidentales sobre los árabes y las polémicas mentiras acerca del Profeta y la doctrina musulmana, para así poder exponer más claramente los verdaderos errores del Islam. Era mejor hacer un estudio crítico... que inventar absurdas mentiras...*”⁶⁹⁹. Y, sin embargo, se empeñó en publicar aquellos textos, sin molestarse en aplicar aquella cacareada crítica académica a las afirmaciones de Abulfaragius.

En todo caso, y a partir de entonces, la figura y el texto de Abulfaragius pasaron a un discreto segundo plano, apareciendo ‘Abd al Latif como el auténtico origen del engañoso relato. Centrándose la crítica occidental en la veracidad de la brevísima aserción, que, al ser anterior a Abulfaragius, constituía la prueba de que Abulfaragius simplemente había ampliado las noticias comunicadas por Al Latif. Que las dos versiones fuesen de la misma mano parece que no se le ocurrió a nadie, como tampoco el indagar la imposibilidad histórica de semejante leyenda y la causa de que apareciera de la nada en el s. XIII, de la mano de un tardío escritor árabe. Fijémonos que Al Qifti sigue totalmente ausente del debate. Pococke no había localizado sus escritos, si es que conocía su existencia, y parece que sus textos eran aún desconocidos en Europa.

Pococke, que vivió en una época muy convulsa, fue ayudado por unos y otros, gracias a sus grandes dotes como arabista. En 1655 tradujo “*Puerta de*

699. Irwin, “*Dangerous Knowledge*”, pg. 94.

*Moisés*⁷⁰⁰, comentarios de la *Mishneh* de Maimónides, con ayuda de Selden, evidenciando el gran interés que todos los *Hebraístas cristianos* le tenían a aquel sabio judío, que escribió siempre en árabe. Este fue el primer libro publicado en hebreo por la universidad de Oxford.

Selden también patrocinó, en 1658, la traducción por Pococke de la obra del patriarca melquita Eutyquios de Alejandría, "*El Collar*", bajo el título "*Orígenes de la Iglesia Alejandrina*"⁷⁰¹, para intentar refutar el modelo episcopal de la Iglesia Anglicana. Curiosamente, este texto narraba extensamente la conquista de Alejandría por los árabes, sin mencionar nada absolutamente sobre la falsa leyenda. Se sabe que Pococke comenzó dicho encargo con mucha relucencia. ¿Qué pensamientos contradictorios traspasaron la mente de Pococke cuando recibió el encargo, que evidenciaría, a todas luces, las falsedades de Abulfaragius?

Tras sus largos años en Levante, Pococke quedó fascinado, como tantos otros británicos, por muchos de los aspectos de la vida oriental. Y así tradujo en 1659 un opúsculo árabe sobre la planta del café, llamada "*Kaubi*", bebida desconocida en Inglaterra, y de la que fue su primer usuario, ante la suspicacia de sus paisanos, que consideraban aquel sospechoso bebedizo una droga relacionada con las prácticas más oscuras del mundo musulmán. Asimismo se trajo de Siria una higuera, la más antigua existente hoy en Inglaterra, el famoso "*Arbor Pocockiana*" de su jardín, importando también cedros del Líbano, asimismo los más antiguos del país.

Los movimientos protestantes reformistas

Así pues, la leyenda no llegó a generalizarse en Europa hasta el s. XVII, cuando se hicieron las primeras traducciones al latín por E. Pococke, en 1649, del "*Espécimen*" de Abulfaragius, supuestamente con información original, y ya con el "pedigrí" de ser un texto viejo de varios siglos. Hasta entonces sólo la conocerían algunos arabistas y eruditos. En todo caso, la versión de Abulfaragius fue como un regalo, que nadie se dispuso a negar. Como si en el inconsciente colectivo aquella antigua tragedia hubiera dejado una profunda y difusa huella de culpabilidad.

¿Al servicio de quien o de que causa estaba Pococke? ¿A quien le interesaba

700. Pococke, "*Porta Mosis*".

701. Pococke, "*Alexandrinae Ecclesiae Origines*".

difundir en los salones cultivados y las iglesias de Londres, París o Ámsterdam aquellos infundios contra los árabes, hacía ya tiempo olvidados, como nos demuestra el testimonio de Mármol⁷⁰²?. Es evidente que, ante todo, Pococke pertenecía al clero y tenía espíritu misionero, habiéndose propuesto cristianizar Oriente Medio, para lo que, al parecer, todos los medios parecían idóneos. Se sabe que este propósito obedecía a un plan premeditado.

Curiosamente, la iniciativa para una nueva difusión de la leyenda no partió de las huestes católicas del sur de Europa, sino de los círculos reformistas del *Protestantismo*, que se extendían por todo el norte de Europa, especialmente Holanda, Inglaterra, Alemania y Francia. En los países católicos estaba prohibido siquiera pensar en estudiar la historia eclesiástica fuera de los parámetros rígidamente establecidos, así como leer la “*Biblia*”. La siniestra Inquisición vigilante, pocos estarían dispuestos a lavar los trapos sucios de la historia.

No era así en el norte de Europa, donde se habían despertado intensos movimientos dentro del *Protestantismo*, que propugnaban la entrada de la razón y el estudio de la cultura hebrea como guía de conocimiento, para el estudio de la historia eclesiástica y los textos bíblicos. Pero en el s. XVII, en la vieja Europa, ya no se trataba de la defensa del *Monofisismo* y su historia –anatema para protestantes y católicos–, tal como lo planteó Abulfaragius. ¿De qué se trataba pues?

No parece que ni Descartes ni Spinoza, que habitaban en Holanda, origen y motor, respectivamente, del movimiento racionalista moderno, estuvieran interesados en abrir un oscuro capítulo sobre Alejandría, difamando a los árabes. Holanda era un país recién creado y centro de la intelectualidad europea en el s. XVII. Hacia allí habían emigrado grandes colonias judías, desde el sur y el este de Europa, cuyo asentamiento Grotius había defendido. Su presencia contribuyó a potenciar la influencia cultural hebrea en toda la intelectualidad calvinista holandesa, fomentándose los “estudios rabínicos” entre los cristianos hebraístas apologéticos, al calor de las polémicas teológicas entre católicos y protestantes.

Fue así como en Holanda, se originó el foco más importante del *Hebraísmo cristiano*⁷⁰³, junto con Inglaterra, un movimiento transnacional de reformistas protestantes liberales, anti-católicos y anti-calvinistas ortodoxos, extendido más tarde por Francia, Portugal e Italia, cuyos denominadores comunes fue-

702. Mármol, “*Descripción de Africa*”.

703. Katchen, A. L., “*Christian Hebraist and Dutch Rabbis*”, –“*Hebraístas Cristianos y Rabbis Holandeses*”–, pgs. 9-12, Cambridge Mass., 1984.

ron los estudios bíblicos y del idioma y cultura hebreas para interpretar correctamente los dictados de la “*Biblia*”, cuyo ideal de República decían que había sido copiada en la creación política de Holanda.

Se les llamaba, a veces, “*judaizantes*”, porque insertaban las tradiciones rabínicas como parte de la teología cristiana. Y la universidad de Leiden, en Holanda, fundada en 1575, donde publicó E. Pococke, y donde estaban los reformistas protestantes Vossius, Grotius, T. Erpenius, el primer orientalista protestante, y su alumno privilegiado J. Golius, fue una de las más abiertas a este movimiento.

Pues bien, es dentro de este gran movimiento reformista protestante donde parece que hay que buscar el misterioso y pequeño grupo de *Hebraístas u Orientalistas cristianos*, reformistas que, entre Holanda e Inglaterra, decidieron aportar un velo de sombría y absurda conspiración, en el fabuloso camino hacia la modernidad europea. Introduciendo un subproducto que nada tenía que ver con la clarificación de las ideas y la exaltación del pensamiento libre, la racionalidad y la libertad, sino que constituía un paso atrás, volviendo hacia las prácticas medievales que querían erradicar y combatir aquellos reformistas.

Un pequeño grupo de grandes intelectuales protestantes, que llevaron su defensa a ultranza del *Cristianismo* hasta el extremo de distorsionar conscientemente la historia. Duró el fulgor de aquellos *Hebraístas cristianos* muy poco tiempo, medio siglo escaso, de 1600-1660, aunque siguiera vivo en Inglaterra, con los *Puritanos*, que fundarán una “*Nueva Jerusalén*” en América. En todo caso, tiempo suficiente para poner de nuevo la falsa leyenda en circulación, y conseguir fijarla en el alma colectiva de Occidente.

Curiosamente, el declive de los *Hebraístas cristianos* se debió a algo que ya conocemos en esta apasionante búsqueda. Se debió, ni más ni menos, a que Pietro della Valle compró en 1616, en Damasco, el “*Pentateuco Samaritano*”, y su estudio reveló más de 6.000 interpolaciones, errores o diferencias con el texto hebreo *Masorético*, lo que provocó el desconcierto en las filas de los *Hebraístas cristianos*, divididos entre “rabínicos” y “críticos”. A partir de entonces, los textos bíblicos perdieron aceleradamente en Occidente su aureola de escritos inmutables y sagrados. Más tarde, el monje católico R. Simón, en su “*Historia Crítica del Viejo Testamento*”⁷⁰⁴, 1678, declaró que todas las versiones de la “*Biblia*” estaban corruptas por interpolaciones y falsificaciones.

Ello marginó completamente al *Hebraísmo cristiano* de las corrientes intelectuales del *Protestantismo*, basadas en la razón, de finales del s. XVII. Ya a

704. Simón, “*Histoire Critique du Vieux Testament*”.

principios del s. XVIII había prácticamente desaparecido aquella corriente fundamentalista judeo-cristiana. Sin embargo, en Inglaterra continuó la producción literaria de los *Hebraístas cristianos* a lo largo de todo el s. XVII, lo que es patente por la ingente labor de Pococke, dándose una profunda identificación con la cultura judía y los estudios rabínicos durante la época puritana de Cromwell. Por ello nada impidió que Pococke o el grupo que apoyaba a Pococke siguiera adelante con su infausto proyecto, y difundiera los escritos falsarios de Abulfaragius.

Vemos así como se sucedieron alrededor de Pococke prestigiosos reformistas protestantes, que sin duda formaban una comunidad de intereses. Eran todos ellos polemistas religiosos, y su defensa a ultranza de la Cristiandad les llevaba también a considerar legítimos todos los medios a su alcance. Todos ellos arabistas, especialistas en cultura hebrea y textos bíblicos, todos ellos reformistas. ¿Qué unía a Pococke con Bedwell, Laud, Grotius, Vossius, Golius, Greaves, Owen o Selden?

Es evidente que alguien pareció enviar al joven inteligente y entusiasta Pococke hacia Alepo. Tal vez alguien que conocía lo que allí yacía abandonado y estaba dispuesto a utilizarlo. Este pudo ser el reformista Vossius, Selden o el obispo Laud, que ya arropó a Pococke desde su juventud y fomentó su interés por los estudios bíblicos y orientales, y que atesoró una gran biblioteca. Estos parecen haber sido, al menos, guías intelectuales y ayudas materiales de Pococke.

¿Por otra parte, qué cosas planearon Grotius y Pococke en los salones parisinos de la embajada sueca? Los dos eran audaces, jóvenes y entusiastas defensores de las verdades bíblicas y la expansión del *Cristianismo*. ¿Formaba parte de un extraño plan de Grotius el rescatar la falsa leyenda de Abulfaragius, para divulgarla de nuevo? Parece fuera de lugar pensarlo, siendo un jurista y filósofo tan prestigioso. Pero como polemista cristiano, parecía absolutamente convencido de la primacía de la fe cristiana. Era autor del libro "*El derecho de guerra en tiempos de paz*"⁷⁰⁵, que defendía el concepto de "*guerra justa*", justificándola por tres justas causas: autodefensa, reparación de una injuria o castigo. ¿Entraría alguna de ellas en su concepción de un designio misionero en Oriente Medio?. La "*guerra justa*" también necesitaba de propaganda política.

¿Reivindicar la cultura hebrea y los relatos bíblicos pasaba asimismo por reivindicar la memoria de Bar-Hebraeus, o Abulfaragius, un converso de origen judío, incluso a costa de falsear conscientemente la historia? ¿O se trataba de

705. Grotius, "*De jure belli ac pacis*".

un designio más amplio, en el panorama mundial del equilibrio de poderes? ¿Seguía latiendo aún ese trasfondo de un choque de culturas alrededor del Mediterráneo? ¿Interesaba aún la propuesta de Abulfaragius, con todo lo que suponía para la memoria histórica? ¿Interesaba de nuevo falsear la historia como medio de propaganda política, en un momento de declive del poder otomano?

Pococke parecía guiado por un determinismo al que dedicará toda su vida. Parece empeñado en cumplir una misión, que transmitió incluso a su hijo Edward. En todo caso, la cultura occidental asimiló de inmediato, ya fuera religiosa o laica, la respuesta brindada con tanto ahínco por Pococke y Abulfaragius. ¡Los árabes quemaron la *Gran Biblioteca*, el templo de la sabiduría! Los bárbaros fueron ellos, para ellos la ignominia. En Europa, el sentimiento de culpa colectiva por aquella página negra de la historia desapareció de inmediato.

Un monje misterioso

El caso del arabista Pococke, parece, a primera vista, un caso de clara vocación pasional, que le ocupó toda una vida. ¿Cómo ocurrió? ¿Es verdadera esta primera impresión? Fijándonos en su biografía, existen puntos bastante oscuros y decisiones sorprendentes, que no encajan con la vocación pasional. Parece que detrás de aquel empeño hubiera un secreto, de un grupo casi iniciático, en el que todos jugaban su papel y sus fichas en la partida, encajándose unas con otras. Sólo descubriéndolo podremos seguir los intrigantes vericuetos que dan, a la postre, coherencia a la sorpresiva biografía de Pococke.

Ya vimos como a finales del s. XVI desembarcó en Roma, proveniente de Alejandría, Abudacnus, un clérigo copto, de luenga barba, sonrisa y mirada dulce, que sedujo a toda Europa. En 1610 tomó el barco, entre la bruma, camino de Inglaterra. Y allí, los destinos de aquel monje y de Pococke se cruzarían para siempre. Para Pococke todo debió de empezar en el Oxford de su infancia. Posiblemente se le quedó grabado, en su alma de niño, alguien tan exótico como aquel profesor copto reconvertido, venido de Egipto, Abudacnus, que se quedó en Inglaterra de 1610 a 1613⁷⁰⁶, entre Londres y Oxford.

Seguramente fue conocido por todo el mundo, hasta por los chiquillos, en aquella pequeña ciudad universitaria. En una época en que se estaban afrontando continuamente católicos y protestantes, la presencia en Oxford de Abu-

706. Hamilton, "Abudacnus", pgs. 128-30.

dacnus, el ex-copto de larga barba y bonete de negro tejido, que se paseaba por Oxford tratando de enseñar un árabe clásico que no sabía, pues sólo hablaba el árabe coloquial del Cairo, su ciudad natal, debía ser objeto de las conversaciones de todos. Tanto se involucró en la vida local, que llegó a escribir, en 1612, cuatro poemas en árabe, caldeo, siríaco y turco⁷⁰⁷, lamentando el deceso de un príncipe inglés.

Pertenecía a los cristianos orientales, aquellos monofisitas que se habían separado del catolicismo hacía siglos. ¿Por qué estaba aquel misterioso personaje viajando por Europa? ¿Quién le había enviado? Es casi seguro que el niño Pococke, un estudiante adelantado y lumbrera, pudo conocer a Abudacnus directamente, o a través de su padre, vicario desde 1604. Aquel egipcio sería centro de gran curiosidad en un mundo donde se estaba despertando un gran interés por Egipto y Alejandría. Aquel profesor, que no dejó en Inglaterra estela alguna de arabistas, sí que pudo dejar otra clase de simiente en la imaginación del infante Pococke. De hecho, el niño Pococke seguiría la estela de Abudacnus, encontrándose con él en cada esquina de su vida.

Aquel profesor egipcio, gran políglota, que había aprendido rápidamente, como buen egipcio, el italiano, francés e inglés, se sentaría en las tardes lluviosas con otros clérigos de Oxford ¿Qué les contaría aquel personaje afable? Les hablaría de la luz dorada del Cairo, la fragancia de sus noches, las aguas eternas del Nilo, el desierto cuajado de estrellas, del monasterio de S. Antonio, que se adelantaba como una proa hacia el desierto, sobresaliendo de sus altos muros bosques de acacias y palmeras, de los viejos monasterios del Alto Egipto, levantados sobre antiguos templos, del reino cristiano de *Makuria*, en la Nubia lejana, sembrada de pirámides negras sobre la arena, de *Ethiopia*, el misterioso país del *Preste Juan*.

También les explicaría el mundo en que vivía, la larga historia de los coptos, la antigüedad de sus creencias, sus rituales, sus santos, sus cuitas y sus iglesias. En tantos años, pudo hablarles de Alejandría muchas veces, y, sin duda, de la antigua *Gran Biblioteca* y su desaparición, que según las leyendas coptas, fue quemada por los árabes. Por supuesto, les hablaría de un monje copto, que vivía en Siria, del s. XIII, que había escrito que los árabes fueron los culpables. ¿Qué quedó en la imaginación de aquel niño, que tal vez vio a Abudacnus por última vez cuando contaba nueve años? ¿Manuscritos medievales, Oriente, un monje cristiano, una leyenda?

Pero la estela de aquel misterioso egipcio no sólo dejó su simiente en aquel

707. Tyacke, "Seventeenth-century Oxford", pg. 477.

pequeño inglés de Oxford, sino en otros intelectuales europeos, a los que conoció o dio clases. Dejó una profunda huella en Holanda, concretamente en la universidad reformista de Leiden, ya que uno de sus miembros más ilustres, T. Erpenius, fue nada menos que el más conocido de sus alumnos. Con el tiempo se convertiría en el primer gran arabista europeo, seguido de su brillante alumno, J. Golius. Erpenius fue anteriormente alumno de W. Bedwell, el padre del arabismo inglés, en 1606, además de dar clases con el profesor de Leiden, Scaliger. A la muerte de este, en 1609, Erpenius le escribió a Abudacnus, cuando estaban los dos en París, pidiéndole que le enseñara árabe.

Al principio a Erpenius le chocó el misterioso monje, con su lenguaje coloquial, y así se lo escribió a Bedwell, pero acabaron siendo grandes amigos. Erpenius expresó siempre su afecto y gratitud por aquel Abudacnus que le enseñó tanto. Obviamente, hablarían mucho, de Egipto, de Alejandría, de viejos y desconocidos manuscritos. Fue Erpenius el que le dio a Abudacnus una carta de recomendación para su profesor Bedwell, y con ella partió hacia Inglaterra en 1610, instalándose allí tres años. Cruciales, pues su destino se cruzó con el de Pococke. Pues bien, Erpenius, además de llegar a ser un eminente arabista, fue uno de los primeros cazadores de manuscritos árabes, pero en vez de buscarlos en Oriente Medio los buscaba en Europa.

Curiosamente, muy poco después de su separación de Abudacnus, Erpenius encontró en la biblioteca del Palatinado, en Heidelberg, en 1613, un manuscrito de un monje copto, que aunque egipcio, pasó gran parte de su vida en Siria, y era del s. XIII. Todo encajaba. Se trataba de Girgis al-Makin, *Elmacin*, cairota, quien entre 1262 y 1268 escribió en Siria su gran crónica histórica "*La buena fortuna del loco*"⁷⁰⁸.

Erpenius se apropió del manuscrito⁷⁰⁹ y se fue a Leiden, donde se apresuró a traducir y publicar el texto bilingüe, en árabe y latín, de aquel monje copto y medio sirio del s. XIII, pero empezando curiosamente por la segunda parte, por el periodo del Profeta y la conquista de Egipto, que parecía importarle más. De hecho, fue la obra más importante y póstuma de Erpenius, puesto que su deceso la dejó inacabada, publicándose en 1625. Sin embargo, Gibbon aseguraba que Erpenius había traducido de manera acelerada un manuscrito lleno de errores, e incluso su traducción es deficiente en estilo y sentido.

El texto de al-Makin fue de una importancia capital para la historiografía árabe, pues aunque cristiano, escribía para una clientela árabe, y se basó úni-

708. Al-Makin, "*al-Magnun 'al-mubarak*".

709. Toomer, "*Eastern Wisdom*", pgs. 44-45.

camente en fuentes árabes, sin los prejuicios de crónicas anteriores. ¿Por qué razón eligió Erpenius aquel texto para su magna obra, y no otro de los grandes historiadores anteriores? ¿Sería, tal vez, porque las fichas “Monje copto, Siria, s. XIII, cronista en árabe” encajaban con lo que le hubiera contado el misterioso Abudacnus, sobre un manuscrito que había que encontrar con esas características?

En todo caso, aquella crónica del s. XIII, escrita por un monje copto en Siria, no contenía la menor alusión a la falsa leyenda sobre los árabes y Alejandría. Por ello, no es de extrañar que el más brillante alumno de Erpenius, J. Golius, fuera el primero en lanzarse a buscar otros manuscritos árabes por Medio Oriente, en Alepo expresamente y en Estambul. ¿Buscaba más manuscritos árabes con aquellas características?

Mientras tanto Abudacnus⁷¹⁰, una vez en Inglaterra, en 1610, conoció a eminentes personajes e ilustres profesores. El primero de ellos, sin duda, fue Bedwell, el gran arabista inglés, residente en Londres, con quien Abudacnus trabó una profunda amistad, hasta el punto de que pasaba mucho más tiempo en Londres con Bedwell que en Oxford. Se contarían todo. Efectivamente, Bedwell desarrolló una fobia profunda por el Islam, junto a una gran curiosidad por los cristianos orientales y un interés por aprender el árabe, como instrumento para conocer la “*Biblia*”.

Pues bien, aquel niño Pococke, cuando se convirtió en un muchacho inteligente, con grandes ganas de aprender árabe, fue a parar a casa de Bedwell, quien le dio sus primeras clases. ¿Habrían de Abudacnus y sus consejas? Sin duda. Y también lo hablaría con Selden, a quien conoció en casa de Bedwell, y que se convirtió en su gran protector a lo largo de toda su vida. Selden posiblemente conocería a Abudacnus como profesor, pues también era arabista, y tal vez también lo conocería el obispo Laud, asimismo simpatizante del arabismo, dos personajes que ayudaron a Pococke siempre. Como vemos, tras las huellas de Abudacnus pisaba ya el joven Pococke.

Pero serían los *Hebraístas cristianos* holandeses, apiñados alrededor de la universidad de Leiden, donde Abudacnus había dejado tan gran semilla, los que definitivamente darían alas a los ensueños de Pococke. Fue efectivamente en 1630 cuando se encontró en Oxford con Vossius, invitado por Laud y amigo de Grotius, y vinculado al Leiden de los grandes arabistas de la estela de Abudacnus, Erpenius y Golius.

Aquel encuentro fue decisivo, ya que tras las largas conversaciones entre Vo-

710. Toomer, “*Eastern Wisdom*”, pg. 56, 96.

ssius y Pococke, este último, a quien no gustaban ni los viajes ni las aventuras, se lanzó a la etapa más viajera de su vida, decidiéndose a embarcar inmediatamente para Alepo, en 1630, con la ayuda de su amigo Selden. ¿Iba en busca de ciertos manuscritos que ni Erpenius ni Golius habían encontrado todavía? ¿Fueron los reformistas holandeses, entre los que Abudacnus dejó tan buen recuerdo, los que lanzaron al joven y entusiasta Pococke a aquella aventura, constituyéndose en el instrumento mismo de toda una conspiración académica?

En todo caso, Pococke cumplió sus objetivos, y encontró en Alepo los ansiados manuscritos. Eran los de Abulfaragius. “Monje copto, Siria, s. XIII, cronista en árabe”. Todo encajaba esta vez. Porque en su texto destacaba, como un falso diamante, la ignominiosa leyenda sobre los árabes y la *Gran Biblioteca de Alejandría*. Tan contento estaba, que le informó inmediatamente a Vossius de su hallazgo, en aquella “carta” de 1636, comunicándole su intención de publicarlos enseguida.

¿Por qué Pococke le citó a Vossius precisamente aquellos textos de Abulfaragius, a los que parecía dar tanta importancia, y no otros de los cientos de manuscritos que se trajo a casa? ¿Sería porque eran los que Vossius le había pedido que encontrara? ¿Y por qué Pococke empleó un velado lenguaje cuando se refirió a aquellos textos, no citando a Abulfaragius por su nombre, como si fuera un secreto casi iniciático?

Ya con su tesoro Pococke se instaló en Inglaterra en 1636. Y, para asegurarse su sustento de por vida, el arzobispo anglicano Laud, quien le tenía una inusitada simpatía, y que seguramente estaba al tanto de la trama, le asignó la recién creada cátedra de Árabe en Oxford. Tan importante puesto le daría a Pococke una perspectiva ideal, una vida tranquila para poder traducir cuanto antes a Abulfaragius. Pero curiosamente fue el propio Laud quien no le dejó a Pococke cumplir sus proyectos. Puesto que en 1637 Laud le envió directamente a Estambul, dejando abruptamente la cátedra recién estrenada, para recolectar más manuscritos árabes. ¿Buscaría los escritos de Al-Qifti, tan directamente conectados con los de Abulfaragius, y que Pococke no había localizado en Alepo? ¿Sabían siquiera de su existencia? En todo caso, hacia Estambul, ayudado de nuevo por Selden, se fueron Pococke y su ayudante J. Greaves, amigo de Golius, todos otra vez en la estela de Abudacnus.

Fue en Estambul, entre 1637 y 1640, donde Pococke hizo realidad sus sueños, ya que, por fin, pudo conocer personalmente al enigmático Abudacnus, del que conservaría vagos recuerdos de su infancia. Allí, en Estambul, vivía Abudacnus desde 1633, empleado en la embajada austriaca, mientras Pococke se alojaba en la embajada inglesa. En la primera recepción social se cono-

cerían. Y sin duda trabarían una cálida amistad. Allí tenía, delante, aquella sombra misteriosa a la que había seguido desde niño. Pococke se mostraría entusiasmado. Hablarían de Egipto, de Alejandría, de manuscritos, de Abulfaragius y 'Abd al Latif, cuyos libros había conseguido encontrar en Alepo. También de los amigos comunes, como Bedwell, Golius, Erpenius, Laud o Selden, la estela de Abudacnus en la Europa reformista protestante. Y de los inminentes proyectos, conocidos de muy pocos.

Tan amigos se hicieron, que posiblemente fuera Pococke el que se llevara consigo el libro⁷¹¹ que Abudacnus había escrito, "*Historia de los Jacobitas o Coptos*"⁷¹², una obra tan documentada sobre los rituales coptos que la hace única en su tiempo, y que despierta las sospechas de que aquel misterioso Abudacnus fuera, efectivamente, miembro del clero copto antes de iniciar su aventura europea en 1595. Era una obra escrita para occidentales, por lo que no menciona ni el Concilio de Calcedonia ni el nacimiento del *Monofisismo*.

También pudieron llevarse Golius o Greaves, que coincidieron con Abudacnus en Estambul. Pero sólo Pococke tenía aquella fascinación en su interior por el monje egipcio. El hecho es que el libro apareció misteriosamente en Oxford, donde fue publicado en 1675, por T. Marshall, con gran éxito, hasta el punto de reeditarse en el s. XVIII. Un éxito póstumo, ya que desde 1643 se perdió totalmente el rastro del misterioso monje Abudacnus en Estambul, desapareciendo enigmático, tal como llegó desde tierras de Oriente.

La conspiración se completa

Al volver Pococke de Estambul en 1640, después de sus encuentros con Abudacnus, se paró en París para entrevistarse con el reformista holandés Grotius, gran amigo de Vossius. En 1641 se volvió a instalar en Inglaterra, visitó a Laud encarcelado, retomó su cátedra de árabe y se casó. Aquello tenía visos de definitivo. Pero sus proyectos volvieron a demorarse por los graves problemas políticos de la época. Sólo con la ayuda de amigos como Selden y Owen pudo pasar aquellas crisis. En 1648, tras la obtención, gracias a Selden, de la cátedra de Hebreo en Oxford, se lanzó a su etapa más fructífera como arabista y orientalista.

Y lo primero que hizo, después de recolectar en Oriente cerca de 240 ma-

711. Hamilton, "Abudacnus", pgs. 134-136.

712. Abudacnus, "*Historia Jacobitarum seu Coptorum*".

nuscritos árabes, fue traducir y publicar, en 1649, el “*Espécimen*”⁷¹³, de Abulfaragius, la separata que aquél había publicado insertando la falsa leyenda sobre los árabes, llamándolo la “*Historia Árabe de Bar-Hebraeus*”⁷¹⁴, y dedicán-doselo a Selden, en lujosa edición bilingüe. El segundo manuscrito árabe del s. XIII publicado en el s. XVII, una obsesión en la estela de Abudacnus. ¿Por qué aquella curiosa elección? ¿Por qué tanta prisa? Hubiera sido más lógico que se decidiera a publicar primero la obra principal de Abulfaragius, la “*Crónica*”⁷¹⁵ si tanto interés tenía en aquel escritor. Pero no, de aquellos cientos de manuscritos árabes eligió un breve texto, aparentemente sin demasiada importancia y de contenido dudoso.

Se dio una prisa inusitada en publicar aquel texto con la falsa leyenda, sin la mínima crítica, a pesar de que ya Erpenius acababa de publicar la “*Crónica*” de Al-Makin, que no la mencionaba. Para más inri, Pococke se lanzó asimismo a intentar publicar la “*Relación*” de ‘Abd al Latif, que remachaba con contundencia la falsa leyenda. Su intención estaba clara, aunque adversas circunstancias y un berrinche le impidieron acabar con aquella publicación de ‘Abd al Latif, que completaría su hijo diligente.

La “*Historia Árabe de Bar-Hebraeus*”, de 1649, fue todo un éxito, la fuente de donde se nutrieron los arabistas europeos los siguientes cincuenta años. ¡Misión cumplida! El proyecto ya había sido realizado, y la falsa leyenda sobre los árabes y la *Gran Biblioteca de Alejandría* navegaba de nuevo. La conspiración académica se había tornado de nuevo en arma arrojadiza de propaganda política. A partir de entonces, ya su espíritu tranquilo y sus sueños infantiles realizados, se pudo dedicar a su auténtica pasión, el estudio del hebreo y los textos bíblicos. Pero una vez más las cosas se descontrolaron repentinamente. Y, por pura paradoja, de su propia mano.

Puesto que lo peor estaba por venir. En 1652, su protector y patrón, Selden, de buenas rentas pero mediocre arabista, se empeñó en traducir “*El Collar de las Perlas Preciosas*”, de aquel patriarca cristiano melquita de Constantinopla, cairota del s. X, Eutyquios, persiguiendo sus propios designios políticos y religiosos. Consiguió publicar un breve extracto, pidiéndole a Pococke que lo continuara. Este se mostró bien relucante, pero no podía negarse. Así que fue él quien publicó, en 1658, la traducción del texto completo de Eutyquios, quien relataba toda la toma de Alejandría por los árabes, incluida la auténtica carta de ‘Amru a Omar, sin hacer mención alguna de la falsa leyenda sobre los

713. Abulfaragius, “*Espécimen de la historia de los árabes*”. “*Specimen Historiae Arabum*”.

714. Pococke, “*Historiaa Arabum a Bar-Hebraeo*”.

715. Abulfaragius, “*Crónica, Crónica Siríaca, Crónica Eclesiástica*”.

árabes. Justo después de esta publicación, un enemigo de Selden, el maronita Echellensis, tradujo y publicó "*Crónica oriental*"⁷¹⁶, la crónica de Petri Rahebi, asimismo del s. XIII, que tampoco contenía la leyenda.

Las cosas se ponían feas para Pococke. Las dudas podían dar al traste con el proyecto. Se puso inmediatamente en movimiento. Y sorpresivamente, en 1663, Pococke tradujo y editó toda la "*Crónica, Crónica Siriaca y Crónica Eclesiástica*" de Abulfaragius, bajo el nombre del "*Compendio de la Historia de las Dinastías de Gregorio Abulfaragius*"⁷¹⁷. Un esfuerzo colosal que se convirtió en la obra más importante de su vida, añadiéndole otra "*Historia Árabe*" de su propia cosecha. Por fin, veintisiete años después de habérselo anunciado por carta secreta a Vossius en 1636, y catorce después de la publicación del "*Espécimen*"⁷¹⁸, cumplió Pococke definitivamente su proyecto, la publicación de aquel manuscrito de Abulfaragius, idea obsesiva que le persiguió desde niño.

Al respecto, Gibbon⁷¹⁹ aseguraba que "*Desde que se han publicado* –por Pococke– *las "Dinastías" de Abulfaragius* –es decir, el "*Compendio de la Historia de las Dinastías*" de 1663– *traduciéndolas al latín, el cuento ha sido infinitamente repetido, y cada estudioso, con piadosa indignación, ha deplorado el irreparable naufragio del conocimiento, las artes y el genio de la Antigüedad*".

Es curioso que tanto Gibbon como Butler⁷²⁰, basándose en esta edición latina de Pococke de 1663, de Oxford, –aunque confundiéndola aparentemente con el "*Espécimen*" publicado en 1649–, aseguran que es en este texto del 1663, en donde aparece por primera vez la infausta y detallada leyenda contra los árabes. Ello es extraño, ya que la edición de 1663 de la gran "*Crónica*" de Abulfaragius, traducida del original siríaco, no debería mencionar la leyenda, puesto que en dicho original Abulfaragius no la citaba para nada.

Si la leyenda aparece también en la edición latina de 1663 de Pococke, tal como parecen indicar Gibbon y Butler, ello querría decir que Pococke la incorporó por su cuenta al texto original de la "*Crónica*", entresacándola de la separata posterior del propio Abulfaragius, el "*Espécimen*", confeccionando así Pococke un pastiche literario. Difícil de creer en tan famoso escritor, pero siempre posible, dado su piñón fijo en este apasionante asunto. En todo caso, la falsa leyenda navegó de nuevo, en las aguas procelosas del engaño. Todo tomaba sentido en la vida azarosa de Pococke.

716. Echellensis, "*Chronicon orientale*"

717. Pococke, "*Historia Compendiosa Dynastiarum a Gregorio Abulpharagio*".

718. Abulfaragius, "*Espécimen de la historia de los árabes*"; Pococke, "*Historia Árabe de Bar-Hebraeus*".

719. Gibbon, "*Decadencia Imp. Rom.*".

720. Butler, "*The Arabic Conquest...*", pg. XXIX.

CAE EL TELÓN

*RECHAZO DE LA
FALSA LEYENDA*

Cae el Telón Rechazo de la Falsa Leyenda

Incongruencia de esta falsificación histórica

Hasta tal punto la incongruencia de esta falsificación histórica ha calado entre los eruditos que la repitieron incansablemente desde principios del s. XIX, que podemos leer, a modo de ejemplo, al filósofo alemán G. W. F. Hegel⁷²¹, quien dijo, sin ausencia alguna de crítica, lo siguiente: “*La religión y el terror fueron los motores (de la expansión del Islam). Al principio vemos a los conquistadores (árabes) destruyendo todo lo que estuviera conectado con las artes y las ciencias. Se dice que Omar causó la destrucción de la noble biblioteca de Alejandría...*”. Como vemos, Alejandría, incluso para los espíritus más iluminados, no podía quitarse ya ese sambenito que le habían colgado en Occidente. O era la Alejandría voluptuosa de Cleopatra, o era la Alejandría canalla que quemaba los libros de la *Gran Biblioteca*.

También, en términos parecidos a lo anterior, se expresó T. R. Joliffe⁷²² en 1819, diciendo que, “*La primera biblioteca estaba en el barrio llamado Bruchion... En la época de la invasión de Cesar, la biblioteca del Bruchion fue por desgracia incendiada, y la magnífica colección que albergaba reducida enteramente a cenizas; sin embargo, la biblioteca del Serapeum escapó a este desastre... y llegó a ser más rica que la antigua colección, y continuó sin igual, en medio de las vicisitudes de la fortuna de Roma.*

En fin, en el siglo séptimo, fue incendiada deliberadamente por los Sarracenos, cuando tomaron la ciudad... Así desapareció el tesoro que encerraba la sabiduría de tantos siglos. La antorcha de la ciencia se apagó, y fue destruido el estuche que con-

721. Hegel, “*Philosophy of History*”, –“*Filosofía de la Historia Universal*”–, II, pg. 376, E. Gans, Ed., 1837.

722. Joliffe, “*Lettres sur la Palestine, la Syrie et l’Egypte*”, –“*Cartas sobre Palestina, Siria y Egipto*”–, Seg. Ed., Picart-Dubois, París, 1820; Prim. Ed., London, 1819.

tenía aquella luz... ¿Acaso los que aplauden hoy el progreso de las ciencias, hubieran querido estar sometidos a una religión que quemó la biblioteca de Alejandría?”. La repetida cantinela no merece mayores comentarios, puesto que no sólo falsea descaradamente la historia, sino que la propia acusación y la capciosa pregunta final se vuelven en contra de quien las formula con tanto ahínco.

El esperpento llegó a su paroxismo a finales del s. XX con B. Segón⁷²³, quien, en 1986, no sólo hizo gala de una supina ignorancia de la historia, si no que se refería a un nuevo vocablo inventado para redondear la falsa leyenda. Así decía en un provocador libelo que “... *Ese ejercicio perverso de prender fuego al saber escrito, pretextando cualquier motivo... pasó a la historia con el nombre de «omarismo»... ¿Cuándo nace el «omarismo»? Probablemente con el incendio de la Biblioteca de Alejandría... El «omarismo» había logrado su objetivo gracias a un grupo de sarracenos fanatizados... El fanatismo de Omar ¿Hasta cuando seguirá acechando a las obras maestras escritas y a las bibliotecas de todos los tiempos?*”.

Como vemos, otra vez se repite la capciosa pregunta. Sería bueno conocer si Segón y los que han repetido tan asombroso y ridículo vocablo en Latinoamérica, lo cambiarían por el de “*téofilorismo*” sin problemas, y acusarían con tanto ahínco a los verdaderos culpables, para así adaptarse mejor a la historia.

L. Canfora, en 1990, en su popular libro sobre la Biblioteca⁷²⁴, juega con paños calientes, y no se decide a encontrar culpables entre cristianos y romanos. Ni la Biblioteca se quemó con Cesar, aunque este supuestamente sí rapiñó los libros para Roma, ni los cristianos destruyeron manuscritos. Los dispersaron, siguiendo a Orosio. Todo el peso de su relato lo vuelca en el análisis de los escritos de Abulfaragius, y en los famosos episodios de Omar y ‘Amr, y, por supuesto, los baños, dando crédito a que fueron los árabes quienes quemaron la Biblioteca.

La guinda a esta cadena de falsas verdades y engaños ha aparecido en un lugar insólito⁷²⁵, en la *Fundación Yannick y Ben Jakober*, al norte de Mallorca, donde, bajo la bóveda de su estancia principal, dentro de la villa árabe concebida por el famoso arquitecto egipcio Hassan Fathy, sus dueños han colgado unas palabras, totalmente fuera de contexto, enmarcadas en un cartel incriminatorio: ¡Las que supuestamente escribió Omar a ‘Amru mandándole que-

723. Segón, “*¡Prendan fuego!*”, 1986, en el “*Tribuno de Salta*”, citado por Shamsuddin, en “*Mito del incendio. Alej.*”, 2002.

724. Canfora, “*The Vanished Library. A Wonder of the Ancient World*”, –“*La Biblioteca Desaparecida. Una maravilla de la Antigüedad*”, California Press, U. Berkeley, 1990.

725. J. M. Sarriegui, “*De Viaje*”, en “*El País*”, 2008.

mar los libros de Alejandría!⁷²⁶ ¡La falsa leyenda contra los árabes enmarcada como un trofeo artístico!

Rechazo de la falsa leyenda

En todo caso, es asombroso como la falsa leyenda ha acabado integrándose profundamente en el “inconsciente colectivo” de Occidente, a base de ser repetida una y mil veces. Solamente unos pocos se han atrevido a desafiar la corriente general, y negar una falsificación tan burda y absurda, una gran mentira. Tras las traducciones de los manuscritos árabes, efectuadas por los Pococke en el s. XVII, surgieron inmediatamente voces disidentes en Europa, a partir del s. XVIII.

Entre ellos, el más grande de los orientalistas franceses de su tiempo, el Padre E. Renaudot, quien ya en su “*Historia de los Patriarcas Jacobitas de Alejandría*”⁷²⁷, 1713, puso en duda la veracidad de la leyenda, asegurando que “*hay algo totalmente sospechoso en torno a ello*”. Atacando además a los grandes orientalistas del s. XVII, es decir, Erpenius, Golius y Pococke, por su ignorancia acerca de la historia de la Iglesia de Alejandría. Para su obra se basó esencialmente en el obispo Severo *Ibn al-Muqaffā*⁷²⁸, el teólogo e historiador copto de fines del s. X, aunque consultó todas las fuentes árabes posibles, entre ellos Al-Makin, Eutyquios y Al-Maqrizi. Rechazó así el contenido de las lujosas ediciones de Abulfaragius, obra de Pococke.

E. Gibbon⁷²⁹, en su “*Historia*”, de 1776-1787, aseguraba que “*No recapitularé los desastres de la biblioteca de Alejandría, la involuntaria llama que fue encendida por Cesar en su propia defensa, o el repugnante empecinamiento de los cristianos, que estudiaron como destruir los monumentos de la idolatría...*”, y aunque no hacía distinción entre las dos Bibliotecas, decía, como vimos, que fue el obispo Teófilo de Alejandría quien dejó que saquearan la célebre Biblioteca de Alejandría, en el 389, añadiendo que “*La valiosa biblioteca de Alejandría fue pillada o destruida; y cerca de veinte años después, el espectáculo de sus estantes vacíos provocaba aún la lástima e indignación de todo visitante, cuya mente no es-*

726. Omar, Pseudo, “*Carta apócrifa a 'Amru*”.

727. Renaudot, “*Historia Patriarcharum Alexandrinorum Jacobitarum*”.

728. Severo Muqaffa, “*Vida de los Patriarcas*”.

729. Gibbon, “*The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*”, –“*Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*”, III. 28, “*Destrucción del Paganismo*”, London, 1776-1787.

tuvieran completamente oscurecida por prejuicios religiosos. (Orosio VI.15). Aunque un fanático y un escritor controvertido, Orosio parece sonrojarse...

En cuanto a la leyenda sobre los árabes, denegaba “tanto los hechos como sus consecuencias”, aduciendo lo tardío de la leyenda, siendo dicha acción totalmente contraria a las enseñanzas y prácticas de los musulmanes. Así decía que “el solitario informe de un extraño que escribió al final de seiscientos años en los confines de Mesopotamia, se ve contrabalanceado por el silencio de dos testimonios de época mucho más temprana –Eutyquios y Elmacin–, los dos cristianos, los dos nativos de Egipto, de los que el más antiguo, el patriarca Eutyquios, ha descrito ampliamente la conquista de Alejandría... La frase atribuida al califa es contraria a la casuística tradicional árabe, que había ordenado expresamente la conservación de todos los textos religiosos de judíos y cristianos, y que había declarado que las obras de científicos y filósofos podrían aplicarse al creyente.”⁷³⁰.

Sin embargo, Gibbon asegura que entre los escasísimos escritores árabes que apoyan la versión de Abulfaragius está, en primer lugar, la mención de Abd al Latif, anterior a él, el manuscrito de Maqrizi, Ibn Chaledun y Hadschi Chalfa, –curiosamente no cita a Al-Qifti, que aún no se conocía en Occidente–, aunque subraya Gibbon el silencio de los escritores cristianos Eutyquios y Elmacin, y el de Abulfeda, Murtadi y una legión de autores árabes. Es curioso como muchos investigadores modernos, empeñados en negar toda responsabilidad de los cristianos, acusan a Gibbon de haberse inventado la culpabilidad de los cristianos sobre la base de un nebuloso texto de Orosio, ignorando con esta visión parcial todo lo que la investigación histórica ha descubierto y analizado desde el s. XVIII hasta nuestros días.

El barón Taylor, bajo el seudónimo de R. P. Laorty-Hadji⁷³¹, en 1856 matizaba su rechazo diciendo “... Siguiendo el testimonio de tres escritores árabes, Abd-Allatif, Aboulfaradje y Makrizi, –fijémonos que tampoco nombra a Al-Qifti– el general musulmán Amru, que mostró una gran clemencia hacia los habitantes de Alejandría, no tuvo clemencia con los monumentos literarios... Amrou le escribió a Omar... El historiador Aboulfaradje, el único que nos ha conservado su respuesta, añade, que bajo las órdenes de Omar, se quemaron los libros de Alejandría en los baños... La crítica tiene sus dudas sobre el acto de barbarie salvaje que se reprocha al califa Omar. Se ha subrayado que los musulmanes no habían podido destruir, en el siglo séptimo, la biblioteca de los Ptolomeos, puesto que ya había perecido en un incendio durante la guerra de Cesar...”

730. Gibbon, “History”, V. 51. 1, “Conquista de Egipto”.

731. Laorty-Hadji, “L’Egypte”–“Egipto”–, pgs. 22-24, Bolle-Lasalle Ed., París, 1856.

Pero no se trata de la primera biblioteca de los Lagidas, sino de la que le había sucedido, en el Serapeum... Los cristianos, bajo el reinado de Teodosio, habían, es verdad, dispersado los manuscritos del Serapeum, que era el más precioso depósito de tesoros literarios de la antigüedad después del incendio de la gran biblioteca... pero no los destruyeron todos... —en esto sigue también a Orosio— Se volvió a reunir una biblioteca con los restos de las antiguas más los manuscritos cristianos... El lugarteniente de Omar ha debido de encontrar en Alejandría estas colecciones de manuscritos; los escritores árabes atestan que los tiró al fuego...”. Según él, lo que Omar pudo haber mandado quemar, no fue la biblioteca del Serapeum, sino las bibliotecas religiosas de las Iglesias cristianas, además de lo que se hubiera salvado de las antiguas Bibliotecas reales.

Asimismo lo denegó J. J. Ampere en 1868, en su “Viaje”⁷³². El orientalista francés G. Le Bon⁷³³ también lo rechazaba claramente en 1884, asegurando que “*En cuanto al pretendido incendio de la biblioteca de Alejandría, semejante vandalismo era tan impropio de las costumbres de los árabes, que cabe preguntarse como tan disparatada leyenda ha podido hallar crédito durante tanto tiempo entre muchos escritores serios... ha sido facilísimo demostrar, por medio de citas muy claras, que mucho antes de los árabes, los cristianos habían destruido los libros paganos de Alejandría con el mismo tesón con que habían destruido las estatuas, y por consiguiente, que Amru no quemó ni halló libros para quemar...*”.

Por su parte, ya en 1894, V. Rau intuyó la auténtica verdad cuando apuntaba que “*la historia no está recogida en el original sirtaco de Abu ‘l Faraj, y posiblemente sea una interpolación posterior*”.⁷³⁴ Es curioso como Butler, intentando refutar a Rau, dio sin saberlo con la respuesta. Butler rechazaba que hubiera podido ser una interpolación posterior, aduciendo precisamente que la leyenda había sido escrita ¡por el propio Abulfaragius! Efectivamente, no cayó en que no era una interpolación posterior, sino una interpolación de Abulfaragius. Butler añadió que “*... y la sugestión de una interpolación es una mera conjetura. Aunque si fuera cierta, no habría forma de probarlo*”.

Caso aparte es el del marginado e injustamente olvidado G. Botti, gran arqueólogo y primer director del Museo Greco-Egipcio de Alejandría, quien en 1896 descubrió las pruebas de la destrucción total del Serapeum en el s.

732. Ampere, “*Voyage en Egypte et en Nubie*” —“*Viaje a Egipto y Nubia*”—, París, 1868.

733. Le Bon, “*La Civilisation des Arabes*”, —“*La Civilización de los Árabes*”—, IV, pg. 193, Firmin-Didot, París, 1884.

734. V. Rau, “*Nineteenth Century*”, “*Siglo Diecinueve*” Oct, 1894, citado en Butler “*La conquista de Egipto*”, pg. 401, nota 1, Oxford, 1902.

IV⁷³⁵. Como ya vimos, el caso del ostracismo a que ha sido sometida la memoria y los escritos de Botti no tiene parangón dentro de la saga de tabúes y silencios que han rodeado a la tragedia alejandrina. No sólo tuvo la osadía de desvelar casi intacta la página final de aquella tragedia, sino que cometió la terrible equivocación de añadir a su testimonio la afirmación de que, si no hubiera ocurrido la tragedia, tal vez seguiríamos aún reverenciando al *Serapis* alejandrino. ¡Mencionó la bicha! ¡El *Paganismo* vigente en nuestros días! ¡Toda la cultura antigua iluminando aún nuestras vidas, con su apertura de ideas, su libertad de pensamiento, su convivencia con culturas y religiones distintas, sus fabulosos estudios e inventos! Demasiado para que la hidra de tabúes y silencios no reaccionara.

Los libros de Botti fueron conocidos y apreciados en la primera década del s. XX, entre otros por A. J. Butler, que los elogiaba repetidamente. Curiosamente, Butler silenció completamente las terribles descripciones de Botti, sumándose así al castrante tabú ya imperante. A partir de ahí, no solamente los egipcios, sino todos los estudiosos occidentales, incluyendo la totalidad de los arqueólogos franceses, supuestamente neutrales y laicos, se han dedicado a ignorarle. Sin duda, la credibilidad de todos ellos ha quedado para siempre en entredicho. ¿De quién partió la consigna de no integrarlo en la discusión científica? ¿Quién ha lanzado esta auténtica “*damnatio memoriae*” contra el arqueólogo, cuyo testimonio es clave para entender historia y engaño? ¿A quien temen o a que temen los que decidieron borrar a Botti del mapa?

En todo caso, A. J. Butler⁷³⁶ demostró en 1902, que la *Gran Biblioteca* no fue destruida por los árabes, simplemente porque ya no existía en tiempos de la conquista árabe, asegurando además, con un toque de generosa caballerosidad, que “... *Abu'l Faraj es bien conocido por su «Historia Dynastiarum», editada por Pocke, que contiene la primera narración detallada del supuesto incendio de la biblioteca de Alejandría (por los árabes)... la narración... es contestada con el silencio de todos los autores (anteriores)... 'Abd al Latif... lo menciona incidentalmente...*

He tratado de escribir sin inclinarme a favor, ni de coptos ni de árabes... en relación con la creencia popular de que los árabes quemaron la biblioteca de Alejandría, me he visto obligado a concluir que este cuento ha hecho mucho daño a los árabes... espero que tanto coptos como árabes se interesen en este intento de

735. Botti, “*Fouilles a la colonne theodosienne, 1896*”, –“*Excavaciones en la columna de Teodosio, 1896*”, pgs. 78 y ss., Alexandrie, 1897.

736. Butler, “*The Arab conquest of Egypt and the last thirty years of the roman dominion*”, –“*La conquista árabe de Egipto y los últimos treinta años de dominación romana*”, Prefacio, III, XVII, XXII, pgs. 425-426, nota 1, Ed. Oxford, 1902, Republ. A&B Publ. New York, 2005.

distinguir hechos históricos frente a falsedades, para poder arrojar luz sobre uno de los capítulos más oscuros de la historia de Egipto...

Abu'l Faraj es el autor de la acusación contra los árabes... la conclusión de todo este asunto tendría que estar fuera de duda de ahora en adelante... Se debe proclamar que la historia de Abu'l Faraj es una mera fábula, totalmente desprovista de fundamento histórico. Mi único interés en todo esto ha sido poder llegar a esclarecer la verdad, no defender a los árabes. No les es necesaria ninguna defensa: en su caso, si algo se necesitara, no sería difícil encontrar algo parecido a una petición de disculpas". En todo caso, aquella sabia y valerosa declaración de Butler, pidiendo perdón a los árabes, para poder cerrar el largo capítulo, y pasar página, cayó inmediatamente en saco roto.

Repentina aparición del texto de Al-Qifti

En efecto, la situación dio, de pronto, un vuelco inesperado. Sorpresivamente la traducción del texto árabe de Ibn al-Qifti, con la supuesta versión original de la falsa leyenda contra los árabes, apareció repentinamente un año más tarde, en 1903. Precisamente el texto de un autor árabe del s. XIII, inmediatamente anterior a Abulfaragius, aunque estrictos contemporáneos. Versión de la, sin ninguna duda, habría podido copiar la suya Abulfaragius, pues era un relato largo, pormenorizado y muy parecido al suyo propio. Incluso citaba la carta apócrifa de Omar a 'Amru, mandándole quemar los libros. Ello significaba que ya no le podrían tachar a Abulfaragius de habérselo inventado todo. ¡Era la prueba definitiva!

Efectivamente, la versión de Al-Qifti⁷³⁷ se dio a conocer cuando fue publicado el "*Epítome*", de Al-Zawzani, por J. Lippert⁷³⁸, en Leipzig, en 1903. Descubrimiento tardío, en efecto. Es por ello por lo que no fueron nunca mencionados, ni Al-Qifti ni Al Zawzani, por ninguno de los historiadores europeos anteriores, ni por los clérigos viajeros a la caza de manuscritos los últimos trescientos años. Es curioso que, a pesar de la esforzada búsqueda de tantos clérigos protestantes, los textos de Al-Qifti no aparecieran. No fueron conocidos ni por los que divulgaban los escritos de Abulfaragius y la falsa leyenda, como Pococke, que ni encontró ni habló jamás del texto de Al-Qifti, ni por los que criticaban todo aquello co-

737. Al-Qifti, "*Las Escuelas de los Hombres Sabios*".

738. J. Lippert, "*Tarikh al-hokama*", Leipzig: Theodor Weicher, 1903.

mo falso. Habían tenido que pasar 644 años para que el texto de Al-Qifti aflorara y fuera dado a conocer en Europa.

Pero es que tampoco fue conocido en el mundo árabe. Desde el tiempo en que supuestamente escribiera el “*Epítome*” Al-Zawzani, en 1249, nadie en el Medioevo árabe mencionó el texto de Al-Qifti jamás, a pesar de ser un escritor muy apreciado y conocido, como eran conocidas sus obras biográficas e históricas. Ya en tiempos de Al Maqrizi, entre los s. XIV y XV, este ignora, tanto a Al-Qifti como a Al-Zawzani, citando sólo al historiador Al Latif, como único autor árabe que citó brevemente la leyenda, antes de Abulfaragius.

Es intrigante que el texto de Al-Qifti, o, mejor dicho, su “*Epítome*”, y, por tanto, no el texto original, sino una copia de segunda mano, apareciera justamente seis años después de que Botti hiciera públicos sus macabros descubrimientos, en 1896, demostrando que tras de aquel fuego y hecatombe, nada pudo quedar del devastado *Serapeum*. Además, apareció precisamente en el momento de la más intensa presencia colonial europea en Oriente Medio, donde las potencias Francia e Inglaterra se habían repartido el territorio en pedazos. Los estudios orientales estaban en pleno auge, y también el acercamiento de Roma y los protestantes a los cristianos orientales, algunos de los cuales acabarían bajo la órbita del Vaticano.

Es más intrigante aún tratar de contestar a una pregunta que quedó en el aire. ¿Cómo dejó escapar Abulfaragius su coartada? Veamos. Aparentemente Abulfaragius, en la Alepo del s. XIII, se tomó grandes molestias para intercalar las obras de dos escritores árabes contemporáneos suyos, Al Latif, con una escueta frase, y Al-Qifti, con un texto largo, para que aparecieran como los antecedentes árabes de un texto que se proponía escribir, para propagar una falsa leyenda que había ideado, difamando a los árabes. Cuidó todos los detalles, buscó a las víctimas, y consiguió sus propósitos.

Efectivamente, consiguió hacerlo a toda prisa, antes de que pasara en 1249 un escritor viajero por Alepo, de nombre Al-Zawzani, poco después del deceso de Al-Qifti, y se entretuviera haciendo un resumen de su último libro, con la interpolación de Abulfaragius incluida. Al mismo tiempo, Abulfaragius ya habría interpolado la pequeña frase en el texto de Al Latif. Pues bien, todo ello querría decir que Abulfaragius decidió precisamente encomendar a Al-Zawzani, consciente o no, la difusión rápida del texto de Al-Qifti por todo Oriente Medio, ya que viajaba por doquier. Así, además, se desvinculaba de la propagación del texto, y de que le vincularan con él.

Sagaz idea para un texto desconocido, del que habría destruido el original de Al-Qifti, y que podría circular sin problemas, enmascarado como uno de los últimos textos del viejo maestro egipcio, del que, de hecho, se conocen

textos que sus amigos publicaron con carácter póstumo⁷³⁹. La falsa leyenda cabalgaría por sí sola, de la mano del infatigable Al-Zawzani, que querría dar a conocer enseguida su “*Épitome*” de Al-Qifti. En cuanto al texto de Al Latif, más conocido, tomaría su tiempo, por lo que tendría que divulgarlo de otro modo, destruyendo, tal vez, las copias que pillara.

Porque lo que estaba claro era que el texto de Al-Qifti era esencial en su estrategia. Era la base misma sobre la que podría reivindicar, sin problemas, que un autor árabe anterior a él había dicho prácticamente lo mismo que él decía. Y que por eso, él no había inventado nada. Ni más ni menos que dos reconocidos historiadores árabes avalarían, al mismo tiempo que él, la leyenda. Pero algo le salió mal a Abulfaragius. Parece que la misión de Al-Zawzani fue un completo fracaso. Le salió rana. Porque Al-Zawzani desapareció con el texto interpolado de Al-Qifti, como si las sombras del Medievo se lo hubiesen tragado. Nadie parece haber evocado el dichoso texto, como si Al-Zawzani lo hubiera guardado bajo cuatro llaves, sin enseñárselo a nadie. ¿Lo haría Al-Zawzani al ver lo explosivo del texto? No, porque en ese caso ni siquiera lo hubiese copiado. ¿Lo perdió entonces?

Extraño proceder, que le dejó a Abulfaragius sin su baza más brillante. Dejaría pasar los años, pero el texto no afloraba, nadie lo conocía. Sin el texto de Al-Qifti, Abulfaragius se quedó sólo apoyado en la pequeña frase de Al Latif. Curiosamente, fue al final de su vida, tal vez ya en Persia, cuando Abulfaragius se decidió a escribir su propia versión, prolija, larga y detallada, de la falsa leyenda, en el “*Espécimen*”. Que, este sí, se difundió enseguida, acompañado de su antecedente inmediato, la escueta y lapidaria frase de Al Latif. Pero su defensa se había quedado bien endeble. Sin Al-Qifti, la escasa ayuda de la frase de Al Latif no fue capaz de acallar las acusaciones de falsario que se lanzaron desde entonces contra él. Todo esto es lo que le pasó exactamente a Abulfaragius en el s. XIII, a no ser...

... A no ser que nos encontremos ante una nueva “*falsificación histórica*”, esta vez de época moderna. De algún autor o grupo decimonónico, que decidiera aportar su granito de arena, y proveer una prueba más sólida, para ayudar a Abulfaragius, que la escueta frase de Al Latif. Una prueba irrefutable, esta vez. ¿Cómo? De hecho, era muy fácil. El texto ya lo tenían. Sólo tenían que copiar el de Abulfaragius. Efectivamente, interpolando parte del texto de Abulfaragius, con la falsa leyenda, en un texto de Al-Qifti reescrito por Al-

739. Al-Qifti, “*Manuscrito Árabe de París, 3335*”.

-Zawzani en el s. XIII. No sería la primera vez, en el asombroso laberinto de nuestra saga.

Con lo que, a la postre, tendríamos que Abulfaragius sólo habría interpolado el breve texto de Al Latif, tarea bastante sencilla, como apoyo a su propio texto difamatorio, que ya tenía pensado escribir. Tal vez se le ocurriría la idea ayudando al viejo Al-Qifti a compilar las biografías de los sabios griegos, copiándole la idea de los diálogos imposibles entre dos personajes históricos no contemporáneos. Pero en este nuevo escenario, no le habría dado tiempo a Abulfaragius a interpolar nada de su amigo Al-Qifti, porque Al-Zawzani llegó demasiado rápido, a poco del deceso del maestro, y ya en Alepo, se quedó con el original de Al-Qifti para hacer su resumen.

Sólo más tarde, Abulfaragius redactó la leyenda y la echó al vuelo. Todo ello demostraría, en efecto, que el texto de Abulfaragius con la falsa leyenda sería el primero y el único texto que existió en el Medievo, un texto inventado por él que la relataba con todos sus detalles, como demostraban los testimonios de los autores árabes medievales, que siempre le acusaron de ser el inventor de toda la leyenda, carta y baños incluidos, y que sólo, en el único caso de Maqrizi, se refirieron al texto de Al Latif, como posible origen de la idea, ignorando totalmente el pormenorizado relato de Al-Qifti. También lo hicieron los sucesivos historiadores modernos, hasta las puertas mismas del s. XX.

Su aparición, en 1903, en la estela de la leyenda contra los árabes debió de causar honda desazón entre los intelectuales musulmanes, a principios del s. XX. Otro sabio medieval árabe escribiendo dañinas falsedades, que parecían encajar como un guante con el texto de Abulfaragius. Ahora sumaban ya dos, y el recién llegado era, ni más ni menos, uno de los más importantes escritores egipcios del s. XIII. ¡El que faltaba!. Y anterior también a Abulfaragius, por lo tanto su auténtica fuente. ¡Por fin, después de siete siglos, Abulfaragius tenía su coartada!

¿Pero, y sí esa coartada fuese falsa? Parece que la saga se enroca, y este ensayo histórico toma visos de novela de misterio. Pistas, coartadas. En realidad se trata de un inesperado y sorpresivo desarrollo de la saga, que ha saltado a la palestra de improviso. ¿Cómo podría aparecer de repente otra “*falsificación histórica*” sobre el mismo tema, a principios del s. XX? Parece ridículo, de sólo pensarlo. ¿De la mano de quién? ¿A quien podía importarle conocer por fin la verdad? ¿A quién beneficiaría? Corroborada como falsificación moderna, sería una revelación asombrosa. Un último eslabón en esta interminable cadena de despropósitos. Pero la presunción no llega esta vez de un análisis de los textos, sino que parece desgajarse por sí sola de la lógica y dinámica del propio relato. De él se desprende algo evidente, que el texto de Al-Qifti no aparece en el

relato hasta el tardío s. XX. Aunque extraño, no podemos ir más lejos de la secuencia literaria. Pero es ineludible mencionarlo, para comprender sus resultados.

Porque, a partir de tan sorprendente aparición, los estudiosos occidentales comenzaron a nombrar a Al-Qifti, que entraba así en el s. XX, con su extraño y explosivo relato. Y, aunque el texto recién descubierto de Al-Qifti fue muy pronto denunciado como un pastiche literario, el insólito resultado de aquel tardío descubrimiento sería que, cien años más tarde, acabarían acusándonos a Al Latif y Al-Qifti de ser los autores de la patraña. ¡De hecho, en el s. XXI, Al-Qifti aparecerá ya como el único culpable! Abulfaragius, en segundo plano, vuelve a ganar la partida, evaporándose en las sombras. Con o sin falsificación moderna, otra curiosa vuelta de tuerca en la saga de la leyenda.

Firme negación de la leyenda

En todo caso, y asimismo repentinamente, al año siguiente, en 1904, se tradujo por primera vez la obra de Severo *al Muqaffa*, "*Historia de los Patriarcas*"⁷⁴⁰, el obispo copto del s. X, o sea, anterior a Al-Qifti, que en su detallado relato sobre la conquista árabe de Alejandría, conocido en el Medievo, no mencionó absolutamente nada sobre el incendio de la *Gran Biblioteca* por los árabes. Un golpe mortal a la credibilidad del supuesto texto recién descubierto de Al-Qifti, quien tres siglos más tarde parecía afirmar lo contrario, y con todo lujo de detalles. Ni ello arredró a la hidra de mil cabezas. Siguieron adelante, y a pesar del testimonio de Severo, acabará Al-Qifti siendo el culpable.

Asimismo negaron la leyenda el orientalista belga V. Chauvin⁷⁴¹, en 1911 y J. M. Robertson en 1914. En 1923, R. G. Canivet & M. Fort⁷⁴², citan a C. Blanc⁷⁴³, quien declara "*Como confesé mi tristeza por no encontrar ya en Alejandría lo que sería la mayor felicidad de un escritor, la Biblioteca: «Maldecid al ceñudo Omar, me dijeron, que dicen que la quemó...» Desencantaros, les respondí yo, la Biblioteca fue en parte pasto de las llamas, en primer lugar por la falta involuntaria de Cesar... luego bajo Marco Aurelio... y al final fue destruida bajo el reino de Teodosio, cuando unos fanáticos, autorizados por un edicto de*

740. Severo *Muqaffa*, "*History of the Patriarchs of the Coptic Church of Alexandria*", 1904.

741. Chauvin, "*Le Livre dans le monde arabe*", -"*El Libro en el mundo árabe*"-, 1911.

742. Canivet, "*L'Égypte*", -"*Egipto*"-, pg. 193, Rieder Ed., París, 1923.

743. Blanc, "*Voyage de la Haute-Egypte*", -"*Viaje al Alto Egipto*"-, Laurens Ed., París, 1923.

aquel emperador para arruinar los monumentos del paganismo, asaltaron violentamente el Serapeum, guiados por el patriarca Teófilo. En época de Omar, ya no quedaba nada, o bien poca cosa de la famosa Biblioteca de los Ptolomeos.

Y digo más: después de todo, no me contraría el saber que el califa Omar es inocente de tal acto de barbarie, puesto que confieso que siempre he experimentado cierta ternura por un jefe tan terrible, únicamente porque dijo, el día de su elección, estas admirables palabras, que puso en práctica enseguida: «No habrá a mis ojos un hombre más poderoso que el más débil de entre vosotros, si ama la justicia, y siempre me parecerá el hombre más débil el más poderoso, si este es injusto».

En ese mismo año de 1923, J. B. Bury⁷⁴⁴ asegura que «Hay que señalar que el emperador Teodosio no deseaba destruir aquellos templos, sino sólo secularizarlos... y los casos de la bárbara demolición de espléndidos santuarios que ocurrieron en aquellos años se debieron al fanático celo de monjes y eclesiásticos. Su fanatismo fue responsable de la inútil destrucción de templos paganos. Fueron monjes los que destruyeron el Serapeum de Alejandría, que según Eunapio «daba a la ciudad la apariencia de un mundo sagrado». Fue demolido bajo las órdenes del arzobispo Teófilo (389), según Sozomen y Socrates... Lo peor que ocurrió fue la destrucción de la biblioteca del Serapeum, según Orosio...»⁷⁴⁵.

Fue al final de su vida cuando, en 1923, P. Casanova pronunció una conferencia ante la Academia Francesa, cuyo texto se publicó aquel mismo año⁷⁴⁶, un texto en que rechazaba la leyenda, pero en el que hacía ciertas aseveraciones que, de la mano de B. Lewis, que las citará como antecedente, se convertirían en el origen de la acusación, salida de la nada en el s. XX, de que tanto Al Latif como Al-Qifti serían los auténticos manipuladores de la historia de los árabes, habiendo inventado la leyenda.

También en 1923, el escritor árabe, Samir Khalil Samir⁷⁴⁷, haciéndose eco del inopinado descubrimiento, publicó un texto donde parece no dudar de la autenticidad de los supuestos escritos de Al-Qifti, haciendo de este autor árabe el origen directo del texto de Abulfaragius con la falsa leyenda. Con ello acepta a Al-Qifti como el segundo y más importante autor árabe de la leyenda contra los musulmanes. Como Gibbon y Butler respecto a las traducciones de Pococke, habla de la «Crónica», y no del «Epítome».

744. Bury, «History of the Later Roman Empire», –«Historia del Imperio Romano Tardío»–, 1923.

745. Eunapio de Antioquía, 77,78; Sozomen, VII. 15; Socrates, V. 16-17; Orosio, VI. 15.

746. Casanova (1861-1926, act. 1923-25), «L'incendie de la bibliothèque d'Alexandrie par les Arabes», –«El incendio de la Biblioteca de Alejandría por los árabes»–, Revue des Bibliothèques, t. 33. París. 1923.

747. Samir Khalil Samir, «L'utilisation d'al-Qifti par la Chronique arabe d'Ibn al'Ibri», –«La utilización del texto de Al-Qifti en la Crónica árabe de Ibn Al-Ibri»– 1923.

Casi inmediatamente, el profesor G. Furlani⁷⁴⁸, en 1925, negó categóricamente la veracidad de la leyenda descrita por Al-Qifti, como veremos más adelante. Furlani se convirtió así en el primero en citar largamente el recién descubierto texto de Al-Qifti, sólo que para demolerlo, refutando completamente su extraña versión, tan parecida a la de Abulfaragius, calificándola de “*simple invención de la fantasía del autor*”. Así, aquel explosivo texto recién encontrado después de siete siglos dejaba, aparentemente, de ser un referente, convirtiéndose en papel mojado. Efectivamente, a partir de entonces, los investigadores modernos ignoraron el supuesto texto de Al-Qifti.

G. Wiet⁷⁴⁹, en 1932, lo silenció totalmente, hablando sólo del supuesto añadido de Al Latif, diciendo que “... *precisamente, para este episodio de la conquista de Egipto, contamos con numerosos relatos... Y bien, en ninguno de ellos se hace la menor alusión a este incendio, y sería frívolo creer en su historicidad basados solamente en el testimonio de ‘Abd al Latif, seiscientos años más tarde*”. Asimismo, P. K. Hitti⁷⁵⁰, en 1937, dice que “*En tiempos de la conquista árabe, no existía ninguna biblioteca de importancia en Alejandría, y ningún escritor de la época acusó de su destrucción a Amr u Omar...*”.

Por su parte, el historiador B. Lewis⁷⁵¹, en 1950, también niega la leyenda, asegurando que “*La investigación moderna ha concluido que la leyenda es completamente infundada. Ninguna de las primeras crónicas, ni siquiera las cristianas, hacen referencia alguna a este cuento, que sólo aparecerá por primera vez en el siglo XIII, y, en cualquier caso, la biblioteca del Serapeum ya había sido destruida antes de la llegada de los árabes...*”. Tampoco habla de Al-Qifti.

El filósofo B. Russell⁷⁵², en 1954, decía, muy sibilino, que “*Todo cristiano ha repetido la leyenda del califa responsable de la destrucción de la Biblioteca de Alejandría. En realidad, la biblioteca fue destruida varias veces. Su primer destructor fue Julio Cesar, y el último fue anterior al Profeta...*”.

En 1967, el egipcio A. S. Atiya⁷⁵³ afirmaba que “... *el perturbador episodio del incendio de la gran biblioteca por Amr... pertenece a la esfera de la leyenda...*”.

748. Furlani, “*Giovanni il Filopono e l’incendio della Biblioteca de Alessandria*”, –“*Juan Filopono y el incendio de la Biblioteca de Alejandría*”–, 21, pgs. 59-68, Soc. Archaeol., Alejandría, 1925.

749. Wiet y otr., “*L’Egypte Musulmane de la Conquête Arabe á la Conquête Ottomane*”, –“*Egipto Musulmán, de la Conquista Árabe a la Conquista Otomana*”–, pgs. 109-153, Cairo, 1932.

750. Hitti, “*History of the Arabs*”, –“*Historia de los árabes*”–, Part II, Prim. Ed., 1937.

751. Lewis, “*The Arabs in History*”, 1950, “*Los Árabes en la Historia*”, pg. 69, 1956.

752. Russell, “*Human Society in Ethics and Politics*”, –“*Ética y Política en las Sociedades Humanas*”–, Unwin Hyman Ed., 1954.

753. Atiya, “*A History of Eastern Christianity*”, –“*Una Historia del Cristianismo Oriental*”–, pgs. 181-182, U. Notre Dame Press, London, 1967.

Aparece por vez primera en las obras del viajero persa Abd al Latif (m. 1231 d. C.) –White, 1800– y del prelado sirio jacobita Bar Hebraeus (m. 1286 d. C.) –Pococke, 1663–, es decir, seis siglos después de la invasión... Ninguno de los cronistas contemporáneos hicieron referencia alguna a esta historia... En el siglo cuarto d. C., a los cristianos triunfantes se les conoce por haber cometido muchos actos de sistemáticos incendios provocados para hacer desaparecer los vestigios de las instituciones paganas... debería repudiarse como una invención a-histórica y sin ningún fundamento...”. Es de señalar que Atiya, como Wiet, solamente menciona dos antecedentes de la leyenda, a saber, Al Latif y Bar Hebraeus-Abulfaragius, (Pococke, 1663) pero ignora completamente la supuesta existencia de Al-Qifti.

El historiador indio D. P. Singhal⁷⁵⁴, en 1969, estima que la leyenda es insostenible, siguiendo a Gibbon y afirmando que “*La primera aparición de la leyenda llega de la mano de un desconocido, Abul Faraj, que la escribió 500 años más tarde... Rara vez en la historia encontramos un ejemplo similar en que se haya transcrito una falsedad con tal perseverancia, convicción e indignación, a pesar de las pruebas en sentido contrario*”. Asimismo el investigador alejandrino P. Georgiades⁷⁵⁵, en 1982, rechaza la leyenda, aduciendo que la singular afirmación de Abulfaragius es un “*hapax legomenon*”, apareciendo una sola vez en todo el Medioevo. Los dos vuelven a ignorar a Al-Qifti.

Por su parte, G. Rachet, en 1985, se expresa así, “*Todo el saber de la Antigüedad se encontraba concentrado en Alejandría y su Biblioteca... No podemos olvidar que fueron físicos y sabios en mecánica de Alejandría... los primeros que inventaron máquinas y estatuas que se movían, impulsadas por la presión del agua y el vapor. Hace falta haberse dejado seducir por los poetas alejandrinos y haber comprendido la enormidad del aporte de Alejandría a la crítica literaria, la ciencia, la técnica, al pensamiento, con su escuela llamada neoplatónica, famosa singularmente por el ilustre Plotino, al arte en general y a la artesanía...*

...Para juzgar hasta que punto fue una catástrofe el triunfo del cristianismo que, con una rabia delirante, hizo tabla rasa de un tal aporte, impuso visiones retrógradas de la creación (la Tierra plana y central alrededor de la cual giran los astros, contra la visión de una Tierra circular que con los planetas giran alrededor del Sol), y destruyó y quemó los templos, especialmente el Serapeum, repleto de libros y de lo que quedaba de la antigua Biblioteca, lanzando, a la postre, sobre la brillante luz del Egipto griego el velo sombrío del fanatismo...

754. Singhal, “*India and World Civilization*”, –“*La India y la Civilización Mundial*”–, I, Michigan State U. Press, 1969.

755. Georgiades, “*L’etrange destin de la biblioteque d’Alexandrie*” –“*El extraño destino de la Biblioteca de Alejandría*”–, Ste. Archaeologique. Alexandrie, 1982.

*Y, antes de marcharnos de la Alejandría antigua, no podemos dejar de evocar a la noble y pura figura de Hypatia, aquella mujer famosa por su belleza, su genio y su saber... Quien, defendiendo los últimos fuegos de la cultura y el pensamiento antiguos contra el cristianismo triunfante...*⁷⁵⁶

Aparición de la "Versión árabe de la leyenda"

Por su parte, el ya mencionado B. Lewis⁷⁵⁷, en su escrito de 1990, se asombra de que todavía existan autores, como L. Canfora, "*dispuestos a dar crédito al relato de cómo la gran biblioteca de Alejandría fue destruida por los árabes, tras su conquista de la ciudad en 641, por orden del Califa 'Umar... Esta historia fue conocida por primera vez por los eruditos occidentales en 1663, cuando Edward Pococke, el Profesor Laudiano de Árabe en Oxford, publicó una edición del texto árabe, con su traducción latina, de parte de la «Historia de las Dinastías» del autor sirio-cristiano Barhebraeus, conocido también como Ibn al-'Ibri...*

Con mucho, el argumento más importante en contra de esta historia es la endeble y tardía evidencia en la que se apoya. Barhebraeus, la fuente principal utilizada por los historiadores occidentales, vivió entre 1226 y 1289. Sólo tuvo dos predecesores árabes... y ambos le precedieron por no más de unas pocas décadas...".

Como vemos, rescata el texto de Al-Qifti, dándolo sin más por válido, haciendo caso omiso de las críticas de Furlani y el silencio de los demás investigadores hasta su misma época, como Wiet y Atiya, incluso su propio silencio de 1950. Mencionando esta vez, no uno, sino dos predecesores árabes. Y, aparte de mencionar, como Gibbon y Butler, 1663 como la fecha en que Pococke publicara a Barhebraeus, difundiendo la leyenda contra los árabes, cree que Al Latif y Al-Qifti eran los auténticos autores de la leyenda, como arma de apoyo político a Saladino en las querellas inter-árabes. Por lo que Lewis, aún negando la veracidad de la leyenda, a la que califica de "*mito*", afirma que la explicación de su aparición como un supuesto instrumento de propaganda cristiana anti-islámica es tan absurda como el mito mismo, ya que las fuentes originales del mito son autores árabes, aparte del texto de Barhebraeus, que copió de aquellos.

Añadiendo Lewis, eso sí, que si no la creación, sí la demolición del mito, ha

756. Rachet, "*Egypte*", -"*Egipto*", pgs. 100-101, París, 1985.

757. Lewis, "*The Vanished Library*", -"*La Biblioteca Desaparecida*"-, 1990.

sido debida al esfuerzo de investigadores europeos, que desde el s. XVIII hasta nuestros días, “han rechazado la historia como falsa y absurda, exonerando así al califa ‘Umar y los primeros árabes de semejante libelo...”, concluyendo con que “Es sin duda tiempo de que tanto el Califa ‘Umar como ‘Amr ibn al-’As sean definitivamente exonerados de dicha acusación...”.

Pero a pesar de esta rotunda afirmación, que exonera a Omar y ‘Amru de ser los autores del incendio alejandrino, no por ello deja a los árabes tranquilos. Efectivamente, con Lewis aparece el último coletazo de la falsificación de Abulfaragius, a saber, la invención de la “Versión árabe de la leyenda”, creada al final mismo del s. XX, setecientos años después de que aparecieran fugazmente sus supuestos autores árabes.

Retomando la idea de Gibbon, de que efectivamente Abd al Latif habría escrito por primera vez sobre la leyenda, de donde la habría tomado Abulfaragius más tarde, Lewis acabó de rematar la idea. Inventando de pies a cabeza la “Versión árabe de la leyenda”. Dando por sentado que tanto Abd al Latif como el recién descubierto Al Qifti escribieron la falsa leyenda antes que Abulfaragius. Así Lewis, olvidando un silencio de setecientos años en todas las fuentes conocidas, y desechando cualquier explicación diferente, aduciendo como única fuente a P. Casanova⁷⁵⁸, se pregunta, aparentemente por primera vez, por los motivos que tuvieron los árabes para expandir dicha falsa leyenda.

Diciendo, como cosa asumida y sin mayor discusión, “¿Pero si el mito fue creado y extendido por los musulmanes, y no por sus enemigos, cual habría sido su posible motivo? La respuesta está ciertamente expresada en un comentario de Paul Casanova. Puesto que la más temprana versión de la historia es una alusión a principios del s. XIII, ha de haber sido popularmente conocida a finales del s. XII —es decir, en tiempos del gran héroe musulmán Saladino, famoso no sólo por sus victorias sobre los cruzados, sino también— y en un contexto musulmán aún más importante —por haber extinguido el califato herético de los Fatimidas en El Cairo, que, con sus doctrinas ismailitas, había hecho peligrar durante siglos la unidad del Islam. ‘Abd al Latif era un admirador de Saladino, a quien fue a visitar en Jerusalén. El padre de Ibn al-Qifti era un seguidor de Saladino, que le nombró *cadi* en su urbe recién conquistada.

Una de las primeras tareas de Saladino, tras la restauración del Sunismo en El Cairo fue la de desbaratar las colecciones y tesoros Fatimidas y venderlos en públicas subastas. Esto incluía una importante y considerable biblioteca, presumiblemente llena de libros heréticos ismailitas. La dispersión de una biblioteca, incluso conte-

758. Casanova, “L’incendie de la bibliothèque d’Alexandrie par les Arabes”, 1923.

*niendo libros heréticos, ha podido provocar movimientos de rechazo en una sociedad civilizada y literata. Pero el mito proveía una justificación obvia. De acuerdo con esta interpretación, el mensaje del mito no sería que el Califa Umar fuera un bárbaro porque destruyó una biblioteca, sino que la destrucción de una biblioteca podría justificarse, puesto que el venerado Califa Umar lo había aprobado. Por ello, otra vez más, como en tantas ocasiones, los héroes tempranos del Islam fueron evocados por escritores musulmanes posteriores para sancionar a título póstumo acciones y políticas de las que nunca escucharon y que probablemente habrían condenado*⁷⁵⁹.

Con estas asombrosas afirmaciones, desprovistas de toda prueba e inventadas para la ocasión, Lewis difundió el último coletazo de la falsa leyenda, aquel que posiblemente ya previera Abulfaragius. Lewis, buscando una justificación a la existencia de los dos únicos escritos medievales árabes que hablaban de la leyenda, dio una aventurada respuesta, la *“invención árabe de la leyenda”*. No fueron los árabes quienes incendiaron la Biblioteca, pero seiscientos años más tarde de la conquista de Alejandría, dos escritores respetables y sunitas decidieron inventar aquel horrible “precedente”, que afectaba como una bomba a todo el pueblo y la cultura árabe, sólo porque trataban de contrarrestar con ello las críticas de algunos chiítas al gran Saladino, el más memorable y respetado de sus soberanos. Tan endeble explicación se cae de su peso.

Así pues, Lewis parece creer que fueron Al Latif y Al-Qifti quienes inventaron la leyenda, para justificar las acciones de Saladino, quien, escaso de dinero para pagar a sus soldados, se vio obligado a vender lo que quedaba de la gran Biblioteca de los *Fatimidas* en el Cairo, la *Dar Al-Hikma*, que ya habían comenzado a vender los propios califas fatimíes, hasta dejarla reducida a una décima parte de los dos millones de libros que contuvo, cuando llegó Saladino. Por ello este ni destruyó ni quemó un solo libro ni hizo otra cosa que seguir las huellas de sus antecesores. No parece que nadie tuviera que reprochárselo y, a buen seguro, aquellas joyas bibliográficas acabaron en las grandes bibliotecas de los potentados árabes, que siguieron guardándolas y estudiándolas en Bagdad, Damasco o Alepo.

Sin duda, Lewis, sin aportar ninguna fuente fehaciente, ha hecho un flaco favor a los árabes, ya que dicha teoría no tiene fundamento histórico, y pretende que los propios árabes se inventaron dicha leyenda voluntariamente, a todas luces tan falsa y dañina como el hecho mismo de la hipotética quema de la Biblioteca. En la borrosa memoria colectiva de Occidente, siguen apareciendo los árabes en la tragedia. Su conexión sigue presente, y con ello la

759. Lewis, *“The Vanished Library”*, 1990.

maldición de sus secuelas. Insistiendo en la autoría de los dos escritores árabes, dió peso a una nueva leyenda sobre los árabes, no muy halagüeña, escondiendo tras ella todo rastro de Abulfaragius, el ingenuo copista.

Por su parte, M. El-Abbadi, historiador egipcio e impulsor y ex director de la nueva *Bibliotheca Alexandrina*, publicó en 1992⁷⁶⁰ un famoso libro, donde negaba que la *Gran Biblioteca* hubiera sido quemada por Cesar, y pasaba de puntillas por el espinoso tema de que sucedió con la *Biblioteca Hija*, aunque también negaba verosimilitud a la leyenda que atribuía su destrucción a los árabes. Sin embargo, siguiendo a Gibbon y, sobre todo, a Lewis, El-Abbadi no dudaba en que fueran 'Abd al Latif e Ibn al-Qifti los que inventaron la falsa leyenda con sus escritos, que atribuye a motivaciones partidistas, en defensa de Saladino.

Una perseverante falsedad

En 1996 el escritor alejandrino G. Messadié⁷⁶¹ vuelve a afirmar la verdad, diciendo que “*El saqueo de su célebre biblioteca, la del Serapeum, a manos de los monjes cristianos, siguiendo ordenes del emperador bizantino (y no por los árabes, dos siglos más tarde, según la leyenda) marcó su declive*”.

También nos habla de la destrucción de la *Gran Biblioteca* el insigne arqueólogo francés J-Y. Empereur⁷⁶², en 2001. Aunque mezcla increíblemente de nuevo las dos Bibliotecas, ignorando totalmente la segunda Biblioteca y evitando así hablar de los cristianos, identifica, al menos, al falsario, diciendo “*La fecha de la destrucción de la Biblioteca ha estado desde siempre sujeta a debate. Cesar (100-44 a. C.) ha sido el sospechoso... Otro sospechoso es el general musulmán Amr ibn al-As, cuando conquistó Alejandría en el 642; pero los relatos acerca de él han sido contados por un autor cristiano y no son creíbles*”.

Por su parte C. Freeman⁷⁶³, en 2002, dice que “*Teófilo, el poderoso patriarca de Alejandría, fue el responsable de dejar a los cristianos destruir el enorme templo de Serapis en Alejandría y el pillaje de su gran biblioteca*”.

760. El-Abbadi, “*Life and fate of the Ancient Library of Alexandria*”, –“*La Antigua Biblioteca de Alejandría. Vida y destino*”, UNESCO, UNPD, París, 1992.

761. Messadié, “*La Fortune d’Alexandrie*”, –“*La Fortuna de Alejandría*”, pg. 424, Lattés Ed., France, 1996.

762. Empereur, “*Alexandrie, le joyau d’Egypte*”, –“*Alejandría, la joya de Egipto*”, 2001.

763. Freeman, “*The Closing of the Western Mind. The Rise of Faith and the Fall of Reason*”, –“*El Cerrojazo al Pensamiento Occidental. El Ascenso de la Fe y la Caída de la Razón*”, pg. 149, Random House, 2002; Vintage, USA, 2005.

Asimismo Ahmad Shafaat⁷⁶⁴, en 2002, asegura que “Otro ejemplo de la ceguera de la ortodoxia religiosa está en la tradición contra ‘Umar’ sobre su afición a quemar Bibliotecas en los países conquistados, como Persia. La primera versión de semejante leyenda sería la alejandrina. Pero, dice, “Existen evidencias de que la destrucción de la Biblioteca de Alejandría se consumó por los cristianos antes de la llegada del Islam, y que en el tiempo de ‘Umar ; no existía ninguna biblioteca para quemar en la ciudad egipcia!...”

El carácter fantástico de la leyenda es tan obvio que cualquier autor con un nivel académico adecuado, habiendo examinado la leyenda desde un punto de vista histórico, la ha rechazado, como lo han hecho Gibbon, Butler, Victor Chauvin, Paul Casanova, Eugenio Griffini, Carlyle, Hector, Renan, Sedillot, Devanport, Gustav Lebon, Will Durant, Bernard Lewis, Shibli Unmani, y el erudito iraní Murtada Mutabbari...”

También el historiador argentino R. Shamsuddín Elía⁷⁶⁵ rechazó la leyenda en 2002, diciendo “Abulfaragius... es autor de una voluminosa obra de la historia de Siria, conocida en Occidente como «Historia de las Naciones», traducida por Edward Pococke, Oxford, 1665, 2ª. Ed. 1806. Su obra, incongruente y contradictoria, no es para nada fiable. Los historiadores europeos de los siglos XVII y XVIII, especializados en temas árabes e islámicos como Gibbon, Ocle, Gagnier, Boulainvilliers o Niebuhr sólo tomaron en cuenta sus descripciones geográficas y culturales, obviando sus comentarios sobre los hechos políticos, en general, insustanciales e indocumentados.

Los modernos investigadores señalan a Abulfaragius, conspicuo representante monofisita, el propagador principal del mito de la quema de la biblioteca alejandrina por los árabes, que sirvió durante cierto tiempo para echar una columna de humo sobre la identidad del verdadero responsable, su correligionario Teófilo...”

En 2003, J. Hannam⁷⁶⁶, a quien ya vimos en relación con Jorge de Alejandría, dice, con respecto a la leyenda contra los árabes, lo siguiente, ignorando completamente el supuesto testimonio de Al-Qifti, “...Sólo existen unas pocas

764. Shafaat, “Islamic Perspectives. A review of Pervez Hoodbhoy, *Islam and Science: Religious Orthodoxy and Battle for Rationality*”, Cap. “An Unfounded Accusation against ‘Umar the Great’”, –“Perspectivas Islámicas. Crítica de: Pervez Hoodbhoy, *Islam y Conocimiento: La Ortodoxia Religiosa y la Batalla por la Racionalidad*”, Cap. “Una infundada acusación contra Omar el Grande”–, 2002.

765. Shamsuddín Elía, “El mito del incendio de la biblioteca de Alejandría por los árabes”, El Corresponsal de Medio Oriente y Africa, Buenos Aires, 2002.

766. Hannam, “The Mysterious Fate of the Great Library of Alexandria. The Caliph Omar”, –“El Destino Misterioso de la Gran Biblioteca de Alejandría”, 4. “El Califa Omar”–, *Medieval Science and Philosophy*, 2007.

fuentes que tengamos que examinar. Y son muy tardías. La primera de las dos fuentes es del s. XII y fue escrita por Abd Al Latif (m. 1231) quien, en su «Descripción de Egipto», mientras escribe sobre Alejandría, menciona las ruinas del Serapeum. Los problemas para aceptarlo como evidencia histórica son enormes e imposibles de superar. Admite que la fuente de su información son rumores...

En el s. XIII el gran obispo cristiano jacobita Gregorio Bar Hebraeus (m. 1286), llamado Abu'l Faraj en árabe, le da cuerpo a la historia incluyendo el famoso epigrama sobre el Corán. De nuevo no existe pista alguna sobre la fuente de donde encontró la leyenda, aunque parece que fue en sus conversaciones con cristianos que vivían bajo dominio musulmán... Debemos tomar esta leyenda con la mayor de las sospechas. Desde el momento en que no está ni siquiera incluida en la versión original de la historia, sino en su versión árabe, que él mismo tradujo y acortó al final de su vida, puede que no conociera la leyenda cuando empezó a escribir su historia...

El veredicto sobre Omar. Los errores sobre las fuentes son obvios y la leyenda en sí misma es increíble... Son asimismo sospechosas las fechas tardías de todo el material sobre el que parece basarse, ya que no existe ni una sola prueba sobre esta atrocidad en ningún lugar de la literatura anterior, ni siquiera en el cronista cristiano copto Juan de Nikiu (m. después del 640) que describió la invasión árabe. Finalmente, la leyenda proviene de la mano de un intelectual cristiano que habría estado más que contento en mostrar la religión de sus gobernantes del lado más desfavorable... podemos por tanto desecharla como un mero cuento”.

De 2004 nos llegan las afirmaciones excepcionales del profesor G. Majcherek⁷⁶⁷, director de las excavaciones arqueológicas alejandrinas de Kom El Dikka, quien, con ocasión del descubrimiento de los auditorios bizantinos, proclamó que “el complejo de los baños públicos de Alejandría fue casi con certeza destruido como consecuencia de la invasión persa de Egipto en el 619, no siendo reconstruido nunca. Siendo ello así, podemos estar seguros de que nuestros baños no fueron calentados con los libros de la biblioteca, poniendo así fin a la persistente leyenda negra que sigue acusando a Amr Ibn Al-As de su destrucción”. Siendo su valiente afirmación la más radical refutación de la leyenda contra los árabes salida de los labios de un arqueólogo unido íntimamente a la historia de Alejandría.

J. M. Blázquez Martínez⁷⁶⁸, en 2004, asegura sibilinaamente que “Teófilo... favoreció el final del paganismo en Egipto. En 391 se destruyó el famoso Serapeum

767. Majcherek, “Declaraciones sobre Kom El-Dikka”, 2004.

768. Blázquez Martínez, “Sinesio de Cirene, intelectual. La escuela de Hypatia en Alejandría”, pg. 417, Gerión, 22. 1, 2004.

y la biblioteca anexa a él. Fue un gran constructor de iglesias...”. Como vemos, no entra en la incómoda cuestión de la autoría del desastre, aunque enfatiza que santuario y biblioteca desaparecieron al unísono en aquella debacle.

A finales del 2004, la nueva *Bibliotheca Alexandrina* convocó un Seminario multidisciplinar sobre “¿What Happened to the Ancient Library of Alexandria?”, bajo la égida de Ismail Serageldin⁷⁶⁹, director de la institución, quien aseguraba en su presentación que, de todos los temas alejandrinos que interesan más al público, “ninguno es más intrigante que el de conocer como desapareció la Antigua Biblioteca de Alejandría... Aunque recientemente ha habido un movimiento, cada vez mayor entre los especialistas, aceptando que la Biblioteca Alejandrina desapareció mucho antes de la conquista árabe en el siglo séptimo, sin embargo la antigua controversia ha continuado proyectando su sombra...”.

A. Elbendary comentó, en 2004, inmediatamente después de esta conferencia, las críticas expresadas por el conocido columnista egipcio F. Guweida, diciendo, “La conferencia «Qué le sucedió a la Antigua Biblioteca de Alejandría» trataba sobre el mito vuelto anacrónico en nuestros días, de que los conquistadores árabes del siglo séptimo quemaron la antigua Biblioteca de Alejandría... Guweida se sintió extraño en aquella conferencia... el profesor Qassem Abdu Qassem analizó textos medievales árabes que mencionan el incendio de la biblioteca... Sugiere que este mito exhala un tufillo anti-Sunni de historiadores opuestos a Salah Al-Din... Para otros historiadores los Ayubitas fabricaron el mito ellos mismos...”.

Asimismo fue altamente sorprendente que el tercer conferenciante anunciado (en la conferencia) fuera Bernard Lewis... Para cualquiera familiar con los estudios de Medio Oriente, el nombre de Lewis es cuanto menos controvertido, y frecuentemente asociado con las connotaciones negativas del Orientalismo. No está claro porqué la Biblioteca de Alejandría ha decidido escogerle, de todos los académicos occidentales, para disertar sobre un tema que ha sido ampliamente debatido por los historiadores...

Nuestro asombro no hizo más que crecer cuando el coordinador de la conferencia, profesor Mustafa El-Abbadi... nos explicó que Lewis había declinado la invitación, pero que al fin, a instancias del propio El-Abbadi, había enviado un texto, que El-Abbadi se apresuró a leernos... Los argumentos que subyacen en el texto de Lewis son esencialmente «a la defensiva»: el mito histórico del incendio de la biblioteca fue una invención árabe, y no de ningún orientalista, siendo precisamente los orientalistas los primeros que trataron de rebatirla...”⁷⁷⁰.

769. Serageldin, Introducción a “¿Qué le sucedió a la Antigua Biblioteca de Alejandría?”, 2004.

770. Elbendary, “Defining bibliotheca”, –“Definiendo la biblioteca”–, Al-Ahram Weekly, Cairo, 2004.

Curiosamente Acharya S⁷⁷¹, en 2005, vuelve a confundir las Bibliotecas, aunque identifica a los culpables diciendo “*Uno de los mayores crímenes de la historia humana fue la destrucción en el año 391 de la Biblioteca de Alejandría perpetrada por fanáticos cristianos a las órdenes de Teófilo... habiendo causado dicha destrucción un retroceso en la civilización de al menos mil años. La parte de la Biblioteca de Alejandría situada en el templo de Serapis también desapareció...*”.

O J. Dunn⁷⁷², en 2005, a pesar de confundir las dos Bibliotecas, asegura que “*Existe una leyenda que afirma que la Biblioteca fue destruida en tiempos de la invasión árabe... muchos creen que este relato es esencialmente un temprano ataque de propaganda cristiana contra los invasores musulmanes... muchos estudiosos creen que, más que destruir los libros científicos que encontraron, los árabes conservaron la mayoría hasta que los pudieron traducir al árabe. Después de todo, durante los tiempos oscuros de Europa, el mundo árabe se convirtió en el centro del conocimiento... Si en verdad una multitud enfurecida de cristianos fue responsable del fin de la Biblioteca, sería lógico esperar que tal acto incomodara a las generaciones posteriores, que habrían decidido alterar o hacer desaparecer las pruebas históricas escritas para ocultarlo...*”.

Fue asimismo en 2005, cuando yo mismo di, en la nueva *Bibliotheca Alexandrina*, una conferencia sobre la falsa leyenda⁷⁷³, exponiendo un nuevo paradigma que podría resolver el misterio. Afirmando la destrucción de la *Gran Biblioteca* por Cesar, y del *Serapeum* y su Biblioteca por Teófilo. Rechazando tanto la autoría del incendio de la *Biblioteca Hija* como del cuento por los árabes, apuntando a una “*falsificación histórica*” de los manuscritos árabes por Abulfaragius. También expuse la idea de un tabú que recorría la estela de la leyenda, y del ostracismo a que se había sometido a Botti.

Al acabar la charla, vino entusiasmado a felicitarme el sobrino del Prof. El-Abadi, invitándome a participar con mi texto en un libro colectivo sobre Alejandría, que estaba preparándose en aquellos momentos. Yo asentí, pero aún espero noticias. En todo caso, mi disertación tuvo una gran difusión entre estudiantes, profesores universitarios y personal de la nueva biblioteca, hasta tal punto que, meses después, ya era “*vox populi*” en Alejandría que hu-

768. Acharya S, “*The Christ’s Conspiracy*”, –“*La Conspiración de Cristo*”–, pg. 558, Valdemar-Intempestivas, Madrid, 2005.

769. Dunn, “*The Ancient University of Alexandria*”, –“*La Antigua Universidad de Alejandría*”–, 2005.

770. Jevenois, de, “*The legend of the destruction of the Great Library of Alexandria by the Arabs: An historical forgery*”, –“*La leyenda de la destrucción de la Gran Biblioteca de Alejandría por los árabes: Una falsificación histórica*”–, Hemeroteca *Bibliotheca Alexandrina*, Alejandría, 2005.

bo dos bibliotecas, incendiadas por Cesar y por Teófilo, y que quien había inventado la leyenda fue el malaje de Abulfaragius.

A finales del siguiente año, en 2006, en un libro colectivo sobre Alejandría, de A. Hirst y M. Silk⁷⁷⁴, El-Abbadi modificó sus afirmaciones anteriores sobre el incendio de la *Gran Biblioteca*, asegurando ya que la quemó Julio Cesar, y sobre la *Biblioteca Hija*, afirmando sin ninguna duda que fueron los monjes de Teófilo los que la destruyeron salvajemente, junto al *Serapeum*. Es curioso que en este contexto cite a Botti, precisamente el libro "*Fouilles*", pero sólo como referencia de una conocidísima cita de Aftonio, guardando un denso silencio sobre las descripciones de Botti en el *Serapeum*, unas páginas más lejos. Eso sí, Botti sale en el Índice.

El-Abbadi⁷⁷⁵ dice que "*El Emperador Teodosio... publicó un decreto en 391... Teófilo, obispo de Alejandría, dirigió un ataque al Serapeum... Es evidente... que el ataque al Serapeum en 391 acabó con el templo y con la biblioteca hija que se albergaba dentro... (a partir de) entonces... fue la escuela catequista la que dominó la escena intelectual, no volviéndose a oír hablar ni del Mouseion ni de las bibliotecas*". Este testimonio es muy importante, por ser la primera vez que un historiador egipcio de fama mundial se expresa tan claramente sobre el desastre de las dos Bibliotecas alejandrinas.

En cuanto a la leyenda sobre los árabes, El-Abbadi afirma que su origen son los textos de Abd al-Latif e Ibn Al-Qifti, asumiéndolos como válidos sin más, a pesar de las serias dudas que rodean estos tardíos testimonios. Asegurando además que varios autores árabes posteriores repitieron la leyenda, aunque omite los nombres de todos esos seguidores. De Abulfaragius, ni una mención en el texto. Sólo Al Latif y Al-Qifti aparecen como falsarios.

Efectivamente, El-Abbadi afirma que "*En 642... Amr... ocupó Alejandría... De repente, a finales del siglo doce, apareció la historia de que Amr quemó los libros de la antigua biblioteca de Alejandría. Fue mencionada por primera vez, aunque sólo brevemente, por Abd al-Latif al Baghdadi en HHA 595 (1198 d. C.), (White, 1800), y más tarde completamente desarrollada por Ibn al-Qifti (principios del s. XIII) (Lippert, 1903) y otros autores árabes posteriores... Hay un general consenso entre estudiosos recientes que afirman que las antiguas bibliotecas de Alejandría habían desaparecido mucho antes de la conquista árabe de Egipto, y «es ya tiem-*

774. Hirst y Silk, "*Alexandria, Real and Imagined*", - "*Alejandría, Real e Imaginada*" -, American U. Cairo, Cairo, 2006.

775. El-Abbadi, "*The Library of Alexandria in History*", - "*La Biblioteca de Alejandría en la Historia*" -, 9, pgs. 172-174, en Hirst y Silk, "*Alexandria*", AUC, Cairo, 2006.

po», en palabras de Bernard Lewis (1990), de que... Omar y... 'Amr sean exonerados...'. Entre los estudiosos recientes, que no nombra, sólo aparece B. Lewis, el de la nueva leyenda apócrifa sobre los árabes.

S. O'Shea⁷⁷⁶ asegura, en 2006, que “En septiembre del 642 los griegos partieron con sus navíos, y Amr entró con su ejército sin oposición alguna a través de las puertas de sus murallas y tomó posesión de Alejandría. Escritos anti-musulmanes posteriores contaron que los soldados de Amr saquearon entonces la famosa Biblioteca de Alejandría, en una suerte de frenesí beduino de supina ignorancia, pero este cuento ha sido rechazado por estudiosos imparciales: el contenido de la biblioteca había sido dispersado o destruido durante las luchas internas de los cristianos mucho antes de la llegada de los árabes...”.

D. Levering Lewis⁷⁷⁷, Premio Pulitzer, 2008, da una de cal y otra de arena, confundiendo el *Serapeum* con el *Brucheion* de los palacios ptolemaicos, insinuando que la *Gran Biblioteca* no fue enteramente destruida por Cesar, y asegurando que fueron cristianos y paganos al unísono quienes destruyeron la Biblioteca del *Serapeum* en el s. IV. Solamente acierta cuando dice que ‘Amru, en su carta al califa Omar describiéndole la conquista de Alejandría, “no mencionó nunca el Serapeum... El mítico Serapeum... albergó en su día lo que quedó de la Biblioteca de Alejandría, con sus setecientos mil volúmenes. Luchas encarnizadas entre cristianos y paganos a finales del s. IV, y la indignidad de haber servido como cantera para los palacios de acaudalados ciudadanos, lo dejaron convertido en una carcasa de mármol.

Ni ‘Amr ni sus oficiales supieron nunca de la Biblioteca de Alejandría ni parece que oyeron hablar nunca de ella cuando estuvieron allí, lo que es importante recalcar, porque más tarde fue proclamado por ciertos clérigos y estudiosos que los árabes habían destruido la biblioteca, que no era ya más que un recuerdo de la antigüedad... Omar nunca ordenó la destrucción de la despojada biblioteca, por la sencilla razón de que aquel terrible drama había acontecido en la última década del s. IV a manos de los fanáticos cristianos alejandrinos, que abusaron del decreto del Emperador Teodosio contra el paganismo”.

776. O'Shea, “*Sea of Faith. Islam and Christianity in the Medieval Mediterranean World*”, –“*Un Mar de Fe. Islam y Cristianismo en el mundo del Mediterráneo medieval*”, pg. 52, Walker, New York, 2006.

777. Levering Lewis, “*God's Crucible. Islam and the Making of Europe, 570-1215*”, –“*El crisol de Dios. El Islam y la construcción europea, 570-1215*”, pgs. 82-83, Norton, New York-London, 2008.

Impulso oficial de la “Versión árabe de la leyenda”

Dentro de la publicación colectiva, “*What Happened to the Ancient Library of Alexandria*”⁷⁷⁸, 2008, Actas del Seminario del 2004, publicadas por las Universidades de Leiden y Boston, bajo la dirección de El-Abbadi y O. M. Fathallah, el profesor El-Abbadi⁷⁷⁹ dice “*Está claro... que la batalla contra los cultos paganos no perdonó los libros paganos; Y a la luz del relato de Aftonio, no puede haber prácticamente ninguna duda de que el ataque al Serapeum en el 391 d. C., destruyó tanto el templo como la Biblioteca Hija*”. El-Abbadi vuelve a citar a Botti⁷⁸⁰, igualmente en referencia a una conocida cita de Aftonio, pero, a pesar del título de su conferencia, silencia todos los dramáticos descubrimientos de Botti.

Asimismo Empereur⁷⁸¹ afirma respecto a la destrucción de los cristianos, que estos no podrían haber destruido la *Gran Biblioteca*, pues, dada “*la localización del santuario de Serapis –su destrucción– implicaría también el saqueo de la Biblioteca Hija...*”, y no de la antigua Biblioteca Madre.

En el índice de estas “*Actas*” encontramos de nuevo a B. Lewis⁷⁸², con un texto del 2008, que es una reedición casi exacta de su escrito de 1990, “*The Vanished Library*”⁷⁸³, en que explicaba con lujo de detalles, y ninguna prueba, la “*Versión árabe de la leyenda*”. Y acompañándolo, encontramos a otro seguidor de las teorías de Lewis, esta vez árabe.

Efectivamente el profesor Qassem Abdu Qassem⁷⁸⁴, en un texto del 2008, rechaza también la leyenda. Pero sin embargo, siguiendo a Lewis, trata de nuevo de justificar la aparición repentina de la falsa leyenda en dos manuscritos árabes medievales, aduciendo que se trata de la invención de árabes chiítas opuestos al sunita Saladino, por haber ordenado el desmantelamiento definitivo de lo que quedaba de *Dar Al-Hikma*, la Biblioteca de los *Fatimidas* chiítas del Cairo.

778. El-Abbadi y Fathallah, “*Qué le sucedió a la Antigua Biblioteca de Alejandría*”, Brill, Leiden-Boston, 2008.

779. El-Abbadi, “*Demise of the Daughter Library*”, –“*Desaparición de la Biblioteca Hija*”–, pg. 93, Brill, 2008.

780. Botti, “*Acropole d’Alexandrie...*”, 1895.

781. Empereur, “*The destruction of the Library of Alexandria. An archaeological viewpoint*”, –“*La destrucción de la Biblioteca de Alejandría. Un punto de vista arqueológico*”–, pg. 76, Brill, 2008.

782. Lewis, “*The Arab Destruction of the Library of Alexandria: Anatomy of a Myth*”, –“*La Destrucción Árabe de la Biblioteca de Alejandría: Anatomía de un Mito*”–, pgs. 213-218, Brill, 2008.

783. Lewis, “*The Vanished Library*”, 1990.

784. Qassem, “*The Arab Story of the Destruction of the Ancient Library of Alexandria*”, –“*La Historia Árabe de la Destrucción de la Antigua Biblioteca de Alejandría*”–, pgs. 207-211, Brill, 2008.

Con ello, Qassem da un paso más en la difusión de la “*invención árabe de la leyenda*”, a la que da credenciales definitivas de verosimilitud, llamándola sin recato “*La Historia Árabe de la Destrucción de la Biblioteca*”. Insistiendo, basándose en El-Abbadi⁷⁸⁵, en difundir una inverosímil leyenda, otra “*falsificación histórica*” sobre los árabes, que no sólo no se conoce entre 700 años de autores árabes de las distintas ramas del Islam, sino que es ignorada por los investigadores occidentales, por falta de pruebas, no teniendo más apoyo que la opinión de Casanova y Lewis, los primeros en lanzarla. Qassem concluye, con muy buena lógica, diciendo que “*La historia árabe de la destrucción de la Antigua Biblioteca de Alejandría, cualquiera que fuera el verdadero motivo subyacente tras ella, es un ejemplo obvio del abuso de la historia por motivos políticos; en el pasado al igual que en el presente*”⁷⁸⁶.

Como vimos, existe otra segunda versión de esta nueva leyenda, con la que otros investigadores árabes afirman que no fueron los chiítas, sino los propios sunitas, seguidores del Ayubita Saladino, los que habrían inventado este mito, un “precedente histórico” salido de las propias filas sunitas para justificar la conducta de Saladino. Y existe otra tercera versión, en que se debate si en Bagdad hubo alguna vez un grupo de escritores opuestos a los primeros Califas del Islam, por considerarlos fanáticos ¡Y todo por la justificación simplista de que el denostado y falsificado ‘Abd al Latif era de allí!

Mucho hay de tendencia cainita en estas graves acusaciones que se intercambian, sin ningún fundamento, y en detrimento de toda la cultura árabe, en pleno siglo XXI, las dos grandes ramas del Islam, en la que o chiítas o sunitas son culpables, tirándose incomprensiblemente piedras contra su propio tejado. Una vez tirado el anzuelo por Lewis, nada más fácil, unos contra otros. Nada de ello conducirá a la verdad, pero sí a emborronar definitivamente las pistas. Parece preferirse lo políticamente correcto a la búsqueda imparcial de los hechos históricos. Abulfaragius estará de enhorabuena, puesto que parece que es a él al que los revisionistas árabes no quieren mencionar.

Efectivamente, con la defensa y difusión repetida de la inventada “*Historia Árabe de la leyenda*”, los únicos perdedores son los propios árabes, en aras de no mencionar a Abulfaragius. Diluyendo además parte de la culpabilidad por la catástrofe de los auténticos culpables, y dando además por sentado la autenticidad de la versión de Al-Qifti. Dos pájaros de un solo tiro. El caso es que esta nueva “*falsificación histórica*” se está extendiendo con descarada facilidad por

785. El-Abbadi, “*Life and Fate of the Ancient Library of Alexandria*”.

786. Qassem, “*The Arab Story...*”, pg. 211.

Internet, repitiéndola como si fuera una irrefutable verdad, cuando de hecho obedece de nuevo a una insidiosa voluntad de oscurecer otra vez la historia, el último capítulo de esa interminable espiral de mentiras, tabúes y silencios.

G. Fernandez⁷⁸⁷, en 2008, también se apunta a la teoría de Lewis, El-Abbadi y Qassem, negando la leyenda, pero haciéndola originar directamente de Al Qifti. Así, después de hablar de la “*agresión de los cristianos dirigidos por el obispo Teófilo contra el Serapeum en 391 d. C.*”, dice “*Aquellas bibliotecas –las del Palacio Real, Museion y Serapeum de Alejandría– se habían incendiado respectivamente en 44 a. C., 272 y 391 d. C. La conquista de Alejandría por los árabes en 641 es un hecho importantísimo... (pero) no por la falsa noticia del incendio de la Biblioteca de Alejandría por los vencedores que jamás se produjo...*

La localización de la vida de Juan el Gramático, al tiempo de la conquista árabe de Egipto, es un error... La leyenda del encuentro en 641 de Juan el Gramático con el general árabe Amr Ibn Al-'As, se debe probablemente al bibliógrafo musulmán Ibn an-Nadim, en su Fihrist que se data en 987 d. C... el nexo de Juan el Gramático con el incendio de la Biblioteca de Alejandría... se transmite por medio de Ibn al-Qifti, escritor que muere en 1248, a quien los cristianos llaman Furlani...”. Ni rastro de Abulfaragius, ni siquiera de Al Latif. Al Qifti es el culpable.

Está claro que la falsa leyenda es como una monstruosa *hydra*, que va sacando sus mil cabezas, para no morir. Efectivamente, como vemos, pocos escritores hay, en todo caso, para conseguir derribar la leyenda, que sigue tenaz presente entre nosotros, a pesar de algunos intentos por superarla.

Así, el historiador H. Kennedy⁷⁸⁸, en el 2007, no tiene dudas cuando dice “*En la Alejandría helenizada el famoso Serapeum fue saqueado por órdenes del patriarca Teófilo (385-412) y convertido en iglesia... Los últimos intelectuales paganos huyeron temiendo por sus vidas, mientras que los monjes se quedaron exoliando las ruinas antaño esplendorosas. El mito de que los árabes quemaron la biblioteca en Alejandría, y con ello la gran herencia de la literatura clásica, data de muy antiguo y es aún murmurado por aquellos que desean desacreditar al Islam temprano...*”. Hay que agradecer a Kennedy el que adopte una actitud valiente denunciando la verdadera motivación que sigue alimentando la falsa leyenda, y el que tome una nueva postura ante esta, ignorándola hasta tal punto que no la menciona en absoluto, salvo esa pequeña evocación, en su detallado análisis de la conquista árabe de Alejandría.

787. Fernandez, “*La cristianización de la Filosofía antigua en Atenas y Alejandría*”, 2008.

788. Kennedy, “*The Great Arab Conquests. How the spread of Islam changed the world we live in*” –“*Las Grandes Conquistas Árabes. Como la expansión del Islam cambió el mundo en que vivimos*” – pgs. 141-142, Ed. Phoenix, London, 2007.

Es curioso que los ejemplos más significativos de los que rechazan la leyenda como falsa, se basen casi exclusivamente en datos históricos y arqueológicos. Puesto que existen otros métodos científicos para desentrañar el misterio, desenmascarando al autor del engaño. Son métodos tan sutiles, que tratan de penetrar en el alma de los protagonistas. Seguiremos así a P. D. Ehrman⁷⁸⁹, quien habla de la *Crítica de Textos*, en Filología, instrumento que puede aportar las claves para explicar los problemas de la leyenda que han quedado sin ninguna explicación, las claves psicológicas que nos harán entender el por qué se trata de una “*interpolación*”. Descubrir a quien beneficiaba la falsa leyenda y a quien hacía más daño.

En los manuscritos antiguos existen dos tipos de alteraciones de sus textos. Unas son las “*Alteraciones involuntarias*”, los errores de los copistas al transcribir los textos. Atendiendo a las “*Evidencias externas o textuales*”⁷⁹⁰, o sea, al estudio de dos o más manuscritos, podremos corregirlos y descubrir el texto original. Es de gran importancia conocer el vocabulario y el estilo gramatical utilizados por un autor, si queremos interpretar su texto. Extenso campo que tendrán que colmar los filólogos y arabistas. En nuestro caso tendríamos, al menos, cuatro textos, el de Abulfaragius, el primero por el que se conoció la leyenda, el de ‘Abd al Latif y el de Al-Qifti, supuestamente abreviado por Al-Zawzani, que sería el cuarto texto.

Pero existen también las “*Alteraciones intencionadas*”, que son mucho más difíciles de detectar y suprimir ya que, según P. D. Ehrman⁷⁹¹, estos cambios “*tienen sentido*” dentro del texto, integrándose profundamente en el mismo, como un virus, cambiando su significación, desfigurándolo y apareciendo a partir de entonces como el original, suplantándolo, de hecho. Aquí habrá que estudiar las llamadas “*Evidencias internas*” de los textos, enfocando tanto a los escritores falseados, en nuestro caso Al-Qifti y ‘Abd al Latif, como al copista falseador, Abulfaragius, u algunos otros.

Dentro de las “*Evidencias internas*” se encuentran las que tratan de estudiar el comportamiento del autor original, los resortes psicológicos de los escritores, su modo de vida y pensamiento. Se trata de las “*Probabilidades intrinse-*

789. Ehrman, “*Misquoting Jesús*”, – “*Citando incorrectamente a Jesús*”–, pgs. 151 y ss., HarperSan Francisco, 2005; Paperback Ed., 2007.

790. Ehrman, “*Misquoting...*”, pg. 90, 128.

791. Ehrman, “*Misquoting...*”, pgs. 94,151.

cas” del texto, que son el estudio de las probabilidades de lo que el autor de un texto habría escrito más posiblemente. Así habrán de estudiarse también la ideología y las creencias religiosas del autor. Cuando, según Ehrman, “*el presunto autor utiliza palabras o un cierto estilo que no se encuentran en otras obras del mismo autor, o si dichas interpolaciones representan un punto de vista muy diferente del que el autor defiende en otros casos, entonces probablemente no es lo que el autor originalmente escribió... Por ejemplo, una afirmación que sea extraña o chocante...*”⁷⁹².

Tanto Al-Qifti como ‘Abd al Latif eran sabios historiadores musulmanes y autoridades eminentes en el mundo árabe, que no tenían motivo alguno para calumniar a su propio pueblo y estigmatizar su religión y su historia. Sus presuntos asertos son rasgos extraños en la personalidad de aquellos escritores. Y aparecen de repente, sin ningún contexto anterior que prevea una inquina hacia su propio pueblo que les llevase a traicionarlo en época de *Cruzadas*. Corrían el riesgo de verse estigmatizados socialmente, lo que no concuerda con su forma de vida ni pensamiento. Eran sabios prestigiosos, integrados dentro de la cultura árabe del momento. No eran ni venales ni falsarios.

La tardía aparición de una inventada “*Historia Árabe de la leyenda*”, para justificar a Saladino, difundida por B. Lewis⁷⁹³ y seguida, increíblemente, por buen número de investigadores árabes actuales, no es en absoluto la solución al enigma, sino un nuevo fardo que oscurece su visión, asimismo surgido de la nada. La “*Historia Árabe de la leyenda*” parece una interpretación claramente abusiva de las “*evidencias internas*” de los textos por parte de Lewis. Este ignora con ello el hecho mismo de que el supuesto texto de Al Qifti aparece sólo en época moderna, y tampoco tiene en cuenta la reacción de rechazo de la leyenda por los árabes medievales, acusando de su autoría a Abulfaragius o ignorándola totalmente.

A ninguno de sus contemporáneos se le ocurrió, ni a Maqrizi un siglo más tarde, acusar a un venerable escritor, Al Latif, el único que se conoció hasta el s. XX, de haberse vendido de tal modo a una causa política, como para ser capaz de inventar una leyenda anti-árabe de tanta trascendencia, en plenas *Cruzadas*. Lo mismo se podría aplicar al supuesto texto de Al-Qifti. Un absurdo se superpone a otro, y la lógica naufraga en esta insólita explicación. Según esta afirmación, no fueron los árabes, pero ellos lo inventaron. Las con-

792. Ehrman, “*Misquoting...*”, pgs. 130-131.

793. Lewis, “*The Vanished Library*”, 1990; “*The Arab Destruction of the Library of Alexandria: Anatomy of a Myth*”, 2008.

jeturas de Lewis salvaban precisamente a Abulfaragius de nuevo, el eterno superviviente, escondido tras aquel execrable acto de traición por parte de aquellos respetados historiadores árabes. Dichas conjeturas chocan aún más con las “*evidencias internas*” de los textos y sus “*Probabilidades intrínsecas*”.

Existe otro modo de descubrir las “*Evidencias internas*”, a través de las llamadas “*Probabilidades de transcripción*”, dirigiendo la atención al otro protagonista, el copista. En este caso, según Ehrman, “*no se pregunta que es lo que el autor hubiera escrito originalmente, sino que es lo que probablemente hubiera creado el propio copista, para conseguir que el significado del texto corregido se acercara más a su propia teología. Textos que, en la superficie, contienen una “equivocación”, una falta de armonía o una teología peculiar, han sido más que probablemente interpolados por el copista...*

Está la importantísima cuestión del «por qué» esas palabras se cambiaron o añadieron, y del como esos cambios afectan al significado de los escritos... Así podemos conocer el pensamiento subyacente a la ideología de los copistas, y así conoceremos también mejor la propia historia de los textos recopiados a través de los siglos... los copistas alteraban los textos para asegurarse de que dirían lo que ellos querían, defendiendo sus propias convicciones religiosas en contraposición a la de sus contrarios...”⁷⁹⁴.

Termina Ehrman diciendo que “*Uno de los factores que más contribuyeron a las alteraciones de los copistas fue su propio contexto histórico... Entraban en juego, especialmente, los conflictos políticos o sociales... Los copistas eran seres humanos y estaban envueltos en los debates y disputas de su tiempo; y a veces aquellas disputas afectaban a la reproducción de los mismos textos que copiaban. El resultado era que, una vez alterados los textos, sus palabras significaban literalmente otra cosa, y estas palabras alteradas sin duda afectaban a la interpretación dada por lectores posteriores...*”⁷⁹⁵.

Según Acharya, “*uno de los trucos favoritos para interpolar textos... era añadirlos al principio o al final de un libro o capítulo... De este modo, si era descubierta la interpolación por comparación con las versiones más antiguas (que generalmente eran destruidas tras copiarlas), o con escritos en los que se hubiera citado el libro, podía justificarse como una «nota del copista», para aclarar el texto... se hacían siempre pocas copias de los manuscritos... no sería difícil cambiar el texto sin ser descubierto ni censurado...*”⁷⁹⁶.

794. Ehrman, “*Misquoting...*”, pgs. 131-132.

795. Ehrman, “*Misquoting...*”, pg. 175.

796. Acharya, “*La Conspiración de...*”, pg. 579.

Todos estos factores se dieron de lleno en la personalidad, creencias y contexto político y social de Abulfaragius, el monje converso, monofisita vecino de Alepo, y muy activo en época de *Cruzadas*, como escritor de numerosos textos. Ya hemos visto sus motivos ideológicos, tratando de pasar página en beneficio de sus correligionarios. Y ya podemos comprender el sencillo y audaz método al que recurrió, así como las fechas en que tuvieron que realizarse las “*interpolaciones*”. Todos los datos estudiados apuntan a él como el copista intencionadamente falsario. Lo que parece realmente incomprensible es que alguien haya podido urdir otra posible interpolación, la del texto de Al-Qifti, no ya medieval, sino efectuada en plena época moderna, para apoyar al viejo Abulfaragius.

Como vemos, en la *Crítica de Textos* referida a la falsa leyenda sobre los árabes se concentran, no sólo “*Evidencias externas*”, con varios textos diferentes, sino que se dan todo tipo de “*Evidencias internas*”, tanto “*Probabilidades intrínsecas*” de parte de los auténticos autores, como “*Probabilidades de transcripción*” de parte del copista. Tal cúmulo de evidencias filológicas nos probarían de nuevo, apoyando las indagaciones históricas, que nos encontramos ante una “*Alteración intencionada*” del texto o textos originales, efectuada por un avieso copista, una “*interpolación*”, una falsificación del texto.

Ya lo proclamó en un ensayo de crítica literaria el profesor de Florencia G. Furlani⁷⁹⁷, en 1925, donde el autor llegó a las siguientes conclusiones respecto al texto de Al-Qifti —y, por extensión, al de Abulfaragius—: “*Puedo demostrar que... todo lo que se refiere al incendio —de los libros por ‘Amru— no son más que, pura y simplemente, combinaciones «literarias», debidas... en su mayor parte a la fantasía del propio autor... las relaciones personales entre Philoponus y ‘Amru fueron también deducciones puramente literarias... Se podría incluso pensar que el escritor fuera autor de alguna historia de la medicina... de otra fuente podría haber tomado la historia de la carta escrita por Omar a ‘Amru... no tengo la menor duda de que la historia de la carta de ‘Amru a Omar y la respuesta de este no es más que una simple invención de la fantasía del autor*”.

Furlani continúa diciendo que “... *El autor combinó... los hechos de un modo francamente ingenioso e inventó la historia de la destrucción de la biblioteca... relato que no carece de una cierta dramatización... el autor habría sido en nuestro tiempo un hábil novelista, pero ello no es ciertamente el mejor modo de escri-*

797. Furlani, “*Giovanni il Filopono e l’incendio della Biblioteca de Alessandria*”, —“*Juan Filopono y el incendio de la Biblioteca de Alejandría*”, n. 21 del *Bulletin de la Société Archeologique d’Alexandrie*”, pgs. 59-68, Alexandrie, 1925.

bir historia... se inventó también el relato de la quema de libros en las calderas de las termas... todo su relato sobre la destrucción de la biblioteca es pura invención... El relato del autor no se puede contemplar... como auténtica fuente histórica... en adelante no será lícito preguntarse acerca de si los libros de la biblioteca pudieron o no quemarse en las calderas... porque con ello conferiríamos dignidad de fuente histórica a un escrito, del cual he demostrado suficientemente su carácter de compilación puramente literaria y fantástica...”

Rehenes de tabúes, mentiras y silencios

Hemos caminado por los vericuetos de una novela de misterio. Llena de intrigas, de miedos, de mucho silencio. Así hemos llegado al fin de nuestro deambular a través de los siglos, sorteando tabúes invencibles, falsas acusaciones convertidas en irrisorias verdades, aceptadas por todos. El desafío se ha convertido en una pompa de jabón reventada en el aire. Dentro no había nada. Inventos, ideas equivocadas, integrismo religioso, falsos dilemas. El gran secreto, inventos y mentiras. Pero se ha roto ese siniestro manto de silencio. Todo recobra sentido.

Hay que reconocer que la “*falsificación histórica*” de Abulfaragius fue una artimaña ingeniosa y de indudable éxito, consiguiendo mantenerse intacta en el claroscuro de la maraña de tabúes y silencios que han velado, con su falso misterio, la destrucción de las Bibliotecas alejandrinas. Ingeniosa, porque así, de improviso, en pleno s. XIII, la repentina revelación de un único individuo puso al descubierto a los árabes como responsables del trágico final de toda la esplendorosa cultura de la Antigüedad, reunida en los estantes de la *Gran Biblioteca de Alejandría*.

Ingeniosa, porque esta intencionada versión de la leyenda, esta “*falsificación histórica*”, esta gran mentira, sin haber aportado nunca ningún dato histórico que de credibilidad a tan explosiva acusación, aparte de unos dudosos y tardíos escritos árabes, consiguió ser difundida en Occidente, rescatada por unos reformistas protestantes del s. XVII, con Pococke a la cabeza, y se ha mantenido firme, siendo repetida ciega e insistentemente aún en nuestros días por todos los medios de comunicación occidentales. ¿Ceguera colectiva o choque de culturas?

Teniendo en cuenta todos los hechos analizados en este ensayo, queda meridianamente claro que toda la leyenda sobre la destrucción de la *Gran Biblioteca de Alejandría* es pura fantasía de un solo autor. Por ello, no tiene

ningún sentido el concentrarse en los controvertidos aspectos de un falso dilema, tratando de descubrir si Omar dijo o no lo que supuestamente dijo o mandó que los libros fueran quemados. Hacerlo es, en último término, dar credibilidad a una “falsificación histórica”, desenfocando y desviándose del punto central de la auténtica cuestión, que es la de saber si existía aún una gran Biblioteca pública en Alejandría cuando llegaron los árabes. Hacerlo es ignorar todas las investigaciones históricas que nos llevan a concluir que no quedaba nada de las Bibliotecas reales de Alejandría más allá de finales del s. IV, y que los árabes, consecuentemente, llegaron demasiado tarde a la escena.

Efectivamente, las consideraciones acerca de Omar, o de Nahawi-Philoponus, y su relación con la *Gran Biblioteca de Alejandría*, sobre las que se vuelcan aún hoy día ciertos investigadores, están totalmente fuera de cuestión, como poco equivocadas. No significan nada, puesto que no están basadas sobre hechos históricos, sino sobre fantasías, sobre un único aserto de un escritor del s. XIII, quién quiera que fuese, musulmán o cristiano. En último caso, poco importa. Lo que pudo inventar aquel falsario no tiene nada que ver ni con la verdad ni con la historia, y deberíamos dejarle de lado, conociendo todo lo que conocemos acerca de la historia en la actualidad, y los testimonios de los más importantes escritores de la Antigüedad tardía, los escritores del Medioevo, las excavaciones arqueológicas y la perspectiva histórica de que disfrutamos hoy día.

De hecho, seguimos siendo rehenes de las maquinaciones de aquel Abulfaragius, en el s. XIII, de algunos iluminados protestantes del s. XVII, y tal vez de otros fundamentalistas cristianos del s. XX, que distorsionaron nuestra historia. Seguimos siendo rehenes de una sarta interminable de tabúes, mentiras y silencios. ¿Cómo es posible que unos cuantos individuos hayan conseguido tergiversar una página fundamental de nuestra cultura occidental? ¿Cómo es posible que les sigamos dando crédito y no les rechacemos como se merecen? Nos hemos quedado sin una página de nuestra propia historia. ¿A cambio de qué? El Occidente europeo ha evolucionado hacia el laicismo y la libertad de la razón como medio de conocimiento. Pero, en este punto, el del rechazo de una leyenda tan absurda, nos aferramos a un “espejismo”. ¿Por qué?

¿Qué haremos? ¿Cómo podremos reconocernos a nosotros mismos? En este ovillo intrincado, este túnel del tiempo, vemos atravesar, como un tren sin frenos, un cubo de mentiras soltado en la corriente. ¿Seguiremos volteando los espejos para no vernos? ¿Seguiremos aceptando la falsa imagen en que han moldeado nuestros reflejos? ¿Seremos capaces de mirar el pasado sin distorsionarlo? ¿O la *Gran Biblioteca de Alejandría* será el escollo insuperable, donde la

búsqueda de la verdad se hace mentira, donde aún no somos capaces de separar el integrismo religioso del cristal por donde miramos nuestro pasado?

La malfamada frase apócrifa de Omar: “*Si esos libros son... y si no son... quemadlos*”, no fue más que una dañina invención de Abulfaragius, reeditada por Pococke, una “*falsificación histórica*” que sigue repitiéndose “*ad nauseam*” por todo Occidente, sinónimo universal de la barbarie contra la civilización, del Mal contra el Bien... Pero en este juego de espejos en el que nos reflejamos, descubriremos que los que no son, lo fueron; y los que son, no fueron.

Y, en un instante, todo estallará en mil pedazos. No podremos soportarlo. ¡La frase de Omar no es cierta, los árabes no llegaron, y nosotros también fuimos violentos y fanáticos!... El incendio de la *Gran Biblioteca de Alejandría* se convertirá para siempre en ejemplo de hasta donde el fanatismo y la locura pueden arrastrar a los humanos. Los espejos se alzarán de nuevo, y sólo nos veremos a nosotros mismos. No escaparemos ya de este juego de reflejos... Sí, fuimos nosotros...

INDICES

Personajes mencionados en el texto

- Aarón, médico, 174
 Abasies o Abasidas, Califas, 175, 176, 178, 179, 213
 ‘Abd al Latif, 17, 79, 166, 194, 195, 199, 205-208, 215-219, 221, 222, 231, 238, 240-244, 254, 262, 264, 266-276, 278, 281, 284-287
 Abd al-Rahman III al Nasir, 179, 180
 Abu Kabil, 171, 172
 Abu’l Abbas El Moursi, 192
 Aboul Farag Ibn Al-Ibri, v. Abulfaragius
 Abu Bisr Matta b. Yunus, 179
 Abu’l Mahasin, 222
 Abu Salih, 173
 Abudacnus, 228-230, 239, 249-255
 Abulfaragius, 16, 19, 20, 193-208, 213-216, 220-224, 230, 231, 233, 235-246, 248, 249, 253-256, 260-278, 280, 281, 284-292
 Abulfeda, 164, 220, 262
 Acharya S, 280, 288
 Achilles, 34, 43
 Adán, 194
 Adriano, 47, 48, 52, 53, 69, 70, 105
 Aedesia, 137
 Aelio Demetrio, 56
 Aftonio de Antioquía, 72, 73, 79, 113, 118-120, 281, 283
 Agapio, 144
 Agatias, 152
 Agustín, 89, 119
 Ahmad Shafaat, 277
 Al-Adim, 201
 Al Askalani, 220
 Al-Biruni, 212, 213
 ‘al-Darwish Ahmad, 238
 Al Hakam, escritor, 164, 171
 Al-Hakam II, 180
 Al-Haqilani, v. Echellensis
 Al-Kindi, 170, 176, 208
 Al Latif, v. Abd al Latif
 Al-Ma’moun, 176, 177, 179, 189
 Al-Makin, 220, 230, 251, 255, 261, 262
 Al-Mas’udi, 173
 Al Mansour, 176
 Al Maqrizi, v. Maqrizi
 Al Muktadir, 179
 Al Qifti, 17, 194, 199-207, 215-219, 221, 222, 244, 253, 262, 265-277, 281, 284-287, 289
 Al-Yahiz, 179
 Al-Zawzani, v. Zawzani
 Alejandro Magno, 25, 55, 67, 71, 73, 79, 105-108, 148, 200, 217
 Alejandro de Alejandría, 86
 Alejandro de Lycopolis, 78
 Alsina Clota, 91
 Alvarus, v. Paulo Alvarus
 Amalarico I, Amaury, 189
 Ambrosio, San, 89
 Ambrosio de Alejandría, 82
 Amelio, 77, 78
 Amiano Marcelino, 31, 49, 51, 55, 56, 61, 70, 71, 73, 84, 87, 93-96, 99, 102, 115-117, 120, 121, 123, 130, 190, 193, 196
 Ammón, filósofo, 138
 Ammonio, 102, 103

Ammonio de Hermia, 137, 141, 142, 148-153
 Ammonio Saccas, 76, 77, 81, 83, 151
 Ampere, 104, 263
 'Amr o 'Amru Ibn Al-'As al-Quraishi, 19, 161-163, 165, 168, 170-172, 190, 195, 196, 199, 200, 206, 207, 213, 220, 255, 260, 262, 263, 265, 271, 274, 276, 278, 281, 282, 285, 289
 'Amru, Pseudo, 195, 196, 200, 213
 'Amr ibn Bahr, v. Al-Yahiz
 An-Nadim, 172, 175, 177, 195, 285
 Anastasio, 148
 Anastasio, patriarca s. VII, 157
 Andronico, 158
 Antonina, Dinastía, 46, 69
 Antonio Mártir, 153
 Antonino Pio, 61, 70
 Antonino, profeta, 98
 Antonio, San, 88, 90, 229, 250
 Apiano, 35, 50
 Apión, 52
 Apolinario, 145
 Arcadio, 110, 111
 Arce, 99, 100
 Archeus, 84
 Arculfo, 164
 Ariés, 88
 Aristeo, 28, 29, 57, 172
 Aristeo, Pseudo, 28
 Aristóteles, 15, 25, 29, 53, 74-79, 90, 133, 137, 139, 149, 150, 152-154, 156, 169, 176, 177, 191, 196, 200, 205, 217, 218
 Aristónico, 52
 Arrio, 84, 86, 87, 90, 97
 Arsinoe Filadelfos, 112
 Asclepiades, 138
 Asclepio el Joven, 154
 Asclepio de Tralles, 137, 149, 151
 Asclepiodoto de Alejandría, 137
 Ascondas, 26
 At-Tabari, v. Tabari
 Atálidas, reyes, 62
 Atanasio, filósofo, 133
 Atanasio, San, 84, 89-91, 93, 95, 97, 104, 145
 Atanasio, emperador, 146
 Atanasio II, 142,
 Atanasio de Balad, 174
 Atanasio Claromontano, 214
 Atenágoras, 79
 Ateneo, 27, 53, 54, 228
 Atiya, 271-273
 Augusto, v. Octavio Augusto
 Aulo Gelio, v. Gelio
 Aulio Hirtio, v. Hirtio, Pseudo
 Aureliano, 55, 72
 Aurelio Serapio, 56
 Averroes, 178
 Avicena, 178
 Avidio Casio, 53
 Ayubita, Dinastía, 191, 279, 284
 Bagnall, 106
 Baibars I, 191
 Bakhoum, 69, 70
 Balbillo, 75
 Bar-Hebraeus, Barhebreo, v. Abulfaragius
 Basilio, emperador, 182
 Basilio de Capadocia, 90
 Bayle, 234
 Bedwell, 236, 248, 251, 252, 254
 Benjamín I, 161, 162, 168, 172
 Benjamín de Tudela, 79, 217, 218
 Blanc, 269
 Blázquez Martínez, 131, 133, 135, 278

Bonamy, 231
 Bonaparte, v. Napoleón
 Botti, 9, 56, 75, 77, 105, 108, 110-113, 125-129, 166, 263, 264, 266, 280, 281, 283
 Boulainvilliers, 277
 Boyle, 240
 Breccia, 113, 114
 Brerewood, 230
 Bryaxis el Joven, 71, 73, 129
 Bury, de, 223
 Bury, J.B., 220, 270
 Butler, 54, 55, 79, 83, 89, 92, 113, 127, 128, 153, 156, 157, 164, 172, 192, 194, 205, 214, 216, 220, 256, 263-265, 270, 273, 277

 Calígula, 68
 Calimaco de Cirene, 29, 57
 Calistenes, Pseudo, 71
 Callisto, v. Nicéforo Callisto
 Camotio, 153
 Canfora, 36, 260, 273
 Canivet, 269
 Capadocios, Tres, 83, 101
 Caracalla, 54, 72, 77, 82
 Carlos I de Inglaterra, 232
 Carlos V, 223
 Carlyle, 277
 Casanova, 270, 274, 277, 284
 Casaubon, 230
 Cassio, v. Dion Cassio
 Cassio Longino, v. Longino
 Catalina de Alejandría, 182
 Celso, biblioteca, 63, 92
 Celso, escritor, 140, 209
 Celso, médico, 52
 Cesar, ver Julio Cesar
 Cesar Augusto, ver Octavio Augusto

 Cesarión, 36
 Chauvin, 269, 277
 Champion, 242
 Cherf, 45, 46, 51
 Christophorson, 230
 Chosroés, v. Khushraw I
 Cicerón, 38-41, 48, 50, 130
 Cinegio, 100
 Cirilo, 124, 134-136, 139, 145, 151
 Ciro de Alejandría, patriarca, 152, 161, 162
 Claudio I, 52, 61, 68, 74, 75
 Claudión, 102, 103
 Clemente de Alejandría, 61, 71, 77, 80, 81, 90
 Clemente VIII, 229
 Cleopatra VII Philopator, 34, 36, 38, 61, 63, 64, 259
 Coluto, 152
 Cómodo, 53, 71, 79
 Conde de St. Gilles, 180
 Constancio II, 89, 91, 93, 99
 Constante II, 163
 Constantino I, 86, 87, 89, 97, 100, 140, 177, 182
 Constantino VII, 53, 179
 Cosme Indicopleustes, 150
 Cosme el Estudioso, 157
 Cosme y Damián, 108, 123
 Crisóstomo, 30, 105
 Cristo, 280
 Cromwell, 234, 248
 Cynégus, 129

 D'Ablancourt, 230
 Dalechamps, 228
 Damascio, 132, 133, 135, 136, 141, 142, 144, 149, 150
 Dámaso, 209

David Anhaght, v. David el Armenio
 David el Armenio, 148, 152, 154
 Davis, 182
 De Lacy, 89
 Decio, 54, 83
 Demetrio, Abba, 81-83
 Demetrio de Falera, 25
 Denón, 110, 111
 Derda, 137, 144-146, 148, 155
 Descartes, 246
 Devanport, 277
 Didymo, 52
 Didymo el Ciego, 97, 98, 101, 118, 138
 Dinarco, 208
 Diocleciano, 56, 83, 84, 103, 110-113
 Diodoro Siculo, 27
 Dion Cassio, 50, 54, 68, 71
 Dionisio Aeropagita, Pseudo, 151, 210
 Dionisio de Halicarnaso, 208
 Dionisio el Grande,
 obispo de Alejandría, 55, 83
 Dionisio de Corinto, 209
 Dionisio de Tel-Mahre, Pseudo, 168, 169
 Dioscorides, 179, 180
 Dioscoro, filósofo, 138
 Dioscoro de Alejandría, 139, 140
 Domiciano, 48, 52, 69
 Domicio Domiciano, 56
 Domitio Calvinio, 62
 Dozy, 180
 Drake, 87
 Duby, 88
 Dunn, 280
 Durant, 277
 Dziatzko, 36
 Dzielska, 103, 131, 134, 135, 173, 182
 Echellensis, 230, 256
 Edrisi, 78, 166
 Ehrman, 286-288
 El-Abbadi, 32, 45, 55, 130, 131, 145, 276, 279-281, 283-285
 El Adid, 189
 El Balaoui, 171
 El-Hakam, v. Ibn 'Abd-el-Hakam
 El Mashimi, 171
 El Malek el Aziz, 166
 El Melek el Adl, 191
 El Metouakkel, 171
 El Shatby, 192
 El-Tartoussi, 191
 Eladio de Cesárea, 102
 Eladio de Alejandría, 102, 108
 Elbendary, 279
 Elías, filósofo, 145, 148, 149, 152, 154
 Elmacin, v. Al-Makin
 Emiliano, 55
 Empereur, 55, 197, 276, 283
 Enoptio, 133
 Epicuro, 62
 Epifanio de Salamina, 30, 31, 57, 71, 73, 81, 105, 108, 117, 118, 120, 121, 172
 Eratóstenes, 40
 Eruditos de Alepo, 201
 Erpenius, 230, 233, 236, 247, 251-255, 261
 Esculapio, filósofo, 154
 Esteban de Alejandría, 144, 152, 154, 156-158
 Estienne, 228
 Estrabón, 35, 39, 40, 41, 48, 50-52, 64, 68, 121
 Eudoxio de Cnido, 25
 Eulogio, 89

Eulogio, patriarca, 152
 Eumenes I, 62
 Eumenes II, 62
 Eunapio de Antioquía, 104, 105, 109, 114, 120, 125, 190, 270
 Eunapio de Sardes, 77, 98, 101, 130
 Eusebio, filósofo, 138
 Eusebio de Cesarea, 52, 74, 78, 80, 83, 84, 86, 87, 118, 121, 172, 209
 Eutimo, 138
 Eutoquio, 137
 Eutropio, 56, 140
 Eutyquios, 162, 171, 173, 194, 206, 220, 230, 245, 255, 261, 262
 Evagri Ponticus, 90, 101
 Evragio, prefecto, 102, 129
 Evragio Scholasticus, 140

 Fancias, 26
 Farabi, 179, 20
 Fatimidas, Califas, 274
 Fathallah, 243
 Fell, 243
 Fernández, G, 80, 210, 285
 Filón de Alejandría, 28, 53, 63, 68, 80
 Filopono, v. Philoponus
 Filostrato, 68
 Fisher von Erlach, 231
 Flavia, Dinastía, 46, 68
 Flavio Horapolón, 144
 Fletcher, 167
 Floro, 44, 46, 49
 Foley, 45
 Fraser, 51, 52
 Freeman, 276
 Furlani, v. Ibn al Qifti
 Furlani, G., 207, 271, 273, 289

 Gabriel el Egipcio, 170
 Gabriel VII, 229
 Gagnier, 220, 277
 Gaio, 133
 Galeno, 31, 52, 174, 208
 Galieno, 55
 Gelio, 48-50, 53, 55, 223
 Gemaleddinus, v. Ibn al-Qifti
 Gesio, 137, 144
 Georgiades, 272
 Gessner, 228
 Ghevond, 212
 Gibbon, 104, 119, 127, 128, 180, 207, 220, 243, 251, 256, 261, 262, 270, 272-274, 276, 277
 Giorgos Monachos, 53
 Girgis al-Makin, v. Al-Makin
 Goddio, 153
 Golius, J., 230, 233, 236-238, 247, 248, 251-254, 261
 Golius, P., 238
 Gordiano III, 54, 83
 Greaves, 233, 239, 248, 253, 254
 Gregoravio, 108
 Gregorio IX, 211
 Gregorio de Hauran, 174
 Gregorio de Nacianzo, 90
 Gregorio Taumaturgo, 83
 Griffini, 277
 Grillmeier, 163
 Gronovius, 230
 Grotius, 236, 240, 241, 246-248, 252, 254
 Guweida, 279

 Haag, 102
 Habrón, v. Trifón
 Hadschi Chalfa, 262

Haji Khalfah, 220
 Hamartolo, v. Giorgos Monachos
 Hamilton, 228, 229, 239, 249, 254
 Hamza Farouzi, 197
 Hannam, 92, 277
 Hardouin, 151
 Harpocras, 137, 144
 Hassan Fathy, 260
 Hawass, 107,108
 Hecateo de Abdera, 27
 Hector, 277
 Hegel, 259
 Helicón, 58
 Heliodoro de Alejandría, 137, 141, 148,
 151
 Heraclas, 81, 83
 Heraclides de Tarento, 52
 Heraclio, 157, 158, 161, 162
 Heraisco, 138, 144
 Herculiano, 133
 Herculides, 52
 Herenio, 77
 Hermeia de Alejandría, 137
 Hermias Sozomen, v. Sozomen
 Herodas, 27
 Herodoto, 62
 Hesiquio el Hebreo, 133
 Hierocles de Alejandría, 76, 136, 137
 Hiparco de Rodas, 26,40
 Hipócrates, 174
 Hirst, 281
 Hirtio, Pseudo-Hirtio, 35, 37, 38, 41, 43
 Hitti, 271
 Hoffmann, 150
 Homero, 62, 81, 130, 208
 Honorio, príncipe, 108, 123
 Honorio III, 214
 Horacio, 64
 Horapolón, 138
 Hülegü Khan, 206
 Hunayn b. Ishaq, 170, 176, 177
 Hypatia, 16, 124, 130-137, 145, 182,
 273
 Hypatio o Hipacio, 139
 Hypatio, obispo, 151
 Hyvernat, 89
 Ibn 'Abd-el-Hakam, 171,208
 Ibn Abi Usaybi'a, 180
 Ibn al-Ibri, v. Abulfaragius
 Ibn al-Qifti, v. Al Qifti
 Ibn an-Nadim, v. An-Nadim
 Ibn Chaledun, 262
 Ibn Dukmak, 192, 222
 Ibn Goubair o Ibn Yubayr, 79, 166, 191
 Ibn Hajar al Askalani, v. Al Askalani
 Ibn Juraij, 192
 Ibn Khaldun, 173, 176, 220, 221
 Ibn Nubata, 177
 Ibn Obeid, 172, 197
 Ibn Rusta, 148
 Ibn Toulum, 179
 Ibn Toulum, 179
 Ibn Yulyul, 179, 180
 Inés, 7
 Innis, 181
 Inocencio III, 214
 Inocencio de Maronia, 161
 Ireneo, 25,209
 Irwin, 237, 244
 Isacco, 172
 Isidoro, monje, 53,71
 Isidoro de Sevilla, 57, 180
 Isidoro, filósofo, 135, 137, 138, 141,
 144
 Isidoro de Pelusio, 101, 190

Isión, 133
 Ismael, 168
 Istakhri, 164

 Jacob Romano, 239
 Jacobo o Jaime de Edesa, 174
 Jakober, 260
 Jalid b. Yazid, v. Yazid
 Jámblico, 78, 133, 152
 Jerónimo, 58, 82, 98, 121
 Jesús, 86, 139, 169
 Jevenois, de, 7, 85, 162, 280
 Joliffe, 259
 Jomard, 153
 Jorge, v. Jorge de Capadocia
 Jorge de Alejandría,
 v. Jorge de Capadocia
 Jorge de Capadocia, 91-93, 108, 277
 Josefo, 28, 50, 63, 64
 Joseph Barbatus, v. Abudacnus
 Joshua, 86
 Joviano, 93, 123, 127
 Juan Bautista, 108, 123
 Juan Cassio, 96
 Juan Crisóstomo, v. Crisóstomo
 Juan de Alejandría, 174
 Juan de Antioquía, 56
 Juan de Apamea, 138, 155
 Juan de Nikiu, 56, 95, 96, 108, 122-124,
 135, 136, 145, 161, 162, 170, 278
 Juan el Gramático, v. Philoponus
 Juan el Limosnero, 157
 Juan Lido, 154
 Juan Madabba, v. Juan de Nikiu
 Juliano, 91, 93, 123, 125, 140
 Juliano de Halicarnaso, 149
 Julio Cesar, 15, 19, 20, 34-39, 41-51,
 54-56, 62-64, 68, 115-117, 119-121,
 171, 190-193, 196, 200, 208, 211, 223,
 224, 232, 234, 235, 259-262, 269, 271,
 276, 280-282
 Julio-Claudia, Dinastía, 39, 41, 46, 64,
 208
 Justiniano, 87, 149, 150, 152
 Justino II, 153

 Kaplow, 93
 Karakoush, 166
 Kassim b. Asbag, 180
 Katchen, 246
 Kennedy, 285
 Khalifa, 11
 Khushraw I, Chosroés, 150
 Kraemer, 212

 Lactancio, 84
 Lagidas, v. Ptolomeos
 Lanciani, 92, 145
 Laorty-Hadji, 262
 Laud, 236, 238-241, 248, 252-254
 Le Bon, 263, 277
 Le Roy, 228
 León I, 141
 León III, 212
 Lépidio, 36
 Leroux, 32, 141
 Levering Lewis, 282
 Lewis, 176, 270, 271, 273-277, 279,
 282-285, 288
 Leyh, 75
 Libanio, 99, 105, 140, 145
 Lippert, 265, 281
 Lipsius, 230
 Livio, v. Tito Livio
 Longino, 76, 77
 Lucano, 35, 42-46, 49

Luciano, 83
 Lúculo, 36
 Luis IX de Francia, 191
 Lutero, 233

 Macario, San, 101
 Macario, Fra, v. Abudacnus
 MacCoull, 149
 Macrobio, 70
 Majcherek, 93, 130, 137, 145, 146, 152, 154, 155, 278
 Mahoma, v. Muhammad
 Maimónides, 207, 212, 243, 245
 Malalas, 135
 Manetón, 27
 Manuel, 163
 Maqrizi, 79, 113, 172, 222, 223, 261, 262, 266, 268, 287
 Marciano, 140, 141
 Marción, 209
 Marco Antonio, 36, 61, 62, 68
 Marco Aurelio, 52, 53, 71, 269
 Marcos y Tejo, 143
 Marcos, San, 80, 191
 María, 169
 Mármol, 223, 224, 228, 230, 246
 Marshall, 254
 Masaryawaih, 176
 Mason Neale, 128
 Maseró, 138
 Mas'udi, v. Al-Mas'udi
 Matter, 128
 Maximino, 84
 Mckenzie, 79, 148, 164, 217, 218
 Melania, 118
 Menas, 109
 Messadié, 276
 Meyerhof, 163, 174
 Miguel, San, 89

 Miguel el Sirio, 168
 Moisés, 95, 192, 244
 Moro Bar Kustant, 157
 Moschos, 156, 157
 Muhammad, 167, 173, 196, 220, 234, 244, 251, 271
 Munchausen, 231
 Munier, 129, 158
 Murtada Mutahhari, 277
 Murtadi, 220, 262

 Nahawi, v. Philoponus.
 Napoleón, 110, 232
 Nemesio, 132, 133
 Nerón, 39, 46
 Nestorio, 139, 144
 Nicéforo Callisto, 149
 Nicolas, 180
 Nadim, v. An-Nadim
 Niebuhr, 277
 Nilo, San, 101
 Nonno de Panópolis, 78, 116
 Norden, 112, 231
 Norry, 110
 Nur al-Din, 201

 Obispo nestoriano, 168
 Ocley, 277
 Octaviano, v. Octavio Augusto
 Octavio Augusto, 36, 38, 39, 51, 64, 67
 Olympio, 102, 129
 Olimpodoro el Viejo, 132, 137, 148
 Olimpodoro el Joven, 148, 149, 152, 153
 Omar, 19, 161, 162, 172, 195, 196, 199, 206, 207, 220, 221, 255, 259, 260, 262, 263, 269-271, 273-275, 277, 278, 282, 291
 Omar, Pseudo, 196, 197, 199, 200, 205-

-207, 213, 220, 261, 262, 265, 289,
 291, 292
 Omar II, 175, 176, 212
 Omeya, Dinastía, 175, 176
 Onasandro, 32
 Oppio, 36
 Orestes, 133
 Orígenes, u Orígenes el Cristiano, 77,
 80, 81-84, 90, 97, 101, 138, 152,
 209, 210
 Orígenes el Joven, v. Pierio
 Orígenes el Pagano, 77, 81
 Orfeo, 76
 Orión, 137
 Orosio, 49-51, 56, 113, 119-121, 180,
 195, 196, 200, 206, 222, 260, 262,
 263, 270
 O'Shea, 163, 282
 Osio, 86
 Owen, 241, 248, 254

 Pablo, San, 88, 209
 Pablo de Egina, 174
 Pacomio, 88
 Paladio de Helenópolis, 100, 101, 190
 Palladas, 102, 103
 Palmer, 168
 Panfilio, 84
 Panfilo, 210
 Panteno, 79, 80, 81
 Papadimitriou, 94
 Paralio, 143
 Parsons, 36
 Pasor, 236
 Paulo Alvarus, 178
 Pedro, apóstol, 211
 Pedro, filósofo, 133
 Pedro III Monge, 141, 143
 Pedro I de Alejandría, 84
 Pérez Cortés, 151
 Perrault, 230
 Persio, 92
 Pervez Hoodbhoy, 277
 Petri Rahebi, 219, 230, 256
 Philoponus, 137, 148-152, 156, 172,
 195, 196, 200, 285, 289, 290
 Pierio, 83
 Pietro della Valle, 247
 Pigafetta, 228
 Piso, 62
 Pitágoras, 91
 Platón, 76, 77, 81, 90, 133, 142, 144,
 150, 152, 154, 156, 169, 217
 Plauto, 29
 Plinio el Viejo, 30, 62, 64
 Plinio el Joven, 47
 Plowden, 234
 Plotino, 77, 78, 133, 137, 142, 152,
 156, 202, 272
 Plutarco, 31, 35, 46-50, 53, 55, 62, 81
 Pococke, E., o Pocock, 17, 20, 230, 232,
 236-257, 261, 264, 265, 270, 272,
 273, 290, 292
 Pococke, E., el Joven, 231, 243, 249
 Pococke, R., 231
 Polastron, 76, 99, 155
 Polibio, 32, 61
 Polión, 35, 36, 64
 Pollaud, 129
 Pollio, 41, 47
 Pompeyo, 41, 42, 84, 110, 190
 Porfirio, filósofo, 76-78, 86, 133, 140,
 154, 202
 Porfirio, carta,
 Poseidios, 111
 Postel, 228
 Preste Juan, 250
 Prince, 150

- Proclo, 132, 136, 137, 142, 151
 Profeta, v. Muhammad
 Próspero, 102
 Proterio, 140, 141
 Ptolomeo, astrónomo, 133, 233
 Ptolomeo I Soter, 25, 27, 30, 61, 195
 Ptolomeo II Filadelfos, 25, 28-30, 50, 53
 Ptolomeo III Evergetes, 30, 31, 61
 Ptolomeo VII Evergetes II Physcon, 32
 Ptolomeo VIII Soter II, 32
 Ptolomeo XIII, 34
 Ptolomeos, 10, 11, 25-28, 31, 33, 35, 48, 49, 53, 54, 62, 64, 65, 67, 72, 113, 115, 117, 126, 172, 208, 227, 262, 263, 270
 Ptolemaicos, v. Ptolomeos

 Qasim b. Asbag
 Qassem Abdu Qassem, 279, 283, 284

 Rabula de Edesa, 139
 Rachet, 272, 273
 Ramshausen, von, 230
 Rassias, 143
 Rau, 263
 Raulhac, 153
 Reid, 129
 Reizenstein, 91
 Renan, 277
 Renaudot, 231, 243, 261
 Riaño Alonso, 28, 36
 Ricoldo de Monte Croce, 181
 Rodríguez Valcárcel, 208, 209
 Robertson, 269
 Romano, emperador, 179, 180
 Romano, filósofo, 149
 Romano, general, 102

 Rufino de Aquileia, Rufino Tyrannio, 72, 73, 79, 97, 98, 113, 114, 118-121, 125, 134, 190, 210, 217, 218
 Russell, 271
 Ryer, du, 230

 Sa'd bin Abi Waqqas, 220
 Sabeos, 168
 Said ben Batricy, v. Eutyquios
 Saint-Génis, 111, 112
 Saint-Hilaire, E. G., 231, 232
 Saint-Hilaire, I. G., 231
 Saladino, 189, 191, 199, 205, 207, 220, 273-276, 279, 283, 284, 287
 Saleh el Din, v. Saladino
 Samir Khalil Samir, 270
 Sanutio, 162
 Saradi-Mendelovici, 99
 Sarefield, 87, 139
 Sarriegui, 260
 Saunders, 107, 177
 Scaliger, 229, 232, 251
 Sedillot, 277
 Segón, 260
 Segundo Triunvirato, 36, 39
 Selden, 230, 236, 237, 241, 245, 248, 252-256
 Séneca, 77
 Séneca el Joven, 31, 41, 42, 46, 49, 52
 Séneca, los, 42, 44, 45
 Séptimio Severo, 71, 81, 106
 Serageldin, 279
 Sereno Sarmónico, 92
 Sergio de Res Aina, o de Teodosiópolis, 155
 Seti I, 112
 Severo de Antioquía, 142, 149, 151, 210
 Severo Muqaffa, 168, 172, 173, 179,

194, 206, 261, 269
 Severo Seboth, 174
 Severos, Dinastía, 54
 Severus, 231
 Shafaat, v. Ahmad Shafaat
 Shamsuddín, 260, 277
 Sheik Fathallah, 238
 Shenoute de Atripe, 139, 140
 Shibli Un'mani, 277
 Sider, 62,72
 Sidi Gaber, v. Ibn Goubair.
 Silk, 281
 Simeón, San, 138
 Simeón Metafrastes, 182
 Simón, 247
 Simplicio, 137,142
 Simplicio, filósofo s. VI, 154
 Sinesio de Cirene, 131-134, 148
 Singhal, 272
 Sionita, 240
 Siriano, 136, 137
 Sirkuh, 189
 Siro, 133
 Sócrates, 76
 Sócrates de Constantinopla, 86, 87, 91-93, 102-104, 121, 132, 135, 190, 228, 230, 270
 Sócrates Scholasticus, v. Sócrates de Constantinopla
 Sofronio, 121
 Sofronio, San, 156, 157
 Sonnini, 153, 165
 Sosipatra, 98
 Sozomen, 70, 94, 108, 109, 121, 190, 270
 Spinoza, 246
 Stanley y Jorstad, 95, 96
 Stiglmayr, 151
 Stiros, 94, 96
 Suetonio, 35, 36, 38, 39, 47, 48, 50, 68, 69, 74
 Suyuti, 79, 164, 222
 Syncello, 29, 71
 Szabat, 144
 Tabari, 173, 208, 220
 Tácito, 61, 68, 116
 Taylor, v. Laorty-Hadji
 Teja, 143
 Temistio, 89,90
 Temistio, diácono, 151
 Teodora, 152
 Teodoreto, 70, 91, 108, 109, 121, 132, 190
 Teodoro, Abba, 97
 Teodoro, emperador etíope, 170
 Teodoro, filósofo, 133
 Teodoro, general, 161
 Teodoro Metochites, 211, 212
 Teodoro, monje, 157
 Teodosio, patriarca, 152
 Teodosio, v. Teodosio I
 Teodosio I, 99-102, 108, 110, 116, 118, 122-124, 128, 170, 223, 224, 232, 234, 261, 270, 276, 277, 278, 280, 281, 285
 Teodosio II, 124, 125, 136, 139, 140, 145
 Teofanes, 181
 Teófilo, 16, 19, 20, 97, 98, 100-104, 108-110, 116, 119, 121-124, 128, 129, 134, 136, 138, 139, 145, 170, 172, 190
 Teofrasto, 29
 Teognosto, 83
 Teosebio, 136

- Teotecno, 133
 Terenci Moix, 7
 Tertuliano, 31, 72, 115-117, 120, 171, 211
 Thaljah, 238
 Theón, comentarista, 52
 Theón, rétor, 141
 Theón, astrónomo, 93, 131, 132, 173
 Theonas, 83,84
 Thévenot, de, 230
 Thevet, 228
 Thierry, 101
 Thofat al Albab, 166
 Tiberio, 52
 Timoteo I, 123, 124
 Timoteo, patriarca, 148
 Tiranión, 36
 Tito, 69
 Tito Livio, 26, 41, 42, 44, 46, 47, 173, 211
 Tolan, 169, 182
 Toomer, 233, 240, 251, 252
 Trajano, 47, 52, 64, 69, 93
 Trifón o Habrón, 52
 Tyacke, 233, 239, 242, 250
 Tzétzés, 29-31, 50, 57

 ‘Umar Ibn al-Khattab, v. Omar
 Uthman ibn Affan, 163

 Varrón, 35, 36
 Valente, 96, 99, 123
 Valeriano, 55, 83
 Valerio Diodoro, 75
 Vespasiano, 52, 68, 74
 Veyne, 87, 88
 Vitrubio, 26, 230
 Vossius, 236-238, 240-242, 247, 248, 252-254, 256

 Wakidi, El, 170
 Wakideo, Pseudo, 170
 Walid b. Jayzurán, 180
 Wansleben, 231
 Watts, 90, 147-150
 Wells, 167
 Westerink, 154
 White, 231, 242, 243, 272, 281
 Wiet, 208, 271-273
 Wilson, 154
 Winterling, 68

 Yakut, 17, 216-219
 Ya’qub, 229
 Yazid, 175
 Yehia Ibn Ayoub, 161
 Yehia Ibn Daoud, 171
 Yiagia al Nahawi, v. Philoponus
 Yuhanna b. Haylan, 179
 Yusuf ibn Abu Dhaqan, v. Abudacnu

 Zacarías Scholasticus, 121, 142, 143, 148, 190
 Zaky, 129, 158
 Zarif, 164
 Zawzani, 199-205, 215, 265-268, 286
 Zenobia, 55, 77
 Zenón, 141, 144, 151
 Zintzen, 135
 Zogheb, 129
 Zoilo el Lector, 157
 Zonaras, 49, 50
 Zoroastro, 30
 Zósimo, 86, 100, 121, 190
 Zósimo de Gaza, rétor, 144

Autores y obras mencionadas en el texto

- 'Abd al Latif, "*Relación de Egipto*", 79, 199, 205, 231, 243, 255, 272, 278
- Abudacnus, "*Historia de los Jacobitas o Coptos*", 230, 254
 "*Carta a Scalinger*", 229
- Abulfaragius, "*Crónica*", 194, 203, 241-243, 255, 256, 270, 277
 "*Crónica Siriaca*", 194, 203, 221, 241, 256
 "*Crónica Eclesiástica*", 194, 256
 "*Espécimen de la historia de los árabes*", 194, 203, 221, 241-243, 245,
 255, 256, 267, 270
- Abulfeda, "*Historia Universal*", 164, 220
- Acharya, "*The Christ's Conspiracy*", 280, 288
- Aftonio de Antioquia, "*Ejercicios de Retórica*", 73, 118
- Agathias, "*Agathias*", 152
- Ahmad Shafaat, "*Islamic Perspectives. A review of: Pervez Hoodbhoy, Islam and Science: Religious Orthodoxy and Battle for Rationality*", 277
- Al Askalani, "*Diccionario Bibliográfico*", 220
- Al Baladhuri, "*La Conquista de los Países*", 171
- Al-Biruni, "*Mensajes del Kindi*", 212
- Al-Makin, "*La buena fortuna del loco*" o "*Crónica*", 220, 251, 255
- Al Qifti, "*Las Escuelas de los Hombres Sabios*", 199, 265, 266
 "*Manuscrito Árabe de París*", 333, 267
- Al-Yahiz, "*En alabanza de los comerciantes*", 179
- Alsina Clota, "*El neoplatonismo. Síntesis del espiritualismo antiguo*", 91
- Amiano Marcelino, "*Historia Romana*", 31, 49, 55, 56, 61, 70, 71, 84, 87, 93-95,
 115, 116, 130, 190
- Amperé "*Voyage en Egypte et en Nubie*", 104, 263
- 'Amru, "*Carta al Califa Omar*", 162, 171, 172, 220, 255
- 'Amru, Pseudo, "*Carta apócrifa al Califa Omar*", 195, 262, 289
- An Nadim, "*El Libro de los Índices*", 172, 175, 177, 195, 285
 "*Antiguo Testamento*", 30
 "*Antología Palatina*", 26
- Antonio Mártir, "*Crónica*", 153

- Arce, “*Fana, Tempia, Delubra, Destruui, Praecipimus: El Final de los Templos de la Hispania Romana*”, 100
- Arculfo, “*Sobre los Lugares Santos*”, 164
- Ariés y Duby, “*Historia de la vida privada. Del Imperio Romano al año mil*”, 88
- Aristeo, “*Carta de Aristeo a su hermano Filocrates*”, 28
- Atanasio, “*Vida de Antonio*”, 91
 “*Defensa contra Constancio*”, 89
 “*Carta*”, 96
 “*39ava Carta Festal*”, 97
- Ateneo, “*El Banquete de los Sabios*”, 53, 54, 228
- Atiya, “*A History of Eastern Christianity*”, 271
- Bagnall, “*Egypt, from Alexander to the Early Christian*”, 106
- Bakhoum, “*Dieux égyptiens á Alexandrie sous les Antonins. Recherches numismatiques et historiques*”, 70
- Balbillo, “*Tablilla*”, 75
- Basilio, “*Menologio de Basilio*”, 182
- Bayle, “*Historical and Critical dictionary*”, 234
- Benjamín de Tudela, “*Itinerarios*”, 217
 “*Biblia*”, 130, 154, 167, 174, 209, 234, 236, 246, 247, 252
- Blanc, “*Voyage de la Haute-Egypte*”, 269
- Blázquez, “*Sinesio de Cirene, intelectual. La escuela de Hypatia en Alejandria*”, 131, 133, 135, 278
- Bonamy, “*Disertación histórica sobre la Biblioteca de Alejandria*”, 231
- Botti, “*L’Acropole d’Alexandrie et le Serapeum d’après Aphthonius et les fouilles*”, 125, 283
 “*Fouilles á la colonne theodosienne, 1896*”, 56, 75, 77, 110-113, 125-127, 166, 264, 281
 “*Plan du quartier “Rhacotis” dans l’Alexandrie romaine*”, 125
 “*M.S. Árabe de Paris, del 1067*”, 166
- Breccia, “*Alexandria ad Aegyptum*”, 114
- Bury, J.B., “*History of the Later Roman Empire*”, 220, 270
- Bury, de, R., “*El que ama los libros*”, 223
- Butler, “*The Arab conquest of Egypt and the last thirty years of the roman dominion*”, 54, 55, 79, 83, 89, 92, 113, 127, 128, 153, 156, 157, 164, 172, 192, 194, 205, 214, 216, 220, 256, 263, 264
- Calimaco de Cirene, “*Tablas*”, 29
- Calistenes, Pseudo, “*Vida de Alejandro*”, 71

- Canfora, “*The Vanished Library. A Wonder of the Ancient World*”, 260
- Canivet, “*L’Égypte*”, 269
- Casanova, “*L’incendie de la bibliothèque d’Alexandrie par les Arabes*”, 270, 274
- Casaubon, I., “*El Banquete de los Sabios*”, 230
- Champion, “*The Pillars of the Priestcraft Shaken: The Church of England and its Enemies, 1660-1730*”, 242
- Chauvin, “*Le Livre dans le monde arabe*”, 269
- Cherf, “*Earth, Wind and Fire: The Alexandrian Fire-Storm of 48 B. C.*”, 45, 46, 51
- Christopherson, “*Historia Ecclesiastica*”, 230
- Cicerón, “*Carta a Bruto*”, 39
- Cirilo, “*Contra Juliano*”, 136
- Clemente de Alejandría, “*Exhortaciones contra los paganos*”, 71
 “*Tapices*”, 81
 “*Protreptico*”, 61
- Clemente, Pseudo, “*Libro de Clemente*” 211
 “*Collectio Philosophica*”, 142
- Constancio II, “*Constituciones*”, 89
- Constantino, Pseudo, “*Donaciones de Constantino*”, 211
- Constantino I, “*Edicto*”, 86
 “*Corán*”, 196, 236, 278
 “*Corpus Hermeticum*”, 138
- Cosme Indicopleustes, “*Topografía Cristiana*”, 150
- Crisóstomo, “*Primera Homilía contra los Judíos*”, 30, 105
 “*Crónicas Alejandrinas*”, 68,100
- D’Ablancourt, “*Descripción de Africa*”, 230
- Dalechamps, “*El Banquete de los Sabios*”, 228
- Damascio, “*PH*”, 132, 133, 135
 “*Vida de Isidoro*”, 141
- Davis, “*Alexandria: The Golden City*”, 182
- De Lacy, “*The Saints of Egypt*”, 89
- Denón, “*Voyage dans la Basse et la Haute Egypte, pendant les campagnes du general Bonaparte*”, 110
- Derda y otros, “*Alexandria, Auditoria of Kom El-Dikka and Late Antique Education*”, 137, 144-146, 148, 155
 “*Diccionario Histórico o Biografía Universal Compendiada*”, 154
- Diodoro Siculo, “*Biblioteca Histórica*”, 27

- Dion Cassio, "*Historia Romana*", 49,53,54,68,71
- Dionisio Areopagita, Pseudo, "*Los Nombres Divinos*", 151
 "*Teología Mística*", 151
 "*Jerarquía Celestial*", 151
 "*Jerarquía Eclesiástica*", 151
- Dionisio de Halicarnaso, "*Sobre Dinarco*", 208
- Dionisio de Tel-Mahre, Pseudo, "*Crónicas de Zuqnin*", 168
- Dioscorides, "*Materia médica*", 179
- Dioscoro de Alejandría, "*Carta*", 139
- Didymo, "*Comentarios*", 52
- Dozy, "*Historia de los Musulmanes en España*", 180
- Drake, "*Violence in Late Antiquity: Perceptions and Practices*", 87
- Dzielska, "*Learned Women in the Alexandrian Scholarship and Society of Late Hellenism*", 131
 "*Hypatia of Alexandria*", 103, 134-136, 173, 182
- Dunn, "*The Ancient University of Alexandria*", 280
- Echellensis, "*Crónica oriental*", 230, 256
- Ehrman, "*Misquoting Jesus*", 286-288
- El-Abbadi, "*Life and fate of the Ancient Library of Alexandria*", 276, 284
 "*The Library of Alexandria in History*", 281
 y otr., "*What Happened to the Ancient Library of Alexandria*", "*Demise of the Daughter Library*", 32, 45, 55, 130, 131, 145, 197, 283
- Elbendary, "*Defining bibliotheca*", 279
- Elías, "*Sobre las 'Categorías' de Aristóteles*", 149, 154
 "*Comentarios sobre la 'Isagoge' de Porfirio*", 145
 "*Antes de la Analítica*", 154
- Empereur, "*Alexandrie, le joyau d'Égypte*", 276
 "*The destruction of the Library of Alexandria. An archaeological viewpoint*", 55, 197, 283
- Epifanio de Salamina, "*Patrología Griega*", 57
 "*Libro de las medidas y pesas*", 30, 31, 57, 71, 73, 117, 118
 "*Contra Herejes*", 81, 108
- Erpenius, "*Crónica*", 230
 "*Escrituras*", v. "*Biblia*"
- Estienne, "*Código Regio*", "*Diccionario Latino-Francés*", 228
- Estrabón, "*Geografía*", 26, 39, 40, 64

- Eunapio de Antioquía, “*Vida de Edesio*”, 104, 109, 270
 “*Vida de Antonio*”, 104
- Eunapio de Sardes, “*Vida de los Sofistas*”, 77, 98, 101, 130
- Eusebio de Cesarea, “*Historia Eclesiástica*”, 52, 80, 84, 118, 121, 209
 “*M. S. Copto de París*”, 78
 “*Vida de Constantino*”, 86, 87
- Eutropio, “*Compendio de Historia Romana*”, 56
- Eutyquios, Said ben Batricy, “*El Collar de las Perlas Preciosas*”, 171, 230, 245, 255
 “*Evangelios*”, 97, 240
 “*Evangelios Gnósticos*”, 97
- Evragio, “*Historia Eclesiástica*”, 140
- Fanias, “*Epigramas*”, 26
- Fernández, “*El Didascalieon y la Mártir Catalina de Alejandria*”, 80
 “*La cristianización de la Filosofía antigua en Atenas y Alejandria*”, 210,
 285
- Filón, “*Vida de Moisés*”, 28
 “*Embajada de los Judíos a Gaio*”, 53, 63, 68
- Filostrato, “*Vida de Apolonio de Tyana*”, 68
- Fletcher, “*The Cross and the Crescent. The Dramatic History of the Earliest Encounters between Christians and Muslims*”, 167
- Floro, “*Epitome de las Gestas de los Romanos*”, 44
- Foley, “*El fuego siembra la muerte en Australia*”, 45
- Fraser, “*Ptolemaic Alexandria*”, 51, 52, 75
- Freeman, “*The Closing of the Western Mind. The Rise of Faith and the Fall of Reason*”,
 276
- Furlani, “*Giovanni il Filopono e l'incendio della Biblioteca de Alessandria*”, 207, 271,
 289
- Galeno, “*Obras completas*”, 31
 “*Comentarios a las «Epidemias» de Hipócrates*”, 31, 208
- Gelio, “*Noches del Atica*”, 48
- Georgiades, “*L'etrange destin de la biblioteque d'Alexandrie*”, 272
- Gessner, “*Biblioteca universal*”, 228
- Gibbon, “*The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*”, 104, 119, 127,
 128, 207, 220, 256, 261
- Goddio, “*Tesoros sumergidos de Egipto*”, 153
- Golius, “*Diccionario Árabe-Latin*”, 230

- Grillmeier, “*Christ in Christian Tradition*”, 163
- Grotius, “*Sobre la Verdadera Religión Cristiana*”, 240, 241
 “*Sobre el derecho de guerra en tiempos de paz*”, 248
- Haag “*The Timeline History of Egypt*”, 102
- Hamilton, “*An Egyptian Traveller in the Republic of Letters: Josephus Barbatus or Abudacnus*”, 229, 239, 249, 254
 “*The Copts and the West, 1439-1822. The European Discovery of the Egyptian Church*”, 228, 229
- Hannam, “*The Foundation and Loss of the Royal Libraries of Alexandria*”, 92
 “*The Mysterious Fate of the Great Library of Alexandria*”, 277
- Hawass, “*Valley of the Golden Mummies*”, 107
- Hegel, “*Filosofía de la Historia Universal*”, 259
- Hirst y otr. “*Alexandria: Real and Imagined*”, 281
- Hirtio, Pseudo, “*Guerras Alejandrinas*”, 37
 “*Libro VIII de los Comentarios de las Guerras de las Galias*”, 38
 “*Historia Acéfala*”, 93
- Hitti, “*History of the Arabs*”, 271
- Hoffmann, “*Philoponus and the Rejection of Aristotelian Science*”, 150
- Horacio, “*Odas*”, 64
- Horapolón, “*Jeroglíficos*”, 138
- Hunayn b. Ishaq, “*Ideas únicas de los filósofos*”, 177
- Hypatio, “*Calinico*”, 139
- Hyvernat, “*Actas de los Mártires de Egipto*”, 89
- Ibn-'Abd-el-Hakam, “*Conquista de Egipto*”, 171
- Ibn Abi Usaybi'a, “*Noticias sobre las generaciones de médicos*”, 180
- Ibn Dukmak, “*Descripción de Egipto*”, 192, 222
- Ibn Goubair, “*A través de Oriente*”, 79, 191
- Ibn Khaldun, “*Introducción a la historia*”, 173, 176, 220
- Ibn Yulyul, “*Prólogo sobre Dioscorides*”, 180
- Innis, “*The Bias of Communication*”, 181
- Inocencio de Maronia, “*Crónica*”, 151
- Ireneo, “*Contra los Herejes*”, 25
- Irwin, “*Dangerous Knowledge. Orientalism and its Discontents*”, 237, 244
- Isidoro de Sevilla, “*Etimologías*”, 57
- Isidoro de Pelusio, “*Epístolas*”, 101
- Istakhri, “*Biblioteca Geográfica Árabe*”, 164

- Jámblico, “*Acerca de los Misterios Egipcios*”, 78
- Jerónimo, “*Vidas de Hombres Ilustres*”, 82, 121
 “*Epístola*”, 98
- Jevenois, de, “*La continuidad del mundo antiguo en el arte y la cultura de los Coptos*”,
 10, 85, 162
 “*La destrucción de la Gran Biblioteca de Alejandría por los árabes: La leyenda imposible*”, 10
 “*La leyenda de la destrucción de la Gran Biblioteca de Alejandría por los árabes: Una falsificación histórica*”, 11, 280
- Joliffe, “*Lettres sur la Palestine, la Syrie et l’Egypte*”, 259
- Josefo, “*Antigüedades Judías*”, 28
 “*Embajada de Filón y los Judíos alejandrinos ante Calígula*”, 64
- Juan Cassio, “*Comentarios*”, 96
- Juan de Nikiu, “*Crónica*”, 56, 95, 108, 122-124, 135, 136, 145, 161, 162, 170
- Juliano, “*Cartas a los Alejandrinos*”, 91
 “*Cartas. A Porfirio*”, 91
- Julio Cesar, “*Comentarios de las Guerras Civiles*”, 34,35,37,44
- Justiniano, “*Decreto del 529 d. C.*”, 149
- Kaplow, “*Religious and Intercommunal Violence in Alexandria in the 4th and 5th Centuries CE*”, 93
- Katchen, “*Christian Hebraist and Dutch Rabbis*”, 246
- Kennedy, “*The Great Arab Conquests. How the spread of Islam changed the world we live in*”, 285
- Kraemer, “*Maimonides*”, 212
- Lactancio, “*Sobre Victimias de Persecuciones*”, 84
- Lanciani, “*Ancient Rome in the light of Recent Discoveries*”, 92, 145
- Laorty-Hadji, “*LEgypte*”, 262
- Le Bon, “*La Culture des Arabes*”, 263
- Leroux, “*Damascius and the Collectio Philosophica*”, 32, 142
- Levering Lewis, “*God’s Crucible. Islam and the Making of Europe, 570-1215*”, 282
- Lewis, B., “*The Arabs in History*”, “*Los Árabes en la Historia*”, 176, 271
 “*The Vanished Library*”, 273, 275, 282, 283, 287
 “*The Arab Destruction of the Library of Alexandria: Anatomy of a Myth*”,
 283, 287
- Leyh, “*Manual de Biblioteconomía*”, 75
 “*Libros de Thoth*”, 137
- Libanio, “*A favor de los Templos*”, 99

- “Oración”, 105
 “Chriae”, 145
 Lippert, “*Las Escuelas de los Hombres Sabios*”, 265, 281
 Lipsius, “*Sobre Bibliotecas*”, 229
 Longino, en “*Vida de Plotino*” de Porfirio, 76
 Lucano, “*Guerras Civiles*” o “*Farsalia*”, 42, 43
 Macrobio, “*Saturnalia*”, 70
 MacCoull, “*The historical Context of John Philoponus in Byzantine-Coptic Egypt*”,
 149
 Maimónides, “*Puerta de Moisés*”, 244, 245
 “*Código de Maimónides*”, 212, 245
 “*Mishneh*”, 245
 Majcherek, “*Declaraciones sobre Kom El-Dikka*”, 278
 “*Academic Life of Late Antique Alexandria. A View from the Field*”, 130,
 145
 “*Late Roman Auditoria of Alexandria. Archaeological Overview*”, 137,
 145, 146, 152, 155
 “*Manuscrito Árabe 580*”, de París “*Descripción de Alejandria*”, 166
 “*Manuscrito Copto de Teófilo*”, 104
 “*Manuscrito Copto de París*”, 78,179
 Maqrizi, “*Relación*”, 79
 “*Las mezclas del comerciante de drogas medicinales*”, 222
 Marciano, “*Decreto del 455 d. C.*”, 140
 Marcos y Teja, “*Tolerancia e intolerancia religiosa en el Mediterráneo antiguo: Temas
 y Problemas*”, 143
 Mármol, “*Descripción de Africa*”, 223, 228, 230, 246
 Masperó, “*Horapollon et la fin du paganisme égyptien*”, 138
 Mason Neale, “*History of the Holy Eastern Church, the Patriarchate of Alexandria*”,
 128
 Matter, “*Histoire de l’École d’Alexandrie*”, 128
 Mckenzie, “*The Place where Alchemist and Scholars sit (...) was like stairs*”, 79, 148,
 164, 217
 Messadié, “*La Fortune d’Alexandrie*”, 276
 Meyerhof, “*Desde Alejandria hasta Bagdad*”, 163, 174
 Miguel el Sirio, “*Crónica*”, 168
 Moschos, “*Prados Espirituales*”, 156, 157
 Muhammad, “*Dichos*”, 167

- Munchausen, “*Adventures in Africa*”, 231
- Munier, “*L’Egypte Byzantine, de Dioclecien á la Conquete Arabe*”, 129
- Nestorio, “*Bazar de Heracleides*”, 139
- Nicéforo Callisto, “*Historia Eclesiástica*”, 149
- Nonno de Panópolis, “*Sobre lo Dionisiáco*”, 78
- Norden, “*Voyage d’Egypte et de Nubie*”, 112, 231
- Norry, “*Extrait d’un rapport sur la colonne de Pompée, lu á l’Institut, par le citoyen Norry, le 6 vendémiaire an 7*”, 110
- “*Nuevo Testamento*”, v. “*Evangelios*”
- Obispo nestoriano, “*Carta*”, 168
- Olimpiodoro el Joven, “*Comentarios*”, 152
- “*Comentarios sobre los «Meteoros» de Aristóteles*”, 153
- Omar, Pseudo, “*Carta apócrifa a Amru*”, 196, 197, 200, 207, 213, 261, 262, 265, 289, 291, 292
- “*Carta apócrifa a Ali Waqqas*”, 220, 221
- Orígenes, “*Hexapla*”, 81, 209
- “*Contra Celso*”, 209
- “*Sobre los primeros principios*”, 82
- Orosio, “*Historia*” o “*Siete Libros para Refutar a los Paganos*”, 50, 56, 119, 180, 222, 262, 270
- O’Shea, “*Sea of Faith. Islam and Christianity in the Medieval Mediterranean World*”, 163, 282
- Pablo, San, “*Epistolas*”, 209
- Pablo de Egina, “*Materia médica*”, 174
- Paladio, “*Diálogos sobre la vida de Juan Crisóstomo*”, 100, 101
- Palmer, “*The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*”, 168
- Panfilo, “*Apología*”, 210
- Papadimitriou, “*Rupture model of the Great A. D. 365 Crete earthquake in the southwestern part of the Hellenic Arc*”, 94
- “*Papiro Kron*”, 27
- Paulo Alvarus, “*Pequeño índice luminoso*”, 178, 179
- “*Pentateuco*”, 28, 212
- “*Pentateuco Samaritano*”, 247
- Pérez Cortés, “*Palabras de filósofos, oralidad, escritura y memoria en la filosofía antigua*”, 151
- Perrault, “*Sobre Arquitectura*”, 230

- Petri Rahebi, “*Crónica oriental*”, 219,230,256
- Philoponus, “*Contra Proclo*”, 149
 “*Contra Aristóteles*”, 150
 “*Comentarios a Aristóteles*”, 156
- Pietro della Valle, “*Pentateuco Samaritano*”, 247
- Pigafetta, “*Viaggio da Creta in Egitto ed al Sinai, 1576-77*”, 228
- Plauto, “*Escolios sobre Aristofanes*”, 29
- Plinio el Viejo, “*Historia Natural*”, 30,62,64
- Plinio el Joven, “*Cartas*”, 47
- Plotino, “*Eneadas*”, 77,78,156
 “*Teología de Aristóteles*”, apócrifo, 156
- Plowden, “*In a «Free Republic» Life in Cromwell’s England*”, 234
- Plutarco, “*Vida de los Diez Oradores*”, 31
 “*Vidas Comparadas, Cesar*”, 46, 47
 “*Vida de Antonio*”, 62
- Pococke, E., “*Historia Árabe de Bar-Hebraeus*”, 230, 241-243, 255, 256
 “*Compendio de la Historia de las Dinastías de Gregorio Abulfaragius*”,
 230, 242, 243, 256, 264, 272, 273, 277
 “*Historia de los Árabes*”, 243, 256
 “*Puerta de Moisés*”, 244, 245
 “*Relación de Egipto*”, en árabe, 243, 255
 “*Catecismo Anglicano*”, 241
 “*Sobre la Verdadera Religión*”, 241
 “*Orígenes de la Iglesia Alejandrina*”, 245
 “*Cartas*”, 238, 253, 256
 “*Kauhi*”, 245
- Pococke, E., el Joven, “*Relación de Egipto*”, 231,243
- Pococke, R., “*A Description of the East and some other countries*”, 231
- Polastron, “*Books on Fire: The Destruction of Libraries throughout History*”, 76, 99,
 155
- Polibio, “*Historia de Roma*”, 32,61
- Polión, “*Historia de las Guerras Civiles*”, 35
- Pollaud, “*The Rise and Fall of Alexandria: Birthplace of the Modern Mind*”, 129
- Porfirio, “*Contra los Cristianos*”, 86
 “*Vida de Plotino*”, 76, 202
- Postel, “*Gramática Árabe*”, 228,233
- Prince, “*The Historical Context of Arabic Translation, Learning, and The Libraries of Medieval Andalusia*”, 150

- Ptolomeo, “*Almagesto*”, 233
- Ptolomeo II, “*Carta*”, 30
- Qassem Abdu Qassem, “*The Arab Story of the Destruction of the Ancient Library of Alexandria*”, 283, 284
- Rachet, “*Egypte*”, 272, 273
- Rassias, “*Christian Persecutions against the Hellenes*”, 143
- Rau, “*Nineteenth Century*”, 263
- Raulhac, “*Lettre a M. Jomard*”, 153
- Reizenstein, “*La obra de Atanasio sobre la vida de Antonio*”, 91
- Renaudot, “*Historia de los Patriarcas Jacobitas de Alejandria*”, 231, 261
- Riaño Alonso, “*Poetas, filósofos, gramáticos y bibliotecarios. Origen y naturaleza de la antigua Biblioteca de Alejandria*”, 28
- Ricoldo de Monte Croce, “*Quinta Epistola*”, 181
- Rodríguez Valcárcel, “*Procurator Bibliothecae Augusti: Los bibliotecarios del emperador en los inicios de las bibliotecas públicas en Roma*”, 209
- Rufino Tyrannio, “*Historia Eclesiástica, Libros X y XI*”, 73, 79, 97, 118, 119, 134
“*Prefacio a Sobre los Primeros Tiempos de Orígenes*”, 118
“*Apología de Panfilo*”, 119
“*Acerca de las adulteraciones de los libros de Orígenes*”, 210
“*Prefacio a los Comentarios de Orígenes sobre la Epístola a los Romanos*”, 210
- Russell, “*Human Society*”, 271
- Ryer, du, “*Corán*”, 230
- Said, “*Orientalism*”, 182
- Saint-Génis, “*Descripción de l’Egypte*”, 112
- Saint-Hilaire, I. G., “*Vie, travaux et doctrine de E. Geoffroy Saint-Hilaire*”, 231
- Samir Khalil Samir, “*L’utilisation d’al-Qifti par la Chronique arabe d’Ibn al’Ibri*”, 270
- Saradi-Mendelovici, “*Christian Attitudes toward Pagan Monuments in Late Antiquity and their Legacy in Later Byzantine Centuries*”, 99
- Sarefield, “*Bookburning in the Christian Roman Empire. Transforming a Pagan Rite of Purification*”, 87
“*Burning Knowledge: Studies of Bookburning in Ancient Rome*”, 139
- Sarriogui, “*De Viaje*”, 260
- Saunders, “*Alexander’s Tomb: The Two Thousand Year Obsession to find the Lost Conqueror*”, 107, 177
- Segón, “*Prendan fuego*”, 260
- Selden, “*Los Dioses Sirios*”, 237

- “*El Collar de las Piedras Preciosas*”, 230, 245, 255
 “*Orígenes de la Iglesia Alejandrina*”, 245
- Séneca, “*Epístolas morales a Lacilio*”, 77
- Séneca el Joven, “*Sobre la Tranquilidad del Espíritu*”, 31, 42
 “*Manuscrito A*”, 42
- “*Septuaginta*”, 28, 212
- Serageldin, “*Introducción*” a “*What Happened to the Ancient Library of Alexandria*”, 279
- Severo Muqaffa, “*Vidas de los Patriarcas*”, 168, 172, 179, 261, 269
- Shamsuddin, “*El mito del incendio de la Biblioteca de Alejandría por los árabes*”, 260, 277
- Sider, “*The Library of the Villa dei Papiri at Herculaneum*”, 62, 72
- Simón, “*Histoire Critique du Vieux Testament*”, 247
- Sinesio de Cirene, “*Cartas a Hypatia*”, 131, 134
 “*Epistola 137*”, 133
 “*Sobre la Providencia*”, 133
 “*Carta a Hesiquio*”, 133
 “*Carta 15^A*”, 134
- Singhal, “*India and the World*”, 272
- Sócrates de Constantinopla, “*Historia Eclesiástica*”, 86,87,91,102-104, 121, 132, 135, 228, 270
- Sofronio, “*Sobre el aniquilamiento de Serapis*”, 121
- Sonnini, “*Travels in Upper and Lower Egypt*”, 153, 165
- Sozomen, “*Historia Eclesiástica*”, 70, 94, 108, 109, 121, 270
- Stanley y Jorstad, “*The 365 A. D. Tsunami destruction of Alexandria, Egypt: Erosion, deformation of strata and introduction of allochthonous material*”, 95
- Stiglmayr, “*Dionysius the Pseudo-Areopagita*”, 151
- Stiros, “*The AD 365 Crete earthquake and possible seismic clustering during the fourth to sixth centuries AD in the Eastern Mediterranean: a review of historical and archaeological data*”, 94, 96
- Suetonio, “*Acerca de la Vida de los Cesares, Julio Cesar*”, 35, 36, 38, 39, 48
 “*Vida de Domiciano*”, 69
 “*Vida de Claudio*”, 74
 “*Vespasiano*”, 68
- “*Suidas*”; “*Léxico*”, 29, 35, 47, 53
 “*Juan de Antioquía*”, 56
 “*Joviano*”, 93

- “Hypatia”, 135
 “Pablo de Egina”, 174
- Suyuti, “*Las espléndidas disertaciones sobre la crónica de Egipto y El Cairo*”, 79, 164, 222
- Syncello, “*Extracto de Cronología*”, 29,71
- Szabat, “*Teachers in the Eastern Roman Empire (Fifth-Seventh Centuries). A Historical Study and Procopography*”, 144
- Tabari, “*Historia General*”, 173
- Tácito, “*Anales*”, 61, 68, 116
- Teja, “*La Quema de Libros de Magia como forma de represión religiosa y política en el Imperio Cristiano*”, 143
- Temistio, “*Discurso del Emperador*”, 90
- Teodoreto, “*Historia Eclesiástica*”, 70, 91, 108, 121, 132
- Teodosio I, “*Decreto, La Fe Católica*”, 99
 “*Edicto del 391 d. C.*”, 100, 101
 “*Decreto del 391 d. C. sobre Alejandría*”, 102, 116, 123, 124, 128, 129
- Teodoro II, “*Decreto del 425 d. C.*”, 145
 “*Decreto del 435 d. C.*”, 139
- Teodoro Metochites, “*Carta*”, 211, 212
- Teofanes, “*Cronografía*”, 181
- Teófilo, “*Contra Origenes*”, 138
- Tertuliano, “*Apologético*”, 31,72
 “*Apologético, Codex Parisinus*”, 116,117
 “*Texto*” primitivo cristiano, 210
- Theón, “*Sobre el pequeño Astrolabio*”, 173
- Thévenot, de, “*Relation d’un voyage fait au Levant*”, 230
- Thevet, “*Cosmografía de Levante*”, 228
- Thierry, “*Saint Jean Chrysostome et l’Emperatrice Eudoxie*”, 101
- Tito Livio, “*Historia de Roma*”, “*Resúmenes*”, 26, 41
- Tolan, “*Sarracens. Islam in Medieval European Imagination*”, 169,182
- Toomer, “*Eastern Wisdom and Learning: The Study of Arabic in Seventeenth- Century England*”, 233, 240, 251, 252
- Tzétzézis, “*Sobre la Comedia*”, 29,57
 “*Prolegómenos de Aristofanes*”, 31
- Tyacke, “*Seventeenth-century Oxford*”, 233, 239, 242, 250
- Varrón, “*Sobre las Bibliotecas*”, 36

- Veyne, "*El Imperio Romano*", 88
- Vitrubio, "*Sobre Arquitectura*", 26, 230
- Vossius, "*Cartas*", 237,241,253
- Wakideo, Pseudo, "*El Libro de la Conquista de Egipto*", 170
- Wansleben, "*Histoire de l'Eglise d'Alexandrie*", 231
- Watts, "*City and School in Late Antique Athens and Alexandria*", 90, 147-150
- Wells, "*Sailing from Byzantium. How a Lost Empire Shaped the World*", 168
- Westerink, "*Elías on the Prior Analytics*", 154
- White, "*Espécimen*", 231, 242, 243, 272
 "*Crónica*", 243, 281
 "*Relación*", 231, 243
- Wiet, "*L'Egypte Musulmane de la Conquête Arabe a la Conquête Ottomane*", 208,
 271
 "*Wikipedia, Biografías*"
- Wilson, "*Scholars of Byzantium*", 154
- Winterling, "*Calígula*", 68
- Yakut, "*Diccionario Geográfico*", 216,218
- Yazid, "*Agatodemon*", 175
 "*Hermes Trimegisto*", 175
- Zacarías Scholasticus, "*Vida de Severo*", 121, 142, 143
 "*Ammonio*", 142, 148
- Zaky, "*Précis de l'Histoire d'Egypte*", 129, 158
- Zawzani, "*Epitome: Las más selectas citas del Tarik Al-Hukama*", 199-201, 265-267
- Zenón, "*Henoticón*", 141, 151
- Zogheb, "*Etudes sur l'Ancienne Alexandrie*", 129
- Zonaras, "*Extractos de Historia*", 50
- Zósimo, "*Nueva Historia*", 86, 100, 121

CUADROS
CRONOLÓGICOS

LA GRAN BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA

SIGLOS III a.C. - III d.C.

SIGLOS	AUTORIDADES	PATRIARCAS	SUCESOS	ESCRITORES, FILÓSOFOS	ESCRITOS
III a.C.	<p>Ptolomeo I Soler (305-282)</p> <p>Ptolomeo II Filadelfos (285-246)</p> <p>Ptolomeo III Evergetes (246-222)</p>		<ul style="list-style-type: none"> - Fundación del Museo y la Gran Biblioteca (295) en Bruchion - Fundación anejo Gran Biblioteca (252) - Fundación de la Biblioteca Hija en Serapeum 		
I a.C.	<p>Cleopatra VII (51-30)</p> <p>Julio Cesar (100-44)</p> <p>Marco Antonio (83-30)</p> <p>Dinastía Julio-Claudia (27 a-68 d.C.)</p> <p>Octavio Augusto (27 a-14 d.C.)</p>		<ul style="list-style-type: none"> - Destrucción e incendio de la Gran Biblioteca de Alejandría (48) - Expolio de la Biblioteca de Pergamo - Fundación del Caesaron y su biblioteca - Supervivencia restos Museo 	Julio Cesar	«Comentarios de las Guerras civiles»
I d. C.	<p>Claudio I (41-54)</p> <p>Domiciano (81-96)</p> <p>Dinastía Antonina (96-192)</p>		<p>Fundación Museo Romano junto Biblioteca Hija (54)</p> <p>Reconstrucción bibliotecas</p>	Tito Livio	«Historia de Roma»
II d. C.	<p>Adriano (117-138)</p> <p>Antonino Pío (138-161)</p> <p>Comodo (180-192)</p> <p>Septimio Severo (193-211)</p>	Demetrio (189-231)	<ul style="list-style-type: none"> - Primera mención incendio total Gran Biblioteca - Engrandecimiento Serapeum - Primera mención de dos Bibliotecas en Alejandría - Fundación Didascalium (180-190) - Fundación Escuela Neoplatónica (193) - Escritos egipcios al Soma 	<p>Plutarco</p> <p>Celso</p> <p>Tertuliano</p> <p>Panteno</p> <p>Ammonio Saccas</p>	<p>«Vidas, Cesar»</p> <p>«Noches del Ática»</p> <p>«Apologético»</p>
III d.C.	<p>Séptimio Severo</p> <p>Caracalla (211-217)</p> <p>Gordiano III (238-244)</p> <p>Aureliano (270-275)</p> <p>Diocleciano (284-305)</p>		<ul style="list-style-type: none"> - Cierre temporal Didascalium (203) - Platonismo Cristiano - Boicoto Museo (215) - Cierre temporal Didascalium (215) - Persecuciones cristianas - Aparición Origenismo - Destrucción Caesaron - Era de Mártires (284) 	<p>Clemente de Alejandría</p> <p>Orígenes</p> <p>Plotino</p>	

LA GRAN BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA

SIGLOS IV d.C. - V d.C

SIGLOS	AUTORIDADES	PATRIARCAS	SUCESOS	ESCRITORES, FILÓSOFOS	ESCRITOS
IV d.C.	Constantino I (323-327) Constancio II (337-361) Juliano (361-363) Valente (364-378)	Atanasio (326-373) Jorge de Alejandria(356-361) Atanasio (367)	<ul style="list-style-type: none"> - Propagación Arrianismo (318) - Aparición Monasticismo (318) - Concilio Nicea (325) - Quema de libros (333) Adopción Cristianismo (327) - Destrucción patrimonio pagano - Explotación de libros - Cierre temporal Didascalium - Tsunami (365) - Quema libros hereéticos - Desaparición total Gran Biblioteca y Museo Bruchion - Cristianismo, única religión Estado - Decreto 391 contra templos paganos Destrucción Serapeum y Biblioteca Hija (391) - Supervivencia Escuelas paganas - Clases de Hypatia (393) - Erección Columna Teodosiana - Cierre Didascalium (398) 	Arrio Pacornio	«Sobre las medidas y los pesos» «Vida de Edesio» «Historia Romana»
V d.C.	Teodosio II (408-450) Arcadio (395-408)	Teófilo (385-412)	<ul style="list-style-type: none"> - Fundación iglesias - Reconstrucción Museo - Renacimiento Escuela Neoplatónica - Asesinato de Hypatia (415) - Primera mención cristianos autores Destrucción Biblioteca Hija (416) - Continuación Escuela Neoplatónica - Fundación Escuela Imperial Constantinopolita (425) - Apertura Didascalium (444) - Concilio Calcedonia (451) - Destrucción Textos paganos - Nacimiento Iglesia Copta y Monofisismo 	Sinesio de Cirene Olimpiodoro el Viejo Hypatia	«Contra los Paganos»
		Teófilo Dioscoro (444-454)			

LA GRAN BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA

SIGLOS V d.C. - VII d.C

SIGLOS	AUTORIDADES	PATRIARCAS	SUCESOS	ESCRITORES, FILÓSOFOS	ESCRITOS
		Atanasio II (489-496)	<ul style="list-style-type: none"> - Cierre Didascalium y traslado a Constantinopla (450) - Paganos y cristianos en Escuela Neoplatónica - Cierre Escuela Edesa (489) - Huida Nestorianos a Persia - Apertura Escuela Traductores Nisibe - Aparición Escuela Cristiana de Alejandría y «Philipponi» (f.s.V) 	Maycherek	«Los auditores de Kom El-Dikka»
VI d.C.	Justiniano (527-565)		<ul style="list-style-type: none"> - Supervivencia Escuela Neoplatónica y de Medicina de Alejandría - Referencia al "Temenos de las Musas" (518) - Cierre Escuela Neoplatónica Atenas (529) - Supervivencia Escuela Neoplatónica Alejandría - Huida sabios a Persia (531) - Corriente Neoplatónica Monofisita (533) - Últimos filósofos paganos - Transformación Escuela Neoplatónica con directores cristianos - Círculo Monofisita Neoplatónico de Traductores - Destrucción literatura clásica - Desplazamiento saber a Siria y Oriente 	Zacarías Scholasticus Heliodoro Philoponus Olimpiodoro el Joven Elias David Juan de Apamea	«Vida de Severo» «Contra Proclo»
VII d.C.	Heradio (610-641) Amru (594-663)	Andrónico (616-623) Ciro (631-641) Benjamín I (623-662)	<ul style="list-style-type: none"> - Continuación Escuela Neoplatónica Alejandría (617) - Conquista Persa (619) - Continuación Escuela Cristiana - Reconquista bizantina (629-639) - Conquista árabe de Egipto (639-641) - Conquista de Alejandría (641-642) - Reconquista de Alejandría (646) - Cierre Escuela Cristiana (646) - Continuación Escuela Neoplatónica (680) - Continuación Círculo Neoplatónico Monofisita de Traductores (693) 	Esteban de Alejandría Amru Jaime de Edesa	«Carta al califa Omar»

LA GRAN BIBLIOTECA DE ALEJANDRIA

SIGLOS VIII d.C. - XIV d.C.

SIGLOS	AUTORIDADES	PATRIARCAS	SUCESOS	ESCRITORES, FILÓSOFOS	ESCRITOS
VIII d. C.	Omar II (718) Califas Abasidas (750-870)		Traslado «Academia Alejandria» y biblioteca a Antioquia (718) – Nuevo traslado a Marv, Harran		
IX d. C.	Al Ma'moun (813-833)		Fundación «Mansión Sabiduría» y Escuela Traductores en Bagdad (813) – Invención figura Sta. Catalina de Alejandria	Basilio	«Menologium Basiliarum»
X d. C.	Al MuktaDIR (908-932)	Yuhanna b. Haylan	Traslado Escuela Neoplatónica y biblioteca a Bagdad (908) – Florecimiento Escuela Neoplatónica Nestoriana de Bagdad (930-50)		
XII d. C.	El Adid (1163-1169) Saladino (1172-1193)		– Estancia de francos en Alejandria (1167) – La "Columna de Pompeyo" de los Cruzados		
XIII d.C.			Primera aparición leyenda inventada contra árabes Silencio y rechazo árabe	Abd Latif (1200) Yakut (1327-281) Al Qiŕfi(1172-1248) Al Zawrani (1249) Abulfaragius, Bar-Hebraeus (1226-1286)	«Relación de Egipto» «Diccionario Geográfico» «Las Escuelas de los Sabios» «Espécimen de la Historia de los árabes» «Crónica»
XIV d. C.			– Aparición leyenda paralela en Persia	– Ibn Khaldun	«Introducción a la Historia»

LA GRAN BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA

SIGLOS XVI d.C. - XXI d.C.

SIGLOS	AUTORIDADES	PATRIARCAS	SUCESOS	ESCRITORES, FILÓSOFOS	ESCRITOS
XVI d. C.			Refutación leyenda alejandrina	Mármol	«Descripción de África»
XVII d. C.			<ul style="list-style-type: none"> - Arabismo en Europa - Búsqueda manuscritos árabes - Difusión leyenda contra árabes en Europa 	Abudacanus (1595-1643) E. Pococke	«Crónica» «Historia Árabe de Bar-Hebraeus» (1649)
XVIII d. C.			<ul style="list-style-type: none"> - Rechazo falsa leyenda 	Renaudot Gibbon	«Historia Patriarcas Jacobitas Alejandría» «Historia»
XIX d. C.			<ul style="list-style-type: none"> - Excavaciones en Serapeum y descubrimiento cientos esqueletos 	Botti	«Excavaciones Columna Teodosiana 1896»
XX d. C.			<ul style="list-style-type: none"> - Primera aparición texto Al-Qifti con falsa leyenda - Rechazo falsa leyenda Al-Qifti - Primera aparición «Versión Árabe» de la leyenda, acusando a Al Latif y Al-Qifti 	Lippert Furtani Lewis	«Las Escuelas de Sabios de Al-Zawzani» (1903) «Incendio Biblioteca Alejandría» (1925) «La Biblioteca Desaparecida» (1990)
XXI d. C.			<ul style="list-style-type: none"> - Persistente leyenda negra - Insistencia «Versión Árabe» leyenda - Impulso «Versión Árabe» leyenda 	Majcherek El-Abbadi Qassem Abdu Qassem	«Declaraciones» (2004) «La Biblioteca Alejandría en Historia» (2006) «La Historia Árabe de la Destrucción de la Antigua Biblioteca de Alejandría» (2008)

